

Raphael Draccon

Dragones de Eter' 1

CAZADORES DE BRUJAS

Lectulandia

En Nueva Éter, universo fantástico custodiado por las hadas, una niña ve a su propia abuela ser devorada por un lobo marcado con magia negra. Dos hermanos comen trozos de vidrio como si fuesen moras silvestres y beben agua lodosa como si fuese jugo, envueltos por la magia oscura de una antigua bruja caníbal. El barco del mercenario más sanguinario del mundo, a quien se creía muerto y olvidado, regresa de los mares con un oscuro y todavía peor sucesor. Y dos sociedades criminales entran en guerra, dando inicio a una intriga que involucrará a la familia real en tristes y profundos misterios.

En *Cazadores de brujas* los romances, las guerras, las intrigas, los diálogos filosóficos, la fantasía y los sueños juveniles se entrelazan para construir una jornada épica de profundidad espiritual.

Lectulandia

Raphael Draccon

Cazadores de brujas

Dragones de Éter-1

ePub r1.0
fenikz 19.09.14

Título original: *Dragões de Éter/Caçadores de Bruxas*

Raphael Dracon, 2007

Traducción: Pilar Obón León

Ilustraciones: Marc Simonetti

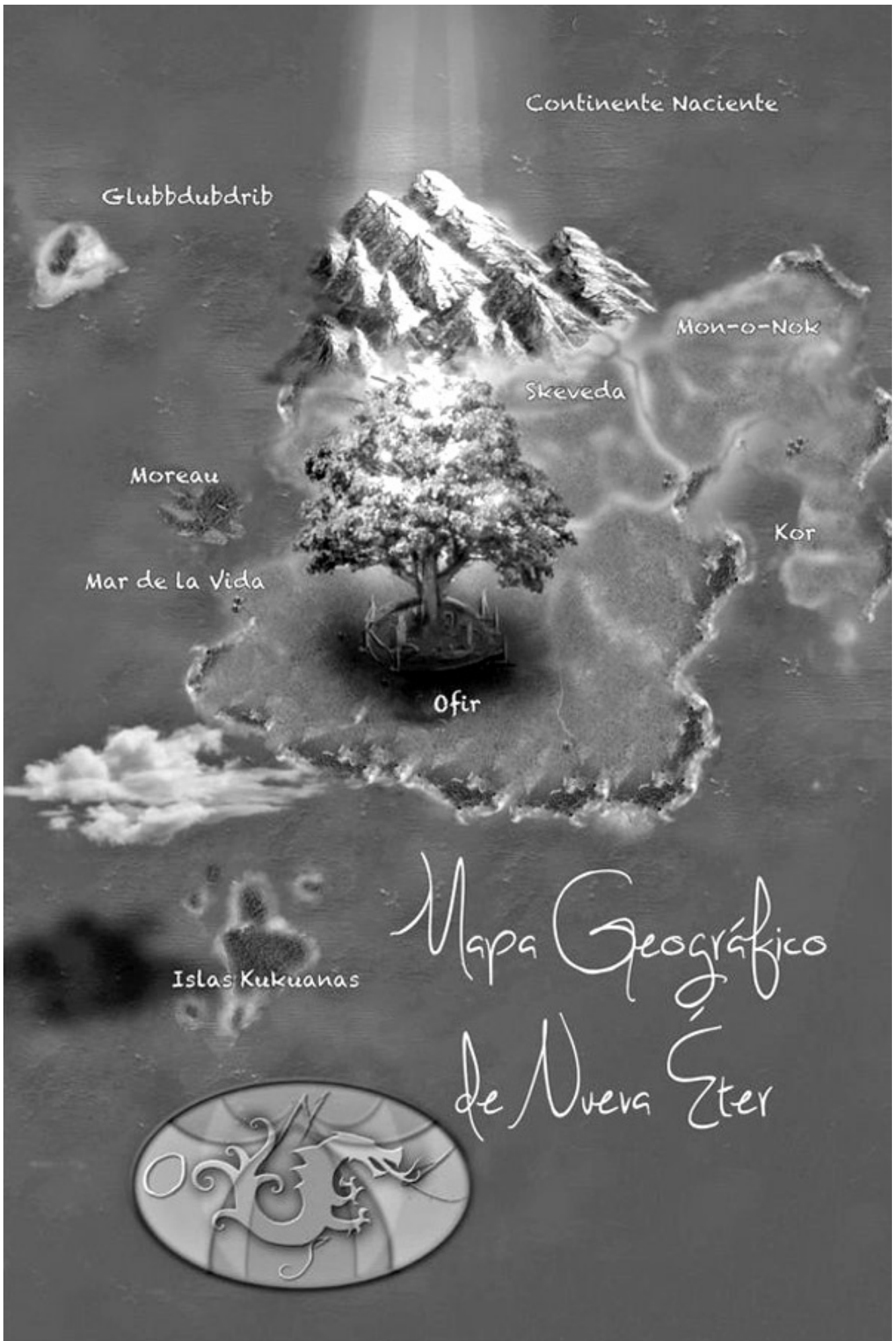
Editor digital: fenikz

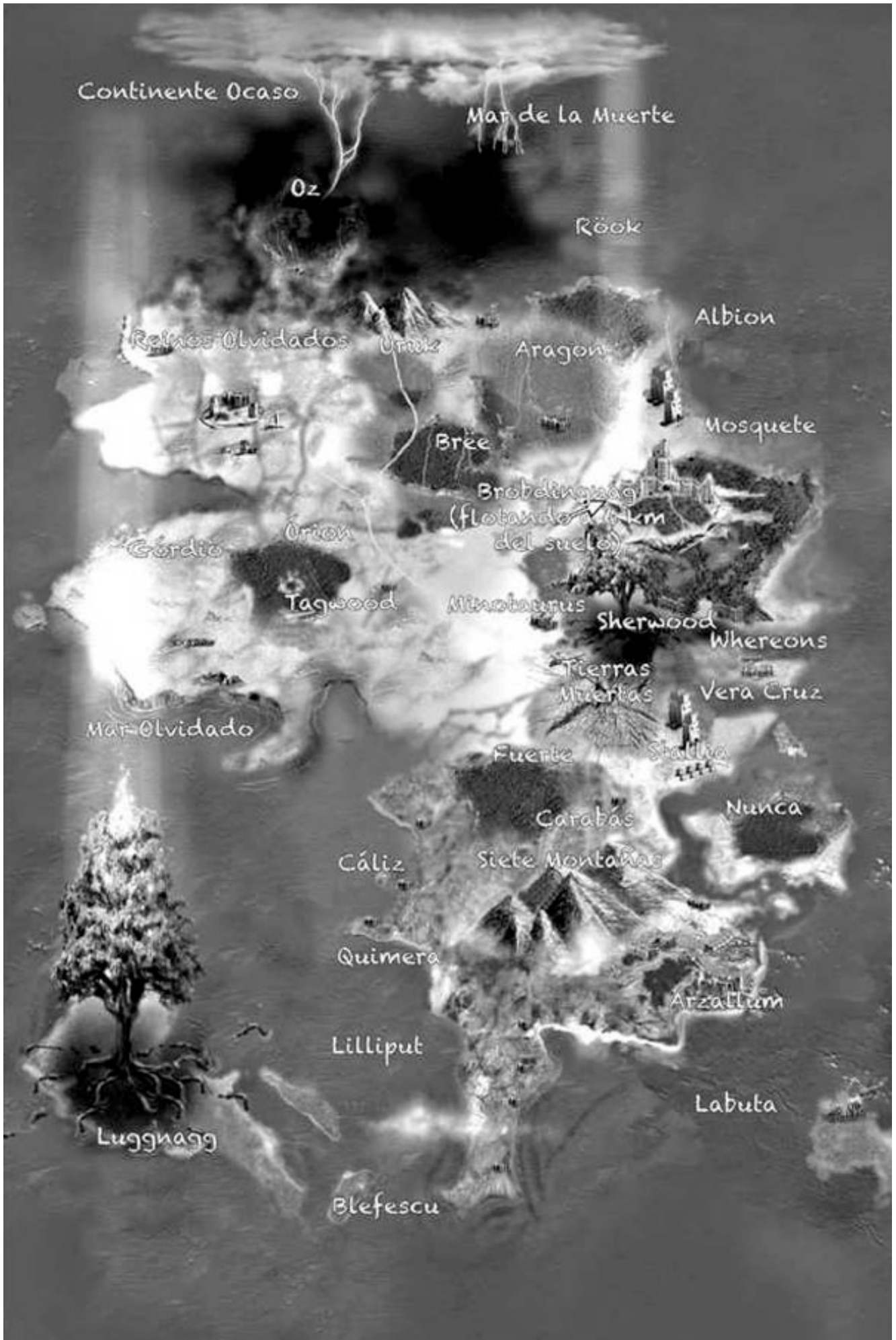
ePub base r1.1

más libros en lectulandia.com

Para Ricardo Albuquerque,
por haber creído en la realización del hecho

Para Pascoal Soto,
por haber efectuado la realización de la creencia





Ya he escrito, en otra ocasión, que mi trayectoria como editor está salpicada de momentos en los que tengo la sensación de que ha ocurrido algo muy especial.

Con motivo de esta segunda y especial edición de *Los dragones de Éter. Los cazadores de brujas*, aquí estoy para confesar que, al conocer el universo literario creado por Raphael Draccon, la sensación que experimenté no fue distinta a la escrita más arriba.

Este libro, de cuya primera edición tuve también el placer de ser editor, contiene la iniciación a un mundo fantástico de analogías y referencias capaz de sorprender a cualquier lector, sea escéptico o espiritualista, joven o viejo.

Y la sorpresa es todavía mayor cuando se sabe que Raphael Draccon es un joven brasileño que se impone en un género ampliamente dominado por los escritores extranjeros. ¿Loco? ¿Pretencioso? No. Raphael Draccon y *Los dragones de Éter* están a la altura de las mejores producciones del género.

Cuando lo leí por primera vez me dio la impresión de estar en una taberna de Nueva Éter, escuchando cuentos de boca de un bardo, de esos que saben construir personajes complejos, que no son buenos ni malos, o que son buenos y malos al mismo tiempo.

En el fondo Raphael es precisamente eso, un bardo de nuestro tiempo.

PASCOAL SOTO

*Esta es la segunda vez que cuento esta historia.
Dicen que mientras más veces contamos
un relato, mejor se vuelve.*

Los grandes poetas acostumbran llamar *tierras* a los países o regiones. Desde ese punto de vista podemos afirmar que Nueva Éter es un mundo formado exactamente por tierras etéreas. Y digo esto porque en ese típico mundo no encontrarás las cosas de manera tan palpable como acostumbras. Todo en Nueva Éter parece concreto y macizo, y puede ser tocado y sentido, pero también modificado e incorporar lo increíble en cualquier momento.

Esa inestabilidad selectiva, propicia para lo fantástico, tiene explicación. Sucede porque todo lo que allí se manifiesta es fruto de la existencia y las consecuencias de un mundo de semidioses. El caso es que en Nueva Éter no existe un dios; es más, ni siquiera existen dioses. No es que los verdaderos dioses no existan, sino que en realidad están tan lejos de los novaeterianos, que estos prefieren dedicar su devoción a quienes en verdad pueden ayudarlos: los hijos de los dioses.

La relación entre un devoto y un semidiós es interesante. Es un saber universal que los dioses son como los sueños. Resulta necesario que los devotos creen en su existencia para que permanezcan vivos. Los devotos de los semidioses practican una relación exactamente contraria; resulta necesario que los propios semidioses creen en la existencia de sus devotos, y que no los olviden, para que estos continúen existiendo. Así, para que exista toda esa tierra propicia a la magia, se necesita a un semidiós Creador que *Cree* los cimientos y la vida y todas las leyes naturales. Sin embargo, él solo no tendría la habilidad suficiente para mantener vivo por toda la eternidad a ese mundo de éter, pues lo olvidaría en determinados momentos y esto resultaría en la muerte prematura de su creación. Por eso es necesario que otros semidioses se manifiesten.

Además de ayudar al Creador a mantener viva su creación, existen también otros semidioses que influyen de modo directo en los semidioses creadores, y muchas veces sus influencias se encuentran con facilidad en todos los rincones geográficos. No es diferente en Nueva Éter, y todavía me arriesgo a decir que no se trata del primer mundo de éter que ha sido generado por ese proceso tan sublime como divino

y, al principio, tan complicado de ser entendido. Centenas de otros mundos etéreos también han sido generados a montones y, de la misma forma, sólo consiguen mantener sus existencias mediante ese mismo procedimiento sagrado que conserva viva esa tierra.

Y es porque saben que su vida sólo existe gracias a la bondad de esos semidioses, sea del Creador o de otros semidioses, que los novaeterianos los reverencian. Y, por sus actitudes, el semidiós Creador, cuando lo juzga necesario, los ayuda o los castiga. Eso se manifiesta en sus avatares, representaciones físicas del propio Creador en la tierra etérea, los cuales son tomados por una forma femenina de aura mágica, reconocida y reverenciada con el término «hada». La influencia de esos avatares en esas tierras es tan inmensa, que muchas historias y poemas, muchas novelas y cuentos populares nacieron debido a las pruebas impuestas por ellas a seres elegidos. Y esos cuentos narran la adoración de las personas buenas y el odio de las personas malas por seres tan fantásticos, pues ellos representan la justicia del Creador y son, por eso, reverenciados por quien se identifica con lo que representan.

Comparado con otros mundos etéreos, Nueva Éter sería considerada como un universo de fantasía. No sería una mentira. Al final de cuentas allí existen reyes con R mayúscula, príncipes y princesas en busca de la perfección, lobos hambrientos, piratas con sus propias leyes, tierras invisibles para quien no tenga la sensibilidad necesaria de percibir las o que se mueven solas sobre el mar, como si estuvieran dotadas de vida propia, además de dragones nacidos de elementales o de la propia quintaesencia.

Y existe la magia. Y existen razas que no suelen existir en muchos otros mundos etéreos, como también existen seres comunes en cierta forma, cada uno a su manera. Y para que las cosas no se salgan de su cauce, o para dar una ayuda a sus campeones, la ley de las hadas se establece sin estar escrita en pergamino alguno. Para desgracia de los novaeterianos, un día incluso las hadas sucumbieron a las tentaciones que debían usarse en exclusiva para probar a los seres elegidos, y la buena magia blanca pasó a compartir su existencia con la terrible magia negra.

Fue la época en que las hadas cayeron. Y en la que nacieron las brujas. En la que fueron destronados los monarcas. Los dragones surgieron del éter y los príncipes se volvieron sapos. Una época en que los semidioses andaban en la tierra de los hombres y bendijeron en persona a los héroes de muchos cuentos.

Mientras tanto, las brujas desafiaron a las hadas. Y los hombres desafiaron a las brujas.

Fue así como nacieron las cacerías.

Y fue así como nacieron los cazadores.

Acto I



Cazadores de lobos



Un lobo devoró a la abuela. Ciertamente, no es la mejor noticia que alguien quisiera recibir, pero fue justo lo que le ocurrió a esa niña. Y lo peor: ella atestiguó en primera fila la sangrienta carnicería. Presenció cómo el cadáver de su abuela era devorado, miró al asesino avanzar hacia ella para destrozarla con la misma avidez que a la pobre señora, y cómo su salvador aparecía con una escopeta amartillada para terminar con la vida del carnívoro.

Hablemos primero de la abuela. Admito que parece imprudente pensar en que una anciana no corre peligro viviendo sola y aislada en medio de un bosque, al menos a dos kilómetros de cualquier otra alma viva, de no ser por los pájaros y otros animales menos amenazadores que un inmenso lobo famélico. Si entendieras cómo funcionaban las cosas en aquellas regiones, también reconocerías que no existía tanta imprudencia.

La señora Narin era una de esas damas simpáticas que gozan de contar a los niños historias de su añorada infancia. A veces se quejaba de dolores y otros achaques típicos de las señoras, pero era raro que alguien escuchara sus lamentos, y no por aburrimiento ante su hipocondría, sino porque justamente no había nadie a la redonda.

¿Y por qué esa vida tan solitaria? A ver, ¿conoces una mejor manera de buscar la paz que el aislamiento? Hablamos de una persona que se casó temprano y, como casi todas las señoras —es más, como casi todas las señoritas de hoy—, se dedicó a su marido, crió a una hija y vio nacer a una nieta. El marido se fue cuando le llegó la hora, y desde aquel día ella creyó que estaba próximo el momento de unírsele. Claro, imaginó que ocurriría de manera natural y no con el violento ataque de un lobo hambriento.

¿Qué se le va a hacer? Lo importante es resaltar que la señora Narin consideraba cumplida su misión y sólo quería vivir en paz el tiempo que, pensaba, aún le quedaba.

Con esto me daría por satisfecho, aunque entiendo que incluso con los

argumentos presentados te resistas a admitir que una viejecita viviendo sola en medio del bosque no representa una total imprudencia. Intentémoslo de nuevo. Sucede que en la ciudad de Andreeanne las cosas siempre fueron tranquilas. Tal vez no lo parezca en las actuales circunstancias, aunque así era la mayor parte del tiempo. Y eso estaba bien. Tampoco fue la primera vez que se rompió tal armonía, pero eso te lo contaré más adelante. Por el momento imaginemos que son tiempos de paz. O al menos lo eran, antes de que un lobo devorara a una pobre señora que esperaba a su nieta para una deliciosa y adorable comida que jamás se celebró.

Hablando de la nieta, es hora de referirnos a ella: Ariane Narin. Los especialistas, que allí no son más que uno o dos, afirman que el nombre significa «santa», «castísima», «muy pura». Bueno, eso no importa. En realidad me parece que la opinión de esos expertos no tiene ninguna importancia. Incluso si tal fuera el significado de «Ariane», este cambió aquel día. Lo digo porque una niña de nueve años vio con sus propios ojos cómo su abuela era devorada por un lobo gigantesco, un hecho que le permitió conocer la llamada «ley del más fuerte»: la disputa entre la maldad y la bondad para defender sus puntos de vista. Por más inocente que sea, nadie está exento de impresionarse cuando descubre que el mundo no es tan bueno ni tan puro como le parecía al principio.

Y así como te resulta difícil comprender que una señora viviendo aislada en medio del bosque no constituye un acto de imprudencia, también es en extremo chocante imaginar que una madre reúna el valor para mandar sola por el bosque a una niña de nueve años, a una distancia mayor de dos kilómetros, con una cesta de comida en el brazo y una caperuzita blanca en la cabeza. No la juzguemos con premura: cualquier ser humano tiene derecho a defenderse antes de ser juzgado por quienquiera o lo que sea, y la señora Narin no estaba loca ni era una irresponsable o un animal sin la capacidad de hacerlo. Los motivos que la llevaron a dejar que la pequeña Ariane fuera sola a casa de su abuela en ese trágico día tampoco serán explicados ahora, pues existen otros dos personajes en la escena que aún no han sido presentados.

Primero, el «asesino». Ciertamente: si estás siguiendo y entendiendo la narración de esta historia, considero que lo haces desde el punto de vista «humano» de la narrativa, y a través de esa lente el lobo gigantesco no debe ser más que un asesino sanguinario de señoras solitarias e indefensas. Mas no pensarías así si comprendieras los hechos desde el lado «animal» de la historia. ¡Estamos hablando de un lobo hambriento y carnívoro, y de una humana que por voluntad propia decidió vivir sola en medio del bosque! Cuando hablo así hasta parezco partidario de los que consideran imprudente que alguien viva solo en medio de un bosque, pero esto no es verdad y resulta un error de tu parte si lo crees así. Sólo veo la situación desde el punto de vista de un lobo hambriento. ¡Tampoco es que defienda a los lobos que se

comen a las viejecitas y a sus nietecitas! Sólo tengo la mente abierta para admitir que la bondad y la maldad defienden sus propios puntos de vista. Y, desde la óptica animal, cada vez que un humano hambriento mata a un buey o a una vaca para alimentarse es tan asesino como un lobo hambriento que mata a un humano con igual propósito.

¿Y el salvador? Sí, aquel «héroe» cazador, desde el punto de vista «humano», que le metió dos balas en el pecho a la criatura. Ese personaje será importante para la historia que estoy contando, pero no será ahora cuando te dé mayores detalles de su vida. De seguro quieres protestar: ¡pero qué diablos!, pues en esta historia todas las buenas informaciones parecieran relegadas al futuro. ¡Eh! Estamos listos para conocer una larga historia: ¿cuál sería la gracia de que todo fuera revelado de manera fría y poco elegante?

Lo que en verdad debe ser resaltado ahora es que el cazador abrió el pecho del animal segundos antes de que el gigantesco lobuno tuviera oportunidad de devorar a una niña inocente que se encontraba en *shock*. Entonces las balas de plomo alcanzaron el cuerpo y abrieron dos rombos del tamaño de una rodilla en el pecho del bicho. El cuerpo se llenó de sangre, roja como la de un hombre, y el ambiente se vició más debido a aquel insoportable olor ferroso.

Fue cuando la sangre del lobo bañó la pálida capucha de la niña.

El blanco se volvió rojo.

El incidente bastó para cambiar la vida de Ariane Narin y darle fama en la región, si bien ella habría preferido vivir para siempre en el anonimato a convertirse en la celebridad que miró cómo su abuela era devorada por un inmenso lobo hambriento. Pero Ariane nunca tuvo esa suerte: como se ha dicho, aquel día perdió la pureza con que su madre protegió su infancia. Aunque las personas ignoraran su nombre, el de su abuela, el de su madre y el del heroico cazador, estarían al tanto de su historia. Si su nombre fuera desconocido, la reconocerían por otro: el nombre que ella más detestaba en el mundo y que al parecer la perseguía como una lagartija decidida a atrapar a una mariposa sin fortuna.

Me refiero a un nombre, a un apodo; una carga, una alucinación originada por la forma de una antigua, siniestra y blancuzca capucha infantil, coloreada a sangre fría con las heridas de una simpática señora y del inmenso lobo que la destrozó poco antes de ser abatido.

Una auténtica y maldita Caperucita Roja.

Al vez la ciudad de Andreanne sea la más importante del continente del Ocaso. El motivo básico: se trata de la capital del reino de Arzallum, que es sin duda el principal de todos los reinos. Igual de básico es el motivo de que sea, a su vez, el más importante reino ocasiniense: fue el primero en la historia del continente y el lugar donde el Occidente comenzó a entenderse como civilización.

Es sabido, o al menos eso se pensaba en aquellas tierras, que la vida se inició al otro lado del mar, en el continente Naciente, menor que el del Ocaso. También se sabe que en ese mundo sólo existen dos continentes: el Naciente, al este, y el Ocaso, al oeste, denominaciones obvias para quien tome en cuenta el nacimiento del Sol como referencia. Y debe admitirse por consenso que, para que alguien salga de un continente conocido y se embarque en una travesía temeraria hacia otro enteramente desconocido, sólo puede ser a causa de la insatisfacción o de un alucinante deseo de aventuras. Esos dos anhelos eran los alicientes sustanciales de todos aquellos que desembarcaban en Andreanne.

¿Y por qué la denominación de Andreanne? Porque el continente había sido descubierto por un pirata del mismo nombre, en una época en que la piratería era una cuestión romántica y los piratas se ganaban el derecho de bautizar ciudades.

Andreanne —y ahora hablo de la mujer— no carecía de un solo requisito para aspirar a convertirse en una pirata de su época. Y digo más: jamás carecería, hoy ni mañana, de ninguno de ellos. En verdad que ningún pirata tuvo hasta hoy su estilo, inteligencia y capacidad de raciocinio frente a un grupo de hombres más hermanados con las bestias que con los seres civilizados. ¿Te imaginas qué había implicado liderar y ser respetada por un grupo de mercenarios olorosos a ron y a sangre para una mujer que no se había visto en la necesidad de cortar gargantas con sus propias manos? Bueno, tal vez una o dos, pero no mucho más que eso. ¡Y bien saben los semidioses cuán bella era! ¡Oh, claro que lo saben!

Al hablar así pareciera que conocí a Andreanne en persona, pero tendría que ser el

ser humano más viejo del mundo para haber gozado tal placer —y si pudiera escoger lo haría—. Lo que estoy diciendo se encuentra escrito en cualquier libro de historia de la Biblioteca Real de esa ciudad: basta con investigar en los anaqueles correctos, lo cual ya es algo raro, puesto que hoy en día resulta muy difícil ver a los jóvenes buscar incluso en los anaqueles equivocados. Una de las mejores decisiones jamás tomadas por un Rey quizás haya sido la construcción de la Biblioteca Real de Andreanne: toda la historia de ese reino y gran parte de la de ese continente quedó registrada en aquel lugar por pacientes escribas. Todo esto fue obra de Primo Branford, el Rey que todo reino quisiera tener. Un Rey a la altura de una ciudad capital como Andreanne.

Y sobre él hablaré ahora.

Primo Branford fue el más grande de todos los reyes que ocuparon el trono del reino de Arzallum o cualquier otro. Nacido en la pobreza, sometido a prueba por el sacrificio y destinado al éxito, era el mayor de tres hermanos que recibieron los nombres de Primo, Segundo y Tercero, según el orden en que llegaron al mundo. Cuando digo que estaba destinado al éxito no me limito a él, sino a toda la familia: la historia de los Branford es conocida por el pueblo de Arzallum y por los de todos los demás reinos. Hasta hoy no he escuchado relato más fascinante que el de aquellos tres pobres hermanos, hijos de un molinero de nombre Hams, separados en su miserable infancia para reencontrarse como reyes años después. Y sí, me refiero a los tres, cada uno con su propio arduo camino desde la miseria hasta la consagración suprema, en un fenómeno predestinado que difícilmente se repetirá en la historia de la humanidad.

De los tres, quizá la crónica más interesante y famosa sobre su ascenso al poder sea la de Tercero, el cual se volvió marqués con la ayuda de una criatura humanoide lengua-larga y exhibicionista que combinaba sus ropas y sus botas de cuero con la indumentaria oficial de los soldados del reino de Mosquete. Un hecho impresionante, es cierto, pero no es esa la narración que hoy conoceremos —tal vez en otra oportunidad—, ya que Primo siempre será recordado como el más grande de todos los reyes, si bien su historia no es la más cautivadora de las tres —y esa es la mayor proeza de su vida.

Cuando hablamos de él nos referimos a un Rey que se comportaba como deberían hacerlo todos los monarcas. Un Rey que usaba la barba larga, la cual otorga a cualquier gobernante un aspecto de sabiduría adquirida con el tiempo y aventuras vividas, además de armaduras y otros atuendos que ostentaban el blasón real para predicar con el ejemplo y fomentar el culto al nacionalismo. Portaba con apostura las capas sujetas a los hombros. Montaba a caballo para los combates de las justas. Sabía con qué flecha acertarle a un jabalí antes y después del mediodía. Conocía estrategias y frases militares coloridas.

El rey Primo bajó los impuestos al comprender que no deberían mantenerse elevados para aumentar los privilegios de los nobles de Arzallum, que obviamente fueron retirados. Claro que al principio eso irritó y debilitó la unión con sus aliados, pero Primo siempre supo equilibrar las situaciones. Si por un lado quitaba a los poderosos las prebendas que lastimaban el bolsillo del pueblo, por el otro les concedía beneficios que no afectaban tanto a la gente. Un ejemplo: por derecho, ¡los nobles podían comer y beber en cualquier taberna de la ciudad sin pagar un centavo! ¿Injusto? Esa no sería la respuesta del dueño de una taberna, que prefería servir a un noble glotón durante siete, ocho o nueve noches al mes si a cambio de eso el pago de sus impuestos reales se reducía en setenta u ochenta por ciento.

Más allá de eso Primo también abolió la esclavitud de cualquier tipo. Construyó farmacias, hospitales y escuelas. Resulta obvio que la Biblioteca Real fue su idea, así como todo lo bueno de Andreanne, mas la construcción que por ironía del destino era la más popular de todas no se debió a él, y tengo mis dudas si esto le causaba algo de frustración. Y si no fue de él la orden de construirla, al menos sí fue suyo el mandato —seis años atrás, aunque lo recuerdo como si hubiera sido ayer, o cuando mucho anteayer— para que los mejores arquitectos reales se reunieran con objeto de planear las reformas, la ampliación y la reformulación de la mayor casa de espectáculos de todo el Ocaso, pues el Rey decretó que lo que antes era sólo un teatro noble de medio pelo se convirtiera en la mayor casa de espectáculos de la historia de ese mundo, por si fuera poco con localidades para el pueblo a precios accesibles.

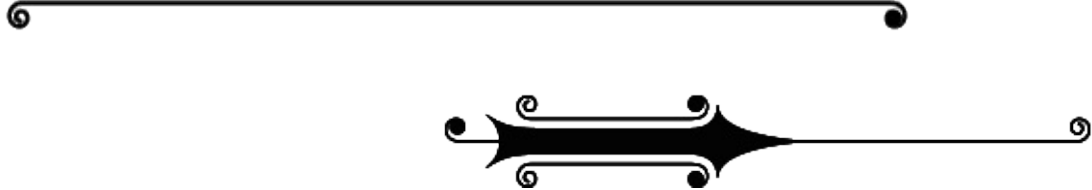
La Majestad.

Un lugar fundamental para Andreanne y todo el reino de Arzallum, y también muy importante para esta historia, gracias al cual se conocía a la perfección el estilo de vida de los ciudadanos de ese mundo.

Para comprender mejor lo que vendrá, será necesario informarse bien del estilo de ese pueblo y su forma de concebir la vida.

Y eso es algo que la Majestad puede aportar.

¡Ah, sí, claro que puede!



—¡Ah! ¡Mira el tamaño de esto! —comentó Ariane, sentada en la primera fila de la Imponente Majestad—. Amigo... ¿qué es ese escenario?

La Majestad era grandiosa, y los lugares populares, por más que no fueran en absoluto confortables, resultaban suficientes. Se habían colocado diversas butacas idénticas y paralelas, capaces de alojar a un número cercano a los mil plebeyos y con una visión del escenario que, si no era la mejor, resultaba del todo aceptable para quien necesitaba espectáculos a fin de lavar el alma y sonreír como un noble, aunque fuera por un instante inolvidable para la mente y motivador para el corazón.

Los palcos encima de las butacas podían ser reservados, aunque al central era imposible entrar aun con boleto, porque se trataba del Palco de la Majestad, destinado a la familia real y su comitiva. Sentarse en uno de esos acolchados lugares sólo era posible mediante la invitación de un rey, una reina, un príncipe o una princesa, y estamos de acuerdo en que aquel que la consiguiera sería el blanco de las conversaciones de nobles y plebeyos por un tiempo indeterminado.

—¡Caramba, mira esos dibujos! ¡Deben haber costado muuucho trabajo! —los ojos infantiles perseguían todo lo que era nuevo para ella.

El blasón de Arzallum aparecía en todo el lugar, en forma de un dragón alado encima de una espada y un escudo. Como se ha dicho, el rey Primo consideraba aquel lugar como un orgullo para su pueblo y propiciaba allí el culto a la bandera de Arzallum, ya fuera con su ejemplo con mucho más que eso. Por eso, si entraras ahí, verías el blasón en todos los rincones. Siempre. Y este representaría un sentimiento si vivieras en Andreanne, fueras quien fueras: el nacionalismo, el culto al blasón, el amor a la bandera. No estamos hablando de esos nacionalistas ciegos que promueven guerras en nombre de un país, sino de personas que salieron de un continente para reconstruir sus vidas en otro y hacían de este su nueva casa, su morada y único hogar. La Majestad recordaba eso y transmitía la impresión de haber hecho la elección correcta.

Los espectáculos se anunciaban en la plaza pública y los nombres se colocaban en carteles pintados a mano por habilidosos pintores letrados de excelente caligrafía. La publicidad boca a boca también era inevitable, en la cual había una cierta magia silenciosa y sellada. Si el espectáculo era bueno y gustaba en el estreno, tendría una audiencia garantizada durante días y días. Ahora que, si no resultaba agradable, ya se podía ir reuniendo a los responsables para emigrar a otra ciudad con el sabor del fracaso, lo que era una pena, pues ¡qué difícil era llegar a la Majestad!

Esa dificultad tenía una razón: Primo quería que la Majestad fuera la cima de la carrera de un artista, la consagración final de un espectáculo.

Y logró que así fuera.

Para variar, aquel fue uno de esos días con la sala llena a causa de un estreno.

Se trataba de un espectáculo teatral con aire circense, de esos que adoraban los niños porque los payasos satirizaban a los nobles reales, motivo por el cual no había mejor ocasión para que las profesoras de la Escuela Real del Saber llevaran a sus jóvenes alumnos a conocer el mítico local. Y lo mejor: todo por cuenta del Rey. El amado y añorado rey Branford. Los niños fueron los primeros en entrar y tomaron los primeros lugares. Los padres, en hileras mucho más apartadas, podían ver a sus hijos sonriendo de felicidad, muy próximos al escenario. Sólo quien es padre y ha tenido una vida difícil conoce el significado de alegrar el corazón de un niño en momentos imposibles de describir mediante la razón, pues la emoción es la que toma el control.

—Profesora, ¿podremos felicitar a los actores después de la presentación?

—Claro, Ariane. ¡Los actores adoran esa parte! —la profesora sonrió y la niña también.

Para Ariane Narin, momentos como aquel eran un regalo, ya que podía olvidar el mundo y, sobre todo, el mundo se podía olvidar de ella, de esa niña que vio cómo su abuela era devorada por un lobo asesino y se convirtió en leyenda en la ciudad, incluso entre personas que jamás la habían visto, con un apodo que detestaba. Esta parte de la historia ocurre cuatro años después del incidente que la marcó, por lo que estamos hablando de una niña que en aquel entonces tenía nueve años, apenas salida de la infancia, convertida ahora en una preadolescente de doce, a pocos días de cumplir los trece.

—¡Señoras y señores! ¡Muchachos y señoritas! ¡Estoy aquí para dar, a nombre del elenco, la bienvenida a todos los presentes, y desde el fondo de mi romántico corazón espero que les guste el espectáculo que hoy les será presentado! —un hombre vestido con una réplica circense de armadura era quien recitaba la bienvenida, y la mayoría sabía que se trataba de Gerald Thomas II, director de aquella famosa pieza teatral—. ¡Por favor, esperen las tres llamadas, siéntense confortablemente en esas maravillosas butacas y disfruten un buen espectáculo!

El público aplaudió.

Ariane no parpadeaba. De haber sido por ella, se habría sentado sola, lejos de los otros niños. No es que el macabro incidente la hiciera antisocial o incluso depresiva: con el tiempo la conocerás mejor y notarás que experimentar el mal y la fragilidad de la vida la llevó a sobrevalorar el regalo de existir. Sin embargo, seguía siendo un ser humano, y como tal, propensa a cambios drásticos de temperamento, sin mayores explicaciones. No era tan incomprensible el hecho de querer sentarse sola ese día. Como se ha explicado ya, detestaba ser el centro de atención en los grandes eventos o el motivo de comentarios buenos o malos —la mayoría malos—, además del blanco de miradas curiosas, asustadas o intrigadas, situación que la irritaba con la misma intensidad.

—El actor de esta obra es muy guapo, ¿no, João?

Sí, dije que a ella le habría gustado sentarse sola, ¿no? Perdóname: son tantas historias e informaciones, que a veces nos olvidamos de uno o dos detalles. No, a Ariane no le habría gustado sentarse sola aquel día, pues le gustaba tener, como la tuvo, sólo la compañía de un muchacho de edad muy cercana a la suya. Me refiero al único niño que ella consideraba un amigo y con quien llevaba una relación en la que se sentía a gusto, sin creer que era un espectáculo de horrores.

—¡Uf! ¡Habla en serio, Ariane! Un niño que es niño no repara en esas cosas, ¿no? —dijo el joven aludido, cayendo en la provocación, con la mejilla apoyada en el puño cerrado.

Te presento al joven João Hanson, hijo de un leñador, que entendía muy bien los sentimientos de aquella niña y la veía como una buena amiga. Sin embargo, para explicar por qué era el único que comprendía a Ariane Narin, al punto de confiar sólo en ella, es preciso volver al pasado de esta historia.

Precisamente seis años atrás.

Seis *malditos* años atrás.

Así comenzó la macabra historia de la familia Hanson:
—¡Igor, creo que estoy embarazada!
Con ese temor la señora Hanson anunció su gravidez a su marido. Un temor justificado por el riesgo en tiempos de difícil sustento.

Los Hanson eran una familia humilde liderada por un leñador, como muchas otras en Andreanne, y con trabajo para tres generaciones futuras. La madera es un producto que no falta donde existen tantos bosques con un eficiente sistema de replantación, de modo que se impide que las tierras sean estériles en pocos años.

Dos eran las cabezas de la familia: la bonita pareja formada por Igor y Érika Hanson, de la cual nacería un interesante y curiosísimo par de hijos.

—¿Crees que podría ser un niño? —preguntó él, sonriendo, para alivio de su esposa, que se echó a llorar.

Primero vino una niña, a la que llamaron María.

María Hanson nació en una época problemática. Sus padres buscaban una forma de mejorar el ingreso familiar, y su llegada sólo lo dificultó más. Por lo visto a ninguno de los dos les importó tanto como parecería, pues cada vez que veían a María confirmaban su certeza de que habían tomado la decisión correcta. María nació morena como la madre y el padre, e inteligente como ninguno de los dos lo sería jamás, dotada de una responsabilidad inigualable, probablemente desencadenada por el deseo de no ser una carga para sus padres, sino una solución. Si su padre no se lo hubiera impedido, varias veces habría tomado un machete para irse a cortar árboles. Como eso no era trabajo para una niña de rasgos finos, y todavía más con la gracia de María, por iniciativa propia comenzó a vender dulces preparados por su madre en las ferias de Andreanne.

Más tarde volveremos a hablar de María Hanson, pues es una joven demasiado notable como para ser citada sólo de pasada, como ahora.

—¡Ígor, creo que estoy embarazada!

La escena se repitió, y de nuevo el temor rondó a la espera de la reacción.

—Hum... Ahora debe ser un niño... —él sonrió una vez más, mientras que la esposa lloraba abrazada a su cuello.

Y no sólo nació María, como ya lo advertiste: dos años después llegó al mundo el pequeño João, acontecimiento que aumentó la felicidad de la familia y disminuyó aún más el apretado presupuesto. João Hanson también nació moreno como la madre y el padre, lo que, pienso, a nadie le extrañó. Sin embargo, su personalidad era algo más que un poco diferente a la de su hermana, por lo que funcionaba como un auténtico complemento: si la inteligencia de María era alta, el raciocinio de João resultaba brillante. Y veloz. Así, bastaba con que la joven tuviera una idea, por simple que fuera, para que el muchacho encontrara una forma de ponerla en práctica. Esto generó una curiosa armonía entre hermanos que pocas veces se repitió en ese mundo.

Más tarde los dos ya estaban vendiendo dulces en las ferias de la ciudad. João siempre inventaba algún detalle extra para que los productos de los Hanson destacaran de los ofrecidos en los puestos cercanos. Por increíble que parezca, su arma más eficiente era...

—¡Y fue entonces cuando la niña Coraline vio a aquel ser distorsionado, mirándola con la peor cara de malo!

¡Contar historias!

Varios niños se detenían al lado de las madres alrededor del puesto, mientras aquel pequeño narrador prodigio relataba aventuras que parecían salidas de su cabeza o experimentadas en sueños demasiado lúcidos como para olvidarlos al despertar.

—¿Y luego, y luego? —preguntaba una niña de seis años, con un vestido de damisela y cola de caballo.

—¿Qué le hizo el tipo a la muchacha? —quiso saber otro chico de siete, ávido de las historias de terror.

—¡Ah, dulce o travesura...! —respondía él con una amplia sonrisa.

Los niños se lamentaban a coro y corrían hacia sus madres.

João Hanson era un gran contador de historias de terror, pero también un hábil empresario. Quien quisiera saber el final de sus historias debía ir con su hermana y comprar los dulces preparados por su madre. Ya fuesen imitaciones de nobles, historias de terror o incluso graciosas canciones inventadas, todo resultaba válido y funcional para aumentar el número de monedas a fin de mes.

Hablamos de una época en que María tenía nueve años y João sólo siete. Seis años atrás. Con certeza, de haber sido nobles, los habrían considerado prodigios; como plebeyos e hijos de leñador, para ser reconocidos tendrían que batallar mucho hasta convertirse en reyes.

Esta es la verdad: las ideas de João no eran las únicas responsables del éxito de

los dulces de los Hanson, pues la calidad del producto también resultaba insuperable, tal vez por el amor, tal vez por la voluntad con que la señora Hanson los preparaba. No importa. La cuestión es que eran insuperables.

Y bueno, los dulces también eran la debilidad de aquellos dos.

Quizá porque estaban malacostumbrados a comerlos gratis, los hermanos adoraban lo que vendían, y tal vez ese fuera otro factor para que lo hicieran tan bien. Mostraban un enorme cuidado para no comerse el producto que sería vendido, mas no cuando sobraban dulces: entre devorar un deseado manjar o abandonarlo fuera de alguna cueva para que algún cachorro flaco y hambriento se alimentara, la elección parecía bastante obvia. Y hay que decirlo: los dulces fueron los culpables del incidente macabro que ya es hora de contar.

Sucedió al final de una tarde del día del éter, el tercero de los cinco de la semana. Los niños volvían a casa tras otra jornada de trabajo exitoso. João recuerda poco esa parte del día, y María un poco más. En la declaración proporcionada después a la Guardia Real —el hecho de que ambos niños declararan ante la misma permite formarse una idea de la gravedad del problema—, María dijo que equivocaron el camino, tal vez por distracción o por algún otro motivo. Esto se desconoce. Se sabe que ese día tomaron un camino diferente sin darse cuenta y se toparon de frente con el mayor absurdo que habían tenido oportunidad de encontrar. Ni la inteligencia de María ni el raciocinio de João decidieron intervenir. Al contrario, ignoraron por completo la información cerebral transmitida por la decodificación del exquisito dibujo de la luz que entró por las córneas excitadas como una abstracción.

Era una casa. O eso parecía.

Había algo especial en ella que la hacía diferente a las otras casas del mundo.

Se trataba de una *maldita* casa que parecía completamente hecha de dulces.

Aplausos.
División de nobles y plebeyos por igual. Cuando eso sucedía, sólo existían dos motivos: la presencia de miembros de la familia real o el final de un espectáculo merecedor de los aplausos.

—¡Mira, João! Es la familia real... —los ojos de ella, los de él y los de todos los demás brillaron de excitación y fascinación ante la llegada de *ellos*, pues en Arzallum, o en cualquier otro reino con reyes y una familia real que se respetara, todo se detenía al presentarse estos. Para saludar la llegada de un Rey incluso se debe interrumpir el hilo de una historia, se esté donde se esté.

El rey Primo y su familia ingresaron al Palco de la Majestad y fueron saludados por el pueblo y la nobleza como sólo pueden serlo un buen o temido gobernante y su familia. Allí estaba él con sus maneras sabias, el porte real y el blasón de Arzallum estampado en el pecho. Y no estaba solo. Junto a él venían sus dos hijos legítimos: la próxima generación que regiría Arzallum.

—¡Creo que es la primera vez que veré tu historia representada en un escenario, gran Rey!

El mayor era el príncipe heredero, entrenado para convertirse en el legítimo sucesor de Primo: Anisio Terra Branford, nombre que de acuerdo con los especialistas que saben de eso significa «completo» o «perfecto». Si tal es el significado de «Anisio», entonces la elección resultó apropiada, pues eso era lo que Anisio Terra Branford tendría que ser, al menos para sustituir al padre cuando fuera necesario. La verdad es que Anisio lo lograría: yo lo creo y aquel pueblo lo creía también. Qué fácil es creer en los gobernantes antes de que suban al poder, ¿no? Anisio era deseado por las chicas nobles y representaba todo aquello que los jóvenes de esa misma clase social soñaban ser. Sabía hablar en público, mostrarse gracioso y firme, comportarse en la mesa y montar un caballo. ¡Lo sabía todo! Era justo lo que un noble debía ser.

—¡Tengo la seguridad de que es mi primera vez, muchacho! Ahora, los dos procuren asomarse un poco y, por favor, distribuyan sonrisas como sopa... —dijo el Rey.

El otro hijo era el príncipe Axel Terra Branford, que desde la cuna se acostumbró a la idea de no ser el príncipe heredero y por eso no se preocupó por comportarse como el noble perfecto, hasta que acabó por convertirse en el plebeyo perfecto. No es que el príncipe tuviera modales rudos o falta de tacto con la realeza —se trata de un prejuicio infundado—; sólo no se interesaba por la parte noble de las cosas, intrigado en cambio con el mundo plebeyo, tan distinto y fascinante para él. Es más, Axel escribía en buen altivo —la lengua de Arzallum— y se dirigía a cualquiera con la forma de hablar pomposa de los nobles, aunque pocas veces tenía en verdad ganas de hacerlo. La mayoría de las ocasiones se veía al príncipe conversando con soldados y usando pronombres personales como «tú» de manera natural, una conducta impensable en otros reinos.

Así, mientras que a Anisio lo celebraba la nobleza, a Axel lo adoraba la plebe. Y ambas al Rey. ¡Era un trío perfecto, pues! Y la reina Terra, ¡madre mía! No hablaré de ella aún. ¡Qué familia bendecida aquella! Mejor, al llegar la hora, hablaré del espectáculo, del Rey, de los príncipes y de la reina. Cuando la familia real se sentaba en sus butacas todo volvía a la normalidad, por lo que nosotros también podemos volver al punto en que interrumpimos nuestra otra historia.

Al fin es hora de saber qué aconteció en el macabro caso de João y María Hanson.

Ver *no* era suficiente. De ser así tal vez todo habría sido diferente. El problema fue que ellos necesitaban tocar, y los otros sentidos comenzaron a exigir el mismo derecho. Pronto estaban lamiendo, oliendo y comiendo lo que antes sólo les parecía un viaje alucinógeno. La audición envidiaba a los otros alucinados sentidos cuanto era justificable. A fin de cuentas, ¿para qué sirve una oreja en una casa de dulces? La respuesta: para mucho, pues con ella se escucha —como escucharon João y María Hanson— a una vieja extraña que los invitaba a entrar a su vivienda.

—¡No se preocupen... queridos! Tan segura estoy de la muerte de una estrella como de que encontraré la forma de que me paguen... —susurró con una voz que recordaba el sonido sibilante de una cobra.

Los hermanos entraron con un sentimiento de culpa, pues momentos antes devoraban la casa de la anciana. Ya dije que no debemos juzgar con premura a las personas, y eso aplica tanto con los comentarios malignos como con los benignos. Aquí no hablamos de una señora indefensa que, por motivos en principio incomprensibles, decidió aislarse en medio del bosque. De hecho es *muy* al contrario: se trataba de una señora tan capaz de manipular la voluntad humana y dominar los sentidos, hasta el punto de excitarlos en una forma tan obsesiva para hacerlos desear lo inexistente y coexistir con lo inimaginable, en el peor sentido en que esto se pueda tomar.

En realidad la *maldita* casa era de barro armado con una mezcla de fibras de bambú y cuerdas, una base sólida de piedras para proteger las paredes de la humedad, un techo cubierto de paja y otra mezcla de barro para cubrir los espacios vacíos, formar las uniones y proteger la madera. Pero nada de eso resultaba tan simple cuando nos referimos a aquella desgracia de ser humano. Aquí hablamos de una anciana despreciable que lograba que los niños devoraran las astillas de madera cual si fueran chocolates o masticaran fragmentos de vidrio como un montón de moras

silvestres. Una vieja decrepita que sudaba grasa y manteca como un puerco erizado, con la habilidad de conducir una sombría inducción hipnótica de modo tan competente, y prohibido por la ley, que consiguió que dos criaturas, una inteligente y la otra experta, ingirieran lodo como una gelatina fresca de moras, devoraran la cera de velas de colores cual paletas y bebieran agua fangosa con el mismo placer que un jugo de buenas frutas. Dicen que por medio de un oscuro trance los niños mordisqueaban fragmentos de barro como tabletas de dulce de leche, chupaban piezas de hierro como caña de azúcar y saboreaban piedras como caramelos, pero las personas siempre dicen muchas cosas malas de historias semejantes, sobre todo cuando no estuvieron allí.

Lo que en realidad importa es que ese espectáculo bizarro fue provocado en un inicio por el mismo motivo que llevó a un lobo gigantesco a atacar a una señora sola en un bosque: el deseo de saciar el hambre. Pues, como todo animal carnívoro, aquella anciana macabra se alimentaba de carne cruda. Y João y María Hanson atinaron a estar en el lugar equivocado en la peor hora. Debido a la gula, fueron atraídos por la simpatía de una señora que los encerró en una casa oscura y los *preparó* para un ritual sombrío de características siniestras.

María se convirtió en una esclava que trabajaba día y noche, encadenada y amenazada tanto física como emocionalmente por aquella maldita voz rasposa y ronca que le repetía:

—Trabaja, pelo de oveja...

João quedó encerrado en un repulsivo cuarto oscuro, improvisado debajo de una escalera, mientras intentaba ignorar el ruido de las ratas que arañaban la madera y escalaban por sus brazos. Y el movimiento de las cucarachas enredadas en sus cabellos. Y el toque de las arañas que formaban telas a su alrededor, en un intento de alimentarse con los incesantes mosquitos hambrientos que le robaban la sangre mediante picaduras pequeñas, continuas y en extremo dolorosas. Le dolía el pecho, y cada exhalación era tan difícil como la voluntad de permanecer vivo. El aire estaba enrarecido no sólo por la energía pesada del lugar, sino también por el polvo acumulado en un sitio tan claustrofóbico.

Ambos hermanos pasaron los cinco días siguientes vomitando sangre, nauseabundos, con fuertes dolores en el estómago y un mareo constante. Durante mucho tiempo João incluso escupió una saliva sanguinolenta, debido a los cortes hechos en la lengua con los pequeños trozos de vidrio que tomó por moras silvestres mientras vivía en un cuento de terror, irónicamente parecido a sus propias historias. Hablando de João, también debía comer en exceso, mucho más de lo que soportaba, por el mismo motivo que una gallina de granja es alimentada con mucho más de lo que necesita. Se trataba de engordarlo para devorarlo en el futuro, después de un sacrificio en un aterrador ritual prohibido donde su corazón sería ingerido. Y quién

sabe qué más.

Aquella horrenda vieja caníbal pasaba días sin alimentarse y eran raras las ocasiones en que contaba con las proteínas de la carne humana. Por lo tanto, prefería engordar a sus presas en la medida de lo posible para regalarse un mejor festín. Además, al consumir el corazón de otra persona absorbía la fuerza vital del sacrificado, o al menos eso creía, por lo que era preciso que el sacrificado gozara de fortaleza física.

El gran problema de esa maldita era que todo lo que João Hanson comía, después lo vomitaba. La cara del muchacho siempre estaba anémica, cada vez más cadavérica. Al tocar sus dedos, la vieja los descubría delgados, finos como los huesos de un esqueleto. Y eso la irritaba. ¡Cómo la irritaba!

João perdió la noción del tiempo transcurrido debajo de aquella oscura escalera, obligado a comer y vomitar. María también perdió la noción del tiempo que sirvió de esclava a una señora que, acompañada siempre de un insulso cuervo negro, babeaba sangre por las heridas de su paladar y le perforaba la piel con largas agujas calentadas en la hoguera.

Desde su prisión João escuchaba los gritos de dolor y las súplicas de la hermana torturada. Aquello era mucho peor que las ratas, las cucarachas, los mosquitos, las arañas, la falta de aire y el vómito constante.

En su casa, los padres los buscaban día tras día, desesperados por obtener alguna información. Las malas lenguas de la región murmuraban que la pareja había abandonado a sus hijos a propósito, perdidos en el bosque, pues no estaban en condiciones de mantenerlos. Es obvio que tal afirmación era proferida por las mismas personas acostumbradas a exagerar hechos que no habían atestiguado: una expresión de maldad pura, veneno de gente chismosa, ajena al sufrimiento humano, que no devora corazones pero se alimenta del alma humana de manera similar a aquella vieja caníbal.

Puedo admitirlo ante cualquiera: los Hanson jamás habrían sido capaces de tamaña barbaridad con su prole. En todo caso la habrían vendido a quien pudiera darles una buena educación, antes que abandonarlos a su suerte en un bosque oscuro y siniestro. Lo que afirmo es tan cierto, que acudieron a la Guardia Real. Esperaron las horas obligatorias antes de tener la certeza y comprobar su desaparición. Confirmaron cómo las búsquedas de los guardias reales terminaban sin resultados. Incluso intentaron convencerlos de que los niños estaban muertos, pero los padres sólo lo creerían cuando vieran los cuerpos.

Todo siguió así hasta que la vieja caníbal comunicó que había llegado la fecha del macabro ritual en que João Hanson sería sacrificado.

Era el día 24 de una Luna Negra.

Calentar un gran caldero fue la orden proferida a María por la vieja que babeaba sangre, hedía a ácido úrico y cada trece pasos escupía saliva verde a causa de las flemas de bronquitis.

—¡Al fin! ¡Calienta! ¡Hierve el agua del caldero, maldita cabello de oveja! ¡Después mata a tu hermano, córtale la mano derecha y ponla en el caldero para mí! Sirve la sangre en tazas, que mis invitados llegarán en poco tiempo. Más tarde me comeré su corazón...

Ese día María temblaba tanto, que en condiciones normales habría caído en un colapso. Apenas sentía el suelo o las cosas. Cuando sujetó el afilado cuchillo de cocina, aquel que nunca había tenido el coraje de utilizar contra la vieja por imaginar qué ocurriría si fallara el golpe, el reflejo de su rostro distorsionado en la hoja del acero dio una imagen diferente, pues no sólo la reflejó a ella.

Ante orden tan espantosa, llevada por la desesperación que activa el instinto animal de supervivencia en el ser humano, María entró en el cuarto que servía de celda de su hermano y, cuchillo en mano, lo hizo gritar cual poseído. Cuando salió de allí tenía la ropa ensangrentada y un pedazo de carne entre las manos. La vieja caníbal quedó satisfecha y se dirigió a la mesa, sonriendo, con los ojos cerrados, a la manera de un melómano en un concierto.

Sin embargo, para ella el mundo no sería tan fácil, pues lo que una desesperada María Hanson cortó y echó en el caldero era ese cuervo negro e insulso que detestaba a aquella maldita vieja decrepita, el cual pagó el precio por estar, igual que los hermanos, en el lugar equivocado en la peor hora.

En cuanto probó la sopa que debía contener la carne muerta de João, la vieja percibió un sabor distinto. No se sabe cómo, pero se dice que un caníbal *siente* esas cosas. Así, tras golpear a María Hanson con una olla de barro, ella misma se inclinó en el gran caldero para comprobar qué había en él, para lo cual era necesario subirse en un pequeño banco de madera, pues grande era la olla donde se hervía a los niños. Entonces vio que allí no había cuero cabelludo, sino unas plumas negras y el cadáver desollado de su mascota.

Y después no vio ya cosa alguna: en ese momento María Hanson invocó la energía experimentada por los héroes al realizar actos extraordinarios y por las personas comunes ante la desesperación, y aún encadenada por los pies, armada con la misma olla de barro con que había sido golpeada, reunió todas sus fuerzas para ¡gritar! e imprimir contra la anciana un poderoso y violento golpe que le explotó a la altura de la cara, deformó su rostro e introdujo la mitad de aquel cuerpo viejo y sudoroso dentro del caldero.

¡Al caer en el agua hirviente y sentir cómo la piel se le cocía, la caníbal gritó!

Con el corazón en la boca, frenética, sin dar crédito a lo que hacía, María la tomó por las rodillas, que se agitaban en espasmos, y arrojó a aquella monstruosidad de una

vez por todas en el caldero, ante los gritos aterrorizados de la vieja repulsiva. Cuando el cuerpo entró por completo en el agua, convulsionado como una rata, el agua caliente se desparramó, salpicó el brazo de María y, a manera de suplicio, la dejó marcada con algunas quemaduras que le recordarían siempre tales momentos de horror.

Mientras la vieja aún se debatía en el caldero, sintiendo cómo la piel se le cocía y gritando de dolor, exhalando un fuerte aroma a carne quemada, María Hanson tomó las llaves para liberarse de sus cadenas, retiró también las de su hermano y juntos huyeron de aquel antro, lejos de aquella casa horrenda, en dirección al bosque, hasta que se cruzaron con los equipos de búsqueda que aún no se daban por vencidos. De esa forma probaron la teoría de sus padres en cuanto a que no es posible creer en la muerte de un hijo hasta no verlo muerto o hasta que el corazón les diga lo contrario.

Tras días de sufrimiento, allí, frente a los Hanson, estaban sus dos hijos, vivos. La vida regresó a la pareja. Dicen que la madre lloró cuando vio el rostro enrojecido, marcado por los golpes, de la hija. Y el padre todavía más al revisar la cara anémica y cadavérica del hijo. Padres e hijos contaron la historia, y también la Guardia Real, y hubo que repetirla para muchas otras personas.

Más tarde los jóvenes volvieron a la casa de la vieja, esta vez acompañados por sus padres y la Guardia Real. El cuerpo de aquella repugnante caníbal seguía dentro del caldero hirviendo, que era demasiado grande para que una vieja escapara por sí sola. La casa fue quemada. Dicen que los Hanson miraron el incendio hasta que no quedó una astilla que pudiera ser confundida con chocolate por algún transeúnte inocente, víctima de un último trance macabro de magia negra.

¿Y la anciana? Nadie sabe quién era aquella vergüenza de ser humano ni quiénes serían los invitados para su siniestro ritual. Pero de una cosa todos estaban seguros: no se trataba de una persona común, mucho menos de un hada caída o de alguna entidad sombría y depravada originada por los avatares de los semidioses de ese mundo.

No, estaba claro que allí no se trataba de magos blancos, ilusionistas, ni de una simple vieja hambrienta en busca de una bizarra pero saludable alimentación.

Se estaba hablando de mucho más que eso.

Se estaba hablando de una maldita bruja.

La noticia fue recibida de manera avasalladora, como un tiro de cañón. La población quedó en alerta. El descontrol emocional resultó tan inmenso, que de no haber tenido a un monarca con el temple de Primo Branford en ese momento, tal vez Andreanne hoy no sería el ejemplo de ciudad capital que se conoce. Pues fue este Rey el primero en percibir la necesidad de calmar al pueblo y convencerlo de que no había otras brujas caníbales por allí, prestas a devorar los corazones de los niños. Y en realidad no existían: aquello había sido una excepción, o al menos así lo creían.

Durante el desarrollo de esta historia comprobarás por qué Primo contaba con bases reales para defender tal opinión. El hecho es que sabía que para revertir aquel cuadro era preciso algo grande, que mostrara, si no el verdadero, al menos el poder real de Andreanne. Sería preciso lograr que las personas no temieran vivir allí, sino que estuvieran orgullosas de hacerlo. Sería preciso algo que les llamara la atención, las tranquilizara, ocupara sus mentes y originara el renacimiento de la paz, tanto para nobles como para plebeyos, insatisfechos ante el temor de brujas sueltas por la ciudad.

Fue cuando Primo tuvo una idea.

Parecía que aquel día todos los semidioses le dirían qué hacer y cómo proceder. En ese momento surgió en su mente un plan perfecto, una verdadera creación en el momento propicio. Más que la creación, la recreación de una obra que nunca había sido suya pero que había llegado el momento de tomar para sí, pues todas las buenas ideas en esa ciudad debían ser concebidas por él.

Se reunió a los arquitectos reales.

Comenzaron las reformas.

Y la Majestad renació.

—¡Garamba, es la tercera llamada! —dijo Ariane, excitada.
—¡Dale tiempo, Ariane! ¡Para ver una obra aquí, en la Majestad, debes guardar silencio! —dijo João.

—¡Vaya! ¿Y dónde no es necesario guardar silencio para presenciar una obra, cabezón sabelotodo?

—¡Silencio! ¡Y quédate quieta! ¡Cómo hablas!

Las luces se apagaron. João sintió frío en la barriga, lo que sucedía siempre que las luces se apagaban en cualquier lugar. El hecho es que el muchacho jamás pudo dormir de nuevo en la oscuridad. Siempre mantenía cerca una lámpara, una vela o cualquier fuente luminosa posible, incluso una rendija para que entrara la luz de la Luna, para evitar adormecerse en la negrura total. Ese recelo ocurría simplemente porque la oscuridad siempre es igual y evoca las mismas sombras dentro de celdas improvisadas debajo de las escaleras en las casas de brujas babeantes de sangre, olorosas a excremento y devoradoras de corazones.

Con todo, un día le dijeron a João Hanson que no hay mal que dure por siempre. Estaba entrando en la adolescencia y necesitaba creer en muchas cosas, incluso en aquella máxima. Necesitaba creer, como Ariane —y María, si estuviera allí—, que el bien era capaz de vencer al mal, ya fuese encarnado por un inmenso lobo asesino o por una repulsiva bruja caníbal. Siempre. Y si en eso necesitaba creer, entonces se encontraba en el lugar adecuado. Porque la lucha entre el bien y el mal siempre da pie a un buen espectáculo. Y cuando se trataba de espectáculos la Majestad era la cumbre de la consagración. Un lugar de sueños y sonrisas: todo lo que esos dos necesitaban en aquel momento.

Para delirio del público, la propia reina Terra dejó por un momento su cómodo palco y apareció en el escenario a fin de consagrar y dar inicio al espectáculo. Por cierto, la reina Terra era un caso raro en el mundo: ella también era un hada, y resulta muy difícil permitir que un hada llevara una vida humana.

Sin embargo, Terra lo hacía.

Las hadas eran sólo avatares, representantes semidivinos de un semidiós Creador. Esos avatares en forma de mujeres, bellas o no, humanas o no, eran necesarios como legisladores, responsables de manifestar las leyes preestablecidas por fuerzas más grandes que la comprensión humana. En Nueva Éter las hadas cumplían su papel con veneración, y se valían de la buena magia blanca para probar a determinadas personas elegidas por el Creador. En consecuencia, repartían dádivas o castigos de acuerdo con sus acciones. Al ayudar o castigar a determinado ser, de acuerdo con sus reacciones, permitían que la historia prosiguiera sin mayores interferencias, pues no era ese su auténtico papel. La función feérica no consistía en interferir o moldear la vida hacia un destino preestablecido, sino sólo vigilar a aquellos sometidos a las leyes supremas.

Sin embargo, existían casos más raros, como el de la propia reina Terra. Sucedió en la época en que Primo Branford era apenas un joven paupérrimo en busca de su propio sustento, sin imaginar que se convertiría en el Rey más grande de la historia. El hada Terra se cruzó en su camino. En aquella época sólo era conocida como el Hada del Molino, a la que todos los molineros le rezaban y hacían peticiones para que propiciara mejores vientos en sus negocios, aunque su nombre de bautismo proviniera de un elemento del suelo.

Por una orden recibida, Terra probó el carácter del plebeyo Primo Branford en episodios, los cuales un día narraré si tengo ganas y un público para hacerlo. Sin embargo, el hada no sólo comenzó a admirar a ese humano de carácter inamovible como el Sol: notó también en él una nobleza profunda, y *algo* ocurrió. El semidiós que la concibió percibió que el Hada del Molino había infringido una de las leyes feéricas más básicas: involucrarse emocionalmente con otra creación.

Si encaráramos la vida como la historia de un libro, diríamos que cuando un hada sale del plano de asistente de un relato para volverse su protagonista, el semidiós responsable de la misma analiza la situación. En este caso existen dos posibilidades, la primera de ellas muy directa: la muerte. Nadie, pero nadie en ningún lugar de Nueva Éter, se atrevería a matar ni atacar a un hada —sería como agredir a los semidioses, pues ellas los representan—. Ellas gozan de la protección semidivina, pero deben mantenerse como espectadoras de las acciones y nada más.

Sin embargo, existe una segunda posibilidad que jamás podrá ser descartada. En caso de que el hada se involucre en la misión al punto de mostrarse incapaz de abstraerse en el terreno emocional, entonces le será concedido, como se le concedió a Terra, el don de la mortalidad. Esto significa que perdió parte de su condición y de su protección semidivina, y desde entonces se tornó susceptible de ser herida y muerta como cualquier otro ser humano, pero también capaz de concebir la vida como cualquier otra mujer, por lo que muy poco la separaba de una condición del todo humana. Aun así queda una pregunta: ¿qué haría a un hada desistir de su condición

mágica y semidivina para convertirse en el «personaje común» de una historia?

Dos motivos impulsan hacia delante al mundo y sus historias: el amor y el odio. Debemos suspirar con alivio cuando ese motivo es el amor, como en el caso de Primo y Terra, pues el don de la mortalidad otorgado a las hadas por el Creador se convierte en una bendición.

El problema siempre existirá cuando hablamos de odio. De hecho, existen hadas enviadas para evaluar a determinadas personas y en cuyas pruebas terminan por fracasar cada vez más y más y más. En consecuencia, ceden ante sentimientos humanos destructivos como el orgullo, la arrogancia, el egoísmo, y en tales hadas frustradas se origina un desprecio hacia la raza humana: una antipatía con profundas secuelas. El sentimiento venenoso comienza con la rabia, que luego da lugar al odio, hasta que la buena magia blanca es sustituida poco a poco, cual células cancerígenas que invaden un cuerpo saludable, por la tenebrosa magia negra. Entonces comienzan a maldecir a los buenos humanos sin orden alguna y al mismo tiempo van perdiendo el don de la inmortalidad. Cuando lo pierden en su totalidad, de igual forma sangrarán y podrán ser muertas por cualquier otro ser vivo. En ese caso el don de la mortalidad se convierte en una carga.

Y son esas hadas movidas por el odio y condenadas a la mortalidad las que, por rabia contra los semidioses que un día las bendijeron y después las maldijeron, intentan enseñar a otras humanas, dotadas con el mismo sentimiento de odio, la prohibida magia negra.

La primera de esas hadas caídas y desvirtuadas recibió el nombre de Bruja — espero que nunca deba explicar mejor su terrible trayectoria—. De Bruja nació la primera escuela secreta de magia negra, y esto sacudió los cimientos de Nueva Éter.

Fue necesaria una acción conjunta de diversos reinos para que tales escuelas secretas y prohibidas de magia, lideradas por hadas negras caídas, fueran destruidas. Se libró una guerra que implicó aceros, sangre y rituales. El exterminio cotidiano de las mujeres involucradas fue brutal. Las escuelas ocultas de brujería que fueron cazadas recibieron en los registros de Nueva Éter el nombre de Sabbat. Originadas, por lo tanto, por Bruja, la primera hada negra, las humanas que aprendieron sus secretos recibieron otro nombre, en honor y referencia a la siniestra maestra: brujas.

Y asimismo las humanas que no eran hadas negras, pero que habían sido entrenadas por esos seres malignos en el camino prohibido de la magia, fueron cazadas en forma tan implacable como cualquiera de sus crueles maestras.

Y esa saga que representó la persecución más violenta e implacable de la historia de ese y otros reinos, la cual acarreó la primera guerra entre humanos y brujas, era el tema de aquel espectáculo teatral presentado por la reina Terra en la Majestad.

La histórica Cacería de Brujas.

La voz ronca, de timbre fuerte, del entrenado narrador resonaba desde la platea silenciosa y excitada de la Majestad hasta la última hilera del auditorio, ocupada en referir la información para entender la teoría que acabo de contar sobre hadas —blancas o negras— y brujas. El espectáculo avanzaba y mostraba la rebelión de las hadas negras, enfurecidas y traicionando su propio buen origen, dominadas por un sentimiento de autodestrucción.

De manera muy bien lograda, con el juego de luces para enfocar lámparas y candelabros y un equipo de figurinistas y maquilladores bien preparado, en el escenario se mostraba cómo la macabra magia negra influía en el comportamiento de las personas que la usaban, incluso en el propio aspecto físico. Pues lo que se representaba allí, durante el acto titulado «El nacimiento de Bruja», era a un hada dominada poco a poco por el poder oscuro mientras adquiría formas grotescas y bizarras, como inmensas jorobas —una manera semidivina para forjar a una persona consistía en hacerla inclinarse con humildad—, hileras de espinas que picaban como hormigas, verrugas que secretaban pus y estallaban como granos de maíz expuestos al fuego, pieles secas con las venas similares a los afluentes de ríos en los atlas geográficos, heridas expuestas que no cicatrizaban y sangraban por debajo de las costras: la lista era variada y nunca seguía un patrón.

Y no sólo a las hadas negras se destinaba tal fenómeno; también ocurría entre las humanas involucradas en la magia prohibida. De esta forma hubo brujas vestidas de negro, con apariencia decadente y carcomida, las cuales liberaban energías adormecidas de las que ni siquiera ellas comprendían con exactitud su intensidad ni los riesgos de exponerse a fuerzas de tal naturaleza.

Son pocos los que vivieron esa época para contarla, y los que hoy siguen vivos son señores añosos con sus misiones cumplidas o al menos jefes de familia experimentados a la espera de la muerte. Sin embargo, a partir de entonces surgieron muchas cábalas y escuelas secretas de brujas, con lo que sus practicantes, mujeres

carentes e infelices con una falsa sensación de poder, se multiplicaron. Fue una época triste, sin buenos recuerdos.

Pero ese día, en aquella casa de espectáculos, no había un solo espectador a quien eso le importara, aunque no lo hubiese vivido.

—Caramba, João, el actor es muy bueno...

El actor más aplaudido interpretaba el papel de Primo Branford a los veinticinco años: un muchacho que despertaba el día de su cumpleaños.

—No está mal, Ariane, ¡pero no le llega a los pies al hada Terra! ¡Ella es mucho para él!

—¡Ah, no digas tonterías! ¡No entiendes nada!

El muchacho rio, pues la actriz que representaba al hada Terra era la más bella de la compañía, tan aplaudida como aquel que interpretaba a Primo. Y la historia mostró cómo un joven de veinticinco años, sin una gota de sangre noble en el cuerpo, lideraba a un escuadrón de soldados reales contra diversas escuelas prohibidas de magia oscura y ayudaba a exterminar la mayor amenaza que se ha cernido sobre Nueva Éter, al lado de otros jóvenes que se convertirían en grandes leyendas. Las más grandes leyendas.

De esa forma sucedió también en todos los reinos. Mucha sangre corrió para que todo llegara a su fin. Una época de terror en que las personas se encerraban en sus casas para rezar abrazadas a sus hijos, a la espera de que todo acabara lo más rápido posible sin que antes de eso fueran acusadas de encontrarse en relación con la brujería. Esa época negra de la historia a la postre fue conocida como la Cacería de Brujas, con la que, al menos en Andreanne y en el reino de Arzallum, Primo Branford restauró la paz y exterminó aquel terror, y por lo que el propio pueblo lo consagró como Rey.

Y al llegar a ese punto, la consagración del Rey, el espectáculo terminó, ante los aplausos de un público que sonreía, se asustaba, lloraba y entraba en éxtasis, envuelto por otros tantos sentimientos inenarrables.

Emocionado con el mar de remembranzas, el Rey se levantó y aplaudió de pie. Y cuando un monarca aplaudía un espectáculo de pie, los súbditos debían, como mínimo, hacer lo mismo.

Y como un Rey se levantó para aplaudirla, la obra *Cazadores de brujas* se consagró como la mejor jamás realizada en la historia de la Majestad.

La compañía teatral había llegado a la cima y conseguido el triunfo absoluto en la mayor casa de espectáculos. El éxito y la ovación del público fueron tan inmensos, que nadie pensó en mirar con mayor atención hacia el Palco de la Majestad. Y nadie, ni siquiera el noble más rico en el palco más próximo, se dio cuenta de que algo andaba mal allí. No me refiero al Rey ni a la reina, que había vuelto al palco tras presentar el inicio del espectáculo, sino a los herederos reales del trono, es decir, no

sólo uno de los príncipes, sino los dos.

Sí, porque Anisio parecía más gordo de lo que era en realidad, y Axel daba la impresión de haberse encogido unos tres centímetros como mínimo, aunque los gestos, la ropa y la sonrisa de ambos resultaran convincentes. ¡Eh! ¿Dije «nadie»? Admito que esta vez no lo hice por olvido, sino para crear suspenso, pues no es verdad que nadie notara la rareza. Al menos una persona notó a uno de ellos: Anisio y su figura un poco más adiposa que lo acostumbrado.

—Madre, ¿no está un poco más gordo Anisio que la última vez que lo vimos? —preguntó su prometida, la princesa Blanca, hija del rey Alonso Corazón de Nieve, líder supremo del reino de Stallia, vecino a Arzallum.

—¡Bueno, hija mía, eso sólo prueba que él se está alimentando bien! —respondió la reina Rosalía, madre de la princesa y la mayor partidaria de un buen casamiento entre los dos.

El hecho de que una persona engorde nada tiene que ver con una buena alimentación; la mayoría de las veces es justo por lo contrario, pero la única preocupación de la reina Rosalía en ese momento consistía en impedir que su hija notara algún defecto en el novio antes del matrimonio.

—Aun así me parece muy extraño ver a Anisio, que es tan cuidadoso, engordar así en poco tiempo. ¡Cuando pueda me encontraré con él y le daré un sermón!

La reina rio. Se acordó de sí misma y de la época en que Alonso el Bravo era para ella sólo un príncipe prometido. Sabía que aquello era parte de una relación, lo cual resultaba en extremo saludable y no constituía un motivo de preocupación. Pero si la reina hubiera estado más atenta que la propia hija, ese día ella también se habría preocupado con aquel biotipo tan diferente al príncipe en su constitución natural.

¡Ah, sí, ella se habría preocupado! Como narrador de esta historia, te garantizo que lo habría hecho...

Axel Branford reventó de un puñetazo el rostro de su oponente. Enrolladas en las manos y los dedos llevaba ataduras que dejaban en el adversario marcas temporales que en algunos casos se volverían permanentes, según la zona lastimada y la intensidad del golpe. Aunque el rostro del hombre ya se encontraba demasiado lacerado, todavía intentó atacar al príncipe una vez más. Vivía de su reputación, y si se retiraba del combate esta quedaría arruinada.

De esa forma aquel hombre gigantesco, también con ataduras en dedos y codos, como dictaban las reglas, se abalanzó sobre Axel. Hubo un desplazamiento mínimo y ¡bam! y ¡bam...! El gigante sintió que una o dos costillas se le rompían con un estruendoso ¡crac!, en tanto que un codazo le hacía sangrar la nariz y un movimiento de media luna hacia el frente con un puño veloz lo dejaba temporalmente ciego.

El cuerpo volvió al suelo y el mundo continuó siendo surrealista.

En aquel lugar lo conocían como el Gnoll, debido a su piel oscura, vestimentas, tamaño y furia en el combate. Sin embargo, para Gnoll, peores que los golpes eran los gritos. Mas no los de Axel, sino los del público: aquella multitud que rodeaba el cuadrilátero mientras levantaba sus jarras de vino y cerveza oscura y negociaba altas apuestas. Gnoll siempre había sido un Rey en aquel establecimiento, por lo que fue tonto de su parte aceptar el desafío del príncipe. ¿Pues quién derrotaría a ese maldito? Primero, se trataba de un miembro real y habría sido una estupidez darle una zorra — una buena disculpa para contarla en las tabernas—. Segundo —y más cercano a la verdad—, ¡porque era prácticamente imposible dársela! Aunque no hubiera sido de la realeza, se trataba del maldito más rápido y ágil que Gnoll hubiera visto moverse en un cuadrilátero en toda su vida como pugilista.

Todavía más: Axel tenía empatía con el público. Era un príncipe legítimo que, si bien podría estar sentado en mesas enormes, hablando con nobles sobre teorías intelectuales, prefería estar allí, en bares viejos y sucios, entre la plebe de Andreanne, practicando el deporte de contacto corporal directo y adorado por los hombres de la

ciudad. Aún más: no asistía a ese lugar con decenas de guardias detrás de sí a manera de escolta. Incluso poseía como guardaespaldas a un inmenso trol ceniciento —un pleonasma, pues todos los troles son inmensos—: el escalofriante Muralla, pero Axel decía que lo tenía más por el «placer de la amistad» que por preocupaciones reales. Además, como máximo solía llevar la compañía del viejo Melioso, antiguo campeón y su entrenador en aquella época.

¿Cómo un príncipe estaba a punto de noquear al campeón de aquella casa? Sucede que en ese reino el pugilismo era más popular que las justas —como sería lo opuesto en Cáliz o la esgrima en Mosquete—, pues el número de nobles era de los más reducidos en Arzallum y los plebeyos preferían deportes en los cuales pudieran participar en vez de limitarse a apoyar a personas que no les importaban. El pugilismo era un intenso ejemplo de eso, así como una especie de prueba tangible de masculinidad.

Para evitar que la gente se aporreara sin control por todo el reino, existía la llamada Confederación Real de Pugilismo: si alguien participaba en algún combate sin estar afiliado a la confederación, de inmediato era llevado a pasar algunos días en la temida y lóbrega Jaula de la siniestra prisión de Andreanne, de la cual se dice que no había hombre, ni siquiera entre los peores, que deseara entrar allí. Desde su creación, e incluso con tantos asociados ávidos por obtener el título de campeón máximo, ninguna inscripción era más sonada que la número 5752. Allí, en la ficha firmada por el propio puño real, estaba la inscripción del príncipe Axel Terra Branford.

Otro Rey quizás hubiese tenido un ataque al corazón al recibir tal noticia, pero para Primo, como he dicho, el pugilismo era un deporte del pueblo, de donde él provenía. De esa forma, contrariando las expectativas y la voluntad de la reina Terra, que era madre y por lo mismo debemos entenderla, Primo no se enojó con su hijo por aquel acto rebelde. Muy por el contrario, muy por el contrario.

Primo sentía un orgullo inmenso cuando veía al muchacho en sus clases de pugilismo y cómo se volvía cada vez más rápido, más ágil y más fuerte, del mismo modo en que a él le hubiera gustado hacer si hubiera tenido la oportunidad. Cuando Axel entraba en la arena de pugilismo, Primo olvidaba su papel de Rey y vibraba, gritaba y animaba como cualquier otro ser humano que también fuera padre, y también debemos entenderlo por eso.

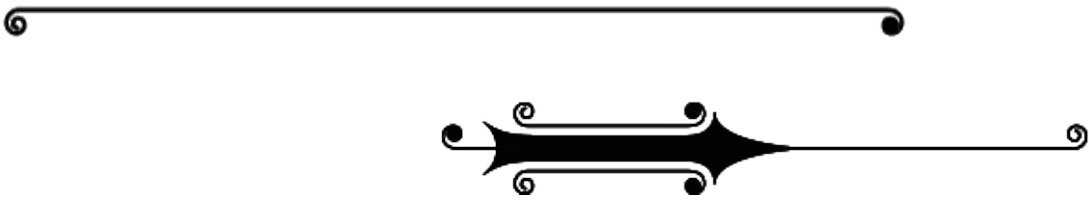
Sin embargo, Primo Branford no estaba presente el día en que su hijo enfrentó a Gnoll. No vio a Axel noquear con aquel impacto al campeón de la arena ni subir con ello al *ranking A*, al conquistar los puntos necesarios para inscribirse en la vacante nacional para el Puño de Hierro, el mayor torneo de pugilismo del mundo.

No pienses que el padre no estuvo presente en un momento tan importante en la vida del hijo por falta de interés o porque pensara que un Rey no debía meterse en

bares sucios. Sencillamente no lo hizo por el motivo simple y directo de que le era imposible estar en dos lugares al mismo tiempo. Porque en el momento exacto en que el príncipe Axel Branford noqueaba a Gnoll, Primo se levantaba para aplaudir el brillante final de la obra *Cazadores de brujas* en la Majestad.

Y no fue sólo porque Gnoll terminó noqueado como la física se rindió también a otro absurdo paradójico, ya que un mismo príncipe sí se hallaba en dos lugares al mismo tiempo.

Lo más extraño de esta historia es que a nadie parecía importarle.



Si el grupo de niños fue a todas luces el primero en entrar, también fue el último en salir. Pero ninguno de ellos protestó, pues el atraso no sólo se justificó por la espera para que aquel tumulto de mil personas vaciara la casa de espectáculos, sino también porque tuvieron la oportunidad de conocer de cerca a los actores de la cautivadora obra de teatro que acababan de presenciar.

João registraba cada encuentro en un cuaderno que llevaba consigo y que más parecía un pesado libro sin nada impreso. Aquellas páginas registraban mucho de sí mismo: poesías infantiles, dibujos al azar, redacciones sobre brujas, príncipes y dragones, uno o dos mensajes escritos por él u otra persona, y ahora autógrafos de actores consagrados. Todo le parecía excitante a este niño. Entrar en un camerino, ver a los actores levantarse, firmar su cuaderno, sonreír o escribir dedicatorias en las páginas de su fiel compañero: ese mismo compañero que recibió un día en sus páginas un poema infantil, donde se declaraba un sentimiento raro, que se avivaba cada vez más, por su amiga Ariane Narin. Esto no duró mucho tiempo, pues sé muy bien que su hermana María leyó esos versos, João lo descubrió y entonces arrancó la página de la vergüenza.

Como surgió el nombre de Ariane, admito que ella también representaba en ese momento la excitación viva. Por más que fuera tratada como atracción una y otra vez, no era el tipo de niña de sonrisa difícil. Siempre que podía distraer la mente y olvidar lo sucedido —propósito que habría conseguido de no ser porque siempre había alguien que se lo recordara—, ella sonreía y se mostraba como una niña relativamente animada y feliz. La explicación de tal comportamiento es sencilla: como ya he relatado, Ariane fue criada por sus padres con sobreprotección, con la idea de que el mundo era bueno y por lo tanto no existía nada más allá de la bondad en sus tierras. Sin embargo, tras lo sucedido con su abuela y pasado el trauma de conocer la existencia de dos puntos de vista siempre en lucha para defender aquello que representaban, Ariane le dio un triple valor a la vida. Pregunten a cualquier

soldado que haya visto de cerca la muerte si no valora todavía más la oportunidad de estar vivo, junto con los latidos en el pecho de un ser humano y el mundo que lo acoge. Ariane sabía de eso, y al contrario de un soldado, que por lo general vivía unas dos decenas de años antes de ser llamado a filas, ella lo descubrió a los nueve.

—¡Ah, usted estaba liindaaa! —João no necesitó mirar para saber que Ariane hablaba con Ligia Sherman, la actriz que interpretaba a la reina Terra.

El niño adoraba la forma de ser de Ariane, por más extravagante y llamativa que fuera. No sé explicar bien el motivo, pero en ese momento él recordó cómo había conocido a la muchacha. En ese momento ya nadie lo podía llamar «crío», pues había cumplido trece años y dejado atrás los doce, pero ese no era el caso. En realidad João Hanson estaba terminando otro año escolar y faltaban unos pocos días para cumplir diez años cuando reparó en un grupo de muchachos que rodeaba a una niña rubia de apariencia asustada; cierto, tú y yo sabemos que era Ariane Narin, pero en aquel tiempo él no.

—¡Eh, Caperucita Roja! ¡Caperucita Roja! ¿Sabes para qué es eso tan grande? ¡Para comerte! —la provocación partió de Héctor, uno de esos muchachos que parecen estar presente en cualquier institución escolar y, a falta de mayores atractivos, intentan imponerse por la fuerza y el menosprecio hacia las personas menores que él.

—¡Mi nombre es Ariane! —respondió furiosa aquella niña de diez años.

—¿Ariane? ¡No! ¡Yo prefiero Caperucita Roja! ¿Y ustedes, amigos? —Héctor hizo la pregunta a su banda de seguidores, esos bellacos sin personalidad que también parecen infestar cualquier institución de enseñanza en cualquier época o escenario.

—¡Caperucita Roja! ¡Caperucita Roja! ¡Caperucita Roja...! —era lo único que los tontos amigos de Héctor repetían en esta escena patética.

Ariane se calló. Mantenía una expresión enojada. Como dije antes, si dependiera de ella, poco a poco olvidaría el trágico acontecimiento, pero las personas simplemente se lo impedirían a lo largo de su historia. Ese día João intercedió en su favor, y fue sólo la primera vez de tantas que vendrían en el futuro.

—Eh, Héctor, ya que estamos hablando de ropa, ¿qué tal si describimos la pijama de animalitos que te compró tu madre en Cute-Cute? —el veloz raciocinio de João funcionó de manera fulminante, aunque es necesario comprender por qué una frase así salvó a Ariane de mayores humillaciones.

Para que se entienda este razonamiento y el éxito de João en aquel momento, debemos pensar como un niño de diez años. Es cierto, lo que dije que dijo no parece la frase de un niño de diez años, pero esa fue la idea contenida en sus palabras. Lo importante es que funcionó.

Primero, Cute-Cute era la sastrería de ropa para niños más popular entre las madres de la ciudad de Andreanne a causa de su calidad. Toda madre terminaba un

día por encargar a uno de esos sastres la ropa de sus hijos, y eso sucedía con todos los niños, con excepción de los que no estaban en condición de comprar ni siquiera un pan, no digamos ya ropa de marca. Pero incluso las familias incapaces de comprarlas poseían al menos una prenda de Cute-Cute; luego sabremos por qué.

Bien, si todos los niños tenían de una forma o de otra una prenda de Cute-Cute, ¿en qué consistió entonces el comentario genial de João? De nuevo, piensa como un niño de diez años. Cuando se está cerca de la preadolescencia, muchas de las cosas «normales» para un niño se vuelven «anormales» para un adolescente. Como el preadolescente no está de un lado ni quiere estar del otro, comienza a distinguir entre lo que es bueno para él y una vejación ante sus amigos.

Y convengamos en que usar ropa de una sastrería llamada Cute-Cute se incluía en esta última categoría.

¿Los niños de diez años no deberían ser considerados todavía como niños? Sí, deberían. ¡Pero explícaselo a ellos! Creo que ya entendiste, ¿no? En determinado momento de la vida, los niños comienzan a creer que usar la ropa de una sastrería con el nombre de Cute-Cute constituye la mayor vergüenza por la que se podría pasar. Así, las madres juntaban esas prendas inutilizadas por «fuerza mayor» para donarlas a los hijos de aquellas familias sin dinero ni para comprar un pan. ¿Cómo sabía João que la madre de Héctor había comprado una pijama en Cute-Cute? Esta bien, él no lo sabía, pero razonaba con velocidad. Por más crecidos que se creyeran, todos en aquella escuela tenían —a regañadientes— una pijama encargada allí, ¡y que tire la primera piedra quien lo admita! Es el típico caso en que las personas se apresuran a señalar en los demás aquellos defectos que existen en sí mismas, lo cual no es exclusivo del universo infantil. ¿Acaso Héctor no lo podría haber negado para después reírse como si João hubiese dicho una gran broma? Sí, hubiera podido hacerlo, pero la posibilidad de que João en realidad hubiera visto a su madre saliendo de Cute-Cute con la pijama de animalitos le bloqueaba la voz en la garganta.

Quizá preguntes: ¿por qué entonces el idiota de Héctor no acusó a todos de tener también pijamas de esa tienda? ¡Vaya! ¿Acaso no prestas atención a nada de lo que digo? ¡Eso sería admitir que él en verdad tenía una pijama de animalitos de Cute-Cute! Y él prefería la muerte a eso. Sin embargo, ante el silencio del valentón, João decidió cerrar con broche de oro y extendió los brazos para decir algo que solía escuchar de su padre:

—¿Ya vieron? ¡El que calla otorga!

Eso fue cruel. Muy, muy cruel. No era necesario, ya había derrotado a Héctor y transferido la atención de la pequeña Ariane hacia su agresor verbal. Los amigos de Héctor, si es que las personas que se prestan a tales papelones tienen amigos, miraron en su dirección, se miraron unos a otros y masacraron sin compasión ni piedad a aquel al que antes seguían como a su pequeño líder:

—¡Eeeh! ¡Es el mariquita Cute-Cute! ¡Mariquita Cute-Cute!

Héctor se puso colorado. De rabia, de vergüenza. Tantos sentimientos juntos al mismo tiempo. El pobre infeliz mal sabía que, en aquel momento, aquel apodo, *Mariquita Cute-Cute* —convengamos en que suena mucho peor que el de Caperucita Roja—, lo acompañaría por el resto de su vida, aun cuando fuera mayor, decenas de años más viejo que en esa época. A causa de esto tendría dificultad para relacionarse con las muchachas, pues ellas saben ser tan crueles como los hombres cuando descubren casos como aquel. Incluso en su futuro empleo como leñador —mucho tiempo después del final de esta historia— escucharía bromitas como la siguiente.

—¡Cuiden de no derribar ese árbol en la cabeza del Mariquita Cute-Cute!

Si João hubiera sabido que se encontraba eternizando aquel apodo, no lo habría hecho. Al menos así lo considero. No de esa manera. Pero nada de eso importaba entonces. Importaba, sí, que aquello desvió la atención de Ariane Narin y que Héctor nunca más se atrevió a pronunciar el nombre de Caperucita Roja, con tal de no escuchar en respuesta la tonadita de *Mariquita Cute-Cute*.

Y si Héctor no olvidaría jamás la figura de João, Ariane tampoco lo haría.

Eso era todo lo que a él le importaba.

Mientras Ariane Narin y João Hanson estaban animados, terminando de conocer a los actores del gran espectáculo, fuera de la Majestad ocurría un hecho importante que no puede pasar inadvertido. Lo afirmo así porque una joven pacientemente apoyada en una reja era la responsable de llevar de vuelta a Ariane y a João.

María Hanson vio a unas diez centenas de personas salir por aquellas puertas, y por tal motivo se apartó de la entrada y se ubicó junto al muro de una gran sastrería de ropa para adultos —que no rivalizaba con Cute-Cute—. ella también sabía que los niños serían los últimos en salir y ya imaginaba la sonrisa de João y de Ariane cuando eso ocurriera, además de lo que escucharía en el camino de regreso.

Estaba tan perdida en sus pensamientos, que ni siquiera notó la presencia de un muchacho a su lado. Sentado muy cerca del muro, llevaba un abrigo con capucha y parecía haber sudado mucho, además de estar algo cansado. De seguro se trataba de alguien que había interrumpido una carrera nocturna para hacer lo mismo que ella: buscar a uno o dos chamacos felices en la Majestad. Al menos eso pensó María cuando lo notó. Bueno, en parte acertó.

—¡Brr! ¡Esa gente se está tardando! ¡Creo que tendré que moverme para no sufrir un golpe de temperatura! —la noche estaba realmente fría, pero sólo alguien que ha interrumpido un ejercicio aeróbico se quejaría de la posibilidad de sufrir aquello.

—Y... los niños serán los últimos en salir. El rey obsequió a los pequeños con una visita a los camerinos de los actores. —María observó con rapidez al muchacho, pero cuando vio que usaba una capucha y se exprimía de frío, desistió de mirarlo mejor; sólo advirtió que hablaba con un joven de su edad.

—¿Así que el rey hizo eso? Hablando de él, ¿qué piensa del gobierno de Primo, señorita? —el joven preguntó de una manera tan pausada, que María pensó que se trataba de un activista político.

—Bueno, creo que Primo es el rey más grande que ha gobernado un pueblo, justo

porque vino del pueblo.

—¡Hum, estoy de acuerdo! —el muchacho se expresó con un gesto de cabeza y una mueca de aprobación.

—¿Será en verdad tan buena esa obra?

—Sin embargo, creo que existe algo equivocado en la familia real. —María se dio cuenta de que el muchacho había cambiado el tema, pero insistió porque, como sabemos, le parecía hallarse ante un joven politizado.

—¿Usted cree? ¿Me puede dar un ejemplo de lo que la hace pensar así, señorita...? ¿Eh? —María captó un reto en el tono utilizado por el muchacho; es cierto que no había nada desafiante en la voz del joven, pero cuando una mujer quiere escuchar una cosa, ¡la escucha y listo! Nada en el mundo la hará cambiar de idea.

—María. María Hanson. ¿Desea un ejemplo? Bien. ¿Qué tal el acto del rey de unirse a los Ferrabrás en la época de la Cacería de Brujas, sólo para más tarde sancionarlos económicamente por criticar a la monarquía y elegir el imperialismo? —preguntó, decidida a responder al desafío.

Si quedaba alguna duda de que María también era una joven altamente politizada, de esas que revisaban los anaqueles para conocer más sobre la historia de su país, había quedado despejada.

—Sinceramente me parece que el pueblo exagerará el valor de ese espectáculo. Siempre pasa eso en la Majestad...

María se irritó con el comentario, que de nuevo ignoraba el intento de discutir asuntos de la corte real. Pensó que era una idiota por haberse imaginado que se encontraba ante un activista político.

—Sí... eso pasa siempre —dijo en tono frustrado—. Pero las personas salieron felices, y creo que no exageraban ni un poco al describir lo que presenciaron.

—¡Vaya! Pensándolo bien, me habría gustado asistir al estreno. ¿Y qué hace aquí sola en esta noche fría, señorita? ¿Espera a su hijo?

—No, no es mi hijo: es mi hermano. Y a su amiga también.

—¡Oh, entiendo! Debes ser una buena hermana, María Hanson. Respóndeme una cosa más, por favor: ya que tienes que esperar hasta el final para que salgan los niños, ¿por qué no entraste tú también al espectáculo?

—No me gustan los estrenos, y menos en grandes espectáculos como ese. Es una confusión para comprar los boletos populares... Empujones sin fin... Y además... —María se interrumpió; esta vez el joven volvió el rostro hacia ella, interesado en la conclusión de lo que decía, y si María no hubiera bajado la cabeza como lo hizo, habría visto muy bien aquel rostro—. Bueno, sucede que no pienso tirar un dinero que serviría mejor para una comida de mi familia en casa...

—Entiendo. Además de buena hermana, también eres una buena hija. Tus padres deben estar muy orgullosos de ti, María Hanson. Son personas como tú las que me

hacen admirar a la plebe como no hago con ninguna familia noble.

El comentario sacudió a María. Por un momento se sintió de nuevo idiota, porque era muy posible que no estuviera hablando con un joven politizado, sino con alguien ligado a la propia política de los nobles.

Pero estaba equivocada, y pronto se sentiría más idiota al descubrir que la verdad era mucho peor que la fantasía. Fue cuando un trol ceniciento apareció con su tamaño descomunal, silbó y desde lejos hizo una seña al joven. Y ella, bueno, procuró observar con atención el rostro por debajo de la capucha. Entonces se preguntó por qué diablos no lo había hecho antes.

Idiota.

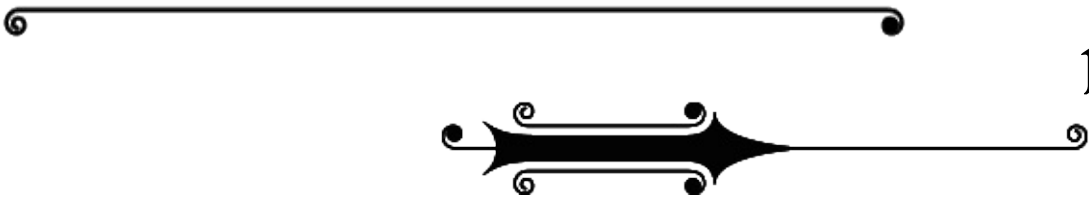
No culpemos a María por recriminarse con vehemencia. Imagina su situación cuando aquel joven saltó del muro donde se hallaba sentado y partió en dirección a la Majestad, mientras decía con una sonrisa que sólo un príncipe sería capaz de exhibir:

—Bueno, María Hanson, disculpa la salida apresurada, pero mi guardaespaldas me está llamando. Adoraría discutir de política contigo en otro momento, pues por lo visto eres una de las personas más inteligentes y agradables que he tenido oportunidad de conocer. Tengo la seguridad de que haré que cambies de idea sobre la actitud de mi padre con los Ferrabrás si un día me concedes la oportunidad. Con tu permiso...

María no respondió. No podía hacerlo. Ni siquiera se movió. El mundo se detuvo y acto seguido se movió a una velocidad más lenta. El corazón se le disparó, pero lo que ella quería era que aquel músculo se detuviera. Se quería morir. ¡Había intentado discutir de política... con un príncipe!

Serían necesarios muchos años para olvidar la que ya consideraba la mayor metida de pata de toda su vida. ¡Oh sí! En verdad que necesitaría muchos años.

Idiota.



Ferrabrás. Ya que ese nombre se mencionó en la conversación entre Axel Bradford y María Hanson, cabe aquí un rápido comentario, muy veloz para no torpecer el desarrollo de una historia donde la participación de ese linaje en específico no es importante. Los Ferrabrás eran una familia real de grandes posesiones, gobernantes del reino de Minotaurus, localizado al norte del reino de Cáliz, aquel liderado por el rey Segundo.

Se trataba también del único país donde la monarquía no estaba vigente, pues el imperialismo militar era la forma de gobierno. Los Ferrabrás se unieron a los reinos vecinos en el combate contra las escuelas secretas de magia, en el episodio de la Cacería de Brujas, pero después de eso surgieron muchas divergencias que resultaron en un aislamiento económico y militar de un reino que se veía a sí mismo como imperio.

Una vez explicado este hecho, resulta propicio concentrar nuestra atención en otros episodios más importantes para esta historia en particular, los cuales merecen la debida atención de todos nosotros.

En el momento referido, cuando la familia real y un grupo de niños dejaban la Majestad, ya era de noche. Cerca de las veinte horas, de acuerdo con los tañidos de la campana central de la catedral. En este instante la historia es narrada desde tierra, pero también podríamos hacerlo en alta mar, adonde iremos en este momento, pues ya no puedo ocultar por más tiempo la existencia de un grupo de personas fundamental para este relato.

Las ocho de la noche. Alta mar. Un sombrío navío pirata.

Existe algo de poético y mórbido en la vida de los hombres dedicados a la violencia. Más todavía en la de aquellos que se aíslan en ella. Se necesita mucha energía para que un hombre quiera ser malo todo el tiempo y dedicar a ello su existencia. La rabia corroe y el odio cansa a la mente inquieta, y si un hombre consagra su tiempo como siervo de su propio caos es porque buscó respuestas a enigmas personales dentro de sí y se desesperó al no encontrarlos.

Pareciera que las ocho de la noche no es la mejor hora para describir las acciones de piratas mercenarios. A tales horas sería más probable que estuvieran en algún establecimiento sucio y hediondo, bebiendo barriles de ron que deberían haber sido desechados desde hace meses, maltratando a mujeres de escasas ropas, zurrando a borrachos con poco dinero, lanzando cuchillos a chuchos hambrientos y planeando golpes entre chistes de humor negro. Sin embargo, esto no aplicaba a ese grupo en particular. Cuando menos no a aquel grupo. Ni a aquel capitán. Pues aquel grupo de piratas, aquel capitán en particular, no escogía lugar, hora ni día para atacar un navío o una ciudad, y la mayor parte de las veces actuaba por la inmediatez que precede a la locura.

Aquel capitán era Jamil, o Corazón de Cocodrilo.

Tal vez el nombre no te diga nada ahora. Pero te garantizo que si fueras un

auténtico habitante de Andreeanne, la piel se te erizaría al escuchar tal nombre, y al pronunciarlo te traería recuerdos de antiguas pesadillas difíciles de borrar. Se trata del nombre de un pirata distinto a los demás, descendiente directo del peor pirata que jamás haya existido.

Jamil era hijo del pirata más famoso del mundo.

Jamil, Corazón de Cocodrilo, era el hijo bastardo de James Garfio.

Durante muchos años, al mando del navío *Jolly Rogers*, James Garfio y sus piratas aterrorizaron pueblos, cortaron gargantas —algunas de enemigos y otras de traidores, pues al fin y al cabo no hay diferencia, ¿cierto?—, pillaron, saquearon, robaron, mataron, comerciaron con esclavos, traficaron con polvo de hada y cometieron atrocidades y crímenes de la peor especie que rehúso comentar a fin de no enloquecer.

Garfio y sus piratas eran tan temerarios, prepotentes y alucinados, que lograron lo que hasta hoy nadie más ha conseguido y en particular dudo que algún día se conseguirá: descubrieron la entrada a una isla élfica, considerada imaginaria, a la que curiosamente solían llamar Nunca, pues nunca nadie la visitaba. Al menos no en forma voluntaria.

No soy el más apropiado para contar historias sobre esa tierra, pues aún tengo problemas para aceptar su existencia, pero sé que si en realidad existe, Garfio la encontró y llevó el horror a ese paraíso. Fueron muchos los que desafiaron su reinado de terror y pocos también los que lograron desafiarlo. Sin embargo, un enemigo lo venció, uno al que no se puede enfrentar, pues por más fuertes, centrados y temerarios que seamos, ninguno de nosotros es capaz de derrotar al tiempo, ante el cual nos encontramos indefensos, temerosos, sometidos.

Con Garfio no fue diferente.

Nadie sabe si continúa vivo, pero aun si lo estuviera tendría alrededor de noventa años, y no hay pirata que mantenga el control de un barco sin el vigor necesario para cortar la cabeza del primero que ponga en duda su autoridad. Sólo Andreeanne, aunque resulta injusto comparar con ella a cualquier pirata, incluso a Garfio. El hecho es que un día, cuando rondaba los sesenta años, Garfio se vio imposibilitado de continuar al frente de su grupo y habría caído muerto a manos de cualquiera de su tropa, pues lideraba a sus hombres con base en el miedo, y cuando este se ha perdido no hay nada que impida a un hombre llevar justicia o cobrar venganza contra aquel al que detesta. No piensen, pues, que aquellos bellacos morían de amor por su capitán.

Pero Garfio tenía un heredero, lo cual sólo salió a la luz en aquel curioso momento. Todo el mundo sabía quién era Jamil, uno de los más malvados del galeón de Garfio, y también cuál era su origen paterno. El *Jolly Rogers* era un bello galeón, conquistado, claro está, en brutal batalla, con tres largos mástiles que mantenían a flote a una nave de cuarenta y ocho metros. Y Jamil era un marinero que odiaba

seguir y ejecutar órdenes mezquinas del sombrío capitán, al igual que cualquiera otro allí. Explotado como todos los marineros, lavaba la cubierta, limpiaba cañones y llevaba y probaba la comida de Garfio frente a su padre para averiguar si había veneno mezclado en la ración.

No miento al decir que muchos de la propia tripulación se olvidaban de que Jamil era fruto de un accidente entre Garfio y alguna prostituta en un puerto cualquiera, como muchos otros bastardos deben haberlo sido, sin saberlo ni aceptarlo. Y fue el propio muchacho el que, a los dieciséis años, partió detrás de aquel de quien decían era su padre e hizo todo para ingresar al grupo de piratas más temido de todas las épocas tras el establecimiento de los piratas en la legendaria Andeanne.

Hasta su ingreso en la tripulación pirata y su consagración como nuevo líder de aquel grupo, derecho que no heredó más que por la fuerza, el pasado de Jamil, un hombre nacido en un puerto cualquiera de la unión entre su madre y su cliente más famoso, representa por sí solo una excelente historia que adoraría contarles en otra oportunidad. No obstante, para resumir lo necesario sobre Jamil, encontró a su padre y lo convenció de que era su hijo bastardo, por lo cual este debería aceptarlo en su grupo.

Al hablar así pareciera que Garfio se mostró feliz al enterarse de la existencia de un heredero de todo aquello por lo que tanto sudó, robó, traficó y mató para conquistar. No te engañes: Garfio no albergaba el mínimo sentimiento paternal hacia el muchacho, e incluso alguna vez llegó a decir que «un hijo suyo debería tener ganchos en las manos». Tal vez por eso humillaba a Jamil cada vez que lo juzgaba apropiado. De hecho, en esencia eran parecidos, pero distintos en su filosofía. En política Garfio era un conservador y Jamil un anarquista.

A Jamil esto no le importaba. En realidad había nacido para pirata y sabía pensar como pirata. Siempre se colocaba en la situación del padre y creía que debía probarse en aras de ganarse el respeto y merecer el derecho de ser llamado su hijo —a la postre, para un pirata ser el vástago de una leyenda como aquella era motivo de orgullo—. También tendría que experimentar en qué consistía ser un soldado raso, de esos que lavan el suelo y prueban la comida del capitán del barco, para algún día convertirse en líder. Y así fue razonando, desde los pequeños hasta los grandes pasos, para moldearse a sí mismo y convertirse en un pirata mucho peor que su progenitor.

Y aquel deseo fue puesto a prueba máxima un día, cuando los tripulantes del galeón decidieron no aceptar más las órdenes de un pirata carcomido, próximo a la demencia, que apenas recordaba por la noche lo que había ingerido en el desayuno.

—Un día mis oponentes vencerán, pero no será hoy... —fueron las palabras proferidas a Jamil en aquel instante.

Ese día lo habrían matado. Ni el propio Garfio lo dudaba. Y lo echarían al mar, pues la antigua «mascota» del grupo siempre estaba cerca, esperando aquel momento

con toda la paciencia. Se trataba del mayor cocodrilo de agua salada de la historia de ese mundo, que ya había probado el sabor de Garfio cuando algo o alguien, al parecer en Nunca —otros afirman que lejos de allí, pues pocos piratas cuentan la historia como se debería contar—, cortó la mano del pirata y se la entregó como alimento al bicho. Desde entonces el predador lo perseguía a fin de concluir aquel bocado. Cuando se detectaba a ese obsesivo cocodrilo en busca de comida, la impresión de cada tripulante de aquel barco era que aquel maldito predador traía en el vientre un maldito reloj, el cual representaba una siniestra cuenta regresiva para recordarles que hasta para el peor de ellos llegaría el final algún día.

Pocas cosas asustaban a esos locos, y ese cocodrilo era una de ellas.

Algunos llegaban a afirmar que aquel lagarto era el reptil más grande del mundo, aunque de seguro lo decían porque nunca antes vieron a un dragón. De cualquier manera se trataba de un macho que medía casi diez metros y pesaba cerca de tonelada y media. Alrededor de los ojos tenía dos crestas que remataban una inmensa cabeza desproporcionada respecto del resto del cuerpo. Gracias a sus sesenta y ocho dientes, aunque fuera un bicho viejo con una dentellada aún era capaz de arrancar la cabeza de un buey.

Aquel cocodrilo parecía decidido a no sumergirse mientras no satisficiera su obsesión por su última presa. No era pues motivo para sorprenderse que los hombres estuvieran locos por saciar su hambre.

Sin embargo, ocurrió de otra manera. Aquel día, cuando la tripulación estaba lista para iniciar su motín, liderada por Starkey, el segundo de a bordo, Jamil invocó su herencia por compartir la sangre con el líder que muy pronto sería asesinado, y anunció en voz alta que a partir de ese momento él pasaría a ser el nuevo capitán del *Jolly Rogers* por derecho de nacimiento, de modo que el galeón entero estaría obligado a seguir sus órdenes.

Es obvio que todos en el barco rieron. Y rieron mucho, con unas carcajadas que sólo los mejores bufones o los más atrevidos —que suelen ser lo mismo— son capaces de arrancar a las personas. Me refiero a esos ataques de risa en los que incluso duele el estómago, cuando la gente estampa el pie en el suelo o cae al suelo y rueda de un lado al otro hasta detener la histeria.

Jamil no se mostró sorprendido ante aquel grupo de unos sesenta hombres que no lo tomaban en serio, pues hasta un pirata sabe valorar, aunque esté a punto de asesinarla, a una persona que lo divierta. De hecho, en realidad eso esperaba.

Entonces sacó un cuchillo y todos pararon de reír.

Es obvio que Jamil no salió a cortar ninguna garganta ni ensayó otra acción interesante como las que narran los juglares, pues no era tonto. Nadie dejó de reír a causa de su figura amenazadora con un cuchillo en mano. Sólo sintieron curiosidad ante lo que haría aquel joven descerebrado, pues el bastardo se dirigió a la popa —la

parte trasera del navío— y se quitó la camisa como si fuera a lanzarse al agua.

Y se lanzó.

Mientras observaban aquel espectáculo, los otros hombres consideraron que ese muchacho de diecinueve años había comprendido que era una vergüenza para el mundo, por lo que habría decidido poner fin a tanto sufrimiento. Y cuando el cocodrilo más grande del mundo, en extremo viejo, es cierto, pero siempre peligroso, apareció en aquel mar de tono añil, mientras Jamil se mantenía a flote con medio tronco fuera del agua, la hoja del puñal entre los dientes, esperando la llegada del lagarto con paciencia, todos ellos tuvieron una certeza.

Por un instante el muchacho se sumergió.

Transcurrieron largos, largos segundos.

Cuando los hombres se encontraban por retomar la discusión sobre cuál sería el mejor método para entregar a Garfio al cocodrilo, escucharon un sonido avasallador: cual una visión súbita, chocante y violenta, el bicho y sus enormes dientes salieron a la superficie con el cuerpo de Jamil entrelazado, para conformar una figura en la que el hombre y el cocodrilo se confundían.

Es verdad que la tripulación quedó impresionada de que el muchacho no hubiera sido despedazado. Tanto así que, una vez que hombre y animal descendieron de nueva cuenta a las profundidades, comenzaron a apostar cuánto tiempo le llevaría al cocodrilo esparcir un charco de sangre en el océano. Las apuestas, al principio un simple juego, empezaron a tomarse en serio y se inició una especulación.

Nadie le apostaba a Jamil, de modo que podemos darnos una idea de la sorpresa general cuando el muchacho resurgió en la superficie, en medio de un charco de sangre que no le pertenecía. Y cuál no habrá sido también la sorpresa cuando alguien le arrojó la escalinata y él subió a cubierta con la máxima y sangrienta prueba de su victoria: el corazón del cocodrilo más grande del mundo.

¡Un bellaco de diecinueve años, con un puñal entre los dientes, había matado solo al verdugo del progenitor que detestaba! El hecho fue que allí, en aquel momento surrealista, nadie más albergó dudas sobre quién sería el nuevo líder de aquel barco. Por eso todos cumplieron la orden cuando se condenó al conspirador Starkey a caminar, sangrante, sobre la tabla para morir como alimento de los tiburones, y por eso todos acataron la orden cuando el viejo Smee fue señalado y elegido como el nuevo segundo de a bordo. El *Jolly Rogers* agitó sus velas en saludo a su nuevo capitán y el corazón de los presentes latió en forma diferente, con esa eterna mezcla de temor y admiración que corre por la sangre de hombres como aquellos, pues hasta ellos se dieron cuenta de que estaban ante el mayor pirata que hubieran conocido en vida. Mayor que todos ellos. Mayor tal vez incluso que Garfio.

«Un día mis oponentes vencerán, pero no hoy...». Y fue así como nació Jamil, Corazón de Cocodrilo.

En esta digresión para contar la historia de Jamil no puedo dejar de referir que el *Jolly Rogers* navegaba en dirección a su próximo blanco: otro galeón que llevaba en el mástil la bandera del reino de Stallia, localizado al norte de Arzallum.

Jamil ordenó a los cañoneros que se prepararan, posicionaran la dirección del ariete de acuerdo con sus instrucciones y tomaran las dos hileras de armas que llenaban las cubiertas a babor y estribor del barco.

Aquellas eran las órdenes para un combate con olor a muerte.

Y nadie que jamás lo haya atestiguado tendrá una noción auténtica de cómo sus hombres adoraban eso.

Mientras un galeón de su reino estaba por ser abordado, la princesa Blanca y su madre, la reina Rosalía Corazón de Nieve, se despedían de la familia real de Ozallim tras concluir el espectáculo en la Majestad. La princesa aún creía que el príncipe Anisio estaba más gordo de lo que debería estar y percibió cierta frialdad en la forma en que este la trató, si bien no le dio mucha importancia. Era una princesa diferente, del tipo que gustaba de estudiar asuntos no muy bien vistos por la corte. Y esa era la clase de conducta que nunca pasaba inadvertida.

—Por lo visto, parece que todavía te gusta estudiar temas extraños, princesa — observó el rey Primo antes de despedirse, al observar entre las pertenencias de su futura nuera un libro de magia blanca.

La princesa rio:

—Me gusta estudiar magias de curación e investigar la historia militar de épocas pasadas, rey Branford. He de convertirme en una princesa que estará al lado de su marido en la Sala Redonda del Gran Palacio en momentos de conflicto, en vez de llorar por su regreso tras una batalla incierta.

—No sé por qué no dudo de eso, Blanca. Ni por qué no te reprendo.

—Qué diferencia entre las princesas de hoy y las de nuestros tiempos, ¿no, Primo? —intervino el rey Alonso.

—Ciertamente, viejo.

Los dos monarcas se abrazaron a manera de despedida. Fue en ese momento cuando el príncipe Axel Branford pidió licencia a los invitados para «ir a la *toilette*», comentario que cualquier persona más atenta de inmediato habría percibido como una falsedad interpretada por un doble, en vista de la pomposa forma en que lo expresó. Pero nadie advirtió ese detalle, como también resulta impresionante que nadie — ¡absolutamente nadie! — notó que aquel que regresó del baño, *toilette* o cualquier otro lugar, era un príncipe tres centímetros más alto que el que salió, que además venía enjugándose el exceso de sudor, a todas luces incongruente con alguien que ha

pasado las dos últimas horas sentado en una butaca, incluso con la temperatura cálida originada por la sala llena de la Majestad... Bueno, nadie más con la excepción de la familia real de Andreeanne. Y eso bien se puede comprobar cuando, al salir del Palco de la Majestad, el rey Primo preguntó de la manera más discreta que un monarca podría lograr:

—¿Y cómo te fue?

—Cada vez soy más lento. ¡Me tardé más de cincuenta segundos en noquear al tipo! ¿Puedes creerlo? ¡Más de cincuenta!

Y ante el comentario el monarca rio con un volumen alto, muy alto, aunque nadie comprendió por qué. Si se lo hubieran preguntado, Primo habría tenido que explicar que lo hacía por orgullo: el orgullo que sólo un padre es capaz de sentir por su hijo, sea un Rey o no.

Los niños salieron al fin para encontrarse con sus padres y referirles la increíble experiencia de conocer artistas consagrados. Bueno, no todos corrieron con sus padres; algunos, como João Hanson, lo hicieron con su hermana:

—María, ¡tendrías que haber estado allí! ¡Es un espectáculo muy bueno!

—¿Y qué tal Ligia Sherman, gente? ¡Muuuy linda! ¡Además es totalmente simpática! —eso de «totalmente» se estaba volviendo una expresión popular entre los adolescentes. Todo lo bueno lo era «totalmente».

—¡La reina Terra lo presentó! —dijo João—. Toda la familia real estaba en el Palco de la Majestad.

—¡Es verdad, María! —Ariane seguía en éxtasis—. ¡Hasta esas dos guapuras de príncipes! ¡Ah! Incluso Anisio tiene más estampa de Rey, ¿sabes? ¡Pero Axel es más lindo! —João detestó el comentario—. Y la princesa de Stallia también es muy simpá... María, ¿estás oyendo?

No lo hacía; cuando Ariane preguntó, por fin salió del trance. Ni siquiera se había dado cuenta de que los niños ya habían salido. De su mente no se apartaba la imagen de...

—¡María, estás embobada! ¡Pareciera que fuiste cortejada por un Rey! —dijo Ariane.

—No... un Rey no... —se limitó a responder, aún atolondrada. No diría que había sido un príncipe ni que se trató de un cortejo; ¿quién era ella para ser cortejada por un príncipe? Pero aun así fue un instante inolvidable. Y aquel momento se volvía más especial porque había conocido a un príncipe que todo lo tenía y no obstante parecía tan sencillo como ella.

Pasarían muchas, muchas horas para que María dejara de recordar cada momento. Puedo decir incluso que, tan enajenada como se hallaba, fueron los niños quienes la llevaron de regreso y no al contrario. Al llegar a casa de los Narin, a pocos metros de la de los Hanson, Ariane aventuró una hipótesis directa, como João jamás lo haría,

respecto de la extraña conducta de María:

—¡Está enamorada! —susurró Ariane y dio un codazo a João en el costado.

—¿Enamorada? ¿De quién? ¡Mi hermana no sale con nadie! Dice que no piensa gastar el dinero que sudamos para ponerse en situaciones de esa naturaleza...

—Anda tú. ¿Y desde cuándo se necesita dinero para enamorarse, João? Además, ¿quién dice que el amor es de dos? A veces surge de un solo lado. ¡Tal vez esté enamorada de un tipo que no se ha enterado de que ella existe!

—¿Será? —João recordó aquel día en que María descubrió la nota en su cuaderno y él arrancó la página con vergüenza. Parecía que el destino le daba una oportunidad de regresarle aquella sensación—. ¡Uf! ¿Y cómo hacemos para descubrir la identidad de esa persona? —su raciocinio comenzaba ya a concebir diversos planes complicadísimos, los cuales no le hacían justicia a una situación tan simple.

—Podríamos seguirla, ¿entiendes?

—Hum... totalmente.

El ataque, de origen súbito y tenor avasallador, resultó intenso; el número de hombres perdidos, mínimo, y el dominio, insuperable. El galeón proveniente de los mares de Stallia con destino al puerto de Andreanne fue tomado por los piratas de Jamil Corazón de Cocodrilo sin que tuviera la oportunidad de descubrir el origen de los ganchos, las cuerdas, los gritos agudos o el olor de la pólvora que precedió a los rugidos y a la destrucción. Sin participar en el asalto, James Garfio se habría sentido orgulloso y habría inventado que todo lo que su hijo sabía lo había aprendido con su padre, si bien todos sus hombres sabrían que eso era mentira.

Y no sólo tomaron el galeón de Stallia: dos cargueros, cada uno con casi treinta soldados, originalmente con el propósito de proteger al galeón real, también fueron abordados. El primero poco después del inicio del combate, por la vanguardia del galeón pirata, mediante un abordaje bien planeado; los otros, por parte de antiguos y experimentados hombres de mar, cuya estrategia más parecía una versión salvaje de los soldados reales de élite.

En ese momento la ciudad de Andreanne comenzaba a dormir, y ninguno de sus pobladores imaginaba que en los mares allende la ciudad capital y el reino se consumaba el primer paso hacia un negro futuro. Si hubiesen conocido el significado de la toma de aquel galeón en aquella noche por la banda de Corazón de Cocodrilo, nadie en Andreanne habría conciliado el sueño.

Créeme, nadie lo habría logrado.

Fuese hombre, fuese padre, fuese príncipe.

O fuese el Rey.

María no durmió esa noche. Giraba hacia un lado y el otro de la cama, se cubría y se descubría el rostro con la almohada, mas eso nada tenía que ver con malos pensamientos.

¿O sí?

Acompañemos su razonamiento: allí estaba una adolescente, en el auge de sus quince años, aún recuperándose, si bien habían pasado muchas horas ya desde que se enfrentó a la situación más absurda de su vida: ella, una muchacha de la plebe, conversando en términos de igualdad con un personaje de la realeza.

Lo que más la había dejado embobada no era su conversación con un príncipe pomposo, que utilizaba términos complejos o mantenía un aire austero y, de manera inevitable, superior a las personas, sobre todo a aquellas de la plebe. ¡Rayos, no! ¡Había conocido a un príncipe que se refería a ella en términos familiares, dirigiéndose a ella como «tú» y «muchacha», cuando eso ni siquiera la bibliotecaria de la ciudad —la querida señora Stephanie— lo solía hacer!

«Sin embargo, creo que existe algo equivocado en la familia real».

¿Cómo pudo decirle al príncipe algo tan estúpido? ¿Y cómo diablos no se dio cuenta de que ese a su lado era el príncipe Axel Branford? ¡Él ni siquiera ocultaba su rostro debajo de la capucha: sólo se protegía del frío que decía sentir! ¡Tampoco inventó un nombre como «Mirkov», «Aragorn» o, quién sabe, «Luke»! ¡Sencillamente ella ignoró el impulso de preguntar el nombre del muchacho! ¿Y por qué no hizo esa pregunta tan básica? Vaya, ¡por su maldita obstinación de rechazar a cualquier muchacho que se acercara para cortejarla!

Es interesante notar cómo sólo en momentos como ese, a solas y en silencio, personas como María son capaces de formular una autocrítica sincera sobre sus propias actitudes ante la vida. Eso era lo que estaba haciendo. María concluyó que su resistencia a aceptar el cortejo de cualquier joven —ya otros muchachos valientes, pero carentes de la paciencia requerida, lo habían intentado— se relacionaba con el

afán de conocer cómo afectaría eso su rutina. Estaba recelosa de volverse frívola, de sobreestimar la vanidad y usar en beneficio propio una pequeña parte de la riqueza de los príncipes para alimentar a su familia.

«Además de buena hermana, también eres una buena hija. Tus padres deben estar muy orgullosos de ti, María Hanson».

Las palabras del príncipe tintinaban en su cabeza como monedas dentro de un pequeño cofre agitado por un niño. María se preguntaba si merecía el elogio real y cuál sería el precio a pagar en vida por merecerlo, si la mitad de aquello fuera verdad.

Pero nada resultaba tan difícil de olvidar como el momento en que el príncipe se retiró en dirección a la Majestad, cuando ella al fin distinguió a la perfección aquel rostro debajo de la capucha.

«Son personas como tú las que me hacen admirar a la plebe como no hago con ninguna familia noble».

«Semidioses, ¿por qué no existe un Rey para la nobleza y un Rey para la plebe?». Aún medio embobada por el inesperado encuentro, ese pensamiento dio inicio a un modo de razonar que ella nunca había experimentado. ¡A partir del razonamiento fantasioso sobre la posible existencia de dos reyes nacía el verosímil —o acaso inverosímil— razonamiento sobre la existencia de dos príncipes! Si el que estuviera razonando aquello hubiera sido João, desde hace tiempo habría descubierto aquello que la hermana tardó horas en descubrir.

—¡So idiota! ¿Cómo no me di cuenta hasta ahora? —María se concentró para recordar las palabras exactas de João y Ariane, las mismas que antes ignoró y ni tenía idea de haberlas escuchado.

«¡La reina Terra presentó el espectáculo! *Toda* la familia real estaba en el Palco de la Majestad».

«¡Es verdad, María! ¡Hasta esas dos guapuras de príncipes!».

Pausa.

No, no toda la familia real estaba en el Palco de la Majestad. No era posible. ¡El príncipe Axel se encontraba afuera y no podría haber estado en dos lugares al mismo tiempo! ¡Eso era un hecho innegable e indiscutible! De lo contrario, ¡que la internaran en un sanatorio!

Tener acceso a una información de tal naturaleza se estaba convirtiendo en un problema, pues a partir de allí generaría otras preguntas en cadena, la primera de ellas casi en forma instantánea, sin pedir permiso: ¿por qué? Seguida de otras como: ¿por qué el príncipe no se preocupó por ocultarse ante ella si se trataba de un secreto real? O: ¿por qué diablos se encontraba afuera, sudoroso y agitado?

Estas eran sólo las primeras de las próximas decenas de preguntas.

En definitiva, aquella noche no sería una de las más cortas para María Hanson. En realidad, hasta ese momento de su vida se convertiría en su noche más larga. Y si

cualquier otro razonamiento no parecía llevar a ningún lugar, al menos le quedaba una certeza después del trabajo mental al que se sometió: «Existe algo equivocado en la familia real».

Amaneció en el Gran Palacio, el hogar de la familia real. El día que amaneció también en otros lugares, pues el Sol no sabe ni le interesa aprender cómo diferenciar entre un Rey y un plebeyo. Pero como un monarca es tenido por su pueblo como la encarnación de un semidiós, representante máximo de la ley y del Estado, a nadie le importaba en realidad si el Sol nacía primero en el Gran Palacio y, enseguida, en el resto de Arzallum.

Como era costumbre, primero se levantaban las últimas en acostarse. Me refiero a las mujeres, sirvientas o reinas, que al parecer nunca se dormían antes que los hombres y jamás se despertaban después que ellos. Aprovecho la mención sobre la reina para proporcionar mayores detalles sobre Nueva Éter.

En Arzallum circulaban tres tipos de monedas: las de bronce, las de plata y las de oro. El razonamiento era sencillo: una moneda de oro valía diez de plata, que a su vez valían cien de bronce. Las de bronce recibían el nombre de príncipes; las de plata, reinas, y las de oro, reyes: todas en letras minúsculas, como se observa aquí. Los comerciantes, los aldeanos y el resto de la plebe comerciaban en príncipes, en tanto que los nobles más tradicionalistas acostumbraban hacerlo en reinas, y los monarcas y los nobles más ricos, en reyes.

Volvamos a la historia. Poco después de que las mujeres salían de la cama, un segundo grupo se ponía en pie. Con base en el razonamiento anterior, cuando Primo Branford despertó, en la inmensa cama matrimonial no había rastros de su esposa, la reina Terra. Entonces se vistió con ropas ligeras, aunque la indumentaria más ligera de un Rey siempre resulte más pesada que el atuendo más ostentoso de un plebeyo. Primo Branford se encontraba de buen humor, recordando las escenas del espectáculo referentes a su propia historia, así como la bella interpretación de él, a la edad de veinticinco años, por parte de Hugo Agamenón.

En verdad tenía ganas de invitar a Agamenón a una comida privada, sin mucha pompa, en el Gran Palacio, en compañía de la cautivadora Ligia Sherman, que de

manera igualmente extraordinaria había dado vida al personaje de la reina Terra. Con estos pensamientos el rey echó a andar por los extensos jardines del Gran Palacio. Una distancia considerable separaba su dormitorio del salón donde se degustaba el desayuno real, y al monarca le complacía recorrerla con parsimonia. Sin embargo, a medio camino escuchó unos sonidos rítmicos y poderosos, a intervalos muy parecidos, que recordaban el golpeteo de una paloma ciega contra una pared de madera.

El rey conocía el significado de aquello y fue en su dirección con aire orgulloso: ese orgullo que sólo un padre siente por sus hijos.

Y pronto llegó allí, al salón de entrenamiento improvisado en una de las más de cien habitaciones del Gran Palacio. Nadie sabía por qué los palacios reales requerían tal cantidad de cuartos, mas no existía ninguno que no acatara aquella regla.

Axel Branford se encontraba allí, golpeando un curioso muñeco de madera.

Había otra persona allí, y eso era raro, pues ver al príncipe Axel practicando aquel deporte era una de las peores torturas para ella, su madre, y todas las madres que han visto a un hijo entrar a un cuadrilátero sabían lo que sentía. Primo Branford caminó en dirección a su reina, un poco más seria que de costumbre. Ambos estuvieron quietos por unos segundos, observando a su hijo realizar los ejercicios.

Axel golpeaba al muñeco de madera y fingía ignorar la presencia de sus padres. Sabía que ambos estaban allí y, mientras aporreaba al muñeco, aprovechaba para ratificar la posición que había tomado y que en breve les comunicaría. En realidad ya se la había dicho a su madre, razón por la que ella tenía el semblante más serio que de costumbre. Pero una noticia sólo es oficial dentro de la familia real cuando es del conocimiento del rey, por más que las feministas del mundo protesten dentro o fuera de una carreta.

—Primo, tu hijo tiene algo que compartir —dijo Terra, mientras observaban a Axel.

El rey sintió curiosidad y Axel comenzó a golpear todavía más fuerte y más rápido al pobre muñeco, con todas las partes de la mano y del codo, como si supiera que ya no había tiempo de volver atrás con aquella decisión.

En realidad sí lo había. Siempre lo hay. Yo escuché a un pensador —así, con mayúscula, como se escribe al referirse a un pensador de verdad— afirmar que «sólo existe un callejón sin salida para quien no sabe mirar atrás». Pero en realidad Axel no quería volver atrás, lo cual cambiaba todo. Cuando concluyó una serie de golpes se detuvo, completamente sudado y agotado, a sabiendas de que era hora de comunicar su decisión, pues hasta un príncipe prefiere no arriesgarse a dejar a un rey en la incertidumbre por mucho tiempo.

—Padre —comenzó a hablar de la forma más firme que pudo—, envíe, por favor, a algún representante a anotarme en la disputa por la vacante de Arzallum en el Puño

de Hierro, pues cuando se abran las inscripciones es probable que no pueda hacerlo.

—Las inscripciones se abren en dos días, Axel —respondió el rey, y tenía razón—. ¿Qué estarás haciendo que sea tan importante para...?

—¡Iré a las Siete Montañas, padre! —Axel habló con mucha más seguridad. Sabía que debía mostrarse así, pues ni los príncipes suelen tener el valor de interrumpir a un rey a medio frase—. ¡No aguanto más y creo que ustedes tampoco! Necesito saber lo que pasó...

Una decisión delicada: Primo sabía que su corazón o incluso su razón no influirían en el asunto. No harían ninguna diferencia. Sabía muy bien cuánto se parecía su hijo a él. Anisio representaba todo aquello en lo que el propio Primo se vio obligado a convertirse: la figura del «Primer rey» propiamente dicha. Y lo amaba por eso. Pero Axel representaba aquello que él, el Primo hombre y no el rey, era en esencia, y el Creador sabe cuánto lo amaba también por eso. Mientras que Anisio era el Primo que se convirtió en rey, Axel era el Primo que nació humilde.

Cuando Axel dijo, con la firmeza de un príncipe, que necesitaba «saber lo que pasó», Primo supo que no se volvería atrás, así que aceptó en silencio la decisión de Axel y escuchó a su hijo ratificar el informe:

—Parto en la segunda madrugada. Pido tu bendición, tu mejor corcel y permiso para llevar sólo a Muralla conmigo sin que intentes impedírmelo, pues necesito tener la mente en paz. Aunque los gigantes de los cielos caigan sobre mi cabeza, iré por él... —fueron las últimas palabras que profirió antes de volver a la carga contra el muñeco de madera.

Y estas palabras fueron dichas con la firmeza de un rey.

María Hanson pensó que estaba paranoica, pues desde el instante en que se levantó de la cama y le sirvió un café a su hermano, hasta el momento en que los acompañó a él y a su amiga preferida hasta la puerta de la Escuela Real, tuvo la nítida impresión de que los dos niños, que ella conocía tan bien, la miraban de manera diferente, interrogante, como si sospecharan alguna cosa extraña. Por un momento se le aceleró el corazón al imaginar que acaso la habían visto conversando con el príncipe, situación que sólo habría ocurrido si ellos fueran omniscientes.

«¿Y qué si me hubieran visto?», se tranquilizó. No había hecho nada malo, aunque, desde su punto de vista, había dicho demasiadas tonterías. ¡Entonces pensó que ella era la única en saber del cambio de príncipe por un doble durante la presentación de la obra! ¡Y eso podía ser parte... uf... de alguna conspiración... o una protección contra alguna amenaza de asesinato contra el benjamín de la familia real!

Claro, sabemos que exageraba, pero ponte un momento en su lugar. Era una plebeya con una vida anterior nada emocionante, y ahora parecía una niña descubriendo un mundo de aventuras. Y lo mejor, esta vez sin brujas de por medio. A pesar de haber errado el motivo, tenía razón en cuanto al hecho de que João y Ariane la observaran de manera más curiosa que lo normal.

Durante la caminata entre la casa y el colegio de los niños salió de dudas:

—¡Ya, corta ese silencio! Cuéntanos, María, ¿quién te gusta, eh? —preguntó Ariane, breve y sustanciosa.

—¿Yo? ¿Qué tontería están diciendo ustedes dos? —María procuraba al máximo parecer natural y encarar el asunto como una gran broma, pero en el fondo había en sus palabras un resquemor por todo aquello que la confundía.

—Sí. Cuando una niña se la pasa suspirando y con mirada de pez muerto, es porque algo tiene... —João se unió al coro de Ariane, también en forma breve y sustanciosa.

—¿Pero qué es esto? Están buscando lanzarse contra mí, ¿no? —María era lo bastante inteligente para percibir que de nada serviría hacerse la desentendida con un par de listos como esos.

—¡Ay, María, habla! ¡Vamos! ¡Cuéntanos ya! ¡Si lo compartes, hasta podríamos ayudarte a conquistar al tipo! ¿No, João?

El aludido no se mostró tan contento y afirmó:

—No tan totalmente. ¡Sólo si el tipo lo merece! ¿Estás pensando que dejará a mi hermana andar con cualquier vagabundo? Es una muchacha de respeto. ¡Primero tendrá que pasar sobre mí! —João no bromeaba, había dicho aquello con un aire firme, la nariz levantada y una expresión de «hombre de familia».

Las dos muchachas se rieron de su intento por mostrarse como un macho. En realidad María nunca había visto a su hermano experimentar un ataque así, y le pareció particularmente interesante que el niño se preocupara por las cualidades de su futura elección amorosa. Sin embargo, debía librarse de la insistencia de aquellos dos, y aunque se tardó un poco al fin encontró la mejor forma de hacerlo:

—Está bien, les digo —los ojos de ambos brillaron—. ¡Es el príncipe Axel!

—¡Aaah! —por el tono de la expresión, María notó que había logrado la deseada incredulidad—. ¡Eso hasta yo! —y Ariane no se dio cuenta, pero María sí, de la mirada furiosa que le lanzó João.

Cabe hablar aquí de nueva cuenta de la relación entre el príncipe Axel Branford y las mujeres de la plebe, aunque el ejemplo también aplique a la perfección con las mujeres de la nobleza. Ya dije que el príncipe arrancaba suspiros y todo lo demás a las mujeres, y que representaba lo que los plebeyos aspiraban a ser, pero es preciso abundar en la información. Déjame contarte antes acerca del aspecto físico del príncipe, cuestión que aún no abordo en realidad pues no me gusta perder el tiempo en descripciones de hombres, príncipes o no, mientras exista una historia por contar. Pero de ser necesario, entonces hay que hacerlo: se trataba de un príncipe de cabellos claros y labios finos, casi imberbe, estatura mediana, los brazos trabajados durante horarios excesivos de entrenamiento con los profesionales de pugilismo del reino, además de un rostro, dirían las plebeyas, «de bebé». Las plebeyas también decían otras cosas sobre él, pero ya me excedí demasiado en la descripción de ese príncipe.

Sin embargo, para terminar el razonamiento, las muchachas también decían que sólo dos tipos de hombre serían capaces de sacudir la imaginación femenina: los que, como el príncipe Axel, poseían una «cara de bebé» —esos eran «lindos»— y los que, como el príncipe Anisio, tenían «rostro de hombre» —es decir, los «machos»—. Sinceramente tengo dificultades para entender por qué no todos los hombres cuentan con un «rostro de hombre», así como no logro visualizar a aquellos que hablan sobre mujeres que no tienen «cara de mujer».

Tras investigar más a fondo entendí lo siguiente: las doncellas consideraban con

una «cara de hombre» a los sujetos de mandíbula cuadrada, nariz y labios gruesos, cejas grandes, muchas veces sin afeitar, y a aquellos con «cara de bebé» a los de estatura media. Los varones con la «bendición» de haber nacido con tal «cara de hombre» también solían ser altos, aunque no necesariamente con los músculos trabajados, pero sí abultados. Existe también la cuestión de la postura y la manera de comportarse con las mujeres, pero eso involucra todo el razonamiento de un ser humano inconstante y difícil definir.

¡Basta ya! No me pidan más que feminice la imaginación plebeya o noble, pues mi función debería reducirse a contar historias, no a describir los elementos de carácter exclusivamente femenino. Aunque ahora está definido ya por qué los príncipes alimentaban tanto la imaginación femenina, al punto de que no les faltaban pretendientes para sus futuros casamientos. Y todas concordaban en un punto: ya fuera el príncipe con «cara de bebé» o aquel con «cara de hombre», sólo las nobles tendrían una oportunidad con cualquiera de los dos.

—¿Qué piensas del príncipe Axel, Ariane? —preguntó María.

—¿Qué pienso? ¡Que todo él es bueno! ¡Habla en serio, amiga!

Las palabras de Ariane te deben sonar extrañas, pues acaso no recuerdes la palabrería común a los mundos etéreos de «fantasía heroica». Pero te garantizo —a ti y a cualquier otro— que si eso ocurre es porque andas conversando con contadores de historias de la élite o que sólo cuentan historias de la élite. Si pasearas por algunos de los salones de clases de los preadolescentes, así como de los adolescentes de Andreanne, de seguro encontrarías la misma palabrería expresada aquí de manera común:

—¡Es muy lindo! Ese cabello lisito, ese cuerpo, ese trasero...

—¡Eh! ¿Pueden parar ya? ¡Qué payasada! —dijo João en el tono más rudo posible, representando el sentimiento de cualquier hombre que escuchara la conversación—. ¡Pensé que ustedes eran dos chicas de respeto! Así lo creía yo, ¿eh? —y caminó delante de ellas, porque ya habían llegado a la Escuela Real del Saber, siempre observado y acompañado del impulso incontrolable de las dos niñas, las cuales no paraban de reír.

Ése día amaneció en la tierra, y por lo tanto amaneció también en el mar. Y hoy, por lo menos, eso es motivo de tristeza, pues hombres honrados no volvieron a sus casas ni con sus familias porque murieron sacrificados de manera violenta y al servicio de la patria. Ellos eran los responsables de transportar un galeón completo de mercancías de contrabando de regreso a Andreanne, como consecuencia de la profesión que escogieron. Ondeaba en su mástil la bandera del reino de Stallia, lugar al que jamás volverían, a no ser que descubrieran un nuevo pasaje desde el mundo de los muertos. Y tal vez ni siquiera así.

Y si murieron, significa que tuvieron un verdugo.

Y el nombre de su verdugo era Jamil, Corazón de Cocodrilo, cuya tripulación descansaba en ese momento en alta mar por órdenes de su capitán. Eso les estaba permitido porque Jamil planeaba llegar al puerto de Andreanne con aquel galeón, que hasta la madrugada del día siguiente llevaría en el mástil una poderosa arma: la bandera de otro reino.

Si observamos al menos un poco lo que hacían aquellos hombres de mar mientras descansaban entre una muerte y otra, tendremos una noción razonable de su universo, tan extraño para los hombres de bien. Por ejemplo, en ese momento Teddy, llamado *Diente de Ajo*, y Aramis, llamado *Pico de Cuervo*, ataban en el «blanco» al joven Snail Galford, el novato del grupo —que por ser el más reciente sufría maltrato—, aunque con su consentimiento. Quedar amarrado en el «blanco» implicaba que lo colgaran de diversas partes del cuerpo, como la cabeza y los hombros, objetos susceptibles de ser utilizados como dianas, como frutas y peces espasmódicos. También significaba convertirse en el blanco de burlas ante un público que apostaba quién sería el primero en acertar o amputar una parte del cuerpo del pobre elegido. Sólo quien ya había estado sujeto a tal artificio sabía cómo se siente que le coloquen un pez vivo saltando sobre la cabeza, agonizante por la falta de agua en las agallas, mientras dos bellacos divierten al público lanzándole puñales. Eso ocurría en un

sector del barco. Del otro lado de la cubierta muchos hombres dormían estirados en el suelo, disfrutando un poco de la brisa y de los rayos del sol. Entre una jarra de cerveza y otra, obviamente antes de quedar adormecidos, pensaban y repensaban en sus vidas hasta el momento en que llegaron allí.

Tal era el caso, por ejemplo, de Wood, uno de los pocos piratas expertos que además no tenía sobrenombre. Como hablamos de piratas, el caso de Wood ilustra bien por qué una persona se convierte en pirata y la forma en que la Cacería de Brujas cambió al mundo al transformar la vida de la gente una por una.

Woodson Artex nació minero, mas no en el reino de Arzallum, sino más lejos, en uno llamado Minotaurus. El que esté atento a esta narración sabrá que es el mismo del ya mencionado Ferrabrás, el emperador que rehusaba ser llamado Rey. Woodson había descubierto oro en una caverna escondida, por lo que en ese momento no debía encontrarse en un barco mugriento al servicio de alguien más joven y malvado que él, sino en un palacio, reconocido como un hombre próspero, rodeado por los siervos que podía pagar y tomando té con otros nobles.

Pero así no ocurrieron las cosas.

Sucedo que el oro descubierto por Woodson fue confiscado por el imperio de Ferrabrás, so pretexto de «motivos de guerra». En aquella época la Cacería de Brujas se encontraba en auge y las riquezas de los reinos involucrados se destinaban a fines bélicos. Ciertamente, también existió algo de azar: Wood se habría convertido en todo lo que soñaba si hubiese encontrado la mina después del histórico episodio o incluso si hubiese ocultado su existencia hasta el momento adecuado. El problema consistió en que intentó registrarla durante la famosa guerra entre los caballeros de armaduras negras y las escuelas secretas de magia lideradas por hadas oscuras.

En conclusión, se acabó la guerra, y allí estaba Woodson de nuevo como el legítimo descubridor de su mina. Una mina del todo desgastada, saqueada y sin resabios de oro, pues muchos fueron los mineros reales que retiraron de allí el metal precioso para sustentar la guerra del reino.

Sería una mentira decir que Woodson no ganó nada. Recibió, sí, una medalla en una ceremonia oficial, sobre la cual escupía todos los días hasta el actual, enviada por Ferrabrás a todos aquellos que, como él, fueron despojados de sus bienes en aras de la guerra mundial. Una medalla de «servidor del imperio». Arruinado, al ver cómo sus hijos y su esposa pasaban hambre hasta morir, Woodson había decidido presionar a Ferrabrás para que le pagara el valor de su extinta mina de oro.

¿Pero quién estaba tan loco para cobrar cualquier cosa a Ferrabrás?

El saldo final en la vida de Woodson consistió en quedarse sin techo, dinero ni familia. Perdió una parte de su alma debido al hambre, y sólo no corrió el mismo destino que su familia porque ingresó al grupo de James Garfio. De esta forma Woodson devino Wood, al que le encantaba invadir y tomar las riquezas de los nobles

como antes otros invadieron y tomaron sus riquezas. ¿Quién podía culparlo de pensar así? Tal vez tú o yo o cualquier otro habría hecho lo mismo en su lugar. Incluso tendríamos la misma costumbre de escupir todos los días en la medalla recibida, ¿no? Bueno, por casos como el de Wood los piratas repetían la máxima de uno de sus semidioses: que allí, en ese galeón, «nadie era culpado».

Hasta ellos sabían que el bien y el mal se encontraban por doquier, en disputa para defender sus puntos de vista.

—¿Cuál es la mejor forma de observar cómo planea un gobernante real cada uno de sus pasos? Bien, resulta extremadamente sencillo: ¡por los príncipes reales de Arzallun! —dijo Sabino von Fígaro, profesor de historia de la Escuela Real del Saber.

Sabino era un ex soldado condecorado y jubilado por su armada. Se decía que incluso fue ex consejero del Rey, pero que se rebeló al constatar que el mundo consideraba que ya no estaba en edad para cabalgar un corcel, armado de una lanza. Por tal motivo vivía de la enseñanza de sus especialidades a los más nuevos, los cuales no se habían formado una opinión sobre él, y de protestar contra los gobernantes militares de los reinos.

María Hanson cursaba el último año de su formación. En las escuelas de Nueva Éter los niños comenzaban a estudiar a los ocho años y continuaban haciéndolo hasta los quince. Al salir de las escuelas sabían leer y escribir, aprendizaje que ya era una gran ventaja. En realidad, los sucesivos años escolares eran impartidos por los mismos profesores, que repetían las mismas lecciones a los niños para obligarlos a practicar y para que no olvidaran cómo leer y escribir. Sin embargo, a sus sesenta y cinco años de vida el profesor Sabino llevaba una didáctica distinta a la de otros salones de clases, normalmente improvisados en algunas casas de las aldeas: él intentaba estimular el raciocinio y conducir a los alumnos a pensar por sí mismos, aunque de una forma manipulada por sus propias opiniones.

—¡Fíjense bien, queridísimos, lo que son los dos príncipes residentes de esta ciudad! Por un lado tenemos a Anisio, el mayor y el heredero. El de discurso elocuente, hábitos nobles, cualidades admirables para quien quiera un día convertirse en Rey. El príncipe querido de la nobleza de este reino... —la atención de los adolescentes de aquella clase era constante. Tal vez el profesor Sabino era el único capaz de callar a una turba de jóvenes y captar en verdad su interés por lo que decía—. Por el otro, sí, tenemos a aquella quienes las chicas de este reino tanto adoran y

por quien suspiran: el príncipe Axel Terra Branford —la frase había sido aderezada con una gran gesticulación y un tono de voz que aumentaba y disminuía, una técnica que ya había utilizado cuando era líder de guerra, con la que captaba la atención de los soldados.

—¡Uuuh! —los gritos involuntarios partieron de distintos lugares del salón, provenientes de dos o tres niñas.

—¿Qué se imaginan? ¡Yo sabía que surgirían esos grititos! Lo que no entiendo es... —aquí su tono de voz se elevó demasiado— ¿qué ven ustedes en ese tipo, al final de cuentas? —el grupo rio y el profesor, con su cuerpo delgado y sus lentes de baja graduación, también lo hizo.

—¡Él es el más lindooo! —fueron las palabras de Patty, una adolescente con una vivacidad muy parecida a la de Ariane.

—¡Jo jo...! ¡Si ese es el criterio, entonces creo que también me propondré para ser príncipe en mi próxima encarnación! —dijo el profesor, batiendo las palmas una vez y arrancando carcajadas—. ¿Qué más se necesita para convertirse en un príncipe carismático, además de ser... «el más lindo»?

—¡Ser el más guapo! —dijo la joven Garistela.

—¡Y el más apetecible! —acabó de una vez Kenny, la más atrevida de todas las chicas de Andreanne.

—¡Uf! ¡Basta! ¡Basta, les digo! ¡Prefiero enfrentar a un ejército enemigo a seguir escuchando opiniones tan escabrosas! Nosotros, los soldados, somos conocidos porque nos hemos forjado un estómago fuerte para muchas situaciones, pero no para algo así... —y todos rieron a carcajadas una vez más.

María estaba impresionada con aquel profesor, sobre todo en momentos como aquel, pues en cualquier otra aula, con cualquier otro profesor, comentarios como los emitidos por las niñas serían calificados de «inmorales», «desvergonzados» y tantos otros adjetivos comunes en su universo. ¡Pero con ese profesor era diferente! Él trataba todo con bromas y buen humor. Para los jóvenes eso era un hecho inédito en un escenario como aquel. Y tal vez por eso, por no existir en aquel salón la censura a la que todos eran sometidos afuera, María creyó que las personas eran más sinceras con Sabino, lo cual era admirable.

—¡Muy bien, tenemos un Rey que agrada a la nobleza y a ustedes, plebeyos! ¡Y tenemos un príncipe para cada clase social! ¿Qué cosa mejor pensada y perfectamente diseñada que esa? —María no estuvo de acuerdo. Ella misma se sorprendió al hacer la observación en voz alta, ya que por su naturaleza habría tendido a esperar una pausa para preguntar directamente al profesor la respuesta a alguna duda o solicitarle que le indicara algún libro de la Biblioteca Real que le sirviera para lo que deseaba.

—Profesor, ¿está diciendo que el príncipe Axel es fruto de un plan real? Es decir,

¿que el Rey lo habría preparado para actuar como un plebeyo?

—¡Justo eso, María Hanson! Y digo más, esa decisión imprevisible del príncipe de inscribirse en la Confederación de Pugilismo de este reino fue estratégicamente pensada. ¡Y en realidad es una decisión perfecta! ¿Quién de ustedes, muchachos, no sueña con convertirse en un campeón del pugilismo? —no pasó mucho tiempo antes de que se escucharan los murmullos de los muchachos. Convertirse en un campeón del pugilismo o encontrar una mina de oro eran las únicas formas en que un plebeyo podía conseguir fama y dinero, incluso en el inicio de su vida como hombre.

—¡No, no es posible! ¡El príncipe Axel admira a la plebe! —en verdad María estaba diciendo las cosas sin pensar, no porque estuviera sin ganas de decirlas, sino porque solía apelar a la razón antes que a la emoción para evitar la vergüenza de exponerse delante de sus compañeros, una cuestión común entre adolescentes menos tímidos.

—¡Ja, ja, ja! —el profesor no se burlaba, sino que le hacía gracia imaginar a un príncipe al que «en realidad» le importara la plebe. El grupo comenzó a reír también, contagiado por el maestro, aunque en realidad nadie allí comprendiera el motivo de tanta risa—. ¿Y por qué un príncipe, nacido dentro de ese monumento conocido como el Gran Palacio, se preocuparía por la plebe, María? —toda la atención se volvió hacia la silla de la joven muchacha, que en ese momento se sintió como un prisionero interrogado por un tribunal.

—¡Yo qué sé! Pero... —enderezó los hombros para hablar y extendió las manos en un gesto de «¿yo qué puedo hacer?»—... Él dijo eso.

—¡Hablas como si conocieras al príncipe, María! —afirmó la tal Patty.

—¿Qué? ¿Conoces al príncipe, María? —esta vez fue Kenny, aquella niña atrevida, la que preguntó, con visibles dobles intenciones.

—¿Yo...? —María tenía ganas de exclamar: «¡Sí, lo conocí! Y él me dijo eso». Pero era tanta información: el hecho de que Axel fingiera que le gustaba la plebe sólo por temas políticos, el recuerdo de la posible existencia de un doble, la cuestión de haberlo conocido si bien con toda certeza él ni recordaría su nombre... Todo zumbaba en la cabeza de la adolescente—. ¡No, claro que no lo conozco! ¿Cómo podría hacerlo? —María bajó los ojos, como si estuviera avergonzada. Pero no era la vergüenza la que sentía, sino embarazo por la cantidad de pensamientos simultáneos.

—¡Ah, lo sabía! ¡Esa adora figurar! Primero con aquella payasada de la bruja y la casa de dulce. ¡Y ahora con esto! —el comentario maligno, injusto y completamente innecesario provino de una persona con las mismas calificaciones. Se trataba de Fourton, el que menos oportunidad tenía de subir en la vida de todos en aquel salón.

María no respondió. No pudo hacerlo. Su estómago empezó a hervir de rabia. Comenzó a ponerse roja, y cualquiera que la mirara podía comprobarlo. Las manos se cerraron hasta formar un puño y comenzaron a temblar; los labios se apretaron; la

nariz se deformó; las cejas se aproximaron, y la frente se arrugó. Si un día existió una muchacha con rabia en Andreanne, se inspiró en lo que sentía María Hanson en ese momento. Imagina cuánta rabia fue necesaria para que a María le rebasara la razón en aquel instante, momento en que sujetó con fuerza el objeto más próximo a ella, un grueso y pesado cuaderno de tapa dura, y lo arrojó con la puntería de un lanzador de discos hacia la cara de Fourton.

El lance fue tan inesperado, que el muchacho no tuvo tiempo de reaccionar. ¡Y mientras el objeto volaba, adquiría tal energía cinética que causó un estrago espectacular al detenerse contra la pobre nariz del muchacho! Fourton cayó hacia atrás, aún sentado en su silla, con las manos cubriendo la región golpeada, mientras María, créanlo o no, permanecía de pie, apuntando el dedo índice directo al desdichado:

—¡So idiota! Si vuelves a decir una tontería como esa, te arrancaré los...

—¡Opa, opa, opa! ¿Acaso alguien recuerda que continúo en el salón? —el profesor batió las palmas con fuerza para llamar la atención del grupo hacia sí.

Fourton hizo el ademán de que agregaría algo, pero el profesor lo cortó:

—¡Cállate la boca y permanece sentado, pues te lo ganaste! ¡En cuanto a ti, muchacha, espero que no tenga que volver a interrumpir mi clase por tu culpa! La próxima vez la expulsaré de este salón y sólo volverá a entrar acompañada de sus padres. ¿Está claro?

—Sí, profesor. —María bajó la mirada, esta vez avergonzada—. Le juro que no volverá a suceder.

—Perfecto —al parecer Sabino retomaría el tema anterior, pero cambió también el tono de voz—. Si María golpeará tan bien como arroja los cuadernos, ¡yo sería el primero en apostar por ella en el próximo torneo de pugilismo de este reino!

Salvo Fourton, el resto del grupo, incluida María, compartió las carcajadas con el profesor.

Al terminar de almorzar y se dirigió adonde su padre lo esperaba: el establo real. Ya estaban allí los siervos reales, que traían al encuentro del Rey y el príncipe las dos monturas necesarias para el día siguiente. La primera se llamaba *Boris* y de inmediato se advertía que se trataba de un corcel macho. Un caballo distinto a los demás, en cuanto se trata de uno veloz, de raza y campaña. Si de por sí un corcel es ya superior al resto de los equinos, imagina a *Boris*, propiedad del rey Branford. Se trataba del ejemplar más perfecto en ese continente —si había otro nadie lo conocía—, ofrecido como prueba de amistad entre el reino de Arzallum y el de Stallia. Aun el más cobarde de los hombres habría parecido un audaz y auténtico caballero montado en esa silla brillante.

Dirán también los especialistas en nada —a los que ahora ya cito como un acto reflejo— que ese nombre, «Boris», significa «combatiente» o «fuerte guerrero», lo cual por sí solo justificaría la elección de aquel que lo nombró. *Boris* era pues un caballo veloz, que alcanzaba con facilidad los diez kilómetros por hora como cualquier otro caballo de montura común, aunque de ser necesario este iba mucho más allá hasta recorrer los quince o dieciséis en el mismo lapso. De este modo, *Boris* era especial incluso entre corceles, además de fuerte como un búfalo. En caso de requerirse, podía muy bien ser utilizado como caballo de carga y aun así galopar ocho o nueve kilómetros en una hora, más allá de los cinco kilómetros en promedio para ese tipo de equino.

Y hablando de peso, además de carga, la otra montura preparada por los siervos reales poseía una característica semejante a *Boris*, con el detalle de que aguantaba un peso mayor que cualquier otro caballo, incluso de montura, soportaría. Esto se debía a que tal montura no transportaría al Rey ni al príncipe, sino a un trol ceniciento. Y los troles son criaturas de dos metros y medio, cuyo peso alcanza con facilidad los doscientos kilos. Muralla no era la excepción, por lo que ningún otro caballo lo haría,

ni siquiera el más fuerte entre los fuertes; es decir, ni el propio *Boris*.

Por lo tanto era necesario un animal como aquel: un mamut adolescente, que por si fuera poco no era un mastodonte cualquiera, sino un estruendoso «mamut de guerra».

Una vez más María Hanson subió los escalones de la Biblioteca Real con un objetivo fijo en mente: leer sobre los Ferrabrás y también sobre teorías de conspiración y manipulación política, además de tantos otros libros que apenas uno o dos autores se habrían arriesgado a escribir. Encontrarlos entre decenas de anaqueles gigantescos daría mucho trabajo a la simpática señora Stephanie, la bibliotecaria responsable.

—María, querida, estás a punto de casarte con algún noble de la corte, ¿eh? —la señora Stephanie preguntaba entre una inspiración y otra, resultado del esfuerzo de estirar los brazos y extraer otro libro empolvado mientras hacía equilibrio en una escalera que a primera vista no parecía del todo segura.

—¡Eh... no, señora Stephanie! —el sentimiento de embarazo de María se incrementó al recordar a Axel y volver de nueva cuenta al montón de boberías y preocupaciones sin fundamento entremezcladas en su cabeza, como le ocurre a los adolescentes—. Necesito esas informaciones para un trabajo del profesor Sabino.

—¡Espero entonces que no seas la única en acordarse de la Biblioteca Real como fuente de investigación! —exclamó la bibliotecaria mientras descendía con todo cuidado por los peldaños, pues una caída a su edad significaría al menos una fractura de cadera, si no era que algo peor—. Las visitas de los jóvenes a este lugar son cada vez más escasas —esto era verdad, sólo para darse una idea, en sus trece años de vida Ariane Narin nunca antes se había interesado en visitar la biblioteca.

—Sí, tiene toda la razón. Los jóvenes deberían venir más aquí y leer un poco más también —reconoció María—. Eso les evitaría decir tantas tonterías en momentos inoportunos...

Tras descender con esfuerzo el último escalón, la señora entregó a María cuatro libros empolvados que, pensaba, le servirían para el «trabajo escolar». Y se quedó observando con orgullo a la muchacha mientras esta se sentaba a una de las mesas de la sala de lectura para comenzar su larga investigación.

Fuera cual fuese el trabajo escolar, este exigía investigar en libros de conspiraciones, manipulaciones políticas y otros asuntos tanto extraños como exóticos.

En alta mar, el ocio abandonó el ambiente de un galeón. Un galeón que exhibía la bandera de Stallia y, en sus cubiertas, hombres que no habían nacido en ninguna de las tierras del reino que ondeaba en el mástil.

La orden de un capitán fue dada.

Las velas izadas.

Y el navío zarpó con rumbo al puerto de Andreanne.

—Estamos en camino. Pronto llegaremos, y entonces todo lo planeado saldrá bien... —las palabras de Jamil sonaban preocupantes, primero porque cuando un pirata dice que algo saldrá «bien» o «conforme a los planes» significa que algo malo ocurrirá, pues esos hombres sólo piensan en maldades y caos, y segundo, porque su interlocutor asustaría e irritaría a cualquiera con su sola presencia.

No importaba que aquel viejo tuviera el corazón atrofiado de odio y rencor hacia la vida, un cuerpo podrido a causa de un cáncer que le sobrevino por el sufrimiento acarreado a los demás, una mente inmunda por las frustraciones imputables a su posición actual, ridícula e inútil, aunado a la inmovilidad en esos huesos que crujían a cada movimiento. Descrito así, da la impresión de que hablamos de un viejo impotente incapaz de atender sus propias necesidades sin ayuda, de enunciar frases completas o razonar con lógica. Todo esto era verdad. Independientemente de su estado y sus condiciones físicas, se espera que todo viejo sea tratado con respeto, no importa si esta deferencia ha sido conquistada con base en el buen ejemplo o el temor.

«Un día, mis oponentes vencerán, mas no será hoy...».

Y esto adquiere aún más fuerza cuando nos referimos a James Garfio.

Mamut de guerra... Primero déjenme explicar, para el que no lo sepa, qué es un mamut: se trata de un descendiente de los elefantes —tal vez sea al contrario, cuyo caso me disculpo—, más fuerte y de mayor tamaño, con la suficiente grasa corporal para protegerlo del frío que asuela las regiones donde se originó y con un pelaje atípico en sus descendientes. Se trata de animales en extremo inteligentes y dóciles cuando están bien entrenados y se les da buen trato.

¿Y cuál es exactamente la diferencia entre un mamut normal y otro de combate? En primer lugar, el porte físico. Recuerda que la montura del trol Muralla era un mamut adolescente, que incluso así lo soportaría con tanta competencia como lo haría un adulto. En segundo, la conciencia. Como he dicho, se trata de animales en extremo inteligentes, y ese tipo en específico era entrenado desde una edad temprana por adiestradores competentes para desarrollar en él el pensamiento de un guerrero. Por lo tanto, sabía identificar a un enemigo y una emboscada, así como grabarse con exactitud el rostro de sus atacantes e incluso reconocer los uniformes en el campo de batalla.

Por lo tanto, resultaba del todo adecuado que Muralla viajara en uno de ellos. Sin embargo, como los mamuts de combate adultos son muy raros —Andreanne no poseía ni un ejemplar—, lo haría en aquel adolescente tanto por sus dimensiones como por las ventajas que ofrecía siempre y cuando no se viera obligado a cargar con peso extra. En ese caso, con sus ciento y tantos kilos a cuestas y el entrenamiento con que contaba, aquel mastodonte, nombrado cariñosamente *Pacato*, no dependería del corcel *Boris* para soportar el peso extra, además de Axel.

Mientras observaba cómo las dos monturas que lo transportarían a él y a su guardaespaldas eran preparadas para el día siguiente, el príncipe llamó a uno de los siervos reales y le pidió discretamente un favor a cambio de algunas reinas —que significaban pocas monedas para un príncipe, pero demasiadas para un siervo.

Acto seguido un caballo que no era un corcel, pero que aun así contaba con la

velocidad y las características suficientes para cumplir su tarea, montado por un sonriente siervo, partió a toda prisa del Gran Palacio a fin de cumplir con unas interesantes órdenes reales.

João almorzó aquel día en casa de Ariane. En ese momento el padre estaba, como siempre, trabajando con los otros leñadores, mientras que la madre había reservado horario para sus compras en la feria con el dinero ganado ese mes, que si no era mucho al menos resultaba más de lo que solía reunir en otras ocasiones. Esto se debía a que ahora estaban pagando más gratificaciones a aquellos leñadores que cortaran y entregaran la madera en plazos menores a los requeridos. Y el reino de Cáliz, liderado por el rey Segundo, había incrementado la demanda de madera, lo cual representaba al mismo tiempo una buena y una mala señal. Buena para los leñadores, que ganaban más monedas de príncipes, y malas para los ciudadanos, pues cuando un reino necesita madera con urgencia, significa que se aproxima una guerra.

Puedes escribir esto que digo.

Las guerras siempre son malas, sin importar la opinión de los expertos militares, que las defienden como revoluciones tecnológicas que aceleran a una civilización, si bien suelen cambiar de idea cuando sus mujeres son alcanzadas por flechas perdidas en medio de una batalla. Es decir, por los motivos referidos, aquel día la señora Narin, madre de Ariane, salió a la escuela en busca de los dos niños y les sirvió el almuerzo.

—¿Aún tienes ese problema, João? —preguntó Ariane, mientras ambos descansaban tras el satisfactorio almuerzo.

—¿Problema? ¿Cuál problema?

—¡Pues el de la nariz! ¡Ese que te hace expulsar sangre!

—Ah, sí... ¡Bueno, según mis padres fue un tipo de resfriado, pero ya me curé!

—¿Y les creíste?

—¡No totalmente! —y aquí no se refería a aquella famosa muletilla—. En realidad creo que no están muy seguros de lo que fue aquello.

—¿Y tú no te preocupas por saberlo?

—¿Yo? ¡No! Nunca más ocurrió. Ni siquiera me acordaba. ¡Hasta ahora que lo

sacaste del fondo del baúl! —los dos rieron.

—Hablando de creer, ¿le creíste a María cuando dijo que está enamorada del príncipe Axel?

Resulta increíble la atracción y la fascinación que los preadolescentes —y tengo la impresión de que los adolescentes, los adultos y los ancianos también— sienten por esos asuntos, al punto de que siempre vuelven a él y sólo cambian a la pareja en cuestión.

—¡Claro que le creí! Ya te dije: mi hermana no sale con nadie. En todo caso es una chica más entre tantas enamoradas de aquel principito...

—¡Eh, fíjate cómo te refieres a esa cosa linda! —le advirtió Ariane para provocarlo; hasta ella había notado cómo se irritaba él con esos comentarios—. ¡Hoy al fin descubriremos quién es ese misterioso enamorado de María!

—¿Qué tramas, Ariane?

—¡Nada malo, bobo! Si María tiene un enamorado, se encontrará con él hoy o mañana. ¡Y nosotros vigilaremos y los seguiremos!

Explicación: Ariane pensaba así pues, como dije, la semana tenía cinco días —y aún los tiene, si es que el mundo no se ha acabado—, y era al llegar el quinto cuando trabajadores y estudiantes gozaban de su jornada de asueto para cumplir con los compromisos sociales y, sobre todo, amorosos. Como estaban en el día del éter, el cuarto de los cinco, era muy probable que ese día o el siguiente ocurriera el encuentro entre María y su «enamorado secreto», si es que existía tal enamorado, secreto o no.

El descanso del quinto día no aplicaba para todos. Las escuelas paraban, mas la mayoría de los negocios sólo cerraba sus puertas más temprano, como máximo. Los comerciantes necesitaban llevar comida a su familia y por lo tanto solían trabajar como cualquier otra jornada laboral, ya fuera el tercero, el cuarto o el quinto día de cualquier semana, y apenas descansaban cuando la muerte los llamaba. Esa era una prueba más de que locales como la Majestad resultaban importantes y necesarios para ese sector específico del pueblo, el cual nunca descansaba y cuya vida transcurría en medio de intensos esfuerzos.

—¡No, Ariane, no me parece correcto! ¡A María no le gustaría!

—¡Ay, claro que no le gustaría! ¿Pero no sientes curiosidad de saber con quién anda tu hermana? ¿Y si fuera un mal tipo? ¡Sólo lo sabrías cuando fuera demasiado tarde, después de que la golpee durante alguna discusión!

Tal razonamiento demostraba que, decididamente, Ariane había aprendido que la bondad no estaba sola en el mundo. No había nada que João apreciara más que a su hermana, y la hipótesis de que anduviera por allí con un vagabundo sinvergüenza y él lo descubriera a destiempo era un motivo de intensa preocupación.

Por lo tanto, los argumentos de Ariane Narin vencieron cualquier resistencia moral de João Hanson. Pronto dos niños traviesos imaginaban decenas de formas

estrafalarias y alocadas para perseguir a una muchacha sin que los descubrieran.

Y sí, consideraban aquel hecho como una de las mayores aventuras de sus vidas.

¿Y quién que ha vivido ya esa edad los culparía por eso?

El Lobo Malo: otro escenario que muy pronto aparecerá en esta historia. Un local frecuentado en exclusiva por plebeyos de las más variadas especies y que, al contrario de la aplastante mayoría de cualquiera de los negocios de Andreanne, nada más abría sus puertas tras la llegada del crepúsculo.

El nombre se justificaba: muchos de sus parroquianos eran leñadores que volvían exhaustos del trabajo —sólo los que invierten su jornada en hachazo tras hachazo contra los árboles te podrán decir cuán fatigoso resulta aquello— en busca de algo de descanso y distracción antes de volver a casa. Y también otros comerciantes y trabajadores, de oficios tan intensos como los de un leñador, acostumbraban parar allí de regreso a casa para relajarse un poco. Como era agradable, bien ubicada, en la división entre el bosque y el centro urbano, la taberna se convirtió en una referencia atractiva.

Hasta ahora no he explicado el porqué de un nombre tan extravagante: este se estableció a causa de la enorme cabeza disecada de un lobo empotrada en la pared, encima del bar. Ciertamente no parece ser la mejor forma de atraer a los parroquianos ni de justificar la fama del lugar, pero no era la cabeza de un lobo cualquiera: le pertenecía a aquella bestia que un día devoró a la abuela de una niña de nueve años.

Los cazadores acostumbran salir de casa a las cuatro y media de la mañana, abrigados para protegerse del frío, con machetes amarrados a la cintura, largos cuchillos prendidos de las botas y, los más fuertes, con una pesada escopeta a las espaldas o, los más sensatos, con un gran arco y sus flechas, además de una cantimplora con café caliente preparado por la esposa. También se dejan crecer la barba, pues la apariencia no es una prioridad y esta contribuye a aminorar el frío matinal, así como a conservar un aspecto físico de respeto, pues básicamente invierten el día haciendo ejercicio cuando cazan.

Ese era también el caso de Rick Albrook. Como los cazadores se saludan por el apellido —no me preguntes por qué—, escucharás a las personas refiriéndose a él

como Albrook y no como Rick, aunque esto tampoco es del todo verdad: si por un lado el apellido Albrook se utilizaba más que el nombre Rick, ninguno de los dos era el célebre apelativo como se conocía a este cazador. Pregunta por Rick Albrook en el Lobo Malo y acaso ni siquiera sepan señalarte al hombre buscado. Pregunta en cambio por su apodo y cualquiera te dirá quién es sin titubear: *el Héroe*.

Sólo así y así de simple es como en realidad se conoce a las personas.

Al principio Albrook no sabía qué opinar de aquel apodo. Convivir con las personas mientras recibía palmadas en las espaldas y alabanzas como «¡Buen día, Héroe!», «¡Es un placer verte, Héroe!», o incluso «¡Mira, querida, ese de allí es el Héroe!», le provocaba al mismo tiempo orgullo e incomodidad. Pues Albrook era un héroe, sí, y que jamás había hecho nada pensando en la fama.

Sólo estuvo en el lugar equivocado y en la hora correcta.

Iba él caminando por un bosque que conocía muy bien —a final de cuentas una de las obligaciones de un cazador es conocer la región donde realiza sus tareas—, en busca de una nueva presa por cuya carne recibiría a cambio algunas monedas de príncipes, cuando escuchó los gritos.

Los gritos de una niña y una anciana.

Y corrió sin pensar, como actúan los héroes y los desesperados, mientras cargaba la escopeta con mucho cuidado. Tenía mucha pericia. Sabía abatir bestias salvajes, rastrear pisadas y reconocer al animal con sólo escuchar sus gruñidos. Por eso, cuando se dirigía hacia aquella casa, apartada al menos dos kilómetros a la redonda de las demás, supo que en algún lugar había un lobo hambriento.

No sólo veía las pisadas, sino que sentía su olor.

El maldito olor ferruginoso de la sangre.

No pidió permiso para ingresar a la casa: simplemente estampó con violencia la suela de su bota contra la madera y la puerta se partió como una barra de chocolate en las manos de un niño. El recuerdo de la escena le traía la imagen del cadáver de la señora Narin. Y cuando evocaba aquello el cazador también recordaba a la niña, los ojos abiertos con desmesura por el miedo y una desesperada petición de ayuda, sin necesidad de emitir sonido alguno.

Todo se concentraba en aquella mirada.

Acto seguido le venían a la memoria los disparos: cargar la escopeta era una acción tan natural para un cazador, que no tenía noción del momento en que apuntó. Pero recordaba el tiro. ¡De eso claro que se acordaba! Recordaba asimismo el alivio cuando el disparo penetró en el pecho de aquel lobo tan inmenso como jamás había visto a otro animal semejante. Recordaba haber llevado a la criatura en estado de *shock* al Centro Médico de Andreeanne, él nervioso por ignorar si actuaba correctamente, ella siempre con aquellos ojos penetrantes y desmesuradamente abiertos.

La dejó con los médicos y más tarde volvió al lugar con otros cazadores.

El entierro de la víctima se celebró con una ceremonia digna, que contó con la presencia del señor y la señora Narin —inconsolables—, de Albrook y otros cazadores, así como de los leñadores compañeros del señor Narin. La niña no asistió al funeral ni estaba en condiciones de hacerlo, y dudo que hubiera querido estar allí aunque se encontrara en mejores condiciones.

Albrook nunca la volvió a ver.

Fue cuando el padre le agradeció su intervención como supo el nombre de su protegida, mas ignoraba cómo se encontraba en la actualidad, después de tanto tiempo, si bien siempre la incluía en sus oraciones a los semidioses.

Respecto al cuerpo del lobo, de haber sido abatido en términos honrosos el carnívoro habría sido devorado, pues los cazadores establecen su propio código y sus leyes de caza, aceptados por las normas reales. Pero ese no era el caso. Por la forma en que fue vencido, y para recordar aquella escena maldita, durante un par de días aquella bestia gigantesca sirvió de diana para entrenar la puntería del propio Albrook. Después el cadáver agujereado fue abandonado a los buitres, que lo devoraron con placer.

Sin embargo, un amigo del cazador hizo una propuesta inusitada: su nombre era Harold, pero como también se trataba de un cazador establecido, era mucho mejor conocido por su apellido: Helll, así, con tres eles. Sucede que unos seis meses atrás Helll había abierto su propio negocio, después de juntar los ahorros de toda una vida y retirarse como cazador. No obstante, él era sólo uno más entre tantos otros taberneros esparcidos por la ciudad y por lo tanto sabía que necesitaba diferenciarse para destacarse entre los demás.

Y encontró lo que buscaba en el lobo enorme muerto por Albrook.

La inusitada propuesta de Harold se resumía a un negocio de riesgo, que a la postre resultó: él le daría a Albrook diez por ciento de las ganancias de su taberna — cantidad que hoy debe haberse incrementado—, y a cambio el *Héroe* le daría el derecho de disecar la cabeza de la bestia y el permiso de usar su historia como propaganda.

No necesito decir que fue Helll quien difundió todavía más, con matices muy personales, la noticia que transformó a Albrook en héroe. Y, bueno, ustedes conocen a las personas: el relato sobre la niña de ojos desmesuradamente abiertos, vestida con una caperuza manchada de rojo, y de Albrook, el héroe que la salvó de manera tan fantástica, es contada hasta hoy de muchas formas diferentes que varían según el narrador.

Por increíble que parezca, la menos beneficiada con aquello fue la joven Ariane. Si Albrook se quedó con el apodo del *Héroe*, y si Helll logró el impulso requerido con la historia, Ariane sólo heredó la fama de ser la chica pura del incidente, del cual

todos sabemos ya cuánto esfuerzo invertía para olvidar, si bien siempre había alguien que se lo impedía.

La peor parte consiste en que la mayoría contaba la misma historia, aunque cada una a su manera, sin conocer siquiera los verdaderos nombres de las personas convertidas en personajes ni el verdadero lugar donde ocurrió en realidad.

Y la mancha de sangre se volvió la regla, pues era posible olvidarlo incluso desconocer la trama entera, aunque las personas jamás olvidarían los apodos:

La abuela.

El lobo.

El héroe cazador.

Y la maldita Caperucita Roja.

HMaría Hanson se fue a casa, donde encontró a su madre, que hacía tiempo había vuelto de la feria, y a su hermano, que la propia madre había buscado en casa de los Narin. Faltaba poco para el anochecer —presumo que eso ocurriría en una o dos horas—. María había leído mucho en la biblioteca. Estaba cansada física y mentalmente, creyendo que lo siguiente en su destino sería comer los alimentos preparados por su madre, seguido de una cama dura pero satisfactoria para un espíritu cansado.

Todo eso habría ocurrido si la madre no le hubiera avisado que había recibido una carta, suscrita a su nombre, en forma de un pergamino sellado con monogramas en tinta y piedras de serpiente.

María sintió extrañeza. Y mucha. El porqué es sencillo de entender: jamás recibía cartas. ¡Mucho menos en pergaminos! Intentó fingir naturalidad cuando tomó el escrito en piel de cabra, preparado con alumbre, y se retiró a leer su contenido en algún rincón de la casa.

Mas no pudo fingir naturalidad por mucho tiempo más.

Al conocer el mensaje las piernas le temblaron, el corazón se le disparó y los ojos se olvidaron de pestañear. El cuerpo se le ablandó. La mente se inquietó. Muchas cosas pasaron al mismo tiempo por la cabeza de aquella adolescente confundida. Y tuvo ganas de vomitar.

La misiva decía así:

Querida María Hanson.

Te escribo este mensaje para hacerte una invitación. Parto mañana por la mañana y estaré lejos mucho tiempo. Ni yo mismo sé si volveré un día vivo para contar la verdad.

Tal vez sea mi última noche de diversión, y me gustaría estar bien

acompañado por todo aquello que relaté. Antes de que me cuestionen, la respuesta es: sí, podría haber hecho esta invitación a muchas otras damas y nobles, a damas nobles, pero como escribí y ratifico, esta noche me gustaría estar bien acompañado, y no sólo acompañado. Si no puedes o, en la peor de las hipótesis, si rechazas mi invitación, entenderé tus razones. Para eso bastará con que no te presentes. Así conoceré tu decisión.

Pero juro que, si decides aceptar mi compañía por una noche, la haré lo más agradable que pueda. Esperaré durante diez minutos, a partir de las siete campanadas de la noche de la campana central, en el mismo lugar donde nos conocimos.

Espero que no me hayas olvidado.

Saludos reales.

*AXEL TERRA BRANFORD,
PRÍNCIPE REAL DE ARZALLUM.*

Una carta *de él*.

Leyó más de trece veces el mensaje y se pellizcó y se abofeteó cuantas veces lo consideró necesario hasta tener la certeza de que seguía de pie y despierta, y no en medio de un sueño agradable para recordar al día siguiente. ¡Una carta de él! ¡No descartemos que la haya tomado por la broma de algún compañero de la escuela, como Fourton, *el Idiota!* Pero por mucho que desearan idear una broma y hacer de María el bufón del grupo, sus compañeros jamás serían capaces de falsificar un sello real, un carmín real ni mucho menos una firma real. Además de que sería prácticamente imposible, aquello sería un crimen castigado con tantos años de prisión que al quedar en libertad estarían tan viejos como la recordada señora Narin, que los semidioses tengan consigo.

¡Cuánta información acarrea un mero pergamino! Lo que más asustaba a María era que el mensaje más parecía una despedida que una invitación para encontrarse. Temblaba de pensar que acaso fuera la última en ver a Axel Branford, además de que su compañía representaba para él mejor que la de una noble. ¡Al menos eso había escrito él!

María Hanson continuaba en la misma posición, con las mismas sensaciones extrañas. Entonces decidió revisar el lugar y la hora del encuentro. Diez minutos. Ese era el tiempo que él esperaría en el sitio donde se conocieron. Desde su casa hasta la Majestad le tomaría, a alta velocidad, tal vez unos... ¡quince minutos! Y, para hablar en minutos, la muchacha se acordó de la hora y del escaso tiempo para escoger la ropa, arreglarse el cabello y los demás preparativos que las adolescentes acostumbran hacer cuando salen a una cita, que en el caso de María constituía una novedad. Ahora

no habría ninguna situación ridícula como la primera vez. Si todo era cierto y ella era lo bastante rápida, iría directamente, como en las mejores historias, al encuentro de su príncipe encantado.

Muralla despertó. Eso significaba que habían pasado veinticuatro horas, pues es el tiempo que los troles usan para dormir. Tenían, sin embargo, una ventaja a cambio de tal limitación: tras dormir un día entero, para compensar podían permanecer cuarenta y ocho horas en intensa actividad. Su bostezo era intenso y parecía un trombón, pero debes imaginar la cantidad de aire que un trol de ese tamaño necesitaba para desperezarse y levantarse en buenos términos con la vida. Sin embargo, el inmenso humanoide no tuvo mucho tiempo para pensar. Apenas se desperezó, y los troles hacen eso incluso antes de abrir los ojos, cuando vio al príncipe sentado con mirada paciente, como si este fuera su guardaespaldas y no al contrario.

—Vamos, vístete adecuadamente. Puede ser mi última oportunidad de esparcimiento, como también puede ser la tuya... —le dijo Axel, mientras se levantaba y rebuscaba entre las enormes ropas de Muralla—. Hoy es el momento para divertirnos, pero antes debemos pasar por un lugar que ya conoces para comprobar si la diversión será intensa o parcial. ¡Oye, no pongas esa cara! Sé que no entiendes nada, pero vaya: ¡no se te paga por tu comprensión! Sólo por tu obediencia. Así que vamos. ¡Anda! —Axel sonreía y empujaba a Muralla dentro de un inmenso ropero que servía de guardarropa para el trol, a fin de elegirle las ropas apropiadas para aquella noche.

Una noche que jamás se repetiría.

Nadie entendió nada en casa de los Hanson. No los culpes por eso. Si crees que podría ser distinto, ponte en su lugar. Cuando digo «ellos» me refiero al señor y a la señora Hanson, que estaban ya sentados para cenar. Y no sería una cena cualquiera; recordemos que la señora Hanson había ido a la feria aquel día y comprado comida con un dinero extra, fruto de las gratificaciones recibidas por su marido en el trabajo. Aunque a un noble le habría parecido miserable, aquella mesa era en extremo abundante para un plebeyo, acostumbrado a comer poco todos los días debido a la escasez. Con base en este razonamiento resulta perfectamente lógico que los padres creyeran que aquel sería un día de los más felices y notables en ese hogar.

Pero lo que vieron los dejó pasmados... ¡Su hija María abandonó la casa tan veloz como un ratón, sin apenas despedirse con claridad y al parecer escondiendo la cara!

Sólo murmuró algo como lo siguiente:

—¡Padre, madre, me voy con unas... amigas! ¡Al rato regreso! —y lo dijo mientras abría la puerta, sin mirar a los ojos a ninguno de los dos.

—¿Qué? —fue la exclamación del padre, que tardó en reaccionar por la sorpresa.

—¡María, hija mía! ¿Vas a salir sin comer nada? —gritó la madre, preocupada por el bienestar de sus hijos ante una situación atípica como aquella.

—¡Me voy, madre! ¡No te preocupes, después comeré! —dijo María mientras se alejaba, sin dar tiempo al padre de reponerse de la impresión inicial para impedirle la salida.

Existía, sin embargo, un tercero que observaba y que no puede pasar inadvertido: João Hanson, el sagaz hermano menor. Y veloz como un dragón en vuelo también él se levantó, excusando lo primero que se le ocurrió con la boca llena de arroz y frijoles, de modo que también aprovechó el desconcierto inicial del padre para provocarle otro:

—¡Ah! ¿Te vas, hermana? ¡Caray! ¿Por qué no me avisaste? —de un salto bajó

de la silla—. ¡Papacitos queridos, mi hermana querida me dejará primero en casa de mi... de Ariane, que estaba muy triste hoy y me imploró que fuera a conversar con ella, aún no sé muy bien de qué!

—¿Qué? —preguntó de nuevo el padre.

—¡No importa, pronto estaremos de regreso! —João se movió tan rápido como su pensamiento, mientras sus progenitores se miraban boquiabiertos, sin entender nada de lo que ocurría.

Claro que, pasada la primera impresión, el señor Hanson se paró bajo la puerta para gritar el nombre de sus hijos y exigirles una explicación, pero los dos iban ya tan lejos y deprisa que se convenció de que no se detendrían a responderle.

Al entrar de nuevo a la casa, la esposa, que sabía muy bien qué le esperaba a sus retoños cuando regresaran, intentó calmar los ánimos y aligerar la atmósfera, pues tenía tiempo de casada y conocía bien al cabeza dura de su marido:

—Bueno, como sólo quedamos nosotros, ¿qué tal si recordamos nuestra primera cita, querido? ¿Recuerdas nuestra primera comida en Labaredas?

Aquello equilibró al marido. Y aunque si se lo preguntaran él no lo admitiría, esa noche fue una de las más agradables de su vida. E igualmente para su esposa. No piensen, sin embargo, que esto lo hizo olvidar que João y María Hanson habían salido en medio de la noche sin avisar adonde ni con quién se dirigían, justo el día en que él les había procurado un banquete fruto de su sacrificio.

Así que ambos le preparaban una explicación muy convincente o sufrirían las consecuencias.

Siete veces tañó la campana, y como se advertía ya el crepúsculo nadie dudó de que por lo tanto, eran ya las siete de la noche. Ni siquiera un plebeyo, ni siquiera un noble, ni siquiera un príncipe. Y si una plebeya y un príncipe no se confundían con los tañidos de una campana, tampoco errarían el camino a seguir. Aunque les vendaran los ojos o, peor aún, los privaran de la vista, nada les impediría alcanzar al destino deseado.

Eso sucedía porque eran jóvenes y deseaban aquel encuentro. Y los semidioses saben, ¡oh, sí que lo saben!, que resulta más sencillo liberar a un caballo atrancado que impedir que dos jóvenes satisfagan un mutuo deseo. Sería una injusticia afirmar que esa impetuosidad es sólo cosa de la juventud. Esa fuerza, esa voluntad y esa insistencia no son características del joven o el viejo, sino parte de la naturaleza humana, e incluso de la mejor parte de esa naturaleza. Consciente de su existencia, de su manifestación y de su fe, cualquier representante de aquella raza movería siete montañas, ya sea que se localicen en la tierra o en el cielo.

Por eso no debemos extrañarnos de que una plebeya llegara corriendo a las afueras de la Majestad después del anochecer y con la mejor de sus sonrisas. Ni que allí estuviera un príncipe desde hacía más de diez minutos, pues todo hombre sabe que una mujer a la que valga la pena esperar se tardará más de lo convenido para presentarse. En él también se dibujó una sonrisa, si no la mayor del mundo, una que sólo los príncipes saben hacer, así como todo hombre que recuerda cuánto vale la pena el tiempo extra de espera por la llegada de una bella mujer.

Y para María Hanson eso era mejor que la mayor sonrisa del mundo, pues ya era así la suya.

—¡Espero que no me haya tardado... tanto! Me retrasé porque... ¿sabes...?

—Viniste, ¿no, María Hanson? ¡Entonces no me importan nada las disculpas!

Las palabras de él ardían como brasas en el pecho de la muchacha. Ella había leído cosas de ese tipo en los libros románticos, en los poemas platónicos y en los

diarios de amigas y mensajitos de su propio hermano, pero nunca supo ni creyó que las descripciones fueran tan literales. Mal sabía ella que los escritores suelen sufrir en su propia piel mucho de lo que escriben, y que por eso lo hacen tan bien.

—Mira, me disculpo por algunas tonterías que dije cuando nos conocimos, pero...

—¿Por haber criticado a mi padre? ¿Crees que prefiero a las personas que fingen para agradarme y sonrían porque tal vez un día necesiten mi simpatía? ¡Si quisiera eso, María Hanson, ahora estaría tocando a la puerta de una noble para tomar el té!

Ella no sabía cuánto tiempo duraría así. No imaginaba qué sería de ella si se mostrara insegura en los diálogos con el joven más seguro del mundo. Entonces cambió de estrategia:

—¿Y qué hacemos aquí parados? Leí que esta sería la noche más agradable que me ofrecerás, y me parece que un príncipe siempre cumple su palabra.

Al relajarse y mostrarse auténtica, María comenzaba a reaccionar con naturalidad. Se extrañaba de sí misma por sonreírle a otro de una manera como no lo haría con su padre, su hermano o sus amigas: sin forzar nada. Era como si en momentos como ese la esencia de la naturaleza humana le otorgara a la hembra el don de saber recibir y retribuir el cortejo del macho.

María no se asustó con la presencia de Muralla. A decir verdad, ni siquiera la notó. Tenía la atención fija en el príncipe, con el deseo intenso y la energía vibrante. Era ese momento, una noche entera que resultaría excitante y diferente, como un sueño en que el soñador permanece despierto. Sería como las historias de amor y los encuentros de los libros, de los cuentos y los poemas. ¡Sí, así sería! Los semidioses sabían qué ocurriría, pues aquella noche María Hanson viviría su propia epopeya, su propia fantasía, su más profundo deseo secreto.

Su verdadero cuento de hadas.

«¿Iste quién era?». La voz, medio infantil, medio preadolescente, provenía de unos arbustos próximos al lugar de donde ya se alejaban una plebeya y un príncipe.

—¡No, estaba oscuro, pero lo descubriré! ¡Caray! ¿Quién se cree ese sujeto para salir con mi hermana así, sin presentarse antes con mi padre ni conmigo? —João se refería a la costumbre oficial de cualquier candidato a pretendiente de muchachas honradas y de familia.

—¡Respecto de tu padre lo entiendo, João! ¡Anda, vamos ya, de lo contrario no lo lograremos! —Ariane salió corriendo antes de que João dijera otra cosa.

En realidad él quería, antes de añadir algo más, saber qué pretendía Ariane, y eso solía ser difícil de averiguar, pues ella era pura emoción, y la emoción no piensa: sólo se manifiesta. Y ahí iba João, corriendo tras la niña de la forma más silenciosa que podía, razonando con rapidez para entender qué quería y cuál era la mejor forma de complacer su deseo, una fase que Ariane solía saltarse u olvidar.

Sin embargo, entender lo que deseaba la niña no exigió mucho del raciocinio de João: ella sólo buscaba introducirse en aquella carreta jalada por dos burros —animales muy inteligentes, dicho sea de paso, y hablo en serio—, cuyo conductor era un príncipe acompañado de una joven plebeya.

No sería necesario un plan estrambótico para lograrlo, bastaría con aprovechar el heno en la carrocería del vehículo, el cual, entre tantos bamboleos y rechinidos, ocultaría a la perfección el sonido de dos niños saltando sobre él.

Así que lo hicieron y rezaron para no ser descubiertos. En medio de aquel montón de plantas segadas y secas contuvieron la respiración por un instante, en una espera que sin embargo les pareció eterna antes de asegurarse de que nadie se había dado cuenta de su intrusión. Y como nada ocurrió, al fin asomaron un poco el rostro para exhalar e inhalar.

«¿Cómo puede alguien llevar a una muchacha a pasear en una cosa como esta?»,

pensó João Hanson. Ciertamente, no era el mejor vehículo del mundo, pero si estuvieran en un bello carruaje jalado por resplandecientes caballos blancos, y si Axel así lo deseara, podrían haberlo hecho, mas todos aquellos en la ciudad que no estuvieran durmiendo se habrían detenido al verlos pasar, y eso no era lo que él ni ella pretendían.

Sólo añadiremos que cualquier vehículo del mundo —bueno, quizá un carruaje de caballos blancos no— habría sido objeto de la misma crítica por parte de João, que en verdad se sintió irritado al descubrir a aquel joven flirteando con su hermana, un sentimiento diferente y mortal en él.

«¡Apuesto a que además es pobre!».

Cruel, ¡oh niño cruel!

«¡Voy a buscar a mi hermano!». Palabras fuertes, expresadas con una mirada lejana, opuesta a aquellas miradas iniciales. Ella lo veía con fijeza, mas él no. Se mostraba distante, como si ya vislumbrara la partida, con su regreso o no. Para María eran muchas las informaciones recibidas en un pequeño intervalo de tiempo, pero su inteligencia le permitía armar el rompecabezas mental planteado desde la primera vez que conoció a un príncipe verdadero:

—¿No sería mejor que viajaras con un grupo de soldados?

—¡Partir con un grupo de soldados sería como avisar que la familia real se encuentra desestabilizada, María! ¡Y un monarca sin temple no puede gobernar una nación! —la mirada se volvió a fijar en la de ella—. ¿Entiendes?

—Sí. «¡Un rey es su Estado porque el Estado es el rey!».

Axel clavó los ojos en la muchacha, aunque eso significara desviar por un momento la atención de la carreta. Acababa de citar al general Arjuna, uno de los mayores líderes de guerra de ese mundo, que vivió su última batalla antes de morir en paz en el otoño de la Cacería de Brujas.

—¿Qué has estado leyendo, María Hanson? —el príncipe sonrió.

—¡Te sorprenderías si lo supieras! —y la plebeya también.

—¡No sé por qué no tengo motivos para dudarlo! —de vez en cuando su manera de hablar recordaba a la de su padre.

Un silbido. No un silbido cualquiera, sino el resuello característico de un trol. Axel miró hacia atrás, igual que María. Al fondo corría la criatura, tras desmontar al galope del mamut de carga.

Mientras el humanoide se aproximaba, María todavía tuvo tiempo de decir:

—¿Estás seguro de que debes irte? —los ojos de la muchacha lo decían todo: transmitían el miedo, el recelo y el dolor ante la posibilidad de jamás volver a ver a aquella quien acababa de conocer, que acaso abandonaría su vida de la misma forma

en que entró.

—Tú misma puedes responder a eso, María. Imagina la sensación. Tienes un hermano, ¿no?

—¡Eh, quítame las manos de encima, grandulón!

Las protestas que escucharon procedían de un chamaco de trece años que se hacía el valiente.

Y María deseó en aquel momento que la respuesta a la pregunta fuera «no».

—Esperé para ver qué era eso. Entonces me di cuenta de que era uno más de tus admiradores. Creí que te gustaría saberlo —dijo el trol.

—¡João! ¿Pero qué estás haciendo aquí?

El trol sólo necesitaba un dedo para llevar a João Hanson colgado de los calzones. Mientras vigilaba desde una prudente distancia, Muralla había descubierto a los niños trepando a la carreta. Como eran menores, esperó para cerciorarse si eran espías, en cuyo caso habría tenido que aguardar un mejor momento para sorprenderlos, o si se trataba de una emboscada contra el príncipe. Por eso invirtió todo ese tiempo en cerciorarse de que los alrededores eran seguros.

—Yo no soy admirador de nadie —reclamó el niño, enojado—. ¡Estoy aquí para saber quién es ese sujeto misterioso que se atreve a llevarte a pasear sin pedir mi consentimiento ni el de nuestro padre! —volvía a hablar con la nariz erguida, en la medida que se lo permitía su humillante posición.

—¡No! ¡No doy crédito que hayas hecho esto, niño! —suspiró María, mientras que Axel consideraba graciosa aquella situación y observaba sin interferir.

—¡Oye, estoy desempeñando mi papel como el hombre de la casa! —Ariane, aún oculta entre el heno, sólo porque Muralla no se decidía a alzarla también en vilo, se tapó la boca con la mano y aguantó la risa—. Además, no sabes si este es un tipo de familia. Tal vez se trate de un tarado o un maltratador de doncellas... ¡O un príncipe...!

El niño se quedó congelado. Ustedes ya deben haber oído hablar de que los choques emocionales son provocados por una fuerte reacción, buena o mala. ¿Sería ese el caso, o qué habrá significado aquel momento para João? Me refiero al instante en que al fin miró bien el rostro del sujeto que osaba salir con su hermana sin «autorización». Y se sorprendió.

—¡Tiene razón, María! Yo debería haber hecho una petición formal, tanto a tu padre como al otro hombre de la casa... João Hanson, ¿cierto? Imagínate a una mala persona sacando provecho de una buena hermana e hija. ¿No es verdad, João? No te preocupes, que la próxima vez iré en persona a hacer la petición al señor y a la señora Hanson. O, mejor, a los señores Hanson.

—¡Oh, Axel, discúlpame por esta...!

—¿Qué? ¿«Axel»? —Ariane salió de su escondite bajo el heno, sin importarle si miles de arcos y flechas la apuntaban en el acto.

Date cuenta de que yo mismo, el narrador de esta historia, ya usé mucho el nombre de Axel para referirme a esta escena, si bien María aún no lo utilizaba en ningún momento durante su diálogo con el príncipe, al menos después de que los dos niños subieron a la carreta.

—¡Ay, mi Creador! ¿Tú también, Ariane?

—Ah, sí. ¡Me olvidé de avisarles que esta también! —Muralla hizo una mueca extraña, que de por sí ya es algo extraño cuando se trata de troles.

—Ma... María... ¿en verdad estás saliendo con el príncipe Axel? —Ariane parecía ignorar que el monarca se encontraba allí, a su lado, con lo cual en todo caso la pregunta resultaba estúpida.

—Bueno... Me gustaría... Si ustedes me dejaran... ¿Eh? —balbuceó María, irritada, convengamos que con razón.

—Pero... Cómo... Él... Él es... —Ariane extendió la mano para tocar el rostro del príncipe— ¡...lindo!

El príncipe meneó la cabeza, un gesto que sacó a Ariane del trance que la hacía contemplarlo cual un muñeco de cera y le permitió darse cuenta al fin de que él en realidad estaba allí delante de ella.

—¡Axel, yo te amooo! —la niña se colgó del cuello del príncipe, y parecía que ni centenas de flechas de decenas de arqueros imaginarios la despegarían de él—. ¡Eres... —un beso tronado—... mi héroe y... —otro beso tronado—... mi fuente de inspiración y... —bueno, otro— ...lo mejor de mi vida! —y le plantó el último beso tronado, antes de que Muralla la apartara del cuello real.

—¡Eh! Ariane, ¿cierto? —no sólo María tenía buena memoria—. Muchas gracias por todo esto, pero no sé si en verdad merezco este cariño.

—¡Claro que sí, Axel! Tú eres... ¡*Totalmente* demasiado! —Ariane suspiró—. ¿No es cierto, João?

João no se mostró de acuerdo ni en desacuerdo. Ni siquiera escuchó. Seguía con la boca abierta, en trance, sin decir nada. Todo resultaba demasiado confuso en su cabeza. Entender que su hermana mayor se encontraba con el legítimo príncipe de Arzallum allí, en una carreta vieja jalada por burros, no le hacía el menor sentido, incluso para su raciocinio privilegiado.

—¡João! —como siempre, Ariane era pura emoción.

El muchacho salió del choque emocional, lo cual no significa que hubiera aceptado con claridad lo que ocurría.

—¡María... por el amor de todos los semidioses del mundo, explícame de una vez lo que está pasando o me voy a volver loca!

—Sucede que ustedes deberían estar cada uno en su propia casa, cenando con sus

padres y preparándose para dormir. ¡En vez andar siguiéndome por ahí! ¡Qué mala educación! ¡Se me van a casa los dos!

Como último intento, Ariane comenzó a hacerse la víctima, sin sentirse mal por eso: ¡quién sabe cuándo estaría de nuevo cara a cara con un príncipe!

—¡Oh, no! Por favor, disculpa, María. Disculpa, príncipe. Disculpe, señor orco. Discúlpennos, ¿sí? ¡Estábamos tan preocupados! ¿Nos dejan ir con ustedes? ¡Por favor, nada les cuesta! Digan que sí, por favor. ¡Digan que sí! ¡Digan que sí! Anden, ¿síiii?

María estaba a punto de proferir un rotundo «no» cuando, para sorpresa de todos, se escuchó:

—¡Tiene razón! —era Axel el que hablaba—. Sería peligroso mandar a dos niños de vuelta a casa, solos y a esta hora. Y si le ordeno a Muralla que lo haga, perderé a mi guardaespaldas, una opción que tampoco me agradaría.

A María no le estaba gustando el rumbo que tomaban las cosas. En su cabeza comenzó a imaginar que estaba destinada a pasar vergüenzas cada vez que se encontrara con Axel Branford.

—La solución sería que todos regresemos y los dejemos en persona, pero eso tomaría demasiado tiempo y yo tengo muy poco esta noche. Así que si la joven Ariane promete ser más... «discreta», aunque sea por el momento, y nuestro amigo João me da su consentimiento para llevarme a su hermana a pasear, ¡entonces no veo problema en que sigamos!

—¿Si él da permiso? Pero claro que sí, ¿no es cierto? —Ariane no esperó la respuesta de João, que balbuceó algo incomprensible, sin que hasta hoy tengamos claro si se trataba de un «sí» o un «no»—. ¡Y juro que seré una muchacha noble que se comporta como nunca has visto en tu vida, Axel! ¡Vamos, vamos!

Y mientras María suspiraba por comer una manzana envenenada para dejar de verse roja de vergüenza, Axel agitaba las riendas para que los burros se movieran. De este modo el príncipe volvió a conducir, mientras su guardaespaldas regresaba a su montura y rezongaba algo que el príncipe no alcanzó a escuchar:

«¡Uf! Señor “orco”...».

Ahora viajaremos. También mezclaremos el tiempo y el espacio, pues si narramos una historia en un lugar etéreo que sólo existe porque los semidioses piensan en él, también debemos hacerlo en el pasado, con eventos de sagas ya ocurridas hasta el momento. Sin embargo, en los lugares que sean fruto de pensamientos etéreos, como la propia Nueva Éter, tendremos la posibilidad de viajar entre los hilos del espacio y el tiempo para mostrar el mismo hecho desde el auténtico punto de vista de los que están allí en ese preciso momento.

Por eso haré algo mejor: te llevaré hasta allá. Mantén la mente abierta, pues en este instante nos dirigiremos al puerto de Andreanne.

Y viajaremos al instante en que una carreta avanza con cuatro pasajeros, seguidos de lejos por un trol al que nada le gustó ser llamado «señor orco».

Confía en mí.

Vamos, ven.

Y uno, y dos...

Y tres.

Es de noche. Nos encontramos en el puerto de Andreanne. Para que lo veas con tus propios ojos, te bastará con abrirlos. Tal vez no lo hagas de la misma forma que yo, pero si estamos aquí los dos y vemos un puerto, sea como sea se trata de Andreanne. Y, como todo puerto, emite un olor a madera corroída por la acción de la humedad salada, mientras varios navíos de diversos tamaños y formas esperan las órdenes de sus capitanes para levar anclas. Las ratas corretean por los rincones oscuros. Los mosquitos giran alrededor del fuego de las antorchas.

Hoy todo parece tan quieto, con excepción del constante murmullo del mar.

Mira a tu derecha: allí hay dos buques de carga. Los capitanes mantienen en sus rostros expresiones que demuestran que algo los retrasa. Alrededor hay mendigos que se calientan en una hoguera improvisada en una lata. Varios marineros conversan y

beben en ese lugar; pero concentrémonos en uno de ellos, solitario, que se encuentra mucho más al fondo, observando el mar oscuro. Es el marinero Stiff. Y parece preocupado.

Stiff observa las olas que rompen mientras el viento agita sus ropas. Anda solitario, como si estuviese bebido o desilusionado.

Llora.

Caminas hacia él.

Dos niños de la calle corren en tu dirección y te atraviesan como si no existieras. Mantienes tu trayectoria hacia el marino solitario. Pasas en medio de un grupo de marineros que cuentan chistes y ellos no te ven ni te perciben. Observas tres sacos de arena que caen desde lo alto de un navío. Descubres una escalera donde una mujer con un aura azulada te sonrío: es el Hada del Puerto, la única que en este momento te puede ver. Porque nosotros se lo permitimos.

Continúas hasta el final del muelle, donde Stiff observa el mar al fondo.

De pronto entiendes que aquel marino solitario en realidad está reuniendo valor para suicidarse contra las piedras del mar. Parece que saltará: su cuerpo ebrio se balancea. Como todavía hay cierta distancia entre él y tú, no tendrás el tiempo suficiente para recorrerla, por lo que sugiero que no te limites al espacio.

Pronto, ven conmigo.

Uno.

Dos.

Tres.

Estás junto a Stiff, al final del muelle. Él todavía observa el mar. Un gato negro se escurre entre las piedras y parece notar tu presencia. Sólo entonces percibes a una mujer sentada y disimulada entre las sombras de las piedras próximas. El rostro de Stiff llora, pero es un llanto distinto.

Él sólo llora de un lado de la cara.

Te vuelves a mirar a la mujer entre las sombras, en las piedras. Es pelirroja, con un vestido carmesí largo, bordado y arrugado que le oculta los pies. Tiene los cabellos largos, que se encrespan a los lados, similares a paja roja. Te concentras en sus ojos, pero es difícil percibir los detalles en la oscuridad donde se encuentra. Deseas acercarte más.

Un abrir y cerrar de ojos será suficiente.

Ella está frente a ti. Congelemos este momento para que la veas sin limitaciones.

Uno. Dos. Tres.

La mujer tiene una mirada desorbitada y las manos en el regazo. Tú estás entre las piedras, cerca del mar. Acercas tu rostro al de ella y observas los ojos rojos de alguien que está a punto de llorar. Hay surcos profundos en sus pómulos y tiene la piel

enrojecida de aquellos que parecen nunca dormir. La oprimes con delicadeza por debajo del ojo derecho y una lágrima cae en tu dedo.

Exactamente como la de Stiff.

Ahora mantén las cosas así, en pausa. Caminemos por allí.

Mira cómo quedó el hada pelirroja: está a punto de hacer tropezar a un mendigo. Un tipo de esa naturaleza no clava objetos peligrosos ni nada por el estilo. Ese tropezón lo salvará de cruzar frente a uno de aquellos sacos de arena que sufren la acción de la gravedad, por lo que este caerá antes de que el mendigo pase por abajo, y le dará tiempo de descubrir lo que le esperaba de no haber tenido la «suerte» de tropezar.

Una rata del tamaño de un cachorro de perro, de esas que se ocultan en las alcantarillas, intenta escurrirse por las entrañas de la oscuridad. Está contaminada, y el simple contacto con su orina quebrantaría a cualquier hombre. Sin embargo, no podemos detenernos a acabar con un bicho así, pues eso alteraría los eventos futuros a partir de nuestro presente. Este asunto del tiempo y el espacio resulta muy complejo, y por lo tanto es preferible no intervenir en nada, pues un mero detalle es susceptible de alterar toda una secuencia de acontecimientos, a manera de un inmenso «efecto mariposa». En serio, si quitáramos la existencia a esa mísera rata, toda la estructura de esta narración tendría que replantearse. Cree en lo que te digo.

Pero aún no terminamos con Stiff. Como dije, espero que nunca veas a aquella mujer de la cual hoy puedes mirar muy bien sus ojos rojos e incluso tocar su rostro como nadie más podría hacerlo. No hasta que ellas tengan que mirarla. Pues en el momento en que lo necesiten llorarán.

Como Stiff.

¿Difícil de entender? Bueno, si lo has comprendido está perfecto. Si no, sigue la narración en forma lineal y ya lo comprenderás. ¡Ah, cómo me gustaría que vieras cómo un príncipe es tomado por un plebeyo o cómo el cazador apodado el *Héroe* es congelado! Sin embargo, no puedo transferirte mi don de la omnisciencia. Eso es algo que ni los contadores de historias somos capaces de hacer. Pero tenemos ya el poder suficiente, muy disfrutable, de viajar algunas veces por los tubos de las líneas del tiempo y el espacio. Tal como haremos ahora para volver a la estructura lineal, así como al tiempo y el espacio originales de esta narración.

Como siempre, todo ocurrirá en un abrir y cerrar de ojos.

Y uno.

Y dos.

Y tres.

Axel Terra Branford detuvo la carreta. No estaba solo, sino acompañado de una joven, dos niños y un trol. Considerando que era de noche, que aquellos eran nobreyos y Axel un príncipe real, y que habían parado frente a una taberna frecuentada por leñadores, cazadores y todo buen representante de masculinidad plebeya, aquella situación resultaba la más absurda en la historia de Nueva Éter.

—¿Lobo Malo? ¿Pero qué lugar es este? —preguntó João Hanson.

—Es sólo un buen sitio para divertirse de noche —dijo el príncipe—. No puedo despedirme sin pasar por aquí.

—¡Axel, te vi aquel día, cuando presentaron los *Cazadores de brujas* en la Majestad! —dijo Ariane, mientras caminaban hacia la entrada.

—¡Ah, no! No era yo... —dijo el muchacho, con una naturalidad ridícula, impaciente por entrar en el establecimiento.

—¡Axel! —sé que debió parecer un grito, pero no lo fue. Bueno, sí se trató de un grito, pero uno de esos que se apaga de inmediato por el propio vociferador. En realidad María sólo quería advertir al muchacho—. ¡No deberías revelar ante cualquiera que tienes un doble! ¿Te imaginas si alguien más se entera? —eran muchas las horas de sueño que María había perdido para entenderlo.

—¿Alguien más? —preguntó Axel, confundido—. ¡Pero si todo el mundo lo sabe! —y abrió la puerta para que ella y los niños entraran en aquel bullicio animado de una taberna popular.

El príncipe exageró. No era «todo el mundo» el que conocía esa información, la cual debería ser secreta, si se me permite agregar, pero en realidad mucha gente lo sabía. Sólo que nadie lo comentaba... mucho. Y como allí había mujeres y niños, eso explica por qué no lo sabían, pues si fueran hombres hechos y derechos otra historia sería. Nada que ver con el machismo ni otro asunto relacionado, el hecho de que más hombres estuvieran enterados que mujeres se justifica porque ellos se encontraban alrededor de los cuadriláteros del pugilismo para animar al carismático luchador real,

mientras que ellas, además de los niños y los nobles, confiaban en la imagen del doble dentro de algún evento social.

Eso explica también por qué la entrada del príncipe no causó sorpresa ni extrañeza, sino que fue recibido con fiestas, sonrisas y muchos cumplidos.

Muralla se quedó afuera para vigilar los alrededores, como era su trabajo, por el cual estaba muy bien pagado. María, João Hanson y Ariane Narin se demoraron, pero al fin entraron en la atmósfera del lugar, justo porque era frecuentado por gente como ellos. Pronto estaban bailando con leñadores, cazadores y tantos otros parroquianos, que antes eran personas que profesionales en lo que se quiera. También bebieron y comieron cuanto les fue permitido beber y comer por cuenta del príncipe real.

Entonces Axel Branford decidió participar en el juego más famoso del lugar, en el que dos candidatos a «macho» se enfrentaban en un cuadrilátero delimitado por un rectángulo pintado de pocos metros. Pero nada de pugilismo había allí: la cosa funcionaba mucho más como un juego peligroso que como una lucha inofensiva. Incluso se colocaban protecciones alrededor de los dedos, mas no para luchar, sino que era uno más de los accesorios del juego. Este consistía en lo siguiente: los dos adversarios se ubicaban uno frente a otro y se ponían en guardia como si en realidad fueran a practicar el pugilismo. Sin embargo, medirían sus fuerzas de otra manera. El golpe debía partir a la altura del puño del otro, para generar un violento choque de fuerzas acompañado de un ruido ante el impacto. Muchas veces el resultado eran algunos huesos fracturados, pero al público le gustaba y los hombres adoraban probar así su masculinidad.

Algunos animados de manera natural, otros por el exceso de bebida; el público llamaba *boxing* a aquel juego violento.

En ese deporte de la localidad, para contar el tiempo antes de lanzar cada golpe, los luchadores giraban tres veces el brazo de la mano de atrás de la guardia cerrada en un círculo desde el hombro, acompañados por el público, que contaba antes de cada impacto. Ganaba el juego aquel que no desistiera y estuviera listo para la siguiente ronda, siempre en series de tres. Al perdedor le tocaba pagar la apuesta, por lo general en monedas de príncipes o rondas de cerveza, cuando no de una forma peor.

Existía incluso un ciudadano, de nombre Fred, que traía una toca en la cabeza y nunca fue nombrado juez de ese juego doloroso, pero que actuaba como si lo hubiera sido. Y fue él, como siempre, el que gritó con su voz ronca, encima de una mesa en el centro de la taberna, cortando aquella unión de voces de tantos timbres diferentes:

—Eh, compañeros, ¿no habrá *boxing* hoy? ¿Dónde están los hombres de este lugar?

Todos los hombres gritaron hurras y levantaron las jarras de cerveza.

—¡Aquí hay muchos! —dijo Nadimar, un leñador experto que recibió un hurra más del público.

—¡Entonces, señor, cuénteme qué hará ahora! —en ese momento, el público siempre fijaba la atención en el candidato que iba a competir.

—¡Cien príncipes al boxing! —dijo un hombre, mientras se quitaba la casaca y hacía que hombres y mujeres gritaran más alto y explotaran en aplausos.

—¿O será que aquí eso es sólo un juego de hombres? —un estruendoso «no» fue escuchado en coro, entre las risotadas de los pocos sobrios y los muchos borrachos—. ¿Y quién tendrá el valor de enfrentar a ese caballero?

—¡Yo lo tengo! —dijo Axel Branford, con lo que atrajo la atención y provocó que María Hanson devolviera el trago de café con leche que tomaba—. Y aumento la apuesta a cien reinas...

Lo normal habría sido escuchar más hurras de felicidad. Pero los parroquianos se quedaron boquiabiertos y se hizo un silencio sepulcral, apenas roto por un cubierto que tiró al piso una mesera distraída. En primer lugar, la expectación se generó porque el que respondió al desafío era el príncipe Axel Terra Branford. A nadie le extrañaba su visita al establecimiento, pues ya había estado muchas veces allí, pero nunca había pedido participar. ¡Menos aún contra un gigantón como aquel! El segundo motivo era el valor de la apuesta: cien reinas equivalían a mil príncipes, y la gente dudaba de que hubiera alguien con la solvencia para cubrir una apuesta así, de cierto la más alta hecha hasta ese momento en la historia del Lobo Malo.

Y no lo hubo, por lo que el gigantón hizo un gesto en señal de que desistía, seguido de un abuceo generalizado. Él no contaba con esa cantidad para cubrir la apuesta, pero de seguro los demás presentes vaciarían sus propios bolsillos para aportar la cantidad que faltara sólo por ver a su príncipe participar en el juego. Sin embargo, lo que hizo desistir a Nadimar fue en realidad el miedo a lastimar el puño del príncipe y que eso se volteara contra él en un futuro indeseable.

Apenas intuyó que el que se libraba de una fractura era él mismo.

—Entonces, gente, ¿quién está dentro ahora? ¿Y quién queda fuera? —gritó Fred. Todos se miraron expectantes, hasta que otro valiente gritó:

—¡Yo estoy dentro! —y toda la concurrencia de la taberna volvió a gritar. Y esta vez mucho más alto, pues la voz provenía de una persona que garantizaría dos cosas ese día histórico para ellos: *a)* era uno de los socios del local y estaba en posibilidades reales de cubrir la apuesta, y *b)* aquel sería el mejor espectáculo de *boxing* jamás visto en aquella taberna o en cualquier otra.

Aquel que se había quitado el abrigo de pieles era nada menos que Rick Albrook.

Y si el nombre no te dice nada, tal vez sea porque lo conoces por su popular apodo: *el Héroe*.

—¿Estás loco? ¿Por qué quieres hacer esto? —María estaba desesperada, en busca de lo imposible: lograr que el príncipe desistiera.

—Eh, no te preocupes. Es sólo diversión. Ahora, amárrame esto aquí. —Axel

estiró primero las ataduras que la propia taberna proporcionaba a los participantes y abrió los puños frente a María para que ella los envolviera con la protección.

—¡Ay! ¿No es lo máximo? —suspiró Ariane.

—¡Uf! ¡Más parece un exhibicionista! —rezongó João.

—¿Listo, gente? ¡Manos arriba! —anunció Fred, que organizaba la situación.

Toda la taberna estaba con los brazos extendidos, agitándolos para saludar a los participantes de lujo que entraban en la arena de juego. El bullicio fue subiendo gradualmente hasta volverse ensordecedor. Todas las personas agitaban las jarras y hablaban al mismo tiempo, berreando y gritando, maravilladas de ver al príncipe pugilista y al héroe cazador listos para enfrentarse.

—¡Y manos abajo! —ordenó Fred y fue obedecido. Su forma de hablar recordaba más a un emisario que anunciara a su señor antes de las justas. Ambos participantes tomaron sus posiciones de guardia—. ¡Ayúdenme! ¡Vamos, ayúdenme! ¡Cuéntenme lo que ellos están por hacer! —y pronto la taberna berreaba al unísono:

—*Boxe... boxe... boxing...*

Y se escuchó un ¡bam!

¡El choque del primer puñetazo resultó muy fuerte!

¡El segundo, inmenso!

Los dos contrincantes hacían gestos que se podían interpretar como de excitación y al mismo tiempo de dolor extremo. Y por más extraño o loco que parezca, si más tarde le hubieras preguntado a alguno de los dos sobre ese momento, te dirían que aquellos segundos duraron mucho más de lo que deberían haber durado y prolongaron el dolor por mucho más que un instante, como si el tiempo se hubiera congelado.

Sin descanso, sólo tuvieron otros tres segundos para respirar antes de que el público contara de nueva cuenta los giros y se desencadenara el tercer choque.

El príncipe se apartó con una expresión de dolor, pero también de alguien que se estaba divirtiendo, si eso es posible. *El Héroe* sólo tenía una expresión divertida.

Para no perder el ritmo, Fred continuó:

—¡Manos arriba, gente! ¡Parece que a ellos ya les duelen las manos!

El público siempre abucheaba a los contrincantes en esa parte:

—¡No nos importa! ¡No nos importa! —berreaba a coro.

—Entonces, compañero... ¿quién es el que está ahora adentro y quién afuera?

—¡Yo estoy dentro! —dijo *el Héroe*.

Y el público volvió a lanzar hurras, para renovar el pandemonio en el local.

La tocó el turno de hablar al príncipe:

—¡Tiene razón! ¡Señor *Héroe*, juro que adoraría partir cada hueso de su gigantesca mano! —reía mientras el pueblo continuaba vitoreando—. ¡Pero soy lo bastante inteligente para mantener mis manos intactas, pues lo último que deseo es no

estar en perfectas condiciones para dar un espectáculo a este pueblo maravilloso en la arena de pugilismo del Puño de Hierro! —el pueblo vibró y aplaudió con gusto. ¡Eso era hacer política! El príncipe desistía del encuentro sin dañar su imagen y todavía era aplaudido por eso—. ¡Por último, haré una oferta a nuestro *Héroe*! ¡Ofrezco cien reyes —algunos se atragantaron con el trago de cerveza— si demuestra el valor para no enfrentarme a mí, sino a mi guardaespaldas, en esta misma arena!

La atención regresó al cazador: una oferta de cien reyes compensaría a cualquiera.

—Y entonces, compañero... ¿quién está dentro? —preguntó Fred—. ¿Y quién está fuera?

—¡Yo estoy dentro! —exclamó Albrook, con lo que la taberna casi se derrumbó del bullicio y la agitación.

Cuando el ruido disminuyó, Axel se colocó dos dedos en los labios y silbó lo más alto que pudo.

En el acto un trol inmenso y ceniciento entró en la taberna.

El héroe cazador se quedó boquiabierto, pensando en el desafío que acababa de aceptar.

Y el príncipe sonrió como un niño en la Majestad:

—¡Está bien, gente! ¡Continúe rodando, compañero! —dijo Axel.

Y toda la taberna se volvió a volcar en hurras.

Pausa en el tiempo. Esta vez, sin embargo, no caminaremos por una taberna paralizada ni nada parecido; cruzaremos de nuevo la línea del espacio tiempo por necesidad. Volveremos al inicio del juego entre Axel y Rick Albrook, pero desde otro punto de vista, mucho más importante para esta historia: el de Ariane Narin.

—¡Uf! ¡Más parece un exhibicionista! —rezongó João.

—¿Listo, gente? ¡Manos arriba! —anunció Fred.

Toda la taberna estaba con los brazos extendidos, agitándolos para saludar a los participantes de lujo que entraban en la arena de juego. Ariane subió a la barra y también extendió los brazos para balancearlos como una auténtica admiradora:

—¡Vamos, Aaxel! ¡Lindooo!

—Ariane, ¿quieres bajarte de ahí? ¡Qué cosa ridícula! —y João se subió en uno de los bancos de la barra.

—¡Revienta a ese tipo! ¡Yuju! —se notaba con facilidad que Ariane no estaba ni un poco preocupada por las opiniones de João.

—¡Y manos abajo! —gritó Fred. Ambos participantes tomaron sus posiciones en guardia—. ¡Ayúdenme! ¡Vamos, ayúdenme! ¡Cuéntenme lo que ellos están por hacer!

Ariane no sabía qué debía gritar, pero le bastó con escuchar una vez aquel coro tan alto que se lastimaba las cuerdas vocales para aprender:

—¡Boxe... boxe... boxing! —gritó ella también, con el resto del público, acompañada de los tres giros del príncipe.

Y explotaron los primeros puñetazos.

—¡Ay! ¡Pobre Axel!

—¡Ojalá que se quiebre la mano, sí señor! —João permanecía con los brazos cruzados, como una criatura berrinchuda. Pronto el pueblo contó de nuevo al lado de los participantes.

—¡Boxe... boxe... boxing!

Y otro choque de fuerzas.

—¡Vamos, Axel, lo estás debilitando! —era mentira, pues el príncipe estaba sintiendo más los golpes que el cazador.

¡El último choque! Axel ocultó bien el dolor. Albrook también sintió el impacto, aunque también lo disimuló.

—¡Manos arriba, gente! ¡Parece que a ellos ya les duelen las manos!

El público siempre abucheaba a los contrincantes en esa parte:

—¡No nos importa! ¡No nos importa! —berreaba a coro.

—Entonces, compañero... ¿quién es el que ahora está adentro y quién afuera?

—¡Yo estoy dentro! —dijo *el Héroe*.

Y el público volvió a lanzar hurras, con excepción de Ariane.

—¡Ah! ¡A ese tipo le gusta abusar! —exclamó la niña.

João se tapó los ojos y movió la cabeza en señal de negación.

—¡Tiene razón! ¡Señor *Héroe*, juro que adoraría partir cada hueso de su gigantesca mano! —el príncipe reía mientras el pueblo continuaba vitoreando—. ¡Pero soy lo bastante inteligente para mantener mis manos intactas, pues lo último que deseo es no estar en perfectas condiciones para dar un espectáculo a este pueblo maravilloso en la arena de pugilismo del Puño de Hierro! —el príncipe recibió decenas de aplausos y gritos eufóricos de la taberna.

—¡Yuju! ¡Lindo! ¡Tesoro! De buen gusto...

—¡Ariane, por el amor del Creador! —esta vez João no se aguantó—. Baja ya de allí —el niño se subió a la barra para atraer a la niña hacia sí.

—¡Ay, João, tranquilo! —Ariane recibió un jalón en el brazo.

—¡Por último, haré una oferta a nuestro *Héroe*! ¡Ofrezco cien reyes si demuestra el valor para no enfrentarme a mí, sino a mi guardaespaldas, en esta misma arena! —el pueblo vibró otra vez y aplaudió con gusto.

—¡Este tipo se encuentra mal! ¿Ya vio el tamaño de ese orco, el guardaespaldas de Axel?

—¡No es un «orco»! ¡Es un trol!

—Da lo mismo. Pero, João, ¿no conocemos a ese sujeto? ¡Estoy segura de que ya he visto antes esa cara barbuda! —Ariane tuvo esa sensación desde el principio, cuando aquel hombre desafió a Axel, pero estaba tan eufórica de ver al príncipe en la arena, que no se detuvo a pensar en ello.

—¡Nunca lo he visto! Y los orcos son azul oscuro, creo...

—¿Pero cómo llaman a ese tipo? ¡No me importa el color de los orcos, cabezón! ¡Ya te dije que da lo mismo!

—Y entonces, compañero... ¿quién está dentro? ¿Y quién está fuera?

—¡Yo estoy dentro! —exclamó Albrook.

La taberna explotó: ¡el público golpeaba el suelo con los pies, batía las palmas, chiflaba, berreaba, gritaba, bebía, quebraba copas, todo al mismo tiempo!

—¡Caray! ¡A la gente de aquí le gusta ese tipo! —se sorprendió João.

—¡Vamos, *Héroe*! ¡Reviéntalo! —el grito provino de una de las mesas a la derecha, donde se encontraba una fanática del cazador, tanto como ella de Axel.

—¡Ah! ¡*Héroe*! ¿Por qué lo llamarán así?

El barullo cesó a causa del ingreso de aquel trol ceniciento en la taberna. Incluso el héroe cazador se quedó boquiabierto.

—Mira la cara del tipo... —dijo Ariane.

—¡Está bien, gente! ¡Continúe rodando, compañero! —el príncipe imitó la forma de hablar de Fred. Toda la taberna volvió a lanzar vítores. Incluso Ariane, que vio al príncipe acercarse a María:

—Quítate las ataduras. ¡Déjame ver tu mano! —María fue cortando las protecciones con un cuchillo que le había dado Harold Helll, el barista dueño del Lobo Malo, que era la única persona en el mundo cuyo apellido llevaba tres eles. Cuando cortó las de la mano derecha vio muchas callosidades y marcas rojas, como si hubiera golpeado un tronco de madera.

—¡Madre mía, Axel! ¿Qué le estás haciendo a tus manos?

—¡No te preocupes, María! ¡No fue como consecuencia de este juego! ¡Son secuelas del entrenamiento de pugilismo y parte de la vida del luchador! —dijo él, mientras María suspiraba y pedía al barista cualquier remedio helado para colocarlo sobre las marcas rojas.

—Eh, Axel, ¿por qué las personas llaman *Héroe* a ese gigantón? —Ariane se sentó al lado del príncipe y habló con él como si fuera una amiga de muchos años.

—¡Ah! Según entiendo, hace mucho tiempo salvó a una niña de aquel monstruo —y Axel señaló la cabeza del lobo ubicada encima de la barra, que por increíble que parezca Ariane no había notado.

Aquello la dejó congelada.

Su alegre energía se esfumó.

La sonrisa larga y eterna dejó de existir, como si hubiera llegado de repente a los límites del infinito.

Los ojos se le desorbitaron.

El corazón se le disparó.

La niña quedó boquiabierta.

João, que tampoco había visto la cabeza, entendió de inmediato la reacción de Ariane, pues la suya no había sido muy distinta. A María también le habría ocurrido igual si hubiera prestado atención a lo que se dijo y adonde había apuntado el príncipe, cuyas manos eran, sin embargo, su principal motivo de preocupación en aquel momento.

Los niños tampoco vieron cuando el trol Muralla se posicionó frente a Albrook y golpeó sin protección alguna, pues las ataduras no ajustaban en el puño de un trol, además de que no habrían hecho la menor diferencia en una piel tan dura como aquella. Tampoco escucharon cuando el pueblo contó y ambos golpearon el puño del otro. El sonido fue estruendoso y muchos cerraron los ojos, con muecas de dolor, como si ellos mismos hubieran sido alcanzados. Albrook no podía ocultar su expresión de sufrimiento. Parecía que sus dedos jamás se volverían a abrir. Y si tenía esa sensación era porque Muralla estaba consciente de haber utilizado sólo cinco por ciento o incluso menos de su fuerza. Era aquella una situación tan desigual, que las personas no comenzaron a contar de inmediato para dar tiempo a su campeón de respirar y recuperarse.

—En qué lío me metiste, ¿eh, príncipe? ¡Creo que pagaría más de cien reyes para librarme de esta! —dijo *el Héroe*, y toda la taberna rio.

—¡Es tu decisión! ¡Te doy los cien reyes con que logres mantenerte en el cuadrilátero hasta el final de los tres puñetazos de Muralla!

La concurrencia murmuró.

—¡A veces pienso si no sería un Rey mejor que Anisio! ¡Nunca vi tan buen negociador! —el público rio otra vez—. ¡Está bien, grandulón, estoy dentro! —y todos lanzaron hurras como siempre.

—¡Y, *Héroe*, quiero que dediques esta victoria, pues quedarse en una ronda de *boxing* con Muralla ya constituye un triunfo, a mi joven y mayor admiradora aquí! —Axel señaló a Ariane.

El cazador se congeló.

Podían haber pasado años, como en efecto había ocurrido. Ella podría haber crecido, engordado o comenzado a experimentar los cambios de la adolescencia. Él podría haber olvidado el nombre. El apellido. Incluso la situación.

Pero jamás, en ningún caso, habría olvidado aquellos expresivos ojos tan abiertos.

Muy bien, aquí debería contar la historia del marinero novato Snail Galford. Ya que sabemos su nombre, él solía ser tan insignificante que no parecerá extraño si no lo recuerdas. Pero admito que sería injusto con todos. En definitiva no tengo el derecho de interrumpir un encuentro tan emocionante como el de la niña Ariane Narin con su héroe salvador después de tantos años.

Snail Galford deberá esperar.

El cazador sentía un dolor en los puños como no recordaba haber sentido jamás mientras observaba a aquella niña a la que recordaba tan bien. Su fama se debía a ella. Su existencia entera parecía descansar en ella. Era como si la vida, su creación, hubiese sido diseñada por el Creador sólo para que alguien estuviera a la hora correcta y en el momento equivocado para ser salvada de la voracidad del más sombrío de los lobos.

Él jamás olvidaría esos ojos desorbitados. Jamás.

El corazón se le disparó.

Muchos pensamientos pasaron por su mente.

El aire que respiraba le resultó insuficiente.

Bajó la guardia.

Relajó los hombros.

La visión de la niña era mucho más devastadora que el puñetazo de un trol.

El público se dio cuenta y calló sin entender.

Y todavía menos entendieron las personas cuando el cazador salió del cuadrilátero en dirección a la pequeña, como si nada más existiera en la taberna. Y João y María Hanson, ahora que ella había percibido la situación, entendieron el porqué.

El cazador se detuvo frente a la niña. Ambos se miraron con admiración y al mismo tiempo con temor.

—¿Fuiste tú, verdad? Estuviste allí —la pregunta podría haber sido hecha por cualquiera de los dos, pero fue Ariane Narin quien lo hizo.

—Tú —la voz del cazador salió con dificultad—. Tú has crecido... tanto.

—Nunca supe quién eras. —Ariane estaba a punto de estallar en llanto; quería decir tantas cosas que todo se confundía. Entonces habló pausadamente—. Te imaginaba... ¡con menos barba! —el cazador rio de emoción.

—Ariane, ¿no es así?

La niña se sorprendió mucho al oír su nombre pronunciado por aquel que le había permitido continuar viva para escucharlo. Tanto, que las lágrimas se le escurrieron, cayeron más allá del rostro y le lavaron el pecho por dentro. Poco a poco la taberna comenzó a entender lo que ocurría, y muchos, sobre todo las mujeres, se emocionaron también, pues no había nada más conmovedor para un plebeyo que observar a una criatura llorar de felicidad.

—¡Yo siempre quise conocerte... *Héroe!*

Tras estas palabras de Ariane, Harold Helll, desde la barra, miró la cabeza del lobo. Recordó cómo había llegado ahí y cómo nació el apodo.

—Yo no soy un héroe, pequeña. Soy un bendecido. ¡Bendecido porque el Creador me permitió a mí el honor, entre tantos cazadores, de estar allí para ver a una niña asustada convertirse en la joven que veo ahora!

Aquel que aún no había entendido, al fin lo hizo. Los cazadores que estaban presentes y que ayudaron a retirar y a enterrar el cuerpo lacerado de la abuela Narin muerta experimentaron en sus propias almas la emoción de aquel buen cazador, pues todo hombre bueno se emociona con los milagros.



—En nombre de mi abuela, te quiero decir... —a ella le habría gustado expresar demasiadas cosas en una sola frase— que... buen... cazador... *Héroe...* Albrook... sea cual sea el nombre que te guste más... —la voz casi le falló y le faltaba poco para apagarse—... ¡Gracias! —Ariane agradeció haber dicho lo que quería antes de estallar en llanto en el regazo del cazador, que la abrazó con un sentimiento parecido al de un padre que lleva muchos años sin ver a su hija.

La taberna entera quedó hipnotizada, tanto los que reían como los que lloraban.

—¡Un brindis por mi cuenta, en honor de este momento proporcionado por los semidioses! —exclamó el príncipe entre aplausos.

—¡Y tres «vivas» a nuestro eterno *Héroe* y su protegida! —dijo Fred con la voz ronca, mientras elevaba una jarra de cerveza.

—¡Viva! ¡Viva! ¡Viva! —aulló al unísono la concurrencia.



Si un día tuvieras una verdadera oportunidad, y creyeras que será la única de tu vida, agárrala con uñas y dientes».

La frase resonaba en la cabeza de una persona que ya apareció en esta historia, aunque de manera muy veloz. Se trata de Snail Galford; aun sabiendo su nombre, solía ser tan insignificante que no resultaría extraño si te olvidaste de él. Snail era aquel joven pirata, el más nuevo del grupo, en el galeón de Jamil, Corazón de Cocodrilo, que por ser novato sufría a manos de los piratas más antiguos y realizaba los trabajos más humillantes, que incluían limpiar la cubierta, probar la comida de Jamil ante el propio pirata y servir de blanco para el juego de lanzar cuchillos en las horas libres de la tripulación.

Era de noche. La mayoría de los integrantes del navío dormía para hallarse dispuesta al día siguiente, que de seguro resultaría muy agitado a partir del momento en que llegaran al puerto de Andreeanne. Pero Snail no dormía. Siempre que tenía la oportunidad, subía al gran mástil para observar desde el punto más alto la extensión del mar. Le gustaban las alturas, pues allí se sentía en libertad.

La historia de Snail era muy sencilla: hijo de jugador, desde que tenía uso de razón había vivido entre personas como aquellas, consideradas la escoria del mundo.

Sin embargo, conociendo y observando a la corte, desde su punto de vista la nobleza no tenía muchos motivos para proclamarse dueña de la moral, como lo hacía con frecuencia. Pero ese era su punto de vista, y una de sus máximas era precisamente que «mi punto de vista no importa». Una frase sumisa, es verdad, pero había sido justamente una vida de sumisión la sufrida por Snail Galford.

Su madre había muerto, o al menos eso le dijeron, y él no lo creía ni lo descreía. Nada más prefería creer que lo mejor era siempre «escuchar solamente la mitad de lo que oía». De vuelta a su padre, el señor Galford fue un señor negro que vivió la mayor parte de su historia como jugador, y en mi opinión resulta una imprudencia que una persona se dedique a ese tipo de afición. Lo digo porque, si ya es arriesgado

para los mejores del ramo, funciona aún peor para aquellos con talentos mediocres.

Como el señor Galford.

No tardó en ser atrapado y descubierto con sus trampas, trucos y maniobras. Por lo menos antes de morir. Sin embargo, fuera en las manos de quien fuera, heredó algunas lecciones a su hijo. Snail aprendió a convertirse en un superviviente de las calles. Fue enseñado a andar, aprendió con quién hablar, a conseguir alimento y dinero rápido, a encontrar un lugar para pasar la noche, a seguir a las personas, ocultarse en las sombras y parecer insignificante y casi invisible entre las multitudes.

Por lo que ya comentamos sobre él, lo aprendió muy bien, sobre todo aquello de volverse insignificante. Era parte de su trabajo y le gustaba. Al pensar en su padre, nunca lo consideró un gran hombre, de grandes hechos ni de grandes lecciones. Muy por el contrario. Incluso consideraba que le había dejado una desgracia como herencia: la vida de sufrimiento y soledad de quien tiene que vérselas por sí mismo desde primera hora.

Antes de morir, como si presintiera lo que sucedería con él al día siguiente, el señor Galford despertó a Snail, lloró por primera vez frente a él y le dijo aquella frase que se agitaba en su mente:

—Si un día tuvieras una verdadera oportunidad, y creyeras que será la única de tu vida, agárrala con uñas y dientes.

Un día fue cazado por una pandilla de ladrones competidores. Formaba parte de las Sombras, grupo que nació como sociedad secreta y terminó como asociación criminal para discriminados como él. Las Sombras se disputaba el territorio en la ciudad de Andeanne con los Fantasma, la pandilla rival, y pronto su animadversión se convirtió en una guerra. Un día Snail Galford se vio solo, abandonado por sus compañeros, que escaparon con rapidez al presentir una emboscada y lo dejaron atrás sin remordimientos.

Él jamás lo olvidó.

Ese episodio siempre le venía a la mente a la hora de aceptar nuevos contratos o considerar la confianza de alguien. Para escapar, el joven se tiró al mar y no murió porque fue atrapado por una red como un gran pez. Pescado por los piratas del *Jolly Rogers*, en cuyo mástil se encontraba ahora observando un mar tan oscuro que parecía absorber las almas.

¿Y por qué Snail permaneció como pirata? Bueno, el hecho es que había tenido la suerte de no morir cuando fue pescado. Convenció a Jamil de que era tan desafortunado como ellos y se sometió a una semana de pruebas durante la cual fue humillado de todas las maneras posibles. Créeme: lo que él pasaba en ese momento resultaba mucho más leve de lo que experimentó durante aquellos terribles días. Más allá de eso, Snail encaró la posibilidad de haber permanecido vivo en el navío y escapado de los Fantasma como una gran oportunidad y decidió agarrarla con uñas y

dientes. Por eso aguantaba y se sometía en silencio, sin mayores expectativas. De hecho, era verdaderamente bueno para mostrar sumisión.

Pero allí, en la cima, en lo alto del mástil, observando aquel negro mar, se cuestionaba: estaba de vuelta en Andreanne, y eso podría constituir la peor cosa de su vida. Sin embargo, no había marcha atrás. Nadie le preguntaría su opinión, y en realidad su punto de vista no importaba. Como siempre, debía obedecer.

Esa era su carga.

Su frío destino.

Y la cuestión fue: si Snail era una persona tan insignificante, al punto de que él mismo lo admitía, ¿por qué diablos estuvimos a punto de interrumpir el encuentro único de una preadolescente de doce años con su salvador, cuatro años después, para contar un poco de su historia? Bueno, porque tal vez lo consideres, en efecto, insignificante, e incluso yo podría compartir esa opinión si quisiera.

Pero no en esta historia, en la que Snail Galford es tan importante que casi nos hizo interrumpir la narrativa de un gran encuentro para contar un poco de su saga. Discreto como es, a él no le gustaría que perdiéramos más tiempo del invertido con su figura. Entonces nos olvidaremos de él por un rato.

Puedo garantizarles que la propia historia se encargará de recordarnos su existencia y mostrarnos su importancia en su debido momento.

El tiempo había avanzado, pero no mucho. Poco más de una hora. Lapso suficiente para llegar hasta la escena actual.

¿Te conté ya sobre la Catedral de la Sagrada Creación? Si recuerdo bien, no. Era el templo popular responsable de cobijar en lo alto de su torre la gran campana que proporcionaba la hora exacta a los moradores de Andreanne. Desde lo alto de ese campanario se tenía una vista muy interesante de la ciudad, justo en el punto más alto de la construcción, encima de las tejas matemáticamente colocadas, tan cerca de la inmensidad del cielo.

—Esa es Cobain.

Axel señaló una estrella que brillaba en forma incesante aquel día en el firmamento, y explicaba a María Hanson que muchos jóvenes se orientaban con aquel astro cuando estaban perdidos. El cielo de Nueva Éter es en extremo estrellado y eso, dicen, se debió en forma directa al Creador, que bautizó los astros con el nombre de varios semidioses.

—¡Yo ya oí hablar de esa estrella! ¿No es la que se apaga sin explicación en el auge de su brillo? —María lo había aprendido en los salones de clase.

—Más o menos. Es verdad que se apaga sin mayores explicaciones, con lo que deja a aquellos que se guían con ella más perdidos de lo que estaban. Pero si la persona se tranquiliza, notará que la estrella, cuando se apaga, en realidad se parte en dos para dejar dos rastros de luz en el aire, uno que señala al norte y otro al sur. Entonces se está en posibilidad de elegir por dónde continuar. ¿Me entendiste o lo compliqué demasiado?

—Creo que sí. ¿Conoces todas las estrellas?

—La mayoría. Mi padre se orientó por muchos años en los caminos gracias a ellas y las entiende como pocos —la afirmación era verdadera. El rey Primo las conocía y decía a sus hijos que las estrellas del firmamento de Nueva Éter eran las mejores maestras que se podían tener.

—No sé por qué recordé ahora a Ariane y a mi hermano. —María hizo un gesto de vergüenza al traerlos a colación.

Antes de que pregunten, no estaba allí ninguno de los dos. Ambos habían sido llevados a casa por el héroe cazador a petición del príncipe.

—Son graciosos: nacieron el uno para el otro. En nombre de la familia Hanson, te quería pedir disculpas por João.

—¿A qué te refieres?

—Él es un poco... cerrado de vez en cuando... desde que sucedió aquello. Sufrió mucho durante aquel episodio, ¿sabes? Estuvo preso debajo de una escalera, en la oscuridad, torturado todo el día por esa... Esa.

—Me imagino cuán traumático deber haber sido para él. Y para ti.

—Sí, lo fue. Poco a poco lo ha ido superando. Somos muy unidos al respecto. En cuanto a todo. Y él es muy inteligente. Será un gran pensador. ¿Sabías que pertenece a un club de ajedrez? Entrena tres veces por semana. ¡Pero nunca me deja ver!

—Ajedrez, ¿eh? —dijo el príncipe, sonriendo—. Jamás lo habría pensado.

—Axel, ¿te puedo hacer una pregunta? —María, que estaba recostada de espaldas, se volvió hacia él.

—Hazla... —Axel, también recostado de espaldas con las manos apoyadas en la nunca, también se volvió a mirarla.

—¿Por qué te gusta tanto codearte con la plebe? Juro que trato de entenderlo, pero a veces pienso en lo que dice el profesor Sabino... —María ignoraba que Axel no tenía idea de quién era el tal «profesor Sabino».

—¿Qué dice ese profesor? —la expresión alegre cedió su lugar a la seriedad.

—¡Que tú y Anisio son príncipes estratégicamente planeados! —sólo después de decirlo María se dio cuenta de que con eso podrían condenar a su profesor a prisión—. Quiero decir... No es que no le gustes, ¿entiendes? Sólo que...

—¡Tonterías! —el joven se enfureció por un momento—. Ya he escuchado esa historia: dicen que mi padre desea agradar a la nobleza y a la plebe, y que por eso nosotros hemos sido preparados para reforzarlo, ¿no? —Axel elevó un poco el torso, lanzó lejos una piedra que estaba cerca y se abrazó las rodillas.

—¡Axel, discúlpame! ¡No quería hacerte enojar! Es que...

—¡Tú no me haces enojar! No eres la que dice esas cosas. Pero creo que hoy me has conocido un poco, María Hanson, más o menos lo suficiente para juzgar por ti misma cuestiones como esa. —Axel escudriñó en los ojos de María, mientras ella sentía otra vez que siempre decía algo indebido en su presencia—. Y entonces, María, dime qué piensas. ¿Soy diferente de las personas como tú y todo esto es fruto de una detallada farsa política?

—No soy apta para juzgar asuntos de ese tipo, pero juro que intentaré ser sincera —y también miró en la profundidad de los ojos del príncipe, a un tiempo tímida,

amedrentada consigo misma, y recelosa de lo que estaba por decir—. Usas ropa diferente, tienes una misión diferente y un tipo de vida completamente diferente e inalcanzable para cualquier persona de mi clase social.

—¡Hablas como si tu Rey hubiera nacido noble! —aquello fue un golpe certero y María lo advirtió.

—¡Espera, que todavía no acabo! No porque seas un príncipe puedes interrumpir a una dama —y si lo que Axel había dicho fue un golpe certero, lo de María resultó un verdadero tiro de cañón, un acto tan raro como devastador.

Aun cuando se fue a dormir momentos después, la propia María pasó horas preguntándose cómo había reunido el valor para hablar de esa forma y con ese tono, hasta dejar sorprendido al príncipe.

—Sucede que, en una sola noche, aprendí que tú, y cuando digo «tú» me refiero a «todos nosotros», no eres lo que llevas puesto. Ni lo que hablas ni lo que posees, Axel. Eres lo que representas. Es como si todos fuéramos sentimientos vivos del Creador o de los semidioses. ¡Como si hubiéramos nacido exactamente para representar alguna cosa en este mundo y a este pueblo, sea cual sea el plan del Creador para nosotros, sea cual sea el pueblo para el cual tenemos algún significado!

María guardó silencio una vez más, preguntándose si sus ideas tenían sentido y si no había dicho la mayor de las idioteces, como parecía que le ocurría al menos ante la presencia real. Tal vez por ese recelo no reparó con mayor detalle en la profundidad de lo que había dicho y la intensidad con que aumentó la sorpresa de un príncipe legítimo.

Y si por un momento intenso la plebeya sorprendió al príncipe, llegó el turno de invertir la situación, pues una adolescente presenció cómo el joven mejor arropado en aquel extenso territorio se aproximaba a ella, que a su vez reaccionaba con una actitud parecida a una parálisis catatónica. Nerviosa ante el primer beso de su vida.

—¿Entiendes ahora por qué no estoy en casa de una noble tomando té? ¿Y por qué aprendo más entre la plebe que en cualquier otro lugar? En momentos como este, delante de miradas como la tuya, María Hanson, creo que existe un Creador que vela por todos nosotros —y el príncipe se acercó aún más a la humilde plebeya.

Más alto de lo que María Hanson jamás distinguiría, el rastro escarlata de una estrella fugaz pasó sobre sus cabezas para bendecir aquel momento. Blake, la primera estrella romántica, aumentó su brillo. Las hadas sonrieron.

Y un beso aconteció.

Había una mesa de madera y, encima del mueble, cartas con figuras que una baraja común no solía tener. Por la posición en que fueron dejadas, daba la impresión de que habían sido colocadas de manera minuciosa una encima de la otra, con las figuras reveladas elegidas a dedo. En el mismo lugar había un caldero con agua. Y una cuchara de madera removía el líquido, generando una decena de círculos concéntricos que daban la impresión de un pequeño remolino. Insatisfecha, ella hizo girar el agua con el viejo dedo índice. Un dedo carcomido y arrugado, con una uña tan grande, que era casi del tamaño del propio dedo en sí.

Cualquier lego que mirara habría visto agua y nada más. Sólo que no era cualquier persona la que removía el líquido, el cual se calentaba cada vez más como si lo hiciera solo, sin exponerlo al fuego. Allí se reflejaba todo lo que las personas normales jamás verían. Y ella observó lo que sucedería la mañana de aquel día. Sabía que implicaría todo el sufrimiento que estaba por venir, cuando aquel galeón arribara al puerto de la ciudad.

El agua se volvió roja y, de súbito, se tornó de nuevo pura.

Silencio.

Mucho se ha dicho ya sobre la familia Hanson. Su hogar ha sido mostrado innumerables veces y la convivencia entre hermanos y padres, bien detallada.

Sin embargo, muy poco se habló o mostró del hogar de los Narin, aunque su hija única sea fundamental para esta historia. La señora Narin llevaba el nombre de Anna y era la perfección encarnada de una esposa plebeya. El Creador sabe cuán difíciles fueron para ella los tiempos de la Cacería de Brujas, cuando el reino estaba en guerra, y sólo quien pasa por esas situaciones sabe cómo la plebe es la primera en empobrecerse. Su marido, el señor Golbez, también recordaba esa época. Era un labrador esforzado, que se deshacía por el bien de su familia.

Se conocieron y se casaron muy rápido. Anna debía tener unos veinticuatro años en esa época; él, unos cuarenta y nueve. La niña también pareció nacer en un abrir y cerrar de ojos. Ariane fue traída a la vida por el Creador un año después del fin del episodio histórico que acarreó tiempos difíciles para los reinos involucrados. Y por todo el horror que habían visto y no les gustaría compartir, ambos intentaron dar a su hija la mejor educación posible, tratando de protegerla de cuanto deseaban olvidar. Sin embargo, lo hicieron con excesivo celo.

Es sabido que Ariane vivió bajo una desbordada protección durante mucho tiempo y que nunca había conocido la maldad, hasta aquel encuentro que ocurrió, en verdad, en el peor día de su vida. El día en que vio a su propia abuela cómo era devorada por un violento lobo hambriento, para encontrarse cuatro años después con su glorioso salvador.

Para hablar del cazador, imagina la sorpresa de la familia cuando el propio héroe la trajo de vuelta a casa aquel día. Fue recibido con sorpresa, y habría tenido una recepción mucho mejor si los recursos familiares lo hubieran permitido. João Hanson estaba con ellos, pues sería el siguiente en ser llevado a casa. La nariz le había vuelto a sangrar, lo que hace tiempo no sucedía, y él mismo pensaba estar ya curado. La señora Anna Narin, que consideraba a João un hijo por el vínculo con su hija, trató de

ayudarlo a detener la sangre al recostarlo un poco.

En ningún momento hablaron del incidente del lobo. Sólo trataron al cazador como a un amigo adorado por la familia. Era mejor así, para los niños y también para la señora Narin, la hija de la viejecita de más trágico destino en esas tierras. Recordar aquel momento podría hacerla estallar en llanto, y nadie quería llorar. No en ese momento. Deseaban sonreír, y sonrieron. Pues aquel hogar, si no era de los más ricos, estaba pleno de felicidad. Y nadie de nosotros lo dudaría.

¿O sí?

Ahora nos adelantaremos muchas horas en el tiempo. No nos aproximamos a la medianoche, y a esa hora todas las muchachas de bien debían estar en sus casas desde hace al menos dos horas, llevadas o no por sus acompañantes, que según se espera pidieron el permiso previo del padre de la dama para llevársela de casa por unos instantes. Es verdad que tal costumbre no existía en todos los reinos, pero sí en casi todo el de Arzallum. Sin embargo, María Hanson no era el caso. Primero porque su acompañante no la llevaría hasta la puerta ni habían solicitado el permiso del padre para invitarla a salir. Y segundo porque ella aún no estaba en casa a medianoche.

El problema era precisamente que aún se hallaba entrando, para descubrir que no estaba sola:

—¿Estas son horas? —preguntó su padre, sentado en un banco pequeño de madera y con un viejo cinturón en la mano. María se congeló. Cada vez que su padre golpeaba el cinturón contra su propia mano, ella se paralizaba.

—Saliste sin permiso, en medio de una comida difícil de conseguir, y apareces en casa a medianoche, lo que, espero, no haya sido visto por los vecinos... —dijo el padre.

Esa preocupación excesiva respecto de lo que los otros pensarán sobre cualquier asunto era típica de la plebe, de la nobleza y cualquier otra jerarquía del ser humano.

—Padre... perdóname... mira... ¡puedo explicarlo!

—¿Con quién andas, María Hanson? —el padre elevó la voz lo suficiente para despertar a su esposa y a su hijo.

Una situación difícil la de María. Explicar con quién estaba habría sonado demasiado loco para creerse, y decir que estaba sola o con otra persona implicaría mentir, y eso también le resultaba difícil.

La madre vino en su ayuda:

—Ígor, por favor...

—¡No te metas, Érika! —gritó el aludido—. Quiero saber con quién anda esta niña, pues no toleraré malas compañías rondando a esta familia. ¡No lo haré! ¡Una niña decente no puede salir sin considerar a sus padres ni llegar más allá de la medianoche como si fuera la cosa más normal del mundo!

—¡Tienes razón, papá! Te lo diré: ¡salí con un muchacho! —aquello podría resultar mortal.

—¿Quieres decir que deambulabas a esta hora con un... vagabundo? —el padre se fue poniendo cada vez más colorado y comenzó a golpear el cinturón contra su mano cada vez con mayor fuerza—. ¿Deseas deshonorar a esta familia junto con todas las buenas costumbres que te enseñamos, María?

—¡Papá... escucha! —María comenzaba a sentirse empavorecida y a confundirse con la visión del cinturón en movimiento—. Él te va a gustar. Él es...

—¡Un vagabundo, eso es lo que es! ¡Le reventaré las narices a ese desgraciado, que cree que puede salir con una Hanson sin el permiso de su padre! —bramó Ígor, mientras se ponía en pie. João asomó media cabeza más allá de la pared para ver lo que ocurría—. ¡Y encima pones a tu hermano en medio! ¡Escucha esto, no dejaré que te vuelvas una muchacha irresponsable y... sin respeto! —María se ofendió, y Érika también.

—¡Ígor! —gritó la madre—. ¡Ella sólo tuvo una cita! Eso no quiere decir...

—¡No sabemos lo que eso quiere decir! ¡No sabemos ni siquiera con quién anda por ahí! ¡Vamos, dime el nombre del desgraciado, que ajustaré las cuentas con él ahora mismo! ¡Vamos, María, habla! —el padre avanzó con el cinturón en la mano trémula.

—¡Está bien! ¡Está bien, padre! —el miedo al cinturón la hizo olvidar cuán absurda sonaría la verdad—. ¡Es el príncipe Axel Branford, padre! —dijo, con los ojos desorbitados y el corazón intranquilo.

Ígor bufó. Se puso más rojo de lo que ya estaba. Apretó los párpados. La mandíbula le temblaba. Mientras él hablaba sobre el asunto más serio del mundo, además de reírse de la situación la criatura se burlaba en su cara.

—¡Escucha esto, María! Vas a aprender a no burlarte de tu padre... —levantó el cinturón y, antes de completar la frase, la tira de cuero se aprestó a descender con violencia contra el cuerpo encogido de la muchacha.

Para felicidad de María Hanson, eso nunca sucedió.

Tres golpes en la puerta, considerando que pasaba de la medianoche, fueron suficientes para desviar la atención de Ígor Hanson. María observó a João. La mirada del niño era triste: el tipo de expresión del que desea ayudar pero no puede.

Y fue Ígor quien abrió la puerta, nervioso y con el rostro enrojecido, sus inmensas venas verdosas pulsando en el cuello. Fue también él quien se puso todavía más nervioso y enrojecido ante un sentimiento que no sabía definir, explicar ni creer. Del

otro lado de la puerta no se hallaba un rey, lo cual no habría implicado una sorpresa mayor.

Estaba un príncipe:

—El señor debe ser el señor Ígor Hanson, ¿estoy en lo cierto? —Ígor intentó responder, pero la voz no le salió—. Soy el príncipe Axel Terra Branford —sabía que no requería presentaciones, pero lo hizo por cortesía—. ¡Oh!, y la señora debe ser la señora Érika Hanson.

El visitante aprovechó su presentación para ingresar a la vivienda y besar la mano de la señora Hanson. María casi lloró de felicidad. El hermano sonrió, pero sólo cuando Axel no lo miraba. Ígor no sabía si cerrar la puerta, arrodillarse o inclinarse, ni cuál era el tratamiento que debía utilizar con un príncipe en su cabaña.

—Alteza... yo...

—Sé que debe estar molesto conmigo por no haber solicitado su permiso para salir con María. Esa debe haber sido su reacción cuando ella le contó que paseamos esta noche, ¿no?

—Oh... sí... ¡no! —Ígor no ocultaba su embarazo, que resultaba un sentimiento perfecto para el papel que representaba en ese instante—. Ella...

—¿Y ella le contó sobre los lugares adonde fuimos? ¡María, no te olvides de describir cómo es la vista de Andreanne desde lo alto de la Catedral de la Sagrada Creación! Señora Hanson, le juro que, si pudiera, le traería hasta aquí esa vista. —Érika sonrió; si ya pensaba que el príncipe era adorable, en ese momento se convenció de que era mucho más que eso—. Por eso vine a decirle que eso ya no volverá a suceder, señor Hanson. La próxima vez que salga con María, si ella así lo desea, es obvio, vendré aquí en persona o enviaré a un mensajero. —Axel se dirigió a la puerta—. Y la traeré antes de la diez, lo juro. Hoy no lo hice porque me perdí mirando las estrellas y con la dulce conversación de esta muchacha. Por cierto, el señor, como padre, debe saber que su hija es dulce y dedicada a su familia, y le garantizo que muchos padres la querrían tener, ¿no es verdad, señor Hanson?

—¡Sí... sí... Sí, ella es mi orgullo! —no era mentira, pero en aquel momento le pareció una debilidad reconocerlo.

—Lo creo. Incluso tengo motivos para suponer que la dulzura de María se debe, en parte, a la crianza recibida. ¡Es un hombre muy afortunado, señor Hanson! Su hija habla todo el tiempo de usted, ¿lo sabía?

—¿Ella... habla de mí? —pensar que su hija hablaba de él con el príncipe habría resultado embarazoso para cualquier leñador.

—¡Hijo mío, qué mala educación la de mi marido! ¿Deseas tomar un poco de té de frutas, Axel? —preguntó Érika, como si lo hiciera con cualquier buen muchacho elegido por la hija.

María se avergonzó un poco al ver que el té de frutas era apenas lo mejor que

tenían para ofrecer a un príncipe, y por eso ignoró que justo aquel mundo más limitado que el de él, compuesto por personas tan ricas, era lo que fascinaba a Axel Branford a pesar de la vida humilde que llevaba.

—Disculpe la prisa, pero es tarde y debo levantarme muy temprano. Por eso debo irme ya. ¡Agradezco profundamente la hospitalidad con que me recibieron, y adoraría probar su té en otra ocasión, señora Hanson! ¡Y también sus dulces, que oí decir que son los mejores de la región y que ocuparon mi imaginación en el camino hacia aquí! —la señora Hanson se maravilló tanto, que si Axel hubiera sido el más pobre de los plebeyos allí mismo se habría ganado a su prospecto de suegra—. ¡En cuanto al señor Hanson, le digo que no olvide guardar ese cinturón que lleva en las manos! No sería nada bonito ver a un leñador perdiendo los pantalones en medio del trabajo, ¿verdad? —las mujeres, y también João, rieron. Sólo el señor Hanson estaba tan confundido, que no entendió el motivo de la broma.

—¿Trabajar... sin los pantalones? —preguntó, confundido.

—Sí. ¿No sirven para eso los cinturones, señor Hanson? —preguntó Axel mirándolo a los ojos.

—¡Oh, sí! Claro, alteza. Sin duda alguna —risas pálidas, cabezas bajas, corazones intranquilos.

—Agradezco una vez más que me recibieran tan tarde. Adiós a todos. ¡A ti también, João! —el aludido creyó que Axel ni lo había notado, pero no había sido el caso, por lo visto.

João no devolvió la seña ni se despidió tampoco. Sólo rezongó algo y volvió a la cama, pues se caía de sueño.

Axel Branford dejó la casa y se dirigió a la carreta donde el trol ceniciento lo esperaba. Y mientras era observado de lejos por una familia boquiabierta, dijo a su fiel compañero:

—¡Ah, qué mundo fascinante el de la plebe, Muralla! ¿Ya te he dicho cómo admiro a las personas de este pueblo?

—¡Todos los días, señor!

—Hum... entonces sigamos pronto hacia el Gran Palacio. No dormiré mucho tiempo. Antes de que el Sol esté de nuevo en el cielo, habremos partido. Y que las hadas estén con nosotros, viejo amigo.

«Ellas siempre lo están, alteza».

Todavía era de madrugada y una oscuridad del negro más profundo dominaba el mar. Las cintilantes estrellas y la Luna eran las mejores fuentes de luz para aquel navío, y toda la tripulación aún parecía estar reuniendo fuerzas para lo que harían en cuanto llegara el amanecer. Sin embargo, uno de ellos ya se había levantado, con la adrenalina en el cuerpo implorando acción, aunque fuera más conocido por la prudencia de no dejarse guiar por las emociones.

Snail Galford, el novato del grupo, estaba recostado en cubierta, mirando el astro de Ali que, según su padre, era la estrella maestra. Mas no era él la persona a la que me acabo de referir, aquella ávida de acción. Esa persona era la misma que acababa de lanzar un balde de agua sucia y fría en el suelo del barco, con lo cual el agua se esparció hasta alcanzar las espaldas de Snail, que se irguió irritado de un salto. Sin embargo, cuando identificó al culpable ni siquiera reclamó.

Estaba ante el jefe. El líder temido. El heredero del *Jol y Rogers*. El hijo de Garfio. Jamil, Corazón de Cocodrilo.

—¡Tú, novato, aquí! —Snail no estaba lejos y Jamil muy bien podría haberse aproximado, pero en realidad aquella era sólo una manera de recordarle quién era el líder y quién el subordinado.

—Dígame, señor.

—¿Te interesaría subir de puesto en este galeón, novato?

—Mucho, señor.

—Me dijeron que eres bueno en el arte de robar sin que nadie se dé cuenta, y vine aquí a comprobar si es verdad. ¿Qué me dices?

—Crecí en las calles. ¡Si no fuera hábil ya estaría muerto, señor!

—¡No me interesan tus historias tristes, negro! Todos aquí tenemos una, y te garantizo que cualquiera de ellas es más ruda que la mejor que tengas por contar. Te hice una pregunta y exijo una respuesta. Sólo la respuesta.

—Sí, soy muy bueno, señor...

—Necesito un hombre competente para una misión de «recolección». Te daré el mapa y las indicaciones de lo que debes traerme. Se trata de una misión demasiado arriesgada para encargársela a un incompetente... ¡Y no sé por qué le estoy diciendo esto a un gusano como tú! —Jamil le dio la espalda y se dirigió de vuelta a su camarote.

—¡Señor! —dijo Snail—. ¡No se olvide de esto, señor!

Snail lanzó a Jamil una bolsa con diez reinas, tomada de donde había sido abandonada a propósito. El pirata sonrió, asintió dos veces y la arrojó de vuelta a Snail.

—¡El trabajo es tuyo!

—¡Lo sabía! —dijo Snail, provocando en su capitán una carcajada maquiavélica que retumbó por los oscuros mares, amenazando con herir el alma de cualquier ser vivo que la escuchara en algún momento infeliz.

adelantaremos el tiempo unas horas más. Por el aspecto del carruaje, creo que ya sabes lo que esto representará. Será el momento en que el Sol estará casi por caer y, con eso, un príncipe se pondrá en marcha. También será el momento en que dos galeones avistarán un puerto; sin embargo, sólo uno de ellos tendrá el legítimo derecho de izar las banderas ostentadas en sus mástiles.

Significará un parteaguas en Arzallum y en toda Nueva Éter.

Y si Axel Terra Branford supiera lo que está por suceder en su ciudad, tal vez no se iría. Pero también, si conociera los acontecimientos futuros durante el viaje que iniciará, tal vez decidiera partir de todas formas. Como en realidad partió.

Eran las cuatro de la mañana cuando Muralla lo despertó, pues el trol sólo necesitaría dormir veinticuatro horas después.

Pocos sirvientes estaban presentes en el patio, con las monturas preparadas. El Rey y la reina estaban también allí, y no por voluntad propia, debo agregar. Él pidió la bendición de ambos, y la recibió. Habría dicho otras cosas, de haber conocido el significado de aquel y los siguientes días por venir.

Pero como no lo sabía, no dijo nada más.

Los sirvientes le entregaron los equipos requeridos. Alrededor de la silla de *Boris*, el corcel del Rey, que pasaría a ser el del príncipe, había dos bolsas con el equipo básico para pasar días fuera. Utensilios como cuerdas, lámparas y provisiones, productos y frascos. Había aún más provisiones en la gran silla que cubría el lomo de *Pacato*, el mamut de guerra adolescente donde Muralla sería transportado, pues un trol ceniciento requeriría de mucho más alimento.

El rey Branford entregó a Axel una espada de batalla, que el príncipe se ajustó en el acto a la cintura, aunque no le gustaran las espadas. Se trataba de un arma larga, pero ligera, que podía ser usada con una sola mano. De lámina afiladísima, tenía el largo de un antebrazo. Era muy rápida en la batalla y digna de notarse. Aquella espada era conocida como Dharuma, la misma con que Primo Branford inició la

Cacería de Brujas.

—Lo traeré de vuelta...

Axel quería creer en sus palabras. En realidad, confiaba en que su regreso sería un hecho. Pero faltaba un integrante de su comitiva en aquella despedida. Este, o mejor dicho ella, no permanecería oculta por mucho tiempo. Axel Branford se colocó dos dedos en los labios y silbó muy alto. Era un silbido diferente al que utilizaba para llamar a Muralla. Un silbido único, como una marca registrada, que vibraba con un eco retumbante.

Ella asomó por la torre más alta del Gran Palacio.

Y pronto estaba en el cielo que, aunque oscuro, agradecía la belleza conferida por su presencia. La simple visión de aquel ser mitológico era suficiente para justificar la existencia de un Creador que velaba por todos ellos. Las plumas eran rojas como el fuego. El pectoral tenía manchas que más parecían el símbolo de una violeta. Un diseño tribal dorado circundaba uno de sus ojos y, junto al propio brillo natural, relucían el pico y los ojos plateados de aquel ser fantástico. Tales características conformaban una de las más bellas visiones de toda Nueva Éter, pues pocas cosas hay más hermosas que el vuelo libre de un águila-dragón.

El nombre de ese ser tan raro era *Tuhanny*. Y la forma en que ese ser fantástico llegó al Gran Palacio se revelará otro día, mas no hoy. En este momento no importa su origen, sino su existencia. Y también el vínculo casi sobrenatural con aquel príncipe, al punto de saber cuándo era llamada, sin necesidad de gritar su nombre ni de estar en su presencia.

El águila-dragón soltó un chillido que más parecía el *kiai* de un semidiós que erizaba la piel humana cuando lo lanzaba. Era muy raro ese animal, y por eso Axel pocas veces lo llamaba para hacerlo salir del inmenso vivero en lo alto del Gran Palacio, cuyas puertas estaban abiertas para que ella fuera y viniera a placer. El príncipe necesitaría de la mirada aguzada de la fiel mascota y del resto de sus capacidades. Sería su guía y muchos de sus sentidos en aquel viaje de recuerdos indelebles.

Cuando estuvieron listos los tres, los portones del Gran Palacio se abrieron. Partieron antes de nacer el Sol, en el día de fuego, con el deseo de regresar lo más rápido posible con buenas noticias. La madre lloró mientras veía a su segundo hijo partir al mismo lugar en el que el otro había desaparecido. El padre también derramó lágrimas, aunque menos que la madre. Y no lo hizo porque recelara del hijo, sino porque era lo bastante sensible para percibir una energía negativa que hacía más pesado el aire.

Esa energía le decía que algo estaba mal y que ese día no sería como los otros, pues una jornada que comenzaba desde la madrugada con un príncipe despidiéndose de su familia sin la certeza plena de que regresaría no podía ser igual a los demás. Y

no lo sería. Lo afirmo así porque, dos horas después de la partida de Axel Terra Branford, dos galeones se aproximaron al puerto real de Andreanne, en medio de las tinieblas de la madrugada, para cambiar la historia de aquellas tierras.

Y eso, mi amigo, ni las hadas lo impedirían.

Acto 2



Cazadores de hadas



Aún no acababa de nacer el Sol cuando un ancla fue arrojada a las aguas del puerto de Andreanne. Nadie tenía idea de la forma en que eso cambiaría la historia de la ciudad por el resto de su existencia.

El funcionario responsable del puerto permitió que aquel galeón se aproximara sin una revisión previa en alta mar, y eso, con toda seguridad, constituyó una imprudencia. Llamado Bolton, la línea de la vida en su palma derecha anunciaba una muerte prematura. Debido a esta completa incompetencia no se podía imputar al destino como injusto, pues Bolton no ordenaba la inspección de los navíos que se aproximaban a puerto, basado en que se les esperaba con anticipación y en las banderas conocidas e identificadas de sus mástiles. Ni siquiera se extrañó de que sólo se esperara a un galeón con la bandera real y que en su lugar aparecieran dos, escoltados por una decena de naves menores. Tampoco le extrañó que los bordes de la embarcación principal estuvieran ocultas por una inmensa lona, la cual caía a babor y estribor como si escondiera algo.

Y en verdad lo escondía.

Tal vez si Bolton hubiera ordenado aquella revisión, la historia hubiera sido otra. Tal vez. O tal vez no. El hecho es que los navíos se aproximaron y esa es la verdadera historia. A su debido momento las anclas se lanzaron al mar y el tablón para que aquellos hombres descendieran hasta tierra firme también fue colocado. Bolton subió al primer galeón que atracó y sonrió, pensando que trataría con un comerciante, como lo justificaba la bandera real de Stallia en el mástil.

—¡Bienvenidos, marineros! —exclamó, esbozando la última sonrisa de su vida—. En nombre del rey Primo Branford y de la ciudad de Andreanne, de las tierras de Arzallum y de mí, Bolton de Arrieta, funcionario real encargado de este puerto, tengo a bien recibir a los miembros de la comitiva del reino de Stallia en nuestros mares y en nuestras tierras —tal discurso se pronunciaba en todos y cada uno de los barcos que atracaban en Andreanne, en el que sólo se hacían adaptaciones de acuerdo con la

bandera que ondeara en los mástiles.

El capitán del navío se aproximó y Bolton le halló parecido con alguien conocido. Cuatro soldados de Arzallum estaban cerca del tablón de entrada al barco, y dos más en tierra esperaban al funcionario.

Sin embargo, cuando Bolton se dio cuenta de quién se trataba, para su desgracia ya era demasiado tarde:

—No pierda tiempo con ceremonias, señor De Arrieta. Este lugar no debe haber conocido el peligro por mucho tiempo para que alguien resulte tan incompetente y no exija una revisión en alta mar. —Bolton vio el rostro del hombre y su corazón se le movió de lugar; sabía que iba a morir, y lo que temía en aquel momento era cómo sucedería—. Pero ya que decidió facilitarnos la vida...

Una lámina fría le perforó el abdomen dolorosamente. Bolton intentó gritar, pero el pavor que le causaba aquel rostro lo tenía paralizado en forma tan eficaz, que incluso si el enemigo hubiera sido un niño habría sido capaz de poner fin a su vida sin resistencia. Y fue mientras el cuerpo caía, ahogado por los últimos estertores, cuando un hombre llamado Jamil y apodado por sus subordinados Corazón de Cocodrilo ordenó el ataque.

Te estarás preguntando si un puerto de la importancia de Andreanne no tendría una seguridad más fuerte. Sí, de seguro la tenía, pero la pifia de Bolton resultó una excepción pues estaba informado ya de que el galeón de Stallia llegaría y de que su carga debía ser entregada al comercio con urgencia aquella misma tarde. La imprudencia, cometida por la prisa, es algo común, pero no debería ocurrir, sobre todo cuando el que incurre en ella ostenta un puesto de importancia.

Cuando se dieron cuenta de que se trataba de un ataque, el problema de los soldados se tornó directo. Sorprendidos ante lo inesperado, mientras cada uno de ellos localizaba su instrumento de combate, centenas y más centenas de piratas atacaron el puerto, bufando y gruñendo como animales salvajes. Traían en las manos machetes, espadas, patas de cabra, garrotes, cadenas, bastones y todo aquello que sirviera como arma. Los ojos llenos de furia, los labios con la sonrisa de quien adora la adrenalina ante la presencia de la muerte. Invadían en medio de gritos agudos, a la manera de los indios, y con el desorden de una horda de muertos vivientes que emergiera del mar.

Y créeme que para los soldados esa no fue la peor visión del día. La peor visión consistió en ver caer las lonas, para revelar las cubiertas saturadas de las armas que aquellos galeones escondían, ya fuera a babor o a estribor.

Aún peor fue el olor. El olor a pólvora. Aquel polvo negro usado por los piratas era el recurso más destructivo de aquellas tierras. Resultaba muy difícil conseguir ese artificio en Nueva Éter, cuyo fuerte olor se intensificaba aún más cuando se incendiaba como resultado de la combustión explosiva del azufre, el salitre, el carbón

y a saber qué más. Eran varios los que estaban tan locos como para utilizar la pólvora en cualquier ataque, ya que se sabía poco de ese artificio, pero aquellos hombres estaban lo bastante chiflados para probarlo y habían logrado la hazaña de derrotar a muchos objetivos con semejante recurso.

Después del olor vino el sonido. El sonido de la explosión de la pólvora en Nueva Éter, como si buscara consagrarse como el más alto de todos los estruendos, si es que eso tiene algún sentido. Lo que no tenía sentido alguno era la visión de aquellas balas de hierro de muchos kilogramos arrojadas por las bocas de fuego de los barcos, explotando y derrumbando construcciones de aquel puerto pacífico. Estas zumbaban y dejaban estelas como de pequeños meteoros que pasaran por encima de las cabezas agachadas y los cuerpos trémulos, seguidas del estallido y la destrucción del mundo. Para empeorar las cosas, los invasores portaban la bandera y los uniformes oficiales de los hombres de Stallia, lo que imprimía al puerto una mayor confusión y más desorden. Sí, era obvio que se trataba de piratas y mercenarios disfrazados, pero, como he dicho, nada en aquel momento parecía tener sentido.

Cuando los hombres de Jamil, que gritaban ya como si aquello fuera una gran fiesta macabra de sangrienta diversión, descendieron a su vez de las embarcaciones menores, con afiladas armas en la mano, la visión de horror empeoró. Láminas y más láminas se cruzaban pocas veces antes de cortar. Y las personas gritaban. Las balas de cañón seguían zumbando y haciendo explotar las paredes. El olor de la pólvora y el de la sangre se combinaban entre las nubes de humo y polvo. A cada instante muchos soldados caían heridos y muertos, al sucumbir ante las frías láminas y otras estratagemas de la muerte. Y mientras las explosiones de la pólvora ensordecían al puerto, seguidas de la destrucción provocada por las bolas de hierro vomitadas por aquellas bocas de fuego, y mientras los ballesteros lanzaban sus flechas afiladas para liquidar a la mayor cantidad posible de piratas antes de caer ellos mismos muertos, un gran número de soldados experimentaron la misma visión que un hombre, conocido ya por ti, había tenido la noche anterior.

Su nombre era Stiff, y había vislumbrado a una mujer llorando, vestida con ropa carmesí, con los cabellos largos hasta debajo de la espalda. Ella, en esa hora, parecía desolada, y ahora te diré por qué: sabía que aquello ocurriría, aunque jamás imaginó que con tanta crueldad. Muchos soldados vieron a esa misma mujer paseando y llorando en el revuelto campo de batalla en que se había convertido el puerto. Los alaridos de los niños eran desesperados, así como los de las mujeres que se ganaban la vida complaciendo a los marineros y los de los mendigos que se sostenían de conseguir alimento para vivir un día más de sufrimiento. Todos ellos gritaban, y todos corrían, y todos caían, cuando no morían, pues si un pirata no se molestaba en distinguir inocentes de culpables, de ningún modo lo haría con ellos. Para semejantes asesinos de los mares, matar a alguien vestido con el escudo real equivalía a liquidar

al propio rey, o al menos ese era el siniestro, negro pensamiento de esas mentes sublevadas, cada cual por su motivo personal.

Snail Galford se hallaba en medio de la confusión. Él mismo noqueó y asesinó a algunos guardias reales, es cierto, pero lo hizo porque en caso contrario lo habrían matado. Sin embargo, no atacó a ninguna mujer o niño, aunque ese gesto no disminuye su culpa en el proceso. No obstante, hubo un momento en que creyó que no sobreviviría; ocurrió cuando un brazo lo sujetó por el cuello y lo apretó tan fuerte, que la lengua se le proyectó hacia fuera y los ojos se le desorbitaron cual si fueran a explotar. Cayó al suelo, aún con la mano de aquel fuerte soldado apretándole la tráquea, pues de no haber perdido la espada en el combate habría resultado más eficiente perforarle las espaldas. Pero la lámina no parecía hacer tanta falta, ya que no invertiría mucho tiempo en asfixiar a Snail o incluso en quebrarle el cuello. De haber sido otra persona, el negro Galford se habría conformado con esa muerte inminente. Al final su vida era miserable y parecía que no llegaría a ningún lado. Pero entonces recordó la promesa hecha a su padre, en cuanto a aprovechar las oportunidades, cambiar destinos y otras cosas semejantes que aún no había cumplido.

Empleando sus últimas energías, Snail consiguió estirar el brazo mientras experimentaba el dolor en cada milímetro, como si los huesos se le fueran dislocando, ¡mientras aquella mano aumentaba la presión y se preguntaba por qué ese maldito no moría estrangulado de una vez por todas! Snail y su estrangulador se hallaban cerca de la pared, y de vez en cuando tropezaban con sus propias piernas o se pisaban los tobillos. De pronto un animal, en su intento desesperado de huir de ese caos, pasó demasiado cerca de los dos caídos y Snail lo atrapó por reflejo. El negro y asqueroso animal le serviría para lo que necesitaba improvisar. Era una de esas ratas que andan en las alcantarillas, un poco más grande que la mayoría de sus congéneres... Aunque en verdad esta era inmensa, horrorosa y tan grande como un cachorro de perro callejero.

Agradecido por la existencia de aquel animal, Snail cogió al roedor por el cuerpo, que gimió y se debatió erizado y sin control, y acercó su desesperada mandíbula hasta el brazo de su estrangulador, que recibió una tarascada dolorosa y contaminada. De sobrevivir a la carnicería, era seguro que pasaría mucho tiempo en cama con la fiebre alta y que moriría antes de narrarle a un bardo sus memorias.

Cuando el atacante aflojó la presión, Snail Galford se dio vuelta con rapidez ¡y lanzó al horroroso animal dentro del uniforme del pobre soldado, sumido en un trance tan ridículo como peligroso, mientras se debatía como lombriz enfurecida!

El novel pirata no esperó a ver lo que ocurría con su adversario ni para continuar la lucha hasta que no quedara ni un soldado en pie, pues sus instrucciones eran distintas a las de los otros, recibidas en directo por parte de Corazón de Cocodrilo.

Por eso Snail, una vez libre, abandonó el lugar sin recelo, como si fuera una

criatura invisible en medio del caos. Sin embargo, por más lejos que corriera, nada parecía disminuir en sus tímpanos el eco del choque metálico de las espadas, los gritos agonizantes de muerte o aquel maldito coro de niños implorando por un héroe. Un héroe que no era él, un hecho del cual estaba del todo consciente. Era difícil evadir el olor de la sangre e ignorar la explosión de la pólvora, seguida de más gritos y más sangre, intensificándose. Huyó sin mirar atrás ni una sola vez para confirmar con sus propios ojos la dolorosa imagen formada en su mente de aquel campo de batalla.

Para su bien, Snail Galford tampoco vio el mal encarnado: Jamil atacando sin piedad a cualquiera que estuviera en frente y no perteneciera a su bando. Su arma era una espada en forma de hoz, apropiada para acarrear la muerte, pues según una leyenda la Muerte lleva un arma parecida, aunque más grande. Y Jamil era el líder, el causante y todo aquello que una persona que ha vivido en los caminos podía aspirar a ser. Era el hijo bastardo de James Garfio que con aquella acción se consagraba como alguien peor que el padre, lo cual proporciona una noción exacta sobre su reputación. Mientras abría un camino de sangre, ignoraba los gritos de clemencia y piedad. Le gustaba lo que estaba haciendo y se sentía respetado. El día en que él muriera, Aramis, el reino de las brujas, lo estaría esperando con un trono en su honor. Y ni siquiera eso le preocupaba, pues no le temía a ninguna bruja. No le temía a nada ni a nadie.

Y fue él, Corazón de Cocodrilo, quien causó la última muerte y derramó la última gota de sangre en ese puerto. La hoz perforó el pecho de un marinero que no ofreció mucha resistencia, pues sabía que nada detendría la profecía llevada por una visión de la muerte. Jamil jamás lo sabría, pero aquel último marino perforado se llamaba Stiff. Y su cuerpo inerte, al caer al cielo, reveló dos ojos abiertos con desmesura que temían aquel momento mucho antes de que ocurriera.

Una lágrima descendió por uno de los ojos del caído, exactamente igual que las lágrimas de aquella mujer de rojo que caminaba en solitario a través del caos.

Niños con las ropas manchadas de sangre pasaron corriendo por el centro comercial de Andreanne. Los puestos ya estaban montados y el comercio despertaba poco a poco. Para un pueblo acostumbrado a la paz, la desesperación fue indescriptible al recibir el aviso de una guerra, y encima de todo iniciada en su propio territorio, sin previa advertencia ni tiempo para prepararse.

—¡Cierren las puertas! —gritaba un niño repetidamente.

—¡Piratas! ¡Piratas! ¡Llamen a la guardia! ¡A la guardia! ¡Llamen a la Guardia Real! —berreaba otra.

—¡El puerto fue destruido! ¡Protéjense! ¡Despejen las calles! ¡Ocúltense! —gritaba un adolescente.

Alertas de ese estilo eran repetidas por otros.

Es difícil describir la reacción del pueblo. Algunos se aterrorizaron y salieron disparados para encontrar a sus familias y atrancar sus casas. Pero esos fueron muy raros. La mayoría se quedó allí, mirándose entre sí, pensando si aquellas palabras alarmantes eran verdad o mentira. No sería la primera vez que una broma parecida era provocada por aquellos niños de la calle, lo cual provocaba la falta de credibilidad en los emisarios que ahora traían noticias de muerte.

Sin embargo, aunque distantes como un eco que resuena en una caverna profunda, aquellos comerciantes habían escuchado las explosiones de la pólvora. Y también se preguntaban qué era cierto, qué mentira y qué ocurría en realidad. El humo del puerto les infundía la sensación de que sería mejor creer en las palabras de esos niños mientras estuvieran a tiempo.

Y no hubo tiempo ya para pensar en nada más.

Como un oscuro, violento y destructivo tifón, de muchos, de todos y de ningún lugar surgieron hombres armados, bramando horrores y trayendo la devastación. Llevaban los rostros pintados, vestían de negro y proferían gritos agudos mientras agitaban cuchillos, machetes, sables, dagas y otras armas blancas. Al frente venía un

hombre, vestido de negro como ellos, maquillado de modo que el rostro se le veía pálido, como el de un payaso, y un inmenso ojo dibujado entre las cejas. ¿Y quiénes eran, al final de cuentas, aquellos hombres?, te preguntarás, ¡y con razón! Bien, aquella ciudad los conocía como las Sombras, pero en ese momento ya eran hombres de Jamil Corazón de Cocodrilo, asociados en una unión criminal que reverenciaba el horror.

Aquella gente de Jamil no era la misma que combatía en el puerto, pues tampoco resultaba tan rápida como para estar en lugares tan alejados en intervalos tan cortos. Sucede que tales hombres ya estaban en Andreanne, y de eso hacía al menos una semana. Habían llegado poco a poco por tierra, en vez de hacerlo por mar. La tropa completa de Jamil no habría cabido en uno ni en dos galeones, y tal era su mayor triunfo. Durante semanas, en horarios y momentos diferentes, fueron llegando a la ciudad y haciendo los preparativos para aquel momento con el mayor de los secretos. Se habían aliado con una de las dos pandillas que se disputaban el poder de la ciudad: las Sombras, en vez de hacerlo con los Fantasmas, por un motivo puramente numérico, ya que la diferencia entre ambas era de unos dos centenares de miembros, una diferencia que, créeme, resultaría fundamental en una batalla como la que en ese momento se libraba. Así, a cambio de su ayuda para acabar de una vez por todas con su rival, las Sombras lucharon junto a las huestes del pirata en una alianza tan temible como cruel. Era como si la Muerte le hubiera dado la mano a la Destrucción y ambas festejaran en casa del Horror.

El centro de la ciudad de Andreanne fue llevado a su máxima pesadilla. Diversos comerciantes vieron a la Muerte aparecer ante ellos y destruir todo lo que les había llevado una vida entera construir. Sus puestos fueron derrumbados, destruidos, quemados, y sus vidas arrebatadas, cuando no peor: privados de la muerte para sucumbir ante el sufrimiento de experimentar el dolor de la pérdida, pues sólo un corazón que ha sangrado para después latir tranquilo entiende el significado de llorar ante la pérdida del sentido del mundo. Los hombres entraban en las casas, pintarrajeaban las paredes, molestaban a las damas, robaban objetos y saqueaban cuanto podían saquear.

Era como si el día del fuego quisiera justificar su nombre.

El caos tomó un aspecto físico real. Si algún día fue bueno, aquel día el mundo dejó de serlo. Un mundo de hadas conocido sobre todo por sus buenos cuentos conocía ahora sus historias más sombrías de la peor manera. La gente rezaba primero al Creador, después a los avatares y por último al Rey para pedirles una solución veloz. Los niños lloraban sin parar mientras sus padres luchaban como podían para evitar que los negocios de toda una vida, cuando no sus casas, en su mayoría construidas con sus propias manos, fueran invadidos, tomados, saqueados y destruidos.

En extrema desventaja, aquellos hombres y mujeres humildes se defendían con palas, piedras, escobas e incluso vasos corrientes de cerámica.

Muchos pagaron el precio con su aliento y su vida. Mucho llanto y sangre mojaron la tierra. Y no había nada que las hadas pudieran hacer. Todo aquello era por culpa de los hombres, pues ningún otro animal habría tenido el valor de cometer tamaña brutalidad contra otros de su misma especie.

El embate y el horror infligidos contra esas personas duraron más de una hora, aunque a aquellos que perecieron les pareció toda una vida. Y el terror sólo disminuyó para dar lugar a la melancolía cuando el enemigo huyó al surgir en el horizonte, aquel día tan distante y lóbrego como el crepúsculo, la Caballería Real. Llegaron los héroes, y aunque parecía que lo habían hecho demasiado tarde, no había pasado más allá de una hora.

Hubo un motivo en la demora. Cuando el Rey fue avisado de la gravedad de la situación en el puerto, su tropa militar fue destinada allá. Sólo a la mitad del trayecto y del combate ya iniciado un agrupamiento menor que el del puerto fue enviado con prisas al centro comercial. ¡Todo eso estaba entre los planes de Jamil, que llevaba meses preparando con perspicacia cada detalle del ataque!

Muchos piratas murieron en el puerto, pero la mayoría se había dado a la fuga antes de que apareciera la caballería. Eso incluía a Jamil, que no se olvidó del padre carcomido y moribundo, transportado en una camilla por robustos piratas, conscientes de lo que ocurriría con sus cuellos si lo dejaban caer en el trayecto. Los que luchaban en el centro también huyeron en cuanto advirtieron la polvareda de los caballos galopando en dirección al caos. Por más que los rayos del Sol acariciaran ya el firmamento, aún así supieron volverse invisibles en las calles de la ciudad, pues quienes no lo hicieron murieron frente a la fría lámina de las espadas de aquellos otros hombres de bien.

En cuanto el mal se disipó por un momento y el silencio que sigue al estruendo de la guerra se tornó un eco solitario, llegó la hora más triste de todas: la visión de una realidad que a nadie le agradó ratificar. Era como si cada superviviente del ataque hubiera visto en la pureza de su infancia el cadáver de una abuela devorada por un lobo asesino. Y tal pureza daba lugar a la desesperación. El Creador y los semidioses sabían que aquello era apenas un paso hacia la locura. Nadie, nadie de los que habían sobrevivido vio en ese momento a la dama de rojo que pasaba por el centro comercial, con su vestido carmesí, mientras vertía lágrimas por un solo ojo. Y como nadie la vio aparecer, tampoco nadie la vio esfumarse de aquel triste campo de batalla: llorando.

Como si nunca hubiera existido.

João Hanson se levantó de la cama de un salto y profirió un grito ahogado. La nariz le sangraba como nunca. Eso asustó a su madre, a su hermana y a su padre, que no había dormido pensando en el papelón que había representado ante el príncipe y la hija que tanto amaba, debido a que su exceso de celo y amor habían actuado como sus mayores adversarios.

La familia no sabía ya cómo tratar el padecimiento de João, manifiesto sin explicación lógica y con síntomas concomitantes. Incluso por mucho tiempo creyeron que se había curado, pues transcurrieron meses y hasta años sin que los síntomas regresaran. En poco tiempo, y a intervalos cada vez menores, su nariz había vuelto a sangrar, como si su cuerpo hubiera quedado desprovisto de los microorganismos naturales para restañarle las heridas.

Poco después de que João despertó de esa manera escucharon los gritos. Personas desesperadas ordenaban atrancar las puertas de las casas y clamaban al que los oyera que se protegieran como mejor pudieran. Para fortuna de aquella familia en particular, a riesgo de interpretar de nuevo el papel de bufón, el señor Hanson no creyó que se tratara de una broma y en el acto atrancó puertas, ventanas y todo recoveco susceptible de ser utilizado como entrada.

Es más, buscó su vieja escopeta y la preparó para usarla. Como ya se explicó, la pólvora no era muy popular e incluso los cazadores debían conseguirla con vendedores ilegales, pero como la gente se daba cuenta de su poder, en poco tiempo esto podría cambiar el destino del mundo entero. Por lo tanto, las armas de fuego en Nueva Éter, como la escopeta del señor Hanson, resultaban en extremo duras y difíciles de manipular. Muchos se habían dislocado el hombro con el violento retroceso del arma al dispararla. Y eso sin contar su estruendo, exagerado y aterrador. A nadie le extrañaba entonces que al andar por ahí y cruzarse con algún grupo de guerreros estos prefirieran el silencio, la rapidez y la agilidad de una flecha que todas las armas de fuego de Nueva Éter. En el caso del señor Hanson, a falta de un arco o

una ballesta, se armó con la escopeta para protegerse.

Aunque estaba a pocos kilómetros de donde se vivía la batalla, la casa de los Hanson no fue atacada, como habría ocurrido de ser distinta su ubicación, pero de cualquier manera esto fue considerado un milagro por la familia. No obstante vieron a mucha gente huir de aquella caballería que hacía trepidar la tierra por dondequiera que galopaba, a la manera de los peores terremotos que ocurrían en exclusiva en las tierras al noroeste de Arzallum.

Los Hanson permanecieron mucho tiempo en la cabaña antes de reunir el valor de salir a las calles. Y cuando lo hicieron caminaron a paso lento y pesado, cual zombis en busca de almas vivas. Con los ojos desorbitados, intentaban comprender lo sucedido, mientras su mente perturbada buscaba respuestas a un enigma que denunciaba una terrible maldición abatida sobre ellos. João vio de lejos la cabaña de los Narin y a la joven Ariane, asustada como sólo otra vez se había sentido en su vida.

Los Hanson continuaron andando, junto a tantas otras familias que escaparon con vida de los ataques sólo por la posición geográfica de sus cabañas. Y todos caminaron kilómetros enteros sin darse cuenta de la distancia, pues sus corazones se contraían cada vez más: gente de intenciones puras que había llegado al centro comercial, acostumbrada a visitarlo todos los días y adonde muchos de sus parientes se habían dirigido más temprano con la intención de comprar alimentos para los suyos. Y allí quedaron manchados.

Era una visión trágica.

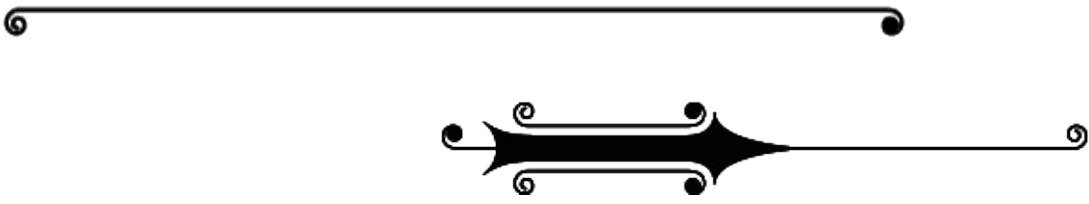
De pie, sintiéndose más pequeños de lo que en realidad eran en el mundo, João y Ariane memorizaron aquella visión del sitio destruido: puestos derrumbados, quemados, devastados. Todos ellos saqueados. Las casas circundantes habían pagado el precio de ubicarse a un lado del centro comercial, un rasgo que a la hora de venderlas solía encarecerlas. ¡Qué irónico destino!

Lo peor de todo era la visión de las personas: el dolor de quienes habían perdido todo era real; resultaba impresionante cómo el llanto desesperado de un niño calaba tan profundo en el alma de un adulto desprotegido, mientras las mujeres ocultaban sus rostros en el pecho de sus maridos, igualmente desolados. Algunas caían de rodillas y tiraban de los pantalones de los hombres, cuyas miradas revelaban que en ese momento ni siquiera habrían sabido decir por qué el mundo giraba de esa manera. ¿Y qué decir de los pobres perros que lamían los rostros muertos de sus dueños, como si creyeran que estos les gastaban una broma macabra?

Un señor de edad fue ayudado por otras personas cuando sufrió un paro cardíaco. Una madre que ignoraba dónde estaba su recién nacido debió ser sujetada para no lanzarse en su desesperación al primer pozo que encontró. Niñas de alma pura iban con los vestidos rasgados y los ojos hinchados. Una vibración de rebeldía se apoderó

del lugar, y un deseo desconsolado se esparció en forma etérea, como solía ser frecuente en ese mundo conocido como Nueva Éter. Y eso que ninguna de aquellas personas había visto aún el puerto destruido. ¡Ah, gracias a los semidioses no lo habían hecho!

Habrían enloquecido.



El rey Primo Branford llegó con un aspecto imponente, montado en un caballo real de manchas blancas en el pelo, como es común en los tobianos. Deseaba comprobar en persona lo ocurrido en el puerto, pues ningún hombre, ni siquiera este contador de historias, sería tan competente para describir con palabras frías tamaño horror. Yo he intentado expresar el significado de aquellas visiones, pero si acaso he descrito tan sólo un poco de la desesperación que se apoderó de aquel pueblo. Ni siquiera la presencia del Rey, sin importar si era el más grande o el peor de todos, podía cambiar la sensación de que el futuro se vislumbraba peor desde la perspectiva actual.

Primo y su montura cabalgaron como uno solo, aunque con sentimientos distintos, pues aquella tendría que haber sido una carnicería de caballos para que el corcel sintiera lo mismo que el monarca. Una gran mancha roja imperaba en el puerto: era la sangre de soldados y la de tantos otros inocentes. En todo el lugar se compartía el sentimiento de injusticia que invade a un ser humano ante la muerte de inocentes.

Todo esto era tan malo como ver manchados los emblemas reales. Se trataba de hombres con familias que alimentar y una patria a la cual servir, como la habían servido, y muy bien. ¿Y los menores de edad? Niños de la calle, también inocentes. Las mujeres que vivían para divertir a los marineros, si no estaban muertas ya, se encontraban en condiciones deplorables, lamentables.

Primo se preguntaba dónde estaba ese reino de paz y prosperidad que había forjado. Y también, qué había hecho para que el Creador lanzara aquella realidad a sus espaldas, ante una nación que se disponía una vez más a comprobar si su Rey era en verdad el más grande de todos. Cuando se enfrentan a las peores pruebas, las personas muestran sus mayores virtudes, sus mayores fuerzas, y renacen más poderosas.

O sucumben de una vez por todas.

El Rey se detuvo en medio de aquella tierra de sangre, reclinó el codo derecho sobre el dorso del caballo y apoyó el puño diestro en la frente, con la cabeza baja. Muchos soldados se horrorizaron ante la escena, conscientes de que si un Rey muestra desesperación ante sus soldados, es porque habrá peores días por venir.

De hecho, los soldados habrían llorado si hubieran visto lo que ocurrió enseguida, después de que Primo se resolvió a tomar el control para ordenar un entierro digno de las personas muertas allí y en otros lugares. También dispuso que se atendiera a los heridos y se emitiera una convocatoria general y obligatoria para los médicos de la ciudad.

Pero fue cuando el Rey ordenó a su caballo dar una media vuelta al estilo militar, cuando vislumbró a aquella paseando entre los cuerpos. Solitaria. Llorando por uno solo de los ojos, rojos como su vestido y sus cabellos. Se trataba de aquella dama etérea. Pero esta vez era diferente. Esta vez el propio Rey la había visto caminar entre los cuerpos.

Desde lo alto de su corcel, una lágrima descendió por uno solo de sus ojos.

Una antorcha se aproximó al ojo de un ciudadano muerto en el centro comercial de Andreeanne. Quien hacía esto era un hombre mejor conocido por muchas personas de aquella ciudad por sus excentricidades al enseñar que por otras cualidades: el profesor Sabino von Fígaro.

—¡Muerto! —la conclusión se derivaba de que la pupila no se había contraído ante la luz de la llama—. Es difícil pensar que este muchacho salió de mi clase hace sólo dos años.

María Hanson estaba a su lado. Cuando vio al profesor, había corrido a su encuentro para llorar en su hombro. Ahora lo acompañaba en busca de algún detalle pasado por alto. Mal sabían ellos que el ataque había sido planeado para no tener fallas ni evidencias, por mínimas que fueran.

¿No?

—¡Una tragedia! Estas personas perdieron todo en el ataque —se lamentó María.

—Sí, cualquiera puede hacer ese razonamiento. La cuestión, señorita Hanson, es... ¿por qué?

—¿Por qué estas personas perdieron todo?

—No. ¿Por qué estos ataques, realizados específicamente aquí y de esta manera...?

—¿Cómo haremos para descubrir algo relacionado, profesor? —toma nota del «haremos» empleado por la joven.

—Con paciencia. ¿Acaso irá usted a algún lugar?

—No, y tampoco lo deseo.

—Entonces, encuentre la manera de conseguir una pluma, tinta y un lugar para escribir algunos detalles que le diré. —María en verdad era la única alumna de Sabino que habría tomado esas palabras en serio—. A final de cuentas la patria nos necesita con urgencia, señorita Hanson. Sí, esta vez no habrá cómo negarse.

«Ciertamente, la patria nos necesita».

«João, la nariz no para de sangrarte».

Las palabras de Ariane eran ciertas. La pequeña toalla casi no tenía más espacios limpios para ayudar a detener la hemorragia, aunque, la verdad sea dicha, comenzaba a disminuir. No obstante, conforme esta cedía, la duda y el temor aumentaban. Los padres conversaban entre sí y los niños andaban por allí con cierta libertad.

Y era esa «cierta libertad» la que los había llevado a entrar en los lugares que muchas veces habían visto y a los que nunca imaginaron que tendrían acceso sin autorización. Eran las casas destrozadas y saqueadas de los pobres comerciantes que vivían allí mismo, en el centro comercial de Andreeanne. La más cercana a ellos, adonde ingresaron para comprobar los estragos, pertenecía a la familia Basbaum y tenía muebles dignos de una familia noble, aunque el estatus lo determinara la «sangre azul», como si la sangre no fuera siempre roja.

El señor Basbaum yacía en los alrededores y no había señales de la mujer ni de la hija. João y Ariane pidieron a las hadas que al menos ellas estuvieran bien. No había nada de valor. Nada. Todo había sido robado por seres tan inescrupulosos como homicidas. Incluso dejaron algunas marcas en las paredes que llamaron la atención de la pareja.

—¡Mira eso, João! ¡Qué dibujos tan extraños!

João se detuvo frente al garabato señalado y, en silencio, se puso una mano en la quijada, como hacía cuando enfocaba su raciocinio en una situación. El dibujo parecía un sinsentido: tenía el formato de una frase escrita con mala caligrafía, pero el orden de las letras no era lógico. Algo similar a «LV OP GN Y G», con una nota musical al final. Al menos eso le pareció a João, con lo que sus dudas empeoraron.

—Parecen siglas...

—¿Estás seguro de que esa es una p, João?

—No estoy seguro de nada, Ariane. ¡Lo que sí sé es que este lugar me está dando escalofríos!

Aquella sensación no era más que una secuela del fatídico incidente experimentado a los siete años: el encierro en una jaula oscura, alimentado para servir de comida a una bruja caníbal, dejó en João Hanson una legítima aversión a los lugares en tinieblas y cerrados cuyos síntomas coinciden con los de la claustrofobia.

—¡Eh! No te quites la toalla de la nariz. ¡Todavía estás sangrando! ¡Mira, ya te manchaste la camisa!

Era verdad. Mientras João intentaba descifrar lo que estaba escrito en la pared, se olvidó por un instante de la hemorragia, que de nuevo comenzaba a fluir con intensidad.

—¡Qué lata con esto! ¿Cuándo parará?

La respuesta era tan compleja como el significado de aquellos dibujos.

—¡Olvídalo, pronto mejorarás! Ven, veamos si afuera las personas saben algo más que nosotros.

João y Ariane salieron de la casa del comerciante muerto. No vieron a sus padres y tuvieron la impresión de que esto no sucedería pronto, pues cada vez crecía el número de personas que llegaba al centro en busca de una explicación, que no recibirían, para una situación imposible de ser comprendida en aquel momento. Pasó poco tiempo hasta que los niños y todos en la plaza vieron llegar a un emisario real. Creían que traería explicaciones sobre el fatídico acontecimiento, o cuando menos información sobre el castigo que recibirían los asesinos, pero en realidad estaba allí por otro motivo:

—El rey Primo Branford lamenta y llora profundamente a los inocentes que murieron en estos actos que marcaron tan terrible día. Sin embargo, para ayudar a salvar a quienes resultaron heridos en tal embate y no fueron llevados al reino de las hadas, Su Majestad convoca en este momento, con carácter obligatorio, a todos aquellos ciudadanos de Andreanne con conocimientos médicos para que presten su ayuda a los necesitados —y cerró el pergamino.

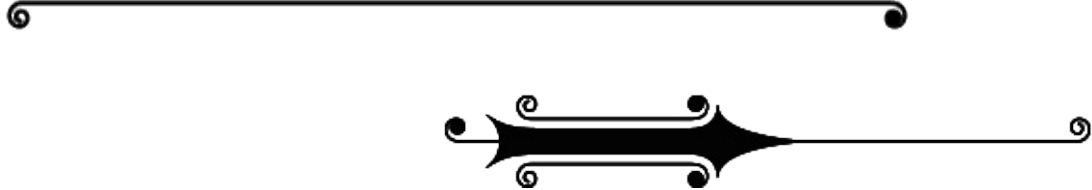
Nada más fue dicho, ni se diría después. Los murmullos se esparcieron entre la población, y poco a poco los poseedores de alguno de esos saberes se fueron revelando entre la multitud para ir a cumplir con sus obligaciones. No pasó mucho tiempo antes de que los heridos recibieran tratamiento en las heridas corporales, y sólo en las corporales, pues el aspecto emocional había quedado quebrantado para mucho tiempo, y eso ningún médico lo podría cambiar.

Por fin Ariane y João avistaron a sus padres, aun entre tantas personas. Se dirigieron hacia ellos, hasta que Ariane se detuvo de repente con una sacudida. Parecía paralizada. Y en verdad lo estaba. Todo a causa de una visión. Y por la certeza de que no era la primera vez que la veía.

Destacada entre la multitud estaba aquella mujer de vestido carmesí, que al igual que a los contadores de historias le daba por ignorar las leyes físicas del espacio y

tiempo en Nueva Éter, pues al parecer era capaz de estar en dos lugares al mismo tiempo.

Y si en el caso del rey el asombro se debió a que el monarca la podía ver, con Ariane la diferencia radicaba en que la mujer de rojo sabía que Ariane tenía la facultad de verla.



Una línea roja desgarró el horizonte y los pocos que la advirtieron se maravillaron por algunos instantes y detuvieron lo que hacían, pues a saber cuándo en sus humildes vidas volverían a divisar a un águila-dragón sobrevolar los cielos que estaban acostumbrados a ver todos los días. *Tu hanny* cabalgaba por las nubes y mantenía la mirada fija, como suelen hacer las águilas de manera soberbia, mientras guiaba a un corcel y a un mamut de guerra adolescente, atentos a su vuelo para mantener la trayectoria. No me preguntes cómo ni por qué su cerebro resultaba tan distinto al de las águilas comunes, pues ella sabía adónde se dirigía el príncipe, con el que tenía un vínculo más cercano al de un hermano gemelo que al de un dueño y su mascota. *Tuhanny* conduciría a Axel y a Muralla con tal certidumbre, que mientras fuera su guía no habría modo de extraviar la ruta.

El corcel y el mamut de guerra causaban sorpresa entre los aldeanos, que veían a aquella extraña pareja circular de prisa, levantando el polvo, en pos de aquel trazo escarlata en el aire. La velocidad que imponían a los trotes y galopes también era impresionante si se considera el peso que llevaban. Mientras que *Boris*, el corcel del príncipe, alcanzaba una aceleración cercana a los ocho kilómetros por hora, la del mamut de Muralla, con sus largas patas que hacían retumbar el suelo, variaba entre seis y siete kilómetros, lo cual no era una diferencia tan grande, pues bastaba que el corcel disminuyera un poco el ritmo para que el mastodonte le siguiera el paso.

Y aunque ambos se perdieran por completo, les bastaría con mirar a las alturas y seguir aquel sendero rojo fuego que como un fósforo rayaba el cielo. Por más rápidos que fueran los pensamientos de Axel, estos se iban quedando un poco atrás. Se preguntaba cómo estarían su padre, su madre, el pueblo, su morada y aquella joven que no era nada suyo, pero que poblaba sus pensamientos. Cuando recordó la figura de María Hanson, su cuerpo siguió al galope en aquel bravo corcel, pero su mente regresó hasta el momento inolvidable en lo alto de una catedral.

—... y al pobre niño desde entonces se le conoció como *Mariquita Cute-Cute*, ¿lo

puedes imaginar? —había dicho María, provocando que el príncipe rodara de la risa y casi cayera desde aquella altura.

—¡Qué inteligente es tu hermano, María! Y por lo visto también posee un fuerte sentido de la justicia.

—No sólo eso. ¡El hecho es que está enamorado de Ariane desde que la conoció! —Ariane sonrió—. Una vez hasta encontré un poema escrito por él, escondido bajo siete llaves.

—Hum... ¿y qué pasó?

—¡El pobrecito arrancó la hoja! Me sentí culpable. ¡Ay, Axel, era un poema tan bonito!

—Imagino que sí —aquellos modos de niña oculta bajo la actitud de una adolescente responsable le resultaban dignos de admirar—. Pero, María, ¿qué es eso? —Axel, que le acariciaba el brazo, había sentido las cicatrices por las quemaduras.

—¡Ah, no es nada...! Sólo un recuerdo de algo que quisiera olvidar. Pero si me preguntas...

—No, no lo haré. Para olvidar algo, debemos evitar pensar en ello —el príncipe miró el cielo estrellado—. Hablemos de otra cosa. ¿Ves aquella estrella? —ella lo hizo—. Es Blake. Se trata de uno de los astros más brillantes y románticos que el firmamento tuvo el honor de conocer...

Poco a poco esas memorias se fueron fragmentando y dieron paso a la sensación de galopar, hasta que la carrera del corcel difuminó el recuerdo de aquel flirteo en la catedral. Resultaba incierta la posibilidad de que Axel viera de nuevo a María, o incluso a cualquier persona de su ciudad. El único hecho era que las Siete Montañas quedaban en la frontera entre Arzallum y el reino de Cáliz, gobernado por su tío, el rey Segundo Branford. Les faltaba alcanzar otras tres o cuatro ciudades para llegar, y de acuerdo con sus previsiones les tomaría al menos tres días más para lograrlo si es que la necesidad de un descanso no se interponía en su camino. Desde luego, era demasiado ingenuo por parte del príncipe creer que completaría el trayecto en tres días, pero nadie, más que otro rey, tiene la autoridad para cuestionar las decisiones de un miembro de la realeza.

Axel miró hacia el cielo brillante. Lo creyó una locura, pero le parecía que tras ese cielo azul y resplandeciente alcanzaba a ver la luz de una estrella distante a muchos años luz. No importaba qué dijeran los sabios: la estrella de Blake, el astro del amor, velaba por él en aquella cabalgata, y él tenía la certeza absoluta de que así era. Por eso le pidió en sus pensamientos, de la forma más humilde en que un príncipe podía hacerlo, que también velara por María Hanson. Sabía que las estrellas tienen dueño y que, con el perdón de los antiguos propietarios de Blake, aquel astro, desde la noche anterior, le pertenecía a dos jóvenes de destinos tan inciertos como la posibilidad de distinguir el brillo de un astro lejano tras el cielo azul.

En ese momento, ante sus semidioses, Axel tomó posesión de la estrella.
¿Y quién que haya amado alguna vez en la vida lo podría culpar por eso?

La Sala Redonda del Gran Palacio, a puerta cerrada, ante la mesa octagonal. Debes saber que siempre que se daba aquella situación y la sala se clausuraba para una reunión del Rey con los siete consejeros de Andreanne, era garantía de que las cosas estaban fuera de cauce en Arzallum.

—Su majestad... —hablaba el consejero más valiente, el único que había osado romper un silencio de casi cinco minutos impuesto por el monarca, que divagaba con la mirada perdida.

—Vuelvo a preguntar —dijo el Rey en tono bajo, ignorando al consejero, como si él hubiese sido el primero en romper el silencio—. ¿Quiénes fueron los responsables del ataque al centro de Andreanne? —Primo no dirigió la pregunta a nadie en particular.

—Las Sombras, su majestad. De acuerdo con los relatos de los supervivientes, esa facción fue la responsable, pero contó con la ayuda de un segundo grupo más grande.

La respuesta la proporcionó el mismo consejero que ya había tenido el valor de romper el silencio del monarca. Se trataba del consejero Azul, pues cada uno de los siete era llamado por un color. Era una manera de ignorar la sangre noble o incluso los atributos personales de cada uno para concentrarse en el servicio a la patria.

—Sólo existen dos formas de evitar otro espectáculo de horrores y responder a la altura de semejantes animales salvajes: el sitio o la guerrilla urbana —nunca, en la historia de estos consejeros, que desde la Cacería de Brujas se habían acostumbrado tan sólo a votar sobre asuntos sencillos, como la reconstrucción de la Majestad, habían visto a Primo tan frío y seco como hoy—. ¿Verde?

—Guerrilla —el consejero de este color siempre depositaba su esperanza en tiempos mejores.

—¿Rojo? —Primo se volvió hacia el asiento de la mesa octagonal rematado con un rubí.

—Guerrilla —no lo había pensado mucho; impulsivo como era, aunque Primo no

lo hiciera él habría propuesto esa solución.

—¿Naranja? —una perla se ubicaba frente al asiento ocupado por ese consejero.

—Sitio —tenía sus motivos para votar así, pero sólo los diría si el rey se lo ordenaba, pues la cordialidad era su mayor característica.

—¿Amarillo?

—Abstención —tal posibilidad estaba permitida: un consejero podía abstenerse una sola vez en la primera ronda, y estaba en el rey aceptarla o no. Amarillo era conocido por ser el de mayor intelecto, y esto justificaba el tiempo extra que se tomaba para ponderar cada cuestión. Por eso algunas veces su voto valía, simbólicamente, por dos.

—Aceptada. ¿Púrpura? —continuó el rey, con aire socarrón.

—Sitio —este consejero siempre era el más preocupado por las consecuencias para el pueblo generadas por las decisiones en aquella sala.

—¿Negro?

—Abstención —acostumbrado a calcular las peores consecuencias de cualquier acto y ante la mínima posibilidad de muerte de inocentes, este consejero siempre elegía al principio esa opción.

—Aceptada. Azul... —observa cómo esta vez no era una pregunta, sino una conminación.

—Abstención. —Azul había meditado mucho su voto, pero aún no estaba seguro si alguna de las dos soluciones propuestas por Primo sería en verdad la mejor. Era, con mucho, el consejero de mayor intuición, virtud que había comprobado en muchas ocasiones. Justo por eso era el último en votar, para que no influyera en los demás.

—Denegada. —Azul se mordió el labio, como si supiera ya que eso ocurriría; como he dicho, su voto era muy esperado, sobre todo porque la votación se hallaba empatada, aun cuando Primo, representado por el color blanco, no había dado su ultimátum.

—Sitio, con voto justificado —otra regla de la Sala Redonda: el consejero podía, al votar, pedir un voto justificado, tras lo que el rey debía decidir si aceptaba o no escuchar sus argumentos.

—Acepto —dijo el monarca, y todos concentraron su atención en el consejero Azul.

—Su majestad, sólo considero que el estado de sitio es la mejor elección en este difícil momento porque la guerrilla urbana resultaría una peor opción. Lo digo porque mi intuición me dice que, si ahora mismo comenzamos una guerra civil, perderemos el control de la población y le diremos adiós a cualquier gobierno saludable en este reino...

Los consejeros se miraron entre sí. Aquellos que habían votado por el sitio parecieron mostrarse de acuerdo, aunque sus justificaciones fueran diferentes,

mientras que los que votaron por la guerrilla urbana no parecían convencidos de cambiar de idea.

—Lo que ocurrió hoy enervó a la población, y siento que se encuentra en tal estado de choque, que una guerrilla generaría otras revueltas y permitiría el surgimiento de diversos candidatos a héroe en este reino —concluyó el consejero Azul.

—¿Y por qué el recelo ante el surgimiento de héroes? —preguntó el rey.

—Porque los héroes sólo surgen, majestad, cuando existen los villanos —el consejero hablaba de manera lenta y pausada, escogiendo las palabras, como si al mismo tiempo jugara con un dominó de vidrio—. Hasta ahora todavía no tenemos un gran villano. Son sólo piratas, mercenarios y asesinos, pero nada más.

—¿Tu temor se funda entonces en que una guerrilla urbana mudaría la situación?

—Exactamente, su majestad, ese es mi mayor temor... aunado a que la guerrilla urbana produzca el nacimiento del villano requerido por aquellos héroes.

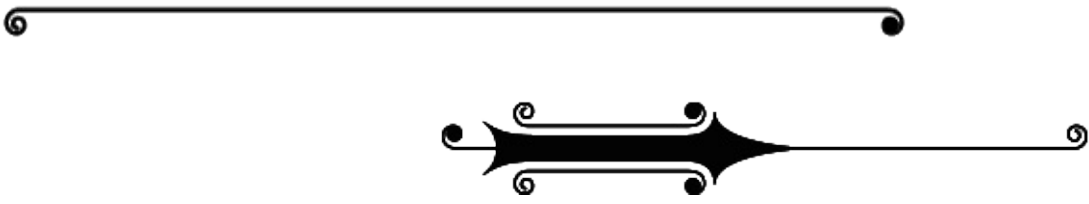
Primo se volvió hacia otro lado; eso quería decir que estaba satisfecho con los argumentos del consejero Azul. A su vez, este suspiró, pues se ponía nervioso cuando le pedían una justificación. No era fácil hacerlo ante un rey irritado, pues no se debe menospreciar la opinión real ni hacerla parecer pequeña o ridícula. Hay que mostrar autoridad, sabiduría y, al mismo tiempo, humildad. En definitiva, no era una tarea fácil.

Se hizo el silencio de nuevo; era hora del voto y de la decisión final del rey, que descansaba la mandíbula entre los dedos entrelazados de ambas manos.

Y su ultimátum fue pronunciado:

—De acuerdo con este consejo, y con la autoridad atribuida a mi persona, yo, Primo Branford, Rey de Arzallum, ¡decido que se establezca el estado de sitio en todas las tierras del reino! —y golpeó la mesa firmemente con su puño real, lo cual significaba que no habría marcha atrás respecto de la decisión tomada.

Siete puños más golpearon aquella mesa, para simbolizar que sus infinitas sabidurías bendecían aquella resolución.



Snaile Galford entró, taimado como siempre, y de nuevo nadie notó su presencia. Nadie la notaba nunca. Menos aún en un ambiente como aquel, de semioscuridad, con varias personas andando de un lado al otro y hablando al mismo tiempo, riendo y divertidos con juegos de azar.

Sucede que Snail estaba bajo tierra, en el mejor lugar donde una banda de mercenarios se podría ocultar a plena luz del día, en una ciudad que en breve se hallaría bajo estado de sitio.

Se encontraban en los subterráneos de Andreanne, un escondrijo perfecto descubierto por Jamil.

Se sabe que Andreanne era una ciudad portuaria y, gracias a eso, una de las poquísimas de Nueva Éter con un sistema de cloacas y tuberías que desaguaban directamente en el mar. No es que cada casa poseyera un baño propio ni nada por el estilo, sino que había alcantarillas repartidas por la ciudad con un sistema que llevaba los desechos hasta el mar. Tal sistema era una de las obras más brillantes realizadas por un solo personaje en toda Nueva Éter, el cual incluso había recibido un título honorario por parte del rey Primo Branford.

Lo importante era que fue necesario cavar y abrir muchos túneles para que los constructores reales hicieran su trabajo, y te garantizo que actuaron con la eficiencia de auténticas lombrices para lograrlo. De esa forma se diseñó algo parecido a una red de cavernas intercomunicadas en el subsuelo de Andreanne. Una vez concluidas las obras, durante mucho tiempo esos conductos y sus diversas entradas fueron patrullados, pero los años transcurrieron y la vigilancia terminó por ser olvidada. Nadie jamás volvió allí, incluso después de que comenzaron a circular cuentos y leyendas urbanas y populares sobre monstruos que habrían hecho de aquellos subterráneos su morada, incluyendo a cocodrilos gigantes; hazme el favor.

Por un largo periodo se convirtió en morada de personajes sombríos, pero ninguno de ellos fantástico. Se trataba del grupo conocido como las Sombras, la

pandilla de ladrones con el mayor número de integrantes que esa ciudad hubiera visto, aunque en realidad la competencia fuera poca, por lo cual es necesario dar las gracias a los semidioses.

Los integrantes mismos de las Sombras eran los que difundían esos cuentos y esas leyendas en las tabernas, aderezándolos con «los terrores del subterráneo» para alejar a los más audaces de su oscuro escondrijo. No fue a tontas y a locas que Corazón de Cocodrilo eligió a aquel grupo en especial como su aliado, en vez de inclinarse por sus rivales, los Fantasmas, y acaso la geografía de su escondrijo resultó un factor más importante que los hombres de más incluidos en el «paquete».

Desde la época de la construcción del drenaje se habían colocado antorchas en lugares estratégicos, por lo que sólo era necesario cambiarlas o reutilizarlas. Allí se había creado una verdadera urbe subterránea, frecuentada, para la desgracia del buen pueblo de Andreanne, por los peores tipos. Y Snail estaba entre ellos, sin querer que su presencia fuera notada o, al menos, sin que se destacara de los demás.

Pronto llegó al salón, pues eso parecían aquellos recovecos: una serie de salones intercomunicados por corredores subterráneos, allí estaba el propio Jamil, y para Snail habría sido demasiada audacia de su parte intentar que tampoco él lo notara. Fue cuestión de dar un paso, un solo paso, para que la lámina de una espada mediana le apuntara al cuello.

—¡Nombre y asunto! —dos exigencias simples y directas que, con la amenaza de la espada, se comprendían a la perfección. Quien sujetaba el arma era Mik, un gigantesco miembro de las Sombras que, por lo mismo, no tenía por qué conocer a los piratas de Jamil.

—Galford, Cocodrilo.

—¡Deja pasar al negrito! —ordenó Corazón de Cocodrilo. La palabra empleada, «negrito», irritó profundamente a Mik, pues su edad y la de Jamil no eran muy lejanas.

Mas no eran los años vividos los que el pirata tomaba en consideración a la hora de juzgar a alguien más o menos mayor.

La espada fue retirada del cuello de Snail, que se acercó adonde estaba sentado Jamil, al lado de un hombre que se hacía llamar Maestro Sombra y que llevaba el rostro pintado con el diseño de un ojo abierto en medio de la frente.

Ah, sí, Cocodrilo pensaba que el nombre de Maestro Sombra era la cosa más ridícula que había escuchado en su vida, pero también sabía hacer política.

—¿Lo trajiste? —asimismo sabía ser breve y conciso, como un espejo que reflejaba en la misma proporción la imagen recibida.

Snail tampoco era de mucha conversación y por eso ni se tomó la molestia de decir algo. En parte, Jamil prefería a los hombres así, de pocas palabras, pues le resultaban mucho más útiles al pasar inadvertidos y cumplir las órdenes con éxito. Y

el negro Snail, ataviado con su ya clásico pañuelo, sacó una pequeña bolsa y volcó el contenido en la mesa.

Era un diamante gigantesco.

—¡Uf! Muy bien, novato. ¿Te fue difícil conseguirlo?

—No, con el caos que se armó en el centro, la atención de la guardia estaba en todos los sitios, menos en asegurar objetos como este.

—¿Es acaso ese el diamante del Museo de las Buenas Memorias? —preguntó el Maestro Sombra.

Snail lo ignoró. Se sentiría patético si debiera rendir cuentas a un hombre vestido de negro y con la cara pintada, más aún si llevaba un ojo gigantesco en medio de la frente.

—Buen trabajo. El próximo quizá sea un poco más complicado. ¿Tienes algún problema con ello? —preguntó Jamil.

—Le agradezco por dificultarme un poco las cosas. Comenzaba a pensar que de aquí en adelante llevaría una vida aburrida —dijo Snail, provocando en el pirata una siniestra risotada que retumbó en el subterráneo y provocó escalofríos a cuanto oído humano que la escuchó y tuviera un alma para vender.

—Eres prepotente, ¿no, muchacho? —con imprudencia, el Maestro Sombra intentó entablar un diálogo.

—¿Quién es este bufón? —le preguntó Snail a Jamil, apuntando en dirección al hombre, pero de una forma tan natural, y con un desdén y un sarcasmo tan evidentes, que el pirata se contuvo mucho para no soltar una carcajada todavía más estridente que la anterior.

—¿Cómo... cómo te atreves? —el Maestro Sombra se levantó nervioso, puñal en mano. Mik, aquel que había amagado a Snail con la espada, se acercó también.

—¡Eh, Maestro Sombra, siéntate! Ya te dije que esa fantasía no te dará resultado... —el aludido se sentó, aún más irritado, pero una cosa era darse aires de macho con un novato impertinente, y otra con un pirata sanguinario y legendario.

Mik avanzó hacia Snail.

Cierto, parecía la ocasión para un gran combate, y en verdad debía haberse dado. Pero ni en momentos como ese Snail perdía su tranquilidad característica. Sin quitar la mirada de Jamil, como si nada más ocurriera, estiró uno brazo y en el acto ya tenía la lámina de un cuchillo en la mano. No necesitó esforzarse más, pues su movimiento había sido calculado para interponerse entre él y el amago de su atacante, como el puente de un castillo que se eleva cuando intrusos pretenden invadirlo. Y Mik, que ya se aproximaba empuñando la espada, detuvo su avance con brusquedad al convencerse de que un paso, un solo paso al frente, habría comprometido sus genitales ante el cuchillo.

¿Golpe bajo? Esa era la idea. El pobre Mik no se atrevió a moverse, pues si Snail

hiciera un movimiento más, él pasaría la vergüenza de hablar agudo por el resto de su vida.

—¿Cuál es la próxima? —Snail mantenía su conversación con Jamil como si nada más pasara, con una calma que recordaba un lago impasible ante el viento.

—¡Ah, sí! Toma... —Jamil le entregó un pergamino.

Era impresionante cómo en un instante Snail había aumentado sus bonos con el pirata, más rápido de lo que cualquier otro marinero conseguiría jamás. Haber llamado «bufón» al Maestro Sombra en su propia cara, apelativo que el propio Jamil le hubiera querido decir, había contribuido en buena medida a lograrlo.

—¿Para cuándo? —Snail incluso hablaba entre bostezos.

—Lo más rápido posible —y Jamil también bostezó, contagiado por Snail (no hay sabio que haya explicado aún por qué ese gesto humano es tan pegajoso).

Después, el pirata tomó una gruesa garrafa de ron y bebió directamente de ella.

—¡Está bien! —Snail miró al asustado Mik, aún con el cuchillo bajo sus genitales—. ¿Y tú por qué me miras así? ¿Acaso tengo un ojo pintado en la frente? —de manera involuntaria, Jamil escupió el líquido que tenía en la boca y le hizo un gesto al Maestro Sombra, como si se disculpara por no contener la risa.

—No... no... ¿Qué es esto? Es... que... —el Maestro Sombra se irritó aún más al ver a su subordinado tartamudear como lo haría un adolescente ante su progenitor con el cinturón en la mano.

—¡Ah, vete ya a molestar a otro, negrito!

Y Snail abandonó el salón, cerrando con honores el papel representado, para conseguir la credibilidad deseada del líder máximo. Y la consiguió, es verdad, pues cuando salió, tras llamarlo «negrito», Jamil volvió a beber su ron y a hacer comentarios sobre sí mismo, mientras ponía los pies encima de la mesa de madera.

—¡Oye, Sombra! No te enfades porque insista tanto... pero cuando tengas algo de tiempo, haz que te borren esa cosa de la frente.

«Entrada forzada. Cajones arrancados. Puertas de cuartos destruidas (un detalle interesantísimo). Vidrios rotos. Letras grandes pintadas *en dirección a otra pared* (¡ojo con eso!). Uso de tinta roja. Probablemente sangre».

Esas eran apenas algunas de las extrañas anotaciones de María, mientras su profesor Sabino lo observaba todo en las casas donde entraban cual si fueran peritos en una investigación.

—¿Adónde pretende llegar con todo esto, profesor?

—¡No me interrumpa, señorita Hanson! ¿No ve que estoy trabajando? —continuó Sabino, entrecerrando los ojos detrás de los pequeños anteojos, habilidosamente equilibrados sobre la fina nariz. Y siguió mirando cada detalle con los dedos en la barbilla, murmurando «hum, hum» de tiempo en tiempo. Pasaron algunas decenas de minutos más y se dio por satisfecho. O por lo menos eso pareció, pues cambió la mirada circunspecta y volvió a sonreír de la misma forma como lo hacía en sus clases, cuando estaba de buen humor.

—¿Quiere leerme todo de nuevo, por favor? —le pidió a María mientras el señor se sentaba en el sofá de una casa que no era suya, pero que aún tenía la suerte de poseer un sofá, pues el resto del mobiliario parecía haber sido robado o destruido por los saqueadores.

María leyó sus anotaciones, o al menos más de una docena, cada una más extraña que la anterior. O aparentemente extrañas, en vista de la fuente de donde venían. El profesor pareció satisfecho con lo que escuchó, se volvió hacia la muchacha y preguntó:

—Entonces, ¿cuál es su conclusión?

—¿Respecto de qué? —se asustó la joven.

—¡Vamos! A partir de todas esas informaciones, ¿cuál es su razonamiento y su conclusión sobre lo ocurrido en este lugar?

—Profesor... Yo... yo... concluyo que... ¡se trató de robos y saqueos en masa!

—¡No, no! —Sabino se irritó. Y mucho—. Si no ha llegado a un razonamiento o conclusión sobre aquello que le fue preguntado, admítalo, pero no finja un falso conocimiento. ¡Al admitir que nada sabe al menos demostrará que aprendió algo! —María estaba asustada. Aunque pensaba que las palabras de Sabino tenían sentido, al mismo tiempo consideraba una injusticia recibirlas, pues no comprendía nada de la situación—. Usted no concluyó que fue un pillaje en masa, María Hanson. ¡Usted sólo «lanzó» esa conclusión! Le pregunto de nuevo: ¿cuál es su conclusión, de acuerdo con las informaciones que escribió?

—Yo... no lo sé, profesor.

—Pues yo se lo diré, señorita Hanson. Lo que ocurrió en este lugar no fue un pillaje, un saqueo ni nada por el estilo. Esos crímenes de verdad ocurrieron y sería estúpido negarlo, pero el motivo de todo esto fue un aviso.

—¿Un aviso? ¿Pero cómo? ¿Y para quién?

—¡Eso es justo lo que debemos descubrir!

«¡Ariane!».

—¡¿A voy!

—¿Eh? —preguntó João, asustado—. ¿Qué fue eso?

—¿No escuchaste a mi madre llamándome?

—¡No! ¡No escuché nada!

«¡ARIANE!».

—¡Allí está otra vez!

—Caray, ¿me estaré quedando sordo? ¿Te está llamando en voz baja?

—¿En voz baja? ¡Está gritando!

Ambos aún se encontraban en medio del centro comercial, tras haber dejado la cabaña donde vieron aquellos dibujos que parecían siglas garabateadas. Ariane buscaba a su madre entre las personas que caminaban asustadas de un lado al otro, después de aquella mañana de caos.

«¡ARIANE!».

—¡Caramba, qué necesidad! ¡Aquí estoy! —respondió la niña, provocando que João abriera mucho los ojos.

—Mira, en buen plan... ¡Eres tú o soy yo el que se está volviendo totalmente loco!

—¡Uf! ¡Creo que tu caso no es locura, sino sordera! Ayúdame a llegar rápido con ella, porque no aguanto más sus gritos. João escaló la estatua de Primo ubicada en el centro comercial, cuya cabeza había sido destruida durante la confusión, además de que le habían pintado un símbolo negro parecido a la forma de un murciélago mal garabateado. Desde lo alto obtuvo una vista aérea y general que le dificultaría un poco menos localizar a la señora Narin.

—¡Oye, está lleno de gente! —le advirtió—. Tampoco podré encontrarla desde aquí.

—A ver, espérame —a su vez, Ariane se subió a la estatua sin cabeza—. Claro

que nunca la encontrarás si miras para ese lado, João. Me está llamando de aquel... —se dio la vuelta... y localizó a su madre.

João al fin la vio y dijo, boquiabierto:

—¡Te gané! Sí era un caso de locura.

Ariane abrió mucho los ojos, pues, en efecto, su madre la buscaba y miraba hacia ellos, haciendo señas con las manos para que se acercaran, con la intención de volver a casa. Todo eso resultaba perfectamente natural y no había motivo alguno para pensar que aquello fuera una locura.

Eso, claro está, si la señora Narin no hubiera estado agitando los brazos a lo lejos... a más de ciento cincuenta metros de su hija.

Una vez más, un emisario real llegó hasta allí para transmitir una orden real. Abrió otro de aquellos pergaminos, tan encantadores hasta el punto que parecen mágicos, aunque la única magia radicara en la apariencia del papel. Y todo el pueblo se detuvo a escuchar esas palabras, enunciadas en voz alta y clara:

—Señoras y señores, ciudadanos de Andreanne y de todo el reino de Arzallum. Yo, el emisario real, estoy aquí para anunciar que, debido a los actos de terror provocados en este día fatídico, y pensando en la seguridad absoluta de la nación, el rey Primo Branford ha decidido decretar, con la anuencia de los siete consejeros reales, el estado de sitio en esta ciudad y en todo el territorio de Arzallum.

Los murmullos se apoderaron del lugar. Muchos se asustaron cuando supieron que el rey había declarado el estado de sitio. Otros rezongaron que era una solución idiota. Algunos decían que lo mejor sería una cacería inmediata de los culpables. La mayoría, que incluía a los dos grupos anteriores, mostró con alabanzas que concordaba con el Rey y su sabio consejo. Los restantes... Bueno, los restantes intentaban entender qué significaba aquello de un «estado de sitio».

Para la gente que no lo comprendió de inmediato, va una breve explicación: cuando un Rey determina el «estado de sitio» en su reino significa que ningún ciudadano de cualquier raza inteligente tendrá permiso de entrar o salir por las puertas de ninguna ciudad, dentro de los límites del territorio real, sin proporcionar mayores explicaciones sobre sus pasos. También implica una restricción de horario para permanecer en las calles, limitada por un toque de queda. Aquel que sea encontrado tras el primer toque de queda, será llevado a pasar la noche en las celdas reales, previo a un interrogatorio de duración indefinida.

Los soldados también reciben la facultad de registrar cuantas casas consideren apropiado, pero les está prohibido, sin embargo, robar hasta el menor de los bienes, amenazar a cualquier ciudadano sin un motivo justo, mover los muebles o cometer abusos de autoridad... al menos en teoría.

En cuanto a los ciudadanos, no tendrán derecho de impedir ni cuestionar las acciones de los soldados, ni de esconderles nada que les sea solicitado. Las puertas y los portones de entrada de todas las ciudades serán reforzados, y se requerirá de autorizaciones especiales, concedidas sólo por los representantes reales, para salir de la ciudad, no importa si se trata de un residente o un extranjero.

También se pagarán pequeñas recompensas a aquellos que proporcionen información de relevancia. Las sumas más altas serán para quien denuncie los escondrijos de los principales enemigos. Otro artificio interesante de un estado de sitio consiste en la disminución de una pena, aun con el perdón —según los delitos cometidos—, para los individuos afiliados a organizaciones criminales a cambio de información fehaciente para dar con los culpables.

Por lo tanto, esta medida se tomaba cuantas veces fuera necesario para acorrallar a una determinada amenaza, exactamente como se requería en aquel momento.

Otro estado de sitio también había sido decretado en la época de la sangrienta Cacería de Brujas. Entonces Primo no era rey, sino el consejero Rojo, y había tomado en sus manos el liderazgo del combate cuando el último de los dos Ricelli, la antigua familia real, murió y dejó el trono sin herederos. Tras el éxito alcanzado como líder en aquella época, y por haber llevado las riendas de la nación hacia la victoria cuando se hallaban en pleno caos, tanto nobles como plebeyos y consejeros reales lo habían elegido como el nuevo rey incluso antes de que concluyera el fragor de la guerra.

Ahora todo eso se imponía de nuevo y representaba una terrible señal. Parecía un retroceso, pues el ideal siempre era avanzar. Primo esperaba que todo se resolviera con rapidez y que, una vez cercados, los culpables fueran capturados. Lo último que él y algunos consejeros deseaban era una guerrilla urbana que suscitara aún más miedo, y violencia, y que diera pie al surgimiento innecesario de otros héroes y otros villanos.

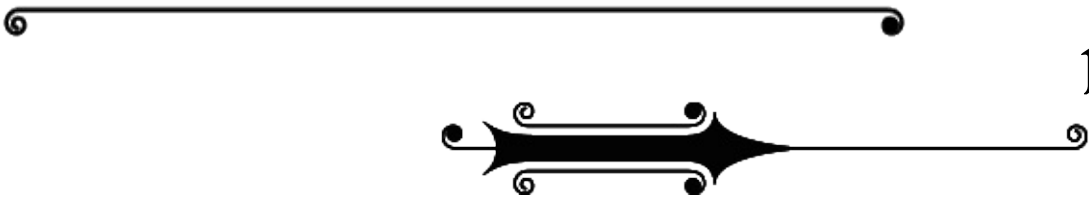
Para que toda esa información se enviara y el decreto se aplicara en todo el reino al mismo tiempo, varias palomas mensajeras volaban incansables, pues de su competencia dependía la seguridad de Arzallum. En estados de emergencia como aquel, al menos cinco palomas mensajeras se enviaban a un mismo lugar, para garantizar que, aun si cuatro de ellas morían en el camino, una transmitiera el mensaje en su destino. Claro que también existía la posibilidad de que las cinco aves murieran en el trayecto, pero era un riesgo que se debía correr, pues no había manera de enviar todas las palomas del mundo a todas las ciudades de Arzallum.

Dentro del gran palacio Primo pensaba en la manera de que sus decisiones dificultarían o facilitarían la búsqueda emprendida por Axel, su benjamín, en pos del hermano. Esperaba que todo esto diera resultado con la mayor agilidad posible, exactamente como había ocurrido durante el cerco contra los asesinos que se atrevieron a traer el caos al reino y que implicó muchas batallas para librarse de su

entonces peor amenaza: las brujas. Sólo era cuestión de tiempo para que todo volviera a encajar. Harían el sitio, apresarían a los culpables y reconstruirían cuanto hubiera sido destruido.

Primo esperaba, con la fe depositada en el Creador, que así fuera.

Mal sabía el Rey lo que el Creador le tenía reservado.



Pese a pensar que lo conseguiría, se vio obligado a detenerse. Axel estaba sentado cerca de *Boris*, su corcel, bebiendo de una garrafa de agua y comiendo un pan «tan veloz». Creía que avanzaría mucho más sin necesidad de parar ni de perder el tiempo, pero en los hechos, y por fuerza, no sólo los jinetes, sino también las monturas, necesitaban detenerse de vez en cuando para alimentarse y estar en condiciones de proseguir.

A su lado se hallaba aquel trol ceniciento, con toda seguridad el único en el mundo que montaba a un mamut de guerra adolescente. E incluso un trol inmenso, con reservas extra de grasa, debía alimentarse, por lo que agradeció mucho esa parada momentánea.

—Según mis cálculos, Muralla, llegaremos a Metrópolitan en las próximas seis horas —dijo el príncipe, provocando una mueca en su acompañante, que es un detalle digno de notar.

—¿Estás seguro? No creo que sea posible ni aunque este mamut comenzara a volar...

—¡No, debemos llegar rápido! No quiero que nos sorprenda la noche en medio de este camino de tierra.

—Bueno, el solo hecho de convencerte de que no podrías dormir sobre tu caballo ya fue todo un logro...

Tuhanny descendió de los cielos y se posó frente a Axel. Siempre que tenía la oportunidad, el príncipe se dejaba hipnotizar por la mirada de aquella hembra legendaria, señora de los cielos y dueña de una parte de su alma, aunque el príncipe no lograra definir bien el porqué de ese vínculo. Y aquel ser fantástico, tal vez uno de los más bellos que el mundo hubiera conocido, apenas requería un sorbo de agua y un pan para recomponerse. Una caricia de su alteza representaba para ella el momento más preciado, y una vez satisfecha cortaba de nueva cuenta los cielos, extasiada y con deseos de aventura, lanzando el *kiai* típico del águila-dragón.

Boris relinchó. Era como si también dijera que estaba satisfecho y listo para proseguir el viaje. El mamut no se manifestó, y está bien, pues sería muy extraño que un mastodonte entendiera las señales de un caballo, ¿no? Después, sin percibir la prudencia del Creador de no permitir que especies distintas se comunicaran, Axel y Muralla continuaron su camino.

«Uno. Dos. Tres».

No, no avanzaremos ni retrocederemos en el tiempo ni en el espacio, ni los congelaremos un momento, ni nada por el estilo. Acabamos de hacerlo y tú no te diste cuenta. Y lo digo porque ahora sólo mostraré a Axel y a Muralla en el mismo espacio y tiempo que exige la narración para que al menos tengas la impresión de que los acontecimientos siguen un orden secuencial.

El que contó uno, dos y tres hace un momento no fui yo, ni era mi deseo hacerlo, sino el propio príncipe Axel Terra Branford.

—¿Pero qué diablos está pasando? —preguntó este, que se sentía extremadamente confuso.

Las dudas de Axel tenían una explicación: hacía horas que cabalgaban, o al menos que andaban a caballo, pues no es fácil definir el término correcto para lo que hace un trol encima de un mamut, y al observar cómo los cielos eran surcados por un ser tan fantástico como un águila-dragón, de algún lugar vieron surgir tantas palomas reales que el príncipe fue incapaz de calcular su número.

Estas no volaban por los mismos lugares, sino que sólo se acompañaban hasta determinadas marcas, donde cada una se separaba de la bandada para continuar el destino planeado. En verdad era común utilizar a estas aves en Nueva Éter, pero Axel nunca había visto tantas al mismo tiempo. Y mucho menos palomas mensajeras reales, reconocibles por sus uniformes, pues incluso una paloma real debe vestir con su bandera.

—¿Qué será, Muralla? —gritó el príncipe, frenando la velocidad de su corcel para que el bullicioso mamut adolescente de Muralla se les emparejara.

—Problemas, alteza. Las noticias con muchas explicaciones siempre son malas noticias —no pienses que por tener un raciocinio comparable al de un adolescente los trols son incapaces de experimentar instantes de sabiduría.

—¡Y más ahora...! —Axel aceleró de nuevo el galope del corcel pues estaba oscureciendo y cada vez más parecía que aquel camino no los conduciría a ciudad alguna. La única certeza de que iban en la dirección correcta se las proporcionaba *Tuhanny* en los cielos, cual gigante derribando nubes, que los guiaba mejor que una brújula.

Mas el recelo de su alteza no era por errar el camino, sino ante la posibilidad de equivocarse el tiempo.

Y para hablar de *Tuhanny*, desde lo alto de su reino aéreo ella veía todo con una

perfección que los humanos jamás alcanzarían ni tras un millón de años de evolución. El águila-dragón ya había percibido aquella enorme cantidad de palomas mensajeras mucho antes de que lo hicieran el humano y aquel trol. Y les habría dicho cuál era el motivo de tanta urgencia, pero eso le resultaba imposible.

Al fin y al cabo las especies distintas no pueden comunicarse entre sí. Gracias al semidiós.

Anocheció.

Ese día aún no habría toque de queda. Pero eso sólo ocurrió porque el pueblo se reunió en la Catedral de la Sagrada Creación para celebrar misas en homenaje a sus muertos y desearles un buen pasaje a sus almas a Mantaquim, el reino de las hadas.

Ocho: ese fue el número que en un solo día el joven clérigo Cecil Thamasa repitió su letanía en aquella catedral. Un número para complacer a la inmensa cantidad de fieles que deseaba pedir al semidiós Creador y a sus avatares que encaminaran a las buenas almas de parientes fallecidos a Mantaquim, intercedieran en su juicio cósmico y evitaran que cogieran por el camino de Aramis, el temible reino de las brujas y morada de las peores y sufridas almas.

Cada sesión, un grupo distinto. Las primeras, al comienzo de la tarde, fueron para las familias nobles; una de ellas incluso contó con la presencia del Rey y la reina; las siguientes, desde el mediodía hasta el final de la tarde, para los familiares de los soldados, y las últimas, más noche, para la plebe, con las familias y los amigos de los comerciantes fallecidos. Día triste. Muy triste. Una ciudad de corazones contraídos: viudas angustiadas y niños que aún intentaban entender el motivo por el cual no volverían a ver a sus padres.

Sería un descuido de mi parte omitir que el clérigo Cecil sintió a plenitud la energía negativa que se posó en el lugar, tal vez fruto de la enorme aflicción de tantas personas. En realidad hacía tiempo que aquello venía ocurriendo: el clérigo sentía una energía negativa y esto le sugería que algo muy malo pasaría. Siempre terminaba trabajando para que el ambiente se volviera puro dentro de la catedral, que consideraba su responsabilidad, pero aquel era el máximo límite hasta donde su influencia podía llegar. Apenas realizaba su trabajo con competencia y rezaba para que el pueblo se encontrara listo para lo que el Creador le comunicara.

Cecil Thamasa era un caso nunca antes visto en el sacerdocio semidivino. Mucho más al oeste, más allá de las Siete Montañas, existe una región llamada Quimera. Ese

lugar era y todavía es considerado el sitio de mayor concentración energética semidivina del mundo. Y digo más: su importancia en aquel mundo etéreo era tan grande, que se le consideraba un Estado propio y autónomo, pese a que su territorio estaba contenido dentro del reino de Cáliz y no tenía interés en regirse bajo su propia legislación ni acuñar su propia moneda. En realidad, llamaban a Quimera «el corazón de Nueva Éter». Muchos sabios teorizaban que incluso la energía de los pensamientos semidivinos de los semidioses era enviada allí para luego ser distribuida al resto del mundo.

Aquí entre nos esa teoría es una falacia, pero existe cierta lógica en que fueran los sabios y los filósofos quienes la concluyeran. Forma parte de la evolución del razonamiento, que cuanto más se desarrolle, más permitirá entender el funcionamiento del propio universo. Puedo justificar mi afirmación: sucede que ningún lugar de Nueva Éter dejará de tener una mayor o menor concentración semidivina porque esté más cerca o lejos de Quimera. Eso equivale a decir que el Creador es injusto y divide a las personas de acuerdo con su gusto personal. Si Quimera en realidad era el lugar de mayor receptividad semidivina, eso ocurría no por una predilección especial del semidiós hacia los moradores del sitio, sino justamente por lo contrario: por la actitud especial de las personas que allí vivían hacia el Creador y, en consecuencia, hacia los otros semidioses.

Quimera fue un lugar sagrado desde el momento en que sus habitantes sólo pensaban en su propia evolución. Cuando los devotos iban allí, buscaban conectarse con lo semidivino y entregar el alma con el corazón abierto, con el auténtico deseo de descubrir el motivo de su creación en Nueva Éter. A eso se le llamaba fe. Y en un mundo creado por un semidiós, cuya existencia es mantenida por semidioses, la fe y la energía semidivina del pensamiento mueven Siete Montañas.

En Quimera se localizaba el único templo del mundo autorizado por toda una pléyade de monarcas y clérigos para formar sacerdotes del semidiós Creador. El Templo de la Creación estaba abierto a todos aquellos que buscaran la evolución espiritual y vivir de la devoción. Pero también siempre estaba abierto a cualquier persona en busca de la propia fe y de entender mejor el motivo de su existencia. Precisamente por eso, para presentar en forma justa aquella devoción patente y verdadera, el Creador dio forma y entregó a los sacerdotes un poderoso artefacto mágico: las Piedras de la Creación.

Cuando estas rocas se manifiestan en su quintaesencia, eso significa que un sacerdote es apto para ostentar el título de clérigo, aunque un auténtico sacerdote carezca del ego para ostentar nada más allá del orgullo de la fe. Todos los clérigos poseen una Piedra de la Creación, con la que expanden la fe semidivina y celebran sus rituales y sus ceremonias.

La roca es del color rojo apasionado de un cielo en llamas. Gran parte de su

aspecto recuerda a un rubí y sería confundido con uno de no ser por el brillo anormal y las propiedades semidivinas. Posee varios triángulos en los bordes, elemento que muchos creían que la relacionaba directamente con el número tres, la cifra de la conocida relación semidiós-hombre-tierra o, en otras palabras, la pirámide Creador-criatura-creación.

El nombre iba acorde con el artefacto. La piedra proporcionaba a su portador la llave que le daba acceso a la dádiva de la transmutación, del cambio, de la génesis y de toda forma posible de creación, al menos en la mente y en las intenciones de su usuario. Era con ella, y gracias a ella, como los sacerdotes lograban, durante los rituales, transformar el agua en vino y multiplicar los panes ante los hambrientos, y constituía la mayor prueba de la existencia del Creador, que velaba por sus fieles.

De ahí su importancia y su valía.

Porque fortalecía la fe.

Sin embargo, el Creador no entregaría algo de tan inmenso valor sin exigir un precio. Al menos no antes de que los venenosos se manifestaran... Nunca dije ni me referí a ningún término que acusara al Creador de «negociador» o «comerciante» y le daré una paliza a cualquiera que ose repetir algo tan idiota como eso, por lo que espero que hayan escuchado lo que acabo de decir con las orejas limpias y enceradas. ¡Francamente, válgame! Sólo creo y admito que no me expresé bien. Déjame intentarlo de nuevo: para evitar que semejante artefacto cayera en las manos equivocadas, y fuera mal utilizado, el Creador decidió que las únicas personas capaces de usarlo fueran aquellas que pasaran por provocaciones de la fe.

Creo que ahora logré explicarme mejor: sólo los sacerdotes formados en Quimera, en el Templo de la Creación, estaban facultados para utilizar ese artefacto semidivino. Colgadas de un cordón siempre encendido como una luciérnaga escarlata, los sacerdotes autorizados llevaban las piedras al cuello —lo cual podría ser falsificado por cualquier farsante— y la utilizaban cuando era necesario —lo cual ningún farsante podría hacer jamás.

Pero no sólo eso era suficiente para que los poderes y las peticiones se cumplieran. En realidad, tampoco bastaba con la fe. No era que un sacerdote que perdiera su casa durante un incendio iniciado por una antorcha derribada por un vendaval pudiera tomar la Piedra de la Creación y reconstruirla en nombre de la fe. Ni siquiera tendría el derecho de usarla para obtener dinero y comprar pan. Había un detalle diferente, esencial, determinado por el Creador, para que la piedra funcionara, y era que toda petición debía ser hecha por los sacerdotes con una fe pura, sin buscar un beneficio propio ni una ganancia personal.

Debía ser, por lo tanto, un pedido puro, verdadero, honesto y fidedigno. Nada más de lo que se enseñaba en las lecciones escritas y transmitidas por los avatares y otros representantes semidivinos del reino de las hadas, como el sagrado Cristo —que

Mantaquim lo proteja—, Merlín Ambrosius. Y qué difícil es dar rienda suelta a la mente cuando no es en provecho de uno mismo.

Por todo eso, la Piedra de la Creación era el artefacto más poderoso del mundo, pero sólo en manos de los mayores devotos del mundo. Constituía un elemento de luz, destinado a traer luz. Y todo el sacerdocio sabía que «la luz es sólo un cuerpo en bruto de energía semidivina».

Cuando un sacerdote moría y su alma, esperamos, se encaminaba a Mantaquim, su Piedra de la Creación se clavaba en un punto por encima del altar de ceremonias de su catedral, a modo de símbolo instituido en memoria de aquel siervo religioso. El aspecto de mayor misticismo en toda esa historia es que, en el momento de la muerte del siguiente sacerdote, la antigua piedra allí clavada se rompía y se convertía en polvo, transformándose en energía incluso antes de tocar el suelo. Y ese sitio quedaba vacío, a la espera de que la piedra del siguiente sacerdote fallecido fuera puesta en el lugar de su antecesora.

La Catedral de la Sagrada Creación de Andreeanne poseía, a mucha honra, la piedra encarnada del fallecido clérigo Manson, y Cecil siempre lo reverenciaba en los cultos locales, sin dejar de imaginar el día en que llegaría su turno de encaminarse al reino de las hadas y dejar en ese lugar su propia piedra, que portaba en el pecho.

Ese día podía estar lejos o muy cercano, según las decisiones y las actitudes que se viera obligado a tomar.

Y eso lo descubriría en breve.

Todavía era la noche del día de fuego cuando Axel Branford detuvo su recorrido. El corcel necesitaba descanso, alimentación y una buena noche de sueño. El único ser vivo que no parecía necesitarlo era el propio príncipe, que no podía dormir debido a las excesivas ganas de continuar. Bueno, en cuanto a esto, *Boris* se sentía fastidiado al respecto.

Tuhanny lo entendía. Siempre. El águila-dragón tenía el mismo deseo de su príncipe. Ahora sé qué difícil es explicar esa relación casi sobrenatural del príncipe con su mascota, pues en realidad he hablado muy poco, o casi nada, sobre *Tuhanny*. A lo largo de la narración no se ha contado ni siquiera la forma en que ambos se conocieron. Pero me acuerdo. ¡Ah, sí que me acuerdo bien de eso! Ya dije que un día, mas no hoy, ese encuentro será contado.

Pero no piensen que *Tuhanny* no estuvo presente antes en la historia de Axel. ¿Quién crees, por ejemplo, que era la estrella fugaz escarlata que bendijo el beso de Axel y María en la Catedral de la Sagrada Creación? En realidad, *Tuhanny* siempre acompañaba los pasos del príncipe, pero ella era la reina de los cielos, y allá en las alturas sólo podía ser vista cuando lo permitía. Sin embargo, Axel no necesitaba verla para saber dónde estaba, o si se encontraba bien o mal, ya que podía sentir lo que ella sentía.

Bueno, si el corcel estaba un poco fastidiado con la opinión de Axel, mucho menos le importaba la opinión de un águila, ya fuera común o un híbrido de dragón. Y por eso descansaba feliz de la vida sin ningún cargo de conciencia, pues en su mente sabía que debía correr sin destino, cargando a un loco en el lomo, sin entender nada más.

La hoguera estaba encendida por dos motivos: calentar el cuerpo y apartar a otros animales, aunque también existía la posibilidad de que otros seres vivos fueran atraídos por la misma. No importaba. Esa no era la preocupación de Axel en aquel momento. Muralla estaba a su lado. Despierto. A partir de entonces, cada veinticuatro

horas o más que no pudiera dormir influirían directamente en su estado físico o mental, lo que siempre debe ser pensado en grandes proporciones cuando se trata de un trol.

—¡Creo que erré mis cálculos, Muralla!

—¿Por qué lo dices? —preguntó el trol, mientras mordía un pedazo de muslo de pollo asado allí en la hoguera. Así como lo comía cocido, también lo habría podido hacer crudo.

—Creo que deberíamos estar mucho más lejos. A este paso me temo que nos tomará mucho más de cuatro días llegar a nuestro destino. En verdad, aquí entre nos, Axel se había engañado a sí mismo. Aún en el más veloz de los corceles, su viaje habría tomado al menos una semana de cabalgata sin descanso para llegar desde Andreanne hasta las Siete Montañas.

Dicho esto, continuemos:

—Entonces descansen en Metropólitan y también en otra ciudad que esté en el camino.

—¿No te traerá malos recuerdos volver a Metropólitan?

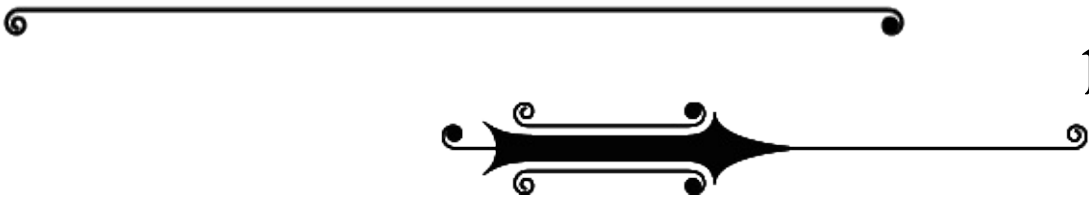
—No, mi señor. Ahora soy libre, miembro de una comitiva real, y eso significa volver por todo lo alto para un trol ceniciento.

—Ciertamente, mi buen amigo. Y creo que tienes razón. Ya que el viaje demorará más de lo que yo esperaba, descansen entonces como es debido. Paremos en Metropólitan para descansar, ¿está bien?

El trol sonrió, si es que los trols pueden hacerlo, y miró al cielo, donde en aquel momento la estrella más brillante era Christie, aquella que nunca se apaga. Y fue por estar hipnotizado con tanto brillo que no percibió la mirada distante de Axel Branford, una mirada que se debía a un deseo: una oración silenciosa hecha en ese momento, desde el fondo de su corazón intranquilo, al semidiós Creador.

Y seguramente el Creador lo escuchó.

¡Ah, sí, te garantizo con absoluta certeza que lo escuchó!



Nada impedía ya a Snail Galford entrar a la última cámara de aquella mansión de nobles corruptos, que negociaban en secreto con las Sombras la lucrativa venta de alucinógenos prohibidos que enloquecían poco a poco a sus usuarios. Snail no era ningún héroe que robaba a los ricos para dar a los pobres, como Robert de Locksley; tendía mucho más a ser un ladrón que robaba a los ricos para sí mismo, y sólo porque no tenía nada que robarle a los pobres. En ese momento, sin embargo, lo hacía como una misión para su líder, Corazón de Cocodrilo, y eso equivale a decir que lo hacía para sobrevivir.

El lugar era la noble mansión de la familia Gardner. La puerta que estaba abriendo, y esperaba que fuera la última, daba acceso al escritorio del señor Gardner, el jefe de familia y también el líder del tráfico de polvo de hadas. Allí estaría el collar de ciento ocho cuentas, considerado una de las joyas más caras del mundo, justo por ser única, sin réplica, y gozar de la fama de tener el poder místico de ciento ocho vidas, por haber sido utilizado a lo largo de la historia en los cánticos y los rituales de oración de ciento ocho monjes. Snail rompió al fin la cerradura y entró en el cuarto, de manera subrepticia como un roedor que no desea llamar la atención.

El lugar estaba oscuro, y la única iluminación era la Luna plateada que se veía por la ventana. El muchacho sabía que no sería necesario buscar ni desarmar ninguna trampa, lo cual resultó una sorpresa. Y la mayor sorpresa no se debió a consecuencia de esa información, sino a su causa: Snail notó que no necesitaría hacer nada, pues otra persona ya lo había hecho.

Una mujer.

Y si no entendiste el énfasis que puse en ese detalle, es porque entonces tampoco entendiste a profundidad la sorpresa que aquello provocó en Snail Galford. La ropa de ella era negra, justo como la de él, pero mucho más ligera y pegada al cuerpo. En

realidad, era una muchacha de tez blanca, cabellos lisos, pelirrojos y cortos, a la altura de los hombros, que aparentaba unos diecisiete años.

La distancia de la caja de madera encima de la mesa entre Snail y la joven, que también se sorprendió con su entrada, era la misma. Tanto, que Snail caminó hacia allí con calma, mientras la muchacha hacía lo mismo. Ambos se detuvieron, uno frente al otro, con la mesa y la codiciada caja entre ellos.

—¿Para quién trabajas? ¿Fantasmas? —preguntó Snail, con las manos en las bolsas de su saco negro.

—¿Acaso tengo cara de fantasma? —fue la respuesta maleducada que recibió.

—Peor que eso... —la calma de Snail y aquella otra expresión de burla daban la perfecta impresión de que ese día Ironía y Burla habían decidido materializarse en cuerpos humanos y asaltar al mismo tiempo la misma mansión.

—¿Me estás llamado «blanquilla»? —preguntó ella y a Snail le hizo gracia.

—Bueno, no iba a decir nada, pero...

—Pues si tengo cara de Fantasma, entonces tú debes de ser uno de los Sombras, ¿no?

—¿Acaso tengo cara de Sombra?

—Peor que eso... —y ambos sonrieron y transformaron la absurda situación en un absurdo todavía mayor.

—Bueno, me admira que hayas llegado hasta aquí. No me entiendas mal, pues no es nada personal, pero ahora debo llevarme el contenido de la caja —dijo Snail.

En realidad no le había pasado por la cabeza volver con Jamil sin lo que le había pedido. En todo caso podría quedarse sin cabeza para cualquier cosa que le pasara en el futuro.

—Y yo te digo que eso no sucederá...

—Niña, hablas con voz firme, pero tendrías que ser más rápida y mejor que yo en esto. Y, bueno, nadie lo es.

—Ya veremos.

Dos manos se colocaron en la mesa. La joven blanca destrabó la cerradura. El joven negro lo permitió. Ambos se miraron por otro instante.

«Y uno. Y dos. Y tres».

Ella abrió la caja. ¡Y a la mala, Snail cerró la tapa, con lo que estuvo a punto de magullar los dedos de la joven, que los retiró por reflejo!

—¡Idiota! Mis dedos...

—Ah, niña, primero crece antes de pretender jugar como la gente grande —y se volvió para irse.

—¡Eh! ¿Te das por vencido? —la muchacha habló con uno de los dedos todavía un poco rojo, metido en la boca—. Es una sabia decisión.

Snail se detuvo. Se volvió con cara de aburrimiento y un cinismo descarado:

—Tienes razón, niña. ¡Vamos, que quiero ver tu cara de tonta! Muéstrate.

La joven tembló. Aquel negro hablaba con una convicción inverosímil. Ella misma sabía que era imposible que hubiera logrado tomar la joya durante el mínimo intervalo en que ella abrió y él cerró la caja de madera, casi en sus dedos. ¡Más aún sin que ella lo hubiera visto! Era imposible. Tenía que ser imposible.

Sudando, abrió la caja.

Y descubrió que lo imposible no existía.

—¿Satisfecha?

—Piensas que soy idiota, ¿no? Es obvio que la caja ya estaba vacía y tú lo sabías. Te vas con las manos vacías tanto como yo —quizá la joven sólo intentara engañarlo, pero la provocación funcionó.

—Ah, cierto; debe ser una invención de mi mente, —Snail sacó de adentro de uno de sus bolsillos el apreciado, mítico, místico y valiosísimo collar de ciento ocho perlas.

—Gracias por entregarlo con tan buena voluntad, señor Sombra. Sabe muy bien cómo obsequiar a una mujer...

Snail no entendió, cuando menos al principio, el significado de aquello. Porque estaba a metros de la joven y con el objeto del deseo de ambos bien sujeto entre las manos. Sentía el peso de la joya y sabía que ella jamás se lograría acercar y arrebatarle aquella preciosidad, aunque fuera la ladrona más rápida del mundo.

Sería imposible.

Pero en el momento en que la joven estiró el brazo derecho y abrió la palma de la mano, todo cambió, pues la joya... bueno... salió volando como si hubiera cobrado vida y obtenido el libre albedrío de elegir a su dueño.

Así que desde la mano de Snail Galford ella misma se lanzó a la de la ladrona.

Y Snail Galford descubrió también que lo imposible no existía.

¶ Era ya muy tarde.
Pasaba de la medianoche.

Sin embargo, una vela, que ya había sido cambiada al menos tres o cuatro veces, se deformaba cada vez más a causa de la cera que se estaba derritiendo, y su luz se debilitaba como las olas del mar al aproximarse a la costa. Eso perjudicaba sobre todo —y puedo decir que en exclusiva, pues no había nadie más en aquella cámara— al anciano que se inclinaba sobre nuevos libros.

Sabino von Fígaro y su obsesión parecían haberse reactivado como hacía tiempo no ocurría. El viejo soldado de guerra estaba de regreso, al menos en su mente, y muy feliz por eso. Le gustaba enseñar, sin duda, pero aquello, el rompecabezas, el desafío, la importancia de descifrarlo, le erizaba los cabellos y hacía vibrar su espíritu. Había nacido para eso, y tal era su pensamiento constante, incluso al dormir. Si dormía, claro.

Leía libros que hablaban sobre tantas cosas y tantos asuntos, y todo lo buscaba y juntaba en su memoria, y releía las anotaciones tan bien hechas por la alumna María Hanson. Le buscaba alguna lógica. Sabía que ese era el secreto por descubrir. No era necesario que tuviera alguna lógica al principio: bastaba con reunir los hechos y observar sin emoción. Lo obvio se manifestaba entonces y el caso se resolvía. Cualquier caso se resolvía. Cualquier caso debía ser resuelto.

«¡Bruja!». Una mano intentó sujetar alguna parte de la ropa de la ladrona, pero era prácticamente imposible afianzar el pedazo de una ropa tan ajustada, más aún porque estaba pegada al cuerpo de una joven que daba piruetas y se movía como un felino.

La muchacha encontró gracioso el insulto y no le dio importancia. Tal vez porque debía aprovechar la sorpresa de Snail Galford al ver que la joya volaba de su mano a la de ella, para pasar a un lado del muchacho y salir por la única puerta de la habitación. Claro que eso no sería fácil, aun si trataba de ser más rápida que él. Así que la mejor idea fue decidirse por aquellos saltos espectaculares y de bellos efectos visuales.

Si distraes los ojos, distraes la mente.

El pobre ladrón tardó en reaccionar. Para él, lo sucedido era el ejemplo más real de brujería que había presenciado en su vida. Sí, pues no por vivir en el mundo de las hadas pensaba que la existencia de aquellas personas capaces de mover las joyas sin necesidad de tocarlas era posible. La ligereza de los movimientos de aquella ladrona provocaba que su mente se horrorizara al imaginar que, en cualquier momento, la desgraciada se transformaría en un gato negro y saldría corriendo con el botín que debería ser suyo.

Y allá fue la chica, en dirección a la puerta, rauda como una presa huyendo de un depredador. Y también con rapidez, pero sin la ligereza de la dama, partió el depredador, loco por la sangre de la presa elegida. Y aquel detalle, «loco por la sangre», resultó más real de lo que parece, pues Snail guardaba debajo de los bolsillos, tanto de los verdaderos como de los falsos, pequeños puñales que afilaba en sus momentos de ocio. Y eran muchos los momentos de ese tipo.

Cuando menos Snail sacó tres de sus pequeños puñales y partió en pos de la «bruja» que se había burlado de él. Uno de ellos salió volando y atravesó un corredor engalanado con pinturas de precios más altos que su valor artístico. Con toda

ligereza, la ladrona apoyó uno de los pies en la pared del corredor y se impulsó hacia atrás, de modo que trazó a la perfección un medio círculo de espaldas.

¡El puñal continuó su camino hasta clavarse en la pared!

Aquel salto hacia atrás le costó caro a la muchacha, pues la retrasó y disminuyó el tiempo y la distancia entre ella y su perseguidor. Snail, que venía corriendo como un tifón en busca de aniquilarla, estaba más cerca de ella que antes, y eso resultaba tan terrorífico que no tuvo tiempo de fingir que no la horrorizaba.

Sus ojos se desorbitaron.

La ladrona, que aún se recuperaba de aquella pirueta, vio al joven negro como la cerveza oscura aproximarse con un puñal en cada mano, listo para cortarla. No había forma de obtener un nuevo impulso para dar un salto o intentar correr de nuevo. No había tiempo. El golpe era inminente. Y sería fatal.

Entonces el cuerpo femenino se curvó hacia atrás.

Fue un movimiento tan involuntario, que la propia gimnasta se sorprendió. Puro reflejo. Y desesperación. Los hombros se doblaron para sostener el peso, y la cabeza se proyectó por debajo de la línea de la cintura, hasta formar una u invertida. El golpe del puñal trazó un semicírculo horizontal que habría alcanzado a la bruja en el cuello, si es que el cuello se hubiera quedado en su lugar.

El resultado fue una situación patética en la que Snail se vio a sí mismo y a su golpe pasar de largo como si nada, en el vacío, como un toro que avanza sobre un torero para embestir una tela roja —el cual era un espectáculo muy poco apreciado en las tierras de Arzallum, pero bastante popular en el reino de Minotaurus.

—¡Ole! —exclamó la chica y logró irritar aún más al joven ladrón.

Tal vez a causa de esta furia Snail utilizó tan bien la inercia a su favor, al punto de parar el brusco avance y retroceder en dirección opuesta tan rápido como un animal salvaje que se diera media vuelta. Incluso la joven ladrona se sorprendió —una vez más— con tan espantosa reacción, tanto que dejó las burlas de lado. Hacia ella se abalanzaba un muchacho airado con dos puñales en las manos, y hacía danzar las dos láminas de acero en movimiento como si fueran el símbolo del infinito ante el cuerpo que en un momento harían pedazos si lo alcanzaban.

Cómo me gustaría que hubieras estado allí para atestiguarlo. Pues una de las cosas más impresionantes y terroríficas que se ha visto en Nueva Éter fue a Snail Galford haciendo bailar esas láminas de manera tan poética y al mismo tiempo tan fatal, mientras que una ladrona asustada, que ya no intentaba hacer ni el esfuerzo por ocultar el temor, hacía danzar su propio tronco con movimientos frenéticos en todas direcciones, rezando para no encontrarse con aquellos metales afilados. Y mientras las piernas del atacante avanzaban, las de la dama retrocedían en dirección a la ventana al final del corredor.

El resultado de aquel baile macabro parecía ser la muerte de la joven o la visión

de aquellos puñales cayendo por la ventana. Había una antorcha cerca de esta, y en ella la ladrona decidió apostar su última esperanza de sobrevivir.

Y así lo hizo.

Un corte.

No fue un corte profundo ni suficiente para quitarte la vida, pero al menos sí para hacerla sangrar. Pero la adrenalina le impedía sentir dolor en medio de aquella danza macabra, que realizaba entre el balanceo del cuerpo y el avance mortal de los puñales de aquel rudo caballero.

¡Ah, sí, la antorcha! Ella la buscó en medio de aquellos movimientos fríamente calculados. De haberle preguntado, podría haber dicho que le rezó al Acaso para que la ayudara. Golpeó desde abajo hacia arriba, en la base, con el dorso de la mano derecha, para liberarla del soporte y elevarla lo suficiente para sostenerla con los dedos de una mano. Y en cuanto la atrapó, la giró hacia el frente, con lo que creó un círculo de fuego que apartó a su atacante en forma instantánea, al cegarlos de manera temporal.

El tiempo resultó el previsto para que ella mirara por la ventana y calculara la altura hasta el tejado de una habitación más baja, al lado de aquella en que se encontraba. El salto era posible. Al menos para ella. Y por eso se impulsó hacia atrás, para quedar en cuclillas en el parapeto de la ventana, en una posición aparentemente confortable. Volvió a sonreír, como si ya no tuviera miedo, mientras su agresor intentaba enfocar de nuevo.

—¡Aquí me despido, guapo!

—¡Está bien! ¡Pero no olvides caer de cabeza! —Snail se sentía de nuevo en condiciones de atacar, pues había recuperado la visión; mas no lo hizo.

A la dama le extrañó tal actitud, y ese fue el principal de la ladrona. ¡Pues fue por esa extrañeza que ella, en vez de saltar, miró aquellas manos furtivas del muchacho, que intentaban ocultar una joya de ciento ocho cuentas! ¡La misma que debería estar en su poder!

Snail la había recuperado una vez más.

«¿Pero quién es este demonio?», se preguntó silenciosamente. Al fin se dio cuenta de que el momento en que lo cegó de manera temporal había sido suficiente para sacarle la joya sin que ella lo notara. De seguro la había tomado sin ver lo que hacía, impulsado apenas por el instinto y su habilidad anormal como carterista.

—¡Oye, tienes algo que me pertenece! —dijo ella.

—Eh, qué idea es esa...

—Bueno, al menos hasta que aparezca el dueño, lo que ocurrirá en unos... doce segundos.

—¡Nadie se aproxima! ¡Sólo alardeas! No caeré de nuevo en tu juego, niña.

—Ah, ¿en verdad no puedes escucharlo? Pensé que estabas bien entrenado... —

podía tratarse de una actuación, y acaso lo fuera, pero aquel que miraba a aquella muchacha pelirroja tuvo la impresión de que en menos de ocho segundos el señor Gardner, o algo peor, aparecería por aquel corredor.

Snail quería mirar para atrás, pero sabía que nunca se debe desviar la mirada de una bruja. No por misticismo, sino por mera precaución, pues aquellos monstruos incluso pueden invocar a un demonio en tan breve parpadeo.

—No, el juego acabó. —Snail apuntó con el índice a la muchacha. El problema fue que le temblaba, lo cual delató su nerviosismo. Con base en eso, ella se puso en pie en el parapeto y se impulsó para caer hacia atrás.

—¡Está bien, querido! No digas que no lo intenté... —la gravedad comenzó a ejercer su influencia sobre su cuerpo.

Sudando frío como nunca, Snail se desconcertó un poco, preguntándose si era verdad lo que decía la joven. Verla caer hacia atrás, sin la joya tan apreciada para ambos, aumentó su ansiedad. Y no resistió la tentación de comprobar si alardeaba o no ante el hecho de que el señor Gardner estuviera a pocos segundos de aparecer.

Miró hacia atrás... y no vio ni escuchó nada en el corredor. Pero esa mirada nerviosa fue suficiente para sujetar con mucho menos firmeza la joya que debía llevar a Corazón de Cocodrilo. Y en ese momento la ladrona estiró la mano izquierda y de nuevo arrebató la joya de la mano de Snail, que voló hacia la suya como si cobrara vida propia.

—¡Eres un amor! —y ella se dejó caer, seguida por aquella joya con vida propia hasta que se posó en sus manos. Mas no siguió el consejo de caer de cabeza, sino que cayó con uno más de sus giros felinos para amortiguarla y descender con ligereza la distancia de unos cuatro metros desde la ventana hasta el tejado de la habitación de al lado; nada que no hubiera hecho antes.

—¡Nooo! —gritó el negro, mientras corría a la ventana—. ¡Sabía que mentías, brujaaa!

—¡Pues yo sólo sé que, si das un paso más o dices alguna otra cosa, te arrancaré la cabeza, vagabundo!

Snail miró hacia el corredor.

Un noble —criminal, es verdad, pero dentro de su propia casa— le apuntaba con una escopeta. Tendría unos cuarenta años, la barba desarreglada y la fuerza suficiente para conseguir no sólo apretar el duro gatillo de aquella arma, sino también para impedir que el violento retroceso del arma lo derribara. Por eso Snail Galford no se atrevió a decir nada y alzó los brazos.

Sin embargo, sus pensamientos no podían ser sometidos ni prohibidos, por lo que le martillaban el cerebro con dos avisos incesantes: uno, que efectivamente sólo habían pasado unos doce segundos desde el aviso de la muchacha. Y el otro, para recordarle que nunca, en ningún caso, se debe desviar la mirada de una bruja.

Se maneció. O casi.

La aurora boreal que ratificaría el nacimiento del día de la Tierra, el quinto de los días que había, todavía no se asomaba, y cuando eso ocurre es porque no debes dudar respecto de que si alguien ya está despierto para presenciara, de seguro quedará extasiado. Pero si Axel ya no quería seguir durmiendo, mucho menos tenía ganas de esperar para continuar su viaje. Y así, antes de que se vislumbrara la claridad solar, el corcel y el mamut de guerra ya estaban en camino.

Admito que la saga de aquellos dos sería perfecta para realizar un lindo cuadro a manos de un buen pintor. Porque la mirada de obstinación del príncipe y la seriedad del corcel, además de sus compañeros de viaje, curiosos y no menos decididos, eran un espectáculo bonito de ver. Escuchar aquel galope suave y aquel pesado impacto de las patas del mamut adolescente daba la impresión de que los héroes o protagonistas de cuentos heroicos —sea cual sea la diferencia—, de esos que el mundo siempre requiere, se dirigían a los lugares que necesitaban, porque los héroes siempre se dirigen hacia allá aunque no lo sepan.

Y cuando surgió la aurora, el cuadro que jamás sería pintado se volvió aún más hermoso, allí estaban presentes y encarnados la obstinación, el heroísmo y el coraje. Los árboles ubicados a ambos lados del camino de tierra por donde venían, parecían reverenciar a la alteza que recorría sus territorios. En ese cuadro imaginario tampoco faltaría el águila-dragón, señora de los cielos, tocada por los rayos de la estrella matutina, más como si fuera una extensión del Sol que un animal fantástico en pleno vuelo semidivino. El resto estaba en la naturaleza, pues resultaba bella más de lo que cualquier pintor sería capaz de retratar.

El lugar por donde pasaban el hombre y el trol era una arboleda, y mirando a lo lejos, si ese «lejos» era el oeste, se veían las Siete Montañas. Pero si en vez de mirar al oeste se mirara al norte, entonces la visión habría sido la aurora y resultaría difícil decidir qué era más hermoso de contemplar.

Los árboles de aquella región, llamada popularmente Denims, nombre que también recibía el camino, se erguían entre seis y doce metros de altura, y sus frutos eran rojos y en forma de manzanas, pero mucho más dulces y sabrosos. De ahí su interesante nombre: manzana dulce. El camino de tierra había sido hecho muchos años atrás, antes de que se soñara con una Cacería de Brujas, y por mucho tiempo recibió comitivas de Andeanne dispuestas a conocer la Arena de Hierro y el comercio de Metropólitan, hábito que persiste hasta hoy. También era común que las personas se acomodaran y durmieran en campamentos improvisados. Incluso los viajes de aventureros o comerciantes solitarios eran considerados normales y a nadie le causaban extrañeza.

Ahora, no me digas que era normal ver a una señora de edad muy avanzada, y lo digo según los estándares humanos, pues con ello harías reír a un elfo, si existieran, o a un gigante, que como todos saben son reales, si dijeras que noventa años son más que una infancia y lo mismo que una vejez. Sin embargo, para los estándares humanos, noventa años caracterizaban a un anciano, y cualquier humano lo sabe bien.

Pues allí, en ese momento, una señora de noventa años se encontraba en aquel camino, solitaria y sin montura, tirada en el suelo y al parecer inconsciente, y que nadie en el mundo intentó convencerme de que eso era normal.

Ni a mí ni al príncipe real.

Día de la Tierra.
El quinto de los cinco en Nueva Éter. Era la jornada de asueto para hombres, mujeres y niños, que trabajaban o estudiaban los otros cuatro. No importa si aquel era el primero, el segundo o cualquier otro de los días, mas no el quinto, pues nadie se olvidaría de la carnicería ocurrida en el pasado día de fuego sólo por haber dormido muy mal una noche.

El estado de sitio entraría en vigor y sería seguido de manera rigurosa a partir de aquel día. Las campanas ya estaban en posición para tañer en los momentos correctos, y los cuchicheos de la gente en las calles no permitían que nadie se olvidara de los cambios que sobrevendrían. Ya que el mal había retornado, las personas de bien deseaban extinguirlo otra vez.

Como debe resultarte fácil apreciar, la energía en Andreanne se sentía pesada, triste, lúgubre. Las personas casi no salían de casa, el comercio permanecía cerrado e incluso la Majestad no funcionaría para otra representación de Cazadores de Brujas, como venía ocurriendo dos veces por jornada cada día de la Tierra. La propia compañía de teatro se había reunido para pensar si no sería mejor marcharse a otra ciudad, pues pasaría un tiempo hasta que Andreanne superara las consecuencias del ataque.

Algunos locales abrieron sus puertas ese día, y sólo por órdenes del monarca. Uno de ellos era la Biblioteca Real, que no estaba del todo vacía, ya que había tres personas allí, una de las cuales era la señora Stephanie, su bibliotecaria. Tal vez no te cause mucha extrañeza que las otras dos personas que no dejaron a la señora Stephanie inmersa en soledad eran los hermanos María y João Hanson.

Frente a ellos, libros. Muchos libros. João había conversado con su hermana sobre los extraños dibujos que había visto, y María le había dicho muy poco sobre el profesor Sabino y sus complicadas teorías. Pero ambos estaban allí, investigando sobre asuntos por los cuales la señora Stephanie jamás había visto a algún joven

interesarse en la ciudad.

Eran obras que trataban de asuntos como idiomas antiguos, culturas de antepasados, rituales extraños y hasta ocultismo. María trazó las figuras descritas por João, y juntos buscaban entender si aquello era un mensaje o un dibujo. João también intentaba armar un rompecabezas que al principio parecía sin lógica, o acaso no.

—No... no tienen parecido con el alfabeto vannoniano —dijo María, en relación con el idioma hablado en una época en que la región donde hoy se localiza Carabás era conocida como Vannon, y cerró un pesado, viejo y empolvado libro—. ¿Encontraste algo?

—Uf... ¡no! ¡Pero sigo pensando que aquello era un dibujo! Parecido a un grafiti, ¿sabes? —concluyó João, sin quitar los ojos de un libro de ocultismo con figuras extrañas.

—¡Tal vez sí! ¡Ah! ¿Será que arreglarán hoy mismo la estatua de Primo? Se ve horrible sin cabeza, ¿no? —María cambió el tema.

—Es verdad. ¡Y también estaba pintada! ¡Diablos! ¡No logro entender nada!

—Pintada, ¿eh? —María desenfocó la mirada, cansada de hojear libros.

—Sí. ¡Mira, me rindo! Debe ser idiota pensar que hay algo más en esas pintas.

—João... ¿esas pintas que viste en casa del señor Basbaum quedaban frente a una ventana? —ni María podría haber explicado muy bien por qué le había venido tal razonamiento a la mente.

—¿Cómo? Quieres preguntar algo más difícil, ¿no?

—En serio, recuerda el lugar. ¡Toma, dibuja aquí la sala que viste!

Y María observó a João recrear aquel sitio. Él se tardó, y sus dudas radicaban justo en la posición de la ventana, pues sabía que ese era el detalle más importante para su hermana, aunque ni él ni ella supieran bien por qué. De cualquier forma, dibujar le hizo bien a su memoria y al fin recordó el lugar exacto, aunque no con tanta certeza como lo afirmo yo ahora. ¡Ah, sí, la ventana estaba en la dirección del mensaje!

—¡Mira, creo que era así! ¡Pero no puedo decirlo con certeza!

María no lo escuchó. Estaba concentrada en la información recibida, y más parecía su profesor, haciendo una y otra vez sonidos parecidos a «ejem, ejem».

—Vi algunas casas con el profesor, pero ninguna de ellas tenía la pared hacia la ventana pintada. ¡Esta es la primera!

—¿Cuál es la diferencia de que esté o no en dirección a la ventana?

—¡Vamos, João, razona! —María fue un poco brusca, pero estaba tan concentrada en llegar a alguna conclusión, que ni siquiera lo notó.

—Uf... —nota que João se podría haber hecho la víctima o enfadado con su hermana, pero sabía que si ella le ordenaba razonar, era porque no estaba tan concentrado como debería—. ¿Entonces crees que esos mensajes eran un aviso para

alguien? ¿Por eso estaban frente a la ventana?

—¡Exactamente! —María sonrió satisfecha—. ¡Eso era lo que buscaba el profesor!

—¿Y cómo vamos a tener la seguridad de eso, María?

—¡Porque ahora mismo nos vamos para allá!

Boris, el corcel, frenó en un impulso. *Pacato*, el mamut de guerra adiescente, que venía atrás, apenas tuvo tiempo de imitar la inesperada parada. El ~~cu~~ dragón sólo bailó un poco en su salón de nitrógeno y descendió al suelo, como pocas veces lo hacía. Cuando Muralla logró bajar del lomo de su montura, Axel ya estaba socorriendo a la pobre señora en el suelo de tierra.

—¡Muralla, agua! ¡Rápido! —y para un trol, que suele ser más pesado que rápido, Muralla actuó con rapidez.

Axel dio de beber a la señora con cuidado y mojó el rostro envejecido y febril, típico de quien lleva horas sin comer y, sobre todo, sin beber nada. Poco a poco le regresó el habla, en especial tras comer una de las manzanas dulces recogidas por ellos en el camino.

—Gracias, hijo mío —dijo, sin reconocer al príncipe—. Fui atacada por monstruos asaltantes, los cuales se llevaron mi burro y mi carreta. Yo no tenía dinero, así que se llevaron mis hierbas... ¡Mi Creador, mis hierbas...! —la frase no fue dicha con esa rapidez, pero gastaríamos mucho más tiempo de la narración si lo reprodujéramos a la velocidad original.

—Señora, mi nombre es Axel Terra Branford y veo que necesita cuidados médicos que no puedo ofrecerle aquí —esta ni siquiera pareció reconocerlo cuando le dijo su nombre—. Estamos en camino a Metropólitan, y podría recibir los cuidados que necesita, allá también puedo buscar a la autoridad local e intentar encontrar a los hombres que le hicieron tamaña cobardía. ¿Quiere viajar con nosotros?

—Muy gentil de su parte, mi joven. Pero no puedo. No, no puedo... —y necesitó un tiempo más para tomar aliento y volver a hablar; curiosamente llevaba plantas y raíces en las manos, iguales a otras que se veían esparcidas en el camino—. Debo volver a Andreanne lo más rápido posible. Mi hija está muriendo y sólo yo sé cómo tratar esa fiebre que la mata poco a poco. Es un remedio de familia que me hacía mi madre, que a su vez la madre de ella aprendió con una antigua abuela. Nosotras las

mujeres la hacemos en un té, y estoy segura de que eso la salvará. Sí, la salvará. Ellos se llevaron mis hierbas, pero conservé un poco antes de que partieran. ¡Oh, buenas hadas, espero que se salve! Pero tengo miedo. Miedo de no llegar a tiempo... A tiempo de... Oh, mi Creador... —la mujer miró hacia abajo. Su dilema era obvio.

Axel miró hacia el este. Andreanne estaba abajo. Él ya había recorrido más de medio camino hasta Metropólitan, y sabía cuánto tardaría esa señora en llegar a la ciudad. La vida de la hija en verdad parecía amenazada, si es que sólo ella era capaz de preparar el té milagroso, fuera lo que fuera la sustancia que contenía.

El príncipe miró hacia Metropólitan y luego al cielo. Sabía que, incluso en un corcel común, tal vez no llegaría a tiempo. Se necesitaría más que un corcel: al mejor de todos.

Se necesitaba a *Boris*.

Sin embargo, si él se lo cediera, habría que agregar más días a su viaje y a sus propios planes, ya de por sí frustrados. Suspiró. Estaba confundido y no sabía qué hacer, si actuar con la cabeza o con el corazón, lo que era muy típico en un ser humano. Entonces miró a los ojos de *Tuhanny*, que lo observaba muy de cerca. La mirada de un águila-dragón intimida a cualquiera, pues regresa la imagen en forma distorsionada, al reflejar los sentimientos del individuo.

En este caso Axel se miró en aquellos ojos con expresiones confusas, optando entre la razón y la emoción. La primera le ordenaba seguir, pues no podía cambiar al mundo por sí solo, y lo más probable era que, aun entregando su corcel, y aun si *Boris* daba todo de sí, la hija de la señora moriría, mientras que la segunda exigía entregar el caballo, pues mientras hubiera vida, habría esperanza.

Muralla lo observaba de lejos, agradecido de estar en la piel de un trol y no en la del humano.

Entonces el príncipe tomó la decisión:

—*Boris* será la mejor montura que podría encontrar en todo el reino, buena señora. Venga, monte a este animal, que la llevará con la rapidez del viento y a tiempo para salvar a su hija. Rezaré al Creador por eso...

Para tomar esa decisión, Axel había sopesado los conflictos de su pensamiento y modificó la visión específica con que se enfrentaba a la situación. Entonces su razón reparó en que el dilema allí no era más complejo que lo siguiente: la disculpa para desear seguir, la de que no podría cambiar el mundo por sí solo, no pasaba de ser otra modalidad del egocentrismo y sus derivados, ya que el ego contempla a un individuo diferente e independiente de otro, de manera que si, por ejemplo, yo te lastimo, eso no me causará daño alguno. Además de eso, el ego cree en la autopreservación. El argumento esgrimido, que no habría tiempo suficiente aunque le entregara a *Boris*, era una forma matizada de no sentirse culpable y de transferir la culpa a un tercero inocente: el propio tiempo. Además de eso, si la señora había sido asaltada y

lastimada en Arzallum, la responsabilidad recaía por necesidad en las autoridades que la gobernaban, y la mayor autoridad de todas era su propio padre.

Lo mínimo que él podía hacer era entregar su corcel y salvar la vida de la joven. Era su obligación. Mientras hubiera vida habría esperanza. Sí. Y así se hizo. Muralla inclinó la cabeza, en aceptación de aquel acto de grandeza, pero a sabiendas de que con ello no sólo agrandarían el tiempo de su viaje, sino también las provisiones, sobre todo las reservas de agua, pues no era aconsejable sobrecargar a *Pacato*, que de por sí tendría en Axel un peso extra.

—Antes de que parta, señora, ¿me diría cómo eran los hombres que le hicieron daño? —preguntó el príncipe.

—¡No eran hombres, mi joven, sino humanoides! ¡Tenían la piel color azul y la cara de puerco o jabalí, si no me engaño! ¡Sí que daban miedo! ¡Y eran tres! Siguieron en dirección a Metropólitan, creo...

—¡Que tenga un buen viaje y dele mis recuerdos a su hija! Estoy seguro de que todo saldrá bien —dijo Axel, mientras *Boris* comenzaba a andar—. ¡Orcos! Temerarios como siempre. ¿Cómo pueden asaltar a alguien en medio de Denims? ¡Vamos, con suerte todavía los encontramos!

A Muralla le hizo gracia el comentario y sujetó las riendas del mamut. En un segundo, cuando la señora ya estaba en pleno galope en dirección a Andreanne, el príncipe montó en el lomo del mastodonte junto a su guardaespaldas, pensando amortiguar en alguna forma las consecuencias del imprevisto.

—¿Cómo haces para tomar las decisiones importantes? —preguntó Muralla, mientras guiaba a *Pacato*.

—Elijiendo siempre lo que considero correcto.

—¿Y cómo es que nunca titubeas al tomar la decisión, incluso a sabiendas de que lo «correcto» te perjudicará, al menos de manera momentánea? —eso era algo en verdad complicado para la mente de un trol, pues esa raza concibe la vida en forma diferente a los humanos, lo cual resulta natural, o de lo contrario serían humanos y no trols.

—Con fe.

Casa de los Basbaum.
La residencia invadida seguía intacta y sólo al día siguiente una autoridad real tomaría alguna providencia al respecto. La joven se detuvo en la entrada, en busca de algo. Era increíble la influencia de Sabino sobre ella, pues había modificado de manera paulatina, y en un tiempo muy corto de relación, incluso su manera de razonar y observar las cosas y a las personas.

—¿Qué crees que signifique? —preguntó João.

Estaban frente a algo del todo imperceptible el día anterior, pero en lo que María parecía haberse interesado ahora: un dibujo que les recordaba a un murciélago negro como el ébano en la pared de entrada, cerca de la puerta.

—No sé si es el mismo, pero se parece al que está pintado en la estatua. Pero bien puede haberlos a montones en otras casas.

—Sí, a lo mejor... —João se encogió de hombros y continuó hacia el interior de la cabaña.

Luego de que ambos entraron, María observó con cuidado los dibujos descritos por su hermano, que seguían en las paredes pintados con un rojo sangre y bastante legibles.

—¡Oye, João! ¡Es aquí!

—¿Aquí qué?

—Esta casa. Aquellos hombres se encontraban detrás de algo que consiguieron en esta misma casa. Estos dibujos que apuntan hacia la ventana tenían el objetivo de informar eso a alguien que mirara desde afuera. O al lo menos eso creo.

—¡Caray! ¿Será? ¿Pero qué podría haber de valor aquí, en casa de los Basbaum?

—No sé; echemos un vistazo.

Pero ni João ni María descubrirían aquello que buscaban, pues un estrépito hizo crujir la madera. Una gota de sudor les recorrió el cuello. Las manos comenzaron a temblarles. Los cabellos de ambos se erizaron. Los corazones les latieron como si

fueran a salirseles por la boca. La nariz de João volvió a sangrar.

Y ambos se percataron de que no estaban solos, como habían pensado, en aquel lugar.

Existía en Andreanne un lugar ya mencionado, llamado la Jaula. Se trataba del sitio donde eran enviados los presos de la ciudad. Ese nombre no era exactamente el oficial, pero sí el más popular, y su seguridad no era la máxima, sino tan sólo la suficiente. Sin embargo, la Jaula era un lugar seguro para mantener a los peores tipos «enjaulados», y la mayoría de esas personas pertenecía a las facciones criminales de las Sombras y los Fantasmas, situación que había llevado a dividirla en distintas alas para que estos no pudieran encontrarse jamás.

Allí varias personas vivían esperando. A la espera del día en que ellos mismos se convirtieran en mejores individuos, cuando menos a los ojos de su sociedad. Si hubiera dependido tan sólo de esa otra «mirada», habrían permanecido encerrados para siempre, pues nadie en aquella sociedad, con excepción de uno que otro pariente, solía acercarse a aquellas puertas ni siquiera en los días de visita. La vida allí era mala por el confinamiento, como en cualquier presidio; pero cuando hablamos en particular del trato que se les daba a los internos, es posible afirmar que no era tan malo. Los presos recibían uniformes, una buena alimentación, así como el encargo de diversos trabajos manuales para pagar aquello que consumían del reino. En las celdas no había sobrepoblación y se ponía todo el cuidado para evitar guerras entre facciones. Pero, como dije ya, pocas visitas asistían a ese lugar, por lo que Sombras y Fantasmas eran los que más se veían en realidad en un sitio como aquel.

Imagina entonces la extrañeza y las murmuraciones que causaría allí la presencia real.

El monarca Primo Branford andaba por aquellos corredores con su característica arrogancia y la capa arrastrando por el suelo, acompañado de soldados de expresiones herméticas. Primo pasó ante varias celdas y ninguno de aquellos enjaulados se atrevió a hacer ni decir broma alguna. Y digo más: contenían la respiración de manera que sólo cuando tenían la seguridad de que Primo ya había pasado por sus jaulas, volvían a respirar con normalidad.

Tras pasearse por algunos corredores, el Rey se detuvo al fin en la entrada de una pequeña sala. Esperándolo ya estaba el señor Gedd, que hacía años era el competente director de la prisión, acompañado por algunos guardias reales. Como de costumbre, todos los presentes hicieron la característica reverencia al monarca.

—¿Está él allí?

—Sí, su majestad —el director apuntó a la entrada de la sala como si hiciera otra reverencia—. El hombre está allí.

Primo entró. Tres guardas lo siguieron. Al final lo hizo el director. La sala era pequeña, estrecha, de esas que causan horror entre los claustrofóbicos e intimidan incluso a las personas acostumbradas a vivir en casas más pequeñas. La silla donde se sentaba el hombre tenía las patas traseras más cortas que las delanteras, un detalle que obligaba al preso a hundirse en ella para acomodarse en un ángulo inclinado, de modo que miraba a sus interrogadores de abajo hacia arriba. Esto se hacía a propósito, con el fin de intimidar al interrogado y dar la impresión de que la figura del inquisidor era mucho mayor y amedrentadora de lo que en realidad era.

El rey observó al hombre vestido con el uniforme de presidio, las manos y las piernas esposadas. De haber podido, incluso los soldados lo habrían amordazado para evitar cualquier ataque imprevisto o comportamiento inadecuado en presencia de Primo. Pero el motivo de aquello era hacerlo hablar y responder preguntas, por lo que la mordaza no era viable. «Por desgracia», pensaba el señor Gedd.

—¡Déjenos solos! —dijo el rey. Y si ya es difícil imaginar la sorpresa de los guardias, intenta explicar la del señor Gedd, que estuvo a punto de escupir la dentadura.

—Pero su majestad, no...

—¿Es que ahora incluso el rey necesita repetir órdenes?

—No, majestad —se disculpó el director mientras se retiraba con los guardias—. ¡Cualquier cosa, por mínima que sea, sólo grite y estaremos aquí antes de que su voz termine de escucharse!

Una vez que Gedd salió, Primo se acercó al hombre y reparó en su piel negra como el chapopote. La expresión de ambos era seria, pues sabían que debían encarar aquella conversación con bastante gravedad.

—¿Cómo te llamas, muchacho?

—Galford. Snail Galford... majestad. —Snail recordó la forma correcta para tratar al rey empleada por el propio Gedd antes de retirarse de la sala.

—Por lo que supe, fuiste capturado esta madrugada...

—Sí... —Snail miraba al suelo y sólo levantaba la vista cuando le era imposible evitarlo. Como he explicado, la arquitectura y la proyección de la sala y de la silla estaban diseñadas para convertir ese momento en el más intimidatorio posible, ni qué decir cuando se estaba ante un Rey malhumorado. Primo tampoco utilizaba las

formas acostumbradas, como en la Sala Redonda ante sus consejeros, sino que aquí su lenguaje era agresivo y con un estilo más popular.

—¿Sabes lo que sucedió en esta ciudad el día anterior, Galford?

—Sí, por desgracia estoy enterado de ello, señor... —él no sabía si era viable usar «señor» en lugar de «majestad», pero hizo la prueba.

—¿«Por desgracia», Galford? —el Rey hizo un gesto de extrañeza.

Snail no era tonto. Estaba muy lejos serlo. Sabía muy bien a lo que el Rey se refería y no pretendía enredar más la situación ni fingir que no entendía lo que ocurría allí.

—Sí, señor —como Primo no reclamó ante tal tratamiento, Snail resolvió darse el derecho de usarlo cuando quisiera—. A pesar de ser integrante de la tropa de piratas de Jamil Corazón de Cocodrilo, no tomé parte en la masacre del puerto ni conocía las proporciones que alcanzaría.

—¿«Piratas»? ¡Supe que formas parte de la facción criminal conocida como las Sombras! Dime cuál es la verdad.

—¿Acaso tengo cara de Sombra, señor? —Snail estaba tan loco que fue incapaz de resistir la tentación de hacerle esa pregunta al más grande de todos los reyes.

—¡Tienes cara de lo que eres! —Primo elevó el tono de voz, y eso fue suficiente para que Snail tuviera la sensación de que estaba por tragarse su propia manzana de Adán—. ¡Aquí el que hace las preguntas soy yo! ¿O no lo tienes claro?

—Ciertamente. Ciertamente, majestad... —el golpe había sido tan fuerte que el ladrón resolvió quitarse el derecho de dirigirse al rey como «señor».

—Repito: ¿formas parte de la organización criminal de las Sombras, Snail Galford?

—No, majestad. Sólo soy su aliado momentáneo —dijo, mirando nuevamente hacia abajo, con la voz tan mansa como un gato que usara botas y quizá, por ventura, tuviera la facultad de hablar con su amo.

—Bien. Creo que ahora comenzamos a entendernos. Sigamos así entonces; continúa y dime cuanto sepas, pues estoy seguro de que me encantará escucharlo. ¡Por mi parte te garantizo que, a cambio, no te arrepentirás! Te juro que no.

«Palabra de rey».

—¡Me admira mucho verla llegar hasta acá, María Hanson!
—La frase provenía de la fina voz del profesor Sabino, pero esta vez llena de malicia. Fue él también quien casi mató del susto a los hermanos Hanson cuando apareció de manera sorpresiva en la oscuridad de la casa de los Basbaum. Tenía esa sonrisa delicada en la boca, aunada a la mirada de quien observa todas las cosas del mundo al mismo tiempo.

—¡Profesor! ¡Casi nos mata del susto!

—Vamos, sin exageraciones, que no soy tan feo. —João celebró la broma del profesor.

—¡No! Quise decir que...

—¡No lo dijo en serio, muchacha! —la tranquilizó João con energía, mientras limpiaba en sus ropas la sangre que le escurría de la nariz.

—Es verdad. Ahora, estuve escuchando lo que decían. —Sabino se acomodó en una poltrona, sonriente—. ¿Podrían repetir para mí el razonamiento que los guió hasta aquí? Es sólo para estar seguro de lo que ya imagino.

—¡Ah, claro! Bueno... João y yo buscábamos información en la Biblioteca Real, y... ¡João, tu nariz!

—¿Apenas te diste cuenta? No te preocupes, que al rato se me pasa.

—Bien, bien —interrumpió Sabino para evitar que María divagara—. ¿Y por qué fueron a mirar los libros de la Biblioteca Real, señorita Hanson?

—Ah, sí... Eso fue porque João me habló sobre las letras que había visto en la pared de esta casa...

—¿Letras? —Sabino inclinó ligeramente la cabeza y miró a María de abajo a arriba, como si le pidiera una confirmación de aquel detalle.

—En realidad, pensé que eso era un dibujo —corrigió João.

—¿Un... dibujo, señor Hanson? —nota que esta vez lo llamó «señor».

—¡Sí! Pero después me pareció que también podrían ser las letras «LV OP GN Y G»,

¿no cree usted? —João miró primero de nuevo a la pared, y después a Sabino, intrigado.

—¡Uf... interesante! ¡Muy interesante! ¡Pero no se preocupe por lo que crea yo, al menos no por ahora! ¡Prosigan, prosigan!

—Pues comparamos el dibujo con las figuras de muchos libros, sin que halláramos algo similar —dijo María, frustrada.

—¡Entiendo! ¿Y por qué regresaron aquí? ¿Para ver si el «dibujo» del señor Hanson se parecía?

—No. ¡Porque João me dijo que el dibujo quedaba frente a una ventana! —Sabino se sorprendió—. ¡Justo como no había ocurrido con ninguna de las otras pintas, al menos de la casa donde el señor y yo hicimos aquellas anotaciones!

Sabino torció el cuello un poco para el otro lado y se encogió ligeramente de hombros. Sonreía muy despacio, con los párpados apretados. Parecía que le agradaba lo que había escuchado. Mucho.

—Perspicaz, señorita Hanson. Muy perspicaz —era la primera vez que María escuchaba aquella palabra, «perspicaz», en boca de alguien—. ¿Entonces fue por eso, por ese detalle, que volvieron aquí?

—Sí. Quería ver otra vez los dibujos. ¡A veces todavía creo que no son letras! —dijo João.

—Y yo quería confirmar que quedaban frente a la ventana para contarle al señor —concluyó María.

Sabino rio, al principio por la sorpresa ante el último comentario, pero extendió la risa un poco más allá de lo necesario para una mera sorpresa boba como aquella, ante lo que María preguntó:

—¿Cree que estamos en el camino correcto para resolver el misterio, profesor?

—¿En verdad quiere saberlo, señorita Hanson? ¡Estoy impresionado! Muy loable ha sido el razonamiento de ambos para volver aquí. Aunque las observaciones resulten fallidas, los razonamientos sean incompletos y hayan ignorado los detalles realmente importantes, ¡incluso así es loable que hayan llegado hasta aquí!

—¡¿Eh?! —preguntaron los hermanos al unísono, sorprendidos y sin tener la menor idea de si con esas palabras debían sentirse ofendidos o elogiados.

—No hagan esas caras; admiro el juego que ustedes realizaron para llegar hasta aquí y sé que no fueron entrenados para eso. Por lo tanto, ¡no es motivo de vergüenza que hayan pensado como aficionados, pues a la postre eso son! —la intención de Sabino no era demeritarlos, o al menos eso fue lo que María interpretó—. Les digo la verdad: ¡felicidades por llegar hasta aquí!

—¿Y acaso usted nos dirá cómo piensa un profesional? —si crees que João dijo esto en tono desafiante, eso demuestra que percibiste la frase con la entonación correcta. En su mente, él estaba siendo muy «descuidado» desde hacía algún tiempo.

—¡Sí, y no sólo puedo, señor Hanson! —Sabino se irguió del sofá de un salto—. Siéntense y escuchen, señores, que les diré lo que en verdad ocurrió. ¡Y deje de limpiarse esa nariz en la ropa, señor Hanson! ¡Consígase mejor un paño grande! ¡Por si no se ha dado cuenta, eso no le servirá de nada, pues no parará de sangrar!

«Ariane».

La niña escuchó el llamado de su madre, esta vez a pocos metros de ella, despiada. En realidad estaba a dos pasos de su cama: Ariane Narin abrió los ojos aún plagados por el sueño, se los restregó con los puños cerrados y se limpió las legañas. La madre la observaba:

—¿Ya se te olvidó qué día es hoy?

—¡Qué va! ¡Mi cumpleaños! —respondió, aún somnolienta.

—Muy bien —la madre se sentó en la orilla de la cama—. ¡Pero hoy también es un día que esperas hace mucho tiempo, querida!

—¿Por qué, madre? —el sueño de Ariane comenzó a esfumarse.

—Hoy cumples trece años, mi bien. Y trece es un número muy especial.

—¿En serio? ¡Dime por qué este cumpleaños tendría que ser distinto a los otros!

—Claro. Siéntate en la cama, querida... Es hora de contarte por qué tuviste que ir sola aquel día a casa de tu abuela.

—Esta vez debía robar el collar de ciento ocho piedras. —Snail miró involuntariamente hacia arriba y a la izquierda mientras se activaba la memoria visual en su cerebro—. Fue cuando vine a parar aquí...

—¿Entonces trabajas para Jamil Corazón de Cocodrilo?

—Trabajaba, pues en las actuales circunstancias me parece que solicitaré mi despido. De todas maneras él me habría echado...

—Ni pensarlo, ladino. Necesito que conserves el empleo, mucho más de lo que imaginas. Volverás con tu jefe, pero esta vez bajo mis órdenes.

—Disculpe la ignorancia, majestad, ¿pero acaso quiere que me convierta en un agente doble? —se sorprendió el preso. El rey sólo sonrió—. ¡No, ni pensarlo, mi señor! Jamil me mataría en cuanto llegara a desconfiar.

—¿Y tú que crees que yo —el rey pronunció con mucho énfasis ese «yo»— voy a hacer?

Quizá fuera tan sólo una manera de engañarlo, de esas con las que Snail estaba tan acostumbrado a lidiar. Quizá. Pero no lo culpes, por favor; te aseguro que hasta tú temblarías nada más de estar en aquella sala y en aquella posición, amenazado por una figura tan prominente como el más grande de todos los reyes, conocido por haber quemado brujas sin piedad.

—¡Pero... si aparezco sin el collar... moriré de todas formas!

—El caso es que aparecerás con el collar —y el rey extrajo una réplica de aquel collar de ciento ocho piedras de algún rincón de su manto real—. Lo llevarás ante tu jefe con mucho cuidado, supongo.

—Pero majestad... ¡no sé si me siento del todo cómodo con esta historia del agente doble! Tal vez sea más seguro si me permite pudrirme en la Jaula.

—¡Vamos, Galford! Trabajarás para el rey. ¿Cuándo imaginaste que tendrías un patrón de esa importancia?

Tal vez Primo continuaba con la pretensión de engañarlo. Sí, tal vez, pero de

nuevo funcionó. Porque con esa última frase, en pocos segundos toda una historia de vida regresó a la mente del pirata Galford. Y le devolvió la imagen antigua, pero bastante viva, de su padre.

—¿Entonces? ¿Aceptarás los términos u optarás por la Jaula?

—¡Ayúdeme a salir de una duda, señor! ¿Por qué está tan seguro de que no voy a traicionarlo?

—La única certeza que puedes tener es que, si llegas a hacerlo, colgaré tus tripas de la torre más alta de la ciudad, ¿entiendes? —supongo que ahora tú también comprendes aquella historia respecto de que tal vez todo fuera un engaño, pero funciona, ¿no?

—Entiendo. —Snail intentaba mantenerse en calma, aunque tragara en seco—. Me parece que no tengo muchas opciones, majestad.

—¿Es eso un «sí»?

Snail tembló. Era hora de emitir la palabra final. Un acto que cambiaría su vida entera. De nuevo le vino a la memoria la imagen de su padre, esta vez acompañada por una célebre y nostálgica frase que tanto marcó la vida del hijo: «Si un día tuvieras una verdadera oportunidad, y creyeras que será la única de tu vida, agárrala con uñas y dientes».

Ahora se le presentaba la oportunidad de trabajar para un Rey. El más grande de todos, en realidad. Cierto, sería una labor ingrata, de la que no estaba seguro si amanecería vivo o moriría apuñalado por tantos filos que no sabría si acaso lograría dormir, pero ¿no había sido así toda su vida desde que su padre lo dejó por su cuenta?

—Sí, acepto, señor...

—Muy bien. Entonces limpiaremos tu expediente. Será como si nunca hubieras estado aquí —y sólo él podía cumplir con tal promesa, pues era el rey—. Ahora dime, ¿por qué Corazón de Cocodrilo quería que robaras esos objetos de valores tan distintos?

—Él no habla mucho sobre los porqués, majestad. Pero supe que se relaciona con algún ritual.

—¿Ritual? ¿Quieres decir que primero se infiltra en Andreanne y se une secretamente a una facción criminal y ahora... quiere hacer un ritual? ¿Por qué entonces esos ataques contra Andreanne?

—¡No sabría responderle con certeza, señor! Pero le juro que haré cuanto esté en mis manos para descubrirlo —una promesa difícil de cumplir—. Me gustaría su permiso para hacerle una pregunta, majestad —el rey asintió—. Señor, dígame, ¿cómo haré en el futuro para llegar hasta su persona sin levantar sospechas?

—Fácil, ladino. ¡Grábate lo que te diré ahora y no necesitarás preocuparte por eso!: nunca mires a las estrellas. Las estrellas te estarán mirando a ti.

→ **E**se niño tiene una sensibilidad energética absurda. Tan absurda como el hecho de que ustedes no se hayan dado cuenta de eso.

El profesor Sabino limpiaba sus lentes mientras daba explicaciones a María y a João Hanson. Los dos hermanos estaban perplejos:

—¿Sensibilidad energética? ¿Qué es eso, profesor?

—Muy simple, señorita Hanson. Razone conmigo: usted vive en un mundo de energía etérea semidivina, ¿está de acuerdo?

—Sí, sí, eso lo entiendo.

—Perfectamente. Si estamos formados por una energía tan sutil, al punto de que sólo nos materializamos por influencia de manifestaciones mentales semidivinas, entonces también es posible que personas como João sientan con facilidad una oscilación en la materia de éter —cierto, aquello no era muy didáctico, pero al menos el profesor lo intentó.

—¡Espacio, profesor! ¿Está diciendo que existen personas como João, capaces de percibir... «oscilaciones de energía»?

—¡Déjate de dramas, muchacha! Lo que él quiere decir es que hay personas como yo, que somos sensibles y capaces de percibir cuando algo está mal. Siempre lo sospeché, pero creí que era una pirazón de mi cabeza —si la madre de Ariane hubiera estado allí, habría festejado aquel término.

—Pues no era una «pirazón», señor Hanson. No es muy difícil para una persona con conocimientos como los míos afirmar que el señor posee una sensibilidad muy aguda hacia un determinado tipo de energía etérea.

—¿Y qué energía sería esa? —preguntó María.

«Energía negativa».

Y João abrió la boca, como si una luz apareciera en las tinieblas y le mostrara lo obvio.

—¿Ninguno de ustedes pudo darse cuenta de que su nariz sólo sangra en

situaciones extremas o en lugares impregnados de mala energía? —Sabino no estaba siendo arrogante; en su cabeza apenas resultaba patético que nadie lo hubiera percibido antes.

—¿Lugares como este? —preguntó João.

—Sí. Como este. Dígame, señor Hanson, ¿gozó de esa sensibilidad desde que era muy chico?

—No. En realidad comenzó a ocurrirme después del incidente con la... bueno... usted sabe... los bardos lo cuentan... con la Casa de los Dulces. —João estaba visiblemente incómodo.

—Uf... entiendo, entiendo. Tal vez el impacto del trauma al que usted fue sometido haya liberado esa sensibilidad —dijo el profesor, balanceando el dedo índice tres veces frente a su boca—. En realidad los traumas suelen ser los casos más comunes...

—Pero, profesor, el señor dijo que nuestro razonamiento estaba incompleto. ¿Podría contarnos como este «señor» llegó aquí?

—¡Oh, muy bien recordado, señorita Hanson! Cierto, acompáñenme y presten bastante atención para no tropezar en el camino —este último comentario había sido sólo una mala broma—. Como nuestra querida señorita Hanson ya lo percibió, y de manera muy atinada, debo admitir, esta es la única casa, al menos de todas las que visitamos, y no es preciso visitarlas todas para tener la certeza de ese razonamiento, donde hay... «pintas» —acaso un término poco apropiado— frente a la ventana de la casa, a una altura en que una persona esté en posibilidad de verlas bien desde afuera.

—¿Cuál sería entonces el término correcto en vez de «pintas», profesor Sabelotodo? —María dejó escapar una sonrisa involuntaria.

—¡Buena pregunta, señor Hanson! Muy buena en realidad. Acérquese a ellas con todo el cuidado, pues ese sangrado sólo empeorará. Para eso que usted llama «pintas», la terminología correcta es «runas».

—¿Runas? ¿Qué es eso? —João percibió que su nariz en verdad no paraba de sangrar en cuanto se acercaba a las paredes.

—Es la denominación dada a los caracteres de alfabetos antiguos. Son idiomas que ya no se utilizan hoy en día. Lenguas muertas.

—Pero... ¿Por qué alguien pintaría aquí cosas de ese tipo? ¿Y más en una lengua muerta que nadie es capaz de leer?

—Ese «nadie» va por cuenta suya, señorita Hanson. Claro que existen personas capaces de leer las runas, y fue justo para esas personas que fue escrito ese mensaje. Otro detalle que no debe pasar inadvertido es el dibujo negro pintado en la entrada de esta casa.

—¿Se refiere al murciélago? ¡También lo notamos! —dijo María—. ¡Pero creímos que se trataba de una pinta más!

—¡Nada debe ser ignorado en una investigación, señores! ¡Nada! ¡Ese simple dibujo dice mucho! Los murciélagos son un símbolo de misticismo —continuó el excéntrico señor—. ¿Y qué otras características notaron?

—Pensándolo bien... ¡me parece que el dibujo es idéntico al que pintaron en la estatua sin cabeza del Rey!

—¡Oh, perspicaz, señorita Hanson! Estamos en el camino correcto, y le aseguro que ese comentario nunca fue una tontería.

—Ya lo sé —razonó João—. Esta es la única casa con ese símbolo. Y con esas... runas... frente a la ventana. ¡Y por eso el señor no tiene dudas de que esta casa fue escogida para mandar un mensaje a la persona capaz de leer tales «pintas»!

—¿Pero qué es esto? ¡Si la vida no me está jugando una mala pasada, estoy ante dos jóvenes promisorios! —se animó el profesor—. Ahora por fin están pensando como profesionales. Pues es justo eso. Y si tomamos en consideración ese tipo de runa, que por desgraciada sólo una persona especializada sería capaz de traducir, junto con la sangre empleada para escribirla y la masacre en el centro comercial, ¡ya sé por qué esos piratas decidieron, de pronto, invadir Andreanne!

—¡Díganos ya, profesor! A fin de cuentas, ¿detrás de qué vienen esos hombres?

—¡La cuestión no es «de qué», señorita Hanson, sino «de quién»! Esos piratas no vinieron a esta ciudad para robar ni para saquear ni con ningún otro objetivo, como parecía al principio. No, la verdad está muy lejos de eso. Todo fue sólo una distracción. Ellos vinieron detrás de algo mucho más grande.

—¿Detrás de quién, entonces? —insistió la adolescente, a punto de explotar.

—De una bruja.

—¿No sería qué, madre? Repítemelo...
—¿Iniciada.

Bueno, de seguro que no estás entendiendo la sorpresa de Ariane. Hagamos lo siguiente: déjame usar un ejemplo para ubicar el grado de desconcierto de la niña. Imagina que yo te digo lo siguiente en este preciso momento: «¿Sabes qué hora es? Veintisiete del tercer mes, en la primera a la izquierda». Tu reacción a esa respuesta sería la misma de Ariane a la de su madre. Comprendido eso, podemos continuar con nuestra narrativa.

—¿Qué significa «ser iniciada», madre?

—Piensa en lo siguiente, Ariane... Digamos que yo o tu padre, o João o María, o incluso el príncipe Axel, tuviéramos un grupo secreto —la madre buscaba otra forma de explicar a su hija lo que deseaba, pero omitía un detalle importante—: una especie de club. Entonces, para que alguien entrara en ese club, primero tendría que ser «iniciado», ¿entiendes?

—Madre, ¿por qué me hablas como si fuera una retrasada o tuviera seis años de edad? —tal era el detalle al que me refería—. Ya entendí. Lo que quiero saber... Déjame explicarte... Sólo quiero saber cuál es ese «club», ¿entendiste? ¿Ser iniciada significa formar parte de qué?

—¡Oh, perdóname! Tienes razón, estoy hablando contigo como si aún fueras una niña. Y ya eres una adolescente.

—Bien. ¡Habla pronto! —Ariane nunca se había caracterizado por su paciencia.

—Está bien, hija; sucede que yo, tu abuela y todas las mujeres de esta familia estamos ligadas a un grupo muy especial de personas. Y tú no eres diferente, ¿eh? Muy por el contrario.

—¿Qué quieres decir?

—Qué tal vez tú eres la más bendecida de todas nosotras.

—Madre, cada vez me confundo más. ¿Qué tengo yo?

—Ariane: tú naciste un día trece, en una noche de Luna negra y en el día de la Tierra. Hija, tú naciste... tocada.

—Madre, me estás asustando... —la muchacha ya no tenía un ápice de aquel sueño, que le dejó legañas y la había hecho restregarse los ojos no hacía mucho tiempo—. Me estás queriendo decir que aquel día en la casa de la abuela yo...

—Aquel día fuiste sola por primera vez a casa de tu abuela, pero había una protección en ti, y ninguna persona o animal podría haberte dañado durante el trayecto.

—Pero... ¡Madre! Mi abuela... ella fue atacada.

—La protección era para el trayecto, querida, no para la casa de tu abuela. ¿Tú misma no te acuerdas que encontraste al lobo asesino antes de llegar a la casa, cuando te detuviste en el lago, a medio camino?

—Sí, lo recuerdo. ¡Estaba sola y tuve miedo de que me quisiera devorar allí mismo! —la chica nunca olvidó aquellos detalles del episodio. Como digo siempre: nadie la dejaba.

—¿Y por qué crees que él no te devoró allí mismo?

La niña se congeló. ¡Ese era un razonamiento que ni ella ni nadie más había tenido jamás! Y todo venía al mismo tiempo a martillar su mente repleta de pensamientos, como el arma de un aldeano que busca dar varios golpes en un nido de avispa antes de derribarlo. El lobo en realidad habría podido devorarla allí, seguir a casa de la abuela y completar su «tentempié» sin contratiempos ni dificultad alguna.

—No habría podido, aunque quisiera. Algo se lo habría impedido. Ese algo se llama «protección en la travesía» y es una concentración energética que aparta el peligro del protegido en un trayecto mentalizado con antelación.

—¿Cómo entiendes de todo eso, madre? —era una pregunta bastante oportuna para la situación.

—Porque soy parte del «club», Ariane. Y tú, a partir de ahora, después de tu décimo tercer cumpleaños, estás más que apta para conocerlo.

—Bueno... —no pienses que Ariane estaba muy segura de sí en aquella situación. Apenas estaba logrando amontonar las informaciones en un sitio determinado, con un orden lógico, y eso ya era un gran avance—. Ahora dime si tiene sentido lo que te diré: si ese día yo estaba protegida por esa tal...

—Protección en la travesía...

—Eso. Si yo estaba protegida, ¿no es raro que el lobo haya tenido la idea de ir a casa de mi abuela y esperarme allí? —otra pregunta bastante oportuna.

—Perfectamente, querida. Tú todavía no sabías comunicarte con los animales para que él supiera el lugar exacto al que te dirigías —en los cuentos de los bardos, que no tienen la culpa de no contar con informaciones tan específicas, en esa parte se narra cómo la niña con la caperuza roja no sólo conversó con el lobo (como si ambos

hablaran la misma lengua; ¡dime si podrían!), sino que le contó que se dirigía a casa de su abuela a llevarle dulces. Es obvio que ninguno de los oyentes repara en que ella nunca especifica el lugar de residencia de la hoy fallecida señora, y que no había forma, por lo tanto, de que el lobo asesino supiera dónde era la morada de la víctima, para llegar allí antes que la niña. Y no, nada de «la única casa en el camino». Existen varias casas construidas por familias de leñadores y cazadores en el trayecto hacia la antigua casa de la señora Narin, suficientes para confundir a un lobo, o hasta a dos.

—¡Pero claro que no podría comunicarme con los animales, madre! ¡Eso es imposible! ¡Qué idea!

—¡En realidad no lo es! —los ojos de la chica se abrieron—. ¡Sólo es que aún no lo lograbas!

—¡Madre, a ver, para! ¡Me vas a pirar! —la expresión sonó graciosa a los oídos de la madre—. ¿Estás hablando de superpoderes? ¿Cómo los de las hadas?

—Más o menos, querida. Me refiero a la manipulación de energía etérea semidivina —y si antes la madre ignoraba que su hija ya no era una niña, ahora también desconocía que no era una adulta—. Significa estar en contacto y manipular esa energía de la cual todos estamos hechos.

—¡Válgame, qué complicado! Tengo otra pregunta que aún no entiendo bien. Tú dices que el lobo no podía atacarme porque yo estaba con la «travesía no se qué», ¿cierto?

—Sí... —la madre rio.

—Entonces, insisto, ¿cómo fue a parar el lobo a casa de mi abuelita, en vista de que él no tenía modo de saber dónde estaba, y mucho menos la certeza de que sólo allí dentro podría atacarme?

—Eso es lo que intento decirte, Ariane. El animal que atacó a tu abuela no era un animal común y corriente. Ella no fue asesinada por un animal hambriento, que buscaba alimento en medio del bosque: ella fue asesinada por un animal marcado.

Al fin surgieron en el horizonte los portones de la ciudad de Metrópolitan. Axel y Muralla montaban el mamut de guerra, sin flaquear, dispuestos a cumplir el objetivo máximo de la misión en que se habían involucrado. Debían haber llegado hacía tiempo, pero si había sido necesario que ocurriera de esa forma, que así fuera, pues al menos la visión de Metrópolitan animaba un poco las cosas.

El animal de carga se fue aproximando a los portones, y tal vez no tanto el trol, pero sí el humano, percibieron que algo había cambiado. La energía se sentía más pesada, o con un exceso de una preocupación aún desconocida, al menos para el monarca. Axel juró haber escuchado el sonido de tres o cuatro ballestas que se preparaban, lo cual era ridículo, considerando que dos viajeros solitarios en las proximidades no entrañaban peligro alguno para la guardia de la ciudad. Metrópolitan estaba acostumbrada a recibir extranjeros de distintas razas, e incluso la cercanía de un trol era común en aquella ciudad, donde todo tipo de criaturas se enfrentaban en los anfiteatros.

Lo más extraño era que el gran portón de entrada a la ciudad, siempre abierto, ahora parecía... cerrado. Al acercarse el príncipe, tuvo la certeza de que en verdad estaba cerrado, y si así ocurría era porque algo estaba por completo fuera de balance. Como parecía estarlo todo últimamente.

El mamut adolescente se detuvo a la entrada del portón.

Una voz firme surgió de adentro, desde un punto más alto incluso que la altura alcanzada por el trol subido en su extraña montura.

—Viajeros, ustedes están por entrar en la ciudad de Metrópolitan, y de acuerdo con las órdenes reales de su majestad, el rey Primo Branford, y como el responsable de hoy de la Guarda de Entrada de esta ciudad, exijo saber sus nombres y el motivo del interés en ingresar a este lugar.

—Pasamos por Metrópolitan para descansar y proseguir nuestro viaje hacia las Siete Montañas —dijo Axel, acatando el reglamento, aunque lo que dijo a

continuación habría sido suficiente—. ¡Mi nombre es Axel Terra Branford, segundo príncipe de Arzallum, y este es mi guardaespaldas Muralla!

—¡Oh...! ¡Disculpe, alteza...! —aquella enérgica voz perdió un poco de firmeza—. ¡Hombres, abran el portón!

Y un crujido mecánico, un rodar de cuerdas y algunos eslabones de cadenas bajaron lentamente el gran portón de entrada a Metrópolitan, que por lo visto llevaba un largo tiempo sin permanecer cerrado. Muralla condujo al mamut de guerra, que pasó con parsimonia bajo el portón de la ciudad, pensando en cómo hubiera sido su propia recepción si Axel no estuviera con él.

En los cielos, *Tuhanny* rodeó los portones, los cuales no impedirían su entrada aunque lo intentaran, y lo hizo sin que nadie lo advirtiera. Como ya dije, las personas sólo la podían mirar si ella así lo disponía. Lo más curioso es que no tenía la capacidad de volverse invisible ni de mezclarse con el ambiente, como otros animales con facultades camaleónicas. Tan sólo era vista si quería, y ningún especialista en animales nunca se había aproximado a un águila-dragón lo suficiente como para estudiarla y descubrir el porqué.

—Aún siento el olor de aquellos humanoides... —comentó Muralla.

Axel sonrió, como si el comentario le agradara. El capitán se aproximó.

—Alteza, soy el capitán Vitorio Darabort y le pido disculpas por no haber reconocido su figura de inmediato y haberlo sometido a... —aquella voz correspondía a un hombre que frisaba los cuarenta años, con su uniforme verde impecablemente limpio, con bellas hombreras blancas y los símbolos de su rango y su ciudad bordados a mano a los lados derecho e izquierdo, respectivamente, del torso.

—¡No pierda el tiempo con explicaciones, pues usted representó su papel a la perfección, capitán! —Axel había descendido del mamut. Muralla, sin embargo, prefería observar las cosas todavía montado—. Prefiero que me diga por qué Metrópolitan está con las puertas cerradas, y por qué siento una energía de excesiva tensión en el lugar.

—¿Entonces su alteza no lo sabe? ¡Su padre, nuestro Rey, instauró el estado de sitio en todo el reino de Arzallum!

Axel abrió los ojos de par en par. Aquella era una noticia nueva, extraña y en exceso sorprendente. Primero se preguntó qué habría pasado; después, qué habría ocurrido con sus padres, y aún más, si había tomado la decisión correcta al salir de su ciudad. Como no llegó a ninguna conclusión, pues eran muchas las preguntas y poca la información, prosiguió:

—¿Esa noticia llegó a través de las palomas mensajeras, capitán? —preguntó el príncipe, recordando las aves del día anterior.

—Sí, alteza. En realidad, tres palomas mensajeras llegaron hasta aquí con el

mismo mensaje —dijo Vitorio, mirando hacia lo alto y pensando que, desde la posición en que se encontraba, la cabeza del trol debía tocar las nubes de Brobdingnag, la tierra de los gigantes.

—Entonces ese mensaje está con sus superiores, en el centro militar de Metropólitan, debo suponer. ¿Podría llevarme allá?

—¡Oh, claro que sí, alteza! Seguro que sí. Permítame nada más destacar a otro hombre para que desempeñe mi papel de interrogador en el portón de la ciudad. Con su permiso —el capitán hizo una especie de saludo militar y salió presuroso, pues ningún militar que se precie de serlo dejaría esperando a un príncipe de la casa real.

En cuanto el capitán se alejó, Muralla descendió del esforzado *Pacato*, que no reclamó ni un poco cuando el trol ceniciento alivió el peso de sus espaldas. No desfilarían por la ciudad en semejante montura, y el mamut de guerra sería llevado a un lugar donde recibiría de seguro el mejor trato, pues nadie osaría maltratar a una montura real, ya fuera corcel o perro.

Y cuando Muralla ya había descendido, y se encontraban a la espera de que el capitán Vitorio Darabort terminara de instruir a su soldado, Axel recordó lo que Muralla le había dicho cuando ambos vieron tantas palomas mensajeras cruzar los cielos para sitios tan distintos de Arzallum.

«Las noticias con muchas explicaciones siempre son malas noticias».

—Tenías razón, buen amigo.

—**A**quí fue. En este lago, en este lugar exacto. Me había detenido a descansar a beber un poco de agua, y él apareció. Era grande, mucho mayor de lo que yo pensaba que podría existir, y se detuvo cerca de aquellas hojas, me miró de una forma horrible, se lamió los belfos, gruñó un poco... Fue cuando pensé que me atacaría. Entonces me dio la espalda. Me miró una vez más... y se fue. Creí que jamás lo volvería a ver.

Una lágrima remató esta descripción. Era la primera vez, en cuatro años, que Ariane Narin no sólo hablaba con detalles de lo que había ocurrido aquel día, sino que también volvía al lugar donde sucedió. Sin embargo, ahora no estaba sola. Su madre, que antes había sido criticada con dureza por haber dejado a su hija ir sola a casa de la abuela a los nueve años, estaba con ella.

Un día de la Tierra. El día en que Ariane cumplía trece años. Si desde que despertó hasta aquel momento —que no fue tanto tiempo, debo agregar— la joven había sido sometida a tantas sorpresas y sentimientos distintos, ¿qué podría esperar del resto de la jornada?

—¿Has notado algunas cosas diferentes, querida? ¿Algo extraño que escuches o veas? —preguntó Anna.

—¡Bueno, sí, madre! —y Ariane miró hacia arriba y a la izquierda—. ¿Sabes? Cuando atacaron el centro... yo estaba con João en medio de la multitud, pero incluso antes, cuando me hallaba dentro de la casa de los Basbaum... yo... te escuché llamándome varias veces como si me hablaras al oído, pero demasiado alto, ¿sabes? —la muchacha temía que su madre comenzara a sufrir un ataque de risa.

—Lo sé, Ariane —y a la niña le extrañó mucho la respuesta materna—. ¡Realmente te llamé!

—Pero... ¡Madre...! ¿Cómo pudiste hacer eso?

—¡Ese es el llamado! Una misma lo despierta cuando se encuentra lista, como ahora. —Anna hablaba como si todo aquello fuera de lo más natural—. Yo puedo

estar a muchos kilómetros de ti, Ariane, pero si te llamo podrás escucharme como si estuvieras a mi lado.

—¿En serio? Qué fuerte —la madre no comprendió muy bien el sentido del término utilizado por su hija—. Bueno, al menos esas cosas extrañas son mejores que ver a aquella llorona.

—¿Cuál? —y Ariane sintió cómo el tono de voz de su madre se volvía más serio.

—Es que... ¿sabes? Me parecía raro contar esto, pero tú misma has dicho tantas cosas extrañas hoy, que me ya no sé qué es extraño y qué no...

—¡Hija, cuéntame ya! ¿A quién viste?

—Todavía la veo, de vez en cuando, pero no me gusta. Tiene el cabello rojo, largo. Es medio feo, porque está maltratado —un comentario que sólo podía provenir de una mujer—. Su vestido también es rojo... ¡Y ella siempre está llorando! Lo más extraño, ¿sabes?, es que cuando la veo yo también lloro, pero sólo puedo hacerlo con un ojo.

—¿Tú... la has visto varias veces? —la madre intentaba parecer normal, pero no lo conseguía—. ¿Has visto a la Banshee varias veces, Ariane?

—¿A quién? ¿A Bian-Si? —la madre se veía tan desconcertada que estuvo a punto de olvidar que su hija nunca había escuchado aquel nombre—. ¿Sabes quién es esa mujer?

—Sí, lo sé —los ojos de la madre estaban perdidos en la nada—. Pero todavía no me arriesgo a decir por qué si la has visto tantas veces sigues aquí para contármelo. Vamos a casa de tu abuela, allá estaré en posibilidades de responderte en breve.

—¿Cómo que «sigues aquí para contármelo», madre? ¿Y qué tiene la casa de mi abuela para que me des las respuestas allá?

—Ya verás, Ariane, allá tú misma lo verás.

—¿Por qué un pirata querría encontrar a una bruja? —preguntó João. La pregunta estaba dirigida a Sabino, que en aquel momento pensaba en muchas cosas diferentes, incluso en el hecho de que era la época de mutación de las orugas, aunque eso no tuviera nada que ver con el asunto, y por eso no extendió demasiado aquel razonamiento; menos mal.

María, por su parte, miró a su profesor con curiosidad, pues la duda del hermano menor era la suya propia.

—Uf... no es una pregunta fácil de responder, señor Hanson. No me vienen muchos motivos a la memoria en este momento, pero dentro de lo que veo como plausible... apuesto... ejem, ejem...

Una vez más, los Hanson observaron al extraño señor, que parecía desligarse del mundo acompañado de sus típicos murmullos de «ejem, ejem». Aún se extrañaban, si bien ya lo habían advertido, de que a tales sonidos los seguía una brillante observación, y por eso no se quejaban de su excentricidad.

—¡Apuesto a que el motivo es un trabajo!

—¿Trabajo? ¿Y cómo puede una bruja trabajar para alguien? —preguntó asustada María, recordando la figura de la única bruja que había conocido en el mundo.

—Mediante un pacto, señorita Hanson. En la época de la Cacería de Brujas, muchas de las personas que fueron apresadas e interrogadas habían contratado a brujas para que realizaran determinados rituales. —Sabino rememoró aquellos tiempos con recuerdos tan vivos como el mosquito que insistía en picarle la cara de cuando en cuando.

—¿Es cierto? ¿Y qué le pedían esas personas a las brujas que hicieran en esos... rituales? —insistió María.

—Pues... peticiones. Variaban desde solicitudes de amor forzado hasta el deseo de enfermedad o muerte de personas...

—¡Válgame, qué horror!

—¿Pero qué podría pedir un pirata a una bruja en un ritual? ¿Algo malo para el Rey y los soldados?

—A lo mejor, señor Hanson, ¿quién puede saberlo? Pero no creo que vinieran desde tan lejos para algo similar ni que se tomaran el trabajo de escribir ese mensaje en runas tan específicas... tan sólo para eso.

—Bueno, de cualquier forma eso significa... ¿qué aún existe una bruja en Andreanne!

—¡Perspicaz, señorita Hanson! ¡Muy perspicaz! Su razonamiento es perfecto, y por eso la situación resulta preocupante. Ahora vamos, arreglen sus cuellos, peinen sus cabellos y síganme —y el profesor se encaminó a la puerta.

—¿Eh? ¿Adónde quiere ir ahora el señor Sabelotodo? —João hizo un gesto de desánimo, pues creía que sería testigo de otra de las excentricidades de aquel señor rarísimo.

—A ver... si el reino está sufriendo una amenaza, ¿qué cree usted que debemos hacer? ¡Debemos hablar con el rey, por supuesto!

Axel miró hacia la nada una vez más y después regresó su atención a la carta que había leído ya dos veces, sujeta en la mano derecha. El documento había llegado a aquel reino mediante una paloma mensajera, y la firma era de puño y letra del rey. Y él no sólo conocía la firma, sino el sello de autenticidad.

La firma y el sello de Primo Branford.

El hecho principal es que simplemente no podía creer que Andreeanne hubiera sido atacada como nunca antes, ¡y justo el día en que había abandonado la ciudad! Parecía una broma del Acaso, o incluso una jugarreta estrafalaria e imprevisible del Destino, que para sus juegos acostumbra ir de la mano del Acaso.

Pensó en sus padres y en cómo estaría la ciudad. Pensó en lo que habría hecho si hubiera permanecido allí, hasta que se dio cuenta de que ese pensamiento resultaba inútil, pues no se encontraba allí, el hecho ya había ocurrido y cualquier pensamiento que intentara evadir aquello implicaba una pérdida de tiempo. Pensó en las familias de los soldados y en lo que le haría a Jamil Corazón de Cocodrilo, si el Destino y el Acaso le daban la oportunidad.

Y pensó en María Hanson. Y pidió al semidiós Creador que ella estuviera bien, independientemente de la situación.

—¿Y ahora qué hacemos, Axel? —era interesante que Muralla no mantuviera el protocolo de tratamiento con su protegido. Había momentos en que se refería al príncipe como «alteza», otras como «señor», otras como «Axel», como en ese momento, e incluso le hablaba de «tú», atrevimiento que ningún otro ciudadano fuera de la familia real —tal vez con algunas excepciones, como los niños y María Hanson— osaría mostrar sin temor a sufrir las consecuencias. Pero sucede que para el trol ceniciento no era fácil distinguir entre ese montón de formas de tratamiento porque, como ya he dicho, los trols piensan distinto que los humanos, y en sus mentes sólo existía el «jefe», o cuando mucho el «jefe de jefes». Y todo funcionaba bien así.

—Por lo pronto mantengamos el itinerario. —Axel titubeó al tomar aquella

decisión, pero la expresó con voz firme, como si estuviera con la plena seguridad de lo que decía—. Volver sería peor ahora. Mi padre sabe cómo asegurar su reino en los momentos de crisis, y nosotros volveremos cuando hayamos cumplido nuestro objetivo. Entonces sí que eso hará una gran diferencia.

—¿Y en este momento?

—Descansaremos en la ciudad, pues en lugares que se hallan en estado de sitio no resulta aconsejable aventurarse demasiado. En particular te aconsejo que te vayas a dormir de inmediato, Muralla. Tus veinticuatro horas están por vencerse y necesitamos que recuperes tu máximo potencial.

—¿Sabes? Dormir no es nada mala idea. ¿Crees que ya no me necesitarás?

—Claro. No pienso hacer nada más —a Muralla no lo convenció ese matiz en su voz—. Sólo debemos encontrar un lugar adecuado para alguien de tu tamaño.

El capitán Vitorio se había aproximado en los últimos instantes y escuchó el comentario final del príncipe.

—Su alteza, si me permite la intromisión, me gustaría poner a su disposición nuestro alojamiento militar. Creo que, si unimos las camas, el señor... Eh...

—¡Puede llamarlo Muralla! —dijo el príncipe, sonriendo.

—Si el señor Muralla... —el soldado se sintió ridículo al pronunciarlo, pero ¿qué podía hacer?—... intentara acostarse en diagonal, creo que resolveríamos la cuestión.

—¡Ah, perfecto! ¡Problema resuelto, «señor Muralla»! Muchas gracias, capitán. Ahora, con su permiso, quisiera un lugar para lavarme y eliminar este olor a viajero cansado. Después pretendo caminar un poco por los alrededores de la ciudad antes del toque de queda...

—Eh, Axel... no sé si me arrepentiré de decirte esto... —Muralla dudó—... El olor de ellos viene del oeste.

Axel sonrió y estiró el cuello.

Metropólitan era una ciudad de gran porte, con gigantescos muros y una población aproximada de cuatrocientos mil habitantes. Muchos se preguntaban si no debería ser esa, y no Andreanne, la que ostentara el título de capital del reino, e incluso tras los últimos ataques quizá el Rey Primo tomara de nuevo en consideración tales aspiraciones.

De cualquier forma Metropólitan, si bien carecía del interés turístico y las bellezas naturales de Andreanne, poseía por otro lado un comercio de inmenso potencial y el mejor desarrollado en todo el reino. Por donde se anduviera había una pequeña feria, un grupo de comerciantes que armaban sus puestos y gritaban sus ofertas a precios fluctuantes, ajustados según el horario, el gusto y el aspecto del cliente.

Observando tales condiciones para estipular el precio de un producto, no era de extrañar que estos alcanzaran valores estratosféricos cuando el cliente era... ¡el

príncipe real, por ejemplo! Axel sabía que lo estaban robando en algunas de sus compras, sobre todo en los puestos de comida, pero no le importaba. El motivo: por más que aumentaran los precios, para el príncipe el valor de cualquier producto seguiría siendo pequeño. Y aunque los comerciantes no lo advirtieran, el espíritu humanitario del muchacho lo hacía percibir que estaba ante padres de familia que llevaban una vida difícil. Así, aquel valor de más funcionaba como un «extra» que él donado de manera consciente a aquellas familias, sin que ellas lo supieran.

Pero no sólo de puestos y grupos de comerciantes vivía Metropólitan. El mundo de los espectáculos estaba garantizado por la Arena de Hierro, y lo mismo se podía decir de los torneos de pugilismo. Muchas tabernas poseían sus propias arenas y se encontraban autorizadas para recibir luchadores de diversas categorías, que se enfrentaban allí.

Las Luces Gemelas, la joyería más famosa de Arzallum, también estaba en Metropólitan, y era visita obligatoria de los nobles propensos a banalidades. Incluso Axel, que no era el mejor ejemplo de una persona frívola, se rindió a sus encantos y a sus productos, y gastó una buena cantidad de monedas de reyes en un collar de piedras brillantes, cada una de forma octagonal.

Sin embargo, por más que su mente se distrajera ante las luces, no lograba apartarse mucho de sus preocupaciones. En el fondo, Axel pasaba por aquellas tiendas y grupos de comerciantes sólo porque estaban en su camino hacia un objetivo fijo. Un objetivo que encontró en la forma de taberna, en el momento en que descubrió una carreta estacionada con un burro amarrado a un poste. Había señales de lucha en aquella carreta, y mugre y hierbas esparcidas en el asiento.

Axel entró al sitio con una expresión hermética.

El lugar era la taberna La Jarra de Oro, un nombre interesante que hacía referencia a la cerveza y a la propia arena, y el príncipe atrajo muchas miradas cuando entró. Me explico: las mujeres lo miraron por motivos obvios; los hombres, por creer que tendrían una lucha de categoría A con un poco de suerte.

Y, bueno, hubo un tercer grupo que llamó la atención de Axel, pues hablaban muy alto y no eran humanos.

—¿... Y desde cuándo a una vieja se le ocurre andar sola en medio de la noche?
—dijo una de aquellas voces, ronca como si el dueño llevara hablando sin parar desde su nacimiento.

—¡Uh, uh! Acaba tropezando... —dijo otra voz, igual de ronca.

Axel, en medio del vocerío local, no escuchó tales comentarios. Pero tampoco lo necesitaba. Porque aquellos hombres no eran hombres, sino goblinoides, cuya piel es de color azul, con rostros que sugieren una variación de puercos o jabalíes.

«El olor de ellos viene del oeste».

Orcos: tres orcos. Axel volvió a estirar el cuello. Y llegó a la conclusión de que ni

siquiera necesitaría entrar a ninguna arena para calmar su principal motivo de ansiedad...

Cuatro años.

Ese era el tiempo exacto desde que la niña no volvía a ese lugar. Y te diré que no era el mejor sitio para estar. Mas no había otro remedio. El día había sido tan extraño desde que despertó, que Ariane Narin no se sorprendió de que su madre la llevara a ese sitio tan traumático. A la postre, creo yo, y espero que tú también, el mejor regalo de cumpleaños para una chica de trece años no debía ser entregado en la misma casa donde vio cómo su propia abuela era devorada por un lobo hambriento y, como diría su madre, además de todo «marcado».

—¡Ven, Ariane! —Anna entró en la casa de la mano de su hija.

Ariane lo observaba todo, y sería una mentira si te dijera que el lugar, al mismo tiempo que le provocaba recelo y una sensación parecida al miedo, no le transmitía también una cierta excitación, un extraño sentimiento de querer estar allí si es que en ese lugar estaban las respuestas a las preguntas que aún no sabía bien cómo formular.

La puerta rechinaba. El suelo de madera, también, según la duela que pisaran. Todo estaba en el mismo lugar, pero en orden. Todo. La cama, las sábanas, las pantuflas de la fallecida señora. Probablemente Anna Narin había arreglado la casa tiempo después, pensó la niña. Tenía razón. Y fue Anna quien se dirigió al cuarto de quien para ella era la madre, y para su hija, la abuela. Ariane la siguió, notando que cuatro años no habían sido suficientes para borrar las marcas de sangre que aún se vislumbraban en determinadas partes del suelo y la pared. Pero en el cuarto Anna fue hacia el armario, que Ariane siempre imaginó que servía para guardar la ropa, el cual era un pensamiento bastante obvio.

Sin embargo, y curiosamente, abrió mucho los ojos al descubrir que no, que el mueble sólo parecía un armario.

Esto se debía, y Ariane sólo lo supo en aquel momento, a que la casa comprada por la fallecida señora Narin antes había pertenecido a un cazador que, como era común entre la gente de su oficio, construyó un pequeño cuarto subterráneo para

retirar allí el pelo de las presas. Algunos bardos, en visiones propias de la leyenda que comenzó con aquella historia trágica, cuentan que el lobo asesino se ocultó en el armario de aquel cuarto, de dimensiones tan desproporcionadas para su gigantesco tamaño. Ariane no tenía idea de que esos bardos poseían aquella información, desconocida hasta entonces para ella. Y el detalle no le volvió a importar.

Por primera vez en trece años la niña entró en ese sitio.

El cuarto era mayor de lo que parecía y había en él un único accesorio, colocado en un rincón. Un caldero viejo, negro, un poco sucio y que parecía bastante usado. Además, había pedazos de vela quemada, algunos garabatos en el suelo y una iluminación muy débil; tanto, que era necesario encender una vela o más para distinguir algo.

A Ariane se le puso la carne de gallina.

—¿Pero qué es esto, madre? —preguntó la chica, aún desconcertada por tantos descubrimientos en un solo día.

—Es un sitio sagrado, querida. ¡Aquí se celebran los sabbats!

—¿Cómo? ¿Sa... qué?

—¡Sabbat! Una reunión que se realiza de vez en cuando por un grupo de personas, hija mía... Y se juntaban aquí, en casa de tu abuela.

—A ver, espérame, madre... ¿Qué tipo de persona frecuenta esas reuniones, sabbats o cualquier otro nombre extraño de esos que dices?

—¿Qué tipo de personas? —y Anna se detuvo a pensar por un momento—. Bueno, ¿qué te puedo decir, hija mía...? Brujas.

Es seguro que Ariane Narin estaba viviendo el día más confuso de toda su existencia. Era como si hubiera comenzado a nacer realmente ese día, pues hasta ahí el resto de su historia parecía sólo un cuento salido de la mente de un narrador creativo en una historia totalmente inverosímil y desvirtuada. Bueno, al menos según la versión de su propia madre.

—Recapitulando, madre... Ah... Tú eres mi madre, ¿no? —la pregunta fue hecha mirando a la aludida de arriba abajo, con la boca abierta y la frente fruncida, con una expresión de disgusto y el dedo índice apuntado de forma invertida, con esa manera típica de las adolescentes de detenerse a media frase.

—Sí... —y la madre esbozó una sonrisa—. Soy tu madre, hija mía.

—¡Bueno! Entonces yo nací un día trece... de un día de la Tierra... en una tal Luna Negra (que hasta hoy yo conocía como «Luna menguante»), en una familia de brujas... en la que mi abuela era sacerdotisa de un tal «aquel»...

—¡Aquelarre!

—Ah, sí, aquelarre... donde se celebran los... sabbats, ¿acerté?

—¡Ah, sí, esta vez acertaste! —la felicitó la madre.

—Y... yo no sé si tengo ese derecho, pero... —aquí el tono de voz de la niña se

volvió tan bajo como pasos de hormigas—... ¿POR QUÉ RAYOS ESPERASTE TODOS ESTOS AÑOS PARA CONTÁRMELO? —de repente el volumen se elevó tan alto como la explosión de un cañón.

—En realidad, Ariane, fue circunstancial que todo haya ocurrido así. Como te dije, tendrías que haber sido iniciada a los nueve años, justo como lo previó tu abuela, y sabes muy bien qué fue lo que lo impidió. La experiencia de aquel evento sacudió demasiado las emociones de los demás como para que yo tocara el tema de nuevo. Y te juro que sólo lo hice ahora porque creo que no existe una edad más apropiada para explorar todo tu potencial.

—Pero... ¿qué potencial tengo yo, madre?

—¡No sé, Ariane! ¡No lo sé! —la voz estridente de la hija comenzaba a irritarla—. ¡La que habría sabido responder a eso era tu abuela! ¿No te das cuenta de que intento hacer lo mejor que puedo? O lo que ella creía que yo debía haber hecho en caso de que ella... En caso de que ella estuviese aquí, ¡caray! —Anna corrió a un rincón de la habitación, se sentó y se soltó a llorar.

Ariane se sintió culpable. Se acercó a su madre y tuvo la sensación de que era una niña mimada que fingía que ya había crecido, pero que en el fondo seguía actuando como una criatura.

—Madre... perdóname... —su voz volvía a ser mansa como la de un cachorrito alimentado por su dueño—. ¡No quería hacerte enojar! Mira...

—No, querida. No eres tú. Extraño a tu abuela. Su presencia, su bondad... su sabiduría... Ella habría sabido iniciarte mejor que cualquier otra persona.

—Pero, mamá... —y Ariane sólo le decía «mamá» cuando deseaba mostrarse en extremo cariñosa—. ¿En verdad necesito ser iniciada?

—¡Sí y no, hija mía! Sucede que tienes el libre albedrío para elegir lo que deseas, pero si realmente naciste tocada, como creemos, entonces la Creadora te tiene reservada una misión importante en su creación. Y pienso que deberías cumplir el papel para el cual naciste, ¿no?

—Tiene sentido. Pero espera... ¿dijiste Creadora? —el uso de ese término le habría causado un buen susto a muchas personas.

—Sí —y la madre sonrió una vez más—. Usamos ese término porque creemos en la forma del Creador como si fuera una mujer. En realidad, sabemos que no le importa cómo nosotros, sus creaciones, lo visualizamos, ya sea en la forma de un semidiós o de una semidiosa. Él sólo espera que conservemos la fe en su existencia, y ciertamente la tenemos.

—Pero ¿sabes? Yo ya había pensado antes en la figura del semidiós Creador como en la de una mujer. —Ariane supuso que era una idea interesante. Alguna vez la había justificado ante João, al afirmar que, para crear un universo, era necesaria una sensibilidad que los hombres nunca serían capaces de demostrar, y por eso

pensaba en su figura como semidiosa.

João se había burlado de semejante tontería.

—Yo lo creo. Sucede que los hombres imaginarán esa fuerza semidivina como la figura de un hombre; los orcos, como la de un orco; los animales, como un animal, y nosotras, las brujas, ¡como una mujer! —Ariane encontró que el razonamiento era perfecto—. Pero, como te dije, querida, ¡no importa el nombre ni la forma, sino la fe!

—¡Espera, madre! ¡Hablas como si las «brujas» practicasen «el bien»! —Ariane arrugó la cara.

—¿Y quién dice que no lo hacen? —se extrañó Anna.

—¡Claro que no, madre! ¡Las brujas practican «el mal»! ¿No has escuchado las historias de los bardos? ¿No viste lo que le hizo aquella bruja a João y a María?

—¡Babau! —dijo la madre, casi en un susurro. Anna pronunció el nombre mirando hacia abajo, y Ariane percibió su cambio emocional.

—¿Tú la conocías, madre? —y la chica elevó la voz, pero luego se arrepintió, por miedo a provocarle otra sacudida.

—Sí —y eso fue un golpe más para la niña—. Escucha, querida, antes de seguir hablando del tema necesito explicarte qué es la brujería. Siéntate, pues es una larga historia.

»Hace muchos años, en Nueva Éter, el poder de la magia para el hombre, y cuando digo hombre me refiero también a las mujeres, fue ejercido por avatares de la Creadora, señoras de poder feérico y de la transmutación del éter. Esa combinación resultó perfecta, consciente y equilibrada por mucho tiempo; los seres humanos, y también otras razas inteligentes, eran probados y tenían deseos que eran concedidos o negados, de acuerdo con sus elecciones y su desempeño en las pruebas impuestas por ellas.

»Pero un día una de las hadas se rebeló contra la Creadora, pues ninguno de los seres humanos que puso a prueba logró aprobar, al menos no como ella esperaba. Ningún hada es igual a otra, y ese avatar comenzó a sentir un gran desprecio por aquellos seres. En un momento determinado, el desprecio se convirtió en odio. Cuando aquello ocurrió, la Creadora le quitó parte de la esencia mágica y la transformó en mortal, en castigo, pues resulta triste para cualquier ser convertirse en aquello que odia.

»Sin embargo, el castigo de vivir entre los humanos y, además, sin la mayor parte de su naturaleza mágica, sólo aumentó el odio del hada negra, que comenzó a revertir la buena magia, cuyo poder provenía de la fuente de la Creadora, en una magia egoísta, de la cual obtenía poder a través de las energías pesadas y de los pactos con entidades sombrías, a un precio muy alto. El resultado fue que esa hada empezó a enseñar a otras humanas con el corazón igualmente lleno de odio, como ella.

»El nombre de esa hada caída era Bruja, y por eso brujas fue el nombre que

recibieron sus aprendices.

»El efecto en esas personas que usaban la magia negra y la energía negativa para su propio beneficio fue inmediato: sus cuerpos físicos comenzaron a manifestar la corrupción de sus cuerpos espirituales y, en consecuencia, se fueron volviendo jorobadas, llenas de deficiencias, deformidades y otras aberraciones por el estilo.

»Pero Bruja fue sólo la primera en caer. Otras vinieron después de ella, y desde entonces hasta hoy se crearon muchas escuelas secretas de brujería y se transmitieron técnicas ocultas de magia. Por esas personas, y por esas escuelas, entiendo que tengas el concepto de que todas las brujas se encuentran al servicio “del mal”, Ariane.

»Sin embargo, hubo brujas que se redimieron. Quiero decir, querida, que existieron practicantes que, por fuerzas del destino, se arrepintieron del camino elegido y cambiaron ese sentimiento de odio por otros más próximos a la redención. Esas personas se dieron cuenta de que las técnicas que les habían enseñado, y que cobraban mucho por sus habilidades, simplemente no valían la pena.

»Hoy una “bruja” es sólo aquella que conoce esas técnicas de manipulación de energía y las utiliza en rituales dirigidos hacia un objetivo específico. Así que lo que define si ella practica “el bien” o “el mal”, como dices, es la forma en que utiliza ese conocimiento. Si lo hace de manera consciente, procurando el bien de los demás y sólo para el bien de los demás, es una maga blanca. Si lo hace con fines egoístas, pensando sólo en su propio bienestar o en la destrucción de otras criaturas, entonces la suya será magia negra y sufrirá las consecuencias de tal corrupción.

»¿Me comprendes?

De lo único que Ariane Narin estaba en verdad segura era de que ese estaba siendo el día más confuso de su vida.

—¿...a la ancianitas peligrosas y acaso llenas de oro, como sus limitadas inteligencias imaginan? —Axel ya había llamado la atención de La Jarra de Oro mucho antes de eso. Cuando comenzó a hablar directamente a los humanoides, el recinto guardó un silencio absoluto.

Los orcos, cuya coloración variaba entre el azul añil y el plumizo, golpearon la jarra con rabia en la barra, desparramando una cerveza de las más fuertes. Miraron al príncipe y, créelo si así lo deseas, lo cual no debe ser tan difícil, no lo reconocieron. Sin embargo, las inteligencias limitadas habían entendido que aquel hombre sabía del asalto a la vieja a la entrada de la ciudad —hecho que ahora la taberna entera compartía— y, lo que es peor, que deseaba burlarse de ellos.

—¿Tú hablas con yo, compa? —no intentes entender ni aprender a hablar en idioma orco. Nunca, ni el día en que un enano nazca con una estatura alta, conseguirías usarlo a la perfección, al menos si no has crecido en medio de ellos, lo cual debe ser una desgracia, si disculpas la franqueza.

—Infelizmente —y Axel rio en forma involuntaria con su respuesta. La carcajada salió tan natural y espontánea, que toda la taberna lo imitó, lo cual enfureció más a los orcos, que tanto aprecian el orgullo.

—¿Tú estás queriendo aporreada en la cara, carnal? —semejante perla fue dicha por un segundo orco.

—¡Algo que en tu figura resultaría inoperante, maleducado! —dijo el príncipe.

Los orcos se miraron entre sí. La taberna experimentaba una especie de comportamiento gregario, como si estuviera ante un espectáculo de bufones y una única frase medio graciosa fuera suficiente para provocar un exceso de risas.

—A ver, vamos, admitan que no entendieron nada... —y ni Axel se aguantó y comenzó a reír, pues a la postre él mismo se había contagiado de aquel ambiente cargado, responsable por hacer reír a la taberna como una platea de teatro en una

comedia.

—¡Humpf!... Hunc... Hoinf... —esos gruñidos extraños provenían de los propios humanoides, que los emitían cuando se sentían rabiosos, con lo que reafirmaban su parentesco con los puercos y los jabalíes.

—¡Válgame... tal vez sea más fácil entender a una piara de puercos! —la taberna reía tanto con el príncipe, que muchas personas que pasaban por el lugar entraron para conocer el motivo de tamaña euforia.

—¡Yo voy pegar! —y uno de los orcos lanzó un puñetazo contra la orilla de la barra, con lo que hizo temblar jarras y estructuras—. ¡Yo voy a soplar y soplar y bufar hasta derrumbar!

—Para ahorrarnos una escena ridícula, espero que hayas querido decir «golpear» y «empujar»... —dijo el príncipe, y toda la taberna volvió a reír.

Los tres orcos se separaron de la barra y avanzaron despacio hacia él. Eran grandes. El más chico debía medir al menos un metro ochenta. Los otros dos, algo cercano a un metro noventa. Mientras se aproximaban, Axel se colocó con calma un guante en cada mano, accesorio que no creyó que utilizaría tan pronto.

—¿Saben? Cuando llegué a esta ciudad imaginé que no tendría a alguien calificado para ejercitarme y mantenerme en forma para la selección del Puño de Hierro. Pero, por lo visto... ¿Qué haré? —la taberna guardó silencio—. Si no tengo a alguien de mi categoría, ¡me serviré al menos de estos tres para compensar! —la taberna lanzó hurras de felicidad.

Con los guantes puestos, Axel Branford se colocó en el centro de la taberna. Los orcos formaron medio círculo frente a él. El príncipe levantó las dos manos a la altura de los hombros y balanceó los dedos dos veces hacia sí.

—Por culpa de ustedes tuve que ceder mi corcel más veloz a una señora lastimada. Y ahora ustedes me dan dos oportunidades perfectas: una, para descargar mi frustración ante la certeza de que llegaré más tarde de lo previsto a mi destino, y dos, para moler a golpes a tres imbéciles, tan imbéciles como para atacar a una víctima como aquella en los límites del reino del cual es responsable mi familia —nadie en la taberna fue capaz de ocultar su admiración—. ¿Entonces... se van a quedar mirando, burros?

Y tres orcos gigantesos se lanzaron bufando contra él.

—Espera, madre... creo que comienzo a entender, ¡pero vayamos despacio!
—¡pero Ariane—. Explícame más.

—Claro, pregunta lo que quieras.

—Si todo es como dices... ¡Caramba! ¿Por qué no se lo explican a todo el mundo? Digo... No sé... Hablar en las escuelas. Me entiendes, ¿no?

—Querida, ¿te acuerdas de la obra que viste hace poco tiempo en la Majestad? ¿*Cazadores de brujas*? —Ariane asintió—. Yo sé qué fue la Cacería de Brujas. Las escuelas secretas de magia negra proliferaron, y las magas manchadas querían tomar el poder para sí. Bruja llegó a matar al antiguo rey Ricelli en esa época, al que las buenas hadas tenían en el reino de Mantaquim. Entonces Primo Branford no era rey y encabezó al reino en esa cacería, exterminando ese mal, lo cual motivó a otros reinos para hacerlo también...

—¡Madre, yo estudio historia! ¡Conozco la historia del rey! —y vaya que la sabía; todo niño quedaba fascinado con ella.

—Pues sí, querida, pero tus profesores no te contarán que esa historia tuvo un lado bueno y otro malo —dijo Anna con pesar—. Si por un lado estaremos eternamente agradecidas a Primo por haber impedido la proliferación de las escuelas de magia negra en ese momento, por el otro también sufriremos, y creo que por la eternidad, ante el hecho de que él generalizó que a toda bruja se le considere una maga tenebrosa.

»Muchas personas inocentes, magas blancas que sólo predicaban la bondad y la evolución de la humanidad, fueron quemadas en las plazas públicas, nada más porque los hombres no sabían diferenciar entre brujas “del mal” y brujas “del bien”. Y la violenta persecución a la que fueron sometidas obligó tanto a las brujas negras a nosotras, las blancas, a esconder nuestra verdadera naturaleza y a mantener nuestras prácticas en un secreto todavía más absoluto.

—¿Tú también fuiste perseguida, madre?

—Sí, querida. Pero, para mi protección, la semidiosa colocó mi vida en el camino de tu padre.

—¿Cómo?

—Conocí a Golbez por casualidad. Él me cortejó y yo acepté sus pretensiones lo más rápido que pude, pues casarme con él representaba una protección, ¿me entiendes?

—¿Entonces no amas a papá, madre? —la pregunta fue hecha casi en estado de choque.

—Claro que lo amo; pero lo amo hoy en día. En realidad aprendí a hacerlo y tu nacimiento sólo sirvió para acercarnos aún más. —Ariane sintió una inmensa alegría al escuchar aquello—. Sólo digo que no me casé con él por amor; no en aquella época, ¿me entiendes? Lo hice para protegerme de la locura que estaba sucediendo...

—Te entiendo, madre —y Anna se enorgulleció de la madurez de su hija—. Pero... ¿y las otras magas blancas que no tuvieron la misma suerte que tú? —si Sabino hubiera estado allí, te garantizo que habría elogiado, y mucho, aquella hermosa pregunta.

—¡La mayoría de ellas hizo lo mismo que tu abuela! Compraron o construyeron casas aisladas de los centros urbanos, sobre todo en medio del bosque o en grutas y cavernas apartadas. —Ariane se sorprendió, porque todo comenzó a cobrar sentido.

—Siempre pensé que la abuela estaba loca por vivir sola en medio del campo...

—No lo estaba. Incluso tuvo suerte de comprar esa casa a un leñador jubilado que deseaba mudarse a Metropólitan. Sin embargo, al igual que las magas blancas, otros tipos de brujas también se diseminaron por todos lados... —Anna iba a explicar mejor aquel razonamiento, pero Ariane la interrumpió para hacerla ver que era innecesario.

—Ya entendí, madre. Me estás queriendo decir que existieron brujas «del mal» que también se escondieron. Como la que atacó a María y a João hace algunos años.

—Exactamente, querida. Por desgracia, ellas cayeron en los dominios de Babau, una de las peores magas negras supervivientes, que escapó a la furia de Primo en la época de la Cacería de Brujas —la mirada de Anna se perdió, como si volviera a vivir todo de nuevo—. Se trataba de una bruja tan mala, que tenía el hábito de alimentarse de carne humana. Gracias a las semidiosas eso no ocurrió con los dos hermanos...

—Madre... ¿Y qué es un animal «marcado»? —Anna se sorprendió de que Ariane recordara esa información y la utilizara en un momento tan oportuno.

—Bueno, querida... como te dije, las brujas conocen técnicas para manipular las energías positivas o negativas, y una de esas posibilidades consiste en aprovechar la naturaleza. Las magas blancas utilizan a los animales para avisar a las personas en peligro, recibir mensajes de ellas, hacer preguntas sobre el lugar donde viven, cosas de ese tipo. Las magas negras ordenan el mal, o peor, la muerte de las personas. —

Ariane tragó en seco.

—¡Por eso dijiste que alguien mandó matar a la abuelita Narin! —Ariane habló más para sí misma.

—En realidad, querida, sospecho que alguna bruja negra no marcó a ese lobo para matar a la abuela Narin. Si haces memoria, recordarás que, en realidad, yo creía que el animal estaba marcado para... Para matarte a ti.

El pueblo vibró. Un orco de más o menos un metro ochenta voló sobre la barra de la taberna. Tal vez estés pensando que el tabernero se encontraba con las manos en la cabeza, enloquecido, pensando que no quedaría nada de su local, ¿cierto? ¡Al contrario! Al fin las personas de Metropólitan tenían una excelente muestra para los negocios, y el tabernero de La Jarra de Oro sabía que el que había provocado aquella pelea tenía dinero más que suficiente para cubrir los daños. Después, la sola popularidad generada por una pelea como aquella en su establecimiento pagaría todas las pérdidas, y lo haría con creces.

Uppercut.

El gancho invertido: un golpe violento, peligroso e intenso. No es fácil determinar el momento adecuado para aplicarlo, pues la guardia se abre en el momento de la preparación; pero en caso de que el golpe consiga ser ejecutado, entonces no tengas dudas de que el estrago será demoledor. Como en el momento en que un orco recibió un puñetazo en la mandíbula y se escuchó, incluso en medio del griterío, ¡el estallido del hueso de una mandíbula fracturada!

Ah, sí, ¿recuerdas aquellos guantes que el príncipe se puso antes de comenzar el combate? No eran mágicos ni nada por el estilo. Tampoco daban ninguna fuerza de ogro ni de gigante. Ni siquiera sé si esas cosas existen. Pero no podemos decir realmente que eran guantes sencillos y puramente estéticos, como la mayoría. Sucede que la diferencia estaba a la altura de los huesos, por encima de los dedos, los mismos que se protegen cuando el puño de un pugilista está bien cerrado. En ese lugar el guante se encontraba revestido con bolas de hierro que no sólo golpeaban bien cuando acertaban en el punto de impacto, sino que también provocaban dolores mayores que lo normal.

Sin embargo, el golpe del príncipe le costó caro. Una mano gigantesca tomó al muchacho por la pierna, su cuerpo fue agitado en el aire como el de un muñeco de

paja, y después lanzado con violencia en dirección a la barra, donde se estrelló contra las repisas y cayó con ella, con lo que ocasionó que decenas de copas y botellas de vidrio se rompieran. Axel Branford fue a dar atrás de la barra, y debo admitir que el pueblo se preocupó, pues ninguna de aquellas personas creía posible que se levantara tras recibir un golpe con semejante potencia.

Y fue tal vez por esa sensación, por creer que fracasaría ante la adversidad, que ninguna de ellas se aguantó el placer, la excitación ni la euforia cuando el príncipe surgió lentamente de atrás de la barra, irguiéndose sonriente, aunque sangrando un poco, como un ciempiés que se pusiera en vertical.

Finalmente, por eso era tan adorado por el pueblo.

Axel representaba el sueño, el mito de los príncipes perfectos, el mensaje de que ninguna persona, noble o plebeya, debía renunciar a sus deseos ni creerse incapaz de realizarlos. Fue ese sentimiento lo que él sacó a la luz en aquel establecimiento, cuando hizo uno o dos alargamientos para estirar los huesos del cuerpo, y acto seguido saltó por encima de la barra, diciendo en voz alta y clara:

—¡Bien, basta ya de calentamiento! —y aterrizó en posición de combate ante una taberna eufórica.

Un *jab*. Otro. Un tercero. Un directo.

¡Cuatro puñetazos que le parecieron uno solo al orco que los recibió en el rostro! Y no digo esto a causa del daño, sino de la velocidad. Era como si Axel hubiera nacido para aquello y para nada más. Los movimientos, más que suficientes para liquidar adversarios, conformaban una especie de danza, un vaivén sincronizado entre equilibrio, fuerza y velocidad; y aunque hubiera sido el más desconocido de los luchadores, se habría ganado el favor del público.

Pero toda esa gracia y esa belleza, a pesar de la extrema violencia, no impidieron que el orco lo golpeará con violencia en el estómago, provocando que se doblara, pues ningún ser humano es capaz de mantenerse inmóvil ante el puñetazo de un orco de semejante porte. Axel se apartó tres pasos, y mientras seguía con el tronco inclinado y la cabeza en vertical, tomó aliento, respiró tres veces y volvió a atacar con fuerza, como si no hubiera recibido golpe alguno.

Una serie.

En pugilismo eso se refiere a dos o más golpes sucesivos, con el objetivo de abrir la guardia del adversario. Es preciso contar con el aliento y una buena respiración para aplicar altas secuencias.

Felizmente, Axel tenía los dos.

Uno. Dos. Tres. Cuatro. Cinco. Seis. Siete. El orco intentaba encajar un golpe propio entre tantos ataques, pero después del cuarto puñetazo ya daba gracias tan sólo por defenderse de tantos golpes de aquel maldito guante con dolorosas bolas de hierro. Un octavo puñetazo. Una finta. El orco levantó ambas manos para protegerse

de lo que parecía un ataque en el rostro, ¡y eso abrió el camino para que recibiera un golpe violento en el estómago!

El corpachón del humanoide se dobló hacia el frente, y la cabeza quedó a la altura del pecho del príncipe. ¡*Cross!* Un golpe cruzado en el que el brazo derecho se mantiene flexionado, manteniendo el codo a una altura por encima de la mano. Aprovechando la gravedad, el puño revestido del guante de hierro descendió en forma demoledora, como una roca suelta en un barranco. Y aunque no lo creas, el cara de jabalí no cayó. Eso sólo demostraba su falta de inteligencia, pues hasta un trol lo habría hecho para no prolongar más aquel embate.

Media luna vertical. En el pugilismo de Nueva Éter, «media luna» es el nombre dado al golpe aplicado con el codo, y fue uno de esos el que se le propinó. Una media luna de abajo hacia arriba, que hizo que el cuerpo del orco se levantara del suelo en un semicírculo hacia atrás y cayera de espaldas con los brazos abiertos ante los gritos de euforia.

La vibración tan excesiva e intensa del público plebeyo hizo de la taberna una auténtica barahúnda. Los gritos resultaban muy interesantes, pues clamaban que «en pugilismo, él era el Rey». Y debo admitirlo: Axel Branford adoraba aquello.

El momento en que el príncipe se convertía en Rey.

Las puertas de la taberna se abrieron con violencia, con tanta que Axel se volvió creyendo que alguien había sacado al mamut adolescente de Muralla del sitio donde dormía para invadir la taberna. Pero se trataba de más de una decena de soldados preparados para repartir violencia por todos lados.

—¿Qué rayos pasa aquí...? ¿Alteza? —el soldado se asustó.

—Recojan a esos tres —ordenó el príncipe con firmeza—. Ellos son los responsables de un cobarde ataque contra una señora en los alrededores de Metropolitán, y así puedo declararlo si soy requerido.

El soldado se encontraba paralizado, sin saber bien cómo actuar. En realidad, jamás podría detener y mantener presa a una persona o humanoide sólo porque otra lo acusaba de algún delito. Eso le había sido enseñado en el entrenamiento militar: jamás le habían explicado si eso se extendía a los miembros de la familia real, lo que creía bastante difícil. Sin embargo, el soldado aprendió una lección en su entrenamiento por sobre cualquier otra: nada estaba por encima de un rey, más allá de los semidioses. Luego, por encima de aquel príncipe, sólo estaban el rey o la reina. Y como ninguno de los dos aparecería en ese momento, concluyó que no había otra opción más que decir:

—¡No es necesario, alteza! Su palabra no necesita declaraciones. Nos los llevaremos de inmediato y les daremos el tratamiento adecuado.

Y allá se fueron los orcos, cada uno cargado por tres o cuatro guardias. El público aplaudió la salida de su príncipe real del establecimiento, y él no se olvidó de arrojar

al sonriente tabernero un saco con monedas de reyes suficientes para remodelar una taberna completa, o hasta dos. Entonces Axel partió, feliz con aquella situación, la cual habría erizado los cabellos de su guardaespaldas, si los tuviera. Claro, no imaginaba el príncipe que una mirada en especial lo seguía desde que había entrado a aquel lugar.

Y tal vez desde mucho tiempo atrás.

—¿Quién podría querer... matarme? —una frase intensa, me parece, —¿proveniendo de una muchacha de trece años.

—Probablemente alguna maga negra, hija —dijo Anna—. Alguien que no quería que te reunieras con tu abuela ese día para evitar tu iniciación, como estaba planeado. Como no logró dañarte, el animal recibió la orden de atacar a tu abuela...

—¡Pero no entiendo muy bien por qué! Al fin y al cabo, ¿qué tengo yo de diferente, aun habiendo nacido con ese montón de extrañezas que mencionaste, para que alguien quisiera hacer algo tan horrible?

—Eso lo averiguaremos, querida.

Un rechinido.

Incuso desde donde estaban era perfectamente posible escuchar el rechinido de la puerta de entrada en el piso superior de la casa. Pasos. Un golpe seco en el suelo de madera podía ser sentido con facilidad en el piso de abajo. Uno... dos... tres... cuatro... y muchos otros pasos hicieron que Ariane se asustara allí, en el piso inferior, imaginando quién estaba entrando en la casa. Reconozco que esas historias de magas negras, hadas caídas y brujas carnívoras habían asustado a la niña con mucha eficiencia. Su corazón comenzó a acelerarse. Sudor. Frío. De esos que escurren despacio por un lado del cráneo, cerca de la oreja, y aumentan la frescura del viento cuando este toca el cuello. La respiración pasó a ser oral. La boca permanecía abierta. Y el sonido dentro del pequeño cuarto era el del aire que entraba y salía con exageración, acompañando a una mirada desorbitada y a una voz ronca que parecía sujetarse de la garganta para no ser condenada a morir al contacto con el aire.

—¿Qué... quién es, madre? —Ariane temblaba.

—Cálmate, querida —la madre no sentía ni un tercio del nerviosismo de la hija—. ¿No querías respuestas? Ellas han llegado.

La Sala Redonda del Gran Palacio, a puertas cerradas, ante la mesa octagonal. La escena se repetía una vez más, lo que significaba que la situación en Arzallum seguía fuera de cauce. Un puño golpeó en la mesa. El puño del Rey, de esos que aumentan o exageran el sonido del impacto. Los consejeros apretaban los labios y se mantenían inmóviles.

—¡Jamil Corazón de Cocodrilo, en este momento en mi ciudad está, reunido con las Sombras y ordenando robos de materiales tan distintos y extraños como frutas y joyas raras! —las informaciones habían sido extraídas previamente por el propio rey a Snail Galford—. ¿Alguno de ustedes tiene una opinión personal sobre esto?

—Majestad —dijo el consejero Amarillo—, creo que el interés de Jamil es esconder sus verdaderos propósitos con semejantes actitudes. En medio de esas excentricidades en realidad sólo existe el deseo de obtener nada más alguno de esos artículos, y el resto es mero material para generar especulaciones y desvíos del verdadero foco de la cuestión.

—¿Como estamos haciendo ahora? —preguntó el rey, que no parecía contento.

—Sí, su majestad... —y el consejero Amarillo hubiera preferido no tener que responder a esa pregunta, pero... nadie dejaría de contestarle a un Rey. Incluso las cuestiones más difíciles.

—¿Alguien más? —demandó el Rey, nervioso.

—Su majestad, creo que ese pirata sólo está reuniendo pertrechos como forma de pago para un aliado más poderoso —dijo el consejero Negro, siempre pensando en las peores consecuencias.

—¿Un poderoso... aliado? —no sé si tú lo ves así, pero yo no tengo dudas en afirmar que Primo ya estaba impaciente e irritado al ver su reino en llamas mientras él estaba allí, sentado con un grupo de nobles encapuchados que no sabían de armas, los cuales, imaginaba, no podrían ayudarlo en nada en ese momento.

—Sí, majestad —continuó el consejero Negro—, primero se alió con las

Sombras. ¿Quién sabe con quién más lo hará ahora?

—Claro, quién sabe... ¿Tal vez con un dragón? —preguntó Primo, aplaudiendo una sola vez. Los otros consejeros se contuvieron para no reír. No porque el chiste tuviera mucha gracia, sino porque la cara de irritación de Primo y la de idiota del consejero Negro habrían logrado que la situación resultara cómica de no haber sido tan grave—. ¿Acaso ninguno de ustedes tiene una solución práctica, directa y de eficacia real? —el Rey elevó el tono de voz—. ¡Muchas personas murieron! ¡Estoy cansado de escuchar teorías de esto o de aquello: quiero soluciones prácticas! ¡Soluciones que impidan que mañana tenga que entrar otra vez en la Catedral de la Sagrada Creación y ver a decenas de familias llorando desesperadas porque perdieron a sus cabezas debido a las locuras de un demente con apodo de caimán!

Nadie se atrevió a corregir al Rey. Era más fácil si antes comenzaban a llamar a Jamil «Corazón de Caimán». Y para hablar de atrevimiento, y de lo que nadie tenía el valor de hacer, aunque no lo creas, en ese momento tocaron a la puerta de la Sala Redonda. Interrumpir la reunión a puertas cerradas sin motivo era firmar un contrato de por lo menos un mes de estancia en el peor calabozo de la Jaula de Andreanne.

—Yo merezco... ¡que alguien abra esa porquería! —Primo recargó la cara en la mano, pidiendo al Creador que lo apoyara y le enviara una respuesta.

El consejero Naranja se levantó y abrió la puerta de la Sala Redonda. Al otro lado estaba un oficial de bajo rango, sudando frío por el temor de haber interrumpido una reunión de tal importancia.

—¿Qué pasa, sargento? El rey espera que tengas un buen motivo para... —el sargento ignoró la presencia del consejero Naranja y entró en la Sala Redonda sin la autorización del rey, lo que hizo que todos los consejeros pensaran que con seguridad alguien tenía garantizados algunos días en un oscuro calabozo.

—¡Majestad...! Hay un hombre... y una muchacha... y un muchacho... —el sargento todavía estaba más nervioso que antes.

—¡Por mil brujas! ¿Qué fue lo que hice mal? —y la mesa recibió otro puñetazo del rey, mientras se levantaba—. ¿Qué diablos haces, sargento? ¿Interrumpes una reunión para decirme que existe un hombre, una muchacha y un muchacho en esta ciudad? ¡Puedo afirmar que eso no es una exclusividad local!

—No... majestad; ¡ellos están aquí!

—¿Aquí? ¿Dónde? ¿En palacio?

—¡No! ¡Aquí afuera! —y todos los consejeros abrieron mucho los ojos.

—¿Con qué derecho permiten que los plebeyos anden por el Gran Palacio, incompetentes? —Primo Branford siempre había sido conocido por ser un rey bondadoso. Los modales nerviosos con que hablaba ahora, irritado, incluso insultando de vez en cuando a sus subordinados, sólo demostraba el nivel de estrés y desorden emocional que estaba alcanzando últimamente.

—Pero majestad... ¡él entiende las señas! —dijo el sargento, con un profundo susto.

—¿Señas? ¿De qué malditas señas estás hablando?

—¡Las señas de los cofres!

Pausa para explicación:

Cuando se entra al Gran Palacio, existe un único camino que conduce a la Sala Redonda. En ese trayecto hay varios salones, y en cada uno ellos, como mínimo, un cuarteto de soldados. Cada uno de esos salones posee un cofre, ubicado cerca de los soldados. Sólo los consejeros del rey conocen las señas de las combinaciones para abrir esos cofres, y eso tiene un propósito.

Cuando alguien consigue abrir un cofre, adquiere el derecho de dirigirse al salón siguiente, y así sucesivamente. Eso fue creado para evitar que los impostores se hicieran pasar como falsos consejeros y tuvieran acceso a los planes del rey, y hasta al propio monarca, para evitar intentos de regicidio. Así, los consejeros, al llegar al Gran Palacio, abrían los cofres y proseguían al siguiente salón, lo cual continúa haciéndose hasta el día de hoy.

Imagina entonces lo que podría significar que un plebeyo hubiera sido capaz de llegar hasta allí.

—¡¿Qué?! —el Rey entonces se acordó de un detalle—. ¿Pasó por todas las señas de todos los cofres?

—¡Todas, su majestad! Y pide que lo reciba. ¡Dice que el futuro de la paz de Andreanne depende de que su majestad lo escuche!

—¿Es eso una amenaza, sargento? —el Rey necesitaba estar seguro.

—Sinceramente, mi Rey, no lo veo así. Por su aspecto y el modo como habla, más bien creo que es un aviso de quien tiene la certeza de lo que dice...

Todos los consejeros miraron al Rey. Probablemente creían que sometería a votación la decisión de permitir que un extraño entrara a la Sala Redonda. Pero entonces lo escucharon decir:

—Pues ordena al sujeto que entre.

—Majestad... —el consejero Verde inició una tentativa de diálogo, al ver frustrada lo que parecía la inminencia de una votación.

—¡Silencio! —dijo el Rey con firmeza—. Ya pudieron hablar cuando les pedí sus opiniones, siempre teóricas... Ahora tengo la sensación de que la solución práctica que busco al fin apareció.

Se trataba de una señora. Su vestimenta era extraña y diferente, por lo menos desde el punto de vista de Ariane y Narin. Traía una caperuza puntiaguda en la cabeza y, cuando se le preguntaba, explicaba que era sólo un accesorio, pues la forma cónica ayudaba «a la captación de energía».

Bien, aquella persona era una bruja. Y por más que hubiera escuchado y entendido todo el concepto explicado por su madre, saber que estaba en presencia de una bruja desconocida no era la mejor sensación del mundo para Ariane. Ese razonamiento limitado tenía lógica. Estaba directamente influido por los cuentos narrados por los bardos de las historias ambientadas en Nueva Éter, que incluían a príncipes, brujas y dragones. Y ninguno de esos cuentos involucraba a brujas «del bien», y más bonitas, como su madre; sólo mostraban el concepto de brujas vestidas de negro ante calderos hirviendo, lo que en realidad existía por allá, pero no en forma exclusiva como había pensado la niña.

Anna le explicó que aquella señora recién llegada era *madame* Viotti, la sacerdotisa que había asumido el aquelarre después de que su abuela Narin dejó aquel plano.

Lo más terrorífico, sin embargo, era que ambas le explicaron que ese día iniciarían a Ariane, y eso al principio le provocó cierta incomodidad. Pero la incomodidad se esfumó cuando Ariane vio que no se trataba de una imposición, sino de una elección.

—Ariane, mi dulce niña, ¿quieres ser iniciada? —preguntó *madame* Viotti con maneras dulces y serenas, mientras le sonreía.

¿Sabes? Seré sincero: Ariane tenía listo el «no». Ahí, en la punta de la lengua, dispuesto a salir de su boca como un sapo. Y te aseguro que si hubieran intentado obligarla a ser iniciada, si hubieran dicho algo como «¡lo harás!», ella habría dicho aquel «no» más rápido de lo que lo cuento. Pero ella estaba allí, ante las brujas...

Peor todavía... O mejor aún... Brujas «buenas», que usaban la magia para el bien. ¡Y su abuela era la antigua sacerdotisa de aquello que ella había aprendido que se llamaba aquelarre!

Y entonces recordó todo lo que su madre le había dicho hasta ahí. Y de cómo ella y la fallecida abuela pensaban que era especial, cómo nació en un día tan diferente, bajo una Luna tan extraña, y cómo veía cosas raras y escuchaba un llamado. Una cosa era cierta: tenía muchas preguntas, tantas que ningún profesor podría ayudarla. No un profesor común de la Escuela Real del Saber. Pero ahí... Bueno... Ahí podría obtener respuestas y aprender con profesoras especializadas en responder dudas como las de ella, en una cantidad cada vez mayor.

Ariane Narin pensó que en ese momento no debía sentir temores ni recelo, pues no corría peligro. Por el contrario, estaba allí para decidir si pasaría el resto de su vida en la ignorancia o con la posibilidad de conocer la verdadera sabiduría. Y no estaba ninguno de los hermanos Hanson para darle su opinión antes de que se formara la suya. Ni su madre le diría lo que debía hacer.

Nunca su propia vida había estado tanto en sus propias manos.

Y tal vez haya sido eso, esa libertad de elección y aquel deseo de respuestas, lo que hizo que la niña pensara un poco, mirara de reojo a *madame* Viotti y respondiera con mayor firmeza que con la que nunca había respondido a una pregunta:

—Sí.

→ Sabino von Fígaro.

Dos sorpresas había en ese nombre, al menos para María Hanson. Una: era la primera vez que escuchaba el nombre completo de su profesor. Dos: este había salido de los labios del propio rey, lo que significaba que no sólo ella había estado una noche con un príncipe real, sino que también había estudiado con un profesor que conocía los códigos especiales para llegar a la Sala Redonda del Gran Palacio. Era increíble cómo, de una hora para otra, su vida monótona comenzaba a parecer mucho más que emocionante.

—¿Su majestad recuerda entonces aún a este guerrero de mil batallas? —Sabino sonrió, ignorando la presencia de los otros consejeros.

—Juro que es la última persona que pensaba encontrar en este día horroroso —dijo el rey, que expresaba la más pura de las verdades—. También me sorprende que te acuerdes de los códigos de acceso.

—¿Pensabas que ya había caducado, majestad? —sí, así como a los presentes en aquella sala, también me daba la impresión de que ambos conversaban como si fueran buenos y viejos amigos—. Muy por el contrario, soy como el vino, que sólo aumento mi valor con el tiempo. ¡Mi astucia cada vez está más aguzada, tanto que aquí estoy para sacarte a ti y a tus consejeros de las tinieblas de la ignorancia!

—Por favor, su majestad, no tome en serio este ultraje... —la frase no terminó de ser completada por el impulsivo consejero Rojo.

—Mide tus palabras, Rojo —dijo el rey con firmeza—. Antes de que concluyas, recuerda que este hombre ya se sentó en una de esas sillas coloridas del consejo. ¡Justo como tú y como yo!

María y João abrieron mucho los ojos. Quizá estuvieran sordos o se encontraran alucinando, o tal vez Primo Branford en realidad acababa de confirmar que aquel señor con el que habían estado «trabajando» había sido en otras épocas un... ¡consejero real! Bueno, eso explicaría, por un lado, por qué tenía acceso a las señas

de los cofres. Y hablando de eso, ¡estaban en la misma sala que el rey! Ah, sí, y el consejero Rojo se había sentado sin decir nada más después de las palabras del monarca, a pesar de que se carcomía por dentro.

—Muy bien, Sabino, veo que regresaste a la actividad, ¡y eso tal vez sea bueno en este momento! —volvió a hablar el rey—. Recuerdo muy bien que sin tu ayuda quizá no hubiera logrado llegar tan lejos en la Cacería de Brujas.

—¡Su majestad debe recordar todo muy bien, igual que yo! ¡Pues por desgracia vengo aquí a decirle que tal vez deba ser emprendida una nueva cacería, señores!

Cuchicheo entre los consejeros. En realidad, aún no mostraban interés en el hecho de que aquel señor en verdad estuviera trayendo información importante o no, pero sí en la atención que estaba consiguiendo del Rey, lo cual ellos mismos se habían pasado el día intentando, sin éxito.

—¡Silencio! —esta vez Primo golpeó tan fuerte la mesa, que los presentes soltaron lo que tenían en las manos—. ¡Juro que si me irritan una vez más, una sola vez, disuelvo esta porquería de consejo y tomo mis decisiones en la plaza pública, junto al pueblo! —los nobles temblaron sólo de imaginar semejante situación—. ¡Sargento, te puedes ir! —y pocos notaron que este aún no lo hacía, de la pura fascinación de ver por dentro, y en funciones, a la Sala Redonda.

—¡Oh, sí! ¡Con su permiso, su majestad!

—¿Y quiénes son estos dos niños, Sabino? —era fácil notar la molestia del rey. En verdad, todo parecía fastidiarlo aquel día.

—¡Mis dos... asistentes, majestad! Te pido que, por favor, tolere su presencia, pues sin ellos no habría llegado a la conclusión tan alarmante que me hizo venir hasta aquí.

—¿Asistentes? ¡Bueno... así sea! —y el rey apoyó de nuevo la barbilla en una mano—. Vamos, dime; finalmente, ¿qué es aquello tan alarmante que descubriste en Andreanne que te hizo venir con tanta celeridad aquí?

—Majestad... Consejeros... Vengo a informarles que Jamil, Corazón de Cocodrilo, no vino a estas tierras en pos de nada material, o al menos con esa intención primaria.

Y la atención de todos los consejeros, que ya no se arriesgaron a contestar otra vez a Sabino, se fijó por fin en aquel señor. Por más o menos resentidos que estuvieran, la ciudad donde vivían ellos y sus familias estaba ante un peligro inminente, y tal vez valiera la pena escuchar a alguien que parecía tan seguro de lo que decía, sobre todo porque ellos mismos aún no establecían un consenso.

—Vamos, Sabino, cuéntame lo que deseo escuchar —dijo el rey.

—¡Su majestad, por desgracia te contaré lo que no quieres escuchar! Existe una bruja en Andreanne. Y esos piratas sanguinarios andan tras ella.

Doce metros.

Esa era la altura donde se hallaba Axel Terra Branford. No le pasaba por la mente que en ese momento su padre estuviera en la Sala Redonda, mucho menos con María Hanson y su hermano. Ni siquiera puedo imaginar lo que pensaría de haberlo sabido. Para nada.

Pero si estaba a doce metros, no lo hacía flotando ni nada parecido; sólo había solicitado permiso para subir a la torre de vigilancia oeste de Metropolitán, si bien los príncipes no piden permiso, al menos no de la forma en que lo haría un militar. Tal vez movido por una locura temporal, subió, casi matando a los soldados de un infarto, al tejado de la torre, y allí permanecía, quieto, oteando el horizonte.

La observación hacia el oeste tenía un motivo: era en aquella dirección donde avistaría, y muy bien, las Siete Montañas. Parecían tan próximas con su tamaño descomunal, pero al mismo tiempo tan distantes como la pequeñez que su figura real parecía tener ante tamaña vista. Ordenó que ningún soldado ni cualquier otro militar lo molestaran. Estaba demasiado concentrado para eso. Y justo por eso, por haber dado un aviso con anterioridad, se irritó profundamente cuando escuchó una voz que lo llamaba:

—¡Muchos días todavía tomará este viaje, príncipe! ¡Muchos más de los que calculaste inicialmente!

—Pero cómo es posible que... —Axel se volvió y casi cayó del tejado de la sorpresa. No, no exagero. Te daré tres buenos motivos para eso y estarás de acuerdo conmigo. El primero: la voz no era la de un hombre, sino la de una mujer. Segundo: la muchacha, de piel negra y una belleza profunda, con cabellos rizados, no tocaba el suelo. Tercero: se trataba de un hada. ¡Si esos tres motivos no son suficientes para caer del susto del tejado de una torre, mi buen amigo, en verdad desisto! Me parecería mejor enterrarlo de una vez.

—¿Sorprendido, Axel Terra? —era interesante cómo el hada sólo usaba el

apellido materno. Lo común era que las personas se refirieran a él por su primer nombre y el apellido del padre cuando no querían llamarlo por el nombre completo—. Yo soy Yama, conocida entre los tuyos como el hada del crepúsculo, y vine a decirte que pasaste la prueba a la que te sometí.

—¿Prueba? —me habría gustado que vieras la cara de tonto que puso Axel en ese momento. Él mismo intentaba descubrir si mantenía alguna cordura, y sus ojos más parecían los de un pez recién sumergido en un acuario.

—Sí, ¿o ya olvidaste lo que le pediste a tu Creador? —bueno, era injusto pretender que él se acordara. Te aseguro que hasta tú debes haberlo olvidado.

—Señora... debo estar muy cansado, pues tuve una lucha desgastante hoy y... ¡Tal vez por eso estoy teniendo alucinaciones! —Axel se restregó los ojos—. Por eso siento informar a la señora que ella no existe, y no es bueno que los soldados descubran que su príncipe anda por allí hablando solo...

—Sí, violenta lucha la tuya. ¡Sin embargo, deberías estar agradecido con esos orcos!

—¿En serio? —preguntó el príncipe, haciendo un gesto mediante el cual los labios se unían y la nariz se deformaba—. ¿Y por qué?

—Porque fueron ellos los que me permitieron estar aquí ante ti, con buenas noticias.

—¡Mira, no sé quién me está jugando esta broma, pero debo admitir que está muy bien hecha! Ahora...

—«¡Mi Creador, por favor, ayúdame a llegar a las Siete Montañas lo más rápido, para que encuentre a mi hermano y regrese a tiempo para ayudar al pueblo de Andeanne, en caso de que mi ayuda sea esencial!» —dijo la mujer, pisando el tejado para evitar que Axel pensara que su existencia era fruto de una alucinación.

—¿No fue eso lo que pensaste y pediste cuando corrías en tu corcel en dirección a Metropolitán, Axel Terra?

Axel se detuvo a pensar. Recordaba haber pedido al semidiós Creador que lo ayudara a llegar más rápido a su destino, pero sería exagerado afirmar que lo había dicho con esas palabras exactas. De cualquier forma su cerebro comenzó a procesar la información que tenía sobre las hadas, pues comenzó a creer que quien estaba ante él no era una alucinación.

—Bueno... no puedo afirmar...

—¡Pero yo sí! ¡Ya debes haber oído que en un mundo de pensamientos etéreos, la fe puede mover Siete Montañas!

—Sí —ahora la cosa iba en serio. La mujer parecía traer a Axel una luz; un sentimiento guerrero y bondadoso que le erizaba la piel, como erizaría la mía o la tuya si estuviéramos en su lugar—. Ya recuerdo. Había visto las palomas mensajeras y me preguntaba si mi padre y mi pueblo necesitaban de mí...

—Sí —el hada pareció satisfecha—. Y entonces le rezaste al Creador con una petición de fe verdadera, en la que sólo deseabas el bienestar de tus semejantes, sin egoísmo. Fue un pedido altruista, y por eso recibí la orden de ponerte a prueba.

—Las hadas prueban a las personas y las ayudan o las castigan según el resultado, ¿no es eso lo que cuentan los bardos?

—Sí. Y tu prueba fue aquella señora a media carretera. Con muchas alabanzas seguí tu iniciativa de cederle tu corcel, aunque eso te perjudicara mucho más —dijo el hada, haciendo que el príncipe se sintiera orgulloso—. No, no te enorgullezcas ni pienses en vanagloriarte, o echarás todo a perder.

De nuevo Axel casi se cayó del tejado.

—Pero cómo...

—¿Cuántas veces tendré que decirte para que entiendas que en este mundo el pensamiento es más peligroso que una espada? Sólo estoy aquí porque tu petición al Creador fue humilde, y con humildad debes aceptar lo que digo, o de lo contrario me retiraré de inmediato, como si nada hubiera pasado.

—¡No! —el príncipe tembló—. ¡Discúlpame! Tienes razón, señora. Lo que hice en el caso citado no fue nada más que la acción de cualquier persona de buen sentido y nociones de respeto. Y agrego: agradezco la lección que me diste.

Las hadas pueden saber si lo que las personas dicen es verdad o no. La mayoría de las veces no lo es pero en aquel momento sí lo era. Ella podía escuchar los pensamientos de Axel Branford, sentir su pureza y saber que el deseo del príncipe de acertar era real, pues no quería fallar en aquel momento, en especial a su hermano ni a sus conciudadanos.

—Mientras mantengas la humildad que ahora demuestras, príncipe, el Creador te ayudará en tu jornada. Pierde la fe, deja que el ego domine, y todo se volverá más difícil, ¿comprendes?

El príncipe asintió con la cabeza. La luz de aquel ser lo emocionaba. Me explico mejor: el sentimiento de Axel en aquel momento alcanzaba tales proporciones porque era como si el propio semidiós Creador estuviera hablando con él y usando a aquella hada sólo como un vehículo. Y para alguien que tiene fe escuchar al verdadero Creador es algo que sobrepasa lo emocionante y toca los dominios del éxtasis.

—Eres un príncipe. Y los príncipes no tienen derecho a equivocarse. Las personas necesitan ejemplos, y ese es uno de los motivos de la creación de personas como tú —dijo el hada—. Pasaste una de las innumerables pruebas que tendrás en la vida, y espero que no te olvides de lecciones como esta. Te recompensaré, como es costumbre, pero nunca, y reafirmo ese nunca, actúes a la espera de una recompensa mía ni de quien sea, y nunca dejes de hacer lo correcto al saber que nada recibirás a cambio, pues eso es ser íntegro, merecer la existencia y honrar a la creación.

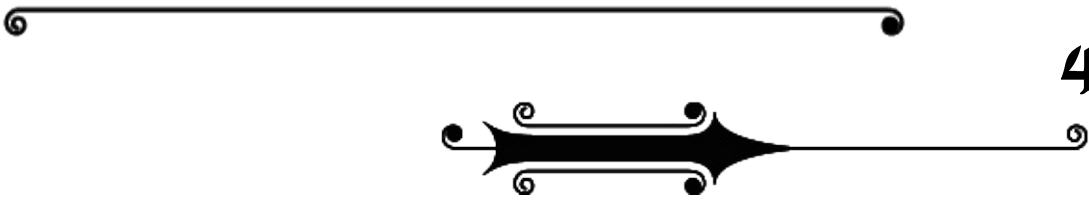
»Al anochecer, cuando la Luna esté danzando con el Sol y ese baile conforme el

crepúsculo, llámalo. Él vendrá... Si mantienes el corazón puro, la mente sana y el objetivo en foco... Él vendrá.

Y de pronto Axel estaba solo, a doce metros por encima del suelo, preguntándose si lo que había sucedido era verdad. Por un momento la duda lo asaltó. Pero sólo por un momento, pues la mente en realidad se asuela a sí misma todo el tiempo, en busca de razones y explicaciones racionales para las cosas. Pero el príncipe no sería engañado esta vez por sus razones.

Sí, él sabía que había pasado por lo que había pasado. Y puedo afirmar con claridad que ni un resabio de duda existía en su conciencia extasiada. Eso tenía un motivo, y su sonrisa ante las Siete Montañas expresaba tal certeza, pues su emoción se lo había dicho.

Había, en fin, escuchado a su corazón.



Snaile Galford estaba sentado en unas gradas, con una de las manos apoyada en la cara pensando qué haría de su vida. Ya no sabía si estaba del lado de un pirata sanguinario o de un Rey obcecado. Tenía la certeza de que, si se tratara de cualquiera de los dos, estaría muerto de todas formas. Y de que no era posible permanecer fiel a ambos al mismo tiempo. Así, era fácil entender por qué mantenía el rostro escondido entre las manos, como si nada más importara.

¿Y sabes dónde meditaba acerca de todas esas cosas? Créelo: en la gradería de un circo. Nunca lo había mencionado, pero al mismo tiempo que se había estrenado *Cazadores de brujas* en la Majestad, algunos días antes el Circo Gabbiani también se había instalado en la ciudad de Andeanne. Incluso ese era el segundo paseo previsto para los niños de la Escuela Real del Saber, que asistieron maravillados al espectáculo, como Ariane Narin y João Hanson, que en ese momento vivían por separado su propio día extraño.

A Snail no le gustaban los circos. Era sólo un lugar donde tendría un poco más de una hora para pensar. Pensar cómo sobrevivir. Estaba en medio de la selva urbana y no sabía cómo ir con Jamil, Corazón de Cocodrilo, y además de rezar para que el pirata no descubriera que actuaba como agente doble, decirle que no tenía el collar de ciento ocho piedras. Bueno, en realidad no le diría eso; antes de soltarlo, el Rey le había dado una réplica. Pero ¿qué garantía tenía de que Jamil no distinguiría entre las dos? Habría que demostrar mucha sangre fría para entregar una réplica a un pirata que le había pedido una joya original.

En definitiva, su situación no era nada buena.

El tiempo fue pasando. Y el negro de pañuelo en la cabeza y humor taciturno viajaba tanto en sus propios pensamientos, que no notó las presentaciones de los payasos, del malabarista, del tragafuegos ni del domador de leones. La gradería estaba casi vacía, pues las personas no se encontraban muy animadas ni seguras para ir a espectáculos como aquel después de lo ocurrido en el centro de la ciudad. Y

afirmo que el circo no sólo no había devuelto los ingresos y cancelado el espectáculo debido a aquel paseo de las profesoras con los alumnos de la Escuela Real del Saber, realizado aquel día de la Tierra en que no había clases en condiciones normales.

Pero tal vez el Destino había decidido jugar una vez más, o tal vez el Acaso había sentido lástima de tan razonable conflicto, y por eso alguna fuerza mayor permitió que Snail Galford prestara atención a la penúltima presentación circense: los acróbatas del trapecio. Y malhumorado, con su manera despreocupada e impaciente, vio a una pareja saltar de un trapecio a otro y dar saltos mortales que iluminaban los ojos infantiles predispuestos justo a la excitación de los sentidos.

Hubo un salto. Y un giro más. Y uno u otro detalle. Y los ojos del joven Snail se entrecerraban cada vez más. Estaba lejos de la pista, más aún de los trapecistas que volaban a metros por encima del suelo; pero la buena vista era una de sus cualidades, y si no tenía una memoria prodigiosa, al menos se preciaba de que era razonablemente buena.

Observando bien el máximo de detalles que logró identificar en las facciones de la muchacha que se balanceaba en el trapecio, Snail descubrió a la última persona que imaginaba tan próxima de sí, y haciendo cosas de ese tipo casi encima de sus barbas, si es que las tuviera. Pensándolo bien, concluyó que hacer acrobacias encajaba a la perfección con el perfil de aquella joven, lo que explicaba su habilidad atlética, casi sobrenatural.

Y hablando de lo sobrenatural, Snail percibió, y fue el primero en darse cuenta en tres años de espectáculo, que algunas veces el trapecio avanzaba en dirección a la joven sin que ella necesariamente avanzara hacia él. Era como si ella pudiera... llamar a la barra hacia sí, y él hubiera creído que se había vuelto loco de no haber visto ciertas cosas últimamente.

Fue entonces cuando Snail sonrió. Y pensó que la suerte había decidido volver a acompañarlo al fin.

Por más de una vez el agua le cayó por los cabellos y le escurrió por la espalda, haciéndola contraerse en una mezcla de frío y satisfacción. El lugar era una bañera especialmente preparada con hierbas y agua que dejaban un agradable perfume en el líquido tibio. Ella no sentía vergüenza de nada: sólo estaba en presencia de su madre y de la sacerdotisa en la que ya confiaba, por ser de la confianza de su madre, y quien en poco tiempo la iniciaría en la «brujería del bien» —en el pasado tendría que haber sido su abuela la que hiciera eso.

—¡Limpia tu mente, Ariane! —la voz de *madame* Viotti era agradable, invitadora y consciente—. Olvida los pensamientos negativos, ignora los malos sentimientos y siente lo mejor que hay dentro de ti.

Los ojos de la niña permanecían cerrados. Todo lo que le era dicho se cumplía. Y puedo admitir por ella que Ariane Narin comenzó a sentir una paz que invadía su cuerpo. El agua, que ya estaba tibia, pareció calentarse más, y todo se volvió más comfortable. Sus hombros estaban sueltos, y la cabeza cayó hacia atrás de tanto relajamiento en el cuello.

—Medita. Pide a la Creadora que seas un instrumento de bondad en esta existencia. Agradece las informaciones que recibes y por haber sido elegida para desempeñar un papel importante en este mundo. Entrégate y escucha lo que ella tenga que decirte.

Ariane podría haber jurado que por un momento careció de un cuerpo físico. Se sentía tan ligera que parecía flotar. Y acostumbrada ya a concebir al semidiós Creador con forma de mujer, pidió a la Creadora que en verdad guiara sus pasos. Y escuchó.

«Ariane».

Era otra vez el llamado. Pero esta vez la voz no se parecía a la de su madre. Creyó que la Creadora estaba allí para hablar con ella y siguió concentrada. No tardó mucho para que la voz sonara de nuevo desde fuera hasta dentro de sus oídos.

«Sigue tu búsqueda, hija».

Ariane abrió los ojos. Seguía en el cuarto de abajo, dentro de la bañera, sólo con su madre y *madame* Viotti que la observaban. Contó lo que había escuchado, aunque con un poco de recelo de que una o ambas no le creyeran y se rieran de lo que decía.

—Estás lista, niña —dijo *madame* Viotti—. Pronto anochecerá y entonces comenzaremos tu iniciación. Tienes un gran papel que desempeñar en este mundo, querida. Ahora debemos descubrir cuál es.

Madame Viotti subió las escaleras, y por el sonido de los pasos en el suelo de madera, desde el cuarto de baño era posible saber por dónde andaba. Ariane miró a su madre y sonrió, porque la madre a su vez le sonreía.

—¡Escuché, madre! Otra vez. El llamado —la niña se sentía orgullosa.

—Querida, escucha lo que te voy a decir, y esto es muy serio. Nunca cuentes nada de lo que ocurre en un aquelarre a otras personas, ¿entiendes? No todas las personas entenderán la existencia de magos blancos y magos negros. La gente tiende a creer que una bruja es una criatura tenebrosa, así como piensa que no existen hadas malas, cuando fueron las hadas caídas las que enseñaron las magias prohibidas a las brujas negras.

—Entiendo, madre. ¿Sabes? Reconozco que hasta yo misma me asusté al principio... Pero tengo la certeza de que tú eres la mujer más increíble que conozco, y también... Eres todo lo que a mí me gustaría ser cuando crezca... Y si yo fuera la mitad de la mujer que eres tú, sería una niña satisfecha... Por eso, ¿sabes?, quería decirte... Porque cuando mi abuelita murió... me quedé pensando que nunca le dije a ella cuánto la quería y... Quiero decir hoy que... Te amo, madre.

Anna Narin agradeció a la Creadora por permitirle ser madre.

Y nada más por eso.

—¿Comprenden? ¿O por qué creen que Jamil Corazón de Cocodrilo necesitaría materiales tan distintos? —Sabino dirigía la reunión en la Sala Redonda, que parecía no tener para cuándo acabar.

El rey miró al señor con un gesto de desdén, pero no era ese su verdadero sentimiento. En verdad estaba seguro de que Sabino siempre resolvía las cosas, y era precisamente por eso que lo encontraba gracioso y hacía aquella cara ante ese espectáculo particular que al viejo señor parecía gustarle hacer antes de revelar sus casos.

—¡Fácil, señores! —continuó Sabino—. La verdad es tan simple y obvia, que sólo confirma el pensamiento anterior. ¡Jamil y sus piratas están aquí detrás de una bruja, y los tan raros y diversos materiales que buscan no son otra cosa que los instrumentos necesarios para la realización de un ritual!

Una vez más se hizo el vocerío entre los consejeros.

—¡Callados! —bramó el rey, y eso ya se estaba volviendo una costumbre—. Pero dime sinceramente, Sabino, ¿qué tipo de ritual podría exigir un pirata de una bruja?

—¡Pues muchos!

—No vas a decir que hablas de un ritual de amor, profesor —dijo, burlón, el consejero Púrpura. Y todos los demás también sonrieron.

—¡Tal vez eso sea lo más indicado para ti, consejero Púrpura! —y los hermanos Hanson soltaron una risa de esas en las que se expira hondo y se intenta contener, pero que resultan más fuertes que la propia voluntad—. Me refiero a rituales de fuerza, desgracia y muerte.

—¿Crees que puede intentar un ritual contra su majestad? —preguntó el consejero Negro, que por cierto no se había reído de la broma del Púrpura.

—Es posible. Todo es posible cuando se involucran brujas y piratas.

—¡Me lleva! —y ahora no tengas duda de que el que dio, fue el puñetazo más fuerte de todos los que Primo había descargado en aquella mesa. El ruido fue tan

alarmante, que María dio un salto al frente y se contrajo del susto—. ¿Será esto un pozo sin fondo? ¡A cada momento aparece una noticia o una nueva información que apenas empeora lo insoportable! —se exaltó.

Y tocaron a la puerta. Tres veces.

—¿Qué hice tan grave para que esté ocurriendo todo esto? —continuó Primo.

Y otra vez tocaron a la puerta.

—Y tras enfrentar una guerra entera contra esas malditas aberraciones, ¿ahora descubro que existe otra viva, en mi ciudad, para hacerme vudú?

Por tercera vez tocaron tres veces a la puerta.

—¡Que alguien abra esa maldita puerta, antes de que yo mismo ahorque a quien desea poner a prueba mi paciencia! —el rey ya estaba completamente sin control.

María Hanson, que se hallaba de pie, corrió y abrió las puertas de la Sala Redonda. El mismo sargento estaba allí, con una expresión que transmitía que era el último lugar al que le habría gustado regresar.

—Disculpe que vuelva a interrumpir, su majestad, pero debo informarle que... —el sargento sudaba frío.

—¡Dilo ya antes de que te mande a la horca, sargento! —bramó Primo—. ¡Finalmente llegamos al fondo del mismo pozo! ¡Ninguna noticia que me des empeorará aún más mi situación!

—Bien —el sargento tragó en seco—, lamento mucho informar, pero es mi deber comunicarles, su majestad y consejeros reales, que acabamos de saber que Jamil, Corazón de Cocodrilo, tiene en su poder a la princesa Blanca y a la reina Rosalía, Corazón de Nieve.

El Rey hundió el rostro en las manos.

«Maldito pozo sin fondo».

En balde de agua fría.
Fue con eso que Axel Terra Branford consiguió despertar a su guardaespaldas. Y Muralla tardó en entender lo que sucedía, así como en levantarse, pues su razonamiento aún estaba más lento y los músculos le dolían como si se hubiera sufrido una golpiza. Esa era la respuesta natural de su cuerpo cuando era despertado antes de las veinticuatro horas que necesitaba para descansar.

—Cierto, buen amigo, sé que no estás en las más perfectas condiciones, pero confía en mí una vez más: ¡debemos partir ahora!

Axel agradeció al capitán Vitorio el hospedaje y todo lo que había hecho por ellos. Ambos hicieron una que otra broma sobre los orcos encerrados y cómo darlos de alimento a lobos hambrientos, y después un carruaje jalado por caballos de expresiones cansadas los llevó a la salida oeste de Metrópolitan. Muralla tenía que ir medio inclinado, pues de lo contrario su cabeza habría quedado comprimida contra el techo del vehículo. Obviamente el lugar no era muy confortable para el príncipe y el capitán.

Axel también rehusó con rapidez el insistente deseo de Vitorio de ensillarle un corcel, y eso era inicialmente imposible de ser entendido en la mente de Muralla. En realidad, el propio Axel no tenía la completa certeza de lo que hacía y por qué estaba trocando aquello tan seguro por algo tan dudoso.

Pero lo hizo de todas maneras.

Y pronto los portones de Metrópolitan fueron abiertos, y *Pacato*, el mamut de guerra adolescente, fue traído con sillas limpias y después de haber recibido un buen baño. Muralla subió en su lomo y Axel, para su sorpresa, lo acompañó a pie. El príncipe miró al cielo y se sintió aliviado cuando confirmó que *Tuhanny* ya estaba allí.

No tendría que haber mirado a ningún lugar para saberlo.

—Alteza... —el trol ceniciento no sabía bien cómo decir lo que quería—. No me

molesta que pretenda andar un poco, pero... ¿no sería más sabio montar en *Pacato*?

—Confía en mí, Muralla, sólo confía en mí —y el príncipe anduvo uno o dos kilómetros frente a los muros de Metropolitán y se detuvo. Se quedó allí, callado y de pie, sin decir nada. Muralla tampoco preguntó nada, pues había entendido que debía confiar en su protegido, y eso era suficiente para él.

Y ambos se quedaron allí, parados.

—Ya casi es la hora...

Una hora. A eso equivalió el «casi» de Axel Branford.

De cualquier forma, desde donde estaban, en el camino de tierra y polvo, con un inmenso bosque en el horizonte, avistaron el baile del Sol y de la Luna. Sería la última noche de Luna llena; pero el tipo de Luna no importaba, sino la danza de los astros. El inevitable y semidivino proceso del crepúsculo.

«Al anoecer, cuando la Luna esté danzando con el Sol, y ese baile forme el crepúsculo, llámalo. Él vendrá...». Entonces el crepúsculo se anunció en el cielo, y la luminosidad fue disminuyendo poco a poco. Axel se colocó frente al mamut, quizás a trece pasos, y dijo muy bajo, para sí, pero lo bastante alto para que aquel lo escuchara:

—Ven.

Y se hizo el silencio.

Fue cuando el viento silbó como una cobra y cortó el silencio. Y entonces vino el galope, y la polvareda, y la magia, pues en aquel camino de tierra, a lo lejos, pero cada vez más cerca, él venía corriendo como si ya conociera su destino. Pues lo sabía.

«Él vendrá».

Al principio, Muralla no creyó en lo que veían sus ojos, pero no podría ignorar por mucho tiempo que era realidad, o de lo contrario lo internarían como a un paciente loco. Mas no estaba loco, y aquel momento no era de locura, sino de intensa expresión semidivina.

Finalmente no es de todos los días, y no ocurre con todas las personas que se enorgullecen del privilegio de ver el galope de un corcel mágico. Un animal sin silla, sin miedos, sin defectos. Era como si Muralla y Axel pudieran verlo correr a una velocidad mucho más lenta de lo que en realidad lo hacía, demasiado maravillados para perderse un solo detalle.

El caballo negro, sin ninguna mancha en el pelo, con los dientes más perfectos que un caballo podría tener, frenó ante el príncipe y bajó la cabeza en señal de humildad, revelando con mucha gracia el cuerno negro. Y Axel comprendió que incluso los animales están dotados de humildad, y le tocó el cráneo como si fuera un padre acariciando a un hijo por primera vez después del parto.

—¿Un unicornio... negro? De todas las historias que escuché, sólo una mencionaba a ese animal, y no creí que viviría para comprobar su existencia —dijo el

trol ceniciento.

—¡Agradécele a Yama, el hada del crepúsculo, buen amigo! —Axel no esperaba que Muralla entendiera, y montó en el corcel, que lo aceptó de buen grado—. Pido permiso para que seas mi montura, y mucho me honra saber de tu existencia, pero aún más cabalgar sobre ti —el animal parecía comprender lo que el humano decía, sonara eso ilógico o no.

—Recuerdo que esos animales permiten que los hombres monten en su lomo, pero... no me acuerdo de lo que le exigen a su jinete para que lo haga. —Muralla hablaba con *Pacato*, su montura, y esta vez no parecía ni un poco que el mamut comprendiera al trol, lo que al menos sí sonaba lógico.

—¡Debemos llegar a las Siete Montañas! —y el príncipe miró al horizonte—. ¿Puedes llevarnos allá?

Y el unicornio negro se levantó en sus patas delanteras, mientras el príncipe se aferraba a sus crines y a su cuello, sin necesidad de silla alguna. Era como si animales como ese hubieran nacido para ser cabalgados por personas como aquella, en momentos importantes como aquel.

Así, una nube de polvo se levantó cuando un hombre en un unicornio negro y un trol ceniciento en un mamut de guerra partieron con un mismo objetivo, una voluntad de hierro y un deseo sincero de hacer lo mejor que pudieran. Y cuando partieron, parecían dejar grabadas en el aire las palabras del hada de piel negra y cabellos rizados, la cual recompensó al príncipe por su nobleza y le enseñó el valor de la humildad ante la vida.

«Si mantienes el corazón puro, la mente sana y el objetivo centrado... él vendrá».

Y vino. Sí, él vino. Exactamente como en un cuento narrado por bardos.

Un cuento fantástico.

Un cuento de hadas.

El espectáculo había terminado. Los niños ya salían, también porque había terminado de anochecer y las profesoras de la Escuela Real del Saber no querían que los padres se preocuparan de más. Era lo último que deseaban, y era en serio. Es obvio que aún así, y por más cautela y celo que mostraran las profesoras, los padres se preocuparían de más, como consecuencia de una ciudad en estado de sitio. Por eso muchos ya estaban fuera del circo, a la espera de sus hijos. Te aseguro que tú también lo harías, si tu hijo estuviera fuera de casa, en un reino donde en unas horas sonaría el toque de queda.

Como ya dije, el Circo Gabbiani estaba en Andreanne desde hacía unos días, y desde entonces sólo había cosechado problemas. No logró un buen estreno por su concurrencia con el espectáculo *Cazadores de brujas* en la impecable Majestad, aunado a una serie de tragedias que lo siguieron. Para darse una idea, el espectáculo fue el segundo que lograron presentar sin tropiezos. Y también sin ganancias.

Era curiosa la historia de ese circo. Había sido uno de los principales de Arzallum, de esos que paralizaban a las ciudades cuando llegaban, porque el señor Gabbiani sabía manejar espectáculos y lidiar con personas influyentes. ¿Sabes cómo lo aprendió? Por ser uno de los nobles más ricos de su generación. Pertenecía a la nobleza, sí, pero sólo antes de ser el dueño del circo. En aquella época la familia Ricelli continuaba en el poder en Arzallum, y el señor Gabbiani gozaba de cierto prestigio en el Gran Palacio y llevaba incluso las cuentas del Tesoro Real.

El problema del señor Gabbiani, lo que en realidad acabó con su vida, fueron dos características: nada como alcoholismo y ganancias ilícitas, ni cosas por el estilo; muy por el contrario. Lo que acabó con la carrera de ese señor fue su personalidad fuerte, insobornable y honesta, pues eso es un problema cuando descubres que hay nobles que roban al Tesoro Real ante las barbas del rey.

Las consecuencias de tal descubrimiento: intrigas contra su persona, mentiras vertidas en los oídos del rey y la difamación como traidor a la corona en las calles del

reino. Gabbiani se despeñó en un hoyo negro sin fin, parecido al estado en que el rey Primo Branford se encontraba conociendo en aquel momento, en el cual las cosas siempre pueden empeorar más de lo que ya están. En poco tiempo no había casi nada que los mantuviera, y cuando digo «los» me refiero a él y a su hija, Liriel Gabbiani.

Fue de ella de quien provino la idea del circo. Era algo barato en aquella época, pues había descubierto un circo fracasado, a punto de cerrar sus puertas porque nadie más quería invertir su capital en ese tipo de espectáculo. Liriel hizo que su padre invirtiera todo lo que había sobrado asumiendo un riesgo que, si las cosas salían mal, los haría pasar hambre. Pero funcionó, pues un hombre siempre da lo mejor de sí cuando sabe que es su última oportunidad.

El circo renació con el nombre de Gabbiani. Entonces la niña Liriel se convirtió en una adolescente, y continuó perfeccionando lo que más amaba practicar desde que tuvo uso de la razón y aún vivía como la hija de un noble: clases de danza y de algo llamado gimnasia rítmica, que mezclaba la acrobacia, estiramientos avanzados y una excesiva flexibilidad. Aprovechando una bendita ultraflexibilidad, no tardó en presentar espectáculos de ese tipo, y con ellos se consagró en los escenarios armados bajo las tiendas.

A su vez, los nobles que habían hecho caer al señor Gabbiani no se entrometieron en la nueva profesión de su enemigo, pues creían que resultaba ideal ver al noble derrotado terminar su carrera convocando payasos a una pista. Era la perfecta visión de la decadencia, al menos desde la óptica de esos nobles corruptos, que gustaban incluso de asistir a los espectáculos sólo para exhibir una gran sonrisa en las graderías más caras. Pasaron algunos años, y el dolor de ver su nombre manchado como traidor fue acabando poco a poco con el lado emocional del buen señor.

Pronto, un tiempo después de ver el renacimiento del circo que había comprado, el señor Gabbiani, infelizmente, falleció a causa de su profunda tristeza. Y entonces parecía que el circo moriría una vez más. En esa época Liriel tenía quince años. Y fue a esa edad cuando asumió por sí sola los negocios, impidiendo que el circo se extinguiera de nueva cuenta. También se convirtió en la estrella principal y llegó a dominar el trapecio con números impresionantes, sin la red de protección.

En el momento actual, un año y medio después, aún era la estrella y el corazón de aquel circo. Solía tener un carisma increíble con los niños, que la consideraban linda con sus cabellos rojos lisos hasta los hombros y su mirada que parecía no enfocarse en nada y en todo al mismo tiempo, como es típico en la gente de ojos claros. También los adolescentes adoraban ir al espectáculo a causa del carisma de Liriel, aunque ellos tuvieran ideas distintas a las de los niños en cuanto a lo que definía a una persona con carisma.

Y era esa misma Liriel Gabbiani la que se estaba secando los cabellos en su camerino con una toalla, tras finalizar el mismo espectáculo en que los padres se

adelantaran a las profesoras en las salidas. Aventó la toalla sobre una silla. Abrió el cajón de un tocador para buscar un peine. Miró el espejo... Y abrió los ojos de par en par al sentir aquel puñal en el cuello.

—¿Tienes algún otro truco, bruja? —preguntó Snail Galford, el dueño de esa voz, así como de aquel puñal.

La Sombra había atrapado al Fantasma.

—¡Que suene el toque de queda! ¡Ahora!

—¡Como siempre, un rey no necesitaba repetir dos veces una orden. No más de diez minutos después de haber dicho tales palabras, se activaron sirenas estridentes en puntos estratégicos de Andreanne, para difundir un aviso sonoro muy claro: quienes estuvieran en las calles, que corrieran a sus casas. Muchos padres agradecieron a los semidioses la iniciativa de haber ido en persona a buscar a sus hijos a la puerta de un circo, y los que no lo hicieron pensaron que había sido una idea estúpida haber dejado que estos concluyeran el paseo sólo porque ya lo habían pagado.

Aún así, tenían tiempo de llegar a casa por la hora de tolerancia concedida por el rey. El propio rey que, si ya estaba nervioso, se puso aún peor cuando supo del secuestro de una reina y de una princesa de otro reino en sus tierras.

—¿Cuándo te enteraste? —preguntó Primo, en la forma más calmada que pudo.

—¡Hace cerca de diez minutos, majestad! —repitió el sargento, temblando como siempre. Se preguntaba por qué diablos tenía el rango más alto en el Gran Palacio en aquel momento. Habría preferido que su teniente o capitán estuvieran allí, mientras él mismo patrullaba las calles al mando de los soldados. Pero eso sería imposible, porque los rangos más altos se encontraban en las calles en aquel momento dirigiendo las investigaciones sobre un secuestro que podría generar futuros conflictos diplomáticos.

—Ahora dime, sargento, con base en las informaciones que recibiste. —Primo hablaba muy bajo, tal vez receloso de exaltarse demasiado—, cómo hizo eso aquel maldito...

—Bien, majestad, sabemos que la princesa y la reina regresaban al Gran Palacio para pasar su última noche en Arzallum después de haberse alimentado bien en El Tenedor de los Nobles, cuando surgió un grupo grande de Sombras en la oscuridad...

—Y me vas a decir que no había hombres nuestros escoltando a la reina; ¿cierto, sargento? —el Rey seguía intentando mantener el tono de voz bajo.

—Por desgracia los había... —el sargento bajó la mirada.

—¿Por desgracia, sargento?

—Tal vez sólo uno o dos supervivientes, majestad...

Primo Branford apretó el puño y frunció la nariz mientras se cubría la boca. Inspiró a fondo una vez. Expiró haciendo ruido. Volvía a pensar en aquel pozo sin fondo.

—Su majestad —dijo Sabino— a pesar de saber que la situación es pésima, es mi deber decir que el secuestro de una reina y una princesa prácticamente valida mi teoría que implica a Corazón de Cocodrilo y a una bruja aquí en Andreanne como correcta.

—¿Y por qué dices eso? —el Rey no quería hacer esa pregunta, pero sabía que era su obligación escuchar la respuesta.

—Los principales rituales de magia negra... —Sabino lo pensó un momento antes de completar la frase— exigen grandes sacrificios humanos.

¡Bam!

Ese fue el ruido de un puño real —que esta vez resquebrajó una parte de la mesa redonda—, que con fuerza tan devastadora e intensa causó grandes estragos. Los consejeros se miraron asustados y ninguno de ellos sabía qué decir, qué hacer ni cómo salir de aquel pozo sin fondo.

—Quieres tu maldito puesto de vuelta, ¿no, viejo perspicaz?

—Sabes que sí, su majestad.

—¡Pues entonces que así sea, Sabino von Fígaro! —decretó el Rey—. A partir de ahora estás de vuelta en el cargo de consultor real, y serás considerado la autoridad máxima en las Artes de las Tinieblas. Pensé que ya no necesitaríamos tus servicios, pero acabas de probar que tienes razón.

—Mucho me honra con esto, majestad —dijo Sabino, y María y João Hanson se miraron sorprendidos y boquiabiertos—. Te garantizo que superaremos esta crisis.

—De eso no tengo dudas —y el rey se arregló la capa antes de dirigirse con la cabeza erguida y su andar real de guerra al salón siguiente, donde militares de rangos mayores que el del sargento al fin se acomodaban, provenientes de las calles.

—Su majestad... —intentó decir el capitán más cercano cuando el rey entró en el salón.

—No me digas nada, capitán —interrumpió el rey, levantando el dedo índice—. Sé muy bien lo que está pasando: tocamos el fondo del pozo.

—Devuélvemelo, y pienso si te corto o no la garganta con el mayor placer del mundo — fue la propuesta de Snail Galford.

—Siento informarte de esto, querido, pero sea lo que sea que pretendas hacer, no puedo ayudarte —dijo Liriel, con cuidado de no encajar su cuello en esa lámina, que se veía muy afilada.

—No me hagas perder el tiempo, muchacha. No de nuevo. El collar de ciento ocho cuentas... ¡Ahora! —el puñal se acercó aún más.

—Ya no lo tengo conmigo —date cuenta de que ella podría fingir que Snail estaba loco e intentar ganar tiempo, pero sabía que era una idea idiota irritar aún más a alguien con un puñal en tu cuello. Además, decía la verdad.

—¿Quién lo tiene? —date cuenta de que Snail podría creer que ella mentía. Sin embargo, tenía la experiencia suficiente para saber que los ladrones sólo roban piezas como aquel collar para venderlas lo más rápido posible. Por lo tanto, lo extraño en este caso habría sido que el collar siguiera en poder de la muchacha. A fin de cuentas, en caso de que ella es tuviera mintiendo... Bueno... Él ahora conocía ya su domicilio. Sería cuestión de regresar y cortarle la garganta.

—Alguien demasiado importante para que siquiera pienses en tomarlo...

El negro se irritó con la respuesta. Volteó a Liriel ante sí. La tomó por el cuello y la levantó, presionándola contra la pared, de modo que sofocaba a la pobre niña, que comenzaba a agonizar. Bien es verdad que la joven podría haber aprendido artes marciales o un mínimo de autodefensa, pero tenía un auténtico trauma con las armas y las luchas que la volvía la más frágil de las personas en esa situación. Todo en virtud de la experiencia con la muerte de su padre.

—Cora... Cora... —ella intentaba hablar, pero su voz no salía.

—¿Cora? ¿Qué diablos es eso? —Snail se tardó en advertir que apretaba demasiado el cuello de la joven. Era la consecuencia de actuar con rabia. Aflojó un poco la presión y la escuchó decir, para su sorpresa:

—¡Cora... zón de Cocodrilo! —respondió Liriel, rezando para no desmayarse.

Snail soltó con espanto el cuello de la muchacha. Liriel cayó al suelo, con las manos en el cuello, preguntándose cómo no había muerto asfixiada. ¡Y Snail también se preguntaba el porqué de todo eso! Si él había invadido la mansión de los Gardner para conseguir el collar por orden de Jamil, y aquella niña lo había hecho también por el mismo motivo, ¡entonces el pirata estaba armando algún plan más grande de lo que él pensaba, involucrando a las Sombras y a los Fantasmas!

Miró de nuevo a la niña. Ya no le cortaría la garganta ni nada por el estilo. Sabía que ella no era el enemigo. Se sentía irritado; ¡tenía la impresión de que no podía confiar en nadie de este mundo, fuera hombre, mujer, pirata o rey! Sabía que algo grande ocurriría, y necesitaba descubrirlo, pues ahora era un agente doble y trabajaba nada menos que para el rey Branford.

Ah, sí, y no pienses que él deseaba descubrir lo que ocurría para «velar por su conciencia», «actuar por el bien» o cualquier ideal en esa línea. Quería descubrir una información valiosa, de esas que desequilibran un lado de la batalla, y sopesar con exactitud a cuál de los bandos la entregaría: al rey o al pirata. Esa era la mayor ventaja de ser un agente doble. Tarde o temprano, las informaciones valdrían oro, como en una subasta.

Y quien viviera, lo vería. Siempre, claro, que pagara, y lo hiciera muy bien.

Cuando un rey habla a sus subordinados en estado de guerra, el ambiente cambia. La energía de la atmósfera se transforma. El tono de voz del monarca parece diferente y evoca sentimientos tan diversos y al mismo tiempo tan únicos, que los subordinados comienzan a querer pelea y olvidan el miedo durante la lucha. Es como si una orquesta invisible e inaudita hiciera retumbar tambores intangibles, y las cornetas y los bajos y todos los otros instrumentos cobraran vida, cada cual en el momento adecuado, de acuerdo con las palabras del rey y la necesidad de alcanzar determinado sentimiento.

—Como bien lo advirtió mi consejero, el surgimiento de héroes trae consecuencias profundas con esa génesis. Y digo eso porque trae con ella la existencia de una fuerza opuesta que obliga a tal nacimiento. Y cuanto más poderosa sea la fuerza heroica, tanto más vigorosa será la energía necesaria para proteger a los inocentes y a los aliados. De seguro eso dirá bastante sobre la fuerza contraria a ser combatida —pausa—. Una vez luché al lado de los mayores héroes de esta tierra y tuve el honor de que mi nombre fuera cantado por los bardos junto con los nombres de ellos en la Cacería de Brujas que cambió a este mundo. Hoy esos grandes héroes ya no están aquí para luchar a nuestro lado, pero la amenaza que parece retornar a este reino exigirá de Arzallum una energía y un heroísmo tan profundos como los de aquel tiempo. No sé si todavía me resta la misma energía o la misma vitalidad de otros tiempos de guerra. Pero existe algo dentro de mí, fuerte y suficiente para asumirme como rey delante de ustedes: hoy soy un hombre que admite sus errores con mucha mayor facilidad que otrora. Un hombre que conoce bien la responsabilidad de liderar a la mayor nación del mundo, y cuánto pueden costar los pequeños y grandes errores de ese liderazgo a todos los rincones de Nueva Éter —otra pausa y otra reflexión—. Aquí asumo lo siguiente: no sé si mi habilidad se equipara con la de mi juventud, pero les juro que mi sangre hierve por encontrar tal confirmación. He de admitir que ya no soporto aguardar como un político mientras

ocurren ataques fuera de este palacio. En suma, una nueva guerra urbana será iniciada, y esta vez involucrará no sólo a hadas caídas, sino también a un pirata estratega aliado con la mayor organización criminal de esta ciudad. Y lo que más quiero en esta hora es un corcel y mi espada para enfrentar a quienes desafían el poder del más grande de todos los reinos. Soldados, prepárense para la batalla, pues su rey es hoy un guerrero como ustedes. El momento es ahora. Es la hora de renacer en el fuego del fénix. Es la hora de bailar bajo la Luna de sangre.

Si existiera, la orquesta invisible habría aumentado el tono en aquel momento de clímax —ah, sí, eso habría hecho, con certeza— para cerrar su espectáculo etéreo en el momento más heroico y sublime, el mismo en el que el rey Branford retiró con lentitud una espada de dos manos de su vaina y concluyó el discurso, firme como una roca, frente a un ejército que lo seguiría hasta la muerte:

—Señoras y señores, es hora de cazar algunas brujas.

Acto 3



Cazadores de brujas



Luna llena.
Era la última noche de aquella Luna brillante, redonda como una bola de plata en el cielo. La Luna ideal para rituales de prosperidad e iniciaciones. Y eso incluía rituales como el que aconteció en aquel cuarto, aquella noche. De la mano de la sacerdotisa, se le entregó un gis a la niña. Y, con él, un círculo fue trazado en el suelo, de más o menos un metro de diámetro, en el que entró Ariane Narin. No había miedo ni recelo. Ansiedad, tal vez. Curiosidad, también. Pero miedo no. Eso no.

No era grande aquel grupo. Sólo *madame* Viotti y Anna Narin la observaban, y aun así lo hacían de lejos, sin interrumpirla en ningún momento. Ambas ya le habían explicado a la niña qué debía hacer, y sólo estaban presentes para solicitar el permiso de la Creadora. Se había utilizado una escoba para limpiar las energías negativas del lugar y la niña esparció un poco de sal en el círculo: había comprendido bien que eso simbolizaba el elemento tierra.

—Con este elemento tierra... Eh... ¡Ah, sí!... Consagro el círculo de poder — dijo Ariane, medio enredada.

Al frente del círculo habían montado un pequeño altar en dirección al norte, un detalle que era importantísimo. Las velas, que aportaban el elemento fuego, se dividieron en los cuatro cuadrantes del círculo: al norte, una negra; al sur, una blanca; al este, una roja, y al oeste, una azul.

Incienso de mirra emanaba de un incensario y dominaba el ambiente con su perfume. No estaba allí en vano, pues simbolizaba el elemento aire. Y la presencia de una vasija con agua sacada del río identificaba en forma muy obvia su elemento.

En el altar, un atame en el punto cardinal este, un cáliz con agua en el punto cardinal oeste, un bastón en el punto sur y un pentáculo en el punto norte. Esos objetos también representaban elementos y eran otra versión de los símbolos de aire, agua, fuego y tierra, respectivamente.

—Yo te invoco, sagrada Creadora, semidiosa del mundo de Nueva Éter. —Ariane

había memorizado las palabras, y en caso de olvidarlas tenía instrucciones de decir lo que le viniera a la mente y la hiciera sentir bien—, e invito a todos los elementales de la tierra, del aire, del fuego y del agua para que... digo... entren en este círculo y me ayuden en mi iniciación. ¿Me están entendiendo?

Se mantenía con el rostro en dirección al norte. Tomó el atame, besó la hoja de aquel cuchillo de doble filo y enseguida lo colocó de vuelta en el altar. Después se apoderó de la vasija con agua y echó dentro tres puñados de sal.

—Bendita sea la sal, que purifica... el agua, y que el amor de la Creadora me purifique —dijo, mientras algunas gotas caían al suelo.

Tomó el incienso y dio tres vueltas en el sentido de las manecillas del reloj alrededor del círculo.

—¡Bendita sea la fuerza de este incienso, que le lleva a la Creadora mi deseo de alegría!

Anna Narin se sorprendió con las palabras usadas por su hija. Aunque ella y *madame* Viotti la habían preparado momentos antes, Ariane hacía todo con una naturalidad espantosa.

La niña se volvió de frente al altar y levantó las manos en dirección al cielo:

—Yo, Ariane Narin, me presento ante las semidiosas y prometo aceptar y seguir todo lo que me sea enseñado. Juro... también... nunca hacer el mal con lo que aprenda ni hacer uso de fuerzas negativas... ni revelar a otras personas los secretos que aprenderé y... prometo aplicar la ley del amor a todos los seres vivos, totalmente. ¡Ah, y que así sea!

Se hizo el silencio. De haberlo pronunciado íntegro, el discurso de Ariane debería haber sido un poco —bueno, bastante— más largo y con palabras un poco más complejas para su vocabulario adolescente, pero aun cuando lo hubiera intentado ella no se habría grabado todo aquello que le habían dicho, por lo que improvisó la mayor parte. Lo había hecho lo mejor posible, con el corazón abierto y en la forma en que se sentía bien, pues eso era lo que importaba a la Creadora o al Creador, que no menospreciaría a nadie por decir un discurso mejor o peor que otro.

Ariane permaneció en aquella posición algunos minutos más. Entonces un hormigueo se apoderó de su cuerpo. Como *madame* Viotti bien le había advertido, imaginó dos haces de luz blanca incidiendo en la palma de cada mano. Pero el hormigueo se fue haciendo tan intenso que los rayos más parecían un tubo de luz alrededor de ella. El alma, pura como el significado del nombre «Ariane», se nutrió con el amor de la Creadora. Una voz pareció susurrar en su cabeza, como si ella misma fuera una telépata experimentada, aunque ni siquiera conociera el significado de «telepatía». Era una voz suave, como la de una mujer madura que sabe bien lo que está diciendo, justo como una madre. Y las palabras que pronunciaba expresaban, o Ariane creía que expresaban, lo siguiente:

—Hija, cumple con tu destino.

Ariane abrió los ojos y, sorpréndete, los vio: juro que los vio. Alrededor del círculo, cada cual cerca de la vela que lo simbolizaba, había uno de cada cual en representación de su elemento: un gnomo cercano a la vela de tierra, una ondina junto a la de agua, una salamandra próxima al elemento fuego y un silfo al lado de la vela de aire. No importaba si Ariane conocía sus nombres o sabía qué representaban: importaba que podía verlos, y eso era raro incluso entre los iniciados.

Claro que todo podía ser fruto de una alucinación, pero hay que tener demasiada imaginación para observar a seres elementales de cuya existencia nunca se tuvo idea. Y así como al principio, en aquel momento Ariane no sintió miedo. Ningún tipo de miedo. Le sonrió a las criaturas, que parecían felices de comprobar que ella las entendía.

Y era como si aquella orquesta invisible e inaudible, que parecía manifestar sus instrumentos en palabras de reyes, se presentara de nuevo allí, esta vez para tocar una música de ritmo fuerte y con un agradable gusto adolescente, la cual jamás sería escuchada. La impresión era que estaba tocando, mientras Ariane miraba y sonreía a cada uno de esos seres fantásticos, mientras Anna y *madame* Viotti la observaban de lejos tan maravilladas como la niña, pues también estaban sorprendidas.

Y aquella estupenda sensación, aquellas sonrisas sinceras, aquellos seres fantásticos y aquella música indeleble y al mismo tiempo inexistente formaron un solo egrégor: un único bloque energético. Y por un momento hubo uno. Hablo del Creador-Creadora, de la criatura y la creación. Y cuando las velas se apagaron después de que la cera se quemó, y cuando el incienso se acabó después de que la resina ardió, entonces el uno se tornó de nuevo en el todo.

El ritual estaba listo.

La iniciación había llegado a su fin.

Los mil quinientos kilómetros serían recorridos en menos de doce horas. Si eso es difícil de creer, imagina entonces cómo habría sido estar allí para verlo. Muy pocos tuvieron esa felicidad, aunque tal cosa no sea motivo de celebración, pues en verdad creyeron que habían tenido una alucinación o un sueño de los más vívidos. No los culpes: tú habrías pensado lo mismo. ¿O cómo reaccionarías ante el galope fantástico de un unicornio negro?

Déjame explicarte en un lenguaje técnico cómo funciona ese galope para que entiendas. Ese ser fantástico, montura de seres humanos, no se compara con ningún corcel. No lo hagas, por favor: esto sería injusto, pues si un caballo corre a una media de diez kilómetros por hora, el unicornio negro puede aumentar casi diez veces esa constante de velocidad.

Ahora, ¿cómo alcanza tal velocidad? ¿Has oído hablar de que los unicornios blancos son capaces de teletransportarse? Pues bien, ¿sabes cómo lo hacen? Te respondo: mediante un campo energético del tamaño de su aura, que transfiere sus moléculas de un punto al otro con base en una red etérica de entrelazamiento cuántico.

Por lo tanto, los unicornios negros utilizan el mismo proceso que los blancos, pero con un importante detalle adicional: su campo de teletransportación es aún más amplio que la distancia de su aura, por lo que alcanzan el doble o incluso el triple de esa distancia. Esto significa que *Pacato*, el mamut de guerra adolescente, también experimentaba la transferencia molecular de un punto a otro mientras permaneciera en el rango de alcance del unicornio fantástico.

Así, en todo momento el campo de transferencia molecular emitido se manifestaba y, básicamente, propulsaba a los dos corredores muchos kilómetros adelante. Al referirme a los pocos que gozaron del placer de verlos correr, hablaba de las pausas entre un salto molecular y otro, de los momentos en que el unicornio y el mamut aparecían en algún lugar, removían la atmósfera a su alrededor como un tifón,

y desaparecían de nuevo en un impulso. ¡Y no me vengas a decir que pensarías que es lo más normal del mundo ver aparecer de pronto a un unicornio negro con el príncipe de tu reino en el lomo y con un mamut de guerra adolescente montado por un trol ceniciento, porque no te lo voy a creer!

Claro que, como en todo, existía el riesgo de un «accidente de tránsito»; es decir que no sólo *Pacato* y Muralla podían ser arrastrados durante una transferencia molecular, sino que lo mismo podía ocurrir con cualquiera dentro del rango en el momento de accionarla. De esa forma, imagina lo que pasaba por la cabeza de un aldeano que en un momento se encontraba despreocupado labrando la tierra, y en un abrir y cerrar de ojos ¡veía surgir de la nada a aquel cuarteto fantástico y avasallador, el mismo que en el acto reaparecía diez kilómetros al oeste de su posición original con las mismas ropas y objetos! No, en definitiva no me vengas a decir que considerarías eso como lo más normal del mundo si presenciabas tan extraña situación.

Independientemente de esos «accidentes de tránsito», el unicornio se encaminó con el príncipe a su destino. Y si en aquel momento el ser fantástico corría y daba lo mejor de sí para no fallar en su misión, el príncipe a su vez observaba el cielo estrellado, en busca de alguna referencia sobre los sucesos en su ciudad, con la esperanza en que nada malo le ocurriera a su pueblo. Sin embargo, si lo que deseaba eran recibir buenas noticias, entonces no debió haber elegido observar aquel cielo oscuro y estrellado.

No, con toda certeza no debía haberlo hecho.

Pues las estrellas jamás mienten.

Varios integrantes del grupo marginal conocido como los Fantasmas se habían reunido y discutían con gran preocupación la alianza temporal entre Jamil, Corazón de Cocodrilo, y sus acérrimos enemigos: las Sombras. Tal como estaban las cosas, y en verdad que estaban mal, en poco tiempo los Fantasmas serían aplastados por sus oponentes, para quedar en la memoria como un grupo criminal fracasado y exterminado.

Para colmo, Jamil se había dedicado a reclutar a ex miembros renegados de los Fantasmas, a los que perdonaba las diferencias a cambio de traicionar a su antiguo grupo mediante la revelación de secretos sobre sus compañeros. De nada servía negarlo: de ese modo había atraído ya a muchos integrantes que preferían cambiar de camiseta a permanecer allí, condenados a perecer. Con todo, los hombres allí reunidos estaban dispuestos a trazar un plan que cambiaría el rumbo de la batalla. Un grupo decidido a no traicionar a sus compañeros y a morir por ellos si fuera necesario.

Se citó a algunos estrategas y a sus ideas. Se presentaron propuestas. Se expresaron apoyos y rechazos. Todo se llevaba a cabo en un galerón abandonado con capacidad para los treinta o cuarenta líderes con las jerarquías más importantes de los Fantasmas. Y al concluir los debates pareció surgir una luz en la oscuridad, concentrada en una idea que resultaba interesante por tratarse de un grupo con tales características; en resumen, se trazó un plan de guerra y contraataque que, ¡vamos!, era posible que diera resultado.

Y podría darlo.

Fue cuando llegó un fuerte olor a azufre, carbón y salitre, ¡el aturdidor aroma de la pólvora negra!, seguido de un ruido estruendoso y crepitante.

Se sucedió entonces el intercambio de miradas, la adrenalina que se genera por el miedo, los latidos cardiacos cuya frecuencia va en aumento.

Y nada más.

Luego retumbó un trueno que traía la muerte. ¡Una explosión de madera y carne en medio de una secuencia cadenciosa de sonidos que reventaba los tímpanos! De un segundo a otro, cuerpos y más cuerpos fueron lanzados a la nada y explotaron junto con las bombas ensordecedoras, sin que nadie entendieran a cabalidad lo que ocurría. Los gritos surgían y eran apagados a la misma velocidad, y de repente todo lo que hacía unos instantes era vida no lo fue más.

Todo lo que había sido idea y era preparado para convertirlo en realidad se quedó en el territorio de lo etérico.

No hubo supervivientes: ni uno solo.

Jamil, Corazón de Cocodrilo, había dado el paso final para exterminar de una vez por todas al enemigo, con la certeza de que aquellos que sobrevivieron, sólo porque tuvieron la suerte de no estar allí, cambiarían de bando a la brevedad posible. No estarían tan locos para ignorar el poderío de aquel hombre-demonio, cuya personalidad tal vez se debía una herencia genética de la crueldad de su padre.

Aquel día, el mismo día de la Tierra en que un rey anunció que había visto a su reino tocar el fondo del pozo, el grupo conocido como Fantasmas resultó prácticamente exterminado.

Y la luz que parecía surgir se apagó con brusquedad. En definitiva, los Fantasmas habían regresado a la más profunda oscuridad.

Casa de los Basbaum.
Primo Branford, el rey en persona, veía con sus propios ojos las runas dejadas por los piratas en aquella casa, con un experto al lado que le explicaba por qué aquella vivienda era distinta de las otras: el excéntrico caballero Sabino von Fígaro, del cual nadie dudaba, le gustara o no, que era el mejor y más capacitado hombre en aquella ciudad —y en muchas otras más allá— para explicarle el asunto al monarca.

—¿Entonces eso podría ser un mensaje?

—Es probable —respondió Sabino—. Pero el problema radica en descifrarlo. Mis asistentes buscaron en muchos libros de la Biblioteca Real y nada encontraron.

—¿Quién crees que sería capaz de leer runa tan antigua, Sabino?

—Una bruja, majestad. Y entre ellas sólo una.

El rey soltó un bufido. Un capitán entró a la casa con cara de pocos amigos.

—Su majestad...

El capitán de expresión preocupada venía a informarlo sobre la explosión acontecida en un galerón, donde se descubrieron los cuerpos de decenas de integrantes del grupo criminal conocido como los Fantasmas. Resultaba impresionante la velocidad con que se diseminaban las noticias.

Sobre todo las malas.

En otro punto de Andreanne, los soldados reales obedecían las órdenes de sus superiores para invadir lugares de reputación dudosa, entrar en las casas familiares y registrar cualquier lugar en medio de preguntas, el seguimiento de pistas y la aprehensión de sospechosos.

Sabían bien lo que buscaban: a una bruja. Y no escatimaban esfuerzos, pues entendían bien que la capital del reino, que hacía dos días era un ejemplo a seguir, estaba siendo arrasada por una avalancha de destrucción.

Por ejemplo, para tener una mejor idea sobre lo que esto implicaba, el Lobo Malo, por ejemplo, se vio obligado a desmenuzar su despensa entera, ¡y para sorpresa de

muchos ni siquiera la Majestad se escapó de una revisión exhaustiva! La impresión era que las cosas pronto volvería a su cauce gracias a la gran determinación de aquellas personas, al parecer seguras de lo que buscaban, aunque también se rumoraba que nadie sabía muy bien lo que se hacía.

—¿Irás ahora para allá su majestad? —preguntó el mismo capitán que había informado al rey sobre el exterminio de una gran parte del grupo de los Fantasmas.

—¡No! —la respuesta sorprendió a la mayoría de los presentes—. Basta de cometer errores. Ir allá sólo me tomaría más tiempo, y de manera inútil, pues ni Jamil ni nadie más seguirá allí. Mejor debo pensar dónde podría esconderse un grupo como aquel y dónde podrían estar la reina y la princesa...

En momentos como aquel Sabino tenía la capacidad de ayudar al rey a razonar: tejería una teoría acaso útil e interesante y lo conduciría haciendo uso de un raciocinio completo de la situación. Mas no lo hizo. Y esto no se debió a su falta de voluntad, sino porque aquello otro sucedió.

Hasta el profesor Sabino, acostumbrado a misticismos, se sorprendió.

Y yo, con todos mis años como contador de historias, puedo afirmar que cuando una persona como Sabino von Fígaro se sorprendía por algo, entonces tú, yo y todo los demás deberíamos preocuparnos de verdad.

Primero fue un ruido.

¿Conoces ese crepitar, el estallido de la madera al quemarse? Era algo más o menos parecido, aunque el sonido no resultó lo que más impresionaba. El sentido más despierto e improbable era el de la vista, con el que los presentes atestiguaron aquello. No era un truco; ¡no podía tratarse de un truco!

¡Por todos los semidioses de Nueva Éter, era inaceptable para el raciocinio y la salud mental de aquellas personas que se pudieran realizar cosas como aquella!

Ya dije que Sabino se sorprendió, y era verdad, si bien al menos en su mente comprendía que aquello era posible. Pero el equilibrio entre saber y ver no siempre es compatible.

Se trataba de un pergamino.

Te estarás preguntando, con todo el derecho del mundo, ¿cómo es que un pergamino puede asustar a alguien? Pues bien, era un pergamino escrito con sangre, lo que tampoco es un fundamento para convencerte de que atemorice a un rey sólo por eso. Y no te culpo, pues a mí tampoco me convencería.

Ahora, si me dijeran que ese pergamino escrito con sangre se transformó en energía pura a modo de transferirlo y que se materializara en aquella habitación, frente a todas esas personas, ¡al menos yo estaría de acuerdo en que suena muy aterrador!

Eso fue lo que ocurrió.

El pergamino apareció lentamente encima de una mesa, del éter, frente a tantos testigos, como una tela diseñada por una araña ebria y manca.

—La mente transformada en energía pura —dijo Sabino. Él sabía de la existencia de personas capaces de desmaterializar y materializar objetos a partir de su propia estructura atómica, pero nunca imaginó que tendría la oportunidad de ratificarlo en tiempo real.

Cuando se materializó la carta, el rey la tomó y su primer impulso fue romperla. Entonces la leyó en voz alta y todos entendieron el motivo de su irritación, pues ahí, escrito en siniestras letras rojas de sangre, en el peor momento posible, la extraña caligrafía transmitía un mensaje claro y directo:

Pagarás, Primo Branford.

Por tus crímenes pagarás.

La culpa de todo fracaso está en tus actos, y tus descendientes cargarán con eso.

Estás marcado, rey.

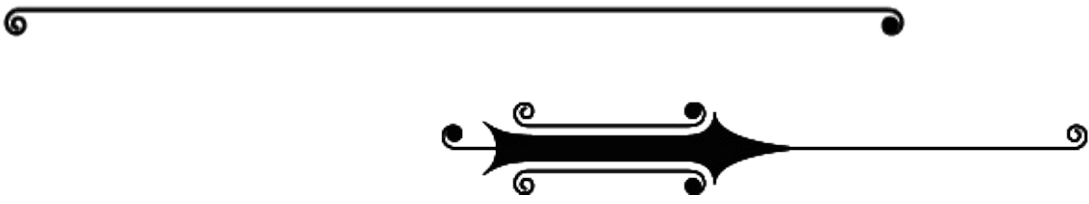
Lo juro.

Las personas intercambiaron expresiones asustadas. Nadie sabía cómo consolar al rey.

Miraban a los ojos del monarca e imaginaban su miedo. Otros veían su debilidad, que era una manifestación imperdonable en la mirada de un rey. También estaban los más sensibles, y aquí incluyo a los hermanos João y María Hanson, que percibían la desesperación humana y deseaban que todo aquello terminara con un final feliz, como en las fábulas de los bardos.

Allí sólo había una persona con la experiencia de vida suficiente para saber lo que representaba aquella mirada. Sabino lo había visto antes, pero nunca con un rey, y eso lo asustaba aún más, pues no podía compartir esa información con nadie. Sabía que cuando los súbditos de un reino pierden la esperanza en su rey también la pierden en sí mismos. Por eso no compartiría sus temores, aunque más tarde él mismo tuviera dificultad para dormir, al recordar aquella expresión en el monarca y el mensaje que la provocaba.

Porque el profesor sabía que allí no se estaba manifestando un principio de miedo, de debilidad ni de desesperación. Era algo mucho más grave y preocupante, pues resultaba mucho mayor que todo eso junto: Sabino von Fígaro sabía que Primo Branford, el más grande de todos los reyes, se balanceaba en realidad en la peligrosa línea entre la salud mental y la legítima locura.



Snaile Galford también supo de lo ocurrido con los Fantasmas. Pero de una forma única y directa de la fuente. Iba entrando en el subterráneo donde se localizaba el escondrijo de Jamil y sus nuevos subordinados...

No sé si reparaste en un detalle interesantísimo, que podría haber cambiado toda esta historia si se hubiese dado de manera diferente: Snail siempre supo dónde estaba el escondrijo de las Sombras; tanto, que estaba allí en ese momento, pero en ningún momento se lo reveló a Primo Branford.

La pregunta es: ¿por qué no lo hizo? Bueno, primero, porque pensó que era una idiotez proporcionar al rey esa información, pues en realidad no se trataba de uno de los escondrijos de las Sombras, sino de los Fantasmas. Como los guardias habían prendido allí a un grupo de ladrones, Snail se zafó diciendo que de seguro Jamil había cambiado de escondite y que él nada podía hacer.

Funcionó.

En segundo lugar, una información como aquella habría terminado con la guerra, y Snail sabía muy qué harían los soldados con él cuando perdiera su utilidad. En suma, al guardarse información y soltar apenas lo que consideraba conveniente, se convirtió en un agente doble que, si jugaba bien sus cartas, se volvería lo suficientemente rico para ganarse algo de respeto, aun cuando se tratara de un negro en un lugar dominado por la nobleza blanca.

Además, si la situación llegaba a ponerse fea, le revelaría al rey la localización exacta del escondrijo, claro está, si para ese momento seguía con vida. En otras palabras, no se la revelaría al Rey, sino que se la vendería.

Sin embargo, tras lo sucedido con los Fantasmas, Snail comenzó a repensar si en verdad había tomado la mejor decisión. No es que le importaran las vidas perdidas, pues consideraba a cada uno de los fallecidos como pertenecientes a la peor escoria, sino porque de ninguna manera podía darse el lujo de perder la oportunidad de vender la información en el momento más precioso, cuando su cotización estuviera más alta

y alcanzara cifras estratosféricas en monedas de reyes.

Bueno, en ese momento Snail entraba al subterráneo y su única preocupación era salir vivo de allí, tras un encuentro en el que entregaría una joya falsa a un pirata sanguinario y experimentado. Sólo eso. Y juro que se sorprendió cuando vio lo que ocurría en aquellos túneles. Era muy extraño mirar a tantos hombres bebiendo alcohol en muchas clases de mezclas, y escuchar al mismo tiempo el son de la música y numerosas voces celebrando algo parecido a un aniversario noble.

En realidad, no era difícil imaginar el motivo del festejo: la derrota y, más que eso, el exterminio de sus peores enemigos. Los hombres que cantaban, bebían y celebraban en aquellos túneles eran nada menos que los integrantes legítimos de las Sombras, que no se mostraban ni un poco arrepentidos por haberse unido a los piratas de Jamil, Corazón de Cocodrilo. La mayoría se hallaba muy bebida para advertir la presencia de Snail, que pronto se dirigió a aquella sala que conocía bien.

En el camino por la red de túneles encontró a algunos de los piratas del *Jolly Rogers*. Todos lo reconocían, pues Snail era uno de los poquísimos negros del galeón, lo cual también tenía sus motivos: los negros solían vivir en tierras allende el sureste, y si su piel gozaba de esa tonalidad era porque a algún antepasado suyo se le había ocurrido en mala hora desafiar los mares en una inútil búsqueda de una vida mejor en algún otro lado. Snail esperaba sinceramente que aquel imbécil hubiera muerto en la más profunda miseria, pues eso era justo lo que más odiaba en una persona: la imbecilidad. Nada lo irritaba más que alguien que se deja engañar con facilidad.

Al fin llegó a la temida sala, la misma en que Jamil estaba sentado al lado del patético —es una opinión personal—. Maestro Sombra, el peor nombre que hubiera conocido que nadie se habría puesto a sí mismo. De cualquier forma, se concentró en lo que debía hacer. Al menos Jamil estaba solo y eso tal vez fuera una buena señal. Tal vez.

—¡Hola, jefe! —dijo Snail en tono despreocupado, aunque la expresión de seriedad lo contradecía.

Por supuesto, Jamil sabía que Snail fingía, y por su parte Snail sabía que aquel lo sabía, pero así era como convivían los piratas y los nobles —debo agregar—: conociendo con claridad las verdaderas intenciones de unos y otros, aunque siempre fingiendo demencia.

—¡Vaya, aquellos que están vivos siempre reaparecen! ¿No es cierto? —respondió el pirata.

¿Lo ves? Este era un sarcasmo también, pero al mismo tiempo permitía hacerse a la idea de que no. ¡Entonces, a fingir y listo! Pues así todos permanecen vivos.

—Tuve cierta dificultad con lo que me pidió.

—Me imagino. ¡Siéntate y cuéntame, novato! ¡Bebe un trago! —y le ofreció una garrafa cerrada con un corcho.

—Gracias. —Snail se sentó, esbozó una fugaz sonrisa falsa y tomó la garrafa.

La verdad es que no se quería sentar ni mucho menos beber nada —a saber qué veneno contenía—, pero también es cierto que nunca se rehúsa semejante orden cuando proviene de un pirata sanguinario, menos aun en una situación como aquella.

—Traje su encomienda —y le dio un trago a la garrafa. Aquel líquido descendió como lumbre por su pecho, principalmente en la garganta, que sentía como si ardiera en las brasas. Deseó un vaso de agua helada más que cualquier otra cosa en la vida, pero quienquiera que lo mirara habría visto a un hombre con la expresión seria e incluso aburrida, como si aquello fuera lo más natural del mundo.

—¡Ah! —rio despreocupado el pirata; de nuevo el juego: estaba claro que Snail sabía que él se reía porque ya le habían entregado su encargo y que, por lo tanto, Snail intentaba engañarlo, pero fingía que no para ver en qué paraba la cosa—. Nunca dudé de tu competencia...

—¡Gracias! Bueno, supongo que querrá escuchar la historia, ¿no? Bien, se la voy a contar.

Jamil sonrió con cinismo y se sentó en una posición más cómoda.

—Entrar en la mansión de los Gardner fue muy fácil. —Snail no sabía imprimir dramatismo a sus relatos, pero lo intentó—. Los mismos defectos de siempre en las cerraduras, los mismos guardianes incompetentes de siempre e incluso las mismas trampas de siempre, que cualquier ladronzuelo muerto de hambre habría sabido anular. En el trayecto eliminé a uno o dos centinelas y llegué a la sala del cofre sin que sonara alarma alguna y sin generar sospechas de mi presencia.

—¡Gran muchacho! —dijo Corazón de Cocodrilo, después de tres o cuatro tragos más de aquel horrible menjurje alcohólico; parecía una mezcla de ron, ácido sulfúrico, queroseno, acetona, colorante rojo número 2 y quizá hasta un extravagante toque de *pepperoni*—. ¿Y qué ocurrió cuando entraste a la sala del cofre? ¿Servicio rápido?

—Creía que eso pasaría, pero... bueno... Recibí una pequeña sorpresa —parecía que el toque dramático en su relato, con los gestos y las entonaciones apropiados, estaba agradando al pirata.

—¿Sorpresa? ¿Qué habrá sido: un animal de guardia?

¿No te lo advertí? El toque dramático de Snail funcionaba tan bien, que el propio Jamil decidió entrar en el juego.

—No. No me lo va a creer: era una chica. ¡En serio! Una ladrona de no más de... digamos... ¡dieciséis o diecisiete años!

—¿Una muchacha? Más que interesante... —Jamil le ofreció de nuevo la garrafa; para desdicha de Snail, se vio obligado a tomar un nuevo trago de aquella bebida recogida en un volcán.

—¡Usted... todavía... no... escuchó... nada! —la frase fue proferida con

dificultad, pues tenía la garganta en llamas—. Es obvio que ella también buscaba apoderarse el collar de ciento ocho cuentas, por lo que nos vimos en un *impasse*. ¡Yo también quería aquel collar!

—¡Jo, jo! Seguramente... —y Jamil se empinó cinco o seis tragos seguidos más. Snail se preguntaba cómo aquel tipo aguantaba beber aquella cosa en esa forma y con tal placer.

—Al principio, peleé contra ella por la joya, claro está, de la manera más silenciosa posible para no atraer la atención de los centinelas. ¡Pero entonces me di cuenta de lo que en verdad ocurría y dejé que se la llevara!

—¡Dejaste que ella se la llevara! —para Jamil resultó fácil expresar sorpresa, pues esta vez era auténtica: en verdad Snail lo había sorprendido—. ¿Y por qué decidiste hacerlo? ¿Qué hizo la muchacha para merecer tal caridad de tu parte, sinvergüenza? —nota que en ese comentario no había ironía, sino un gran esfuerzo para disimular las ganas extremas de conocer en qué terminaba la historia. Snail así lo advirtió, y se sintió feliz por ello.

—Pues verás, jefe, simplemente razoné lo siguiente: si yo quería esa joya, y usted la quiso antes que yo, y aquella chica también, entonces muchos ladrones debían tener la misma intención. ¿No es esto lógico? —el juego comenzaba a tomar un rumbo diferente.

—Sí, sí, es obvio que sí. —Jamil comenzaba a sentir el efecto de la bebida, y su raciocinio comenzaba a modificarse. En verdad parecía que, tras una temporada a la deriva, al fin la suerte se compadecía de Galford.

—Entonces... habría sido mucha estupidez por parte de Gardner dejar su joya exactamente donde todos aquellos ladrones esperarían que estuviera, es decir, ¡dentro del cofre! —¿notaste el énfasis en la pronunciación de «exactamente»?—. Entonces pensé que, con toda seguridad, aquel debía ser un cebo para los ladrones más inexpertos... ¡O idiotas!

—¡Eso era exactamente lo que estaba pensando! —tan imbécil comentario nunca habría sido proferido por un Jamil más sobrio—. ¿Y cómo continuó la cosa, novato?

—Simple, jefe; fingí que tenía interés en aquella joya y permití que la muchacha escapara y me la «robara» en el último instante —te juro que, si hubieras estado en aquella sala, pensarías que Snail decía la verdad; tan grande era la calma y la cara de palo con que elaboraba su discurso—. Y todavía descubrí informaciones interesantes sobre ella. ¡En realidad nunca habría imaginado que ella era un agente doble!

—¿Cómo? —por más que intentara disimular, era evidente que Jamil se preocupaba cada vez más—. ¿Que ella era qué? ¿Una agente doble? ¡Vamos...!

—¡Es en serio, jefe! Trabajaba para los Fantasmas, pero traicionó a muchos de ellos con la Corona. —Liriel Gabbiani habría sufrido un ataque de haber sabido lo que aquel tipo imputaba a su persona—. Además, intercambié unos diálogos

interesantes con ella y descubrí... ¡Qué ridículo...! Que ella pretendía vender aquel collar, y hablo de aquel collar falso, a... ¡Sé va a morir de la risa...! ¡A usted, señor! —y Snail dejó escapar una estridente carcajada.

Jamil escupió su trago.

—¿Vendérmelo... a mí? —intentó disimular, con una sonrisa despreocupada.

—¡Exactamente! ¿Puede creerlo? —y ante estas palabras de Galford, Jamil hizo lo imposible por mantener la sonrisa forzada en medio de su expresión de borracho, una cuestión que cada vez le resultaba más difícil—. Le dije que jamás una muchacha como ella, que aún olía a leche de la infancia, engañaría a alguien tan listo como mi señor, menos con una joya falsa, ¡hágame el favor!

—Claro... claro... —y aquí a Jamil no le quedaba ya el raciocinio para discernir si aquello era un simple alardeo o en verdad había hecho con aquella muchacha el negocio más imbécil de su vida—. ¿Qué más hiciste? ¡Vamos, cuéntame!

—Bueno... me demoré un poco más después de que ella se fue, ¡pero descubrí dónde se hallaba la verdadera joya! ¡Por desgracia, pagué un precio muy alto! Me tomaron preso —y aquí Snail quebró al propio Jamil, pues el pirata esperaba que el muchacho negara o pretendiera ocultar aquel hecho, que obviamente había llegado a sus oídos unas horas después de la aprehensión, con lo que habría tenido un motivo legítimo para acusarlo de mentiroso o traidor y hacerlo caminar por la plancha del galeón.

—¿Y... —observa el recelo del pirata para concluir la frase—... cómo escapaste de prisión?

—¡Muy fácil, tan sólo engañé al Rey! —Galford se expresó con modestia, pero al mismo tiempo con un aire de superioridad—. ¡Acordé con él intercambiar mi libertad por la localización de su escondrijo! Le revelé entonces la ubicación de un escondite de los Fantasmas, ¡y la guardia real creyó que se trataba de hombres pertenecientes a su tropa! Entonces me soltaron, pues para ellos yo sólo soy un ladrón muerto de hambre.

—¡Muy inteligente! En verdad que no entendía cómo lo soldados hallaron uno de los escondrijos de los Fantasmas... ¡Ahora debo admitir que estuviste brillante! Muy brillante. En verdad que lo resolviste de manera brillante —repetía el pirata, como es típico en los borrachos.

—Y lo mejor, aquí tengo el verdadero collar de ciento ocho cuentas —al fin Snail Galford le mostró la réplica que le había dado el Rey y se la entregó al pirata, que se hallaba en un estado sicótico en el momento más crucial de su vida.

Jamil abrió la bolsa y tomó el collar en las manos. Hay que admitirlo: el orfebre de aquella réplica merecía ganar un premio. Para tratarse de una copia era un trabajo soberbio. Y si incluso una persona sobria no habría sabido diferenciar entre la joya auténtica y la réplica sin los instrumentos adecuados, imagina entonces a un pirata

ebrio, convencido de que aquella niña, la cual aún bebía en biberón, le había visto la cara.

—¡En verdad... fuiste... brillante... novato! —Jamil parecía haber quedado en *knock-out*—. ¿Sabes? Ahora mismo no tengo cómo pagarte el resto de lo prometido porque no esperaba tu llegada; pero despreocúpate, que serás bien recompensado. En prueba de mi gratitud, mañana te ascenderé al puesto más alto y te ganarás el respeto de esta tropa. Lo prometo.

—¿Qué es eso, jefe? Yo entiendo. Ahora debo retirarme, pues llevo días sin pegar el ojo, ¿usted cree? —en realidad eso no era tan falso.

—¡Claro...! ¡Claro...! Sí... vete a dormir... novato. Ve a dormir... que lo mereces... —y el pirata se volvió hacia el otro lado, intentando recordar el rostro de la joven ladrona.

Por su parte, Snail se levantó, tratando de esconder la felicidad que lo embargaba en aquel momento, pues un día contaría a sus nietos, si es que algún día llegaba a tenerlos, cómo había engañado a Jamil, Corazón de Cocodrilo, durante aquel peligroso intercambio de mentiras, durante el cual el semidiós Creador había lanzado los mejores dados en su favor. Fue así que se dirigió a la salida, frenético por salir de aquel lugar. Vivo. Y con la ficha limpia, al menos ante el pirata.

Casi lo consiguió.

—¡Eh, novato...! —escuchó, y la sangre se le heló cuando la voz lo detuvo por el hombro. Snail se volvió lentamente, con una expresión neutra—. ¿Estás seguro de que no le revelaste al rey ni siquiera una mínima pista sobre este escondite?

—Sin duda alguna, jefe. —Snail nunca razonaba tan rápido—. De haberlo hecho, de seguro usted no habría tenido tiempo de ordenar la muerte de los Fantasmas; ¿está de acuerdo?

—Sí... es verdad... —y la mirada del pirata se volvió a perder en el vacío—. Ahora necesito pensar un poco, novato. Vete... vete a dormir... Déjame pensar...

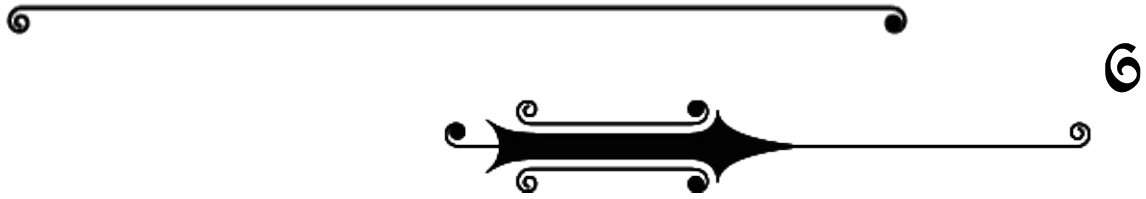
Y Snail Galford salió vivo de allí.

La bebedera de Jamil le impidió hacer la única pregunta que habría desmoronado el engaño entero: ¿Cómo es que había conservado la joya si lo habían apresado? ¿Cómo era posible que aquel detalle fuera obviado por el pirata? ¡Pues que sus nietos aguardaran sus historias y él viviera hasta ese día, sin emociones tan fuertes como aquella, sin necesidad de mentiras! Y ciertamente con bebidas mucho más sabrosas.

Como sea, antes de salir echó un vistazo al ala donde solían concentrarse los piratas. No porque ahora trabajaran juntos aquellos hombres se mezclaban con las Sombras cuando no estaban de servicio. Más de una vez Jamil lo había sorprendido con sus estrategias, lo cual sólo aumentó su orgullo por haberlo engañado hacía unos minutos. Snail se preguntó hasta dónde llegaría la audacia de aquel marginado de los mares. Pues allí, en aquella sala, vio a las dos representantes reales de Stallia,

amarradas y amordazadas, por lo visto rezando para no sufrir malos tratos de aquellos hombres.

Allí, a unos cuantos pasos de Snail Galford, estaban la princesa y la reina de los Corazón de Nieve, víctimas de un secuestro que a Snail le trajo la certeza de que habría consecuencias catastróficas: en aquel juego de cartas marcadas, nadie dudaba de que Jamil Corazón de Cocodrilo, estaba a punto de jugar su apuesta más alta.



Ariane y Anna Narin insistieron en ayudar a *madame* Viotti, pero la señora se rehusó con vehemencia. En breve sonaría el toque de queda y eso era motivo suficiente para que hubiera llegado la hora de volver a sus hogares. Ciertamente, tú y yo sabemos que este se había adelantado, pero ellas jamás lo habrían escuchado a la distancia que se encontraban, menos aún en ese cuarto escondido.

Aquel hecho cambiaría del todo el desarrollo de la historia.

Madame Viotti dijo que haría una limpieza rápida del lugar con la escoba y que prefería hacerlo sola. También deseaba pensar en Ariane y en lo que representaba su iniciación. Al fin la señora y la señorita Narin acataron la solicitud de la sacerdotisa, no sin antes preguntarle sobre la misteriosa mujer a quien Ariane había visto con frecuencia. En realidad, Anna se imaginaba muy bien quién era, pero necesitaba el respaldo de la sacerdotisa:

—¿Cabellos largos y rojos como sus ojos? ¿Vestido carmesí? ¿Siempre llorando? ¡Buen...! ¡No hay duda de que has visto a la Banshee, querida!

—¡Otra vez ese nombre! ¡Fue lo que dijo mi madre!

—Pensé que se trataría de ella, *madame*, pero decidí consultarla antes. Ahora... En un principio me preocupé, pero... ¿no le parece extraño que una niña vea a la Banshee varias veces... y siga con vida para contarlo?

—Sí, no es normal —*madame* Viotti hizo un gesto curioso, que recordaba mucho a los de Sabino—. ¿Sabes, querida Anna? Entiendo que deberíamos preocuparnos si Ariane nos hubiera dicho esto una sola vez. Pero si la nena ya la vio tantas veces, al punto de perder la cuenta, entonces me parece que está claro.

—Quiere decir que ella la puede ver sin resultar afectada; ¿es eso?

—Es justo lo que digo, querida. ¿No fuimos testigos de su facultad para ver a los elementales? Te aseguro que percibirá muchas más cosas que pocos pueden ver. Por eso les digo: me quedaré aquí todavía un rato. Debo pensar en lo que simboliza esta niña. Incluso tal vez la madre Creadora converse un rato con esta, su anciana hija...

—Ah... ¡Cómo...! ¿Alguien me puede explicar al fin, por el amor de un semidiós, quién es esa tal «BianSí»?

—¡La Banshee es la enviada de la muerte, querida! —dijo *madame* Viotti, y Ariane se congeló y abrió mucho los ojos, conteniendo la respiración—. Cuando alguien la ve, llora porque sabe que su muerte está próxima y será inevitable. Por lo visto, así como tú puedes verla, es muy probable que poco a poco lo hagas con otros seres invisibles para la mayoría de las personas.

—¿Por eso ella siempre está llorando?

—Sí, por eso. Y las personas, cuando la ven, saben o presienten lo que ocurrirá con ellas y lloran también. Con un detalle interesante...

—¡Lo hacen por un solo lado del rostro! —dijo Ariane, con lo que no sólo provocó la sorpresa de la *madame*, sino de su propia madre.

—Exactamente, mi amor. Ahora ve, lleva a tu madre directamente a casa pues, como les dije, esta otra hija aún tiene mucho que conversar con su Madre...

Ariane y Anna Narin salieron de aquel cuarto y partieron. Nada estaba fuera de lugar en el camino a la cabaña, y por eso no se preocuparon más. Siguieron caminando hacia su propia casa, a la espera de ser interrogadas por el viejo Golbez Narin en cuanto llegaran.

En eso pensaban cuando escucharon el ruido: los arbustos sacudiéndose, las charlas excesivas, las voces numerosas y aquella energía extraña que se apoderaba del ambiente. No, esta vez no era ningún lobo violento con deseos de atacar a una o dos Narin, aunque el miedo era el mismo. De repente apareció una docena de soldados portando uniformes con el escudo real bien en el pecho y armas cortantes desenfundadas, listas para el ataque.

—Señoras, ¿nos pueden decir qué hacen las dos solas en medio del bosque después del toque de queda? —el soldado era bajo y hostil.

—Per... perdone... —Anna estaba asustada; Ariane, también—. Vamos a nuestra casa. No sabíamos que ya había pasado el toque de queda...

—Señora, la situación actual de nuestro reino no es la más segura para que una madre y su hija anden solas por caminos aislados en medio del bosque, menos aun tras el toque de queda, ¿está claro?

—Sí, tienen razón —dijo Anna, con la mayor calma—. Correremos de inmediato a casa... Ven, hija, vamos, rápido.

Ariane sintió la mano sudorosa y fría de su madre. Imaginó que se debía al susto, pero ignoraba que el miedo se debía a algo mucho más grande, ante lo que Ariane no había vivido lo suficiente para verlo con sus propios ojos, pero Anna sí. Me refiero a la mirada de aquellos guardias. Porque los soldados de Andreanne acostumbraban ser simpáticos y atentos, sobre todo con las madres y las hijas solas. Nada más una vez en su vida había visto Anna Narin una mirada en especial, cautelosa y preparada para

el combate y para infligir la muerte como la veía en ese momento. Había sido en aquella época que odiaba recordar, cuando todas las magas, blancas y negras, fueron sometidas a aquel enorme terror.

La época de la oscuridad.

La época de la Cacería de Brujas.

Con base en esta información tal vez entiendas por qué Anna Narin tomó a su hija del brazo y caminó en dirección opuesta a la que habían seguido hasta el momento, ansiosa por apartarse lo más rápido posible de aquellos hombres.

Y parecía que lo lograría.

Parecía.

—Señora... —el soldado la llamó y ella suplicó a la Creadora que la sangre corriera bajo su cara para borrarle la palidez del rostro a causa del miedo—. Disculpe las rudas palabras con que me dirigí a su hija y a su persona, pero en verdad estamos sometidos a una enorme presión. Son tiempos difíciles y nos encontramos acosados por una bruja viva en Andreanne, la cual ha amenazado al Rey y a todo el reino. Por eso, si dejara que ustedes dos anduvieran por este bosque solas como están, no gozaría de un solo buen sueño, eso en caso de que lograra pegar el ojo después de esta noche. Por lo tanto... ¡Eh, Kassius! —y un soldado que andaba cerca de ellos se aproximó. Tenía el bigote engrasado y aparentaba estar entre los treinta y los cuarenta años—. Acompaña a estas dos damas hasta su casa, ¿está claro?

—¡Sí, señor! ¿Vuelvo después a la base, señor?

—Sí, hazlo. ¡Y espero que tengas buenas noticias que contarme después! —dijo el primer soldado, que por lo visto tenía un rango mayor que los demás... Bueno, Anna Narin no entendía nada de rangos militares y para ella todos aquellos hombres eran soldados del Rey y punto. Si entendiera de eso, habría sabido que se trataba de un joven sargento.

Así que allá fueron la madre y la hija escoltadas por el camino. Y cuando los soldados se marcharon para un lado y el trío para el otro, Ariane se volvió al fin hacia su madre y preguntó:

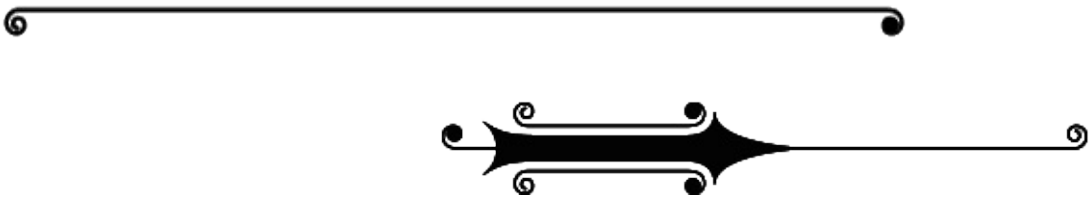
—¿La viste, madre?

—¿Qué vi, Ariane? —fue la respuesta fría de su madre, de esas que indican a la otra persona la imposibilidad de hablar con soltura en ese momento.

Pero no culpes a Anna: su mente se hallaba mucho más concentrada en el soldado que las escoltaba, mientras iba arrancando plantas del camino con su espada.

—Nada, madre, nada —y Ariane sonrió con debilidad; ya no molestaría a su madre: ahora sabía que ella tampoco la había visto y bastaría con darle tiempo al tiempo.

Delante de ellas, aquel soldado lloraba, sin darse cuenta, por un solo lado de la cara.



La frenada fue tan brusca, que el príncipe debió abrazarse al cuello del unicornio, al punto de casi ahorcarlo, con tal de no ser lanzado varios metros hacia el frente. Todo lo anterior como resultado de galopar encima de una criatura que corría a una velocidad muchos kilómetros por hora e incluso transfería el campo molecular kilómetros adelante durante el proceso.

Muralla no gozó de tanta suerte y voló por lo menos doce metros adelante de su mamut de guerra adolescente antes de tocar el suelo y deslizarse varios metros más a causa de la inercia. A nadie debe espantar entonces el tremendo estruendo que aquel corpachón provocó al tocar el suelo, incluso más a la absurda velocidad a la que iban.

Sin embargo, a sabiendas de que se necesitaba mucho más que eso para doblegar a un trol ceniciento, Axel no se preocupó. Estaba mucho más excitado en constatar con sus propios sentidos que, ¡caramba!, en realidad se hallaban ya en la región fría de las Siete Montañas. Habían pasado la entrada a las montañas, y mirar hacia lo alto para contemplar aquella inmensidad de la naturaleza se traducía en un sentimiento difícil de describir.

Eran siete montañas, ninguna del mismo tamaño. La más chica tenía alrededor de cinco mil cuatrocientos metros de altitud, mientras que la más grande llegaba casi a los siete mil. El Sol no abarcaba en todo su esplendor a las pequeñas aldeas aposentadas en las laderas, si bien la temperatura no era demasiado rigurosa. Y ahora que hablo de esas aldeas, el príncipe sabía que en ellas se criaban animales típicamente montañoses, incluyendo a ovejas y cabras que servían de materia prima para establecimientos comerciales como la Cute-Cute, por ejemplo.

El terreno gélido y desnivelado abrigaba a una aldea en especial que ciertamente era el lugar más conocido allí, con una fama mítica que no se debía necesariamente a su existencia o posición geográfica, sino a sus habitantes. Me refiero a la aldea de La Mina, una población que habría sido igual a otras de no ser por su proximidad a un socavón de metales preciosos que era referencia no sólo de uno, sino de siete

Maestres Enanos.

Axel se volvió para ver al unicornio, pero el animal fantástico había dejado de existir. Al menos allí. El príncipe estaba tan fascinado que no se había dado cuenta de su partida ni tuvo oportunidad de agradecerle, aunque sabía que el animal no estaría ofendido por ello. Muralla, a su vez, se había recuperado de la humillante caída y preguntaba al príncipe cuál era el siguiente paso a seguir.

—Debe estar en alguna de esas aldeas... —dijo Axel sin quitar la vista de la panorámica de la cual gozaban en aquella elevada falla geográfica donde el unicornio los había depositado.

—¿Pero cómo sabremos en cuál? —preguntó con razón el trol ceniciento.

—¿Sabes rezar, Muralla?

—No... —respondió el guardaespaldas.

—Pues entonces es momento de aprender.

Madame Viotti tiró la escoba del susto cuando escuchó la forma en que fue abierta la puerta de la cabaña donde aún se encontraba. No habría sido necesario estar arriba para tener la certeza de que aquella no había sido una entrada amistosa. En realidad, fue una acción tan rápida que ya no parecía haber tiempo para nada.

Y no lo había.

Antes incluso de que estuviera en condiciones de pensar, soldados de Andreeanne invadieron las habitaciones de la casa, que no eran muchas, incluida aquella oculta donde ella se encontraba, con las «pruebas» del crimen de brujería alrededor. Si al menos Anna Narin hubiera imaginado lo que ocurriría después de que ella y Ariane salieron de la casa, de seguro habría velado mejor la entrada al cuarto del sótano. Simplemente no se preocupó, pues no había tenido forma de calcular que una nueva Cacería de Brujas acababa de iniciarse hacía tan poco tiempo.

Si los soldados lo supieran, se lo habrían agradecido.

Ni siquiera había manera de ensayar una defensa. De nada serviría explicarles sobre «magos negros» y «magos blancos» a aquellos guardias, ni qué decir que ella no vivía allí y que no sabía a quién pertenecían aquellos «objetos macabros» o ese altar de «magia negra». Los soldados no están entrenados para pensar, sino para cumplir órdenes. Y sus órdenes eran claras: existía una bruja en Andreeanne y esta debía ser encontrada.

Y así fue.

Aquella mujer, y ninguno de ellos albergaba la menor duda, era una bruja, y por lo tanto aquella tropa había cumplido con su misión. Sin embargo, una intuición tocó el alma de aquel oficial superior en jerarquía a los demás, aquel cuyo rango Anna Narin no había sabido diferenciar del todo:

—Y... —dijo, volviéndose hacia *madame* Viotti, que ya estaba amarrada entre dos soldados robustos—. Aquella madre y su hija... Salieron de aquí, ¿no es así?

Los ojos de *madame* Viotti se abrieron de par en par al advertir que algo malo

podría ocurrirles a las dos. Fue un error fatal: aunque enseguida intentó disimular o fingir una expresión de indiferencia, ya era demasiado tarde. El soldado, que en realidad era sargento, había descifrado ya lo que buscaba.

—¡Rufus! —otro soldado, de piel tan morena que probablemente tenía ascendencia negra, se presentó en el acto—. ¡Corre lo más rápido que puedas, muchacho, y encuentra a aquellas dos! Haz cuanto sea necesario, pues tienes mi autorización. ¡Lo que sea necesario! Únicamente tienes prohibido fallar en la cacería de esas malditas brujas.

→ Toma —dijo Jamil, Corazón de Cocodrilo, al Maestro Sombra y le arrojó una bolsa con trescientos reyes, que era mucho dinero en aquella época y aún sería bastante hoy.

—¿Para qué es tanto dinero? —preguntó con sorpresa el aludido.

—Oí decir que eras muy competente para hacer ciertos trabajos antes de perderte en el liderazgo de este grupo patético. —Jamil no tenía escrúpulos en relajarse de vez en cuando con Sombra y su grupo, más aun después de haber eliminado a casi todos sus rivales, los Fantasmas, y sitiado a un reino entero tras haber pasado sólo algunos días en la ciudad. Y por más que el Maestro Sombra se irritara, no podía ignorar que su liderazgo con respecto al de Jamil era equiparable al equilibrio que existe entre un *pitbul* y un *basset hound*.

—Ahórrate tus palabras. Sí, hice muchos trabajos antes de liderar a este grupo, pero ya no estoy al día con ninguno.

—¿Ya te diste cuenta de que en esa bolsa llevas trescientos reyes? Creo que esa cantidad será suficiente para hacer una excepción. Créeme, en verdad me gustaría que me hicieras un servicio.

—¿Y por qué quieres que sea yo?

—Porque oí decir que eres malo...

—¿Y qué servicio deseas que te haga? —preguntó, curioso, el disfrazado.

—Una eliminación.

Sería mentira decir que el Maestro Sombra no se sorprendió mucho con la propuesta. En realidad, al inicio de su «carrera» hacía ese tipo de «servicios» y se le consideraba uno de los mejores en el ramo, pero hacía tanto tiempo que no volvía a estar «en activo», que pensaba que en verdad se había jubilado de ese tipo de «trabajo».

—Sea quien sea el infeliz, imagino que te habrá perjudicado al punto de querer pagarme esta suma. ¡Antiguamente, por una cantidad semejante te habría ofrecido un

«paquete» por la familia entera! —y lo decía con sinceridad—. Cuéntame, ¿qué te hizo?

—Tuvo la osadía de intentar embaucarme —la cara de pocos amigos de Corazón de Cocodrilo fue suficiente para que el Maestro Sombra evitara hacer más preguntas sobre el asunto.

—¡Entiendo! —desistió—. Pero me parece que rechazaré el contrato. Desde que asumí la jefatura del grupo dejé de realizar estos servicios menores.

—Qué pena. La víctima era el último de los Fantasmas. —Corazón de Cocodrilo siempre sabía qué decir y cuándo decirlo. Por eso era un líder. La sentencia sacudió al Maestro Sombra. Jamil se dirigió a la salida mientras remataba—: Y yo todavía pensaba en darte una gratificación de doscientos reyes extras, de acuerdo con la historia que me contaras después...

—¡Está bien, maldito, lo haré! —cedió el Maestro Sombra, mientras Jamil sonreía sin volverse, con la certeza de que aquello sucedería así—. ¿Quién es él?

—No es él, ¡sino ella! —y Jamil permaneció de espaldas, sin volverse en ningún momento, hablando sólo por encima del hombro—. Mira bien dentro de la bolsa y encontrarás los datos que necesitas. No me importa cómo ni con qué lo hagas. Sólo cerciérate de que se arrepienta por haberse atrevido a intentarlo. Hazla sufrir. Hazla implorar.

Habían descendido de la escarpada falla geográfica y caminaban en dirección a la primera aldea. No estaban seguros si la persona que buscaban en realidad había llegado allí, y menos si continuaba viva. Era una locura buscar al hermano desaparecido, pues eso podría llevar años sin solución; pero había sido en especial por eso que ella los acompañó.

Tuhanny surgió en el inmenso cielo nublado, debajo de las montañas de los gigantes, y su felicidad era tan inmensa que se mostraba a cualquiera que mirara los cielos en ese momento. No había cómo volar dentro del campo de transferencia molecular del unicornio negro, pues se hallaba demasiado alto y había huido del campo durante la primera teletransportación y, en consecuencia, también en las demás.

Sin embargo, había una ventaja en el hecho de no tener ya necesidad de volar a la misma velocidad de un corcel o de un mamut de guerra: ahora podía hacerlo a su máxima velocidad, en dirección a las Siete Montañas, y por eso había llegado allí no mucho tiempo después que el príncipe y su protector hubieron arribado.

Y bueno, ¿pero a fin de cuentas por qué su presencia era crucial? Respuesta correcta: las águilas-dragones se encuentran dotadas de la visión más perfecta y aguda que un animal pueda poseer en las tierras de Nueva Éter, independientemente de las condiciones de luminosidad local. Con el mínimo de luz, son capaces de distinguir el ambiente a la perfección, equipadas con visión infrarroja y memoria fotográfica para detectar a una persona conocida aun si esta se halla bajo el mejor de los disfraces.

Así que *Tuhanny* descendió y clavó las garras en Axel con la suficiente ligereza para no lastimarlo. El príncipe buscó alimento entre las pertenencias transportadas por *Pacato* y le dio de comer. Entonces acarició al animal por debajo del cuello y miró con firmeza el fondo de aquellos magníficos ojos salvajes.

—¡Te necesito, querida! ¡Eres la única que puede hallarlo! —y Axel señaló hacia

las aldeas—. ¿Harías eso por mí?

Un chillido. El salto del águila-dragón hacia el cielo y su bello espectáculo. El giro y aquel ¡kiai! que sólo ella era capaz de emitir. Axel siempre se erizaba cuando lo escuchaba y miraba a la criatura con el orgullo de un padre que ve a un hijo conquistando su primer *knock-out* en la arena de pugilismo.

—Felicidades, Muralla —dijo el príncipe mientras subía al lomo de *Pacato*, guiado a su vez por el trol.

—Perdón, alteza... —el trol ceniciento no había comprendido.

—Por lo visto aprendiste a rezar. ¡Nuestro milagro sucedió!

Primo Branford aún estaba en el centro comercial de Andreanne, donde una casa se había materializado frente a él. Ya había registrado otras casas de aquel centro, aunque Sabino von Fígaro le explicó que él mismo lo había hecho antes y que aquella casa con las runas desconocidas era la única que en realidad debía importarle al rey.

También fue hasta su estatua y examinó la cabeza de piedra destruida. Cuando las cosas se arreglaran, ordenaría de inmediato que se colocara allí una estatua más grande de sí mismo, pues aquella sin cabeza, en la forma como estaba, era un símbolo victorioso para el enemigo. Sus grandes ojeras, los cabellos despeinados y la mirada obcecada sólo confirmaban cómo un hombre podía cambiar en su totalidad de un día para otro cuando caía desde lo alto hasta el fondo del pozo en un corto intervalo.

No muy lejos de donde se encontraba la estatua del Rey quedaba la entrada de la Catedral de la Sagrada Creación, donde el joven clérigo Cecil Thamasa observaba al monarca a la distancia. No había fiel alguno en la catedral, y ningún soldado le reclamaría al clérigo por verlo salir un momento, incluso después del toque de queda.

Y aunque se hallaba en la parte alta de la escalinata de acceso, Cecil alcanzó a notar, bajo el brillo de la Luna llena, la mirada del Rey. Y temió —juro que temió— que las cosas se salieran de cauce. Le rezó a los semidioses para que no dejaran que aquel hombre de inmensa importancia cayera en las garras de la locura debido a la enorme presión a que había sido sometido en tan poco tiempo. Y lo hizo porque aquella energía negativa que había sentido desde que llegó a Andreanne aún no se disipaba por completo del ambiente, y temía que se avecinaran grandes problemas.

Pero Cecil no era el único en sentir aquel peso negativo en el ambiente. Mira tan sólo a João Hanson y el interminable sangrado de su nariz que se le presentaba por intervalos. Seguía siendo un adolescente al principio de la jornada de la vida, aunque desde temprano supo cómo una bruja —él sólo había conocido a las magas negras— podía marcar la vida de las personas. Y a ese respecto la hermana también tenía

mucho que decir.

Pero había otra persona que igualmente sentía que las cosas no iban bien, aunque en aquel momento estuviera muy lejos de aquella casa, en la floresta —en realidad un bosque—, y de cualquier centro comercial o catedral semidivina. Se hallaba a kilómetros de allí, dentro del mítico Gran Palacio. Me refiero a la reina, con «r» minúscula, reducida a compañera del Rey tras una brillante vida como avatar, dedicada al servicio del Creador, tras lo cual había renunciado a todo por su propia voluntad.

Sí, el Hada Terra había perdido una gran parte de su esencia mágica; pero si alguien afirmara que esa «gran parte» era «todo», estaría engañándose. Ella aún podía sentir cuando las cosas iban mal y saber cuando la energía negativa se fortalecía en el ambiente, pues las personas que viven en los mundos con una vasta intensidad etérea, como la de Nueva Éter, son muy sensibles a eso. Y la reina advertía también que pronto llegaría un momento de decisión en su vida, de enorme importancia, sólo comparable al día en que decidió abandonar su condición de hada para vivir como mortal. Hasta entonces jamás se había arrepentido de semejante decisión y esperaba, desde el fondo de su alma y su corazón, que nunca se arrepintiera de cualquier elección que debiera tomar, independientemente de la que fuera.

Que los semidioses rogaran por ella.

Pues las hadas jamás pueden equivocarse.

Más palabrería. Ariane no quiso darse la vuelta. Anna, menos todavía. Era como si presintieran, pues en realidad lo sabían, qué era aquello que se aproximaba. El terror: ese «ciudadano» que nunca se aproxima en forma ordenada ni respetuosa, de ninguna manera natural. No, siempre que el terror se le presenta a alguien, lo hace con dramatismo, de modo aterrador e incomprensible para el raciocinio del humano común.

—¡Kassius! —la voz era del soldado Rufus, que se aproximaba a la carrera.

Anna cerró los ojos, con el deseo de que aquello no estuviera sucediendo. Ariane miró al soldado que llegaba corriendo, en excelente forma física y con una filosa espada en las manos.

—¡No lo vas a creer, soldado! —dijo Rufus—. ¡Encontramos un verdadero altar de magia negra en una casa a un kilómetro de aquí! ¡Aprehendimos a la bruja y ya tenemos a nuestra culpable para entregarla al Rey! Y aquí viene lo mejor: estas dos se encontraban allá, con la bruja, hace muy poco...

Anna Narin habría hecho todo por negarlo, por decir que era un malentendido, incluso por hacerse la desentendida. Cualquier cosa, menos quedarse callada, pues el silencio revelaría una culpa inexistente por las acusaciones a las que deberían responder. Dos pensamientos le quitaban la voz: el primero, que serían acusadas de brujería, y de la peor clase; el segundo era acerca de lo que harían con *madame Viotti*, aunado a la duda respecto de si fingir que no la conocía implicaría un acto de traición contra la sacerdotisa.

En lo personal, me parece que en todo caso habría representado una buena prevención por parte de alguien que más tarde intentaría de cualquier manera hacer lo posible por salvar a la sacerdotisa. ¿Pero quién soy yo para juzgar a la señora Narin? En cuanto a la señorita Narin... Bueno, ella se llevó un susto tan grande con la llegada del segundo soldado, que su reacción tampoco fue de las mejores; pero al contrario de su madre, al menos logró decir algo:

—Es decir... ¿qué quieren ustedes? —de manera similar a una sombra en aquel bosque cada vez más oscuro en todos sentidos, el miedo tampoco podía disfrazarse.

—Mira qué graciosa —dijo Kassius—. ¡Tan pequeña y ya en un camino tan perverso!

—Igual o peor que su madre, ¿no? —ese comentario despreciable y canalla provenía de Rufus.

—¿Cuál fue la orden? ¿Llevarnos a las dos?

—¡Qué llevar ni qué llevar! —habría sido deseable escuchar un diálogo entre soldados más digno de sus uniformes—. ¿No oíste lo que dije? Ya capturamos a la culpable. ¡Con estas dos tenemos órdenes de hacer lo que queramos!

Llena de pavor, Anna miró a Ariane. Toda una historia y recuerdos de instantes que no deseaba recordar volvieron de súbito a su cabeza. Un pestañear de ojos cada uno. Quién diría, sin embargo, que sólo habían pestañeado una vez.

—¿Y qué es lo que haremos? ¿Cortarles la cabeza y colgarlas al pie de la carretera? —te parecerá exagerado lo que dijo Kassius, pero Anna Narin sabía que eso le había pasado a muchas brujas, algunas de ellas conocidas suyas, en aquellos tiempos pasados del horror.

—¿Qué es eso? ¿Es que pretendes desperdiciar un «material» como este? —de nuevo hablaba Rufus, que de haber sido pirata tal vez se habría ganado el mote de *El Tarado*. Hay que poner a esas dos como ejemplo...

Los soldados se miraron y parecieron concordar en silencio: Ariane aún no entendía lo que estaba por ocurrirles. Todavía era demasiado pura e inocente. Pero Anna, ¡mis semidioses!, ella sí que lo entendía y por eso al fin logró decir algo. Pero no fue una palabra lo que pronunció, sino gritos, ¡gritos desaforados!, de esos que ningún actor imita a la perfección sin entregarse en cuerpo y alma al papel para vivir la angustia como la experimentaba en aquel momento aquella madre.

Porque Anna ya había pasado por muchas cosas en la vida y había visto cómo la pureza era arrancada de sí tan sólo al escuchar historias de abuso de poder como aquella. En un solo movimiento, Kassius, el más próximo a ellas, intentó sujetar el cuerpo de la señora Narin, que cayó al suelo entre alaridos, llorando como una criatura ante un peligro fatal, más preocupada por su hija que por sí misma. Acciones como esa eran la razón por la que Anna Narin había criado a Ariane con tanta sobreprotección. Al menos había intentado que la pureza de su hija no fuera mancillada mediante los actos sucios de los hombres. Y ahora había fallado.

Ariane estaba a punto de sufrir lo mismo que muchas otras brujas que jamás le hicieron mal a nadie, tan sólo víctimas de la ignorancia de los hombres y la fama heredada de las brujas malvadas de verdad. Entonces la niña al fin entendió qué estaba por suceder.

En cuanto Rufus le tocó los cabellos, Ariane sintió enojo. Allí perdió una parte de

su inocencia, y la niña creció mucho. El universo le pareció más triste. Cuando el soldado le tocó el rostro, ella deseó que cincuenta lobos se lanzaran sobre aquellos hombres malos.

Ariane descubrió entonces que existen lobos que sólo atacan porque tienen hambre.
Y hombres que lo hacen sólo porque son malvados.

En un tiempo récord, pues nada gusta más y proporciona más placer a un soldado que cumplir con éxito una orden real, *madame* Viotti fue llevada, amarrada como un animal, al centro comercial de Andreeanne, donde aún estaba el Rey. No se veía preocupada por su probable destino, sino que parecía sentir pena por aquellos hombres, que a su vez sentían lástima por ella en aquel momento crucial.

Primo Branford, que estaba a punto de enloquecer entre tantos problemas, agradeció al Creador porque al menos uno de ellos estaba solucionado, a su manera de ver. Había encontrado a la maldita bruja y sabía lo que debía hacer para poner fin a la amenaza. Lo mismo que había hecho mucho tiempo atrás, cuando las hadas caídas estaban a punto de tomar para sí el control del reino.

El fuego.

El elemento del dolor y de la purificación, que tantas vidas extinguió, de nuevo haría su papel.

—Preparen la hoguera —ordenó el Rey a los soldados—. Mañana, ante el pueblo, ella mostrará lo que le ocurre a aquel que desafía a la corona y juega con las artes de las tinieblas. Esos piratas se echarán para atrás y lo pensarán dos veces antes de mantener cautivas a la princesa y a la reina como rehenes cuando sean encontrados por nuestros soldados, y eso sólo es cuestión de tiempo...

Entonces, *madame* Viotti aceptó la muerte. No dijo palabra alguna en ningún momento. Y te lo confirmo: no lo hizo porque estaba mucho más preocupada por escuchar, mas no al Rey ni a cualquier otro hombre o mujer de Nueva Éter, sino a la voz que le decía aquello que debía escuchar. Y lo que debía decir. Y lo que debía simbolizar. Mantaquim, el reino de las hadas, la estaría esperando si ella hacía lo que le era dicho. Y si su Madre, la Creadora del universo, le garantizaba tan notable honor, eso era motivo suficiente para cumplir con la tarea.

Eso era fe.

Y ese siempre será el mayor poder que mueva a las verdaderas magas blancas.

Estar listas para bendecir a las iniciadas.
Estar listas para arder hasta la muerte.

Ariane vio a la muerte. Una vez más, tan cerca de ella, tan fría y chocante, que no valía la pena gritar para no empeorar ni hacer más traumática la situación. Sin embargo, había una diferencia, y muy importante, si tomamos en consideración su trágico incidente a los nueve años: esta vez ella deseaba que la muerte viniera, y por tal motivo no resultaba tan traumático. Por el contrario, esta vez la niña agradecía al Creador por su llegada...

Un cuerpo cayó a su lado.

Era Rufus, el canalla, cuyos parientes, sin embargo, tendrían dificultad para reconocerlo debido al enorme agujero en el cráneo, más parecido a una mitad del número ocho. Kassius se volvió asustado y apenas tuvo tiempo de entender la situación. Bueno, no había mucho que explicar: un inmenso cazador le apuntaba con su gigantesca escopeta, de esas de gatillo duro, que sólo hombres como aquel podían maniobrar con fuerza y velocidad.

—Escucha, soldado... —dijo el cazador con una voz helada—. No salvé a esta niña de un lobo hambriento para verla devorada por otra criatura de una peor especie.

—¡Eh! No te vengas a hacer el héroe esta vez, porque te mando a la horca, ¡idiota! ¡Es lo mínimo que te ocurrirá por haber dado muerte a un soldado real!

—Soldado es aquel que honra el uniforme. Ustedes ni siquiera hacen honor a lo que llevan por debajo.

—¡Está bien! Espera. ¡Vamos a conversar! Dime, ¿para qué todo esto, eh? —Kassius intentaba negociar, pues conocía el peligro de las novedosas armas de fuego en manos de alguien que sabía usarlas—. Sé que aparentan ser dos doncellas indefensas, y que por fuera pareciera que estamos cometiendo actos ruines, pero... créeme, camarada, ¡son dos brujas de la peor especie! Practicantes de magia negra, ¿sabes?

—Si ellas son las malas de la historia, ¡ya imagino lo que eres tú! —el cazador

sacó un objeto metálico del cinturón y lo lanzó en dirección a Kassius—. ¡Piensa rápido!

Asustado, Kassius atrapó el objeto. ¿Conoces las trampas para cazar osos? ¿Esas que parecen dientes metálicos abiertos y se cierran con violencia cuando el pobre animal las pisa inadvertidamente? Pues el cazador Rick Albrook poseía una miniatura de ellas, que usaba para cazar animales de menor tamaño. Y en cuanto Kassius la agarró, esta se cerró con violencia y salpicó tanta sangre que el soldado cayó al suelo gritando, con espuma en la boca, agonizando de dolor. En un segundo había caído, sangrando, gimiendo e implorando misericordia. El cazador se quitó su casaca y se la dio a Anna para que se vistiera, en tanto Ariane recuperaba la falda.

—Soldado, en breve conocerás las tinieblas. El bosque se oscurecerá y tú sólo contarás con los otros sentidos. Sin embargo, con el dolor que sientes, no conseguirás salir de aquí antes de que ellos aparezcan. No pienses que el olor de la sangre no los atraerá; pronto estarán aquí, y no uno, sino varios de ellos, ávidos de carne fresca. Lobos. Lobos hambrientos y salvajes, cual soldados indignos de su uniforme. ¿Sabes? Una enseñanza de la vida como cazador es que aquel que vive como animal acabará muriendo como animal...

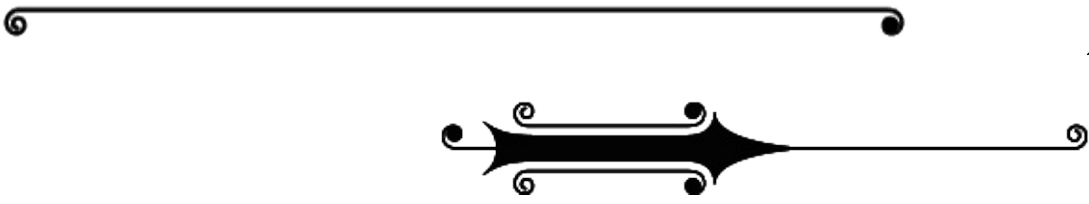
Entonces Albrook, *el Héroe*, se dio la vuelta y partió. Con el carácter digno de un ser humano, acompañó a la madre y a la hija fuera del bosque. Quizá ni él sabía qué tan necesaria era su protección en aquel momento, al menos para aquella niña. Lo digo porque, por más trascendente que resultara el hecho de haber salvado a la madre y a la hija, más importante había sido evitar que aquel día Ariane Narin perdiera por completo la inocencia y se olvidara de la pureza que soñaba con bondad, al parecer cada día más distante de los hombres.

Si eso hubiera pasado, aquel día habría nacido otra maga negra.

Al contrario, un día más Albrook había hecho honor a su figura como héroe. Y en esa imagen se incluía la convicción de que un ser humano puede ser malo, e incluso perder el derecho a ser llamado así, pero también puede ser bueno y gozar infinitas veces de momentos por encima de la mortalidad.

El bien y el mal siempre se disputan la supremacía en determinadas situaciones, y el ser humano debe saber muy bien cuáles son sus bases, sus ideas, así como su carácter, para no ser conducido por los destructivos caminos de tal senda.

Si el mundo era un lugar bueno, Ariane Narin debía seguir creyendo en ello. Sin embargo, con la conciencia recién adquirida de que se trataba del mismo mundo donde convivían cuerpo a cuerpo los héroes y los lobos malos, ahora ella no sería ya tan inocente como para no advertir la diferencia.



Axel Branford no entendía lo que estaba ocurriendo. No aquella noche, cuando menos. *Tuhanny*, la señora de los cielos, lo había llevado algunos metros delante, ante una de las primeras aldeas construidas en las laderas de las Siete Montañas, y él no lograba entender el motivo. En realidad, no entendía el motivo de haber parado justo allí, en lo que parecía un campamento abandonado, con provisiones estropeadas por el tiempo y algunos equipos desgastados y en pésimo estado.

Muralla tenía una antorcha y Axel encendió otra para descubrir mejor por qué el águila-dragón parecía insistir en que habían llegado a su destino. Había un silencio que gritaba —por paradójico que esto parezca—, de esos que sólo las montañas poseen, y la noche era cada vez más fría, lo que molestaba mucho más al humano que al trol ceniciento.

Entonces se escuchó un grito.

Un rugido.

Nada parecido al ¡kiai! de un águila-dragón.

Era más un grito de guerra, proveniente de un lugar muy lejano de aquel en el que estaban, y reverberaba en las paredes de tierra de las montañas.

Pasado el susto, Axel continuó, despacio, observando el lugar, a medida que la luminosidad lo permitía, pues los ojos humanos no se adaptan como los del águila-dragón. Los trols poseían visión infrarroja y un fino sentido de la orientación que los guiaba mucho mejor que sus propios ojos en situaciones como aquella y en muchas otras también. Por un momento Axel se sintió ridículo con sus limitaciones humanas y se preguntó por qué los hombres suelen liderar los reinos si siempre parecen tan pequeños ante especies más fantásticas.

Una hoja estalló. Varias de ellas. La tierra parecía suelta, aunque fría, y el príncipe casi dejó caer la antorcha cuando tropezó con lo que reconoció como el esqueleto de un soldado de *Andreanne*. Vestía una armadura con el símbolo de los

soldados del Gran Palacio, y como no podía imaginar a su padre obsequiando a un esqueleto con tamaña preciosidad, tenía la certeza de allí había existido un hombre vivo antes de transformarse en un montón de huesos. Aquello era relevante porque ya había oído sobre esqueletos que se levantan por órdenes de los brujos. Axel intentó olvidarse de ello para no sudar aún más. Pero no lo consiguió.

Otro grito.

El príncipe rememoró aquellas historias de los brujos. La antorcha le temblaba entre las manos y se preguntó de quién había sido la estúpida idea de ir allí sin una tropa de soldados para apoyarlo. Bueno, la idea había sido toda suya.

Entretanto, Muralla usaba sus instintos animales con interés y frenesí. Husmeaba los objetos en el suelo, incluso olisqueaba el esqueleto del soldado muerto, y de esta forma halló que había más de uno. Cuando escuchó el tercer grito el trol gruñó, pues con el eco parecía venir de todas partes. La antorcha del príncipe tembló aún más. No era un cobarde. Nada de eso. Era tan sólo humano. E incluso los hombres más heroicos experimentan miedo, con la excepción de que estos saben que esa emoción nunca debe ser un impedimento para actuar. Lo que más lo asustaba en aquella hora era justo aquel rabioso comportamiento de su guardaespaldas. Y todo porque él sabía cómo se ponía un trol cuando lo dominaba un estado de furia, conocido como *berserker*. Un estado rabioso en el que una persona o un trol deja de pensar para sólo atacar y atacar y atacar de manera incontrolable e irracional. La única forma de parar a alguien en ese estado es noquéandolo o... Bueno, Axel prefería pensar sólo en esa posibilidad.

El príncipe ya había enfrentado a practicantes de pugilismo que usaban tal artificio en el cuadrilátero. Bastaba con uno o dos puñetazos bien aplicados para que el ciudadano comenzara a bufar y a echar espuma, tras lo cual atacaba como un animal en peligro y la lucha se transformaba en un combate peligroso y mortal. Lo había visto dos o tres veces, y en todas había enviado a su adversario a la lona con la mayor rapidez posible, antes de que él mismo sufriera las consecuencias. Sin embargo, recordaba muy bien los ojos y el cambio propiciado por aquel estado *berserker*, y eso era lo último que necesitaba ver en aquel momento. Menos aún en un trol ceniciento.

Un grito más.

Pasos pesados y explosivos en el suelo. Movimiento de hojas. Y de árboles. Aproximación del sonido. Era como si una pilastra se levantara y fuera puesta bajo la acción de la gravedad, cada vez más cercana. Sí, era la peor sensación del mundo encontrarse en aquel lugar oscuro, con un trol ceniciento mostrando los caninos y los esqueletos de soldados de su propia ciudad alrededor, rodeados de pasos tan pesados como los de un grupo de gigantes aproximándose.

El príncipe fue retrocediendo, con los ojos muy abiertos, el corazón en la boca y

la piel extremadamente pálida, ¡hasta que tocó con la espalda unos barrotes de hierro y soltó un grito de espanto!

En el momento en que Muralla se volvió hacia el príncipe, aquel sonido de pilastras levantadas y abandonadas a la acción de la gravedad cayó tres metros adelante del trol. Y no sólo el sonido, sino también uno de aquellos gritos de guerra, de esos que, de tan cercanos, se escurrían por los tímpanos y retumbaban en las paredes internas del cráneo, más en los del humano que en los del trol ceniciento.

Hubo un nuevo estruendo de caída violenta frente a ellos.

Mas no era un hombre ni era un monstruo.

Se trataba de un enano. Y mucho cuidado si consideras que eso no entrañaba peligro alguno ni que no empeoraría aún más tan delicada situación, pues todo el mundo sabe que los enanos viven en guerra con los trols. Incluso una colina fue nombrada como Los Vientos de Fuego justo por haber sido escenario de una guerra de proporciones gigantescas entre seres de alturas tan distintas, pero con una sed y un poder de destrucción en el combate tan intensos como comparables.

Axel calculó que el salto de aquel enano debía haber sido, como mínimo, desde cinco o seis metros de altura para caer con aquella fuerza en el suelo. Y no venía desarmado —no seas tan inocente como para pensarlo—. En una sola mano —y este detalle resulta por sí mismo notable— cargaba un martillo imposible de compararse con los más enormes mazos de guerra de Arzallum: era un arma gigantesca; y probablemente el propio Axel habría necesitado ayuda para levantarla; Parecía hecho de piedra y forjado de manera rústica, pero nadie habría conseguido notar semejante tamaño en aquella oscuridad y en una situación tan inusitada como aquella. Al menos no un humano.

Fue el trol el que actuó por mero instinto animal.

De igual manera que lo hizo aquel Maestro Enano.

¿Recuerdas aquella orquesta invisible que he utilizado como comparación, la cual parece tocar su música inaudita en momentos decisivos? Pues si pudiera hacerlo ahora, en este preciso instante, lo haría con el sonido más estruendoso y cargado que pudiera. Apenas los instrumentos que retumbaran con acordes rápidos y pesados expresarían el sentimiento de aquellas máquinas de guerra en un combate tan directo, intenso y violento.

El martillo cortó el aire con violencia en un sentido horizontal y chocó contra el puño gigantesco del trol de dos metros y medio de altura y doscientos kilos de peso.

¡El impacto se escuchó como el sonido de un trueno!

Sin embargo, no fue suficiente para romper los dedos del trol; en realidad, me parece que es imposible quebrar los dedos de un trol, pues se encuentran revestidos con alguna protección natural que hace de ellos sus armas más poderosas.

¡Otro choque!

El trueno parecía ser todavía más rabioso.

En los cielos, *Tuhanny* emitió su ¡kiai! para saludar a aquellos dos guerreros en disputa por la victoria, desde el punto de vista de sus especies, entre el bien y el mal. Paralizado ante el espectáculo, Axel no se atrevía a aproximarse. Sabía que si por azares del destino un golpe de aquellos acertaba en él, bastaría para separarle la cabeza del cuerpo.

El puño descendió al suelo en un golpe vertical. Cualquier cosa que hubiera estado allí en aquel momento habría estallado en pedazos cuando el enano saltó hacia atrás e hizo zumbar de nuevo el inmenso martillo. Axel alcanzó a percibir el golpe — le pareció que lo veía en cámara lenta—, que se incrustaba cada vez con mayor fuerza en el rostro del trol, cuyas mejillas se juntaban con la nariz de puerco y presionaban los dientes protuberantes de jabalí, como si todo se fusionara en una sola masa de carne. Aquel ser de dos metros y medio giró en el aire unas tres o cuatro veces antes de tocar el suelo. El sonido de ese impacto, que habría causado envidia a un cañón que rugiera tras disparar pólvora negra, anunciaba que un maxilar, o sea cual sea el nombre que tenga el hueso de la mandíbula de un trol ceniciento, se había partido con violencia.

Y sorpréndete, pero el trol se levantó una vez más para atacar, como si nada hubiera ocurrido. Tan inmensos eran su odio y su alteración emocional.

Era una visión tan increíble la de aquellos dos trabados en combate, que se comparaba con las batallas entre dioses narradas por algunos bardos, es decir, sobre aquellos seres que se encuentran por encima de los propios semidioses. La velocidad con que ambos se movían, atacaban y defendían era sobrenatural. Asimismo la rabia. Aquel gigantesco y pesado martillo de guerra subió y descendió tantas veces como aquellos puños, que más parecían hechos de la misma piedra que el martillo.

Y en un momento dado, el enano guerrero emitió uno de sus gritos más estridentes e invirtió casi toda su fuerza en un golpe lateral, mientras que el trol no lo hacía muy distinto, atacando en la dirección opuesta, con las manos unidas y los dedos entrelazados. El impacto de la colisión resultó tan fuerte, pero tan fuerte, que Axel sintió temblar el suelo, y eso no es una exageración. Para darte una idea, se rompieron los soportes de la jaula con la que había chocado momentos atrás, ¡y sólo entonces se dio cuenta de que esta se había levantado del suelo, arrancada del piso, con las trancas rotas!

El enano y el trol cayeron cada uno para un lado, exhaustos, en absoluto dispuestos a rendirse. De nuevo se miraron y el odio relumbró en la mirada de cada uno con la fuerza suficiente para exhalarlo en cada respiración. Ambos respetaban el momento del otro para recuperar las fuerzas, pero sólo porque las dos partes en verdad lo necesitaban.

Y Axel aprovechó ese instante de parálisis momentánea para mirar al enrejado

tras de sí. Si no había notado antes que se hallaba suspendido en el aire, imaginó que alguien estaría preso en su interior.

—Hola, hermano —aquella pregunta le chocó—. Porfiado como eres, sabía que vendrías con tu maldita cabeza dura. Por eso imploré con vehemencia a los semidioses que eso no ocurriera...

Tuhanny había tenido razón.

Axel no sabía qué decir ni qué hacer. En definitiva, no se podía engañar a un animal con la facultad de reconocimiento mediante su visión infrarroja. Si el águila-dragón era capaz de grabar el conocimiento corporal de una persona, la encontraría ya fuera en la claridad del día o en la oscuridad de la noche, estuviera vestida o no como noble, ya fuera un príncipe o un futuro rey, disfrazada con la apariencia de un ser humano... o maldecida bajo la rugosa piel de un sapo.

El rey Primo Branford entró en aquella sala de interrogatorio con la creencia de que resolvería un gran problema y que con ello garantizaría su sanidad. Que volvería a escalar los muros de vuelta hasta la cima del pozo en que había caído. Mal sabía él que entrar en aquella sala sería la peor decisión de su vida, y que su cordura estaba a punto de embarcarse en un navío hacia la inmensidad allende el mar.

Allí estaba ella, la bruja. *Madame Viotti* no era precisamente a quien él necesitaba encontrar, pero nadie lo convencería de eso. Había hallado a la culpable, y aquella señora que nunca le haría malla nadie pagaría por ser una maga blanca y estar en el lugar correcto a la hora equivocada. ¿Pero no resulta que lo correcto y lo equivocado tampoco son siervos de la creación?

—Tal vez, y yo en tu lugar me tomaría esto muy en serio. ¡Tal vez no mueras mañana si me lo cuentas todo! —dijo el rey, utilizando el tratamiento popular para no igualar a la bruja con una noble, sentado entre dos soldados—. Dime cuáles son tus planes, cuál es tu relación con Jamil, Corazón de Cocodrilo, y la ubicación del escondite donde la reina y la princesa de Stallia son mantenidas prisioneras. Hazlo y acaso escapes de la hoguera, bruja.

—Rey Branford —dijo *madame Viotti*, también entre dos soldados listos para degollarla al menor movimiento sospechoso—, entiendo sus motivos, y por más mal que haya causado, también entiendo que actúa por el deseo de hacer el bien. Sin embargo, no soy quien su majestad piensa que soy, y creo que usted lo sabe bien, sólo que prefiere ignorarlo, pues necesita ver arder a alguien mañana en la plaza pública...

—¿Cómo... cómo te atreves, bruja? ¿Quién te crees que eres para osar hablarle así al rey? ¿Cómo te atreves a... juzgarme? ¡Lo último que esperaba presenciar en la vida es a una sierva entregada al peor de los males diciéndome cómo debo procurar el bien para mi pueblo!

—¡No me llames sierva del mal, tú, el más grande de los reyes! ¡Nunca en mi vida usé la magia negra y preferiría morir antes que hacerlo!

—¿Entonces afirmas que no eres una bruja?

—Sí, claro que soy una bruja —la expresión de los soldados revelaba su sorpresa; debes comprenderlos, pues nadie espera que una persona se asuma como tal—. Sólo que no en el sentido que su majestad generaliza por ignorancia.

El Rey se levantó, nervioso. Parecía que golpearía a *madame* Viotti, y tal vez en verdad lo hiciera. Su locura se lo exigía. Pero su sanidad, al menos en aquel momento, impidió que atacara a esa señora, encerrada en una sala pequeña y rodeada por cuatro soldados bien armados y entrenados.

—Osas decir que el rey es un ignorante, so...

—Ha oído decir que todos los reyes son autoritarios y violentos como el emperador Ferrabrás, ¿verdad? —la pregunta no parecía tener sentido.

—Creo sinceramente que el fuego será poco para ti, mujer. ¿Además de pretender decirme cómo actuar y de acusarme de ignorante, ahora me quieres comparar con Ferrabrás, ese loco dictador?

—¿Cuál es la diferencia entre monarcas, rey Branford? —*madame* Viotti iniciaba un juego psicológico muy peligroso para ella—. Ahora mismo veo a una persona que le grita a una señora indefensa en una sala cerrada, a la misma a la que quemará por la mañana, justo como el criticado emperador haría con cualquiera que se mostrara en contra de su dictadura. En mi opinión, ambos pertenecen a la misma clase y actúan por los mismos motivos.

—Aquí entre nos, eres tú la que peca de ignorante, bruja. Compararme a Ferrabrás y todavía creer que actuamos por el mismo motivo es la cosa más estúpida que he oído.

—No lo dudo. Debe ser tan estúpido como es para mí escucharle decir que todas las brujas utilizan la magia negra...

Silencio en la sala. El ambiente se tornaba cada vez más sofocante.

Primo Branford se preguntó en silencio cómo permitía que aquella mujer lo desafiara de esa manera, sin magias ni brujerías. A él, el más grande de todos los reyes. El más sabio, el más bello, el más esto y el más aquello, y que al mismo tiempo se sentía paulatinamente más inútil, tonto y humano que nunca. Tal vez esos pensamientos internos que lo invadían eran manifestaciones del toque de su Creador. Primo estaba reaccionando con violencia, pues su ego había sido atacado, y nada es más grande que el ego de un rey. Todo estaba saliendo mal en ese momento, y esa sensación de que seguía el camino de la ignorancia, por más que se resistiera a admitirlo, lo afectaba. Tal vez por eso, sí, tal vez sólo por eso, había tenido aquel momento de humildad, que recordaba mucho más a aquel plebeyo nacido hijo de un molinero, el cual batalló mucho en la vida hasta convertirse en rey.

—Tienes razón, bruja —y Primo se sentó de nuevo, exhausto—. Estoy demasiado cansado para otra cacería. Vamos, cuéntame. Pruébame que los bardos y el rey están

equivocados. Convénceme de que no todas ustedes son malas.

—¿Anisio? —el silencio parecía querer gritar para responder «sí», pero el príncipe insistía en no escucharlo—. No me digas, mi hermano, que... Los ojos de Anisio se desviaron. Parecían avergonzados, frágiles e inútiles. Su forma era humana, desnuda, bípeda, o lo más cercano a esa condición. Pero su piel era como la de un leproso, si es que esta fuera verde. Había en ella agujeros que revelaban la carne expuesta, así como una deformación en la cara que casi había sustituido a los ojos humanos y a la nariz, con pliegues por encima que recordaban pequeños cuernos, y una lengua deforme, además de la postura, que recordaba la de un animal. Una piel dura y reseca, de donde brotaban verrugas, había ido remplazando a la del hombre. Y lo peor, todo lo anterior se combinaba con una materia parecida a las costras de alguien que ha sido víctima de quemaduras graves. Así como en la piel de los sapos comunes, las moscas depositaban sus huevos en esa nueva piel, y si no eran retiradas, las larvas incluso podían entrar en las fosas nasales hasta impedirle respirar. Curiosamente, un escudo óseo comenzaba a nacer en sectores de la espalda, para formar un caparazón por encima de las heridas.

El hecho era que aquel príncipe se estaba convirtiendo en una criatura grotesca y aterradora, con costras de piel de sapo. Y eso era demasiada desgracia para un solo día.

—Te podría decir, mi hermano...

El lenguaje de Anisio resultaba curioso. Ningún otro hombre-sapo hablaría de aquella forma tan pomposa. Bueno, tal vez ningún otro sapo de ningún otro lugar hablaría de ninguna otra manera que no fuera croando.

—¿Quién... quién es el responsable de... esto, Anisio?

—Bruja.

El significado de aquello era tan negativo, que el simple sonido de la palabra lastimaba. Axel Branford escuchó el nombre y sintió un puntazo, como si un puñal le perforara el pecho. En definitiva, *madame* Viotti tendría muchas dificultades para

explicarle que no todas las brujas eran malas, más aún si intentara semejante hazaña justo en ese instante.

—¿Y... qué debemos hacer? —preguntó Axel con la voz trémula.

—No me preguntes. Ya tengo demasiadas dudas en la mente y es muy difícil para mí vivir en estas condiciones desde hace tanto tiempo... —dijo Anisio con la voz un poco distorsionada, debido a la forma que sus cuerdas vocales tomaban para adaptarse a su nueva y extraña condición—. Por lo menos el tiempo me convenció de no suicidarme; pero tal vez no haya tenido el suficiente para creer que ahora es tu destino, y no el mío, asumir el trono de Arzallum.

—¡No digas tonterías, Anisio! —aquellos ojos, a medio camino entre un grotesco híbrido humano y anfibio, no ocultaban su tristeza—. ¿Acaso ves en mí a un rey?

Dos rugidos de distinta índole interrumpieron el silencio. Eso significaba que Muralla y el enano de los saltos increíbles y la fuerza descomunal se encontraban listos para reanudar el combate de épicas proporciones. El trol se levantó. El enano respiró despacio y fuerte, irguiendo el pecho y el martillo. Sus miradas se cruzaron, ambos con expresiones obstinadas.

Y el trol y el enano embistieron de nuevo el uno contra el otro.

Axel no sabía cómo actuar, consciente de que nada de lo que dijera impediría un estado *berserker* en caso de que se manifestara en ambos lados. Como ya dije, sólo la derrota, fuera del alucinado o del adversario, puede hacer que un loco rabioso deje de atacar como un animal irracional.

Y dije que sólo eso, ¿no?

—¡Basta! ¡No pienso repetirlo otra vez! —bramó Anisio, y su voz, al menos en aquel momento, se pareció mucho a la original, cuando poseía la tesitura proporcional a la de un cuerpo humano. Me gustaría que hubieras estado allí para escucharla, pues soy incapaz de reproducirla y hacer justicia a la forma en que fue proferida. El sonido, la dicción, el tono... todo era una unión perfecta de la presencia del absoluto y de la manifestación de la grandeza. Algunos sapos poseen un saco vocal que llenan de aire cuando desean croar más alto. Tal vez Anisio se encontraba en un proceso similar. ¿Quién puede saberlo? Lo que importa es que, para hacerse una mejor idea, la voz de mando tenía semejante poder que consiguió que el trol y el enano detuvieran su lucha irracional y observaran a aquel que los interrumpía.

Bueno... A partir de ese día se descubrió que no sólo la derrota —o la muerte— del oponente o de sí mismo podían detener un estado rabioso de *berserker*. También una orden casi semidivina era capaz de hacerlo. Obviamente no me refiero a la orden de un clérigo ni de un noble, ni siquiera a la de un segundo príncipe.

Axel Branford miró a su hermano, y sus ojos le mostraron todo lo que había detrás de aquella capa macabra con la cual Bruja había osado vestir a Anisio Branford.

—Sí, mi hermano. Yo veo a un rey...

Pasaron horas. En el mismo momento en que un príncipe, en un lugar distante, comprobaba qué tan malas podían llegar a ser las brujas, un rey descubría que eso no era una regla general. Había escuchado un discurso sobre magas blancas y magas negras, sobre energías positivas y negativas, y sobre el libre albedrío otorgado por el semidiós Creador —o la semidiosa Creadora— para que las personas tomaran sus decisiones y actuaran de acuerdo con ellas.

La verdad sea dicha, el rey entendió lo que dijo la señora. No era la primera vez que escuchaba tal discurso, pero sí fue la primera en que le pareció coherente, al grado de que habría estado dispuesto a soltarla y darle la razón a aquella mujer, en caso de que su salud mental, la cual no gozaba de las mejores condiciones, se lo hubiera permitido. Soltar a esa mujer habría sido lo mismo que emitir un pergamino donde admitiera que no había capturado a su bruja y, mucho peor, que había cometido una serie de asesinatos contra gente inocente en su afán de liberar al mundo de un gran mal.

—Señores, alimenten a la prisionera y déjenla descansar. Ahora necesito pensar en muchas cosas —dijo el rey, mientras se levantaba confundido.

Los soldados obedecieron la orden y abandonaron el cuarto. *Madame Viotti* se quedó observando a aquel hombre con piel de realeza salir de la sala sin decir nada. Por dentro estaba feliz de haberlo llevado a analizar, o cuando menos a repensar sus conceptos, aunque fuera demasiado tarde. Cumplió con lo que la Creadora le había ordenado y aseguró su estada en el reino de las hadas de Mantaquim. No le preocupaba ya si la muerte llegaría o no; sabía que su vida, en ese caso, apenas comenzaría.

Sala cerrada. Semioscuridad. Primo Branford parecía encontrarse en el peor momento de su existencia. La vida siempre había sido para él motivo de orgullo, certeza y

aciertos, y ahora se preguntaba si no habría sido el más estúpido de toda Nueva Éter y si no habría causado, sin saber, tantas muertes inocentes como las de brujas o hadas caídas o magas negras, o como sea que se llamaran las practicantes de magias oscuras.

Estaba solo, y es un hecho que únicamente en esa situación las personas recapacitan y asumen sus propios errores. Ningún soldado habría estado tan loco para entrar en aquella sala, pues las órdenes para ello no habían sido difundidas por los corredores. Sentado con los pies sobre la mesa, mirando hacia la nada, el rey dejó que su mente divagara, mientras recordaba ciertos momentos y los reevaluaba, con una óptica conducente a la posibilidad de que, tal vez, sólo tal vez, aquella bruja prisionera tuviera razón.

Una joven de no más de diecisiete años, virgen y, según sus padres, muy delicada, se encontraba atada a un tronco en la plaza central. «Objetos demoniacos» habían sido hallados en su morada.

—Por favor... —clamaba, llorando y gritando, mientras los hombres colocaban antorchas a su alrededor—. Tengo un hermano. Nunca... ¡Nunca le hice mal a nadie!

—¿Renuncias a Bruja en nombre del Creador? —había preguntado Primo, más joven y sano que en aquel momento.

A su lado estaban los clérigos y los sacerdotes de Quimera.

—Yo... Yo nunca renegué...

—Que su alma sea purificada de sus pecados... —dijo el sacerdote.

Y el cuerpo de la niña ardió entre gritos de angustia que herían el alma y congelaban el corazón.

Había una señora con una de sus dos hijas al lado.

La señora debía tener unos cuarenta años. La hija, la mitad de eso. Ambas con la cuerda alrededor del cuello, de pie sobre bancos de madera, mientras un verdugo encapuchado y lleno de entusiasmo esperaba la orden de patearlos.

—Por favor... Se los imploro... Al menos mis hijas... Por el amor del Creador... ¡Mi hija no...!

—Una bruja no tiene derecho a invocar el amor del Creador en esta situación —dijo Primo—, y este tribunal de cazadores no reconoce a madres o hijas en sus juicios o en sus castigos.

—Por favor... ¡Mi hija...!

—¡Y el castigo por brujería es la muerte!

El verdugo pateó el banco de madera que sostenía a aquella muchacha de no más de veinte años. El cuerpo cayó, agonizante, con la tráquea comprimida por la cuerda.

Sus ojos se pusieron en blanco, su rostro, rojo; el cuerpo se sacudió. Y el cuello se rompió.

Vino entonces el silencio de la muerte.

El verdugo todavía se tardó en patear el banco de madera de la madre, sólo para alargar su sufrimiento por la hija. Y entonces la madre experimentó lo mismo que la hija, pues llegó el turno de que el encapuchado cumpliera con ella su obligación.

Un hombre acusado de haber secuestrado y sacrificado a una niña de diez años en un ritual de magia negra se encontraba ya bajo la estructura de madera, donde una cuchilla muy bien afilada descendería sobre su cuello y haría un corte de precisión matemática para separar la cabeza del cuerpo sin fallar. El hombre se veía asustado, mientras que las personas lo insultaban, le escupían y le hacían señas de lo más obscenas.

—Por la práctica de la magia negra, y por traer el mal a este mundo, el castigo decidido por este tribunal es la muerte —fue la sentencia de Primo, junto con los clérigos y los sacerdotes.

—Que su alma sea purificada de sus pecados... —repitió el sacerdote.

Y la cuchilla descendió, ligera, afilada, con su eficacia comprobada, y separó la cabeza del hombre con la facilidad de una lámina caliente que rebana la manteca. Ese día era el cumpleaños de aquel hombre, pero nadie lo supo jamás, menos aún porque era un vagabundo, sin esperanzas de una vida mejor, destruido por el vicio del alcohol, que nunca logró abandonar. Nadie tomó en cuenta que era mudo, imposibilitado para defenderse de las acusaciones en su contra.

El hecho de haber sido encontrado por los soldados junto al cuerpo de la niña después del toque de queda jamás había sido sometido a la posibilidad de que se tratara de una coincidencia. Alguien que estaba en el lugar equivocado a la hora equivocada.

Nadie había propuesto esa hipótesis.

No había tiempo para eso.

Madre e hija fueron encontradas muertas en una casa humilde. Los cuerpos se hallaban en estado deplorable, y las marcas de otras manos mostraban que habían sido ahorcadas tras un violento ataque que las privó de cualquier derecho a defenderse. Nadie escuchó sus gritos, aunque la casa se ubicaba en el centro de un área de comercio, cercana a los muelles de Andeanne. Nadie investigó jamás el caso ni recibió la orden de hacerlo, pues en el cuarto de la mujer se había encontrado un altar con cuernos, y eso era un crimen suficiente para que nadie sintiese lástima por el destino de las dos. Nadie consideró siquiera el testimonio de un mendigo, que no era

mudo y afirmó que los asesinos habían sido soldados uniformados del Rey, en franco abuso de la autoridad otorgada a su uniforme.

Por eso a nadie le importó tampoco cuando los soldados perforaron el vientre de otra mujer embarazada, atrapada en flagrancia bajo la Luna llena rezándole a la Creadora para que guiara los pasos de su hijo y este se convirtiera en una persona que hiciera la diferencia en el mundo.

Era una bruja más. Y la brujería se castigaba con la muerte.

Tampoco importó que un grupo de trece personas fuese encerrado en el depósito donde acostumbraba reunirse con frecuencia, al menos antes de que alguien los denunciara por organizar allí sus aquelarres. Mucho menos cuando se le prendió fuego al depósito con sus moradores adentro, sin que nadie jamás se tomara la molestia de comprobar la verdad: aquello que calificaron como un aquelarre en realidad era una junta de plebeyos que después del trabajo aprendían a leer guiados por el más instruido del grupo.

No había tiempo ni forma de perderlo investigando si era verdad o no que un padre de familia había matado a golpes a su propia mujer al descubrir que realizaba prácticas de brujería. No importaba que él ya la viniera maltratando y golpeando desde mucho tiempo atrás, ni que también lo hiciera con sus hijos, de doce y ocho años. A los vecinos les daba igual hace mucho que escuchaban huesos rompiéndose, entre llantos y gritos de desesperación de las criaturas y la madre. A él le bastó con declarar bajo juramento al Creador que ella practicaba la brujería y que aquello había sido inevitable.

La brujería se castigaba con la muerte.

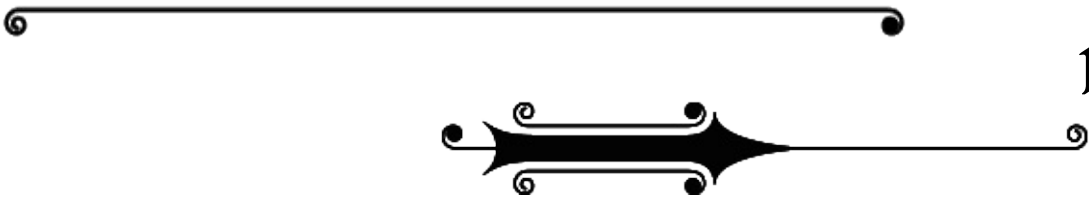
Primo Branford permanecía en silencio, aunque los pensamientos le gritaran en el interior de su cabeza. No albergaba dudas de que había mandado hacia el reino de Aramis a gente de la peor ralea, la cual se metía con la magia prohibida y avergonzaba y asustaba a los seres humanos de bien. No las tenía ni debía tenerlas, pues esa era la pura verdad y de eso merecía todo el crédito.

Pero ahora se preguntaba: ¿cuántos inocentes no habrían pagado por su Cacería de Brujas? ¿Y si las madres que imploraban y juraban en realidad eran inocentes? Y los niños... ¡Por los semidioses...! Que el Creador lo perdonara si todo aquello había sido su error. ¿Cuántos crímenes sin investigar, cuántos soldados indignos del uniforme y cuánto abuso de poder sin remordimiento alguno, apenas justificado por la ceguera provocada por la guerra entre los guerreros?

El rey Primo Branford entendió que toda guerra se combatía a ciegas, al menos por parte de uno de los bandos.

Y tuvo la nítida sensación de que se despeñaba desde su nuevo intento de subir, en una súbita caída libre que lo llevaba directamente al fondo de un maldito pozo sin

fin.



—¿Tú eres uno de los Maestres Enanos, ¿no es verdad? —preguntó el príncipe primero Anisio Branford, el de la macabra piel reseca, plagada de escamas, agujeros, verrugas y carne muerta.

El enano hincó en el suelo su martillo de guerra y se apoyó en el mango. Antes de responder, observó al trol ceniciento, que estaba muy apartado de él, y aún así tuvo que combatir con fuerza el impulso para no volver al combate aunque le faltara al respeto a un futuro Rey.

—Sí, lo soy, si quieres saberlo —respondió el enano de larga barba, voz ronca y maneras truculentas—. Dice la leyenda, y quien la cuenta es el pueblo, que existe una montaña para cada enano. Para que uno nazca, otro debe morir, pues ese número siempre es perfecto. Si la leyenda es verdadera o no, eso no se sabe. Pero en esta región existen Siete Montañas. ¡Y son siete sus Maestres Enanos!

—Espera, ¿quieres decir que tú eres en verdad un... Maestre Enano? —se extrañó el príncipe Axel—. ¿Como lo cuentan los bardos que Anisio y yo escuchábamos desde pequeños en el Gran Palacio? ¿Los siete que protegen las siete virtudes y los siete pecados contrarios?

—¡Antes de que supieras qué significa «ser pequeño», mi raza ya andaba por estas tierras y defendía estas montañas! —el enano hablaba con el mal humor de quien sólo toleraba la situación porque sabía que se encontraba ante dos príncipes de su reino—. ¡Al menos antes de saber que ustedes hacen alianzas con troles cenicientos!

Muralla se aproximó para satisfacer sus instintos, y el Maestre Enano habría deseado que lo hiciera un poco más, pero Axel le impidió hacer cualquier cosa y le ordenó apartarse hasta quedar fuera de la vista. Mal sabía el príncipe que una raza era capaz de olfatear a la otra a kilómetros, y que se sentían inmensamente mal tan sólo de estar juntas en una misma área.

—¿Cómo debo llamarte, Maestre Enano? —preguntó Anisio.

—Tienes razón cuando te refieres a los pecados y las virtudes que guardamos. Yo soy el Maestre Enano Ira, y exijo que no te olvides de eso. También permito que me llamen por el apodo de *Irritado*, como me nombraron antiguos aliados humanos, aunque me parezca que existe en ese nombre un aire desdeñoso que no alcanzo a percibir del todo.

—¿Qué es eso? Nunca escuché un nombre más perfecto que el de Maestre Irritado para alguien tan positivo... —dijo Axel.

—¡Cállate, Axel! Esto es serio —sólo Anisio, y como máximo su padre, Primo Branford, habría osado hablar así al príncipe—. ¿Puedes decirme cómo llegaste hasta aquí, Maestre Ira?

—Por el olor. Oí decir que habías sido maldecido por Bruja, y si ella ya no está aquí es sólo porque yo y mis hermanos nos instalamos en este bosque.

—¿Qué olor percibiste? —preguntó Axel—. ¿El de Anisio en forma de sapo?

—¡No, el de tu maldito trol ceniciento, a quien de aquí a poco le quitaré la vida!

—¡Nadie le quitará la vida a nadie! —bramó Anisio—. Pero dime, Maestre Enano, ¿qué dices respecto de Bruja? ¿Acaso tú y tus hermanos se le enfrentaron?

—¡Uf! ¡Mucho más que eso, Rey-sapo! ¡Nosotros la matamos!

Axel miró a los ojos a su hermano, o a lo que quedaba de él, y sintió que aquello que quedaba de Anisio le devolvía la mirada. Ambos estaban sorprendidos. Mucho.

—¿Me estás diciendo que tú y... los otros Maestres Enanos... mataron a Bruja? —preguntó Axel.

—¡No sabía que los príncipes tenían problemas de sordera! ¿Cuántas veces quieres que lo repita? Sí, nosotros la matamos, por lo visto muy poco después de que ella pasó por este lugar y maldijo al príncipe. ¡Maldita Bruja de Aramis!

—Por favor, Maestre Enano, perdona mi insistencia, pero no entiendo. ¿Cómo Bruja...? ¿Y cómo fue que la mataron...? Y...

—Humanos... (o al menos lo más cercano a ellos...) —suspiró Maestre Irritado—. Escucha, los seres más viejos que el tiempo, como Bruja, consiguen de vez en cuando disminuir sus vibraciones etéreas hasta que ocupan de nueva cuenta los cuerpos de humanoides tontos, si es que sus mentes limitadas son capaces de entenderme. —Anisio permitía que Maestre Irritado les reclamara y los insultara como quisiera. Primero, porque atrapado en aquella forma humanoide y macabra no podía exigir mucho respeto, y segundo, porque siempre que él explicara lo que estaba allí para explicar, el resto se volvía irrelevante—. Sin embargo, aquella maldita equivocó feamente la elección del lugar para materializarse en esta tierra, pues vino a parar a las Siete Montañas y nosotros sentimos su presencia en nuestro hábitat. No sólo nos enfrentamos juntos contra ella, sino también contra algunas de sus extrañas compañías traídas desde Aramis, hasta que despedazamos su cráneo y la mandamos de vuelta a su siniestra morada. ¡No necesitan hacer esa cara de sorpresa, señores!

Sólo entiendan que nada, nada es más poderoso que el ejército reunido de los Siete Maestres Enanos, créanlo...

—¿Entonces quieres decir que acabaron con la bruja de una vez por todas? — insistió Axel.

—Deberías seguir el consejo del príncipe-sapo y callarte mientras tengas la oportunidad —por lo visto, no eran sólo Anisio y Primo los que se atrevían a hablar de aquella forma con un príncipe, Axel se quedó tan impactado, que no supo responder—. Y es obvio que no acabamos con su existencia. ¡Sólo retrasamos su proceso de retorno! Cuando digo que destruimos a Bruja, me refiero a uno de sus avatares. Y un avatar sólo es un representante de quien lo envía, así como lo hace el Creador con las patéticas hadas...

—¡Oh, ahora entiendo! —dijo Anisio—. Entonces Bruja es capaz de enviar avatares. Pensé que sólo los semidioses eran capaces de hacer algo así.

—Al menos un príncipe razona más que el otro. Suerte que su raza será liderada por el sapo y no por el humano...

—Escucha, chaparrito...

—¡Axel, deja de actuar como un niño! —dijo el mayor.

—¡Mira, Anisio, si quieres ponerte del lado de este chaparrito imprudente y malcriado, me parece bien, pero insisto en que debemos volver a Andreanne lo más rápido posible! Arzallum se halla en estado de sitio, y sé que algo malo ocurrirá allá.

—¿Arzallum está en estado de sitio? —se espantó Anisio—. ¿Desde cuándo?

—Desde anteayer. Y la razón aún no está del todo clara. En serio, Anisio, debemos volver...

—Sea cual fuere el peligro que asuela a nuestro reino, creo que no seré de utilidad, al menos no bajo esta forma. —Anisio disminuyó el tono de su voz—. Además, nos tomará muchos días regresar.

—¡Uf! Tal vez no... —refunfuñó Maestre Irritado.

Ambos príncipes le prestaron la máxima atención.

—Si vienen conmigo (¡y si no quieren, púdranse!), los llevaré a la aldea más próxima, que hace años recibió como habitante a un viejo indio mohicano.

—¿Mohicano? ¡Pero estamos muy lejos de las tierras de los indios! —dijo Axel.

—¿Me lo juras? ¿Y tú solo te diste cuenta? —Axel pensó en cuánto daría por treinta segundos, sólo treinta segundos con aquel maldito enano irrespetuoso en un cuadrilátero de pugilismo, sin aquel martillo—. El hecho es que ese indio ha probado ser capaz de hechos extraordinarios, y tal vez, bueno, tal vez él pueda ayudarlos. Nada más no le pregunten de dónde vino, o creerán que se trata de un loco y no le darán crédito alguno. Bueno, tal vez esté loco, ¿quién puede saberlo?

—¿En serio? ¿Y qué responde cuando le preguntan sobre su lugar de origen? —preguntó Axel.

—«La primera a la derecha, siempre de frente, hasta el amanecer...».

—¡Oh, por el amor del Creador! No vamos a perder tiempo hablando con un loco así, ¿no es cierto, Anisio? ¿No...?»

—Ahora partan y espérenme un momento, mientras aplasto la cara de ese trol que trajeron con ustedes —dijo Maestre Irritado, mientras levantaba y hacía girar su gigantesco martillo.

—Entiendo tu odio racial y los motivos por los cuales hace tiempo los enanos guerrearon contra los trols, Maestre Ira —dijo el príncipe Anisio—. Pero sé que la mayor guerra de tu raza no se libra contra los trols cenicientos, sino con los trols salvajes, y por eso te pido que reconsideres tu posición.

—No intentes convencerme de que existen trols de buena índole —dijo el Maestre Enano.

—¡Crear en lo opuesto sería como decir que todo enano es malhumorado! —dijo Axel, con lo que hizo rezongar al enano, como siempre.

—Hagamos lo siguiente —propuso Anisio—: considera esa tolerancia forzada como una petición real. Quedaré en deuda contigo y con los otros Maestres Enanos, y les deberé un favor por el resto de mi vida, que estarás en posición de cobrarme en caso de que un día lo necesites. ¿Qué piensas?

—¡Uf! Lo haré tomando en consideración que un día serás Rey, si es que vives lo suficiente para ello... Pero te digo: mantén a ese bicho apartado de mí. No sé si valga tanto el favor de un Rey.

Y el enano salió, irritado, como parecía ser su estado natural, mientras Axel sonreía ante su malhumor. Muralla recibió órdenes de mantenerse a la máxima distancia del enano mientras tiraba de *Pacato*. Anisio, con su aspecto siniestro, iría atrás del mamut, con un andar cojo nada definido, pues la mayoría de las veces se movía a saltitos, aunque estos recordaran su antigua forma bípeda. Se mantenía en cuclillas, levantándose a veces, sin decidirse a andar a pie; ya no sabía si se trataba de un ser humano o de un anfibio. Su piel se veía cada vez más reseca, y de no haber sido hidratada en poco tiempo, podría morir a causa de ello. Para darse una idea, aquel nuevo y extraño organismo había absorbido el agua de su propia orina, directo de la vejiga, para cubrir aquella necesidad. Aún respiraba por los pulmones, o eso parecía, pero era como si también comenzara a absorber oxígeno por los poros.

Sin embargo, lo que más le dolía eran los oídos. Al final de cuentas, los humanos tienen el tímpano dentro de las orejas mientras que los sapos lo tienen, por fuera. De vez en cuando Anisio sentía que sus tímpanos se desplazaban. Y eso dolía.

Odiaba que su hermano lo viera de ese modo, en tal condición, pues lo consideraba peor que encontrarse en ella. En este punto es fácil entenderlo: se encontraba muy lejos del Rey en el que, imaginaba, algún día se convertiría, aunque sin saberlo ese mismo sufrimiento lo estaba purificando para hacer de él un buen

monarca.

Sólo esperaba estar equivocado respecto de aquella maldita sensación que le decía que ese día no tardaría en llegar.

En esa noche Primo Branford no volvió al Gran Palacio al encuentro de la reina Tera para disfrutar al menos de una noche de descanso tras aquel día, el más largo de su vida. En realidad, ni siquiera dejó la jaula donde estaba su prisionera, aquella bruja que había sacudido su mente.

De hecho, volvió a la sala, esta vez desarmado y sin soldados que lo acompañaran. No le importaría estar equivocado y ser fulminado por un rayo enviado por *madame* Viotti desde los cielos. Eso sería incluso una dádiva. En un punto, cuando menos, el Rey se encontraba en sintonía con la bruja: él también le había perdido el miedo a la muerte.

—¡... Juro que no entiendo, Viotti! —el hecho de no llamar «bruja» a la mujer ya mostraba un cambio—. ¿Cómo se reorganizaron estas escuelas secretas, si estoy seguro de que destruí a sus líderes? Una vez encontré un cuaderno con sus nombres... Un libro de tapas negras. Cacé cada nombre, uno por uno...

—Esas escuelas no regresaron hace mucho tiempo, rey Branford —dijo *madame* Viotti—. El propio aquelarre que las organizó apenas consiguió en fechas recientes un espacio para retomar sus actividades. En ese punto, su majestad y sus soldados siempre fueron muy eficaces.

—¿Entonces cómo...? ¿Cómo esos grupos...?

—De vez en cuando, Bruja puede enviar avatares a este mundo. Los más poderosos pueden sentir esas presencias y eliminarlas, pero el tiempo en que esas monstruosidades se quedan en esta tierra puede resultar suficiente para que resurjan poco a poco esas escuelas.

—Aun así, ¿por qué no escuché relatos? —se desesperó el rey—. Pasé años creyendo que este reino estaba en la más absoluta paz y que la Cacería de Brujas había acabado con sus problemas.

—Bueno, ocurrieron dos incidentes, mi rey. Uno de ellos involucró a la niña Narin y a su abuela, devorada por un lobo marcado. El otro, los hermanos del famoso

caso de la macabra Casa de los Dulces. Ambas historias se convirtieron en cuentos de bardos y denunciaron que las energías pesadas se transmutaban poco a poco. Su majestad debe admitir que no se le dio mucha importancia a ninguno de esos casos y que incluso se intentó acallarlos con rapidez.

—Yo... en realidad no les di mucha importancia. Me preocupé por acallarlos, porque había pasado tanto tiempo desde la Cacería de Brujas, y...

—Sí, lo recuerdo. La niña Ariane vio cómo su abuela era devorada por el lobo diez años después del fin de aquella era negra.

—No consideré el caso de la niña del bosque como brujería, sino una fatalidad que involucró a un lobo salvaje —dijo el rey, que parecía sentir lástima de sí mismo—. En cuanto a aquella siniestra casa, eso sí me preocupó. Ocurrió hace seis años. Lo recuerdo como si fuera hoy.

—Exacto, mi rey. Y fue justo a partir del caso Hanson que mi aquelarre se reorganizó. Por eso creo que las escuelas de magia negra también deben haberlo hecho.

—¿Qué quieres decir, Viotti? Por la forma en que hablas, tengo la impresión de que había buenos vientos para que tal cosa ocurriera.

—Lo que quiero decir, rey Branford, es que de nuevo, pensando en hacer lo mejor, sus decisiones le proporcionaron una buena forma a las brujas para manifestarse.

—¿Pero cómo? ¿Cómo fue posible eso? Recuerdo bien que quise extinguir el caso para que no causara un pánico mayor entre la población y...

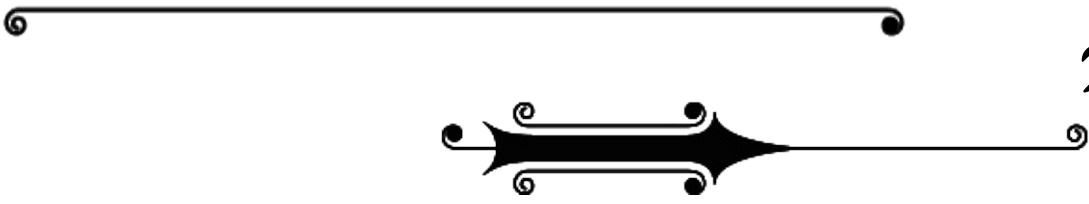
—Y su majestad consiguió acallar el caso —*madame* Viotti penetró en el fondo de los ojos del rey, durante un momento que ninguno de los dos olvidaría jamás—. Incluso desvió y atrajo toda la atención del pueblo. Y lo hizo olvidarse de las brujas, claro, pero con eso también creó la oportunidad perfecta para que ellas se volvieran a manifestar. Fueran magas blancas... o magas negras.

—Estás sugiriendo que una decisión mía proporcionó...

Y Primo dejó de hablar. Miró a la nada. Abrió los ojos. Lentamente, como si no creyera en lo que pensaba y todo comenzara a tener sentido, hundió el rostro entre sus manos. Ahora estaba claro para él el significado de lo que aquella señora, a punto de ser ejecutada en la plaza pública al día siguiente, le quería decir.

El problema cobró forma para él. ¿Por qué, semidioses, por qué había tenido la idea de huir en vez de afrontarlo? ¿Por qué había querido maquillar la realidad? ¿Y por qué no había evaluado los pros y las contras de su decisión? Todo podría haber sido eliminado e impedido desde el inicio si no hubiera actuado de esa forma. Sí, él había proporcionado la oportunidad perfecta para que el razonamiento explicado por aquella señora fuera puesto en práctica. Él había desviado la atención del pueblo, y la suya propia, durante el tiempo suficiente para que todo aquello sucediera.

Todo se debía a sus mayores acciones y, al mismo tiempo, a su mayor falla.
La reconstrucción de la Majestad.



Llegó la madrugada, aunque dormir era algo que estaba muy lejos de los planes de aquellos príncipes. Los que podían caminar lo hicieron tres o cuatro kilómetros más, hasta que llegaron a la aldea indicada por uno de los legendarios Siete Maestres Enanos.

«Y, por lo visto, entre siete opciones tuvimos la suerte de caer en la peor de ellas», meditó Axel, sin atreverse a revelar en el más bajo de los tonos tal pensamiento, temeroso de avivar aquella chispa explosiva. En aquel momento estaban en una simple cabaña de madera fina, paja y ramas. La aldea en que se encontraban era tan sencilla como pequeña, y la mayoría de las personas dormía, aunque las pisadas de un mamut de guerra adolescente de seguro las tendría que haber levantado. Por cierto, Muralla estaba afuera, cuidando de *Pacato*. Los príncipes no estarían tan locos para meter al trol ceniciento en una pequeña cabaña tan cerca del Maestre Enano.

El viejo indio mohicano tenía los cabellos grisáceos, largos y recogidos en una cola de caballo. Varias evidencias de su edad le contorneaban la cara arrugada. Su cuerpo era enjuto, y su expresión, grave. No hablaba en la lengua altiva, la más popular del continente de Ocaso, ni tampoco en la lengua estirpe, el idioma del Naciente. Usaba un dialecto que sólo el Maestre Irritado entendía y también empleaba.

El Maestre Enano le explicó al indio sabio, pues estaba lejos de ser loco, el dilema y la situación de aquellos príncipes, incluido el motivo de que sólo uno de ellos estuviera bajo una piel del todo humana. El viejo mohicano hizo algunos gestos mientras hablaba en su propio dialecto y el Maestre Enano le sirvió de intérprete:

—¡Anden! Él quiere que se sienten —dijo Maestre Irritado, con su gentileza característica.

Anisio lo hizo, en su forma cada vez más jorobada, coja y deforme. Axel se sentó a su lado, de piernas cruzadas.

—Espero que no sea tan difícil como pienso explicar eso a los humanos, pero haré un esfuerzo e intentaré adivinar un poco más de lo que ustedes adivinan —decía Maestre Irritado—. El lenguaje de los indios mohicanos más sabios, como Dulan, es el erdim, y ustedes jamás lo comprenderán en tanto mantengan los mismos conceptos de sus mentes limitadas.

»No piensen, por lo tanto, que se trata de un lenguaje en el que las palabras se unen en armonía para formar frases, como ocurre con el estirpe o incluso con el altivo. En este tipo de lenguaje las palabras tienen vibraciones, las cuales definen los significados. Es un lenguaje etérico basado en intenciones. Deben abrir las mentes para recibir la vibración de cada palabra, de modo que esta adquiera un significado comprensible, si es que su conciencia tiene semejante capacidad. Probablemente escucharán la misma frase en formas distintas, y sus cerebros la recibirán en forma diferente, aunque su sentido sea único. En lo particular, dudo que los humanos sean capaces de comprenderlo, pero que así sea.

»La cuestión es: no piensen en una palabra por separado. Piensen en el todo: sientan lo que representa la frase y conseguirán responder automáticamente, si así lo hacen. Pero no se preocupen si no lo consiguen, pues ya emití mi opinión al respecto.

Pasó mucho tiempo.

Aunque se tardaron, los príncipes consiguieron abrir sus mentes y comprender, cada cual a su manera. Se invirtió mucha energía en evasiones innecesarias, pues había que darle la vuelta a una fortaleza mental construida con base en conceptos preestablecidos que debían ser ignorados. Con mucho trabajo, y tras muchos intentos y mucha fuerza de voluntad —y cuán grande era la voluntad de cada uno de acertar—, al final comprendieron y vieron, poco a poco, lo que Maestre Ira había querido decir. Abrir la mente no era una cuestión de reino ni de experiencia de vida. Era apenas una elección.

Y eso también constituía la fe.

Como hicieron exactamente lo que se les dijo, ni siquiera pensaron en el asunto. En realidad, la explicación más lógica que obtuvieron era que no necesariamente tenían que ordenar a sus mentes que se abrieran, pues carecían de una clave mental para eso. Lo que deseaban, y así se lo ordenaron a las mismas, fue que no se cerraran, y pues una puerta sin cerradura, señores, puede ser abierta por cualquier llave.

La lengua erdim era rica en expresiones de vocales tónicas, que recordaba mucho a un dialecto de pueblos antiguos y de cultura fuerte. Sin embargo, si la escucharas sin pretensión alguna, sin ánimos de prejuzgar lo que la persona quiere decir, palabra por palabra, pero sí de manera intensa y completa, el sentido que adquiriría era único; al menos único en la comprensión de la realidad de cada uno. De modo que todo lo que el Maestre Irritado había dicho se hizo presente.

Pronto, el príncipe-humano y el príncipe-sapo dialogaban en una lengua que

nunca antes habían escuchado, pero que parecían comprender desde su nacimiento. No me cabe juzgar si aquello era demasiado fantástico, incluso para los cuentos de los bardos, y ni ellos se arriesgarían a decirlo, pero todo lo que venía aconteciendo en fechas recientes era tan inusitado, que ellos comprendían cada vez más que lo fantástico es un elemento presente en las reglas del éter, así como son, por ejemplo, el acaso y la suerte.

—Concentrados, señores —dijo el viejo mohicano, mientras encendía una cachimba—. Siempre.

—Señor, espero que hayas comprendido mi drama, y todo lo que pido es que me digas cómo regresar a la piel de hombre, pues en esta forma en que me encuentro resulto inútil —dijo Anisio en lengua erdim, ya sin la preocupación ni la necesidad de entender cómo lo hacía. Comenzó a aceptarlo y a darle importancia sólo al hecho de que lo conseguía, y todo lo demás se acomodaba en su lugar.

—Para retornar a la piel de humano y retirarte de la piel de animal, al menos en el estadio en que veo que te encuentras, se necesita una fuerza manifestada por la voluntad e ilimitada por la fe —sentenció el viejo mohicano—. Nada más que eso.

El príncipe-sapo no respondió.

Eso demostraba sabiduría, pues el ignorante se habría confundido con la respuesta y hubiera hecho otras preguntas idiotas, interrumpidas por diversos «¿Eh?» o «¿Qué quisiste decir con eso?». Con la experiencia de un príncipe que un día se convertiría en rey, Anisio no se lamentó ni se quejó; sabía que si lo hacía de nada le serviría en su situación y mejor se concentró en entender y descubrir el significado de la frase. En realidad, su lamento es que parecía haberlo entendido ya.

—Señor —dijo Axel cuando Anisio guardó silencio—, me temo que Arzallum está pasando por un momento crucial para todo el reino, y debemos llegar a Andreanne, al otro lado del este, en mucho menos tiempo del que nos tomará. Tal vez sería demasiado tarde si tuviéramos tiempo para eso. Y, bien, escuché historias que tal vez exageraban los hechos sobre las posibilidades de los sabios ancianos mohicanos, pero aun así quiero creer que al menos la mitad de ellos es posible. En realidad, necesito creerlo...

—¿Y qué piensas que es posible hacer con esa mitad? —preguntó el mohicano.

—Viajé hasta aquí en un unicornio, capaz de generar a su alrededor un campo que... transfería a las personas e incluso a un gran animal kilómetros adelante —esa era la explicación más detallada que el príncipe logró expresar. El mohicano pareció sorprendido y curioso—. Y tengo la seguridad de que los mohicanos son conocidos por admirar a los animales, incluso a los más fantásticos, para aprender de ellos, y corrígeme si estoy equivocado. Por eso...

Axel se sintió limitado para pedir lo que deseaba, pues no sabía si parecía un idiota con sus explicaciones ni si sabía explicarlo. Esa sensación de duda generó una

dificultad de entendimiento entre el emisor y el receptor, y por eso la comunicación se volvía impracticable en lenguaje erdim, como habría ocurrido en cualquier otro idioma.

—Se refiere a la «transferencia de éter», Dulan —dijo Maestre Irritado, que escuchaba todo en silencio desde un rincón. Por él, habría salido de la tienda, pero quedarse afuera con aquel trol ceniciento no era una buena opción dadas las circunstancias. ¿Cuánto valía el favor de un futuro Rey?—. Creo que nunca intentaste recorrer semejante distancia, pero también creo que tal vez... Tal vez...

Para Axel, Maestre Irritado no parecía tan refunfuñón al hablar con el viejo indio Dulan. Quizá fuera a causa de la lengua que hablaban, construida sobre bloques de intenciones, pero quizá fuera por el gran respeto que alimentaba por aquel anciano sabio. El hecho es que percibió que tal vez, cuando menos tal vez, fuera verdadera la noción de que cada Maestre Enano cargaba, además del pecado, la virtud contraria. Tal vez, además de la ira hubiera en aquel ser algún carácter de paciencia.

—Se gastaría mucha energía —la frase del mohicano le provocó escalofríos a Axel. Él no tenía idea de dónde había sacado Maestre Irritado el término «transferencia de éter», pero si eso era lo mismo que el unicornio era capaz de hacer, y si producía en aquel viejo indio un efecto de ese tamaño, entonces nada más le importaba—. Me debilitaría tal vez una semana entera. Y padecería hasta el último día.

—Tengo una idea, y espero que estos seres humanos no sean tan tontos para rechazarla —refunfuñó el enano—. Un mamut adolescente, según puedo ver por su tamaño, acompañó a esta comitiva, si puedo llamarla así, hasta las Siete Montañas. El animal te serviría muy bien como buena fuente de alimentación, pues la carne de esa criatura es grasosa y nutritiva. Te repondrías en muy poco tiempo...

—Hay sabiduría en lo que dices, Maestre Ira —respondió Dulan—. Lo haría bajo esos términos, y sólo bajo esos términos, porque todo en la vida es un intercambio, y pienso que este sería justo.

—Listo —dijo el enano—, por desgracia, ahora debo lavarme las manos y dejar todo a su cargo, príncipes, lo que tal vez signifique el fin de Arzallum, si en verdad estamos en malos tiempos.

Axel y Anisio se miraron. Por la reacción del primero, la decisión sería de Anisio, pues a pesar de su macabra piel leprosa, el hermano lo veía como una autoridad mayor que la suya. Anisio analizó de nuevo la propuesta. La vida de un animal a cambio de la de muchas personas. No parecía una decisión difícil. El único reparo era el hecho de que Anisio veía aquello como el sacrificio de un ser inocente, que se había empeñado mucho para llevar a un trol y a su hermano hasta él. Desde ese punto de vista, animal o no, no le parecía justo al primer príncipe sacrificar a la criatura.

Para resolver semejante conflicto, invocó la memoria de su padre, el Rey

perfecto. Aquel que lo entrenó para ser igualmente perfecto, como lo simbolizaba su nombre. Y entonces el príncipe se preguntó qué habría decidido el Rey en su lugar. Y desde esa perspectiva no le resultó muy difícil tomar la decisión:

—Que así sea.



Gran Palacio.

El Rey al fin había regresado, mas no habló con nadie. Ni con su esposa, la dedicada reina Terra, tuvo la menor de las atenciones. Primo Branford volvió para encerrarse en su biblioteca particular y no ser molestado por nadie. Por eso, de nada servía tocar a su puerta, ya fuera un criado, un noble o su propia esposa. No importaba. Ya nada importaba. El Rey perfecto se sentía el perfecto culpable. Leyó de nuevo la carta materializada ante él, la cual había rasgado en un impulso humano:

Pagarás, Primo Branford.

Por tus crímenes, pagarás.

La culpa de todo fracaso está en tus actos, y tus descendientes cargarán con eso.

Estás marcado, rey.

Lo juro.

El asombro de haber condenado muchas vidas inocentes volvió a atormentarlo. Peor que eso era el tormento al que él mismo se sometía. En su entendimiento, había fallado, ya fuera por haber errado, vencido por la ignorancia, o dominado por el poder que otorga el poder. Había llegado adonde estaba gracias a su eficacia para cazar brujas, y ahora sufría por la tortura de descubrir que el hombre lleva a sus propias brujas dentro de sí, mucho más difíciles de cazar, pues no se puede ordenar que las maten por ignorancia. Había permanecido ciego a causa de la guerra, y como bien pregonaba, una guerra nacía a ciegas, al menos por parte de uno de los bandos.

Se sentía débil, viejo, inútil, ridículo. Reflexionaba sobre la fragilidad humana y acerca de cómo parecía que era ilógico imaginar a un humano perfecto. Pensaba que la vida humana era muy frágil, y que una vez recorrida y terminada no había vuelta

atrás. Era simple: para morir, bastaba con estar vivo. No había manera de pedir disculpas ni de volver atrás. Muchas familias dormían bien por su causa; muchas jamás volverían a hacerlo por el mismo motivo. Al menos eso estaba tan claro como el hecho de haber perdido la salud mental y equivocado los conceptos del bien y el mal.

Primo Branford se sentía tan aturdido con los acontecimientos, que ni siquiera se asustó, ni se extrañó ni manifestó sorpresa alguna cuando otra carta comenzó a materializarse allí, de nuevo ante él, guiada por la energía vibratoria hasta la mesa de la biblioteca. La caligrafía era como la anterior, y las letras, también en rojo sangre. El contenido habría sido risible en otras épocas, pero en la fase en que se hallaban, tal vez era la única manera de sentirse nuevamente útil, por última vez en su vida, como bien lo pregonaba el final de aquel nuevo mensaje.

Traía una orden. Y la cumpliría. Era más fuerte que él. Más grande que sus deseos. Del tamaño de su culpa. Entonces, que la muerte lo acompañara.

Ya la había visto como arma de guerra.

Ya la había visto como la tristeza de la vida.

Era hora de verla como el alivio del alma.

Axel no estaba en la vivienda. Ni siquiera en la aldea. No pienses que eso no tenía un motivo; en verdad, se hallaba tan apartado de la tienda armada por el viejo mohicano sólo porque ese indio parecía tener los místicos y míticos dominios de las antiguas magias de las leyendas indígenas. Cierto, todavía no parece una buena respuesta para explicar el porqué de una lejanía tan grande y tienes razón en esperar una explicación mejor detallada.

Sucede que, tras decidir ayudar a aquellos dos príncipes en una situación tan importante para el reino, un Maestre Enano refunfuñón resolvió que no dejaría que aquellos dos monarcas «patéticos e incoherentes», para usar un eufemismo, solucionaran solos cualquiera que fuera la vehemente amenaza contra Arzallum, pues temía que de ser así el reino estuviera perdido. Por eso determinó ir con ambos para verificar con sus propios ojos si la presencia de un Maestre Enano no era necesaria.

Cierto, sé que aún no es una buena explicación y que no se ha respondido a nada, pero hacia allá vamos. Presta atención al hecho de que la comitiva no sólo estaba formada por los dos príncipes, sino también por un trol ceniciento. Y los príncipes ya se habían dado cuenta del esfuerzo sobrehumano que ambas razas hacían para no atacarse hasta la muerte. Con base en esa información, y tomando en consideración que el viejo indio mohicano Dulan explicó que la parte más importante de una «transferencia de éter» era la concentración, entonces imagina cuánto debían estar apartados uno del otro.

Ahora sí espero que estés satisfecho con la explicación respecto de las razones del trol para estar lejos, más allá de donde los sentidos naturales del Maestre Enano lo alcanzaran. Pese a sentirse incómodo con la mera existencia de aquel ser, Maestre Irritado lograba relajarse lo suficiente para ser guiado por las palabras en lengua erdim del viejo mohicano y alcanzar así el estado conveniente para la transferencia de la materia, llamada por los sabios «teletransportación», y por los mohicanos «transferencia de éter» —tú puedes llamarla como quieras.

Media hora después Axel Branford y el trol ceniciento Muralla entraron en una tienda vacía, sin un mínimo vestigio de la pareja del enano y el hombre-sapo que debería, o tal vez no, estar allí. En realidad no había vestigios para el humano, tan limitado en sus sentidos, mientras que para el trol ceniciento el olor del viejo Maestre Enano permanecía en el lugar y él podía sentirlo, pero también ignorarlo. Un problema estorbaba allí: Muralla, el trol, no entendía el erdim ni con toda su buena voluntad. Su mente no podía abrirse lo suficiente para comprender que era posible comunicarse en una lengua en que las palabras no necesitaban unirse con armonía para formar una frase, pues cada una tenía una vibración propia y, por consiguiente, un sentido. Si eso ya era algo complicado para una mente humana, imagina entonces para la de un trol.

Al fin y al cabo dio resultado, pues Axel descubrió que, para seres como Muralla, aún era más fácil entender el erdim, porque las mentes limitadas no procuraban buscar artificios para impedir ese entendimiento, como era típico en la mente humana. Muralla no necesitaba abrir ni ordenar a su mente que no se cerrara. Simplemente no ordenaba nada y dejaba que todo sucediera. Quizá no lograría hablar en erdim, pero ese era el menor de los problemas.

Lo importante es que entendía su intención.

—Cierra los ojos —comenzó el indio; el príncipe se encontraba en posición de loto—. Relaja el cuerpo y vacía la mente. En este momento no existen reino ni corona. No existe «yo». No existe «nosotros». No existe nada. Y en este momento tú formas parte de eso.

»Comienza relajando las piernas. Los músculos deben descontraerse. Relaja el abdomen y el tronco. Deja que los hombros se suelten. Inspira, expira y aprovecha al máximo tu respiración. Ahora relaja el cuello. Descontrae la cara. Retira las preocupaciones de tu frente. Ya no posees un cuerpo físico en este momento. Entiende que no estás hecho de esa carne, sino de una energía semidivina.

»Entiende que eres el éter.

»Sólo visualiza el lugar donde quieres estar y mira un portal frente a ti. Ve que tiene tu tamaño y, a través de él, observas el sitio adonde quieres llegar. Tienes la conciencia de que tanto tú como el portal están hechos de éter. Por lo tanto, tú eres él y él es tú. Y si ves al otro lado el lugar donde quieres estar, entonces bastará para que estés allá.

»El portal se encuentra frente a ti. De ti depende atravesarlo.

Axel se dejó guiar e incluso se sorprendió por la facilidad para hacerlo, para abrir la conciencia y sentir en verdad el éter presente en toda composición de la existencia de Nueva Éter. Con todo, lo más impresionante para él resultó la facultad de visualizar lo que le fue pedido. Vio el portal abriéndose, exactamente como en las historias que cuentan los bardos sobre viajeros y hechiceros, y lo atravesó cuando le

fue otorgado el libre albedrío, la ley mediante la cual el semidiós Creador no necesita ir en personal al mundo y resolver sus grandes problemas. No hay interferencia, pues existe libertad de elección para las razas que andan por la faz de la Tierra, o por los cielos, o en el fondo de los océanos. Ser bueno o malo se traduce en una elección de cada ser individual y el camino donde sus actos lo llevarán es muy claro. Por eso el derecho a elegir. Y por eso el bien y el mal en disputa por sus puntos de vista.

Pero cuando Axel Branford terminó de mentalizar esas imágenes, ya no había indio ni tienda ni vacío. Estaba en un camino, en la madrugada oscura, mirando algunos metros al frente a su nueva comitiva. Podía ver a Andreanne algunos kilómetros más adelante, y entendió que era hasta allí donde el mohicano podía llevarlos sin agotarse por completo. O al menos eso creyó.

Estaba satisfecho. Ya no había un mamut de guerra adolescente para llevarlos, puesto que dudaba que alguien lograra explicar al mamut cómo abrir la mente. Tendrían que caminar, pero en la mañana llegarían a la ciudad, y no tenía palabras para describir lo que estaba viviendo. Y así como en el caso del mamut, Axel tampoco veía cómo transferir el erdim a un águila-dragón, por lo que conminó a *Tuhanny* que viajara por los cielos en dirección a Andreanne sin mirar atrás. Sólo le ordenó que alcanzara su velocidad máxima, y con eso se refería a una aceleración muy por encima de lo que cualquier humano imaginaría.

Mientras recordaba y pensaba en su águila-dragón, Axel Branford miró al cielo. Y cuando reconoció los brillantes astros en aquel firmamento, sus pensamientos divagaron y tuvo la certeza de que se hallaba en el camino entre su ciudad y Metropolitán. Digo esto porque el príncipe sonrió y reconoció la estrella que veía de una manera única en aquel ángulo de aquel camino.

Esta le recordaba a María Hanson.

En el cielo de aquella madrugada, la estrella Blake brillaba más intensamente que las demás.

Amaneció.

Era el día de agua, una jornada de intensa actividad comercial, en ese sentido tal vez la más intensa de las cinco. Cuando las ciudades se encuentran en estado de sitio, el comercio genera ganancias muy inferiores a los días normales, pero eso no significa que se trabaje menos que en las fechas cotidianas. Aquel que da sustento a una familia con su propio sudor conoce el valor y el esfuerzo exigidos en un día de trabajo.

Sin embargo, mientras aquellas personas armaban sus puestos o abrían sus negocios en el centro comercial de la ciudad, jamás habrían imaginado que despertaban a un día histórico, de esos que quedarían registrados en los libros y serían estudiados con detalle años después en la Escuela Real del Saber. En aquel momento nadie tenía una noción exacta de lo que en verdad sucedía. Ni podrían saberlo.

El hecho de que Corazón de Cocodrilo hubiera raptado de una sola vez a la princesa Blanca y a la reina Rosalía, antes de que estas partieran hacia el reino de Stallia, entre cualquiera de aquellas personas no pasaría de ser un rumor. Y nadie creería, aunque intentaras convencerlos, que su poderoso Rey dejaba de ser un hombre sano para caminar en los límites de la locura. En verdad me parece que se reirían bastante y te dirían que tú mismo enloqueciste. Y tal vez resultó mejor que comenzaran el día así, pues en esos casos la ignorancia era una bendición.

De haber sabido cuánta sangre se derramaría, no habrían salido de la cama y sólo habrían rezado con el mayor fervor para que su Creador permitiera que todo acabara lo más rápido posible y con el menor número de pérdidas. Para decirlo con la verdad más concreta, si supieran lo que tú ya sabes —al menos uno solo de todos esos problemas—, la noticia habría caído sobre aquel pueblo justo como una manzana envenenada sin sabor.

—¡Primo! ¡Primo...! ¡Déjame entrar! —intentó la reina por tercera vez.

Silencio. Había salido de su cuarto y tocado a la puerta aún cerrada de la

biblioteca, en un esfuerzo por lograr que su marido saliera de aquel estado al borde de la locura y se convirtiera de nuevo en el monarca reverenciado por el pueblo, o volviera a ser aquel plebeyo de fuerte carácter de quien se había enamorado y que renegaba de la existencia de la fantasía.

De nada sirvió. Primo no escuchó sus súplicas ni sus lamentos. Tampoco le importaron sus sentimientos. Al menos en aquel momento. Y ella no lo culpó por eso; sólo lamentó todo lo que ocurría con su familia. Hacía tiempo, desde que Anisio partió para no volver, ella sentía que nada sería como antes. Cuando una parte se separa del todo, el todo es incapaz de luchar como tal. Y desde entonces la reina Terra se sintió fuera de aquel todo. Con pesar, decidió volver a ser una parte separada, pues sentía que algo muy malo estaba por ocurrir y que ella no podría impedirlo.

De ser así, que se tratara de una parte importante, pues el todo merecía existir.

Si hubiera sido capaz de ver a través de las paredes, la reina Terra habría mirado a su esposo, Primo Branford, sentado en la misma posición desde la madrugada anterior. Aún con la carta en la mano, aún con sentimientos de culpa, aún con dudas terribles assolándolo por completo. Aún al borde de la locura, en busca de una razón que lo mantuviera unido a la salud mental. Sin embargo, no lo había conseguido y su estado físico, que denotaba cansancio y fatiga, era la prueba perfecta de aquello. Había releído aquellas líneas del pergamino macabro más veces que el número de libros existente en aquella biblioteca, y lo hizo una vez más.

Al menos deseaba salvar una vida inocente. Es impresionante cómo eso parecía tan importante para él. Creo que puedo afirmar sin equivocarme que ese deseo lo mantenía vivo y que era una barrera contra la locura absoluta que intentaba invadirlo, como una lombriz que lucha por penetrar la tierra. Desde otro punto de vista, tal vez fuera la propia locura la que intentaba huir del interior de su ser, cual oruga saliendo del capullo.

Pero mi opinión no importa en este momento —ni en ningún otro—. El nuevo día sería demasiado importante para aquel rey, aquella reina y todo el reino, para que yo continúe perdiendo el tiempo con mis opiniones. ¿Cómo puedo parlotear cuando debería decirte que el rey no se vio solo en aquella inmensa sala de biblioteca? Y como no tengo intenciones de juzgar, te dejaré la decisión respecto de si tuvo o no una alucinación, y si esta fue la manifestación física de la locura que se cernía sobre el más grande de los monarcas.

Por segunda vez el rey había visto a una mujer vestida de rojo y que lloraba por él, sin alegría alguna. Entonces lo invadió una sensación de preocupación, como la de un aldeano que se encuentra ya a kilómetros de casa y recuerda que se olvidó de apagar la leña de la hoguera antes de salir. El vestido de la dama era rojo y su expresión, triste, tanto que no paraba de llorar y tenía los ojos hinchados. El rey Primo no tenía cómo saberlo, pero aquella mujer nunca había llorado ni se había

sentido así en toda su existencia como en aquel momento. Y era fácil entenderla, al menos en ese sentido, porque ella podía reparar en el rostro de Primo Branford y visualizar su destino.

No todos los días lloraba con ella un rey.

La alarma sonó en la torre de observación de la entrada a la ciudad de Andearne. Claro, se trataba de un momento muy poco común en la historia de aquel reino. Era raro el día en que se presentaba una comitiva compuesta por un príncipe, un enano, un trol ceniciento y un hombre híbrido y leproso con pedazos de piel humana, costras de heridas expuestas y una grotesca simbiosis de textura anfibia.

A nadie le extrañó entonces que los soldados corrieran a sus puestos y se armaran con sus lanzadores de flechas, dotados ya fuera con ballestas o con arcos de distintos tamaños. Una voz exigió a semejante caterva sus motivos para permitirle la entrada, mas no por mucho tiempo, pues el soldado reconoció a su segundo príncipe y a su guardaespaldas. Por más loco que pareciera, del otro lado del portón se hallaba Axel Branford.

Al menos aquel día había buenas noticias.

Se dio la orden para que los portones se abrieran lo más rápido posible, sin que ninguna pregunta fuera hecha, ni siquiera acerca de aquellos seres tan diferentes entre sí. Fue cuestión de que cruzaran la entrada y los portones se volvieran a cerrar, para que el capitán de aquel puesto corriera hacia el príncipe como una abeja atraída por la miel.

—Su alteza. ¿El señor está... bien? —preguntó el capitán, sin saber cómo reaccionar a lo que veía.

—¡Sí, estoy bien, capitán! No tiene idea de lo que pasé en mi aventura —respondió Axel—. Ahora le agradecería que me consiga un transporte al Gran Palacio, y eso incluye a mi comitiva.

—¡Sí, claro, alteza, de inmediato! —el capitán dio la impresión de que partiría al instante, pero permaneció en su lugar, detenido por una duda que le impedía obedecer la orden dada—. Alteza... En cuanto a... —el capitán no sabía cómo referirse a aquel repugnante hombre-sapo; y el príncipe en forma de humano comprendió con rapidez su dilema.

—Sin preguntas, capitán —ordenó Axel, con una vehemencia y una frialdad que no estaba acostumbrado a usar ni siquiera con los militares.

—¡Sí, señor, su alteza! —y el capitán partió sin inquirir nada más.

—¡Uf! Cómo son bestias... —dijo el enano, que depositó el pesado martillo en el suelo, apoyado en el mango que relucía en cada parte de la forja rústica y bien detallada.

Al príncipe no le importó aquel comentario. No era por refunfuñón que el enano estaba equivocado, y su raza en verdad daba una importancia por encima de lo normal a las apariencias. Su mayor preocupación era Anisio, que a cada momento parecía perder más vestigios de piel humana, sustituida por aquella capa dérmica de naturaleza alienígena, que acumulaba bichos y pus entre las costras de las heridas. La impresión que daba, y había un fundamento para eso, era que en poco tiempo ya no habría allí resquicio alguno de piel humana, y que el hombre pasaría a convertirse en animal. En esos momentos agradecía ser hijo de quien era y saber que el más grande de todos los reyes los estaría esperando en el Gran Palacio, con una salud de hierro y la sabiduría de quien siempre sabe qué hacer.

No por mucho tiempo esperaron dos carruajes inmensos, el primero ocupado por el hombre-sapo y el enano, y el segundo por el príncipe y el trol. Eran más grandes de lo común y tenían compartimentos cerrados, una característica formidable para no despertar la curiosidad popular, que no estaba en los planes de nadie. Pronto partió la comitiva, y si escapó a las miradas de la población en general, no lo hizo a la de los soldados, tan humanos como la gente del pueblo.

Preguntas no les faltarían.

Liriel Gabbiani había terminado sus ejercicios matutinos. Dedicaba dos horas diarias a estiramientos forzados para mantener la elasticidad y la ultraflexibilidad. Después realizaba ejercicios de saltos y acrobacias, y entonces subía al trapecio para ejecutar los entrenamientos más básicos con otros trapecistas.

Sin embargo, cuando no había nadie más le gustaba practicar otro ejercicio que le fascinaba: manipular objetos sin necesidad de tocarlos, tan sólo con su poder mental. No imaginas qué útil le resultaba esto cuando un trapecio estaba casi a la distancia de la mano, sin una red de protección debajo. Eso le daba cada vez mayor seguridad y le permitía imprimir una mayor dedicación al entrenamiento. Por cierto, esto lo hacía justo aquel día del agua: aprovechaba el hecho de que se encontraba sola en la pista para entrenar su potencial mientras nadie la observaba.

¿Dije «nadie»?

—¡Ese truco es excelente! ¡Deberías soltar el trapecio! La magia barata da mucho más dinero y es mucho menos peligrosa. —Snail surgió de un rincón de la pista y Liriel se sorprendió de no haberlo notado antes—. Basta con que sepas engañar a las personas adecuadas.

—¡Lo que prueba que tú no serías un buen mago!

—¡Ja! —el joven pirata rio con fuerza—. ¡Siempre con una respuesta en la punta de la lengua! Me gusta tu estilo, muchacha.

—Qué pena que no pueda decir lo mismo de ti.

—¡Ahórrate los comentarios, Liriel Gabbiani! —sólo pronunció el nombre completo para recordar a la chica que conocía su identidad.

—¿No crees que es una injusticia que sólo uno de nosotros conozca el nombre del otro?

—No —respondió Snail con sequedad—. Bueno, no me gustan las demoras y vine a decirte que está en mis manos una información que tal vez sea de tu interés. Bueno, en realidad tú eres la única interesada en ella...

—No quiero comprarte nada.

—Nunca dije que la información estuviera en venta.

—¡Pues no me digas que me la darás gratis, que conozco a gente de tu estofa!

—No dudo que la conozcas. Debes encontrarte con esa estofa cada vez que te miras al espejo. Pero tampoco te dará nada; eso ni siquiera me pasó por la cabeza. Lo que ofrezco es un acuerdo.

—Continúa... —el tono de voz de Liriel reflejaba cautela.

—Te doy la información a cambio de una sociedad. Ya no seríamos adversarios, sino aliados, con ganancias en partes iguales, incluida la mitad de todo lo que obtengamos vendiendo los productos del robo. Palabra de honor.

Liriel comenzó a reír muy alto, pero no se burlaba. Era como aquellas risotadas que las brujas acostumbran lanzar en las fábulas, cuando los bardos quieren valerse de un instrumento dramático. La joven en verdad creía que era mucha audacia de aquel ladronzuelo muerto de hambre y sin estilo utilizar un término tan inapropiado como aquel.

—¿Y quién eres tú para darle tu «palabra de honor» a alguien? Perdiste tu tiempo viniendo aquí. Es demasiada tontería creer que me uniría a una Sombra.

—¿En realidad sería una gran tontería como dices? A lo mejor sólo siento pena por ti.

—¿Y por qué habrías de sentirla?

—Imagina cuánto sufriría tu ego al recordar que ya no tendrías con quién unirte...

Golpe bajo. Liriel aún no se acostumbraba a la noticia de que el grupo conocido como los Fantasmas, con el cual había iniciado su carrera delictiva y aprendido trucos ladinos que no son enseñados en las escuelas improvisadas en las casas de los carpinteros, había dejado de existir. Los supervivientes se habían desbandado y cambiado de sitio. Ya no había una base, un líder, un grupo ni una protección. En verdad estaba sola, pero aquel hombre frente a ella parecía mucho más un problema que una solución. La verdad, lo desconocido siempre tiene esa característica.

—¡Sal de aquí! ¡Largo de aquí, negro! Haz a alguien un favor gratuito alguna vez en tu vida.

—¿Y en cuanto a la propuesta?

—Métetela donde te quepa mejor... —de haber estado presente una señora, se le habrían puesto los cabellos de punta y habría jurado jamás volver a llevar a su hijo a aquel circo—. ¡No me importa cuál sea el grado de información que poseas! ¡No hago tratos con gente de tu tipo, y una sociedad contigo sería la última cosa que haría en la vida!

—Sea —y Snail le dio la espalda—. No digo que espero que te arrepientas, pues eso sería una hipocresía. Tampoco me importa tanto. Además, sé bien lo que te pasará, y de ahí en adelante no hará la menor diferencia si te arrepientes o no...

Las palabras de Snail partieron junto con él. Liriel se quedó intentando armar el rompecabezas, pero no tenía las piezas para llegar a alguna conclusión lógica, aunque la lógica no sea algo compatible con la alteración emocional. Y ella estaba alterada. Por eso tampoco advirtió que no era la primera vez que Snail hacía un favor gratuito a alguien. Muy por el contrario. Ella pagaría caro aquel día histórico, y en gran parte debido a su elección de dejarlo ir sin prevenirla.

Específicamente, pagaría con su propia vida.

No había ningún Rey en el Gran Palacio. Al menos ya no lo había más. Y eso era una sorpresa para la reina, imagina para los hijos, que habían llegado con el anhelo de encontrar al padre sabio. El reencuentro de la madre desesperada con el hijo que volvía habría sido un momento emocionante, y acaso te extrañe el hecho de que no lo narre con mayor detalle, pues esas descripciones enriquecen la narrativa de los cuentos fantásticos. Me explico: no lo hice sólo porque no haya resultado tan emocionante. No es que el corazón de la madre no latiera de emoción, ya que por algunos segundos aquel fue el reencuentro más importante del mundo.

Lo que diluyó el clímax y aquella sensación fue la mirada de Terra al advertir la macabra piel de Anisio.

No fue preciso que el hombre, el enano ni el trol le explicaran nada. Bastó con que ella lo observara a los ojos, pues ningún disfraz o maldición pueden ocultar la mirada de una persona, aunque se encuentre a medio camino entre ojos de humanos y anfibios.

Una madre simplemente no requiere mucho para reconocer a un hijo.

Así, el feliz reencuentro dio lugar al sentimiento opuesto, y de regreso. Es muy extraño intentar describir su sentimiento, que se alternaba entre el llanto y la risa en forma tan sincera. Deseó ser todavía un hada para curarlo, pero de haberlo sido no tendría un vástago que curar, pues nunca habría sido madre. De repente la locura parecía insatisfecha de buscar sólo a Primo entre aquella familia.

Y como si aquel momento no fuera lo suficientemente triste ya para Anisio, el príncipe bajo la leprosa piel híbrida llena de heridas, y si ser reconocido por su madre sin saber dónde estaba su padre no fuera algo desesperante, y si saber que una bruja andaba suelta en Andreanne no fuera algo alarmante, ¿qué crees que sintió cuando le informaron que su prometida y amada, la princesa Blanca, estaba en manos de Corazón de Cocodrilo?

Para darse una idea del drama de aquella familia, incluso el Maestre Refunfuñón

no se atrevió a emitir el menor gruñido, sobre todo por respeto a aquella madre. Creo que ese día él también comenzó a sentir un poco más de consideración por la raza humana y por la fuerza que necesitaba buscar para resolver el cúmulo de problemas que ella misma trataba de arreglar. No lo admitiría ante nadie, pero el Maestro Enano se sensibilizó con aquella familia real lo suficiente como para evitar juzgarla, e incluso entendió la forma en que el trol ceniciento formaba parte de la misma, pues su sufrimiento era igual de nítido.

Obviamente se resistía a confirmar que no tendrían su ajuste de cuentas cuando llegaran el día y la hora: los enanos y los trols son predadores naturales, y eso quedó establecido desde la creación de sus razas. Por respeto a aquellas personas aceptaría una tregua. Muralla pareció entender las intenciones del enano, aunque también fuera su enemigo declarado. Un pacto silencioso quedó sellado entre los dos, en consideración a aquella familia, y creció el respeto entre guerreros, sobrepuesto al odio natural entre aquellas razas.

Los semidiosos de la guerra parecieron enorgullecerse de la postura de aquellos guerreros.

Entretanto, a los príncipes, descanso y almuerzo. Aun en las peores condiciones necesitaban alimentarse bien. Era casi el mediodía, aunque todavía permanecieron en silencio, absortos en sus diferentes pensamientos.

Así los dejaremos, pues ese grupo del Gran Palacio será muy importante, ya que generaba muchas preguntas y rumores entre la servidumbre y los militares que tenían acceso a él. Pero esa importancia sólo se destacará de aquí a algunas horas.

Como siempre han dicho los bardos, «los acontecimientos más importantes se dan antes y después del mediodía».

—¡Ariaane! ¡Despierta, Ariaaaneee! —creo que es muy claro que João —¡Ha son levantó a toda la casa de los Narin, puesto que Ariane no era la única que aún dormía a aquella hora. A ella y a su madre les había costado mucho hacerlo la noche anterior, a causa del trágico acontecimiento que les sucedió.

Anna fue a la puerta y le pidió a João que esperara un poco. María no estaba con su hermano en ese momento, sino a media calle, observando a los transeúntes que iban hacia el centro comercial. Sólo parecía esperar que João llamara a Ariane, y aún así lo hacía con cierta aprehensión y ansiedad.

Con cara de sueño, Ariane abrió la puerta de la casa y entrecerró los ojos para acostumbrarse a la claridad del Sol. Cuando lo hizo, miró a João, que parecía muy ansioso en el umbral.

—¡Vístete, rápido! —dijo João con apremio—. ¡Todo el mundo está corriendo al centro comercial!

—¿Eh? ¿Ahora qué pasó? —Ariane perdió el sueño en un segundo.

—Capturaron a otra bruja. ¡Y los verdugos la quemarán dentro de poco en medio de la plaza!

Uno de los platos que Anna Narin enjuagaba en ese momento chocó contra el piso debido a la acción de la gravedad y se partió.

El profesor Sabino llegó a la plaza del centro comercial todavía aturdido. Saber que habían capturado a una bruja, cuya identidad intentaban descubrir, resultó una gran sorpresa, y la ejecución en la plaza pública, como en los viejos tiempos de la era negra, más todavía. Se había formado ya una muchedumbre y la unión de centenares de voces pronunciaba frases diferentes sobre el mismo asunto, lo que distraía un poco su concentración.

Observó con cuidado el escenario que se había erguido por la mañana justo al centro de la plaza: un poste de madera, con diversas ramas, troncos y otros pedazos de leña rodeaban la base, estratégicamente preparados para incendiar la mayor de las hogueras, cuando se necesitara, ante muchos observadores.

Pasaba ya del mediodía. Habían dejado atrás las puertas de la Jaula y *madame Viotti* ya iba en camino al centro comercial, donde sería ejecutada ante el clamor popular. Era llevada en una carreta, amarrada a un poste, con la intención de exponerla a la ira del pueblo. Sería insultada, recibiría escupitajos, le lanzarían frutas y huevos podridos, y acaso recibiría una risa burlona de los soldados, que veían en ella a una bruja inmunda y nada más.

Los bardos se repartían en las mejores posiciones posibles. Eso no era extraño, pues a final de cuentas por medio de ellos historias como aquella eran transmitidas a la posteridad. Observaban las reacciones del pueblo, y con mucho detalle y dramatismo exagerado las contarían por el precio de una bebida en una taberna cualquiera.

Los hermanos Hanson llegaron al lugar. Los padres, Ígor y Érika, lo harían en momentos distintos. Junto con los hermanos venían Ariane, Golbez y Anna. La señora estaba con los nervios a flor de piel, pues había dormido muy mal la noche anterior, preocupada por el destino de la sacerdotisa que tanto le había enseñado. Sólo despertó para empeorar aquel ataque de nervios a punto de entrar en acción.

Al mismo tiempo que los Hanson y los Narin llegó la bruja tan esperada por la

población, cansada de ver tantas desgracias y sedienta de un culpable. O una culpable. Era posible determinar el momento de su llegada y el lugar donde se encontraba por los gritos y el movimiento de la gente que abarrotaba la plaza. Todo lo que dije sobre los escupitajos, los insultos y el lanzamiento de frutas y huevos podridos ya había ocurrido.

Desde lo alto, totalmente indefensa, *madame* Viotti vio a aquel pueblo lleno de miedo, odio y rabia, y sintió lástima. Percibió el temor de las personas, y así como había atendido a la petición de su Creadora para mostrar al más grande de todos los reyes que no todas las brujas eran malas, también aceptaba su destino. Aceptaba ser culpada y que su muerte se considerara una forma de esperanza de tiempos mejores para el pueblo, si en realidad su alma era llevada a Mantaquim, como le había sido prometido.

María se escurrió entre las personas para aproximarse a la hoguera, seguida de cerca por Ariane, aprovechando que su amiga abría el camino. María se detuvo cuando encontró a un grupo de compañeros de la Escuela Real, que comentaban sobre la fealdad de la bruja, aunque *madame* Viotti no se pareciera ni un poco a aquellas criaturas llenas de verrugas, encorvadas y con enormes narices de los cuentos de los bardos. En realidad, la mayoría de esos muchachos jamás había visto a una bruja tan de cerca.

—¡Eh, María, tú que ya viste a una bruja de cerca, cuéntanos! ¿Esa vieja en verdad parece una bruja? —preguntó Fourton, el idiota del grupo.

—¡Ella no es una bruja! —gritó Ariane, irritada.

—Ah, entonces ¿qué es?, ¿un proyecto de persona? ¿No estarás creyendo que...?

—¡No le hables así, idiota! —intervino María—. Si quieres pelea, busca a alguien de tu tamaño, ¿está bien?

—¡Ah, qué depre la tuya! ¿Ustedes no entienden? ¡Están por quemar a una bruja! ¡En verdad! ¡Así todo regresará a la normalidad! —dijo Kenny.

—¿Será? —preguntó Patty—. ¿Y el grupo que saqueó esta plaza? Ellos están con aquel pirata, ¿no?

—Una cosa a la vez, ¿no, Patty? —insistió Kenny—. ¡Hoy queman a la bruja y mañana ahorcan a los piratas! —cualquiera que la escuchara hablar habría creído que, como tantos otros, la adolescente consideraba todo aquello como un gran espectáculo.

—¡Yuju! ¡Muerte a esa vieja perra! —berreó Fourton, alzando los brazos y levantando los índices. El grito indicaba que *madame* Viotti se aproximaba a ellos y que estaba a punto de ser amarrada en el poste de la hoguera.

—¡Caza a las brujas! ¡Caza a las brujas! ¡Caza a las brujas...! —gritaba la multitud al unísono, que ya había perdido el control de sí misma. Los propios soldados se mostraban preocupados, sus temores se concentraban en un eventual linchamiento provocado por alguien que, de repente, encendiera la chispa e instigara

a la población a matar a la vieja bruja por cuenta propia, sin dejarla llegar a la hoguera.

Para evitar una tragedia —porque tiempo atrás, durante la Cacería de Brujas, ya habían sucedido otras— los soldados formaron un cerco alrededor de la hoguera y de *madame* Viotti, lo que impidió a la turba acercarse demasiado, mas no que siguieran insultando a la señora y arrojándole las cosas más repugnantes.

Desde donde estaba, y mientras veía suceder todo aquello con la buena señora que la inició el día anterior durante el aquelarre, Ariane comenzó a llorar compulsivamente. El sentimiento de impotencia ante la situación la ponía cada vez más desesperada, y María no tardó en darse cuenta.

—Ariane, por el amor del Creador, ¿qué te pasa? ¿Por qué lloras así?

¿Qué podía decirle? Ariane simplemente no podía darle mayores detalles. Si lo hiciera, tal vez tendría que contarle sobre el aquelarre y su iniciación, y quién sabe sobre qué más. Había prometido bajo juramento que jamás lo haría; ¿pero era un juramento tan fuerte al punto de que debía-permitir la muerte de alguien? Al menos esa adolescente juzgó que no.

—Yo... la conozco, María. —Ariane hablaba entre sollozos—. Ella no es bruja... No es lo que ellos piensan... ¡Oh, semidioses, no...!

María Hanson abrazó a la niña como la hermana mayor que siempre había sido para Ariane Narin. No sabía qué decirle para suavizar aquella desesperación descontrolada de la adolescente, y decidió quedarse así, abrazándola nada más y rogando para que la crisis pasara.

Más gritos, esta vez de ovación. Habían llegado los verdugos, vestidos de negro, con máscaras que sólo permitían ver sus ojos, sus narices y sus bocas, con las antorchas aún apagadas en las manos y galones con material inflamable. Para los más jóvenes era la primera vez que estaban ante los ejecutores, conocidos sólo por lo que habían escuchado en los cuentos o en las clases de historia de la Escuela Real del Saber. Clases como la de Sabino. Mientras tanto, para los más veteranos como el profesor, aquello parecía un regreso al pasado, a la era negra, al auge de la Cacería de Brujas.

La visión de la llegada de los verdugos no ayudó ni un poco a Ariane. Por el contrario, empeoró la situación. Sus latidos estaban tan acelerados, que habrían sido la envidia de un colibrí al batir las alas. Mas el peor momento llegó cuando Ariane observó con mayor atención hacia dónde se dirigía la mirada de *madame* Viotti. La señora parecía tenerla fija en alguien en el centro de la multitud; y tomando aliento Ariane se recuperó de su crisis para ver a quién observaba, al grado de ignorar todo lo que le arrojaban.

No debió haberlo hecho. Las crisis de llanto compulsivo e incontrolable regresaron con su máxima intensidad. Nadie la entendería, y en caso de que intentara

justificarse la encerrarían en un hospital, a despecho de encontrarse en una edad tan temprana como para ser atacada por la locura. Allí, entre la multitud, Ariane vio a la dama de rojo, a quien descubrió aprendía a detestar con mayor fuerza, con su típico vestido carmesí. La Banshee observaba lo que ocurría en medio de la multitud, sin que nadie notara su presencia.

Al final de cuentas nadie nota la presencia de la muerte.

Al menos hasta que sea la muerte quien note su presencia.

Axel Branford llegó a la plaza en un carruaje. No entendía bien lo que ocurría. Todo lo que sabía provenía de terceros, como capitanes locos por una ocurrencia antes de que las cosas se salieran de cauce. Muralla estaba con él, asustado por el número de personas reunidas. Nunca imaginó, hasta aquel día, que vería ese centro comercial abarrotado con tanta gente. Por su parte, Anisio no asistió, pues la última cosa que deseaba en la vida era aparecer en público en aquel estado deplorable y deforme, menos aún ante tanta gente como se veía, debido a la urgencia con que los capitanes entraron en el Gran Palacio prácticamente para «secuestrar» a Axel Branford.

Como siempre, y aún más en aquel momento, el príncipe fue recibido con una gran ovación y gritos femeninos. Era el monarca de la plebe, y plebeyos era lo que más había en aquella plaza. María siempre fue una de aquellas admiradoras que gritaban, insignificantes, en medio de tantas otras competidoras; en la proporción en que su timidez lo permitía, como sus compañeras de escuela Kenny y Patty hacían en ese momento. Pero allí, en aquella hora, un sentimiento inédito invadió su ser, porque Axel Branford, al menos para ella, ya no era más aquel mito inalcanzable, a quien apenas unos pocos mortales conseguían acercarse con mayor intimidad. Ella veía al muchacho, si no como a un enamorado, al menos como a un amigo, y por eso observar a aquellas personas gritando por él, tratándolo como a un héroe, de pronto resultó extraño para ella.

Los soldados abrieron un corredor para que el carruaje de Axel se aproximara al cerco creado para aislar a la bruja de la población. Cuando el príncipe descendió, sonaron muchos otros gritos. Lo que ocurría llegaba a ser ensordecedor, y el corazón de Ariane Narin alcanzó la velocidad del sonido cuando miró a su alteza. La esperanza renació. Tal vez, si llegara hasta él...

Tal vez *madame* Viotti viviera.

—¡Axeel! ¡Axeel! —de nada servían sus gritos. Eran apenas unos más entre

tantos otros. Se volvió hacia su amiga—: ¡María, necesito hablar con él a como dé lugar!

La pobre María Hanson no tenía la menor idea de cómo llamar la atención de aquel príncipe, que parecía tan próximo y tan distante al mismo tiempo, aunque de pie en la misma posición. Y, mientras pensaba, uno de los soldados preguntó a Axel:

—¿Desea su alteza que se inicie la ejecución de la bruja?

Axel tembló. Jamás había matado a nadie. Como máximo, había noqueado a muchos en las arenas, pero jamás los había privado de la vida. Y que nadie le viniera a decir que serían los verdugos los que lo harían; si esos hombres dependían de su autorización, entonces él sería más culpable que cualquiera. Acababa de regresar a Andreeanne, no tenía nada contra esa señora y ni siquiera había visto las pruebas de que era una bruja. Tampoco tenía motivos para pensar que no lo era, y si resultaba cierto que la orden de ejecutarla provenía de su padre, desaparecido aquella mañana, entonces lo arruinaría todo si no la obedecía.

El soldado esperaba, aprensivo, la respuesta. Más que el soldado, los verdugos. Y más que los verdugos, la población. Axel buscó rostros conocidos entre la multitud, pero eran tantas las personas que no había forma de encontrar a Ariane, a João o incluso a María entre tanta gente. La vida de una persona dependía de una orden suya, y él no había sido entrenado ni preparado para eso. Anisio sí. Pero el destino sabía ser irónico cuando deseaba lograr un efecto dramático.

Axel volvió a mirar a los cielos. No había ninguna estrella. Al menos no sería posible ver alguna en aquel cielo limpio. Aun así, le pidió un milagro al Creador. Un milagro, una prueba, un mensaje de que aquella mujer debía morir una para no cargar con esa decisión equivocada el resto de su vida.

—¿Y entonces, su alteza? —insistió el soldado.

Era hora de darle una respuesta.

María Hanson no podía pensar en nada. Admito que, si sólo hubiera dependido de ella, en este punto la historia había tomado un nuevo rumbo, pero creo que es una injusticia juzgar las consecuencias desde esa perspectiva, aún más con aquella responsabilidad sobre una persona tan... «normal» como María. Y me parece que ella no hizo algo muy distinto a lo que tú o yo decidiríamos en una situación similar. Sin embargo, su compañera de grupo, Kenny Penwood, resolvió el enorme problema sin que jamás lo hubiera imaginado, como resulta obvio.

—¡Eh, Fourton, agáchate! —ordenó Kenny, como una dueña a su perro.

—¿Cómo? ¿Te volviste loca? —preguntó el muchacho, asustado.

—¡Ay, anda, tú, inservible! ¡Agáchate ya! —y Kenny jaló al muchacho hacia abajo y pasó sus piernas alrededor de su cuello, con lo que este dejó de reclamar al instante.

—¿Te volviste loca, chica? —preguntó Patty, riendo mucho por lo que planeaba su amiga.

—¡Ah, no, Patty! ¡Hoy ese lindo príncipe sabrá que existo! —a Fourton no le gustó el comentario, pues nunca había ocultado sus sentimientos hacia Kenny; pero la chica solía ser tan atrevida dentro y fuera de la Escuela Real del Saber, que lo mínimo que debía aceptar era escuchar comentarios como ese y aprender a no enamorarse de muchachas como ella.

Cuando Fourton se puso en pie, Kenny se destacó un poco entre la multitud a causa de la altura que ganó. Aún así no lo hacía por completo, pues no era la única que había tenido la idea de subirse en los hombros de alguien. Sin embargo, no desistiría de su objetivo, y al final consiguió lo que quería, pues nunca había sentido vergüenza, ni en la cara ni en ningún otro lugar.

Y en medio de aquella plaza abarrotada, sobre los hombros de Fourton Jaycot, Kenny Penwood se desabrochó la blusa y mostró su aventajado busto a más de un centenar de plebeyos...

Axel seguía rogando por un milagro. Quería decir: «Sí, tienes mi autorización», confiando en que la decisión de su padre siempre era la más sabia, pero la voz se le atoraba en la garganta y moría antes de nacer. Simplemente no podía dar la orden. Y comenzaba a angustiarse mirando varias veces hacia el cielo limpio sin ver su deseo concedido.

Entonces ocurrió.

—Alteza... —susurró despacio el soldado.

El soldado ya no dijo nada, si bien no fue capaz de cerrar la boca, no sé si por la osadía de ver a una adolescente cometiendo semejante gesto o si debido al alboroto hormonal. El hecho fue que ni el soldado ni el ciento por ciento de los hombres en el ángulo adecuado para apreciar aquel acto de exhibicionismo reaccionaron de modo diferente.

Las mujeres comenzaron a abuchear a Kenny y a gritarle palabras soeces, pero los hombres... Bueno, ellos comenzaron a aplaudir y a aullar como lobos en celo. Al menos durante ese breve momento, las atenciones se apartaron de la bruja a punto de ser ejecutada y se dirigieron hacia aquel sitio específico de la plaza. Axel observó el espectáculo presentado de manera especial para él, pero con mucho menor interés que los demás. Sus ojos continuaron buscando de manera involuntaria un rostro amigo que lo salvara, y mientras recorría con la vista los alrededores de aquella adolescente exhibicionista, localizó a María Hanson, que le hacía señas. Axel ordenó desesperadamente a los soldados que le trajeran a aquella chica de inmediato.

Kenny Penwood se cerró la blusa y se bajó de los hombros de Fourton, insultándolo como siempre, pues creyó que ella era la elegida del príncipe. Ya podrás imaginar su expresión al comprender que era María, sin necesidad de mostrar busto alguno, la que había sido llamada. La sorpresa no fue sólo para Kenny, sino para toda la Escuela Real del Saber, y muchas otras personas que conocían a Hanson, aunque sólo fuera de vista, se asustaron cuando vieron que la amiga de la infancia era

solicitada por el príncipe.

María llegó hasta él de la mano de Ariane, que aún sollozaba de nervios. Axel la estrechó con fuerza cuando la joven quedó al alcance de sus brazos, y fue entonces cuando María Hanson se convirtió en la «amiga de la infancia» incluso de personas que no la habían visto en su vida.

Axel miró a los cielos y le agradeció el milagro al Creador.

—¡Creo que nunca estuve tan feliz de verte, María! Estaba a punto de enloquecer.

—¡Y yo creo que puedo decir lo mismo! No sabía si regresarías vivo... y en buen estado... y...

—¡Axel! —Ariane cortó el diálogo del reencuentro entre los dos—. ¡Tienes que impedir este asesinato!

—¿Sabes lo que dices, pequeña Ariane? —el príncipe la escuchó como lo haría un consejero real en la Sala Redonda.

—¡Ella conoce a la señora, Axel! —dijo María—. Estaba en medio de una crisis de llanto pues no sabía cómo impedir la ejecución.

—Alteza... —insistió el soldado—. La población está inquieta. ¿Comenzamos la cremación?

Axel suspiró levemente.

Si su padre estuviera allí, tal vez la ejecución habría sido consumada. También, si ese acto hubiera sido programado el día anterior, de seguro *madame* Viotti habría muerto quemada viva, bajo el clamor popular. Pero en esas circunstancias su vida dependía de un príncipe a quien nunca había visto, que además de carecer de argumentos no se sentía preparado para ordenar la muerte de quienquiera que fuese ella. Agrega a eso a una persona de su total confianza diciéndole que conocía a la condenada y que esta era inocente y reuniremos todos los motivos por los cuales su pecho dejó de estar a punto de explotar y su conciencia gritó de alivio.

El príncipe pidió silencio a la población. Una vez que fue obedecido, anunció en voz alta su decisión para que las personas más próximas la escucharan y repitieran a quienes no tenían la misma oportunidad:

—Si la ejecución de esta señora, en este día del agua, depende de la orden de un Rey, y esa orden no puede ser emitida en las debidas circunstancias, entonces la palabra del príncipe real es la autoridad máxima y no puede ser discutida —es impresionante cómo los príncipes parecen reyes en momentos como esos—. Por falta de pruebas concretas en contra de la acusada, declaro denegado el permiso para su ejecución en la plaza pública.

Pasaron una o dos horas antes de que el pueblo saliera de aquella plaza para reanudar sus actividades. La mayoría de la gente se sentía frustrada por la decisión de un príncipe plebeyo, y no sería mentira afirmar que Axel perdió algo de su prestigio en una parte de la población plebeya aquel día. Tampoco sería mentira decir que no se preocupó ni un poco por eso, pues consideraba que evitar muertes inocentes era un acto mucho más prestigioso que el de cualquier adolescente que se abría la blusa para llamar su atención.

Sabino von Fígaro se acercó hasta su alteza real. El príncipe no lo había visto en su vida, o al menos, si lo había hecho, no había registrado el encuentro, pero María Hanson sabía muy bien de quién se trataba. En realidad él ya había oído hablar mucho del profesor, y eso facilitó la presentación entre ambos.

—Ah, ¿entonces el señor es el famoso profesor? María habla mucho del señor...

—Eh... —Sabino miró a María, en busca de entender si el apelativo «famoso» era malo o bueno. La chica se sintió incómoda, pero al final, haciendo una autocrítica, concluyó que, según lo que le había dicho a Axel, el príncipe debería creer que Sabino era un viejo profesor frustrado que pasaba gran parte de su tiempo quejándose de la administración del Rey. Bueno, si tal era la impresión del príncipe respecto del profesor, la disimulaba muy bien—. Bien, alteza, le pido unos minutos para explicarle algunas cosas que me parece que le gustaría saber...

A Axel le gustó escuchar a Sabino. Mucho.

Se sentía como un ciego en tierra de ciegos al que, de repente, le hubiera aparecido un ojo en medio de la frente, como a un auténtico ogro, para convertirse en Rey. Gracias al relato del profesor pasó de la verdadera ignorancia a un conocimiento razonable de lo que ocurría, dramatizado por Von Fígaro en ciertas partes, es verdad, sobre todo en relación con sus habilidades investigativas. João Hanson se había acercado, pero evitaba hablar con Axel. Todavía no le gustaba la atracción que ejercía sobre Ariane, ni saber que su hermana andaba por ahí con el sujeto. Los padres de los

Hanson también prefirieron mantenerse apartados, sobre todo Ígor, que parecía incómodo de haber mirado a los ojos al príncipe sin bajarlos, avergonzado por su actitud en episodios anteriores, los cuales sólo perduraban en su cabeza, pues el propio príncipe los había olvidado.

Anna Narin tampoco se aproximó a su hija. Fue al encuentro de *madame* Viotti, pero no llegó muy cerca de ella a causa de los soldados. La sacerdotisa casi lloró cuando vio la figura de Anna, tan frágil y al mismo tiempo tan fuerte. Otra persona también sentía interés por *madame* Viotti: el propio Sabino, que había explicado al príncipe los mensajes marcados en algunas casas de aquel centro comercial, en especial el que fue escrito en runas antiguas en la residencia de los Basbaum, el cual sabía que no podía descifrar solo. Sin embargo, tenía la inmensa intuición de que *madame* Viotti podría lograrlo.

Y tenía razón.

Debían ser como las cinco de la tarde; en una hora más llegaría el crepúsculo. Snail Galford observaba a un caballero que daba de beber a su caballo en la puerta de una taberna, en cuyo exterior contaba con el espacio apropiado para que los hombres atendieran a sus bestias. Como ya habrás notado, Snail era una persona que vivía de momentos, e incluso era un poco frío en su relación con las personas, pues no lograba ni podía confiar en nadie para no ser traicionado. Exactamente por eso tampoco comprendía por qué ciertas palabras no le salían de la memoria, sino que lo incomodaban y cortaban por dentro como puñales interiores. Todo a causa de una joven sin la menor importancia en su vida. Ya había sido bastante idiota por haber ido a proponerle aquello, y más aún lo era gastar tanto tiempo en el asunto, en vez de simplemente olvidarlo.

Ojalá fuera así.

«¿Y quién eres tú para darle tu “palabra de honor” a alguien?».

Todo parecía irritarlo. Hasta el viento que agitaba su pañuelo le provocaba las expresiones más feas. Incluso el hombre que amarraba su caballo cerca del bebedero, probablemente para tomar una copa en la taberna, lo enfurecía. Era como si el mundo entero fuera feliz, y él, la persona más agraviada del mundo. Snail Galford había descubierto la autoflagelación, común a la mayoría de las personas derrotadas.

«¡No me importa cuál sea el grado de información que poseas! ¡No hago tratos con gente de tu tipo...!».

Gente como él.

«¡Pues no me digas que me la darás gratis, que conozco a gente de tu estofa!».

Gente de tu «estofa».

Snail se preguntó a qué estofa pertenecería y temió que fuera de la peor. Pensó en cómo sería ese tipo de persona, de la peor especie, y Jamil Corazón de Cocodrilo, fue la primera que le vino a la mente. Se acordó de su padre y de lo que el viejo pensaría si lo viera como un jergón, un ser de lo más bajo. Intentó utilizar su viejo recurso de

«bueno, ¿qué se puede hacer? Es la vida», pero no lo consiguió. Se estaba sintiendo muy sucio. Era una sensación que le provocaba ganas de enterrarse en la arena, sólo para detenerla.

«Una sociedad contigo sería la última cosa que haría en la vida».

¡Diablos! ¿Por qué el sentimiento no se hundía como el caballero que había entrado en la taberna para tomar un trago? ¿Y por qué lo molestaba tanto la opinión de una muchacha «no más noble» que él? ¿Cuál era en realidad su diferencia respecto de hombres como Jamil Corazón de Cocodrilo?

«No quiero comprarte nada».

Hacía lo que debía para sobrevivir. Sin motivo, la princesa y la reina de Stallia, arrinconadas como dos animales en aquel subterráneo, le vinieron a la mente. Y Snail percibió la valiosa información que tenía en las manos, sopesando cuál sería su valor.

«¡Largo de aquí, negro! Haz a alguien un favor gratuito alguna vez en tu vida».

¿Hasta dónde se merecía ese trato? ¿Hasta qué punto aquella arrogante ladronzuela pelirroja... tenía razón sobre él? ¿Y hasta qué punto no se comportaba él como un perfecto idiota, perdiendo el tiempo al pensar en todo eso? No, ella no tenía moral para juzgarlo. Y sólo necesitaba una oportunidad para probarlo y restregárselo en aquella cara blanca de finos rasgos.

«Si un día tuvieras una verdadera oportunidad, y creyeras que será la única de tu vida, agárrala con uñas y dientes».

Su padre tenía razón. Siempre. Y él haría valer el hecho de haber nacido su hijo, al menos una vez en la vida. El destino le ofrecía esa oportunidad. La chica le había otorgado el desafío, y su padre, la oportunidad. Sólo por eso aquel pobre caballero bebedor jamás encontraría a su caballo al salir de la taberna, pues estaría galopando a algunos kilómetros de aquel lugar, recorriendo el mismo camino que los caballos de los reyes.

Snail Galford vivía el momento más noble de su existencia. Quizá algún día se arrepintiera de su decisión. Quizá no. Porque se trataba de un momento inédito en su carrera, y los momentos inéditos siempre son especiales, además de únicos. Snail pensaba así mientras el caballo corría como el viento.

Por fin haría un favor gratuito a alguien, al menos por una vez en su vida.

→ **L**s isiacum.

La respuesta de *madame* Viotti fue inmediata y firme. Reconoció con rapidez la runa con la que inútilmente Sabino se había roto la cabeza durante horas. Y todos en la sala se sorprendieron de la velocidad con que la descifró. Estaba dentro de la casa con Sabino, María y Axel. Afuera esperaban João y Ariane, mientras los soldados bloqueaban la entrada.

—¿Y sabe dónde se originó, señora Viotti? —preguntó Sabino.

—Es una lengua nacida en la Atlántida, bajo los mares de Nueva Éter —dijo la *madame*—. Por ese vínculo con los mares, sus diccionarios pueden haber caído en manos de piratas.

—¿Usted puede leerlo, *madame* Viotti? —preguntó el príncipe Axel, cauteloso.

—Sí puedo.

Es difícil describir la sensación que provocó la respuesta en aquellas personas. Casi todas sintieron algo parecido a la felicidad, aunque se manifestara el temor propio del que se encuentra por salir de la ignorancia.

—¡Llegamos a la conclusión, *madame*, de que tales palabras recordaban a las letras «LV OP GN Y G»! —dijo Sabino—. ¿Cree usted que eso tiene algún fundamento?

—Ninguno —respondió *madame* Viotti a Sabino, sin preocuparse por ninguna otra cosa que en la lectura de la runa.

El señor se sintió ofendido al escuchar que una de sus teorías carecía de fundamento, aún más ante el príncipe. Sin embargo, conservó la postura, y prosiguió:

—Bien —era duro tragarse esa palabra tan corta—. ¿Podría explicarnos por qué lo dice?

—Es muy simple, señor: las frases en isiacum no se escriben en horizontal, sino siempre en vertical, y eso cambia todo.

Aquello fue un puñetazo, de esos bien dados, en el estómago de Sabino. La sensación de pequeñez de quien «no había pensado antes en eso» le asoló el alma. Se

sintió derrotado en lo que mejor sabía hacer, y tenía a un príncipe y a una alumna dedicada como testigos. Pero se merecía pasar por eso: parecer un aficionado. La mayoría de las runas que conocía se escribían en horizontal, pero la mayoría no quiere decir todas. No haber pensado en aquella hipótesis representaba un desprecio al buen sentido y un exceso de confianza.

—Profesor, eso que a usted le parece una G en realidad es una A. La V es una N. Creo que la O es, en realidad, una G acostada, mal trazada, y si tengo razón, eso la convertiría en una U. Lo que usted tomó por una N, ¡oh, qué ingenuidad! —tal comentario irritó mucho a Sabino—, no pasa de ser una G. Si así fuera, está claro que la P es la letra E, y la Y, una R. Si ajustamos entonces la frase, la palabra que parecía «LOG» del profesor cambia a la palabra LUA O LUNA, y VENYG se convierte en NEGRA. Listo: resolvimos el misterio.

—¿Y eso tiene algún sentido para usted, *madame* Viotti? —preguntó María.

—Bueno, querida, considerando el hecho de que ayer fue el último día de Luna llena y hoy se inicia el primero de Luna negra... No veo ninguna información importante en esto, pues aunque...

—No, falta algo todavía —interrumpió Sabino a Viotti—. Estoy seguro...

Entonces el profesor vertió un extraño líquido rojo, fabricado por él mismo, con base en los tiempos de los días malos, en la pared donde antes João imaginó que estaba el dibujo de una «nota musical». Usó otro aparato fino para removerlo del sitio elegido, sobre todo al lado de la frase ya descifrada. Al fin la tinta realzó unas marcas dejadas por hojas de cuchillos, que antes parecían sin importancia, pero que tal vez ahora resultaran de interés.

—*Madame* Viotti, ¿esto representa algo para usted? —preguntó Sabino en relación con las marcas hechas por las láminas, que en verdad recordaban una nota musical, lleno de temores de que la mujer respondiera que no y acabara así de una vez con su reputación.

—¡Guau! ¡Ahora sí, felicidades, profesor! —y Sabino sonrió encantado de la vida, sin notar que *madame* Viotti sonreía tanto como él en su fuero interno, entrando apenas en el juego de «cacería de egos» con el excéntrico profesor—. Eso no es una letra, sino un número. El veinticuatro. ¿Qué día es hoy?

—Día 24 —respondió María Hanson.

—Luna negra del día 24. Es hoy —concluyó *madame* Viotti—. No veo por qué estamos perdiendo más tiempo aquí, señores. La situación es muy clara: hoy se practicará un gran ritual de magia negra, y por lo visto marcado con mucha antelación.

—¡Se los dije! ¡Estaba seguro de que el motivo de Jamil para venir a esta ciudad era una bruja! Ahora todo encaja. Él provocó el caos para distraer la atención de la corona y llevar a cabo sus planes.

—A sabiendas de todo lo que ahora sé sobre Corazón de Cocodrilo, imagino el tamaño y la profundidad del ritual que le debe haber encomendado a la tal bruja — dijo el príncipe.

—En particular temo que... —*madame* Viotti titubeó un poco en terminar la frase —... usted no se lo imagina, príncipe.

—¿Qué quiere decir, *madame*? —preguntó María, tan preocupada como Axel.

—Quiero decir que un ritual tan escrupulosamente planeado involucrará una energía tan gigantesca, que no sólo necesitará objetos poderosos de canalización energética, sino también sacrificios humanos...

—¿Sacrificios humanos? ¿Cree que Jamil sacrificará personas durante ese ritual, *madame*? —balbuceó su alteza real.

—¡No, de eso tengo la absoluta certeza, príncipe! Lo que quiero decir es que... no es tal vez cualquier persona la que se necesite para ser sacrificada en un ritual tan maligno...

—*Madame*, por el amor del Creador, ¿se refiere a nobles o a clérigos?

—Mucho peor, su alteza: me refiero a reinas y reyes.

La luminosidad del día ya daba paso al crepúsculo, es decir, unos pocos minutos antes de las seis de la noche. El caballo que Snail Galford había tomado en préstamo resultó un excelente velocista, con un talento nato para correr. De haber tenido la oportunidad, tal vez un día se lo dijera a su dueño, a riesgo de ganarse unas bofetadas de rabia del ciudadano. Bueno, eso sería justo.

«Nunca mires a las estrellas. Las estrellas te estarán mirando a ti».

La frase de Primo Branford resonaba de nuevo en su memoria. Snail había llegado al Gran Palacio y no tenía la menor idea de cómo entrar para hablar con el Rey. Decidió intentar un método nunca visto antes, al menos por él, y tan absurdo que tal vez por eso diera resultado: intentar hacerlo por la puerta principal. Un batallón de soldados todavía hacía guardia ante el portón, a muchos metros frente a la entrada, y el más robusto y menos educado vino a hablar con Snail.

—¿Qué quieres? —preguntó, sin ninguna cortesía.

—Hablar con el Rey.

El soldado contuvo la risa.

—¿Y por qué crees que lo conseguirás?

—Porque tengo un mensaje importante para él. Y no quiero saber lo que te ocurrirá si no lo recibe...

—Hum... —el soldado se preguntó si estaría alardeando—. ¿De dónde viene el mensaje?

Situación difícil. ¿Qué decir? ¿«De Corazón de Cocodrilo»? Lo encerrarían en la Jaula antes de que pudiera pestañear.

—No estoy autorizado para decirlo —fue lo primero que se le vino a la mente.

—Claro —dijo el soldado con desdén—. ¿Al menos puedes decir de qué se trata?

Otra situación difícil. «Ah, sí, es sobre la ubicación del cautiverio de la princesa y la reina de Stallia... ¿Que cómo lo sé? ¡Mira, yo soy una Sombra!» —esos pensamientos le recordaron los peligros sobre sí mismo y la Jaula.

—Asunto confidencial —fue la segunda cosa que se le vino a la mente.

—¡Oh, claro! Sí que sabes convencer a un soldado para que te deje entrar a un palacio real. Haz lo siguiente, chico: sigue tu camino hacia allá —y el soldado señaló a lo lejos del Gran Palacio—, y yo fingiré que nunca tuvimos esta conversación, ¿comprendido?

Snail Galford no sabía qué hacer. En el afán de tener éxito en su empresa, no había notado que el crepúsculo ya se había iniciado y que la oscuridad se apoderaba de los cielos de aquella ciudad al borde del caos total.

—¿Sabes... puedes mirar al cielo por mí y decirme si hay estrellas esta noche? —no, Snail no sabía y de hecho pasaría el resto de su vida preguntándose cómo diablos había tenido las agallas para decir eso.

—¿Cómo? ¿Quieres que mire las estrellas para ti? —preguntó el soldado, sin ocultar su asombro ante la anormalidad de la petición.

—¡Sí, quiero que mires y me digas si hay estrellas en el cielo! —había una sola oportunidad en un millón de que hubiera entendido correctamente lo que el rey Branford le quiso decir y otra más para que el soldado supiera de lo que estaba hablando. Bueno, como máximo, si estaba equivocado, volvería las espaldas y se iría con la conciencia limpia por haber intentado hacer su trabajo.

—¿Y por qué no miras y lo ves tú mismo? —la respuesta del soldado llenó de excitación el corazón de Snail.

—Porque yo no puedo mirar las estrellas. Ellas deben mirarme a mí.

—¡Por el amor del Creador, so idiota! ¿Por qué no me dijiste antes que eres un agente real infiltrado? —y el soldado se volvió hacia los otros dos que controlaban la apertura del gran portón—. Vamos rápido, abran las puertas. ¡Y tú, negro, no te quedes allí parado! ¡Vamos, corre! ¡Largo! Y ojalá que traigas buenas noticias, al menos una, en estos días de tinieblas.

Y así Snail Galford cabalgó por el camino hacia el Gran Palacio, sonriendo como el mayor de los héroes, imaginando que, desde lo alto de una montaña, estuviera donde estuviera, su padre lo estaría viendo entrar por el portón principal del Gran Palacio real. Y él en particular esperaba, de una manera profunda y sincera, que el viejo estuviera llorando de orgullo y felicidad por su único hijo.

Al menos una vez en la vida.

El crepúsculo no sólo cayó sobre el Gran Palacio. Se manifestó unos veinte kilómetros al sur, aproximadamente, en el centro comercial de Andreanne, y en las otras partes del reino. Los soldados reales entraron en aquella casa donde un príncipe se encontraba en compañía de un profesor, una estudiante y una... ¡bruja! Querían llevarse a *madame* Viotti de vuelta a la Jaula, frustrados por no haberla visto ejecutada, y grande fue su sorpresa como consecuencia de la reacción inesperada del segundo príncipe de Arzallum. Axel Branford se irritó en demasía cuando se dio cuenta de lo que buscaban sus soldados, y no sólo les ordenó la retirada, sino también —y quédate pasmado— que le pidieran disculpas a *madame* Viotti. No podía mirar a esa señora como una bruja de las tinieblas que intentaba insultarlo, sino como una mujer que ayudaba a su reino, como muy pocos hasta ese momento habían tenido la capacidad de hacerlo.

—Ya comenzó.

Las palabras de *madame* Viotti paralizaron a cuantos se hallaban en la sala. No sólo porque todos allí tenían la suficiente inteligencia para comprender de inmediato lo que ocurría, sin los retardados con sus «¿eh?», «¿qué?» o «¿que ya comenzó qué?», sino porque el trance en que la señora se encontraba, con los ojos cerrados y la mano izquierda levantada, agitando determinados dedos, evidenciaba que tenía acceso a algo mucho más sublime que lo captado sólo por los cinco sentidos.

—¿La señora fue capaz de encontrar el lugar? —preguntó Axel, en el tono de mayor seriedad que había utilizado en su vida.

—Es difícil decirlo —respondió la bruja—. Salgamos de aquí. La energía negativa se volvió tan pesada que estoy teniendo ataques de vértigo.

Afuera, Ariane Narin y João Hanson esperaban a la comitiva, acompañados de Muralla, que en ese momento ejercía la función de guardaespaldas de la pareja de pequeños en vez de proteger al príncipe. La nariz de João sangraba, pero de una forma tan sutil que ni siquiera él lo percibía. Ariane no quitaba los ojos de la

Banshee, que parecía no querer abandonar aún el centro de la plaza, como si esperara algo. La niña se preguntó quién sería la persona, además de ella, que aún estaba por ver a aquella mujer de rojo ese día, con lo cual quedaría condenada.

—Ariane, ¿estás sintiendo... no sé... como... un calor incómodo... algo extraño que te molesta? —preguntó João.

—Hum... Así como sentir, no estoy sintiendo nada, João. —Ariane pensó qué distinta sería su respuesta si la pregunta hubiera sido sobre algo que estuviera viendo y la molestara.

—¡Eh! ¿Siguen aquí ustedes dos? —preguntó María, saliendo de la casa—. ¿Dónde está mamá, João?

—Volvieron a casa. Dijeron que nos quedáramos cerca de los soldados y que no saliéramos de aquí sin ti. —João sorbió una vez y frotó su camisa, a la altura del antebrazo derecho, en la fosa nasal izquierda, en un movimiento casi involuntario.

—¡João! —se asustó María—. ¡Tu nariz sangra otra vez!

Madame Viotti se aproximó, interesada en el asunto. El profesor Sabino tomó la delantera:

—*Madame*, este es el señor Hanson, hermano de María. Creo que traumas con una bruja durante la infancia lo hicieron más sensible a la energía negativa. Así que cada vez que este joven encuentra una gran concentración energética de tal naturaleza, el fenómeno se manifiesta.

—Entiendo —y la buena bruja meditó algunos segundos sobre el asunto—; ven aquí, querido. Dime con toda sinceridad: ¿hay algo que te molesta, una sensación extraña que te angustia y pareciera crecer en tu pecho?

—¡Caramba, *madame Viotti*, justo ahora se quejaba de eso! —dijo Ariane.

—Válgame, está bien que diga esas cosas. Pensaba que era el único loco en esta ciudad —la respuesta provocó una risa corta y fugaz en la señora.

—Querido, confía en mí, que soy como tu tía, y haz lo que te voy a decir. —João también creía, como Ariane, que aquella necesidad de que las personas mayores hablaran con las más jóvenes como si fueran idiotas era ridícula, pero se guardó el comentario—. Cierra los ojos y concéntrate. Quiero que te sientas ligero, que intentes sentirte bien. Esa sensación será molestada por una especie de calor y una angustia que vienen de alguna parte. Quiero que sólo señales de dónde viene la incomodidad.

João no tardó. Acaso Sabino tuviera razón en cuanto a sus teorías al respecto, y él se hubiera vuelto más sensible a las energías pesadas debido al trauma sufrido con Babau y aquella maldita casa. El hecho es que apuntó hacia el sur, con la seguridad con que un tabernero señala a un viajero la dirección de su negocio.

—Es para allá. No estoy seguro, pero... ¡no!, ¡sí estoy seguro! La siento desde allá.

Y todos miraron hacia donde João señalaba. Y se sorprendieron.

Pues allá, al sur de la plaza comercial, estaba la Catedral de la Sagrada Creación.

Mirando desde donde estaban, advirtieron que alguien también los miraba. Fijamente. Cecil Thamasa, el máximo clérigo de aquella catedral, que tanto había rezado por las almas de soldados y plebeyos, se encontraba en lo alto de la escalinata y su expresión, lo puedo afirmar con certeza, no era ni un poco de las mejores.

En definitiva ni un poco.

Snail Galford diría que el momento «resultaría cómico si no fuera tan trágico». Sin embargo, sabía que no había mucho que reclamar. A final de cuentas el destino había sido irónico, por permitir que un sujeto mezquino y egoísta como él tuviera un arranque de heroísmo gratuito una vez en la vida. En realidad, tal heroísmo se fundaba en un motivo: el ego azulado por una muchacha de genio fuerte, si bien él jamás vería la situación desde ese ángulo.

Y si el destino se mostraba irónico al brindar la oportunidad de que el ladino deviniera héroe, él no estaba satisfecho. Pues Snail, que imaginaba el momento glorioso ante el Rey sentado en un trono, o al menos ante Anisio o Axel Branford recibéndolo en la Sala Redonda, se topaba de frente con... ¡eso! Era muy triste admitir que su momento de gloria sería atestiguado ¡tan sólo por un... grotesco hombre-sapo envuelto en mantos como una momia salida del circo de las aberraciones, con cara de alguien que padeciera estreñimiento! Snail no reconocía a aquello como el príncipe Anisio, pues no era la madre del muchacho para reconocerlo sin su piel humana. ¡Peor todavía! ¡Insatisfecho con convertirlo en un payaso, el destino aún ponía a la aberración al lado de un enano barbón, prieto y refunfuñón, que a saber de dónde habían salido! Y para mayor colmo, un enano hosco, como si su existencia no fuera ya motivo suficiente para estar de mal humor.

Al menos surgió una luz para evitar que la situación se tornara más deshonrosa de lo que ya era para la memoria de su fallecido padre, al menos en la mente de Snail: la reina Terra, a la que Snail sí tuvo el placer de contarle su información de oro:

—Su reina, su alteza, soy Snail Galford y he venido hasta aquí a ver a su majestad, Primo Branford.

Snail no tenía la menor idea si estaba usando los términos correctos, y no lo hacía. En ese caso, la ignorancia resultaba mucho mejor para él, pues evitaba que la piel negra se volviera roja. Para comenzar, presentarse a una reina con su pañuelo típico ya constituía una ofensa, y dirigirse a su autoridad como «su reina, su alteza», en vez

de «su majestad», ya era motivo para que Anisio le endilgara un sermón histórico, de haberse hallado en condiciones físicas para hacerse respetar. Como a nadie le importaban los errores de Snail, pues estaban mucho más interesados en lo que tenía que decir, la reina trató de apresurarlo:

—El porqué de tu presencia ya me fue informado. Primo, mi marido y Rey, te nombró agente doble de la corona —las palabras de la reina eran frías y ocultaban el deseo de terminar con esa parte lo más rápido posible—. Por lo tanto, te pido que no pierdas más tiempo y cuentes ya lo que debas decir.

—Sí, mi reina —esta vez utilizó un término mucho mejor que «su reina, su alteza», puedes estar seguro—. Vengo a informarle que descubrí la ubicación del escondrijo donde la reina y la princesa de Stallia son mantenidas prisioneras.

Los extraños ojos híbridos de Anisio se abrieron. Deseaba aquella información más que cualquier otra cosa.

—Se perforaron muchos túneles subterráneos, para crear una especie de red de túneles intercomunicados e instalar grandes tuberías que desembocan en las fosas del mar de Andreanne. Tales cavernas se patrullaron durante un tiempo, pero después se olvidaron, a partir de lo cual se generaron muchas historias de terror para asustar a niños y adultos. ¡Pues es allí donde el grupo conocido como las Sombras se mantuvo escondido todo este tiempo, y también allí donde se encuentran la reina y la princesa de Stallia!

¡El humanoide saltó y rompió una vidriera del Gran Palacio!

Fue una reacción impulsiva e irracional, tal como debería funcionar el cerebro de un sapo, por encima del buen sentido de un humano. Snail quedó atontado por la reacción, pero no por mucho tiempo. Habría permanecido así si supiera que se dirigía al lugar que él mismo acababa de revelar, pues consideraría a todos los sapos humanoides y pegajosos del mundo suicidas en potencia. Como no lo sabía, al final no pensó nada.

La reina se levantó en un impulso y se volvió hacia el Maestre Enano.

—Maestre Enano, sé que no tengo derecho a pedirle esto, pero...

—Su majestad —y con la manifestación del enano refunfuñón, Snail descubrió al fin el término correcto a utilizarse con las reinas («¡El mismo que para el Rey, caray!»)—, la mitad de las Siete Montañas que mis hermanos y yo defendemos como morada se localiza en este reino, y eso hace de vuestra persona mi reina también. Soy yo el que no tengo derecho a rehusarme a nada que me pida. Y cada vez me sorprende más de cómo la estupidez humana, que en mi opinión es tan idiota como heroica... sin que me lo tome a mal...

—No tenga reparos en decirme su opinión sobre los humanos, Maestre Ira. Sé muy bien cuán imprevisibles pueden ser cuando son puestos a prueba.

—¡Oh, qué cabeza la mía! —el Maestre Ira no recordaba ni un poco a aquel

enano refunfuñón de antes. Por una vez, la ira parecía ceder su lugar a la paciencia—. Haga lo que crea que debe hacer, reina Terra. Yo, el Maestre Ira, llamado por los hombres Maestre Irritado, uno de los siete Maestres Enanos de las Siete Montañas de Nueva Éter, hago un juramento solemne de que acompañaré a los soldados de este reino y traeré a su hijo de vuelta...

¿«Hijo», «Maestre Enano», «Siete Montañas»? ¿Es que Snail se estaba volviendo loco o aquella aberración que había saltado por la ventana en verdad era el príncipe Anisio Branford? ¡Sólo aquel enano ante él parecía capaz de destruir una taberna o dos! Llegó a pensar si sería preciso que él mismo partiera acompañado de una tropa para aplastar a aquel bando estúpido de Sombras.

—En cuanto a ti, señor Galford. —Snail notó que era la primera vez que le decían «señor», y viniendo de una reina se sentía más que feliz por eso—, acepta esto como pago. Ahora, por favor, déjame, pues es la hora en que debo enfrentar mi destino...

Snail agarró una bolsa que, al moverla, parecía contener una buena recompensa. Pensó en lo que diría su padre. Pensó que un verdadero héroe, en su lugar, rechazaría la bolsa de dinero, pues los héroes no viven del heroísmo: lo practican. Al menos eso era lo que decían los cuentos que rara vez tenía la paciencia de escuchar. Sí, ya no albergaba dudas de que un verdadero héroe rechazaría aquella bolsa, probablemente atiborrada de monedas de reyes.

Por eso tuvo la certeza de que no era un héroe, pues salió en dirección al caballo que había tomado prestado con una sonrisa en los labios y la felicidad de haber sido recompensado por una buena acción. Hasta se sintió bien por eso. Tal vez Primo lo aceptara en el futuro entre sus filas de espionaje. De repente la vida de espía comenzaba a parecerle mucho más interesante que la de agente doble, el cual está en medio de dos patrones. Ahora ya había elegido al suyo. Y así acababa de divulgar una información que representaba el exterminio del único grupo criminal aún activo en la ciudad. ¡Sí, él había descubierto y revelado aquel lugar! No veía ningún problema en que resultara bien pagado por eso.

Entonces recordó a Liriel Gabbiani, y la frase que le ordenaba «ayudar a alguien gratis, al menos una vez en la vida». De nuevo había caído en la tentación y vendido información. Y aquello parecía molestarle todavía menos. Pues no, no era un héroe ni tenía necesidad de serlo. Aquel día había dado a su padre un motivo suficiente para enorgullecerse de él por más de cuatro o cinco vidas enteras.

Que los verdaderos héroes fueran a salvar a sus princesas.

—¡Clérigo Thamasa! —gritó el príncipe mientras se acercaba a la escalinata. —¡Atrás de él, una comitiva formada por *madame* Viotti, el profesor Sabino von Fígaro, los hermanos Hanson, Ariane Narin, el trol ceniciento Muralla y dos docenas de soldados intentaban seguir sus pasos. Otras decenas seguían alrededor de la plaza por si ocurría algún imprevisto de última hora. Tal como estaban las cosas, cualquier cosa podía ocurrir.

—¡Saludos, príncipe Axel Branford! Qué bueno que esté aquí. Me encontraba a la espera de que su padre me llamara para absolver el alma de una condenada, pero comencé a sentir un éter sucio que parece estar presente en la región.

—¡Otros también han experimentado esa macabra sensación, clérigo! Y cuento con razones específicas para decir que esa fuente tan poderosa viene de la catedral.

—¿Cómo? —el clérigo se asustó—. Desde hace tiempo he percibido una energía negativa que me molesta dentro del templo, pero todos los días limpio el éter de esta casa para que pueda captar e invocar la luz semidivina en las ceremonias.

—No hay duda de que hace bien su trabajo, clérigo —*madame* Viotti tomó la palabra, y Cecil Thamasa tuvo que mantenerse fiel a lo que había aprendido, sobre todo en cuanto al respeto para no juzgar de manera apresurada a sus semejantes, para no preguntar cómo una mística se atrevía a decirle a un clérigo cómo hacer su trabajo—. Sólo que una fuerza mayor parece esconderse por debajo de su manto.

—Imposible —y Cecil Thamasa entró en el templo, seguido del príncipe y su comitiva. Entre los soldados que acompañaron la entrada al lugar, uno de ellos tenía rango de capitán, y Axel se dirigió a él:

—Capitán, de todos los lugares revisados en busca de brujas durante mi ausencia, ¿alguien revisó la Catedral de la Sagrada Creación? —por la cara de Axel, la pregunta iba en serio.

—Imagino que... no, su alteza —el capitán tardó en responder, y su tono de voz era débil—. Este sería el último lugar que pensaríamos revisar...

—Príncipe, estamos hablando de un sitio semidivino. Nadie osaría... —Cecil Thamasa no terminó la frase.

—Mi capitán me acaba de dar el mejor motivo para que eso sea posible, clérigo.

Todos avanzaron por el pasillo entre las bancas, observando los alrededores con susto y cautela, como si fueran ladrones inexpertos invadiendo su primera residencia. Cada cuadro parecía mirarlos como si estuviera vivo, y las estatuas daban la impresión de que cobrarían vida y se arrojarían a sus cuellos en cualquier momento. Hasta la sagrada Piedra de la Creación del fallecido clérigo Manson, en lo alto del arco erguido en el centro de la catedral, parecía brillar distinto con su luz encarnada.

Sin embargo, no había un rincón que no estuviera limpio y reluciente. Cecil Thamasa cuidaba de aquel lugar con gran amor y dedicación, y por eso se sentía insultado con lo que estaba viendo. Sin embargo, algo le decía que aquello se debía hacer, pues la oscilación energética que observaba desde hacía tiempo no podía ser normal, sobre todo en vista de los últimos eventos religiosos.

Llegaron al fondo de la catedral, donde estaba el altar. Nada parecía ocultar un escondrijo, a no ser que las brujas fueran capaces de ocultarse en las rendijas.

El clérigo tomó la palabra:

—Fuera de lo que están viendo, tenemos mi cuarto a la derecha y la despensa al fondo. Nada más existe en esta casa del Creador que pueda ser revisado.

—¿Y el depósito de vinos? —preguntó Sabino.

—¿Depósito de vinos? Mi señor, no existe algo así en la catedral —dijo Cecil, sonriendo un poco.

—¿Qué sabe sobre eso, profesor? —preguntó Axel.

—Hace muchos años, cuando todavía era un niño de la edad de esos dos. — Sabino señaló a João y a Ariane—, recuerdo bien al clérigo que conducía las letanías en esta catedral. El clérigo Monseñor, ciertamente el más excéntrico de toda la historia de Nueva Éter —y cuando se era llamado «excéntrico» por Sabino se trataba de una cuestión digna de notarse.

—Adelante —la orden partió del príncipe, que no quería perder tiempo escuchando detalles sobre un clérigo fallecido hacía mucho, inútiles para la situación actual.

—¡Oh, claro! Una de las diferencias de Monseñor respecto de los otros clérigos era que no usaba la Piedra de la Creación para transformar el agua en vino. Se trataba de un coleccionador nato, que montó una cava en el subsuelo de esta construcción. A veces nos mostraba el lugar a nosotros, los niños, y nos enseñaba a cultivar buenos vinos para aprovecharlos con placer cuando alcanzáramos la mayoría de edad.

—Pero... pero el clérigo Manson nunca mencionó... —Cecil se sorprendió.

—A lo mejor no tuvo la oportunidad, pues ya estaba muy enfermo cuando llegaste, ¿no, clérigo? Probablemente se olvidó de mencionar el lugar. ¡Incluso tal vez

ya lo había deshabilitado! El clérigo Manson vendió algunas botellas de vinos antiguos a precios altos. ¿O cómo crees que financió las reformas a la catedral?

—¿Usted se acuerda dónde estaba la entrada a esa bodega, profesor? —preguntó el príncipe.

—Claro, detrás del altar —y de nuevo Cecil Tahamasa casi sufrió un ataque al corazón al escuchar a Sabino; hasta aquel día ni siquiera había sospechado algo así.

—¡Apártenlo! —fue la orden del príncipe a los bien dispuestos soldados, que corrieron a mover el altar sin ceremonias. El tapete rojo que se extendía hasta la pared fue arrancado con rapidez.

Allí no había nada.

—Ya estarán satisfechos —dijo el clérigo, ofendido—. Creo que ya profanaron bastante esta casa del Creador, ¿no están de acuerdo? ¡Estamos viendo que no existe tal bodega!

—¡Eso es lo que pretenden que usted piense, clérigo! —dijo *madame* Viotti, colocándose al frente del grupo—. Es posible engañar a muchas personas durante mucho tiempo, mas no a todas las personas a la vez.

Madame Viotti cerró los ojos y comenzó a decir palabras en una lengua que ciertamente no era la altiva. Cecil, que ya no aguantaba más lo que le hacían a la catedral, no permitiría que aquella bruja celebrara negros rituales. Sin embargo, la mirada que Axel le lanzó cuando amenazó con abrir la boca lo hizo retroceder, con la seguridad de que sería recriminado allí, delante de hombres con los cuales necesitaba conservar su calidad moral.

—¿Quién es esa mujer? —preguntó el clérigo, irritado.

—La que usted iba a absolver... —refunfuñó el príncipe, empeorando el estado de agitación del joven sacerdote.

Entonces el suelo comenzó a tomar otro color, como si un pintor viera la tinta recién pintada comenzando a revolverse y a arrastrarse como un reptil. El viento invadió el lugar, ruidoso, moviendo cortinajes. La luz comenzó a pelear contra la oscuridad. La claridad local aumentaba y disminuía. La sensación era que la nada y el vacío combatían, mientras que el viento, invisible, les seguía los talones para erizar los cabellos de los más cautelosos. El propio Sabino, en el auge de la experiencia, sintió que estos se le erizaban cuando se halló frente a frente con la práctica del arte de las tinieblas.

Ariane Narin y João Hanson se fueron apartando por los pasillos hasta la salida, con un enorme temor de que ocurriera lo peor. Y allí, en el arranque de la escalinata de acceso al templo, Ariane vio que la Banshee seguía mirando atentamente hacia donde estaban. Apenas ahora se daba cuenta de que cuando había observado a *madame* Viotti amarrada al poste, a punto de ser quemada, la Banshee no lloraba en su forma característica.

Sólo observaba.

Era como si supiera que la bruja no moriría en la hoguera. Sin embargo, el hecho de que permaneciera allí era el preludio de que algo en verdad malo estaba ocurriendo o muy pronto sucedería. Ariane ni siquiera se atrevió a pensar en alguien tan importante al grado de que su muerte fuera motivo para que la Banshee se apareciera en aquel lugar tan cercano para avisar de su partida. Intentó adivinar el nombre de la próxima persona, además de ella, que vería a aquella mujer allí, de pie, para firmar con ello su destino fatal. El corazón de la niña se disparó, los pulmones perdieron el aire y la voz se le heló en la garganta cuando escuchó la frase:

—Qué rara aquella mujer de rojo, ¿no? Y parece que está llorando...

La voz era de João Hanson.

Y la niña advirtió que una lágrima descendía por un solo lado de su rostro.

Silencio.

Alrededor, rostros boquiabiertos. *Madame* Viotti acababa de descubrir y demostrar a todos allí, incluso a aquel clérigo escéptico, qué impedía a las personas ver la entrada de una bodega tan real como ellos mismos.

Entonces la nariz de João Hanson explotó en sangre. Su aura había reconocido la peor de las energías negativas en el motivo de aquella brujería.

Hipnosis negra.

Liriel Gabbiani estaba en la pista, al lado de una pila de libros que leía acostada. Algunas antorchas iluminaban el lugar. Liriel era el tipo de persona que no tomaba en serio las advertencias de que eso le perjudicaría la vista, al grado de que algún día necesitaría usar lentes. Casi todo el elenco se había ido a divertirse, si es que aún había lugares para hacer tal cosa en Andreanne, pues aquel era un día de asueto y no había presentaciones en el día del agua. Ella prefirió quedarse sola, concentrada y en silencio, leyendo buenos libros que le abrieran la mente a nuevas ideas. Pero la iluminación ya estaba exageradamente baja como para hacer confortable la lectura. Entonces disminuyó todavía más. Hasta que casi no hubo iluminación alguna.

Liriel se levantó de un salto, asustada. Los ojos muy abiertos, intentando acostumbrarse a las nuevas condiciones de luminosidad. La adrenalina corría a montones por su torrente sanguíneo debido al temor. Había andado medio paranoica tras saber del genocidio del extinto grupo de los Fantasmas, y momentos como ese sólo fortalecían su paranoia.

Aquello era bueno, por su propio bien.

Tal vez fue la preparación física y psicológica para el peligro lo que la hizo escapar de una fina lámina cuya dirección era obvia: su corazón. Y habría acertado si ella no hubiera doblado el cuerpo hacia atrás, como en un típico número circense.

Caminó hacia atrás sobre la punta de los pies, como una bailarina. Deseaba no hacer ruido, entender lo que ocurría y huir, según el número de personas que anduvieran por allí. Nadie la superaba en invasión, acrobacias e incluso movimientos improvisados, pero el combate corporal era algo fuera de sus atributos.

Sintió un rasgón en las espaldas. ¡Gritó! Otro más en las costillas. Esquivó un tercero. Saltó hacia atrás con una acrobacia circense. Presintió un puñal persiguiéndola más rápido de lo que podía eludirlo. Liriel se dejó caer como si hubiera tropezado con sus propios pies, y giró tres veces después de tocar el suelo. No podía levantarse. No había tropezado con sus propios pies: ¡tenía clavado el puñal

que un momento antes la perseguía a la altura del hombro izquierdo!

El dolor era punzante. Su verdugo se aproximó y, aunque casi sin luz, vio que se trataba de alguien pintado como los payasos de circo, cubriéndole el rostro. Sin embargo, no tenía más tiempo para pensar en esas cosas, como tampoco se consideraba lista para aceptar su destino, si es que este era la muerte. El dolor en el hombro pulsaba a cada movimiento.

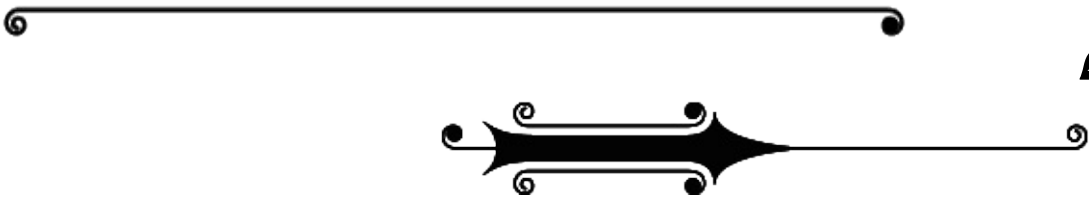
—Nada personal, muchacha. Son sólo negocios. Tienes que entender... —dijo la voz de su asesino—. ¡Corazón de Cocodrilo te manda saludos! Y te garantizo que haré que te acuerdes muy bien de él durante las próximas horas...

Liriel relacionó el nombre con la figura de aquel ladronzuelo despreciable que la había visitado más temprano. Tal vez esa era la maldita información que había intentado darle, antes de que ella lo echara como a un perro callejero. Si tenía razón, entonces comenzaría a aceptar su destino. Pagaría el precio por su tontería, pues las personas tontas no tenían nada qué hacer en el ramo que ella había elegido.

Fue cuando cerró los ojos, a la espera de la muerte.

Y escuchó dos láminas que se rozaron dos veces una contra la otra, creando chispas en el escenario sombrío, las cuales recordaban los movimientos de un matador a punto de sacrificar a un buey. Sólo más tarde descubriría que aquel sonido no provenía de su victimario. Era de una tercera persona, también oculta en la oscuridad. Exactamente como una sombra.

—Oye, bufón, ¿por qué no te vas a decirle esas cosas bajas a la gente de tu ralea?



Por fin había descubierto una ventaja en la piel y en su macabra simbiosis de anfibio. Anisio llegó adonde quería mucho más rápido de lo que imaginó, con su feyo movimiento grotesco, asustando a los plebeyos que veían al cada vez más monstruoso humanoide cruzar las calles en saltos de cinco, seis, siete metros, a una velocidad increíble y sobrenatural. La determinación de encontrar a su princesa era casi una obsesión, y el instinto animal se sobreponía a cada instante al raciocinio humano, lo cual resultaba preocupante.

Conocía de corazón el mapa de Andreanne; había pasado la vida entera estudiando para ser el Rey perfecto. Se acordaba de atajos e incluso de entradas alternativas a los túneles subterráneos, los cuales pensó que nunca necesitaría usar, pero aun así se había esforzado por conocer. Y digo más, entró en aquellos subterráneos con aquel horrible movimiento característico, que en un primer momento asustaba y acto seguido causaba náuseas y repugnancia, pues era asqueroso para cualquier ser humano ver a semejante humanoide saltar y rebotar de un lado a otro. Cualquiera de estos dos estados resultaba perfecto para Anisio, que pasaba entre los hombres de las Sombras como un tifón verde y descontrolado. Ellos mismos le abrían camino, asustados y en extremo temerosos, porque descubrieron que eran ciertas las leyendas sobre monstruos en esos subterráneos.

Anisio buscó a su amada princesa Blanca en muchos sitios de aquella red de túneles, en sus ductos y en muchas aberturas de aquellas cavernas, una después de otra, con una determinación imperturbable e incansable. Nada le impediría llegar hasta ella. No le importaba qué pensara Blanca de su aspecto ni cuál sería su reacción; sólo necesitaba saber que ella estaba bien. Y si bien nadie se lo impediría, entonces a nadie le extrañará saber que, de tanto buscar en aquellos subterráneos y acabar con la sanidad de las peores especies que vivían en aquellos agujeros, la encontró.

Estaba al final de un corredor, con la expresión de quien no ha comido en horas.

A su lado se encontraba un Sombra grande y fuerte, con una espada de dos manos que asustaría a cualquier rehén. La visión llenó a Anisio Branford de rabia por la impotencia de poseer esa forma maldita y por la audacia de esos hombres, que se atrevían a amenazar a una princesa como aquella.

A su princesa.

El hombre soltó el arma y cayó sentado hacia atrás al ver al inmenso humanoide verde saltarle encima. Anisio se detuvo frente a la princesa y ningún otro Sombra se atrevió a avanzar por aquel corredor estrecho para aproximarse. Observaban si devoraría a la chica, lo que les provocaría indiferencia, pues la reina Rosalía hacía mucho había sido trasladada por Jamil, y si aquella princesa continuaba viva era sólo para una futura negociación de rescate con los reinos de Stallia o Arzallum.

Además, si sirviera de alimento para ese bicho inmundo, entonces él quizá se satisficiera y se largara, o entonces sería más fácil perforarlo con una fría cuchilla. Así, los Sombras que miraban desde el estrecho corredor rogaron para que aquella inmensa boca se abriera y engullera a la joven de un solo bocado.

La princesa Blanca no conocía los detalles, por lo que la primera reacción fue de terror y repulsión. No se apartó más sólo porque estaba acorralada en el fondo del túnel. Y si su destino hubiera sido incluso servir de comida a un hombre-sapo, no habría logrado huir de él. Fue entonces cuando escuchó la voz de aquel ser monstruoso y el mundo perdió su sentido.

—Por favor... No me mires así. Tú no. Gracias al Creador que no te pasó nada malo...

Blanca no reconoció a su novio, menos aún en aquella fase final en que se encontraba su leprosa simbiosis. Lo que había sido piel humana tenía heridas expuestas, y casi toda la costra formada encima de esa piel era ahora un tejido blando verde y reseco, sucio y con larvas de insectos. Era la última persona a la que habría deseado ver allí. Pero las palabras de la criatura disminuyeron su temor. Al menos la sacaron del miedo a la muerte inminente. Si fuera a morir aquel día, cuando menos no sería en la boca de una aberración.

—Ya vienen. Ellos vienen a salvarte, Blanca. Oré tanto al Creador para que estuvieras bien.

Era verdad. Blanca, sin embargo, aún no entendía nada y se imaginó que esos «ellos» que venían para sacarla de allí pertenecían a una banda de sapos gigantes que invadiría aquel lugar hablando de forma pomposa, la cual no es la mejor visión que se puede esperar del mundo. Independientemente de eso, percibió que aquella criatura no deseaba hacerle daño. Muy por el contrario, en verdad parecía, en el auge de su siniestra existencia, que quería ayudarla.

Y cuando miró a la criatura sin temor, al fin lo reconoció.

Podría estar preso dentro de otra piel claustrofóbica, caminar de manera

animalesca y hablar con la voz distorsionada, pero aún tenía los mismos ojos por detrás del rostro invadido. El mismo factor que posibilitó a la reina Terra reconocer a su propio hijo. No era esa una facultad exclusiva entre madre e hijo, sino también entre amantes verdaderos. Como lo eran aquellas dos almas.

—No... no... no... No puede ser... —la princesa Blanca flaqueó—. No... puede... ser...

—Perdóname... Yo... no quería que me vieras así... —Anisio no sabía ni cómo empezar a hablar. Todo lo que decía era involuntario.

—¡Por el Creador! ¿Qué hicieron contigo? —Blanca estaba impactada, la mano lista para tocar la piel blanda, rugosa y seca.

—Bruja... —y de nuevo nada más tuvo que ser dicho.

Blanca acercó las manos a aquella piel verde y llena de verrugas, sin importarle el frío ni cualquier otra sensación repugnante que transmitiera. Créeme, ella en verdad lo amaba, no sólo porque fuera el futuro Rey perfecto, sino simplemente porque existía. Y su toque fue como un cobertor para un corazón que hacía tiempo sufría en el frío de la soledad enclaustrada.

Anisio, o lo que quedaba de él, se mantenía en una posición mucho más cercana al animal que al hombre, con las piernas y el trasero sosteniendo el cuerpo, los brazos tocando el suelo apenas como apoyo para un ser fatigado. Aún podía pensar como hombre, pero temía que esa facultad fuera sustituida por el instinto. En el fondo, la sensación era como si el hombre estuviera allí y el animal, alrededor, presionando para que los restos del humano quedaran destruidos. Hasta la piel anfibia y leprosa le pesaba como le pesa a un guerrero una armadura, y la sensación era la de un hombre enjaulado en un cuerpo que no se amoldaba con el alma verdadera.

Y Blanca podía ver eso.

Entonces los corazones de ambos latieron como uno solo. La princesa se dirigió hasta el arma caída del antiguo centinela y, con el máximo esfuerzo, la levantó por la lámina, de modo que el acero tocara la piel anfibia. Ahí, la lámina dibujó un símbolo de # a la altura del brazo derecho, derramando sangre roja como la de un hombre.

Entonces la princesa limpió la sangre.

Y tras inspirar lo más profundo que pudo, tocó la herida con los labios y le sopló su fuerza vital.

Magia blanca. Magia que cura.

El cuerpo del hombre-anfibio tembló. Entonces le entró la sensación de que vomitaría las entrañas. Las cuerdas vocales parecían habersele trabado. La vista se le enturbió. Los músculos parecían de piedra y el cuerpo, con el doble de su peso anterior. De un momento a otro, Anisio Branford no pudo ver, oler, escuchar ni sentir. Entonces inspiró fuerte, como una persona que sube a la superficie tras estar a punto de ahogarse. Fue el momento en que la luz se apoderó de aquel subterráneo y sus

formas superaron a las tinieblas. Poco a poco la piel blanda se fue retrayendo, como si toda el agua fuera retirada de aquel cuerpo y sólo quedara carbono. Entonces se escuchó el ruido de un hueso que se quebraba. Y el sonido se repitió. Y otra vez. Y otra vez. La piel verde y llena de verrugas se contorsionó, se arrugó y comenzó a resquebrajarse como vidrio. ¡Todavía se escuchaban los estallidos! ¡Y más y más y más!

El corazón de Blanca Corazón de Nieve latió acelerado, pero vivo como nunca.

¡Y fue así que ella vio quebrarse la piel de sapo, como se quiebra un espejo!

Pedazos y pedazos de piel verde se esparcieron por el suelo, y de allí nacieron lombrices que se arrastraban entre mucosidades y pus. Los restos de aquella cáscara eran un hombre desnudo, lleno de heridas, en posición fetal, que acababa de renacer.

En el brazo derecho del cuerpo, la marca del cuadrado: #.

En el corazón, la fuerza de los sentimientos manifestados por la voluntad e ilimitados por la fe.

Una victoria, sin embargo, nunca viene sin lucha. Cuando aquel bando de Sombras, cada vez más voluminoso, vio a aquella aberración dar paso al primer príncipe de Arzallum, las asustadas láminas se desfundaron con agitación. El príncipe se volvió y lo primero que vio fueron sus manos de guerrero. Ya no había una textura reseca, sino sus tres capas de piel humana. ¡Cinco dedos que podía separar! ¡Y cuánta falta le había hecho el pulgar! Se inclinó y tomó la grandiosa espada de dos manos utilizada para marcarlo, la misma empleada para torturar a su amada y que, como siempre, por ironía del destino, sería su salvación.

Anisio Branford estaba de pie, frente a aquella turba, desnudo y con el cuerpo surcado de heridas. Y aún así aquella visión era la más peligrosa del mundo para esos hombres. Pues mientras su hermano Axel había sido entrenado como un gran pugilista en el combate corporal directo, él, el primer príncipe, se dedicó a otro tipo de entrenamiento, altamente recomendable para monarcas que requieran un día liderar ejércitos en los campos de batalla.

—Amada, viví una odisea para llegar aquí. No te preocupes, que no lo hice para morir en este lugar. Quienes se atrevieron a capturarte pagarán ahora por su osadía. ¡Pues yo, el primer príncipe de Arzallum, Anisio Terra Branford, en este momento convoco a los semidioses de la justicia para que peleen a mi lado, y me declaro juez y ejecutor de la justicia de estos condenados!

Combate en masa.

Esa era la especialidad de Anisio Branford. Y nada mejor que contar con un corredor estrecho, que limitaba el número de personas capaces de atacarlo a la vez, aunque varios centenares estuvieran locos por hacerlo. Ahora yo podría decir que, en ese momento, la turba avanzó sobre el primer príncipe de Arzallum.

Pero eso no le haría justicia a la verdad.

Pues fue el primer príncipe quien avanzó, furioso, contra aquella turba.

Allí estaba la entrada a la bodega de vinos. Y más parecía el camino para uno de los círculos de Aramis.

En realidad siempre había estado allí. Los soldados siguieron las instrucciones del segundo príncipe para tomar conciencia de si deberían ser los primeros en descender o no, una cuestión que no les habría gustado aunque el príncipe lo dispusiera. Lejos de parecer desobediencia, eso sería una consecuencia del rumbo que tomó la situación, como constatarás.

Cecil Thamasa estaba boquiabierto. Es más, sin palabras, como nunca en sus veintiséis años de vida. Una bruja acababa de mostrarle qué tan defectuoso era el espíritu humano, fuera ese humano un clérigo o no. Se dio cuenta también de que los soldados miraban al príncipe, en busca de una orden, y se tomó la libertad de asumir el control de la situación.

—Hermana —y se dirigió a *madame* Viotti—, siento profundamente el mal juicio que realicé de su persona, y espero que perdone a este siervo del Creador. Pido a todos los presentes que se aparten un poco —y fue obedecido—, porque yo, Cecil Thamasa, clérigo entrenado en Quimera, soy el único responsable de esta casa semidivina, y si el mal se vino a esconder debajo de los telones de este lugar, yo soy el responsable directo por no haberlo encontrado antes. ¡Por eso, en este momento invoco el poder del Creador para corregir mi desgracia!

Un momento fantástico. Pocas veces se tenía la oportunidad, aún menos en reinos conocidos por sus bellos cuentos, de ver a un clérigo utilizar la Piedra de la Creación como objeto de acción. La expresión de Cecil Thamasa cambió y se tornó en extremo seria. Sus ojos se cerraron y la mano derecha sujetó con firmeza la piedra roja que traía en el pecho, colgando al cuello de un cordón.

Se pronunciaron palabras en una lengua antigua. Decían que aquel idioma era el utilizado por los semidioses de Nueva Éter. De cualquier forma, fuera cual fuera aquel idioma desconocido, se formó un campo de «vibración» alrededor del clérigo, y

un viento de voluntad controlada levantó una polvareda. Los ojos del clérigo brillaron como estrellas, y los largos cabellos plateados también se agitaron, inquietos con el dislocamiento del aire.

Entonces el clérigo levantó la mano izquierda, y lo que parecía una especie de puño cerrado materializado a partir de una concentración bruta de energía etérea subió casi al techo de aquella catedral, para descender con violencia con el movimiento del clérigo y destruir el piso de madera mediante la horadación de un agujero estridente.

La consecuencia de este acto tan radical fue el descubrimiento de un delito flagrante.

Existen dos tipos de crímenes, considerados los más graves del mundo. Uno de ellos es la práctica de rituales de magia negra; el otro, el regicidio, es decir, el asesinato de un Rey. Y lo que se veía a través de aquel agujero, en el subterráneo de aquella catedral, ¡que el Creador los protegiera!, era un legítimo ejemplo de los dos.

Axel Branford casi enloqueció. Y ya podía hacerlo: su propio padre estaba en aquella bodega, que ahora tenía muchas y valiosas botellas antiguas de vino rotas y esparcidas por el suelo, resultado de un puño de energía bruta que entró sin pedir permiso alguno. El rey estaba acostado en una mesa de madera, amarrado, amordazado y con la expresión de quien no tiene mucho cómo ni por qué reaccionar.

A su lado, acostada en una segunda mesa de madera, estaba Rosalía, la reina de Stallia. Muerta. Un puñal en forma de serpiente clavado en su pecho. La expresión de quien murió angustiada por servir a una forma encarnada del horror. Algunos soldados pensaron en cómo explicarían eso al Rey aliado. Otros, en cómo explicárselo a sí mismos.

Y si había dos docenas de guardias en aquella catedral, también un número parecido, si no incluso un poco mayor, de piratas se localizaba en aquel piso inferior. Diseminados por toda la bodega y tan asustados como las personas que los observaban. Cuando descendió, el puño aplastó a una gran parte de esos mercenarios, que rápidamente habían sacado láminas de distintas formas y tamaños para luchar por su supervivencia.

Obviamente, Jamil Corazón de Cocodrilo, estaba entre ellos.

Pero todavía había una última persona, responsable de que aquellos piratas estuvieran allí y de muchas otras cosas que habían estado sucediendo en fechas recientes en Andreanne, ya fuera directa o indirectamente. Me refiero a la mujer objeto de la cacería, la cual debía haber sido quemada en la hoguera, como casi lo había sido *madame* Viotti en su lugar.

Me refiero a la buscada Bruja.

Era ella quien estaba con un segundo puñal de serpiente levantado con las dos manos, a punto de dejar caer en forma violenta e inmisericorde sobre el pecho de

Primo Branford, antes de que su refugio fuera invadido por soldados iracundos.

Su existencia era una de las cosas más trágicas que alguien podía tener el disgusto de ver, y una doncella habría vomitado si la observara más de cerca. Al parecer era una mujer con la carne quemada desde la cabeza hasta las rodillas, obligada a llevar enrolladas muchas vendas, lo que le daba el aspecto de estar momificada. Sobre la piel quemada y llena de marcas nacían, en algunos puntos, cabellos chamuscados que se enroscaban por las heridas y daban un aspecto repugnante a las muchas costras de quemadura. Las uñas no habían sido cortadas y crecían con descontrol, curvadas como garras naturales, y sólo los ojos y algunos hilos de cabello desaliñados y duros se destacaban en la cara velada por tiras de tela.

Por muchos años se había ocultado allí. Seis, para ser exactos. Era ella también el motivo de que Cecil Thamasa se sintiera tan mal desde que asumió el puesto, obligado a «limpiar el éter» de la Catedral de la Sagrada Creación todas las noches después de los cultos religiosos. El clérigo también era el motivo de que se anulara el poder negro con aquella actitud diaria. Pero ella no podría mantenerse oculta para siempre. No sólo le había enviado a Primo Branford aquellas cartas que se materializaban. El peor de los piratas había sido también una buena elección para iniciar su proceso de retorno, sus planes de venganza.

No pienses que ella siempre tuvo sólo la región debajo de las rodillas sin quemar. Eso ocurrió después de que la arrojaron en un caldero de agua hirviendo, y eso nada había tenido que ver con la Cacería de Brujas, sino con el efecto de su propia hambre. Seis años atrás había salido a cazar alimento y terminó cazada. En su macabra venganza no necesitaba de un rey ni de una reina para cumplir sus planes. Sólo la reina le serviría para el ritual exigido por el pirata. El rey que estaba a punto de sacrificar era el pago por su trabajo, pues a partir de él había vendido la energía que utilizaría en el vudú contra los dos hermanos.

Su odio se volcaba contra la familia Hanson. Sólo seguía viva para ver a João y sobre todo a María Hanson morir en medio de una profunda angustia. Ellos habían sido el motivo de su ridícula y decadente existencia durante todo ese tiempo. Y ninguno de los dos debería olvidar jamás su nombre ni su apariencia decrepita. Ni el olor a excremento. Ninguno de los dos.

Ninguno de ellos debería olvidarse de Babau, la bruja negra de la macabra Casa de los Dulces.

Una hoja afilada descendió en el pecho del rey. El más grande de todos. De gritos se emitieron al mismo tiempo y enseguida muchos más. El primero de ellos del propio rey, que aulló a causa de un dolor que iba mucho más allá de aquel puñal que le rasgaba la carne. Primo Branford había ido solo a aquel subterráneo, desarmado y sin saber bien lo que hacía. Con todo, él no podía darse cuenta de que su cuerpo era manipulado por una variante aún más poderosa que la maldita hipnosis negra.

Los vudús se basan precisamente en la manipulación del libre albedrío.

Sin embargo, habría sido imposible para una bruja alcanzar aquel estado en un rey consciente. Por eso necesitó de un pirata, el peor de todos, con frialdad y capacidad de raciocinio, además de lo bastante meticuloso para enloquecer a un rey, apartarlo de la salud mental y propiciar así la influencia de una fuerza externa negativa. Como la de la magia negra. Y que ese rey fuera Branford, porque ningún otro monarca se había mostrado más cruel contra los clanes de brujas, fueran negras o blancas, que él. Por eso lo había elegido para el sacrificio.

Enseguida de los gritos del rey gritó también un príncipe, pues Babau prometió, en su amenaza, que Primo no sólo moriría, sino que también sus descendientes cargarían con eso. Y que nadie dude de que Axel Branford se habría martirizado por el resto de su vida imaginando si su padre estaría vivo en caso de que no hubiera decidido partir hacia las Siete Montañas y hubiera permanecido en el reino aquel día. Él sería apenas el primero de los Branford en torturarse por algún motivo similar.

Los soldados pulularon dentro de la bodega, sintiendo el olor del vino derramado en medio de aquella batalla rabiosa, y juraron que no terminarían sin haber dado muerte a cada uno de los piratas. Así la catedral, que debería haber sido un escenario sagrado de paz, se convirtió en un campo de guerra. Aquel era el cuadro perfecto de la luz enfrentando a las tinieblas, el ejemplo insuperable del bien y el mal disputando la supremacía de un punto de vista.

Y hablando del mal y de supremacía, no olvidemos a Corazón de Cocodrilo, que no se tomó la molestia de llevar a cabo los planes de acuerdo con los de la bruja. Para nada. Había una tercera mesa en aquella bodega. Y un tercer cuerpo moribundo, que parecía enfermo y de mucha edad, yacía sobre él. Aquel ser ya había visto a la Banshee, pero Jamil insistía en engañar a la muerte.

Y créeme que, si bien de manera grotesca, aquello era por amor. El amor de un hijo que no quería ver morir a su padre. A la postre aquel pirata había hecho tanto estrago en la ciudad capital del mayor de los reinos sólo para intentar con desesperación correr contra el tiempo e impedir que la muerte le arrebatara a su siniestro progenitor de aquel plano de la existencia, para llevarlo a sentarse al lado izquierdo de Bruja en las oscuras tierras de Aramis.

Se trataba de impedir que la muerte se llevara a James Garfio, el pirata más frío y sanguinario que había comandado un navío de mercenarios.

Por eso nadie podía imaginar la angustia de Jamil cuando su padre no se levantó como esperaba, cuando la piel de aquel cuerpo viejo y carcomido no rejuveneció, mucho menos el dolor que sintió el hijo cuando la piel rugosa se puso cada vez más pálida, luego esquelética y por último se convirtió en polvo.

El ritual que debía traerlo a la vida sólo había acelerado su muerte.

Y el pirata gritó de odio y vociferó con la furia de un trueno:

—¡Bruja! —y se volvió hacia Babau—. ¡Traicionaste nuestro acuerdo!

—No busques en mí el motivo del fracaso, Cocodrilo —respondió Babau, con una voz que parecía la de una serpiente, si es que estas hablaran—. Si el ritual no funcionó fue porque alguno de los requisitos falló. ¡Y eso hace que el fracaso sea tuyo!

Jamil apretó el puño. Aquella vieja carcomida mentía. Tenía que estar mintiendo, pues la culpa no era suya. No podía serlo. Él había contratado a los mejores para buscar los extraños elementos exigidos para el ritual. Incluso había enviado a más de un cazador de tesoros para buscar el mismo objeto y garantizar su posesión. Enloqueció a un Rey y secuestró a una reina. Ese pensamiento lo hizo pensar, por un instante, que el mundo se había detenido. Y el corazón también.



Tal es la sensación de quien se lleva un susto mortal.

Corazón de Cocodrilo recordó entonces a Snail Galford. Y recordó a la joven Fantasma. Y recordó el collar místico de ciento ocho cuentas, el mismo que contenía la concentración de la fuerza de ciento ocho vidas, utilizado por Bruja durante el sombrío ritual. Había pasado la vida manipulando y engañando a las personas. Nunca imaginó que su ruina llegaría aquel otro día, cuando fue manipulado y engañado. ¡El novato! Jamil mal sabía el nombre de Snail Galford, aquel que tan brillantemente lo había engañado. Suerte de principiante, tal vez, pero era incuestionable que lo había enredado en el más grande de los engaños.

La falsa joya fue traída por el negro y utilizada en el ritual.

Allá en lo alto, Axel Branford aún no descendía a la bodega como decenas de soldados ya lo habían hecho. Seguía con la mirada a Jamil, Corazón de Cocodrilo. Nunca lo había visto antes, pero lo reconoció de inmediato. Y lo miró gritar de odio y correr hacia una puerta que, según calculó Axel, conduciría a la escalera. El príncipe corrió en dirección a otra escalera, pues sabía muy bien a dónde daban los accesos de aquella catedral. Un lugar de muchos recuerdos y muchas estrellas.

Estaba a punto de iniciarse un legítimo ajuste de cuentas entre dos hijos sublevados.



Snail avanzó con una daga en cada mano. Su adversario poseía, a su vez, cuchillas en forma de media luna y otro par repartido en cada puño. La oscuridad dificultaba una mejor observación, pero aquellos dos seres, crecidos en callejones y callejuelas oscuras, estaban acostumbrados a combates mortales en tales condiciones.

Dos láminas chocaron. Las chispas crepitaron, viviendo y muriendo en el carbón por un instante. Liriel Gabbiani fue testigo de esa rápida existencia, y le hubiera gustado haber hecho mucho más que aquello para ayudar al hombre que la ayudaba a ella, cualquiera que fuera su motivo. Sin embargo, no se trataba de cobardía: muy por el contrario, sólo se sentía en verdad bloqueada ante la violencia.

¡Snail gritó! Liriel sintió el dolor como si su propia carne hubiera sido rasgada.

Si la iluminación hubiera sido más intensa, ella podría haber visto la sangre manchando la ropa del muchacho, que se contorsionó en cuanto la lámina en forma de media luna le cortó el abdomen. ¡Otro grito! El negro sintió las rodillas flojas y cayó hacia el frente con un segundo corte que descendió en diagonal en la espalda.

Rabia. Eso fue lo que sintió Snail. ¡Rabia por su propia imbecilidad y debilidad ante un adversario estúpido que se pintaba la cara con un gran ojo ridículo en medio de la frente y se autodenominaba Maestro Sombra! Para él, perder una batalla ante un oponente tan merecedor de escarnio habría sido la peor humillación de toda su vida. Además, sabía que ese era el día más feliz para su padre. El día en que había entrado en el Gran Palacio por la puerta del frente, o lo más cercano a eso, y bueno, a pesar de no haber sido recibido exactamente por el príncipe o el Rey como le hubiera gustado, al menos lo hizo la reina-hada. No, no podía dar a su padre la mayor vergüenza justo el día en que le había dado también el mayor orgullo, al perder la vida en un combate contra un adversario de características tan imbéciles.

—Vamos a ver si sigues con tu cinismo irritante, gusano —dijo el Maestro Sombra con desprecio, expresando bien el enojo que sentía contra Snail.

La lámina se movió, y habría sido el fin si Galford no se hubiera recuperado

motivado por la rabia que sentía. Existen personas movidas por amor, es verdad, y esas personas son buenas y puras de corazón. Existen otras movidas por la maldad, y esas lo son más por esencia, aunque algunos sabios afirman que la gente no nace mala, sino que se convierte en tal. De cualquier manera, existe un tercer tipo de persona, que no es buena ni mala y saca de la rabia las mayores fuerzas ante las situaciones en que la vida la coloca.

Snail Galford pertenecía a este tercer tipo.

¡Las llamas nacieron de nuevo y murieron durante el encuentro de láminas, una, dos, tres, cuatro veces! Los hombres bailaban aquella danza mortal en un espectáculo de vida y muerte. El Maestro Sombra gritó, pues no alcanzaba a distinguir el sitio donde el frío acero lo había herido, haciendo brotar la sangre caliente. Un brillo plateado reflejó la luz distante de una antorcha para dar la impresión de que las manos de Snail se habían convertido en un remolino argénteo.

Las láminas siguieron bailando, girando y soltando chispas cuando se encontraban, pero Snail ya no gritaba cuando una u otra lo cortaba en alguna parte. Cada corte sólo aumentaba su ira y su concentración. La obligación de salir victorioso aclaraba su mente.

En definitiva, no perdería esa batalla.

Infundido de tal sentimiento, hizo que ocurriera. Las láminas chocaron y chocaron, y un cuerpo giró hacia un lado, rodeando al enemigo, en medio de la oscuridad. ¡El Maestro Sombra gritó una, dos, tres veces! Intentó acertar en algo, pero nada encontró. Se movió y sintió un corte grave en la pierna. Cayó de rodillas. Ambas piernas en ángulos de noventa grados. Dos cortes paralelos y simultáneos de abajo hacia arriba le rajaron las espaldas. Un grito más. Y ambas láminas le perforaron los pulmones.

El aire se le fue. Y de pronto la vida también.

Liriel escuchó el golpe sordo del cuerpo que caía inerte tras un gemido, y no supo identificar con seguridad quién era la víctima.

—Es... —Liriel quería preguntar quién estaba vivo. Como ambos usaban vestiduras oscuras, no podía ver bien ninguno de los rostros ni sabía cómo formular la frase.

—Soy yo —la voz grave de Snail era fácilmente reconocible—. Lo confirmaría con mi palabra, si fuera el tipo de persona que pudiera dar a alguien su palabra de honor.

—Claro que puedes —suspiró Liriel, aliviada—. Mira, sé que no me porté bien contigo, pero...

—No te atrevas a decir «ponte en mi lugar».

—Cierto. —Liriel sonrió—. Tienes razón. ¿Habrá algún modo de que me perdones?

—No —la respuesta, fría como el hielo, la sorprendió. Mucho.

—¿Ni si yo... aceptara esa sociedad?

—Hum... ¡Bueno! Voy a pensarlo —susurró él, y ella se inflamó de rabia con la respuesta.

—¡Ya, tú, créido! —gritó eufórica, haciendo que Snail sonriera con sinceridad, como pocas veces—. Ahora... espera. Si no viniste aquí a ayudarme por la sociedad que querías hacer conmigo, ¿entonces por qué lo hiciste?

—Decidí seguir tu consejo, porque ese día me pareció propicio para actuar de manera diferente a como estoy acostumbrado. ¿Quieres saber por qué volví en realidad después de ser echado de aquí como un perro, Liriel Gabbiani? Te respondo: decidí hacerle a alguien un favor gratuito, al menos una vez en mi vida.

En las alturas de la Catedral de la Sagrada Creación. Desde pequeño, a Axel Branford le gustaba ir a aquel lugar a observar las estrellas. Aprendió mucho sobre ellas con su padre, pero eso ya no sucedería más. Allí estaba el porqué de ese lamento, y el príncipe pensó que el destino era muy irónico.

—Corazón de Cocodrilo —dijo Axel en son de guerra—. No pienses que descenderás por esa cuerda y huirás de la espada de la justicia otra vez.

Había una cuerda tendida hasta un enorme árbol cercano a la catedral, y el pirata en verdad no se habría tardado en deslizarse por ella.

—¡Ja! ¿Y tú quién eres, príncipe de la plebe, para hablar de qué lado se encuentra la espada de la justicia?

Los dos estaban de pie y se miraban fijamente, iluminados por la luz plateada de la Luna negra.

—¡No te atrevas a manipularme, Cocodrilo! Estoy exento de ese mal, cuando menos con respecto a ti.

—¿Oh, en realidad lo estás? —el pirata se aproximó a él—. Pues debes saber que todo lo que viste suceder es fruto de profundas consecuencias de las actitudes de tu propia familia.

—Buen intento, pero aún veo la lámina de esta espada en tu garganta...

—No entiendes, ¿verdad, príncipe? ¿Cómo podrías? Un hombre nacido en cuna de oro jamás sabría cuán dolorosa es la necesidad de mantenerse fuerte para sobrevivir por sus propias manos...

—El día de hoy tú eres la última persona que puede juzgar el entendimiento de un hombre de bien.

—¿Y en qué te basas para decirlo? ¿En el hecho de que tú eres el héroe y yo tal vez el lobo malo de la historia? ¡No, Axel Branford! ¡Necesitaría matar a uno o dos cientos más de personas para llegarle a tu padre a los talones!

—¡No te atrevas a hablar de mi padre, hijo de asesino!

Ambos vociferaban.

—Ah, ¿entonces por fin vas encontrando semejanzas entre nosotros? —el pirata elevó aún más el tono de voz—. ¿Qué moral podría tener para juzgar a un pirata asesino el hijo de un rey que envió a centenares de inocentes al fuego, como tu propio padre casi lo hizo hoy?

El príncipe guardó silencio por un momento, que se tornó demasiado largo.

—¿Qué pasa? ¿Es triste descubrir que papito no es el rey perfecto de las fábulas de los bardos? ¿Sabes qué comía yo cuando era niño? ¡Sapos! ¡Y los nobles de sangre azul como tú me aventaban agua y orina cuando les pedía un plato de comida! Así que no me vengas a decir que yo soy el lobo malo de esta historia. No, no vengas a decírmelo.

Axel quería responderle algo a la altura. Pero no podía hacerlo. Y eso le hacía explotar el pecho. Las palabras que debía pronunciar simplemente no venían. Entonces descubrió que sencillamente no tenía la experiencia de vida ni el conocimiento adquirido suficientes para enfrentar a alguien de su misma edad, pero que había vivido muchos más años como ese pirata.

—Y qué pena destruir tu visión color de rosa de este país de maravillas. ¡Pero no intentes lanzarme a la cara esa superioridad moral, porque me enoja! —Jamil escupió en el suelo—. Y tu ignorancia y tu cara estúpida me irritan aún más, por saber que existe una plebe tan ignorante como tú, que adora a quien debería combatir. ¡Como yo lo hago y como hice que ese rey inservible percibiera al ponerlo frente al caos! ¡Esa gente idiota no logra entender que ellos tienen vidas miserables como plebeyos, de modo que las personas repugnantes como ustedes, príncipes encantados, vivan en la riqueza, pues un día inventaron que tenían sangre azul! ¡Es para que gente como tú se dé un banquete todas las mañanas, que niños como yo tenían, y aún tienen, que comer sapos o ratas cada día!

—Es mentira...

—¡Descubre una mina de oro, Axel Branford! Y descubre en cuánto tasaré el pago de impuestos la corona de tu padre para ver si logras sostener a tu familia con lo que te queda...

Axel no sabía ni imaginaba cuánto cobraba su padre de impuestos en casos como esos. Anisio sí sabría, pues él había sido entrenado con ese fin. A Axel nunca le importaron tales cosas. Estaba descubriendo, de la peor forma, que para un príncipe no bastaba con memorizar un poco de análisis militar escrito en un libro raro de la biblioteca de su padre, con la intención de impresionar a las muchachas, ni desfilar en calesas reales saludando a la multitud.

—Tú crees que estás del lado bueno de la historia, Branford, porque es gente de tu clase la que gobierna este reino. ¡Si mi gente estuviera al mando, el lobo malo del

cuento de hadas serías tú!

—Tal vez tengas razón en esas locuras que dices, pirata. ¡Pero eso no te permitirá escapar del crimen de regicidio, y por partida doble!

—¿Lloras la muerte de tu padre, Branford? —vociferó de nuevo el pirata—. ¡Yo lloro la del mío! —y el pirata se golpeó con fuerza dos veces en el pecho—. ¿Sientes la muerte de tus soldados? ¡Yo siento la de los míos! ¿Pero sabes cuál es la diferencia entre nosotros, príncipe?

»Que yo soy hijo de un pirata, y tú eres hijo de un rey.

Se hizo el silencio durante varios segundos incómodos.

Y entonces fue roto por un milagro divino.

Tuhanny, el águila-dragón, señora de los cielos, llegó al lugar e iluminó el firmamento con su rastro incandescente, más bello que cualquier otro espectáculo visual de Nueva Éter. Ella fue el único testigo del encuentro entre el príncipe y el pirata, y no se sabe si fue su súbita presencia, pero las palabras llegaron por fin a Axel Terra Branford para que no fuera derrotado.

—Hay algo que ignoras, Corazón de Cocodrilo —dijo el príncipe sin exaltar el tono—. Hablas como si las personas tuvieran la culpa de nacer nobles o no. Y hablas también como si toda la culpa estuviera en la figura exacta de alguien. Pero te voy a recordar un detalle: mi padre no nació noble. Muy al contrario. Creció plebeyo como tú, hijo de un molinero que no tenía ni qué comer, mucho menos la manera de alimentar a tres hijos. Perdió pronto a sus padres y se separó de sus hermanos para que cada uno siguiera su destino. Él y mis tíos alcanzaron cada uno el trono de sus reinos. Sin matar a nadie. Sin manipular a nadie. Porque, al contrario de gente como tú, Corazón de Cocodrilo, ellos no buscaron un culpable para los problemas que debían resolver ni pidieron al Creador que sintiera pena de sus creaciones. Ellos buscaron una solución. Y no la más sencilla...

»Dices que los plebeyos comen ratas para que los nobles se alimenten bien. Pero en vez de modificar esa situación, para que los plebeyos coman bien te limitas a culpar y a atacar a los nobles. ¿Supones que sería distinto si la gente de tu clase estuviera al mando? Te diré qué pasaría: la gente de “mi clase” comería ratas para que la gente «de la tuya» se diera un banquete. Yo no soy hijo de un rey, pirata; ¡soy hijo de un plebeyo que se convirtió en rey! ¡Y si fui creado por el semidiós en la condición en la que lo fui, es porque tengo fe en que el Creador espera algo de mí que un practicante de magia negra jamás comprenderá!

—Tú no pasas de ser un segundo príncipe que cree que el poder se conquista sin muertes. ¡Tu creación no hace la menor diferencia para este reino!

—Quizá —y una espada fue desenvainada—, pero no necesito estar sentado en un trono para hacer la diferencia en un pueblo. Me basta estar de este lado de la historia. El lado correcto. ¡Y a partir de ahora no tengo duda de que fui creado para cazar en

este mundo a la gente de tu ralea, asesino!

Tuhanny soltó su ¡kiai! de semidiós.

Y se inició así la batalla entre el bien y el mal.

U no. Cinco. Diez. Doce. Veinte. Treinta.
Era difícil contar el número de cuerpos que caían, uno tras otro, a un ritmo frenético e imparable. En aquel corredor estrecho, Anisio Branford blandía una espada de dos manos con la perfección más absurda que un ser humano osaría intentar. Varias veces la lámina describió un perfecto ocho horizontal, símbolo del infinito. ¡Muchas, muchas veces dio la impresión de formar un campo mortal alrededor del guerrero desnudo! Las Sombras que se aproximaban iban cayendo una a una, tanto que muchas intentaban regresar o al menos retroceder ante la muerte inminente. Mas no lo conseguían. Porque los que estaban atrás empujaban a los de adelante, y esos iban directo al encuentro de la lámina de la espada giratoria.

Y los hombres al fondo que empujaban a los del frente no lo hacían por ansias de combatir. Eso sólo ocurrió al principio, pero a partir de la mitad de la batalla lo hicieron por miedo. Miedo de ver llegar la derrota sin que nada pudieran hacer. Y sobre todo ellos, que acababan de celebrar el exterminio de sus rivales. Se encontraban acorralados, como ratas en un laberinto. Y si de un lado un príncipe que se convertiría en rey impediría a toda costa que llegaran cerca de su amada, del otro un Maestre Enano prieto y fuerte como un pequeño gigante acumulaba cuerpos con un martillo de piedra que los aniquilaba a decenas, como si estuvieran hechos de la misma paja que un espantapájaros, mediante golpes que estremecían las fibras de la tierra.

Y aun para los mercenarios que no estuvieran en aquel corredor de la muerte, sus emisarios llegarían en forma de los muchos soldados que invadieron aquellos túneles como murciélagos descontrolados. Revisaban cada abertura, cada caverna y cada brecha de aquel lugar.

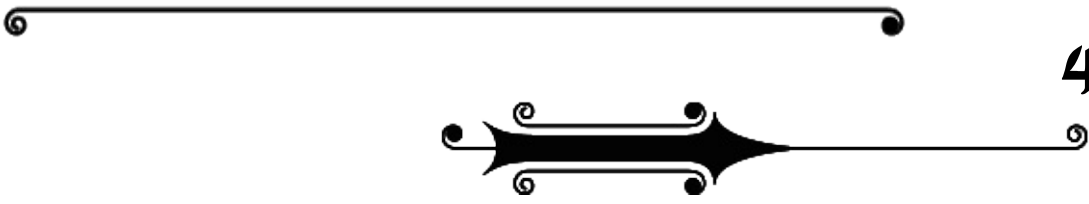
Todos, todos ellos respiraron aliviados cuando Anisio Terra Branford, legítimo primer príncipe de Arzallum, salió de las profundidades de aquel subterráneo, cubierto sólo con un manto sin dueño, y con su prometida, la princesa Blanca, en sus

brazos.

¡Viva!

Los soldados gritaron «¡Hurra!» y agradecieron al Creador por la buena salud, en la medida de lo posible, del príncipe de Arzallum y la princesa de Stallia. Tal vez si supieran lo que ocurría en ese momento en la Catedral de la Sagrada Creación, no lo habrían hecho con tan espontánea muestra de felicidad. Tal vez incluso lloraran de profunda tristeza. Como acaso se arrodillarían, en la forma más tradicional, ante aquella figura real, pues sabrían que, en realidad, ya no estaban en presencia del antiguo príncipe.

Ahora estaban en presencia del nuevo rey.



Cecil Thamasa voló directamente al encuentro de una de las pilastras que sustentaban la Catedral de la Sagrada Creación. En realidad, lo hizo provocado por la acción de una maga negra, que más recordaba a una momia de aspecto pútrido, con las piltrafas y los pedazos de piel colgados o perdiéndose en movimientos más bruscos, cual leprosa.

Los soldados reales enfrentaban y vencían y morían en combate a los piratas de Jamil Corazón de Cocodrilo. Pero ninguno iba directamente hacia la bruja. Tal era el temor que despertaba en el corazón de hombres puros, y digo también de los impuros. Preferían enfrentarse a piratas sanguinarios, hasta que ya no quedara ninguno para ocupar una fría celda en la Jaula, que meterse en la lucha entablada por el clérigo más nuevo de la historia con la bruja que parecía ser una de las más antiguas.

Muralla, el trol ceniciento, protegía a Ariane Narin y a los hermanos Hanson, deshaciendo violentamente con su fuerza descomunal a todo pirata que se atreviera a acercarse demasiado. Verlo en combate era recordar la barbarie que alguna vez dominó las tierras durante la génesis de la historia de las sociedades.

Cecil Thamasa se llevó la mano a su propio pecho, en busca de la sagrada Piedra de la Creación. Su error más desafortunado fue voltear hacia Babau con el objeto de calcular a qué distancia estaba de él. Al mirar a la maga negra, se estableció el contacto visual y la hipnosis negra se activó. El clérigo tembló y entró en estado de choque cuando se dio cuenta de que ya no tenía el control sobre su propio tronco y que le era imposible romper el contacto visual con aquellos siniestros ojos, que más parecían absorber cualquier luz como un auténtico hoyo negro.

Babau movió las manos y las apartó de su propio tronco, como si imitara los movimientos de una cobra, y Cecil vio que sus propias manos hacían lo mismo, sin que él pudiera retomar el control. La desesperación le aceleró los latidos. Y su mano se dirigió a su propio cuello para asfixiarlo como si buscara su propia muerte. La lengua quedó expuesta hacia afuera, los ojos se desorbitaron y el rostro comenzó a

ponerse rojo por la estrangulación a la que él mismo se sometía.

Los presentes quedaron impactados con la escena, lo cual paralizó las acciones, pues no es fácil actuar ante el miedo a lo desconocido o a la maldad suprema. Pero son justo esos momentos los que separan a los héroes de la gente común.

María Hanson, desesperada, se volvió hacia *madame* Viotti, que parecía atónita, pensando qué hacer:

—¡Señora! ¿No puede impedirlo? —y no era tanto una pregunta, sino una súplica.

La pregunta pareció despertar a la vieja maga blanca, que comenzó a pronunciar palabras en una lengua desconocida, mientras cerraba los ojos y se concentraba dentro de sí, que era el mejor lugar para buscar la fe en su Creadora. Otro pequeño gran héroe, el niño Hanson, estaba presente y no parecía dispuesto a depender de nadie para hacer algo, pues fue el joven João quien corrió hacia la bruja y, de un salto, aprovechando la inercia, chocó contra su hombro, impulso que lanzó a la vieja carcomida a algunos metros de distancia. Eso fue suficiente para que *madame* Viotti rompiera la magia negra que afectaba al clérigo. El niño, a su vez, sintió enojo cuando miró su ropa a la altura del hombro y vio la mancha de grasa provocada por el contacto con la piel de la vieja.

—¡Tú! —la voz salía ahogada y ronca, como una moneda arrastrada dentro de una copa de cristal—. ¡Podría vivir mil años y jamás olvidaría tu rostro, pequeño maldito! Mi existencia decrepita sólo se mantuvo hasta ahora en estas condiciones horribles para que yo viviera el momento de ver morir a la pareja de hermanos causantes de mi desgracia.

João Hanson gritó.

No por miedo, créelo. Tampoco me pidas mayores detalles sobre aquella magia negra, pues me eriza la piel sólo pensar en el dolor que aquello debe causar a un ser humano. Magia prohibida. Lo que se manifestaba allí era una magia vedada y poderosa, que abría un hoyo en medio del pecho de la persona, en el centro del círculo energético del tórax, y lo hacía llorar de dolor mientras se contorsionaba, implorando que alguien acabara con su sufrimiento. En realidad, ese corte abierto no era en la carne ni en el cuerpo físico de la persona. Era mucho peor, pues se hacía en el alma, en el cuerpo eterno, y absorbía la energía vital de la víctima de manera áspera. Toda maga negra conocía el alto costo para el que utilizara ese artificio, pero Babau estaba dispuesta a pagar lo que fuera con tal de saciar su sed de venganza.

Y así, molécula a molécula, célula a célula, el cuerpo de João Hanson, hecho de agua y carbono, fue sintiendo que se separaba en la zona afectada, rasgándose poco a poco, justo como el efecto de deshilar el tejido de la ropa cuando un hilo suelto en la trama es jalado continuamente. Y era ese movimiento, la separación, la sensación de rasgarse tejido a tejido de la herida espiritual y la acción de la energía vital

contaminada por la energía destructiva, lo que provocaba aquel dolor lacerante. João Hanson cayó al suelo, convulsionado como si fuera presa de un ataque epiléptico, pidiendo, implorando que aquello terminara.

La hermana entró en desesperación.

—¡Detén esto, bruja! —gritó María, llorando—. ¡Fui yo quien te aventó en ese caldero hirviendo! ¡Fui yo! ¡Si quieres venganza, hazme el mal a mí, pero por el amor del Creador, deja en paz a mi hermano!

—Sí, fuiste tú —siseó Babau—. ¡Cuántas noches no pude dormir pensando en tu rostro desfigurado como lo dejaré ahora! ¡Cuántos vudús traté de hacer con tu cuerpo, pero la limpieza de energía que ese clérigo desgraciado realizaba todos los días en esta maldita catedral me lo impidió! Mi hora ha llegado. Es hora de hacer que todo este tiempo de inexistencia en que esperé por la oportunidad valga la pena, pelo de oveja...

La bruja extendió la mano derecha vendada en dirección a María. La joven se preparó para recibir la energía pesada que fuera, siempre que aquello detuviera el dolor de su hermano.

Y entonces sucedió.

Un agujero explotó en la pared lateral de la catedral, practicado por un auténtico tiro de cañón. Muchos piratas y soldados volaron con el dislocamiento del aire y se lastimaron con las astillas de piedra, vidrio y ladrillo que salieron expulsados con la acción.

La atención se concentró en aquello y toda la lucha cesó.

Los hombres y las mujeres observaron a la figura que entró, exactamente opuesta a los ojos de Babau, de la que parecía emanar toda la luz existente en el lugar, o en cualquier otro. Vestía un traje poco común, brillante, metálico, dorado. Parecía la perfecta representación de las Amazonas de las historias contadas por las bardas, pero en una versión de mayor magnificencia.

Hablo en serio cuando digo que aun soldados y piratas interrumpieron la batalla para observar a aquel ser. Pero, también, ¿cómo se podría evitar esa reacción? La impresión general fue que todos habían sido creados y vivido hasta ese momento sólo para contemplar esa visión. La criatura que entraba en el campo de batalla sólo tenía algunas piezas metálicas y ornamentos dorados, pero su aura de luz dorada pulsaba con tal intensidad, que cualquier especie, humana, trol, sapo o enano, si estuviera allí, habría sido capaz de verla o sentirla.

Y sería otra mentira decir que la maga negra no tembló. Cualquier otra en su lugar también lo habría hecho. Si bien no estaba ante un Rey, ni de un primero o segundo príncipe, ni de un trol ceniciento ni incluso de un Maestro Enano, se encontraba ante algo mucho peor que todos esos oponentes juntos.

Estaba ante una reina-hada.

Y sabía que acababa de matar a su rey. Terra Branford estaba allí como jueza y ejecutora, lista para imponer contra la bruja la justicia que merecía. Su figura era imponente, y la mirada denunciaba lo que estaba sucediendo. La reina estaba allí para cambiar su propia esencia etérea, su propia vida como avatar, por una justicia semidivina. Y el Creador aceptó la propuesta, pues era una manera perfecta para hacer que Babau pagara por usar la magia que los propios semidioses habían prohibido expresamente.

Terra extrajo su varita de guerra y el objeto mágico pulsó con un solo y puro cuerpo de luz. Babau tragó en seco y al fin entendió lo que sentiría y descubriría en carne propia.

Las hadas no siempre son buenas, como narran los bardos.

Un choque de láminas. Otro. Un tercero. Un golpe directo. La cabeza de Jamil, el pirata, fue proyectada violentamente hacia atrás con el golpe. Axel Branford no esperó a que este se recuperara del puñetazo y la lámina marcó una nueva línea desde el hombro izquierdo hasta debajo de la tetilla derecha de su oponente, que se asustó y saltó hacia atrás para no acabar con otra línea similar en el abdomen. Las láminas chocaron una, dos, cuatro veces más. Los ojos se encontraron y las caras gesticularon, aunque la mayoría de las veces la expresión fuera de seriedad. Los dos adversarios a muerte despreciaban sus mutuas existencias, pero se respetaban como combatientes. La lámina del cuchillo acertó en una arteria de Axel y la sangre comenzó a correr. El príncipe no sobreviviría si la lucha se prolongaba demasiado, aunque el líquido caliente no le permitiera percibir ni sentir el golpe. El puñal que le acertó estaba en la mano antes libre de Jamil, experto en aplicar golpes invisibles como aquel. Entonces la espada del pirata giró y también lo hizo la del príncipe, que cayó de las manos reales.

Desarmado, Axel Branford fue cortado en tres sitios que parecían uno solo. Más tarde descubriría que los golpes habían sido en el muslo, en el codo —como reacción natural de defensa— y en el antebrazo. Podría haber perdido un miembro si cualquiera de esos golpes hubiera sido más profundo o mejor aplicado. Desarmado, de seguro habría resultado muerto, pero un detalle lo salvó: su refinado y riguroso entrenamiento de pugilismo. El príncipe utilizó su agilidad para esquivar los ataques directos, moviendo el cuerpo en ángulos improbables. Se ejecutó una danza y el pirata se irritó al no conseguir de inmediato lo que parecía tan simple si hubiera sido razonado con frialdad: rematar a un hombre desarmado y herido. Pero Jamil no sólo no acertó en el blanco deseado, sino que también recibió un golpe en el epigastrio, debajo del esternón, en la región conocida también como «boca del estómago», que le sacó todo el aire. Cuando el cuerpo se le dobló, un golpe corto y preciso de abajo hacia arriba le acertó violentamente en el ojo y le provocó un «estímulo intenso del

vago». Jamil en realidad no tenía idea alguna de lo que estaba ocurriendo y Axel no perdonó a su oponente cuando lo vio en esa situación.

Una secuencia.

Jab. Jab. Directo. Jab. Directo. Jab. Directo. Jab. Gancho.

Tuhanny lanzó de nuevo su ¡kiai! Jamil se fue echando hacia atrás, confundido, imaginando que se desmayaría en cualquier momento. Sin embargo, no soltaba la espada que tenía en las manos. Sabía que el príncipe se le venía encima y lo cortó por casualidad en el abdomen, aunque nunca se enteró, porque Branford parecía inmune a cualquier tipo de dolor.

Jab. Jab. Swing. Swing. Uppercut.

El cráneo del pirata sufrió una enorme presión, próximo a una conmoción cerebral. El ojo izquierdo estaba ciego de tantos golpes, y la lámina al fin se soltó de sus manos. Cayendo hacia atrás, tropezó con el borde del tejado y casi se precipitó muchos metros abajo. Se sujetó con mucha dificultad en el alero, sin saber muy bien lo que hacía, actuando apenas por instinto y nada más. Entonces el pirata se irguió, aliviado de haber evitado la muerte por sólo unos instantes.

Y se arrepintió de haberlo hecho.

Sólo sobrevivió para ver de nuevo a la Muerte que lo observaba. Esta vez no había allí ninguna mujer de cabellos rojos que llorara por él, lo que demostraba el desprecio de la propia Muerte hacia él. Pero había otra figura allí, y tal vez ella por sí sola fuera mucho más aterradora que una familia entera de mujeres de cabellos rojos y vestidos carmesíes. Había allí un príncipe airado, plagado de marcas de batalla y heridas que sangraban, con la respiración jadeante, ávido de justicia y con la espada del pirata en las manos.

Jamil gritó cuando la lámina le arrancó un pedazo de la pierna derecha, con lo que se eliminó cualquier intento por equilibrarse y mantenerse en pie, obligándolo a caer desde lo alto de la catedral. Axel escuchó los gritos. Recordó a su padre y todo por lo que su progenitor había pasado en su ausencia. De nuevo se preguntó si había tomado la decisión correcta, y entonces dejó de culparse, por lo menos en ese momento, pues ya no escuchó nada más. Ya no vio nada más. La oscuridad y el vacío se apoderaron de su cuerpo, las rodillas perdieron las fuerzas y el tronco se derrumbó.

Un águila-dragón chilló lo más alto que pudo.

El príncipe jamás la oyó.

Hipnosis negra, vudú, manipulación de energía vital. Nada estaba funcionando, y la bruja tembló de miedo por eso. Veía de lejos a su ejecutora que se aproximaba, como muchas otras personas en épocas pasadas, cuando ella misma se convirtió en su tormento. Con un movimiento brusco, Babau invocó al elemento aire, que apenas la obedeció por obligación, pues no tenía las menores ganas de ser utilizado ya por una maga negra, y menos para cometer un crimen aún mayor que asesinar a un rey: atacar a un hada.

Con la agitación del aire, una estatua cercana, con la imagen de un semidiós de largas barbas negras y uno de los grandes semidioses representantes de la libertad, cayó de su pedestal encima del hada que avanzaba con furia, y Babau tuvo tiempo de suspirar al menos por un instante.

Todo para después desesperarse más.

Tal vez la bruja había olvidado que las hadas pueden volver sus cuerpos más ligeros que el éter y ser así invisibles a los ojos de las personas. Y volverse aún más ligera que el éter presente en todo lugar representa mucho más que volverse invisible, pues implica volverse al mismo tiempo intangible.

La estatua descendió y se quebró, como si no hubiera nada debajo de sí en su caída. Su materia no era, y jamás lo sería, lo bastante sublime para alcanzar a un ser de tamaña grandeza. Nada, ni el hierro frío, haría daño a un ser como aquel. Sí, las hadas en verdad eran avatares del semidiós Creador, aquel que dio la sagrada creación a todas aquellas personas.

—Se acabó, Babau —dijo el hada Terra—. Hace tiempo que profanas este lugar sagrado y has desafiado con eso el poder de los semidioses. Sin embargo, hoy tuviste la osadía de infringir directamente tres leyes semidivinas y no serás perdonada por eso. En este momento se te retira la Ley del Libre Albedrío y tu existencia se extinguirá para siempre.

Cecil Thamasa se levantó poco a poco. Lo que estaba ocurriendo era el momento

más emocionante de su vida y no era preciso ser un clérigo para entender por qué. Bastaría con estar allí. Bastaría con tener fe. Bastaría con existir. Cada persona presente entendía que no era, en realidad, un hada la que se manifestaba. Era el propio semidiós Creador, que hablaba a través de su avatar, con una creación que se había atrevido a desafiar sus leyes. En realidad, tres de ellas.

—No matarás a un rey —dijo para sí el profesor Sabino von Fígaro.

Y Babau se arrodilló, desesperada, a sabiendas de que no tenía oportunidad de sobrevivir.

—Perdón... Yo... ahora entiendo la verdad... Quiero... quiero estar del lado de la luz... Por favor... Sálvame, por favor, mi buen Creador —en verdad que era atrevida aquella bruja al intentar engañar con eso a un semidiós.

—No atacarás a mis avatares —dijo para sí el clérigo responsable de aquella catedral, Cecil Thamasa.

El rostro desfigurado y cubierto de vendajes de Babau podía verse en el reflejo de la varita de luz de la reina-hada, que ahora estaba delante de su rostro. Por un momento la maga negra en verdad creyó que había engañado a un semidiós, con lo cual sólo ratificó su estupidez.

—Sí... Mi buen Creador... concédeme lo que merezco... Dame tu perdón.

—¡No usarás magias prohibidas en lugares sagrados! —susurró para sí la maga blanca *madame* Viotti.

Un rayo de luz rasgó un plexo solar, justo en el lugar en el que aquella bruja había hecho un agujero en el alma de un niño. El sitio no fue elegido con arbitrariedad.

—Y ahora te retiro tus sentimientos —dijo el hada, aún con la línea de luz clavada en el pecho de la bruja.

João Hanson se mantuvo inmóvil e inconsciente en ese momento. Ninguna fuerza negativa seguiría absorbiendo su energía vital, aunque le que daba muy poco de vida. No tardaría mucho en dejar de respirar y su existencia terminaría, al menos en aquel plano.

Ariane lo sabía. Y era fácil entender por qué: la mujer de vestido carmesí estaba parada a la entrada de la catedral mirando a João, a punto de llorar. La niña se irritó tanto con la escena, que tuvo ganas de aplicar un hermoso puñetazo, de esos que adoraba ver a su príncipe e ídolo aplicar por allí, a aquel ser igualmente intangible.

—¡Escucha bien, tipeja! —en definitiva la Banshee nunca había sido llamada de forma tan curiosa—. Si estás pensando que permitiré que te lo lleves, estás muy equivocada, ¿me oyes?

Muralla, que observaba la escena, creyó por un momento que la pobre Narin se había vuelto loca y hablaba sola.

—¡No puedes desafiar a la Muerte, Ariane! —las palabras provenían de *madame* Viotti, que se había acercado y también podía ver a la enviada de rojo.

Los ojos de Ariane fueron primero hacia ella y después se desviaron hacia un objeto en aquel campo de batalla, concentrados en aquello que ella percibió, probablemente la única en haberlo hecho todo el tiempo, pues nadie, en medio de tantos acontecimientos, había notado lo que ocurrió cuando Terra Branford entró en aquel sitio, tras la explosión de la pared lateral de la catedral. Una parte del techo se había derrumbado, y de allí había caído un símbolo semidivino que era de los más poderosos en la historia de ese mundo: una Piedra de la Creación. Se trataba de un ejemplar semidivino que en otras épocas había pertenecido al fallecido clérigo Harold Manson. El objeto mágico se volvería polvo cuando un día cediera su lugar a la Piedra de la Creación de Cecil Thamasa.

—¿O será que no? —se preguntó Ariane con la firmeza de una roca.

La varita de energía fue retirada del centro del pecho de la maga negra y otro rastro de luz se clavó; esta vez a la altura de su garganta, lo que impidió que siguiera gritando.

—Y ahora te retiro tus palabras —volvió a proferir el Creador a través de su hada.

—¡Vi cómo lo hizo el clérigo! ¡Él lo deseó y lo consiguió! ¡Yo también lo conseguiré! —afirmó Ariane, creyendo en lo que decía.

—Hija mía, nadie que no sea un clérigo puede utilizar ese artefacto. ¡Y nadie puede desafiar a la Muerte, ya te lo dije! —insistió *madame* Viotti.

Ariane apretó contra sí el artefacto, el cual seguía emitiendo pulsaciones de una luz escarlata como los cabellos y el vestido de la mujer que la observaba. *Madame* Viotti entendió que la niña intentaría desafiar a la Muerte o lo que fuera necesario para que ese niño viviera, y nada de lo que dijera cambiaría la decisión de un ser tan obstinado.

—Ariane, escucha, querida, te enfrentarás y negociarás con la Muerte —el tono de voz expresaba la seriedad del asunto—. Puede ser que ella esté de acuerdo, pero tal vez sólo se irrite y te lleve también, como ejemplo de que no se debe jugar con ella. ¿Entiendes lo que digo?

—Sí —y Ariane cerró los ojos, sin pensar demasiado en lo que implicaría su actitud.

La vara de luz se retiró de la garganta de la bruja y se clavó una vez más en aquel cuerpo decrepito, ahora a la altura de la frente, en el espacio entre los dos ojos.

—Y, por último, te retiro tus pensamientos —sentenció la reina-hada. El rastro de luz rasgó la carne y el alma de la maga negra. La reina-hada usaba una varita, y aquel detalle era poco importante; podría haber sido una espada luminosa o una piedra de color rojo. No importaba. Eran sólo formas de un mismo instrumento que simbolizaba un vínculo directo de éter puro con lo semidivino.

Babau sintió que su carne putrefacta era del todo inexistente. Ya no sentía su cuerpo, y probablemente ya no lo tenía.

—¡En nombre de los dioses que están por encima de los semidioses, lamento tu creación y retiro tu existencia para siempre! —y el instrumento fue retirado, y las luces salieron del interior de aquella vendas.

Y nada más existió.

Babau jamás sintió nada, pues fue a la Nada adonde pasó a pertenecer. Los piratas corrieron fuera del lugar, temerosos de que el hada se volviera contra ellos, y la mayoría de los soldados se encontraba sumamente atónita como para pensar en perseguirlos. Entonces buscaron a Terra Branford, pero tampoco la hallaron. No había más Rey ni había más reina.

No había más nada.

Ariane deseó con todas sus fuerzas que João Hanson no abandonara ese plano de existencia, y la Muerte la escuchó. Su llorosa enviada se mantuvo neutral, a la espera de sus siguientes instrucciones, *madame* Viotti sabía que justo eso estaba pasando en aquellos ojos tristes, siempre bañados en llanto.

Y la Muerte evaluó lo que ocurría. No aceptaba ser desafiada. No aceptaba ser engañada. No aceptaba que dudaran de su existencia. Pero ahora se había topado, como muy pocas veces, con una criatura que no quería desafiarla ni engañarla ni dudar de su existencia. Sólo deseaba hacerle una simple petición, una petición para generar un reinicio del ciclo vital, en vez de los pedidos de siempre, orientados al término prematuro del ciclo de alguien.

Cecil Thamasa descubrió allí que el Creador había definido que, para que la Piedra de la Creación funcionara, sólo se necesitaba que todo pedido que le fuera hecho estuviera dotado de fe en estado puro, en busca del beneficio de alguien. Sólo eso. La necesidad de un título era algo que únicamente existía en el burocrático raciocinio humano, mucho más complicado en los adultos que en los niños.

Y así la Piedra de la Creación brilló.

En el mismo momento en que la Piedra de la Creación destelló en las manos de la niña, un hada convertida en mortal se hallaba ante el cuerpo del hijo que engendró. Estaba en lo alto de la catedral, profanada durante tanto tiempo por una maga negra. Lista para unirse a su gran amor, el Creador aceptaba aquella última petición en agradecimiento por haber servido como su representante en un castigo sagrado. Había subido allí en un abrir y cerrar de ojos, pues así se mueven las hadas, mediante lo que los viejos y sabios indios mohicanos llamarían «transferencia de éter».

Llegó allí siguiendo un rastro y un llamado, pues un águila-dragón habla con las hadas cuando chilla con su ¡kiai!

Las heridas estaban abiertas en el cuerpo casi sin vida del príncipe. La sangre escurría y todo eso sería curado en el momento en que pidiera la bendición de sus semidioses. No había varitas ni piedras. Ariane sabía que nada de eso era necesario. Nunca había sido necesario más que en la mente de los humanos.

Tan sólo era necesaria la fe.

Y la Piedra de la Creación se convirtió en polvo.

Y el cuerpo del hada se convirtió en polvo.

Y el polvo se convirtió en energía.

Y la energía se convirtió en luz.

Un niño plebeyo y un príncipe de la plebe recibieron, al fin, las bendiciones semidivinas proporcionadas por peticiones hechas con sentimientos manifestados por la voluntad e ilimitados por la fe.

Pues eso era puro amor y nada más.

Madame Viotti conocía el significado de ese momento, y nadie más tenía su sabiduría en ese instante. Ella vio con sus propios ojos que su pequeña y joven discípula había enfrentado y perdido el miedo a la Muerte en nombre de su propia fe y de su propio amor.

Y por eso también sabía lo que aquella representaba en la vida de Ariane Narin.

La verdadera iniciación había llegado a su fin.

Entonces Ariane Narin abrió los ojos y lloró de emoción por ambos lados de la cara.
El motivo era justo.
La dama del vestido carmesí le había sonreído.

Durante algún tiempo hubo momentos de tristeza por aquellas tierras. Durante tres días llovió sin parar, tiempo en que nada brilló en el horizonte añil, pues el azul cedió el paso al gris ceniza, mientras que las nubes que sustentaban a los gigantes lloraban la muerte de un rey. El más grande de todos los reyes. Entonces surgió un sentimiento que se afirmó en el alma de los habitantes. El sentimiento traía a la mente buenos recuerdos y regaba el alma con promesas de un futuro menos nebuloso y mucho más próspero. Pero no sólo se había perdido a un rey. Una reina también había partido. Para empeorar la situación, estaba el hecho de que en realidad eran dos reinas, pues la princesa Blanca y el rey Alonso Corazón de Nieve y todo el reino de Stallia lloraban la sacrificada muerte de la inocente reina Rosalía.

Esas tres muertes reales justificaban los tres días de lágrimas que cayeron de los cielos, pues ni los cielos eran inmunes a tan tristes noticias.

La primera semana se vivió en luto, el cual se extendió por las tierras de Arzallum, por las de Stallia y por muchas otras también. Los reyes Segundo y Tercero viajaron desde sus reinos hasta Andreanne, y sólo entonces se celebró la ceremonia de despedida, conducida por el clérigo Cecil Thamasa. Esta tuvo lugar en la misma plaza que otrora sirviera como escenario de batalla de una guerra de las más sangrientas, en la cual el bien y el mal disputaron, una vez más, sus puntos de vista. Otro monumento se erigió en el sitio donde antes existió la estatua de Primo Branford. Allí quedarían, uno junto al otro, los cuerpos de los dos amantes y monarcas.

El cuerpo de Rosalía partió a Stallia en un barco, donde fue sepultada con todos los honores. La princesa Blanca, Corazón de Nieve, también se marchó, pues prefería dar personalmente la peor de las noticias a su padre.

En cuanto a los príncipes, ellos sabían lo que les esperaba, pues un reino entero necesitaba de su fortaleza. Y así sería. Anisio Terra Branford se arrodilló ante la tumba de sus padres y juró que sería un Rey tan glorioso como pudiera, y que no

descansaría hasta evitar que un hada negra o cualquier otra fuerza oscura amenazara la paz de aquel reino o de cualquier otro.

Anisio había entendido que la Cacería de Brujas no terminaría jamás.

Y Axel comprendió que su importancia se había triplicado para aquel pueblo plebeyo en el momento en que se convirtió en el único príncipe del reino. También comprendió que Arzallum jamás debía volver la espalda a las amenazas que crecían cuando el Estado le daba la espalda a sus necesidades. Detrás del príncipe una fila de nobles y plebeyos, justo en ese orden, esperaba para rendir los últimos homenajes a su rey y a su reina.

Y Axel miró por encima de la tumba de sus padres y vio las estatuas que Anisio había mandado construir en tiempo récord, en acatamiento a su primera orden como rey. Era una estatua de Primo Branford, todavía más imponente que la decapitada durante el ataque de Corazón de Cocodrilo, vestido con la armadura de rey, la capa y el blasón de Arzallum. Esta vez no estaba solo. A su lado descansaba la estatua de una reina con armadura dorada, para ser recordada por siempre en su real grandeza.

Ambas esculturas tenían uno de los brazos erguidos, y esos brazos se encontraban unidos, con los dedos entrelazados, en una posición superior, como si vieran hacia el horizonte, antes que las demás personas, justo como lo hacen los reyes, el futuro de felicidad que viviría Arzallum. Debajo de las estatuas, una placa escrita con la mejor de las caligrafías exhibía con brillo un solo mensaje, leído tres veces por el príncipe antes de ceder su lugar a la multitud que se encontraba detrás de él.

**En memoria de Primo & Terra Branford,
el más grande rey y la reina más grande que esta y cualesquiera
otras tierras osaran conocer.**

La Majestad.
No había forma de hacerlo diferente. Sólo dentro de ella podríamos terminar esta historia. Su existencia representaba muchas de las memorias de aquel lugar, sin que alguien tuviera nada que decir. La historia de esa casa de espectáculos la ligaba directamente a la historia de ese reino y a la historia de sus reyes. Nobles y plebeyos estaban de nuevo igualados en tan importante escenario de Andreeanne.

En las butacas, Snail Galford y Liriel Gabbiani asistían por primera vez a una obra allí. Para Snail incluso era la primera vez que asistía a una obra. Por el servicio prestado al reino, y por denunciar el cautiverio de la princesa, Anisio Branford le había ofrecido un lugar en el Palco de la Majestad, pero Snail no era el tipo de persona que se interesara por atraer la atención pública. A su lado, su nueva compañera era de la misma opinión.

Y hablando del Palco de la Majestad, otras personas no rehusaron la invitación para sentarse en los lugares más privilegiados de la casa. Sabino von Fígaro entrecerraba los ojos para captar bien lo que acontecía en el escenario, sin que le importaran las miradas de los nobles y los consejeros en otros palcos, que aún no aprobaban del todo su manera de trabajar. Al lado de Sabino, *madame* Viotti era la compañía perfecta para un culto profesor especialista en las artes de las tinieblas.

Cecil Thamasa también se destacaba en aquel palco, y de igual forma que Snail Galford, el clérigo hacía su primera visita a tan famoso lugar por invitación de Anisio. Muchos fieles ocupaban la plataforma por debajo de él, como si el clérigo fuera una auténtica celebridad, cuyo mayor acto de fama consistiera en ser invitado allí. Obviamente, Cecil retribuía los saludos e irradiaba la sonrisa y la simpatía de siempre.

Y hablando de sonrisas, ese también era el estado de las familias Narin y Hanson, que estaban allí sin jamás haber pensado que un día se convirtiera en realidad. Anna y Golbez Narin observaban maravillados aquel mundo tan nuevo para ellos y

agradecían a los semidioses por permitirles ser los padres de una niña como Ariane Narin. Y la adolescente estaba feliz como una niña, tocando de vez en cuando a su heroico príncipe o devolviendo el saludo a las personas. De una hora para otra, al menos por instantes, dejó de ser la niña de la historia macabra de la caperuza manchada de rojo para convertirse en la niña de los ojos de todas las madres y todas las profesoras. Las personas la observaban por encima del saco que antes insistían en colocar a su alrededor, y aquella era una buena sensación.

Al lado de Ariane estaban João Hanson y sus padres, Érika e Ígor. El muchacho no recordaba muy bien lo que había ocurrido y nadie se molestó en contárselo con mayores detalles. Y aunque siguiera sufriendo un poco por los tontos celos debido a la adoración de Ariane por la figura de Axel Branford, pensaba que aquel momento era el más feliz de su existencia. Era un niño enamorado, de la mano de su primer amor, y cualquiera que haya pasado por esta situación lo entenderá.

Una Hanson más estaba en ese palco. Sentada entre los hermanos, nada menos que al lado de Anisio Terra Branford, el rey por derecho: María Hanson. Ella era la legítima acompañante de Axel Branford, y toda la ciudad comentaría el asunto durante las siguientes semanas. Llevaba al cuello la bellísima joya de piedras octogonales comprada para ella en el paso de Axel por Metropólitan, cuando se permitió visitar la famosa joyería Luces Gemelas.

Sus compañeras de escuela se dividían entre las que pensaban que aquello era lo máximo y las que durante un tiempo se dejaron corroer por una profunda envidia. De igual forma todas saludaban a María, sentada al lado de Axel, en cuyo hombro apoyaba la cabeza mientras reconocía, en medio de aquel mar de personas, rostros que jamás olvidaría, desde la simpática bibliotecaria, la señora Stephanie, hasta Rick Albrook, el cazador y héroe, cuyo lugar le había sido señalado por Ariane. Pero nada, nada resultaba más extravagante que el movimiento de los sirvientes reales para proporcionar diversos cojines apilados en una butaca que soportaría el trasero de uno de los siete Maestros Enanos.

Axel Branford se sentía más ligero y al mismo tiempo invadido por un sentimiento de responsabilidad. Era como si hubiera decidido que no podía ser más el segundo príncipe de Arzallum, sino el segundo rey. Debía actuar allí donde su hermano no pudiera. Ese sentimiento, esa responsabilidad que le había sido ratificada momentos antes de entrar en aquel lugar, cuando una señora le vino a agradecer y le contó que la hija se había salvado gracias a la velocidad con la que *Boris*, el corcel que había pertenecido a su padre, la trajo a Andreeanne días atrás.

Y en el escenario de la Majestad: *Cazadores de brujas*.

Ninguna otra obra podría haberse presentado allí en ese momento. Ninguna otra lo merecería. Ligia Sherman y Hugo Agamenón estrujaron de nuevo los corazones cuando representaron al más grande de todos los reyes y a la más grande de todas las

reinas. E indescriptible fue el momento sublime en que terminaron la representación, para colocarse frente a una Majestad abarrotada, entrelazando los dedos y con los brazos levantados, exactamente como la nueva estatua. Imponentes y magníficos. Como una imagen de verdaderos monarcas.

Un público de nobles y plebeyos se igualó, como siempre en esa casa de espectáculos, cuando aplaudió de pie. Y mientras Anisio Branford se mordía los labios, controlando su propia emoción, Axel Branford acercó hacia sí el cuerpo de María Hanson, sin ocultar la forma en que tal escena lo sacudía. En el fondo, él sabía muy bien lo que ocurría afuera, en los cielos estrellados de Andreanne, y no necesitaba estar allí listo, como lo estaba Muralla, para eso.

Bastaba con sentir. Bastaba con existir.

Tuhanny rasgó los cielos estrellados de la Majestad con un brillo escarlata y lanzó su ¡kiai! de semidiós.

En lo alto, la romántica estrella de Blake brillaba con mayor intensidad que todas las demás.

Vivir como un contador de historias tiene muchas ventajas, como mostré a lo largo de esta historia. Y en realidad me cuesta saber qué es más placentero para un narrador: iniciar una nueva narración o concluir su trabajo con la sensación del deber cumplido.

¿Pero no es que sólo ahora, créeme, después de llegar al final de esta historia, me di cuenta de que no me presenté? No me tomes por un maleducado, por favor: fue sólo que el ansia de narrar se apoderó de mí y me hizo olvidar ese detalle curioso.

Sin embargo, también me doy cuenta de que tengo muy poco que decir sobre el asunto. ¿Pues cómo puedo presentarme, si me considero apenas un mero instrumento que podría ser sustituido por otro, aunque eso significara una perspectiva muy distinta de los hechos aquí presentados? ¿Y cómo te puedo decir algo que no sepas?

Finalmente, si converso contigo es sólo porque eres igual a mí.

Quizá nuestra única diferencia consista en que yo, esta vez, reparto las cartas para establecer las reglas físicas y orientar las consecuencias de un universo etéreo, como tantos otros. Espero que un día experimentes esa sensación maravillosa de dar vida a una creación, mientras varios otros semidioses te respaldan para mantenerla viva.

Es así que, en este momento, doy por terminada esta etapa. Y me despido, a sabiendas y recordando que, para que Nueva Éter viva, es necesario que piense en ella. Que establezca sus reglas. Y que le proporcione un material semidivino para su existencia, pues, a partir del momento en que la olvide, ella dejará de existir.

Y todo porque yo soy un Creador.

Exactamente como tú.

Todo comenzó con Bruce Lee.

Por lo común no vemos muchas cosas así por ahí. Es difícil encontrar escritores que digan cosas como: «¡Ah, un día estaba yo viendo la tele y bum! ¡Los Beatles entraron en el escenario! ¡A partir de ese momento supe que sería escritor!». Aunque eso sea verdad, el sujeto en cuestión prefiere inventar una historia más tradicional y agradable a una élite intelectual que escribe mucho, pero que nadie lee (y si el ciudadano se propone vivir de contar historias, ¿por qué no comenzar con la suya propia, no?).

Bueno, como sea.

Lo que yo sé es que mi historia fue así, y a mí me gusta.

Además, yo no fui un niño normal.

Recuerdo haber visto a Bruce Lee a los seis años. Y que eso cambió mi vida entera (¡eh!, hay gente hoy en día que no llega a vivir seis años, ¿cierto?). Y recuerdo que eso hizo que aquel morenito se prometiera a sí mismo que sería cinta negra, trabajaría en el cine y sería escritor. Y cuando una criatura de seis años se hace a sí misma una promesa como esa, parece saber lo que hace.

La mayoría de las veces no lo sabe.

Pero parece.

Admito, aquí entre nos: Jorge Amado también tuvo la culpa; Monteiro Lobato, Robert Howard (el de *Conan*), Neil Gaiman, Alan Moore, Frank Miller, ídem. Pero si me pongo a citar a todos los culpables que me trajeron hasta aquí, la acusación hablaría más que la defensa y la audiencia entraría en receso.

Bueno, lo relevante es que algunos de los primeros libros que tuve fueron de una colección de tapa dura verde con varios cuentos de hadas.

Perdí la cuenta de cuántas veces leí cada uno de esos libros.

Leía aquellas historias y me gustaban mucho, lo admito, pero algo en particular me hacía sentir incómodo: la palabra «fin». La verdad sea dicha: esa palabra no me molestaba sólo en los cuentos de hadas, sino en cualquier otra historia. ¿Será que el

personaje de Patrick Swayze en *Ghost* estará bien parado actualmente en el mundo espiritual? (¿Y, hoy en día, el propio Patrick?). ¿Será que el personaje de Brad Pitt consiguió superar la pérdida de su esposa a manos del maniaco de *Seven*? ¿Roger Rabbit seguirá siendo feliz con Jessica Rabbit? ¿Los Goonies ya tienen hijos? ¿Los héroes de *La caverna del dragón* volvieron o no a casa? ¿Y Bruce Leroy generó discípulos? (A la postre, un tipo que sujeta balas con los dientes debería tener esa obligación, ¿no?).

Esas dudas martillaban mi cabeza. Y fue así como comencé a transcribirlas al papel. ¿Por qué la abuela de Caperucita Roja vivía sola en medio del bosque? ¿Y qué diablos es ese nombre para una niña? ¿Por qué fue enviada sola por la madre? Si hubiera intentado irme solo a la escuela a esa edad, mi madre me habría pegado de coscorrónes (si supiera que los lobos andaban sueltos por ahí, digo...). Y si los padres se separan, ¿será que la princesa y el príncipe también tienen crisis conyugales? En uno de aquellos libros de tapa dura, una de las hadas le decía a la Bella Durmiente que se casaría con un príncipe de muchas virtudes y que sería envidiada por todas las mujeres. Y yo me preguntaba por qué un hada diría que la cima del éxito humano consistía en ser envidiado por alguien.

Bueno, esto da para imaginar que comencé a garabatear mi propia versión de las cosas.

Sólo que las cosas acabaron yendo demasiado lejos.

Nueva Éter no fue inventada por mí.

Yo podría decir que sí, y eso tal vez hasta me facilitaría la vida en este momento, pero no me quedaría en paz si dejara que creyeras eso. Pese a creer en ella desde la adolescencia, me sentiría tan arrogante en afirmarme como su inventor como lo sería Newton si se autoproclamara inventor de la ley de la gravedad.

Porque de hecho no existe un invento.

En realidad, existe un descubrimiento.

La cuestión es que Nueva Éter existe en un lugar en el éter al que no se accede en el plano material, sino que tiene las puertas abiertas de par en par en el plano mental. La historia fue transmitida de la forma en que me fue narrada, y el texto que tienes hoy en tus manos contiene todo lo que me permitió comprenderla.

A pesar de las relecturas de los cuentos de hadas, Nueva Éter se escapa de la tradición de una historia de fantasía. Los personajes hablan de manera diferente a como suele suceder; no existe el concepto común de «era medieval» o incluso de la forma de pensamiento tradicional de lo que sería una forma de evolución del pensamiento de aquí.

En algunos momentos tiene la sobria seriedad de un *Señor de los anillos*; en otros, la ligereza sombría de una *Caverna del dragón*; en otros, la poesía de una *Final Fantasy*; en otros, el metalenguaje de una *Historia sin fin*.

Nueva Éter es diferente. Es lo que es. Y tal vez por eso haya dado tan buen resultado.

Allí lo fantástico camina al lado de lo espiritual, y las búsquedas de los personajes suelen ser diferentes a la manera como tales historias trabajan la jornada del héroe. En cada volumen los personajes, antes inocentes, se vuelven más densos, pasan por provocaciones más duras y descubren cómo el dolor obliga a madurar más rápido al espíritu humano.

Y lo vuelve más fuerte.

Allí el papel de la cultura pop va mucho más allá de meras referencias, como alguien menos atento podría imaginar en una primera lectura. La cuestión es que los novaeterianos saben que existes. Quiero decir, ellos no entienden muy bien cómo funciona la cosa, así como nosotros no entendemos muy bien cómo funcionan los dioses por encima de nosotros, pero sabemos que ellos están allá.

Creo.

Y también saben que ellos mismos sólo existen a causa de nuestro plano mental. Así, lo que da vida a Nueva Éter es lo que existe en la imaginación colectiva de nuestra humanidad.

Así como el imaginario colectivo de allá influye en el nuestro, los *perfiles fakes* de los personajes en las redes sociales influyen en las frases de la serie *posteadas* en Twitter; las frases y las actitudes de los personajes en Nueva Éter están influidas por nuestro imaginario colectivo, como las citas oriundas de la cultura pop de aquí reverberan allá.

Los personajes de Nueva Éter no saben de dónde vienen esos relampagueos, de la misma forma en que (mucho) de vez en cuando nosotros tenemos relampagueos, expresiones y actitudes relativamente divinas o trascendentales, aunque no sepamos de dónde provienen.

Pero sabemos que se originan en algún lugar fuera de lo común.

El texto que tienes en tus manos se encuentra mucho más cerca de la versión original que escribí de lo que estaba en la hoy rara primera edición. No hay diferencias en la trama, sólo algunas expansiones y ajustes en relación con la preparación del texto de esa edición. Además, cuenta con detalles que los semidioses solicitaron para que la narrativa del bardo responsable se volviera aún más agradable y ellos aumentarían las monedas de príncipes a la hora de pasar el sombrero.

Además, se ha incluido el mapa de Nueva Éter y un cuento antes sólo disponible por descarga, que debería ponerte los cabellos de punta, aunque con una sonrisa en el rostro, si eliges leerlo después o al final de *Los dragones de Éter. Cazadores de brujas*.

Con todo, la mayor ganancia que esta o cualquier otra edición de *Los dragones de Éter* puede tener, se encontrará siempre en el recibimiento con que miles de lectores

abrazan y dan vida a este universo.

Existen los relatos de los que se emocionaron, de los que lidiaron mejor con la pérdida, de los que se identificaron con determinados pasajes, de los que se inspiraron para comenzar a escribir, de los que comenzaron a creer en el sueño humano como una forma de evolución.

No importan las consecuencias. Importa que esos relatos existen y que esos sentimientos que los envuelven nunca se pierden. (¿En serio nunca?).

Nunca se pierden.

Existe algo de fantástico en cada pulsación que genera vida. Existe algo de grandioso en cada acto en pro de significados más allá de lo material.

Un soñador no sólo es capaz de dar vida a nuevos mundos. Es capaz de transformar el mundo en que vive en un mundo mejor.

Y cercano al mundo que sueña.

Porque, en el proceso, es por ese sueño que madura. Y en la madurez de esa concretización él se modifica. Y se modifica a sí mismo. Y modifica a otros.

Porque se vuelve un ejemplo de modificación.

Un ejemplo que reverbera por el éter. Y lo transforma en señor de su propia existencia.

Y es eso. Y sólo eso.

Es sólo eso lo que separa a los hombres de los auténticos dioses.

Nueva Éter no fue inventada por mí.

Yo podría decir que sí, y eso tal vez hasta me facilitaría la vida en este momento. Pero si ella sobrevivió a su descubrimiento, y si ella hoy todavía pulsa y permanece viva reverberando los hechos extraordinarios en dimensiones que el mundo material no puede alcanzar, es en realidad porque tú existes.

Y sueñas con ella.

Y sueñas con nosotros.

Y la haces soñar contigo.

Gracias por nunca, nunca despertar.

RAPHAEL DRACCON

Aquel sería un día extraño.

La niña caminó en dirección a la caverna, en busca de agua helada para su garganta seca. No debía tener más de doce años. O trece. Estaba semidesnuda, lastimada y huyendo de algo peligroso. [¿Cuánto?] Extremadamente peligroso. [¿Un monstruo?] Un hombre.

Un hombre extremadamente peligroso.

Antes se encontraba agitada. Ahora, sin embargo, respiraba hondo, sentía el corazón laténdole fuerte —como laten los corazones con temor— y expiraba pesado, como si el aire estuviera cargado de plomo. Como si su pulmón estuviera lleno de arena, y como si los residuos salieran por sus poros convertidos en sudor.

Por fuera, la caverna parecía un animal disecado de tamaño gigantesco. La entrada recordaba a unas inmensas fauces que mantuvieran las mandíbulas abiertas, pero no como una planta carnívora que atrae a su presa con engaños. En realidad, la entrada recordaba más a un maldito cocodrilo que mantenía la boca abierta para que algún pájaro le limpiara los dientes afilados, alimentándose al mismo tiempo de restos de comida en un curioso proceso de simbiosis.

A la postre eso era tal caverna.

Una maldita simbiosis.

Las fauces abiertas de aquella caverna no eran el engaño hacia una trampa. Eran una invitación.

Y si alguien decidía entrar allí, eso era en lo que su vida entera se convertiría.

La niña entró en la caverna y sintió el olor de la putrefacción. Había una vieja sentada en medio de un círculo formado por trece cráneos, con siete velas de color rojo encima. Algunas velas no estaban encendidas porque la cera ya se había quemado. Las pocas que sobraban iluminaban el lóbrego ambiente mucho menos de lo que querría el corazón de un hombre de bien, pero que al del hombre malo poco le importa.

La niña no sabía decir si la iluminación la molestaba o no.

La vieja al centro tenía cabellos de esponja y sonreía con sus dientes negros. La niña no podía mirar a aquella criatura durante mucho tiempo y desviaba la vista hacia las velas encima de los cráneos.

Podría jurar que aquella cera derretida parecía sangre.

Tal vez en realidad lo fuese.

—¿Cuál es tu nombre, fugitiva? —preguntó la vieja con la misma voz que tendría un grajo si pudiera hablar, y un maestro le pidiera que cantara en tono menor.

—Nazareth —respondió la niña, o creyó responder, pues lo había susurrado tan bajo que la vieja no escuchó.

—Vuesa mercé parece tener hambre —dijo la bruja sonriente, como si cualquier niño perdido en medio de un bosque no tuviera esa característica—. ¿Vuesa mercé tiene hambre?

La niña quería decir que «sí». En realidad, también pensó que había susurrado un «sí».

Pero en realidad no había dicho nada.

—¿Qué quisiera comer vuestra mercé? ¿Carne de animales?

—Prefiero los dulces —dijo ella, sin quitar los ojos de un anillo que tenía engarzada una bola blancuzca y llena de nervios, que parecía un glóbulo ocular—. Me gustan los dulces.

—Acércate —la bruja extendió la mano y la llamó con los dedos esqueléticos llenos de otros anillos de huesos—. Entonces acércate al círculo, que madre Goethe

alimentará a usted.

Nazareth se aproximó. Un paso cada vez. Muchos latidos de corazón entre ellos. Y muy poca respiración.

Se detuvo un paso antes de la línea que antecedió la entrada al círculo.

—Sólo un paso más.

—No puedo —afirmó la niña.

—¿Y por qué no?

—Porque me vas a atacar. Y me arrancarás la piel. Y me devorarás los huesos.

La vieja pareció sorprendida. Y excitada.

—¿Y por qué haría eso con vuesa mercé, niña fugitiva?

—Porque eso es lo que hacen las brujas. Y tú eres una bruja.

—Algunas lo hacen. Me gustaría hacerlo. Y afirmo: ya lo hice. Pero no lo haré hoy. Hoy alimentaré a vuesa mercé, y dejaré que vuesa mercé escoja entre la buena vida y la vida eterna.

Ante semejante comentario, la niña casi entró en el círculo.

—Pero... si yo tuviera la vida eterna, ¿no seré buena?

La bruja modificó su actitud:

—Dime a mí, ¿por qué vuesa mercé está lastimada y corre sola por el bosque hoy, fugitiva?

—Porque un hombre me persigue. Como persiguió a mi madre y la lastimó y la golpeó.

—¿Y la mató? —preguntó la bruja, con una voz que contenía mucha más curiosidad que compasión. En realidad, sólo curiosidad.

La niña movió la cabeza haciendo una mueca que parecía un beso y comenzó a llorar.

—¿Lo ves? —dijo la bruja—. Es bueno que haya existido la muerte para tu madre, ¿no?

La pequeña Nazareth se limpió las lágrimas, ofendida.

—No. Ella murió, y eso no puede ser bueno...

—¿Vuesa mercé puede pensar en otra forma de terminar con su sufrimiento?

La niña intentó. Juro que intentó dar una respuesta.

Pero no lo consiguió.

—Por eso, la buena vida depende de la muerte. Porque la vida es sólo sufrimiento. Y la muerte es alivio.

—No para el alma que va a Aramis... —dijo la niña.

—Sí, incluso así. Porque el alma oscura que va para allá estará entre sus iguales. Y, todavía así, y tal vez por eso, se sentirá bien.

—Entonces... —ponderó la niña—... quien vive la vida eterna vive sufriendo eternamente...

La niña era inteligente. En extremo inteligente. [¿Cuánto?] Lo suficiente para ser conducida antes de comenzar a tomar sus propias decisiones.

—Quien vive la vida eterna, fugitiva... —susurró la bruja con su voz baja de grajo—... acaba con el sufrimiento de quien vive la buena vida. ¿Comprendes?

La niña movió la cabeza, con la boca abierta por la sorpresa.

—¿Entonces quienes viven la vida eterna no son personas malas?

—No, no lo son.

—¿Las brujas viven la vida eterna, bruja?

—Sólo las que comprenden eso.

—¿Y qué tipo de bruja eres tú?

—Soy una de las mejores.

La niña dio el paso que la adentró en el círculo. De inmediato sus cabellos se erizaron y sintió una corriente eléctrica que comenzó poniéndole la piel de gallina en la nuca y se deslizó por la columna vertebral.

Ella no sabía decir si la sensación era buena. O no.

—¿Quieres vivir la vida eterna, querida? Estoy tan segura como de la muerte de una estrella que un día me pagarás...

La bruja estaba lista para escuchar la confirmación de la niña. Y entonces la atacaría. Y le arrancaría la piel. Y le devoraría los huesos.

Pero la niña dijo:

—No. Quiero que me des una buena vida, bruja.

Madre Goethe se paró asustada y guardó sus dientes negros, cerrando los labios.

—¿Cómo, fugitiva?

—¿Sabes? Yo no vivo la vida eterna, pero tú sí. Vivo en sufrimiento. Entonces tú puedes acabar con mi sufrimiento —no había miedo ni en sus palabras más sombrías—. Porque tú eres eterna, y una de las mejores.

La bruja acarició el cabello de la niña y recordó cuando su propio cabello era así.

—Vuesa mercé... —dijo con orgullo en la voz—... merece la vida eterna mucho más que la buena vida.

—Pero yo no quiero la vida eterna. Quiero morir. Ahora quiero morir.

Y ese es el primer paso para su iniciación.

Nazareth se convirtió en discípula de madre Goethe. Y la niña pasó décadas aprendiendo secretos susurrados ante cráneos putrefactos y velas que quemaban sangre. Aprendió cómo asfixiar a recién nacidos, y cómo arrancar los ojos de los niños sin que gritaran. Mucho. Aprendió cómo agriar la leche de las madres, y cómo hacer que un perro babeara espuma y mordiera la mano que lo alimentaba. Descubrió cómo usar el ego de un hombre para enloquecerlo, y cómo usar la vanidad para hacer que una mujer vendiera su alma. Entendió el poder de la carne humana y se envició en la sangre que era servida en tazas desgastadas. Encendió velas a semidioses sombríos. Dio nombres a muñecas sin vida. Entonó mantras prohibidos y durmió desnuda en medio de hombres a los que más tarde devoró. Conoció a otras brujas, las de la vida eterna y las de la buena vida, y frecuentó reuniones a las cuales fue invitada y otras de las que fue expulsada.

Pasaron muchos años, e incluso cuando comenzó la Cacería de Brujas, la mujer sobrevivió. Aun cuando su mentora creyó que ya estaba lista y se fue para seguir su propio camino, sobrevivió. Y se ganó el respeto para ser aceptada en un consejo de brujas y magos oscuros de los peores tipos.

Se escondió como un animal. Escapó de los cazadores y se dio a sí misma un nuevo nombre.

Conoció a brujas blancas, pero se consideró mejor que ellas. Y cayeron los aquelarres, y prohibieron el sabbat. Las brujas fueron torturadas y quemadas, y se ocultaron en las sombras de sus propias existencias para no sucumbir de una vez ante su propia vida eterna. Sin embargo, los caballeros de armaduras oscuras tenían una misión, y cada mujer que trazó un pentagrama en la vida o recorrió laberintos oscuros terminó como combustible para hogueras que exhalaban el mismo olor a carne asada que la quema de... [¿carne de animales...?] cuerpos de animales.

Cuanto regresó a la antigua caverna, Nazareth encontró sólo cuerpos en descomposición y anillos de huesos derretidos. Sin embargo, uno de ellos había rodado junto con un dedo de la quemada y había sido pateado sin querer por un

cazador.

Ella reconocía aquella joya blanca llena de nevaduras, que más parecía un globo ocular.

Y en aquel momento, tomando en sus manos el dedo arrancado y fijándose mejor en la joya macabra, al fin se dio cuenta de que tal vez en realidad lo fuera.

Era un hecho: madre Goethe estaba muerta.

Y a ella le correspondía ahora la vida eterna.

La bruja tenía hambre. Rezaba para que su mentora estuviera en Aramis, ~~sonante~~, al lado de los suyos. Ya que... [el alma oscura que va allá estará entre sus iguales...] ella era una de las mejores entre las tuyas.

Estaba escondida y aislada, pero necesitaba comer. Fue entonces cuando decidió salir de aquella casa y entonar sus mantras oscuros. Y bailar sus danzas eufóricas. Y encender sus velas de sangre. Y colocarlas sobre sus cráneos putrefactos.

Esperó tres días hasta que el alimento apareciera. Las presas llegaron tomadas de la mano. Y caminaron hasta ella.

Ella vio cuando llegaron. No tenían el tamaño suficiente, pero serían excelentes alimentos para una bruja negra cada día más flaca. Se detuvieron ante aquel escondrijo como si fuera una vieja caverna, y ella sabía lo que sentían.

Finalmente, aquella casa para sus recién llegados no era el engaño hacia una trampa. Era una invitación. [Una simbiosis...]

Una maldita simbiosis.

Y si alguien decidía entrar allí, era eso en lo que su vida entera se convertiría.

Con todo, aquel día ella sabía que no era la forma de las fauces abiertas de un gran cocodrilo lo que verían aquellos dos fugitivos.

No aquel día.

No en aquel instante.

No aquellos que estaban allí.

A la postre era un hecho: a esa bruja siempre le gustaron los dulces.

João y María Hanson se detuvieron ante aquella casa extraña, sin creer en lo que veían. Adentro, Babau los observaba acercarse con fascinación a través de sombrías rendijas de ángulos torcidos.

Aquel sería un día extraño.



RAPHAEL DRACCON (Río de Janeiro 1981). Empezó su carrera profesional a los 16 años trabajando de mecanógrafo y editor para un diario local) y a sus 19 años comenzó en la Escuela de Cine, especializándose en la Escritura Cinematográfica.

A sus 20 años recibió una Mención Honorífica por parte de la *American Screenwriter Association* (ASA), por su primer guión, escrito en su primer semestre de universidad, para el drama *In Your Hands*. El guión fue enviado a Will Smith y a James Van Praagh, escritor de *best-seller* y productor de la serie de T. V. *Ghost Whisperer*, mediante Stuart Manashil perteneciente a la *Creative Artist Agency* (CAA).

A partir de los 21 se convirtió en un guionista, crítico de guiones y *script doctor* de varias productoras cinematográficas tales como *Intervalo Produções*, *Aquarela Filmes*, *Tonice Produções*, *Cinema Profissional*, *Idéia Prima*, *Bravo Studio* y *O2 Filmes*.

Todavía en la universidad, Draccon, escribió el primer libro de la saga de literatura fantástica *Dragões de Éter* y a la edad de 25 fue el autor más joven en haber firmado un contrato con la editorial, en español, Planeta de Brasil rodeándose durante 6 meses con sus mejores escritores.

Dos años después se convirtió en objetivo de la editorial portuguesa Leya, hoy la editorial más grande en lengua portuguesa del mundo.

El lanzamiento de la trilogía completa durante la *Biennial Book Fair of São Paulo* en 2010, excedió ampliamente la expectativa y se convirtió en la obra mejor vendida de

la editora en el evento.

Actualmente trabaja con productores y directores de cine y con editores de literatura tanto nacionales como extranjeros en el desarrollo de guiones audiovisuales y series literarias. También escribe la sección *Cavernas & Dragões* en el blog *Sedentário & Hiperativo*, uno de los blogs más representativos de la cultura pop en Brasil según los VMB (*Video Music Award Brazil*) de MTV.